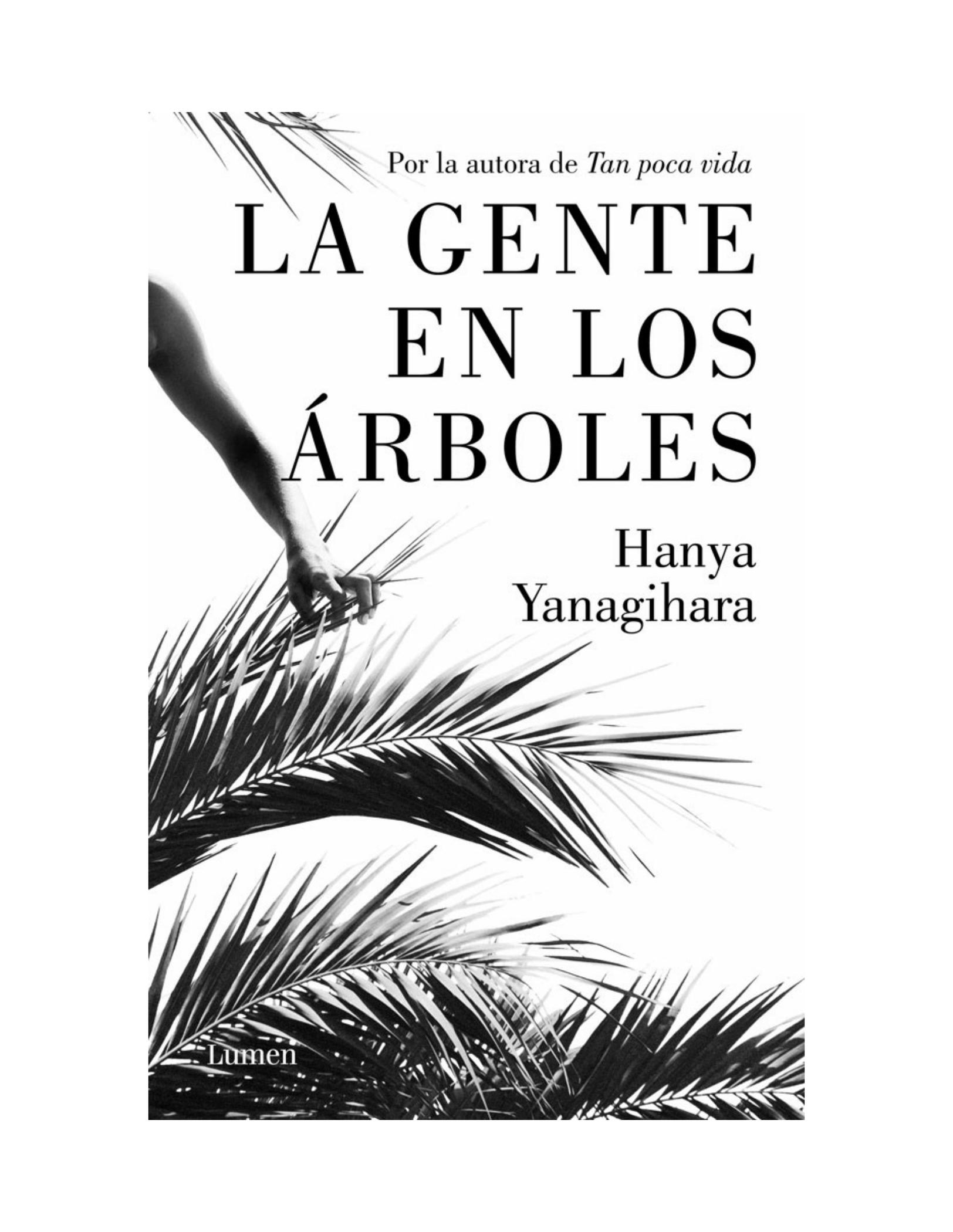


Por la autora de *Tan poca vida*

LA GENTE EN LOS ÁRBOLES

Hanya
Yanagihara

Lumen



Por la autora de *Tan poca vida*

LA GENTE EN LOS ÁRBOLES

Hanya
Yanagihara

Lumen

La gente en los árboles

Hanya Yanagihara

Traducido del inglés por
Regina López Muñoz

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para mi padre
«Vom Vater... Lust zu fabulieren»

PRÓSPERO:

Un diablo, un diablo nato, cuya naturaleza
no admite educación, y en quien el esfuerzo
que me tomé humanamente fue inútil, estéril.
Cual su cuerpo se afea con los años,
su alma se corrompe. Los voy a atormentar
hasta que aúllen.

La tempestad, acto IV, escena 1[*]

19 de marzo de 1995

Un afamado científico, acusado de abusos sexuales

ASSOCIATED PRESS

BETHESDA, MARYLAND. El doctor Abraham Norton Perina, reconocido inmunólogo y director emérito del Centro de Inmunología y Virología del Instituto Nacional de Salud de Bethesda, Maryland, fue detenido ayer por un presunto delito de abusos sexuales.

Al doctor Perina, de setenta y un años, se lo acusa de tres delitos de violación, tres de corrupción de menores, dos de agresión sexual y dos de abusos sexuales por prevalimiento. La primera de las acusaciones la realizó uno de los hijos adoptivos del doctor Perina.

«Dichas acusaciones son falsas —declaró el abogado de Perina, Douglas Hindley, en un comunicado emitido ayer—. El doctor Perina es un miembro muy destacado y respetado de la comunidad científica, y es su deseo que esta situación se resuelva lo antes posible para poder reanudar sus obligaciones y su vida familiar.»

El doctor Perina recibió el Premio Nobel de Medicina en 1974 por la identificación del síndrome de Selene, una enfermedad que retrasa el envejecimiento. La afección, caracterizada porque el cuerpo de quien la padece se conserva relativamente joven al tiempo que avanza el deterioro mental, se halló entre los *opa'ivu'eke* de Ivu'ivu — una de las tres islas del estado micronesio de U'ivu — y se adquiría mediante el consumo de una

tortuga muy poco común de cuyo nombre se sirvió el doctor Perina para bautizar a la tribu. La carne del animal inactivaba la telomerasa, la enzima de origen natural que desintegra los telómeros y limita el número de divisiones de las células. Los individuos aquejados del síndrome de Selene — llamado así por la diosa de la luna de la mitología griega, inmortal y eternamente joven — podían vivir durante siglos. Perina viajó por primera vez a U'ivu en 1950 como joven médico acompañante del reputado antropólogo Paul Tallent, y pasó muchos años en las islas, donde llevó a cabo un extenso trabajo de campo y adoptó a sus cuarenta y tres hijos, muchos de ellos huérfanos o hijos de miembros pobres de la tribu opa'ivu'eke. Varios niños siguen aún bajo la tutela de Perina.

«Norton es un padre ejemplar y una mente brillante —ha declarado el doctor Ronald Kubodera, colega investigador del laboratorio de Perina y uno de los amigos más íntimos del científico—. Estoy absolutamente convencido de que esas ridículas acusaciones se desestimarán.»

3 de diciembre de 1997

Prisión para un Nobel

REUTERS

BETHESDA, MARYLAND. El doctor Abraham Norton Perina ha sido condenado hoy a dos años de cárcel en la prisión de Frederick.

El doctor Perina obtuvo el Premio Nobel de Medicina en 1974 por demostrar que la ingestión de una tortuga ya extinguida del estado micronesio de U'ivu inactivaba la telomerasa, que limita el número de divisiones de las células. Se descubrió que esta afección, conocida como síndrome de Selene, podía transmitirse a una serie de mamíferos, entre ellos el ser humano.

Perina fue uno de los pocos occidentales que gozó de un acceso ilimitado a tan remotas y misteriosas islas, y en 1968 adoptó al primero de los cuarenta y tres niños autóctonos que ha criado en su casa de Bethesda. Hace dos años Perina fue acusado de violación y de abuso sexual por prevalimiento; el denunciante fue uno de sus hijos adoptivos.

«Es una verdadera tragedia —afirma el doctor Louis Altschur, director del Instituto Nacional de Salud, donde Perina ha ejercido su actividad científica durante años—. Norton posee una mente y un talento desbordantes, y espero de todo corazón que le proporcionen el tratamiento y la ayuda que necesita.»

Ni Perina ni su abogado han querido hacer declaraciones.

Prefacio

Soy Ronald Kubodera, pero solo en las publicaciones académicas. Para el resto del mundo soy Ron. Sí, soy el doctor Ronald Kubodera del que sin duda habrán leído en revistas y periódicos. No, no todas las historias que se cuentan son ciertas; casi ninguna lo es, naturalmente.

Pero en mi caso son ciertas las más importantes, de las que además me enorgullezco. Me siento orgulloso, por ejemplo, de que se me relacione con Norton (y ojo, hace un año y medio no habría tenido ni que decirlo), a quien conozco desde 1970, cuando entré a trabajar en su laboratorio de Bethesda, Maryland, para el Instituto Nacional de Salud. Norton no había recibido todavía el Nobel, pero su trabajo ya había revolucionado la comunidad científica y cambiado para siempre la percepción que los académicos tenían de los ámbitos de la virología y la inmunología, amén (es de justicia señalarlo) del de la antropología médica. También me enorgullece el hecho de que tras establecer una relación como colegas iniciáramos otra igual de intensa como amigos; mi relación con Norton es, sin duda, la más significativa de mi vida. Más importante aún, sin embargo, es que me siento muy orgulloso de seguir siendo su amigo y de que él siga siendo amigo mío, después de lo ocurrido en los dos últimos años.

Naturalmente, no es que yo haya tenido la oportunidad de hablar o comunicarme con Norton con la frecuencia que habría deseado — y él también, sin duda —. Se hace raro no tenerlo cerca, me siento solo. De

hecho, hasta que me mudé aquí^[1] hace alrededor de un año y medio — un mes después de que se dictara la sentencia contra Norton — no creo que en el curso natural de nuestra cotidianidad pasáramos más de dos días separados. Puede que ni siquiera tanto. (Naturalmente, excluyo circunstancias especiales, tales como las vacaciones esporádicas con mi mujer de entonces o los viajes que realizábamos por separado con motivo de bodas, funerales, etcétera. Pero incluso en esos casos yo hacía un esfuerzo por comunicarme con él a diario, ya fuera por teléfono o fax.) El caso es que hablar con Norton, trabajar con Norton, estar con Norton formaba, simple y llanamente, parte de mi vida cotidiana, más o menos como para muchos ver la tele o leer la prensa a diario; se trata de uno de esos rituales olvidables y sin embargo nada baladíes, uno que te confirma que la vida progresa de manera adecuada. Pero cuando ese ritmo se ve interrumpido, la sensación es más que perturbadora, es caer en una especie de deriva. Así es como me he sentido este último año y medio. Me despierto por las mañanas y hago mi vida, como siempre, pero por las noches aplazo invariablemente el momento de meterme en la cama, deambulo por el piso, me asomo a la noche, me pregunto qué se me ha olvidado. Voy tachando las decenas de tareas insignificantes que en una jornada normal llevo a cabo sin pensar — ¿he abierto y respondido el correo?, ¿he cumplido con los plazos?, ¿he cerrado las puertas con llave? —, hasta que por fin, con mucho pesar, me acuesto. Solo cuando estoy a punto de quedarme dormido recuerdo que la pauta misma de mi existencia ha cambiado, y entonces experimento una punzada de melancolía. Quizá ustedes piensen que a estas alturas bien podría asumir el cambio en las circunstancias de la vida de Norton, y por extensión de la mía, pero algo dentro de mí se resiste; a fin de cuentas, Norton ha formado parte de mi día a día durante casi tres décadas.

Pero si para mí la vida es soledad, mucho más lo es para Norton. Cuando

lo imagino en ese lugar me pongo furioso; Norton ya no es joven, ni goza de buena salud, y no creo que la prisión sea el castigo más apropiado o razonable.

Sé que pocos comparten mi opinión. He perdido la cuenta de las veces que he intentado explicar cómo es Norton — su humanidad, su inteligencia, su excelencia — a amigos, colegas y periodistas (y a jueces, jurados y abogados). En el último año y medio ha habido numerosas ocasiones para recordar la traición de sus antiguos amigos, lo deprimida que han olvidado y abandonado a un hombre al que aseguraban apreciar y respetar. Algunos de ellos — personas con las que Norton trató y trabajó durante décadas — prácticamente se esfumaron nada más presentarse los cargos contra él. Peores, no obstante, fueron quienes le dieron de lado cuando fue declarado culpable. En aquel momento comprobé lo desleal e hipócrita que es la mayoría de la gente.

Pero estoy yéndome por las ramas. Una de las dificultades principales de la reclusión de Norton ha sido combatir la intensa monotonía que inevitablemente ha venido a definir su situación. Debo admitir que me quedé un poco sorprendido cuando, menos de un mes después de ingresar en prisión, empezó a quejarse de un aburrimiento supino. Siempre había sido uno de los sueños de su vida — el sueño, creo, de muchos hombres brillantes y desbordados por las obligaciones — disponer de un mes, o de un año, en un lugar acogedor sin un solo compromiso. Sin tener que pronunciar discursos, ni corregir o escribir artículos, ni impartir clases, ni cuidar de los niños ni dirigir proyectos de investigación; ante él solo habría una amplia extensión virgen de tiempo que él tendría la libertad de llenar como más le placiera. Norton siempre se había referido al tiempo como un mar, un paraje vacío, espejeante e infinito, y de hecho aquel sueño — «el tiempo-mar», lo llamaba él — se convirtió en una especie de broma, una clave para referirse a temas a

los que esperaba poder dedicarse algún día, pero que no tenía manera de abordar en el presente. De modo que hacía promesas: cuando tuviera tiempo-mar, cultivaría helechos tropicales. Cuando tuviera tiempo-mar, leería biografías. Cuando tuviera tiempo-mar, escribiría sus memorias. Nadie, aún menos el propio Norton, creía que algún día dispondría de ese tiempo-mar, pero ahora, naturalmente, lo tiene, aunque sin el lugar acogedor y sin el indolente y agradable torpor que asociamos a una ociosidad ganada con el sudor de nuestra frente. Mas, por desgracia, parece ser que Norton no está preparado para el ocio; de hecho, ha sido una tortura para él (aunque, naturalmente, reconozco que esto puede atribuirse en gran medida a las desafortunadas circunstancias en las que se le ha concedido un tiempo de esparcimiento). En una carta reciente me decía:

Aquí hay poco que hacer y, llegados a cierto punto, aún menos que pensar. Nunca creí que me vería en semejante estado, tan agotado que me siento exangüe, pero no por falta de sangre, sino de ideas. Puro aburrimiento. He vivido convencido de que un período de vacío prolongado sería para mí un tesoro, que lo colmaría con extrema facilidad. Sin embargo, me he dado cuenta de que el tiempo no está para que lo llenemos en cantidades tan grandes y vírgenes; siempre hablamos de gestionarlo, pero se trata justo de lo contrario... Nuestras vidas están plagadas de ocupaciones porque esos pequeños resquicios de tiempo son lo único que logramos dominar realmente.[2]

Me parece una reflexión muy certera.

No obstante, a pesar de la evidente gravedad de las circunstancias en que Norton se encuentra actualmente, hay quienes han tenido el descaro de insinuar que debería dar gracias por lo que consideran la indulgencia de su

situación actual, un argumento que se me antoja no solo obtuso, sino también cruel. Una de esas personas es un hombre llamado Herbert West (cuyo nombre he cambiado a regañadientes), colega investigador de Norton de principios de la década de 1980, que se pasó por Bethesda para ver a Norton de camino a un congreso en Londres. Eso fue antes del juicio pero después de que lo imputaran, cuando Norton se hallaba en lo que equivalía a un arresto domiciliario y le habían quitado la custodia de todos sus hijos. West, a quien yo siempre había considerado más soportable que muchos de los otros colegas de Norton, estuvo allí más o menos una hora y acto seguido me propuso salir a cenar a un restaurante. No me apetecía nada, y me pareció una grosería que me invitara delante de Norton, que al fin y al cabo no podía salir de casa, pero este me animó a que fuera, asegurándome que quería terminar unas tareas y le iría bien estar solo.

Me sentí obligado a cenar con West, y, aunque me costó no pensar en Norton solo en su casa, nos las arreglamos para mantener una conversación sorprendentemente agradable acerca del trabajo de West y el artículo que presentaría en el congreso, así como de otro artículo que Norton y yo habíamos publicado en el *New England Journal of Medicine* antes de que lo detuvieran y de algunos conocidos comunes, hasta que, en el momento en que nos servían el postre, West dijo:

—Norton ha envejecido una barbaridad.

—Se encuentra en una situación espantosa — repuse.

—Pues sí, bastante — murmuró West.

—Es extremadamente injusto.

West no respondió.

—Extremadamente injusto — repetí, dándole otra oportunidad.

Suspiró y se limpió las comisuras de los labios con la punta de la servilleta, un gesto artificioso y afectado, amén de ostentosa y odiosamente anglófilo.

(West había estudiado — hacía décadas, y solo durante dos años — en la Universidad de Oxford gracias a una beca Marshall, dato que tenía la asombrosa capacidad de sacar a colación en cualquier acto social o de negocios.) La tarta de arándanos que tomaba le había teñido los dientes del color amoratado de un cardenal.

—Ron... — empezó a decir.

—Dime.

—¿Tú crees que lo hizo? — me preguntó West.

A esas alturas yo ya había aprendido a que la pregunta no me pillara desprevenido, y también qué respuesta dar.

—¿Y tú?

West me miró y sonrió, a continuación miró hacia el techo, y otra vez se concentró en mí.

—Sí — dijo.

No respondí.

—Tú crees que no — añadió West con un tono ligeramente interrogativo.

También había aprendido qué contestar a eso.

—Que lo hiciera o no es lo de menos. Norton es un genio, y tanto para mí como para la historia es lo único que importa.

Se produjo un silencio.

—No puedo irme muy tarde — dijo por fin West con timidez—. Tengo que leer unos artículos antes de coger el avión mañana.

—Muy bien — repuse. Y terminamos el postre en silencio.

Habíamos ido al restaurante en mi coche y, después de pagar a escote (West pretendía invitarme, pero me impuse), lo dejé en su hotel. En el coche hizo un par de amagos de darme conversación, lo que me enfadó aún más.

En el aparcamiento del hotel nos quedamos callados varios minutos, West

expectante, yo disgustado, hasta que por fin él me tendió la mano y yo se la estreché.

—Bueno... — dijo West.

—Gracias por la visita — le dije con sequedad —. Sé que Norton te lo agradece mucho.

—Bueno... — repitió West. No fui capaz de distinguir si había captado mi sarcasmo o no; me pareció que no —. Pensaré mucho en él.

Hubo otro silencio.

—Si lo declaran culpable... — empezó a decir West.

—Eso no va a pasar — repuse.

—Pero si pasa — continuó West —, ¿irá a la cárcel?

—No logro imaginarlo — contesté.

—Bueno, si lo encarcelan — insistió West, y me acordé de lo malcaradamente ambicioso, de lo acaparador que West había sido como colega, y de su impaciencia por abandonar el laboratorio de Norton y abrir uno propio —, al menos dispondrá de un montón de tiempo-mar, ¿no, Ron?

Me quedé tan horrorizado ante tamaña frivolidad que fui incapaz de responder. No había salido aún de mi asombro cuando West me sonrió, se despidió de nuevo y se apeó del coche. Lo vi entrar en el hotel por las puertas dobles y acceder al vestíbulo iluminado, y en ese momento arranqué para volver a casa de Norton, donde yo dormía casi todas las noches. En los meses siguientes el juicio se inició y acabó, y se dictó la sentencia, pero huelga decir que West no volvió a visitar a Norton.

Como iba diciendo, no, la gente no se muestra en absoluto solidaria con la situación actual de Norton. De hecho, lo condenaron y despacharon mucho antes de que fuera condenado y despachado legalmente por un jurado de supuestos semejantes; ¿cómo será para un hombre del intelecto de Norton

que doce incompetentes determinen su carácter y dictaminen su destino (si no recuerdo mal, uno de los miembros del jurado trabajaba en una cabina de peaje y otro era peluquero canino), tomando una decisión que vuelve virtualmente insignificante, cuando no del todo intrascendentes, todos y cada uno de sus logros anteriores? Desde ese punto de vista, ¿a quién podría extrañarle que Norton esté ahora deprimido, hastiado y falto de estímulos?

También me gustaría dedicar unas palabras a la cobertura del juicio de Norton por parte de los medios de comunicación, puesto que sería una imprudencia pasar por alto tanto su tenor como su alcance. En primer lugar, diré que, dada la naturaleza de los delitos que se le imputaban a Norton, no me sorprendió lo más mínimo que los medios derrocharan páginas y más páginas contando historias que adornaban, con rimbombancia y una asombrosa indiferencia hacia la verdad, los pocos datos de la vida personal de Norton que habían trascendido al dominio público. (Hay que reconocer que dichas historias destacaban, aunque con reticencias, algunos de sus logros más considerables, pero solo para poner más de relieve su supuesta iniquidad.)

Recuerdo que por aquel entonces Norton y yo pasábamos las noches en vela en su casa, esperando el juicio (fuera, varios equipos de reporteros de televisión se pasaban las jornadas enteras en la acera, delante del césped de la vivienda de Norton, comiendo y charlando bajo la brisa veraniega llena de insectos y zumbidos, como quien va de picnic); recuerdo la cantidad de peticiones que recibimos (por supuesto, no satisfechas) para conceder entrevistas, y que solo una — por desgracia, de *Playboy* — invitaba a Norton a escribir su propia defensa en lugar de mandar a un escritor joven y voraz a que interpretase su vida y sus presuntas fechorías para el público lector. (En un principio, la propuesta me pareció buena idea, a pesar de la publicación, pero a Norton le preocupaba que cualquier cosa que escribiese se manipulara

y usara contra él, a modo de confesión. Naturalmente, no se equivocaba, y desestimamos la idea.) Pero yo también sabía que ser consciente de que no podía hablar en su propia defensa lo disgustaba y entristecía.

Lo más irónico del asunto es que, poco antes de que lo detuvieran, Norton se había planteado escribir sus memorias. Por aquel entonces (en 1995), estaba semijubilado y ya no se veía obligado a bregar con los diversos líos y responsabilidades del laboratorio. Con esto no pretendo insinuar que ya no era la mente más fundamental e indispensable del laboratorio, sino simplemente que empezaba a permitirse el lujo de organizar su tiempo de otra manera.

Sin embargo, Norton no tendría oportunidad de narrar su notable vida, al menos no en las circunstancias que me consta que habría deseado. Pero, como siempre he dicho, la mente de Norton es de esas capaces de superar cualquier desafío. De ahí que en abril, dos meses después de que empezase a cumplir la sentencia, le preguntara en mi carta diaria si no se planteaba escribir sus memorias a pesar de todo. No solo serían una gran contribución para el ámbito de las letras y de las ciencias, le dije, sino que además tendría por fin la ocasión de demostrar a los interesados que él no era lo que el mundo se había empeñado en hacer de él. Le comenté que para mí sería un honor pasarlas a limpio y, si me lo permitía, revisar someramente su texto, como antes había hecho con varios artículos que había presentado para que se publicaran. Sería, escribí, un proyecto fascinante para mí, y a él le serviría de distracción.

Una semana después, Norton me mandó una escueta nota:

Aunque no puedo decir que me apetezca invertir los que podrían ser los últimos años de mi vida tratando de convencer a nadie de que no soy culpable de los delitos que se me atribuyen, he optado por empezar a

contar la «historia de mi vida», como tú la llamas. Mi confianza [en ti] es... [muy] grande.[3]

Un mes más tarde recibí el primer capítulo.

Supongo que debería decir unas cuantas cosas a modo de introducción antes de invitar al lector a sumergirse en la extraordinaria vida de Norton. Porque, a fin de cuentas, se trata de una historia centrada en la enfermedad.

Norton, naturalmente, lo contaría todo mejor que yo, pero voy a facilitar al lector algunos detalles del hombre que nos ocupa. Una vez me señaló que su vida no empezó de verdad hasta que se marchó del país y llegó a U'ivu, donde llevó a cabo los descubrimientos que transformarían la medicina moderna y lo harían merecedor del Premio Nobel. En 1950, con veinticinco años, realizó su primer viaje al por entonces misterioso Estado de Micronesia, un viaje que cambiaría su vida — y revolucionaría la comunidad científica — para siempre. En U'ivu vivió con una «tribu perdida», los llamados opa'ivu'eke, en la que a la sazón se conocía (al menos entre los habitantes de U'ivu) como la «isla Perdida» de Ivu'ivu, la mayor del pequeño archipiélago. Fue allí donde descubrió una enfermedad — no documentada, nunca antes estudiada — que afectaba a la población autóctona. Los u'ivuanos eran famosos (y hasta cierto punto aún lo son) por su corta esperanza de vida. Pero en Ivu'ivu, Norton conoció a un grupo de isleños que superaba con creces el promedio de esperanza de vida: en veinte, cincuenta y hasta cien años. Otros dos elementos hicieron todavía más extraordinario el hallazgo: en primer lugar, si bien los afectados no envejecían físicamente, sí sufrían un deterioro mental, y en segundo lugar, la dolencia no era congénita, sino adquirida.

Nunca estuvo el hombre más cerca de la vida eterna que gracias al descubrimiento de Norton. Y sin embargo, jamás una promesa tan

maravillosa se desvaneció tan deprisa: un secreto desvelado, un secreto perdido, todo ello en apenas una década.

Pero el trabajo de Norton entre los *opa'ivu'eke* supuso grandes cambios en ámbitos que trascendían la medicina: en los casi veinte años que pasó con la tribu prácticamente generó un nuevo campo de la antropología médica moderna, y sus textos de aquellos años son ahora básicos en muchos planes de estudios universitarios.

Sin embargo, en U'ivu[4] también se originaron todos sus problemas. De los muchos rasgos que definieron los viajes de Norton a U'ivu, uno de ellos fue el origen de lo que se convertiría en su amor imperecedero por los niños. Para los lectores que no conozcan Ivu'ivu diremos que su paisaje resulta sobrecogedor, tan hermoso como intimidatorio. Todo es más grande, más puro y más fascinante de lo que se pueda imaginar, y allá donde se mire se percibe un panorama más espectacular que el anterior: a un lado, una extensión infinita de agua, tan inmóvil y de un color tan intenso que uno se ve incapaz de contemplarla mucho rato; al otro, pliegues profundos y alargados de montañas cuyas cumbres desaparecen entre una espuma de niebla. Desde su primera visita a Ivu'ivu, Norton contrató como guías a varios u'ivuanos que lo llevaron en busca de paisajes y cosas nunca antes vistas. Décadas después, a instancias de aquellos, volvería a Maryland con los hijos y nietos de tales guías, y los criaría como si fueran suyos, brindándoles una educación de la que no habrían podido disfrutar en U'ivu. Asimismo, se llevó a varios huérfanos, bebés y niños que vivían en condiciones lamentables sin esperanza de una vida mejor.

Casi sin darse cuenta, había reunido una prole de más de cuarenta criaturas. Muchos de esos críos, adoptados en tres fases que se sucedieron a lo largo de casi tres décadas, han regresado a Micronesia, donde actualmente

ejercen como médicos, abogados, profesores universitarios, jefes de empresas, maestros y diplomáticos. Otros han optado por quedarse en Estados Unidos, donde trabajan o siguen estudiando. Y lamento decir que hay otros que se han hundido en el pozo de la pobreza, las drogas y la delincuencia. (Cuando se tienen cuarenta y tres hijos, no se puede esperar que todos salgan bien.) Aunque ahora, naturalmente, ninguno de ellos es ya de Norton. Y él, por decisión de ellos, ya no es de sus hijos; el abandono casi masivo durante los últimos apuros de Norton fue, cuando menos, chocante. A fin de cuentas, se trataba del hombre que les había dado un techo, una lengua, una educación, todas las herramientas que necesitaban para un día traicionarlo, como de hecho hicieron. Los hijos de Norton aprendieron demasiado bien el mensaje de Occidente y de Estados Unidos; en algún sitio descubrieron que las acusaciones de perversidad venden bien, unas acusaciones que ni siquiera un premio Nobel, una mente respetada, podría encajar con éxito. Es una lástima; a muchos de ellos yo les tenía gran cariño.

Lo segundo que debería aclarar, supongo, es que a pesar de mi evidente interés en esta narración, no se trata de mi historia. Para empezar, porque soy un hombre discreto. Para acabar, porque de todos modos no me interesa contar mi historia; a fin de cuentas, hoy en día ya hay demasiadas.

Aun así, quisiera decir unas palabras acerca del proceso de compilación y edición de estas páginas. Mi tarea de editor ha sido mínima, en realidad. Debo señalar también que todas las secciones (tituladas por mí) están en verdad formadas por una serie de capítulos que fui recibiendo de Norton desde la cárcel. Cada capítulo iba encabezado asimismo por una carta, pero, dado que dichas misivas son de carácter eminentemente personal, no he considerado oportuno incluirlas aquí. Puesto que este texto fue ideado por capítulos, el lector percibirá que a veces posee un aire espontáneo e informal,

y que da por sentado que el lector tiene cierta familiaridad con la vida y la obra de su autor. Ya que soy la persona que mejor conoce a Norton (y ya que el libro fue, en efecto, escrito para mí, a instancias mías), consideré que era mi responsabilidad añadir notas al pie allí donde me parecía que algunos datos adicionales ayudarían al lector a comprender la historia de Norton. (En algunos casos también he agregado notas para completar las crónicas de Norton. Igualmente, he eliminado —de manera juiciosa— algunos pasajes que en mi opinión no enriquecían la narración o carecían de relevancia; dichas supresiones no van en desdoro del retrato global que el propio Norton hace de sí.)

Por último, me parece de justicia enunciar una pregunta que Norton me planteaba en la carta que precedía al primer capítulo: ¿qué espero de este proyecto? La respuesta es muy sencilla: no deseo nada menos que restablecer el buen nombre de Norton, recordar al mundo que lo acontecido antes de estos dos últimos años es inconmensurablemente más importante que lo que haya o no haya podido ocurrir en unos pocos meses. Quizá yo sea un ingenuo, pero tengo que intentarlo. Hacer menos por un hombre que ha dado tanto al mundo de la ciencia y la medicina sería, en suma, imperdonable.

RONALD KUBODERA
Palo Alto, California

MEMORIAS DE
A. NORTON PERINA

Con notas de Ronald Kubodera, doctor en Medicina

PRIMERA PARTE

El arroyo

Nací en 1924 cerca de Lindon, Indiana, el típico pueblecito, como tantos otros que veinte años antes de mi nacimiento habían empezado a proliferar, sin prisa pero sin pausa, por el Medio Oeste. Con esto quiero decir que la localidad, tal como la recuerdo, solo destacaba por la absoluta ausencia de detalles característicos. Había silos y graneros rojos (la mayoría de los residentes eran agricultores), y almacenes, iglesias, pastores, médicos, maestros, hombres, mujeres y niños: el esquema de una sociedad estadounidense, pero de una sin florituras, sin adornos, sin accesorios. Había unos pocos borrachos, y un loco, y perros y gatos, y una feria del condado que se celebraba en asociación con Locust, una pedanía situada a escasos kilómetros al oeste y que ya no existe. Los vecinos — éramos ochocientos — nacían, iban a la escuela y ayudaban en casa, y se hacían agricultores, y se casaban con gente del pueblo, y formaban familias propias. Cuando te cruzabas con alguien por la calle hacías un gesto con la cabeza o, en el caso de los hombres, te bajabas un poco el ala del sombrero. Pasaban las estaciones, crecía y se cosechaba tabaco y maíz. Así era Lindon.

En mi familia éramos cuatro: mi padre, mi madre, Owen y yo.[5] Vivíamos en una parcela de cuarenta hectáreas, en una finca desvencijada cuyo único rasgo destacable era una escalera central mastodóntica y otrora lujosa que mucho tiempo atrás había quedado transformada en una ruina de encajes por obra de generaciones y generaciones de termitas.

A poco más de un kilómetro detrás de la casa serpenteaba un arroyo, demasiado pequeño y lento y de temperamento demasiado incoherente para merecer un nombre propio. Todos los meses de marzo y abril, después del deshielo invernal, excedía sus propios límites y se convertía en un río de verdad, crecido y agresivo por los litros y litros de nieve derretida y lluvia primaveral. En aquellos meses, la naturaleza misma del arroyo cambiaba. Se volvía inclemente y decidido, y arrancaba de raíz las sanguinarias diminutas y rutilantes y el serpol que crecían en las riberas empequeñecidas, llevándose las flores río abajo, donde quedaban abandonadas en los matorrales de un dique que alguien había construido mucho antes. Los piscardos, habitantes fijos del arroyo, luchaban contracorriente y se ahogaban. En aquel período, el arroyo poseía voz: un encolerizado rugido de aguas, de potencia, y el estrecho afluyente, por lo general tan plácido y falto de carácter, se transformaba en algo temible e impredecible, y a nosotros nos prohibían acercarnos.

Pero, con el calor de los meses de verano, el arroyo — que no nacía en nuestra propiedad, sino en la de los Mueller, que vivían a ocho kilómetros al este — se secaba y volvía a ser un dócil hilillo que se abría camino de manera medrosa por nuestra finca. Justo por encima se concentraba el ruido de los enjambres de libélulas y mosquitos zumbones, y las sanguijuelas chupaban su fondo suave y limoso. Solíamos ir allí a pescar, y también a nadar, y luego remontábamos la colina baja para volver a casa, rascándonos los habones de brazos y piernas hasta que se formaba una costra de piel vieja y sangre nueva.

Mi padre nunca se acercaba al arroyo, pero a mi madre le gustaba sentarse en la hierba a ver cómo el agua le lamía los tobillos. Cuando éramos muy pequeños, la llamábamos — «¡Míranos!» — y ella levantaba la cabeza distraídamente y nos saludaba con la mano, aunque lo mismo podría habernos saludado a nosotros como, pongamos, a un plantón de roble.

(Nuestra madre veía bien, pero a menudo se comportaba como si fuese ciega; se movía por el mundo como una sonámbula.) Cuando Owen y yo teníamos siete u ocho años (demasiado jóvenes aún para habernos desencantado de ella), nuestra madre se había convertido en objeto primero de lástima y poco después de burla. La saludábamos cuando estaba en la ribera, con los brazos cruzados bajo las rodillas, y en el momento en que ella nos devolvía el saludo (con todo el brazo y no solo con la mano, como un alga que ondeara bajo el agua), le dábamos la espalda y hablábamos muy alto, fingiendo no verla. Luego, durante la cena, cuando nos preguntaba qué habíamos hecho en el arroyo, nos hacíamos los sorprendidos, los despistados. ¿En el arroyo? ¡No habíamos estado allí! Habíamos jugado en el campo todo el día.

—Pero si os he visto — protestaba ella.

—No —respondíamos al unísono, negando con la cabeza—. Serían otros dos niños. Dos niños que se nos parecían.

—Pero... — empezaba a decir, y la confusión le agarrotaba por un momento el semblante hasta que volvía a relajarse —. Habrá sido eso — concedía, indecisa, y bajaba la mirada a su plato.

Este diálogo se repetía varias veces al mes. Para nosotros era un juego, pero inquietante. ¿Nos seguía la corriente nuestra madre? Aunque la cara que ponía — de auténtica preocupación, de miedo, como se decía por aquel entonces, «a no estar bien», a no poder confiar o creer en su vista o su memoria — era muy real, espontánea. Preferíamos creer que estaba haciendo teatro, porque la alternativa, que estaba loca o, peor todavía, que era tonta de remate, resultaba demasiado aterradora para planteárnosla seriamente. Luego, en nuestro cuarto, Owen y yo la imitábamos —«Pero... pero... pero... ¡erais vosotros!»— y nos partíamos de risa, pero después, ya en la cama, en silencio, ponderando las consecuencias del juego, nos quedábamos intranquilos. Aunque éramos niños, los dos sabíamos (por los libros, por

nuestros semejantes) lo que tenía que hacer una madre — regañar, enseñar, instruir, castigar si era necesario —, y sabíamos también que nuestra madre no estaba hecha para esas tareas. ¿En qué nos convertiríamos de mayores con una mujer así?, nos preguntábamos. ¿Por qué era tan inútil? La tratábamos como la mayoría de los críos tratan a los animalitos: con dulzura cuando nos sentíamos generosos y felices, con crueldad cuando no. Resultaba embriagador saber que teníamos poder para relajarle los hombros, para separarle los labios y que formasen una sonrisa insegura, y al mismo tiempo también para que agachara la cabeza, para provocar que se frotara la palma de la mano contra la pierna muy deprisa, un gesto que hacía cada vez que estaba nerviosa, o triste, o contrariada. A pesar de todo, nunca expresábamos nuestra preocupación en voz alta; las únicas conversaciones que versaban sobre ella estaban teñidas de escarnio o aversión. La inquietud nos hacía cómplices, nos volvía aún más descarados y antipáticos. Sin duda, pensábamos, la arrastraríamos a un punto en que se revelaría la adulta que tan bien escondía. Como casi todos los niños, dábamos por hecho que los adultos estaban, por definición, impregnados de un sentido de amenaza, de autoridad.

Además de por su falta de carácter, mi madre podía considerarse un fracaso en varios aspectos fundamentales. Era una cocinera lamentable (el brócoli al vapor le quedaba chicloso, con los cogollos llenos de escarabajos muertos crujientes, minúsculos e invisibles; su pollo asado rezumaba sangre) y solo ejercía de ama de casa en contadas ocasiones; la aspiradora que nuestro padre le había comprado estuvo arrumbada en el ropero de los abrigos hasta que un día Owen y yo la diseccionamos. Tampoco tenía aficiones. Jamás la vimos leyendo, escribiendo, pintando ni practicando la jardinería, pasatiempos que (incluso entonces) sabíamos que poseían un interés y un valor intrínsecos. Algunas tardes de verano nos la encontrábamos en el salón, sentada sobre las piernas como una chiquilla, con una sonrisa

bobalicona, mirando fijamente aunque con gesto ausente una gran constelación de motas de polvo visible por la acción de un haz de luz.

Una vez la vi rezar. Una tarde al volver del colegio entré en el salón y la sorprendí de rodillas, con las palmas unidas y la cabeza levantada. Movía los labios, pero no pude oír lo que decía. Me pareció ridícula, como una actriz que actuara ante un auditorio vacío, y me dio vergüenza ajena. «¿Qué haces?», le pregunté, y ella me miró, asustada. «Nada», respondió, sobresaltada. Pero yo ya sabía qué estaba haciendo y también que me mentía.

¿Qué puedo añadir? Que era despistada, distraída, tal vez incluso idiota. Pero también debo decir que ha seguido siendo un enigma para mí, algo que no todo el mundo consigue. Y hay más cosas que recuerdo de ella: era alta y grácil, y aunque soy incapaz de recordar las particularidades de su rostro, sé que en cierto modo fue una mujer guapa. Una fotografía en sepia vieja y borrosa que Owen tiene colgada en su despacho lo confirma. Probablemente en sus tiempos no se la consideró tan guapa como se la consideraría ahora, pues su cara se adelantaba a su época: alargada, pálida, conturbada, un rostro que indicaba inteligencia, misterio, profundidad. Hoy en día la calificarían de llamativa. Sin embargo, para mi padre debía de ser una belleza, ya que, si no, no veo por qué otra razón se habría casado con ella. Mi padre, en las contadas ocasiones en que le dirigía la palabra a una mujer, prefería a las cultas, aunque sexualmente no le pareciesen en absoluto atractivas. Supongo que las mujeres inteligentes le recordaban a su hermana, Sybil, que era médica en Rochester y a la que él admiraba con desmesura. Así pues, tuvo que conformarse con la hermosura. Siendo ya un adolescente, me decepcionó descubrir que se había casado con mi madre solo por su belleza, pero esto ocurrió antes de que me diera cuenta de que los padres nos defraudan en muchos sentidos y de que es mejor no esperar absolutamente nada de ellos, puesto que es muy posible que nunca estén a la altura de las expectativas.

No obstante, y ante todo, mi madre era inescrutable. Ni siquiera sé con exactitud dónde nació (en un pueblo de Nebraska, creo); sí sé que su familia era pobre y que mi padre, con su modesta fortuna y su carácter poco exigente, la había salvado. Pero, curiosamente, pese a la miseria, en ella no había rastro de agotamiento o desgaste; no aparentaba estar extenuada ni curtida. Al contrario: daba la impresión de ser una de esas mujeres consentidas que pasan plácidamente de la casa de su padre a una escuela para señoritas y luego caen en brazos de sus maridos. (El resplandor que envuelve a la nimba en la fotografía de Owen, su muerte prematura y discreta, sus movimientos lentos y aletargados, todo ello hace que la recuerde como una criatura luminosa, protegida, mimada, por mucho que sepa que no fue así.) Creo que no recibió educación alguna (se trababa al leerle a mi padre nuestros boletines de notas: «E-ej-em-pl...», tartamudeaba antes de que Owen o yo le gritáramos la palabra — «¡Ejemplar!» —, petulantes, impacientes y abochornados) y murió muy joven.

Aunque, en el fondo, fue joven para todo. En mi recuerdo permanece siempre aniñada, no solo en su comportamiento, sino también en su aspecto. Por ejemplo, el pelo: en todo momento lo llevaba suelto, en forma de una hélice serpenteante que le ondeaba por la espalda. Su peinado me resultaba perturbador hasta siendo yo muy niño; lo interpretaba como una prueba más de una chiquillería prolongada con rigor e impertinencia: el pelo largo, la sonrisa distante y vacía, la manera en que sus ojos se apartaban de los tuyos en cuanto le dirigías la palabra, todos esos detalles nada admirables en una mujer con las responsabilidades que se le suponían.

Ahora, al recopilar este puñado de detalles de la vida de mi madre, me desconcierta lo poco que sé y lo poco que me ha interesado siempre. Supongo que todos los niños ansían desentrañar los orígenes de sus progenitores, pero ella nunca me pareció lo bastante interesante. (¿O tal vez debería invertirse

este razonamiento?) Por lo demás, jamás he creído en la idealización del pasado; ¿de qué me serviría? Owen, por el contrario, se interesó mucho más por nuestra madre tiempo después, y hasta pasó por un período, durante sus estudios, en que trató de localizar a nuestra familia y escribir una biografía informal. Sin embargo, abandonó el proyecto al cabo de pocos meses, y cada vez que alguien le preguntaba se ponía a la defensiva, así que supongo que dio con nuestros parientes maternos sin dificultad, descubrió que eran unos catetos y tiró la toalla, asqueado (por aquel entonces todavía era un elitista declarado).[6] Ella siempre le importó de una manera que nunca he acertado a comprender. Pero, bueno, Owen es poeta, y creo que consideraba importante contar con esos datos para emplearlos en el futuro, por muy mediocres o, en última instancia, decepcionantes que fueran.

En fin. Corría el mes de julio de 1933. Dudo en decir aquello de que «era un día como otro cualquiera», una expresión tan melodramática y aciaga, amén de totalmente inverosímil. Y sin embargo, no deja de ser cierto. Así pues, era un día como otro cualquiera. Mi padre había salido con su amigo Lester Drew, un agricultor de medio pelo, a hacer lo que quiera que dos agricultores de medio pelo hicieran juntos. Owen y yo estábamos cogiendo sanguijuelas para rellenar un pastel y regalárselo a Ida, la cocinera por horas, una mujer avinagrada que los dos detestábamos. Mi madre estaba con los pies sumergidos en el riachuelo.

En las semanas posteriores, tanto a Owen como a mí nos pedirían que tratáramos de hacer memoria: ¿habíamos advertido algo raro en ella aquella tarde? ¿La habíamos notado apática, o pachucha, o especialmente cansada? ¿Nos había comentado que se sintiera mareada o débil? Pero la respuesta siempre fue negativa. En verdad, si puedo contarte tan poco acerca de las actividades o el estado de ánimo de mi madre aquel día seguramente es

porque distaron muy poco de lo que habíamos llegado a aceptar como su comportamiento habitual. Por muy irritante que fuera nuestra madre, nunca podríamos haberla acusado de incongruente. Hasta el último día de su vida se mantuvo fiel a ese ritmo insondable que solo ella era capaz de descifrar.

A la mañana siguiente Owen y yo dormimos hasta tarde, como de costumbre en verano. Cuando me levanté — él aún dormía en la cama de al lado —, hacía calor. A nosotros se nos exigía bien poco. A diferencia de otros niños, no nos asignaban ninguna tarea; disponíamos de todo el día y hacíamos lo que se nos antojaba. Por tanto, en los meses de verano nos dedicábamos a pasatiempos frívolos: torturar a las ranas toro del riachuelo, robar albaricoques de los árboles de Lester Drew, arrastrarnos por la hierba alta y rasposa en busca de una familia de marmotas. Por las mañanas nos levantábamos cuando nos daba la gana, comíamos lo que nos hubieran dejado en la cocina y salíamos a llevar a cabo los planes de la jornada. A veces mi padre estaba en casa con Lester Drew, liándose cigarrillos, separados por una bandeja de rojos melocotones en rodajas que emitían un brillo enfermizo, como de carne cruda. Nos dirigían un gruñido, nosotros respondíamos igual, y nos sentábamos a la mesa sin decir nada.

Cuando entré en la cocina aquella mañana, allí estaban, junto con dos personas más: John Naples, el médico del pueblo, y el reverendo Cunningham, el pastor. Los cuatro hablaban en susurros. En cuanto aparecí, la conversación se interrumpió. Mi padre era un hombre imperturbable, estoico y en absoluto dado a sentimentalismos. (Tenía la cara ancha y cuadrada y los ojos del color aceitunado oscuro de las alcaparras.) De ahí que cualquier manifestación emocional por su parte fuese motivo de alarma, o cuando menos de curiosidad. En realidad, recuerdo su semblante de aquella mañana — una mezcla de sorpresa, consternación y perplejidad — mejor que su cara habitual.

—Tu madre ha muerto — me anunció.

Lo hizo con aparente calma y gravedad, con un tono neutro que contradecía su expresión; de hecho, su voz me tranquilizó.

—Joseph, por favor... — le reprochó el reverendo Cunningham.

—Es mejor que se entere así, sin rodeos — replicó mi padre. Me había mirado a los ojos al darme la noticia. Ahora en cambio miraba hacia otro lado y se dirigía a algún lugar por encima de la coronilla del reverendo Cunningham —. Doy por hecho que se hará cargo usted del cadáver, reverendo. Haga lo que... ella hubiera querido que se hiciera.

Acto seguido dio una palmada en un gesto neto, concluyente, y salió al patio por la puerta de atrás. Tras dedicarme una mirada larga y dolorosa, Lester fue tras él, y me dejaron con el reverendo Cunningham, que soltó un suspiro, y con John Naples, que fruncía el entrecejo.

—¡Oye! — me llamó Naples —. ¿Tú no tenías un hermano?

Sabía perfectamente que sí. El verano anterior, Owen y yo habíamos atrapado unas cuantas culebras verdes, sargas resbaladizas que fuimos colando una por una a través de la ranura del buzón de la clínica de Naples. Cosas de niños, pero él se puso hecho una furia y nunca nos lo perdonó. Era un hombre amargado y gruñón, al que el desengaño del mundo había vuelto mordaz, esa clase de personas que riñen a los niños en la calle porque saben que estos no pueden defenderse.

—¿No te interesa saber de qué ha muerto tu madre? — me preguntó.

—¡Naples! — exclamó el reverendo Cunningham.

Naples lo ignoró.

—Esos mosquitos que te han acribillado las mejillas — continuó — según mi diagnóstico son portadores de una cepa de gripe china. Los mosquitos transmiten enfermedades, y tu madre se ha metido en un pozo ciego minado de bacterias que le han casado la muerte. — Se recostó en la silla, satisfecho,

y dio una calada a la pipa —. Y como tu hermano y tú no evitéis el arroyo ese, moriréis de lo mismo.

El reverendo Cunningham estaba horrorizado.

—Naples, por favor... — dijo, y a continuación, agotados todos sus recursos en ese único reproche, salió también por la puerta trasera.

A mí no me sorprendió; no esperaba gran cosa de él, y no solo porque fuera un clérigo, sino porque se notaba que era un hombre muy limitado. Tenía el típico rostro que se recuerda más por las ausencias que por las presencias: unas mejillas tan demacradas y cadavéricas que parecía que alguien le hubiera metido la mano en la boca, hubiera arrancado la carne con un par de movimientos rápidos y lo hubiera dejado marchar.

Naples se encogió de hombros. A diferencia de los demás, por lo visto no tenía intención de irse. Owen y yo nos habíamos percatado de que cuando hablábamos con adultos como si fuesen un pelín lentos, incluso inferiores — igual que si fuesen un incordio que hubiéramos aprendido a soportar —, su asombro hacía que nos dieran información y se dirigieran a nosotros en un tono que jamás habrían empleado con un niño. Esta técnica, sin embargo, no surtía efecto con Naples; su arrogancia le había conferido cierta inamovilidad, muy poco práctica.

—¿Qué demonios es la gripe china? — pregunté.

Naples soltó una bocanada de humo.

—No lo entenderías — repuso con malos modos.

—Pues yo creo que se lo ha inventado.

—Y yo creo que eres un mocoso insolente. Y tu hermano también, los dos.

—¿A que sí que se lo ha inventado?

—Mucho ojo conmigo, niño.

—Entonces ¿qué es?

Seguimos así un rato —yo preguntando, Naples amenazando —, hasta que

al final suspiró y cedió.

—Es una enfermedad que se transmite por el aire y propagan los mosquitos. A tu madre le ha picado uno, se ha puesto mala y por eso se ha muerto. — Parecía una explicación lógica, y me quedé callado. Permanecimos los dos en silencio un momento, me figuro que ambos reflexionando acerca del fallecimiento de mi madre, tan decepcionante en cierto modo. Pero entonces Naples se acordó de que yo lo había manipulado para que contestara la pregunta y se rehízo —. Me sorprende que tu madre no se haya suicidado. Bien sabe Dios que yo lo habría hecho si tú hubieras sido hijo mío. — Los ojos le brillaron de triunfo y expectación.

A mí no me molestaron sus palabras, pero él debió de tomar mi silencio por dolor y, satisfecho, vació la cazoleta de la pipa, formando un pulcro hormiguero de ceniza sobre la mesa, y se marchó por la puerta principal, con un portazo. Lo oí silbar por el sendero hasta que el sonido fue atenuándose y desapareció del todo, y solo quedó el zumbido de un enjambre de insectos de verano. Fue la primera vez que me hablaron como a un adulto.

Sin embargo, fue también John Naples, aquel médico rural engreído y de quinta categoría, quien prendió realmente la chispa de mi interés por las enfermedades. Lo hizo sin querer — no creo que me hablara de la muerte de mi madre en términos tan directos porque quisiera tratarme como a un adulto; en realidad era un hombre mezquino y cruel, y estoy convencido de que su única intención era hacerme llorar —, pero gracias a aquella cruda y errónea explicación tuve el primer atisbo del mundo de las enfermedades y de su misterio preciso y brillante.

Incluso a aquella edad, Owen se interesaba ya por las palabras; leía diccionarios y libros de todo tipo, y le encantaban los juegos de palabras: anagramas, calambures, palíndromos. Se pasaba el día entretenido con series

de adivinanzas que hubiera descubierto o inventado. Y aunque a mí también me gustaba leer, nunca sentí el amor que profesaba Owen por los juegos del lenguaje. Esto se debe a que, para mí, la lengua no poseía una inteligencia inherente y propia, sino que era una herramienta creada por el hombre, el hombre le daba su significado y, por tanto, una escritura ingeniosa solía parecerme poco más que un rompecabezas chino formado por ardidés. Los escritores reciben elogios por manejar con destreza algo artificial, algo que puede cambiarse o manipularse a placer; pero ¿por qué se considera un acto de genialidad alimentar un constructo artificial? Aunque quizá no tenga mucho sentido esto que digo, así que permíteme que lo exprese de otra manera: el lenguaje no posee secretos intrínsecos.

La ciencia, por el contrario, y más concretamente la ciencia de las enfermedades, estaba llena de deliciosos secretos, de densas y oscuras bolsas de misterio. El lenguaje podía malinterpretarse, tergiversarse, sus reglas imponerse o pasarse por alto a capricho. No existía una disciplina. A veces se me antojaba como un juego inventado por el hombre para entretenerse, como hacía Owen. Pero una enfermedad, un virus, una tira serpenteante de bacterias existía con o sin el hombre, y nos correspondía a nosotros resolver sus enigmas.

John Naples, como es natural, no pensaba en la enfermedad en esos términos (una buena señal de una mente débil la encarna el médico que insiste en que es el paciente, y no la enfermedad, en quien debemos concentrar nuestros esfuerzos), pero le concedo el mérito de pasar por mi vida como una figura aleccionadora, ese tipo de persona con la que actualmente me relacionaría de no haber optado por el camino de la investigación en medicina. Ya entonces sabía que no me conformaría con explicaciones imperfectas. Era demasiado impaciente para eso.

Por suerte, Naples no tendría la última palabra. Quizá mi padre fuera un holgazán, pero no era tonto, y en aquel lance se mostró sorprendentemente competente. Aquella misma tarde, después de telefonar a su hermana a Rochester (había pasado por alto la cuestión de informar a Owen, así que tuve que encargarme yo cuando por fin bajó en pantuflas a la cocina, frotándose los ojos y rezongando), llamó a un compañero de estudios de Sybil que vivía en Indianápolis, que a su vez llamó a un amigo suyo que vivía en Crawfordsville, un pueblo situado a ochenta kilómetros al este de donde estábamos. Ese médico — un tal doctor Burns — se encargó de que trasladasen a mi madre a su clínica para practicarle la autopsia.

A la semana siguiente recibimos el informe, que revelaba que mi madre no había muerto de gripe china («Personalmente, ignoro la existencia de dicha enfermedad, aunque reconozco que, como patólogo que soy, puede que no esté tan versado en afecciones locales como mi estimado colega, el doctor John M. Naples», escribió Burns en su carta, con suma diplomacia), sino de un aneurisma. ¡Un aneurisma! Desde que Sybil me lo explicara, lo imaginé muchas veces, casi oía la tenue explosión de la arteria que reventaba, veía la espiral de tejido pastoso, flácido, la sangre negra tiñendo el cerebro del color rojo brillante y pegajoso de las granadas. (Más adelante, durante los esporádicos momentos de mi adolescencia en que me embargaba el remordimiento, pensaría: «¡Tan joven! ¡Qué injusticia!». Y más tarde todavía, cuando ya era un adulto lo bastante entrado en años para plantearme en serio mi propia muerte y las circunstancias que yo preferiría, «¡Impresionante!». Me imaginaba estrellas fugaces, fuegos artificiales, gloriosas gotas de luz que caían del cielo igual que miles de rutilantes piedras preciosas, cada esquirla no más grande que una semilla, y casi envidiaba la última gran experiencia de mi madre.)

«No sintió ningún dolor —me escribió Sybil—. Ha tenido una muerte

buenas. Ha tenido suerte.»

«Una muerte buena.» Le di muchas vueltas a aquella expresión, hasta que me hice médico y comprobé por mí mismo a qué se refería Sybil. Sin embargo, siendo niño, aquellas palabras se me antojaban tan misteriosas como el propio concepto de muerte. «Una muerte buena.» Mi madre fue una persona que tuvo una muerte buena. A una soñadora, a un espectro, se le concedió el mayor regalo que la naturaleza pueda otorgar. Aquella noche se metió bajo la colcha con la misma tranquilidad con que introducía los pies en el riachuelo pálido y susurrante y cerró los ojos, sin saber ni temer lo que la aguardaba.

Desde entonces, durante años soñé que mi madre se me aparecía bajo extrañas formas, con los rasgos como cosidos en otros seres en combinaciones grotescas y al mismo tiempo sobrecogedoras: era como un pez blanco y resbaladizo en el extremo de mi anzuelo, con una boca de trucha abierta y de expresión triste y sus ojos oscuros cerrados; como un olmo de la linde de nuestra propiedad, cuyas matas de andrajosas hojas de oro deslustrado eran sustituidas por guedejas enredadas de su pelo negro; como el chucho gris y cojo que vivía en la finca de los Mueller, cuya boca, la boca de ella, se abría y cerraba anhelante sin emitir jamás un sonido. Al hacerme mayor me di cuenta de que la muerte había sido un trance fácil para mi madre; para temer la muerte, has de contar con algo que te ate a la vida. Y no era el caso. Era como si hubiera estado preparándose para su propia muerte todo el tiempo que yo la conocí. Un día estaba viva, y al siguiente ya no.

Y, como bien dijo Sybil, tuvo suerte. Porque ¿qué otra cosa podemos atrevernos a pedirle a la muerte sino un poco de amabilidad?

Después de aquello nos quedamos solos Owen, mi padre y yo. De mi padre he hablado de pasada, y si bien sería inexacto afirmar que nos caía bien, sin

duda era más soportable que nuestra madre, aunque tenían en común un exasperante rechazo por la vida práctica. Si a mi madre le tocó su ración de suerte con la muerte, mi padre había aceptado hacía mucho la suerte como derecho natural.

Mi padre nació y se crió en una localidad cercana llamada Peet, otro lugar del que no habrás oído hablar en la vida. Hoy en día Peet se halla prácticamente deshabitado, es el típico sitio que cada año que pasa está más triste y despoblado a medida que los niños crecen y se van para no volver. Cuando mi padre era joven, sin embargo, Peet era lo que podríamos llamar un pueblo importante. Tenía su propio apeadero, que a su vez había generado una economía local modesta pero sana. Había un hotel, por ejemplo, y un teatro de variedades, y una calle mayor con negocios de dos plantas en madera pintada del color del mar y las rocas. Los viajeros que se dirigían al oeste, a California, hacían parada en Peet para tomar un sándwich de huevo con mayonesa y lechuga y un refresco con sabor a apio en el ultramarinos que había junto a la estación antes de regresar al tren. Los lugareños prosperaron gracias a estas relaciones efímeras, puras a su manera: el trueque de dinero a cambio de mercancías, una despedida amable, la seguridad de que ninguno de los implicados volvería a verse. A fin de cuentas, ¿qué son la mayoría de las relaciones que establecemos en la vida sino justo eso, aunque dilatadas morbosamente durante años y generaciones?

Los padres de mi padre, cuyos padres fueron inmigrantes húngaros, eran los dueños del ultramarinos. A diferencia de su hijo, trabajaban de sol a sol, eran austeros y hacían inversiones sensatas. En 1911, cuando mi padre cursaba el último año de universidad, murieron, casi a la vez, de gripe. Mi padre y su hermana heredaron el negocio, la casa y casi treinta hectáreas de tierras que habían comprado en un pueblo llamado Lindon, además de los ahorros. Mi padre demostró ser un administrador competente y eficaz, como

tras la muerte de mi madre. Vendió el almacén y la casa de Peet, pagó los impuestos y el entierro, y abrió una cuenta de ahorros para su hermana. Sybil, que estaba terminando el instituto, destinó parte de su dinero para la matrícula en la prestigiosa Universidad de Wellesley. Mi padre, más perezoso, se sacó las asignaturas que le faltaban en Purdue, se graduó y se mudó a Lindon, donde construyó una casa y todos los años añadía unas pocas hectáreas a la parcela. Mientras Sybil empezaba Medicina en la Universidad del Noroeste, mi padre cultivaba soja, judías verdes y alubias amarillas. Concibió a sus hijos. Al final entró a trabajar en la estación de ferrocarril del pueblo como coordinador de horarios. Ya había hecho cuanto tenía que hacer en esta vida.

Mi padre me resultaba tan frustrante como escurridiza mi madre. Hasta donde fui capaz de discernir, únicamente le interesaba alcanzar un estado de inercia completa y absoluta. A mí eso me generaba una irritación casi indescriptible. Para empezar, vivíamos en un pueblo donde la valía de una persona se medía según su laboriosidad. Y no es que a Owen o a mí nos importara un comino lo que los vecinos considerasen digno de admiración; fue, simple y llanamente, que por casualidad pensábamos lo mismo: que la actitud de mi padre tenía algo de vergonzoso, quizá incluso de obsceno. Al fin y al cabo, estábamos en plena Gran Depresión. Oíamos historias de niños abandonados por sus padres, veíamos fotos de hombres derrengados, extenuados, esperando un cuenco de sopa, un trabajo, un préstamo. Y en cambio mi padre, sin ambiciones, plácido, con una espectacular falta de motivación, se las había apañado para salir de todo punto indemne. Recuerdo que muchas noches, sentados en la cocina, me moría de ganas de tener un padre que me gritara, me regañara, me retara a hacer mejor las cosas, a poner más empeño, cuyas ambiciones para mí fuesen mayores que las mías. Pero, en cambio, mi padre se limitaba a canturrear distraídamente la canción que

más sonara en aquel momento y a liarse cigarrillos, sin moverse de la silla. El maíz, vestigio de una comida hecha a toda prisa, anidaba en su bigote de cerdas, y cuando se lo indicaba él sacaba la lengua con desidia y se la pasaba por los labios y la nariz con un movimiento serpentino y grácil, sin dejar de canturrear. Ese gesto descuidado y desenfadado me disgustaba más que cualquier otra cosa. Ahora me da un poco de risa mi hipócrita disconformidad; naturalmente, yo me beneficié una barbaridad de la continua buena estrella de mi padre, pero a la sazón me daba la impresión de que tanto a Owen como a mí nos hacía un flaco favor. Cualquiera que se hubiera criado en mi casa habría dado por sentado que la suerte caía del cielo con un porrazo tranquilizador y que ninguna aspiración merecía la pena, ni siquiera la idea de amasar una gran fortuna. Mi padre, de hecho, no hizo dinero merced a ninguna clase de afán capitalista; no, pasó porque tenía que pasar, y las pocas veces que tomó malas decisiones en los negocios tampoco pareció importarle.

A mí me enfurecía la situación, porque nada anhela más un niño consentido que la fantasía de la pobreza. A menudo me descubría soñando con diligentes padres inmigrantes para quienes yo encarnaba la única esperanza. Me conmovían mucho aquellas historias infantiles sentimentaloides como *Los patines de plata*, e imaginaba a mi propia familia como personajes de una narración similar. Mi padre era la torpe víctima de un accidente, indefenso y babeante, y Owen mi hermano menor, tullido e idiota. Yo era el explorador y el héroe, despiadado a la par que habilidoso. La educación constituía la única esperanza familiar. Mis triunfos académicos eran pura necesidad; me convertía en médico, sacaba a todos de la desesperación y la mugre y los metía en casitas cuadradas y pulcras. En mi fantasía, mis manos, mágicas en virtud de los años de educación estadounidense, curaban a mi pobre padre, que inmediatamente se ponía a trabajar a pesar de mis protestas. Mi madre, fuerte y resuelta, recobrada su

belleza, sonreía por primera vez en años, y mi hermano, tras yo costearle unos estudios en condiciones, adquiriría más vocabulario y aprendía a moverse como un deportista. ¡Cuánto ansiaba unas motivaciones así! Pero, como estaban las cosas, el lastre que me había tocado arrastrar no era el de la pobreza, sino el de un padre encarnizada y decididamente acinético y el de una niñez acomodada, de la que podría haber disfrutado de no haber estado tan empeñado en negarla.

Aunque es cierto que también tenía a Sybil. Como ya he comentado, mi padre respetaba muchísimo a su hermana; creo que no exagero si digo que estaba encandilado con ella. Sin duda, para él encarnaba tanto misterio como para mí; ¿cómo podía haber una persona tan aplicada, tan inteligente, tan activa en su misma familia?

Pero no todo el mundo se dejaba impresionar por Sybil. Por aquel entonces, los celosos, los miserables, aseguraban alegrarse mucho de que ella fuese autosuficiente, porque ningún hombre la mantendría jamás. Si alguien les plantaba cara, comentaban que solo se referían a que era una mujer demasiado independiente, sin pelos en la lengua, si bien en el fondo todo el mundo sabía a qué se referían: consideraban que Sybil, con su moño como un pan, era demasiado fea para casarse, y, en efecto, nunca se casó. Era cuatro años más joven que mi padre, pero cuando murió de cáncer de mama en diciembre de 1945, parecía mucho más vieja de lo que yo podía imaginar tratándose de una mujer de cincuenta y dos años. Sybil había sido «la rara» toda su vida, y creo que cuando abrió la clínica pediátrica en Rochester ya se había resignado a representar el papel de solterona del pueblo desprovista de atractivo sexual.

Es una pena por muchísimos motivos, pero sobre todo porque yo siempre he pensado que mi tía habría sido una inmunóloga excepcional. Poseía una curiosidad y una creatividad infinitas, infatigables; era una persona segura de

sí misma, sin caer en la arrogancia. Tenía una capacidad intelectual asombrosa, siendo capaz de ejecutar en sus razonamientos y análisis piruetas de ballet dignas de verdaderos genios. Parecía saberlo todo, y cuando empecé el doctorado me confesó que le habría gustado ser una «aventurera de la medicina» (no estaba seguro, y ella tampoco, de lo que entrañaba semejante oficio; solo sabíamos que los dos queríamos practicarlo), pero que jamás había podido cumplir ese sueño.[7] Más adelante me confió con idéntica timidez que siempre había querido tener hijos y me instó a ser padre, al margen de lo que eligiera hacer con mi vida. Me prometió que nada me procuraría más alegrías. Como es natural, últimamente he pensado bastante en ello, por motivos evidentes. Sybil fue una mujer sabia y juiciosa en muchísimos aspectos; ¿cómo pudo equivocarse tanto en ese?

De niño compartí mucho tiempo con ella. Hasta que murió mi madre — tras lo cual empezó a venir más a menudo —, ella pasaba varias semanas de verano en nuestra casa. Remitía a sus pacientes al otro pediatra del pueblo y llegaba cargada de regalos para todos. A mi madre, a quien nunca llegó a entender, le llevaba alguna frivolidad bonita, en parte por torpe condescendencia y en parte porque sabía que mi madre apreciaba lo bonito y lo frívolo; fuera lo que fuese, a mi madre le gustaba, y su propia belleza magnificaba la del regalo. Recuerdo que una vez le regaló un vestido de seda estampado con flores silvestres. Mi madre se lo probó enseguida y se puso a dar vueltas con él; todavía me parece verla girando por el salón y el borrón cremoso, mantecoso, que formaba la seda. Sybil nunca sabía qué decirle a nuestra madre, a quien creo que compadecía tanto como envidiaba; la compadecía porque mi madre parecía satisfecha con la vida simple y sin ambiciones que llevaba, y la envidiaba por estar satisfecha, por tener la vida que tenía.

A mi padre le regalaba cosas extravagantes: un silbato con forma de pájaro

tallado por un paciente, un jarabe de arce en una jarrita pedregosa, un libro sobre coleccionismo de minerales. A Owen le llevaba libros, puzzles, hojas de dibujo de celulosa tan gruesas que se apreciaban las fibras.

Pero por mucho cariño que nos tuviera a todos, yo era claramente su preferido. Aunque Sybil quería mucho a Owen, y él a ella, nunca mantuvieron el mismo tipo de relación que mi tía y yo. De hecho, siempre he sospechado que Sybil tenía a Owen por alguien un pelín superficial, y a pesar de que se deshacía en elogios hacia sus empeños artísticos (los poemas épicos, las estampas abstractas de la vida en la finca), lo hacía con una especie de difuso entusiasmo general; nunca manifestó una crítica ni un elogio concreto para él. No era exactamente que despreciase el arte, o a los artistas, pero tampoco se esforzaba por comprenderlo.

Para ser justo, debo añadir que Owen jamás quiso a nuestra tía como la quería yo, sobre todo por dos motivos. El primero ni siquiera tenía que ver con la propia Sybil. Era solo que Owen siempre había atribuido una especie de halo místico a mi ausente madre y a mi aletargado padre; contra el telón de fondo de una cultura norteamericana que él acabaría por proclamar vulgar y en exceso ambiciosa, consideraba la lasitud de ambos algo radical y hasta subversivo. (Para mí, sin embargo, la inercia no constituye subversión alguna.) Naturalmente, Owen también tenía unos padres fantasma, pero donde los míos se mostraban incapacitados los suyos se mostraban, a falta de una palabra mejor, contraculturales. Siempre he pensado que el mayor pesar de Owen fue no haber nacido treinta años más tarde fruto de una pareja de beatniks.

El otro motivo por el que mi hermano nunca quiso a mi tía con el amor que la quise yo tiene que ver con la propia Sybil. Pese a que respetaba su intelecto y le tenía cariño, también la consideraba una mujer poco elegante e inculta en lo tocante a la cultura. Si bien es posible que en esencia no le faltara razón,

eso no impedía — como lo discutí con él muchas veces en el pasado — que fuera la persona adulta más vitalista de nuestro entorno. De no ser por ella, no habríamos tenido un modelo alternativo de comportamiento adulto y quizá nos habríamos consagrado a vocaciones menos estimulantes.

En cualquier caso, Sybil siempre me reservaba los mejores regalos: un microscopio pequeño; un estetoscopio viejo; un modelo del corazón hecho de resina, con inscripciones a mano. Me llevaba estuches con escarabajos peloteros africanos disecados sobre trozos de cartón blanco rígido y enmarcado en cuero negro. Hubo una pelota y un bate, acompañados de una precoz lección de física; una radio vieja que cargó desde Rochester solo para enseñarme a desmontarla; una lupa gruesa que parecía una losa, con un sermón de propina tras sorprenderme acuclillado en el carril de tierra abrasando hormigas.

Cuando cumplí once años, el regalo de Sybil fue un libro que en un primer momento pareció un desliz. *Las vidas de los grandes científicos* estaba escrito sin ninguna imaginación e ilustrado de forma pueril, y el texto era de una alegría y simpleza insultantes, como si fuera dirigido a insustanciales niños de seis años. En verdad no era más que una especie de *Quién es quién* del canon científico, en que todas las «eminencias» (nombre, importancia de su contribución, etcétera; yo casi esperaba encontrarme también con su estatura, peso y aficiones extracurriculares) contaban con una entrada breve, como si los científicos, a imagen de los jugadores de béisbol, se prestaran a cualquier tipo de clasificación definitiva. Debo decir, no obstante, que por muy absurda que se me antojara entonces la ocurrencia, cada vez me resulta más atractiva. (De hecho, yo mismo figuro en la edición más reciente, la de 1994. El texto era sumamente reduccionista, como es natural, pero no menos riguroso que numerosas semblanzas mucho más extensas.[8] La entrada incluye también una fotografía mía con Philip,[9] que a la sazón tendría unos

diez años. La calidad de la imagen es tan lamentable que la cara del niño apenas es un círculo oscuro con una raja blanca por sonrisa. A mí se me ve inmenso e incómodo, un patoso fenómeno de circo.)

Retomando el hilo: el libro, naturalmente, no me introdujo en las posibilidades y el funcionamiento del mundo natural, pero supongo que me presentó a las personalidades de la ciencia, que me causaron una honda fascinación. Porque fue entonces cuando me di cuenta de que hay cierto tipo de mente predispuesta para lo científico, y decidí que esa era la clase de mente que yo admiraba.

Ya he hablado de la escalera en curva que se alzaba en el centro de nuestra casa. Resultaba incomprensiblemente elegante para un lugar tan modesto desde el punto de vista arquitectónico, y siempre la vi como una especie de visitante, destinada a regresar algún día a su glorioso y permanente estado normal, en que comunicaba dos plantas en una casa adosada de la Quinta Avenida. El capricho lo había erigido el anterior dueño de la vivienda (un arquitecto en ciernes que había estudiado en Columbia y no se había repuesto del todo de la humillación de tener que abandonar la ciudad para volver a la propiedad de sus padres en Lindon) y, aunque la construcción era sólida y la madera maciza, la escalera se había deteriorado mucho en los cincuenta años que aguantó a nuestra familia. Mi padre hablaba a menudo y sin entusiasmo de echarla abajo y sustituirla por otra más sencilla, pero nunca hizo nada, de ahí que cuando murió y volví a la casa, la escalera casi se hubiera desmoronado, y Owen y yo nos vimos obligados a usar una de mano para acceder a nuestros dormitorios, situados en la planta de arriba.

Pero en 1935, la escalera, sin ser especialmente agradable en el aspecto estético, al menos cumplía aún su función, y en cualquier caso satisfaría mis necesidades. Decidí empezar mi proyecto desde el escalón más alto e ir pintando hacia abajo. Unos años antes habíamos quitado la alfombra que recubría los peldaños, y puesto que estaban muy descuidados, llenos de polvo y astillas, cada uno necesitó varias capas de pintura antes de que el grano de

la madera quedara oscurecido. Fui bajando los veinte escalones, pintando cada uno por delante, por arriba y por los lados con distintos colores. Al cabo de varias horas la pintura se secaba y yo empezaba otra vez desde arriba, escribiendo en la parte delantera y superior de cada peldaño el nombre de un científico. Cuando acabé, la escalera era una llamarada de colores y palabras: Curie en lo más alto, Galileo justo debajo, Einstein después, Gregor Mendel, James Clerk Maxwell, Marcello Malpighi, Carlos Linneo, Nicolás Copérnico, y así sucesivamente. Había escrito los nombres sin atribuirles una secuencia concreta, como se me ocurrían. Pero antes de dar por concluido el proyecto fui interrumpido por Owen, que se puso a chillarme por no haberlo invitado a participar. La pelea resultante atrajo a mi padre y a Lester, que estaban fuera; y tras una larga y silenciosa mirada a la escalera (durante la cual hasta Owen y yo contuvimos la respiración), Lester empezó a gritar que nos merecíamos una buena tunda, cuanto más fuerte mejor. Y en ese momento, inesperadamente, mi padre se echó a reír.

Los tres — Owen, Lester y yo — nos quedamos petrificados, con la palabra en la boca. Hasta ese día, Owen y yo jamás habíamos oído a nuestro padre reírse. Era una risa normal y corriente, jadeante y oxidada y, según pensé, con una irritante falta de entusiasmo, júbilo o energía. La carcajada duró apenas unos segundos, tras los cuales mi padre declaró, con una desacostumbrada manifestación de emociones: «Ya ves, Lester, ahora no puedo demoler la escalera... Los chicos se han adueñado de ella».

Lester frunció el ceño, contrariado por que Owen y yo no hubiéramos recibido un castigo en condiciones (no tenía en gran estima las habilidades para la crianza de mi padre), y yo también me enfadé, aunque por otros motivos. De algún modo, mi padre se había apropiado de mi maravilloso homenaje a los científicos ¡para usarlo como una justificación más de su holgazanería! Pero, cosa interesante, la escalera — que mi padre dejó intacta

no por respeto a mi obra sino, como ya he dicho, por su propia vagancia — cobraría un significado mucho mayor de lo que cualquiera de nosotros imaginaba.

Ya he dicho que Owen y yo volvimos a la casa tras morir mi padre. En el último año de su existencia se había aficionado a vivir en la más absoluta inmundicia (algo que no me sorprendió), y la casa se había transformado en una especie de granero, plagada de pequeños roedores e indómitos gatos callejeros que hurgaban entre los pegajosos armaritos de la cocina. Cuando regresamos, en 1946 (desde que, cuatro años antes, nos marchamos para estudiar habíamos cumplido casi del todo con nuestro propósito de no volver a pisar Indiana), la casa no se había limpiado al menos en cuatro años, y no estoy exagerando cuando digo que aquello era un auténtico desastre: tablonos del suelo despegados, goznes aherrumbrados que emitían un chirrido tan insoportable que intentábamos no abrir las puertas, muebles que expulsaban nubes descomunales de polvo cada vez que nos sentábamos en ellos. Por no hablar de la basura que cada estancia había vomitado: papeles, cajas aplastadas, cascos rotos, diversos cachivaches olvidados. Mi padre, presumiblemente, llevaba tiempo sin subir, porque cuando Owen y yo por fin encontramos la escalera de mano debajo de la casa, descubrimos que estaba oxidada y endurecida tras lo que debieron de ser años de abandono. (Arriba, el caos era de tales proporciones que solo pensarlo me agota. Encontramos el nido de una familia de murciélagos en las vigas que había encima de la cama de Owen, dinastías enteras de ratones, bolas de polvo del tamaño de cabezas humanas, repletas de enredos de pelo inidentificable.) Pero fue la escalera, sus crudos y anticuados colores primarios, atenuados por el tiempo, la suciedad y los doseles de resplandecientes telarañas que la recubrían, lo que nos dio que pensar.

Era una escalera mastodóntica, y su derrumbe evidenciaba que mi padre se

había visto obligado a vivir en un espacio pequeñísimo — quizá menos de veinte metros cuadrados —. La escalera había partido en dos el salón, de modo que para acceder a la cocina él debía salir y rodear la casa a fin de entrar por la puerta trasera. En verano era un engorro, sin más, pero en invierno, con los fuertes vientos y las ráfagas de nieve, la expedición habría resultado ardua hasta para una persona joven. Dado que no había ninguna cama improvisada en sus exiguas dependencias, y dado que a mi padre lo descubrieron tumbado bocabajo a escasos metros de la casa a primeros de ese mismo marzo, llegamos a la conclusión de que debía de haber intentado llegar tambaleándose a la cocina — que estaba espantosamente mal abastecida: unas pocas latas de tomates enteros y otra de sopa de champiñones — cuando sufrió el infarto. (Más tarde descubrimos un catre tristísimo compuesto de unas colchas muy estropeadas y el cojín de un sofá viejo en el diminuto cobertizo que formaban el muro exterior y el porche acristalado contiguo a la parte de atrás del salón.) Por tanto, no sería exagerado afirmar que la escalera tuvo la culpa de la muerte de mi padre, aunque en última instancia se matara él solo con su propia vagancia. Hasta su suicidio fue un acto de típica pasividad.

Yo me debatía entre la compasión y el enojo ante el patético final paterno. ¿Qué se puede decir de un hombre que descuida su casa hasta el punto de que esta lo destruye? En verdad, sin embargo, lo sentí más por la escalera, aunque fue una reacción puramente nostálgica. A medida que iba haciéndome mayor, su pueril concepción y ejecución no había hecho sino irritarme, y aunque siempre dije que lo haría, nunca encontré el momento para repintarla. La sombra de mi padre, supongo.

Ni Owen ni yo otorgábamos mayor importancia a los funerales, pero en parte por una especie de culpa dada la humillante muerte que había tenido nuestro

padre y en parte por no haber asistido al funeral de nuestra madre, encontramos una iglesia modesta y convencimos al pastor, cuyo nombre ya no recuerdo (hacía ya mucho que el reverendo Cunningham había muerto), para que celebrase las exequias.

Solo se presentaron diez o doce personas para llorar la muerte de mi padre. A Lester Drew su sobrina lo había metido en una residencia después de que sufriera un grave derrame cerebral unos años antes, de modo que los únicos asistentes fueron vecinos curiosos, a la mayoría de los cuales no reconocimos, y algún antiguo empleado paterno, agricultores y aparceros principalmente, de los que conservábamos vagos recuerdos. Creo que algunos solo acudieron para ver cómo es la muerte de un rico.[10] Imagino que debieron de sentirse muy defraudados — la destartalada iglesia, el sermón vago y vacilante del pastor, mi indiferente semblante y el de Owen, la escasez de asistentes y la ausencia de amigos y familiares —. Si así era como se daba sepultura a uno de los hombres más acaudalados del pueblo, debieron de pensar, ¿qué clase de ceremonia deprimente (si es que la había) les aguardaba a ellos? De no haber sido nosotros tan jóvenes y desalmados, habríamos celebrado un funeral más impresionante y festivo, aunque fuera solo por transmitirles tranquilidad. A la sazón, sin embargo, no teníamos por costumbre tratar de mitigar las inseguridades de nadie.

Cuando se hubo servido el ponche y las galletas en la casa del pastor (no nos pareció de recibo invitar a los asistentes al escenario de la muerte, donde aún estaban aplastadas las largas briznas de hierba sobre las que yació el cuerpo en cruz de mi padre, creando una silueta perturbadoramente perceptible), y tras estrechar la mano de los diez o doce invitados, le dimos las gracias al clérigo por su ayuda.

—Ha sido un honor — respondió el pastor, muy solemne.

Era un hombre atractivo, aunque desabrido, con unos ojos tristes que

miraban a Owen con lascivia cuando creía que este no lo veía. No era mucho mayor que nosotros, pero ya tenía una mujer de aspecto derrotado y dos hijos rubios que no paraban de berrear.

—Pobres muchachos... Ahora solo os tenéis a vosotros. — (Por un instante, me planteé si no se compadecería de nosotros no solo por habernos quedado huérfanos, sino por estar en tan mala compañía; era evidente que no le caíamos muy bien.) A mí me dijo: «Que el Señor esté siempre contigo». A Owen: «Cuida siempre de tu hermano. Tú eres su guardián».

—¿Para qué? — preguntó Owen. Por aquel entonces a mi hermano le interesaban una barbaridad la Verdad y la Justicia, y empezaba, tediosamente, a coquetear con el marxismo; siempre fue muy impresionable —. Trataré a mi hermano como trato a cualquier semejante, ni mejor ni peor — replicó con grandilocuencia, y el pastor se marchó, suspirando y negando con la cabeza.

Escribir esto me hace pensar en lo mucho que echo de menos a Owen. Me sorprende un poco ver estas palabras sobre el papel,[11] pero mentiría si no lo reconociera. A pesar de los muchos disgustos y quejas, pienso (y no por primera vez) que mi niñez, a menudo tediosa, fue sin duda mucho más sencilla que mi vida actual. Supongo que así es como mucha gente recuerda su infancia. Pero, por aquel entonces creo que experimenté un estado razonablemente cercano a la satisfacción. En el plano físico no era raro, se me daba bastante bien el deporte, era rico pero no derrochador, era inteligente, tenía inquietudes, era más fuerte y rápido que Owen. Los compañeros no me daban la lata: nunca me pegaban ni se metían conmigo, jamás necesité amigos ni nada; a fin de cuentas, tenía a Owen. Ahora llevo una vida en que gran cantidad de mis ahorros se me va en abogados desde mi acuartelamiento con barrotes. Estoy gordo y ya no soy ni más fuerte ni más rápido que Owen, y aunque tuviera alguna afición no podría practicarla. Estoy viviendo una vida extraña, una vida en que no tengo a nadie. Me he

quedado sin hijos y sin colegas; todas las personas que me importaban me han abandonado.

Incluso Owen. O quizá debería decir: sobre todo Owen. Naturalmente, no hemos mantenido la más fácil ni la más sólida de las relaciones, pero hubo una época en que mi hermano y yo estábamos muy unidos, e incluso cuando no era el caso, aun cuando él pasaba por una de esas fases suyas, de un entusiasmo infantil, en que adoptaba y abandonaba idealismos y filosofías como otros chicos cambiaban de novia, seguía siendo una persona divertida, y ocurrente, y lista. Era mi embajador en el mundo que había más allá del mío. Y no porque yo fuese inmune al romanticismo. Recuerdo que una vez, de joven, le sugerí que debía moldearse siguiendo mi ejemplo. «Mírame —le dije (y puso los ojos en blanco)—, voy a ser científico. Es lo único que me importa. Tú estás demasiado disperso», le dije. Le advertí que se convertiría en un diletante si no se imponía más disciplina. Pero en este momento la indecisión de Owen me inspira algo parecido a la admiración; era casi como si, para compensar mi determinación, intentara ampliar al máximo sus miras. Yo era una persona impaciente, sí, pero ahora recuerdo con cariño la irritabilidad de mi hermano, su idealismo feroz, sus pasiones tan efímeras. Recuerdo al Owen de aquellos días como una persona vitalista, infatigable, con una agilidad intelectual a la que yo no llegaba. Para ser de pareceres tan distintos, éramos extraordinaria y activamente competitivos, y aun así había momentos en que también estábamos de acuerdo, ratos en los que éramos capaces de desmontar cualquier argumento, someter a cualquiera con nuestra fiereza y rectitud. En todo caso, siempre podíamos asociar nuestras pasiones, incluso cuando estas tuvieran objetos distintos.

Y fue con Owen con quien compartí mi anhelo más precoz y ardiente: el de irme, escapar. No me acuerdo de haber explicitado aquel deseo, pero sí de la sensación, desde muy temprana edad, de que la vida no estaba en Indiana,

desde luego no en Lindon y muy posiblemente tampoco en Estados Unidos. La vida se hallaba en otra parte, y daba miedo, era descomunal, gigantesca e incómoda. Creo que Owen también lo sabía, del mismo modo que algunos niños saben que quieren quedarse cerca de su hogar, y fue esta resolución compartida — la de que no permaneceríamos ni acabaríamos donde estábamos dando los primeros pasos — lo que, más que las inquietudes o preferencias de cada uno, nos unió y animó a soportar las obligaciones de la infancia hasta que pudiéramos dejarla atrás y llevar una vida seria.

Curiosamente, los dos años que siguieron al funeral de mi padre fueron la fase más feliz y armoniosa de nuestra relación. En esos años estuvimos muy unidos, y por un período breve, ambicioso y melifluo, hice un esfuerzo por escribirle todas las semanas, algo que no habíamos hecho durante la universidad. A finales de la primavera de 1946 nos fuimos juntos de vacaciones a Italia. Una foto nos muestra a punto de embarcarnos en el *Arcadia*, en Nueva York. Fue nuestro primer viaje a Europa — nuestras primeras vacaciones juntos, en realidad, y por desgracia también las últimas, aunque en aquel momento era imposible saberlo —, y recuerdo que cuando volvimos, tres meses después, prometimos repetir el viaje todos los años, a lugares cada vez más remotos.

Solo me acuerdo de unos cuantos detalles de aquel viaje — obras de arte que vimos, platos que comimos, conversaciones que mantuvimos, ruinas que admiramos, incluso algunos de los lugares donde dormimos —, pero aún recuerdo, con una especie de claridad extraña, desagradable, la sensación desconocida e inexpresable que empecé a experimentar, hacia la mitad del viaje, cada vez que miraba a Owen. Notaba que en esos instantes algo me oprimía el pecho, algo sustancial y machacón que sin embargo no me resultaba molesto ni doloroso. Tras unos cuantos episodios, deduje que se trataba, a falta de una palabra mejor, de amor. Como es natural, nunca le

comenté nada de esto (de esas cosas no hablábamos), pero recuerdo muy bien que una noche, en la proa del barco, lo miré, miré su nariz afilada que acababa en un pegote informe de masilla (mi nariz), a la vez que oía el choque de las aguas oscuras contra el casco del barco, y casi me sentí abrumado. Owen me dijo algo y fui incapaz de contestar, y tuve que fingir encontrarme mal para meterme en la cama, quedarme a solas y reflexionar acerca de aquel descubrimiento.

Naturalmente, la sensación no duró mucho. Llegó y se fue durante el viaje, y desapareció del todo con el paso de los años. Y aunque nunca alcanzó la intensidad de aquella vez en la cubierta, llegué a aceptar primero y a desear después aquel dolor familiar, pese a saber que mientras lo experimentaba me resultaba imposible hacer, por no hablar de pensar, ninguna otra cosa.

SEGUNDA PARTE

Ratones

Después de la licenciatura, empecé Medicina, en otoño de 1946.[12] Tengo poco que decir de la facultad en sí; ni siquiera su insulsez y la falta de imaginación de mis compañeros fueron una gran sorpresa. Me matriculé en Medicina porque entonces era lo que uno hacía cuando le interesaba cualquier tema remotamente relacionado con la biología del cuerpo humano. Si fuera estudiante en la actualidad, seguramente me saltaría ese paso y cursaría un programa de doctorado en Virología, Microbiología o similar. No porque el ambiente de la Facultad de Medicina no sea en sí mismo interesante, estimulante incluso; lo que ocurre es que quienes colman sus aulas son personas proclives a la mojigatería y el sentimentalismo, más interesadas en el heroísmo romántico del ejercicio de la medicina con que la profesión se ha permitido el lujo de imbuirse y vincularse que en el desafío que supone la investigación científica.

Quizá esto fuera aún más cierto hace cincuenta años que ahora. Mis compañeros de clase — o, al menos, aquellos con los que tuve contacto en esos cuatro años — podían clasificarse con facilidad en dos categorías. Los de la primera, los más aceptables, eran sosos, sumisos y disfrutaban memorizando. Los del segundo grupo, el más repudiable, eran codiciosos y soñadores, fascinados por su propia posición futura en el mundo. Pero todos, absolutamente todos, eran ambiciosos, competitivos, y estaban ansiosos por disfrutar de su pedacito de gloria.

Nunca fui un estudiante especialmente destacado. Aunque es muy probable que fuera uno de los alumnos más curiosos y creativos de mi clase, y hasta de la facultad en su conjunto, había muchos, muchos otros mejores estudiantes que yo y más diligentes; no faltaban a ninguna clase, tomaban apuntes, leían todas las noches. En cambio, yo me dedicaba a otras cosas. Por aquel entonces era un coleccionista de escarabajos empedernido, una costumbre y afición que me venía de la infancia; como es natural, las oportunidades de encontrar escarabajos raros en Boston eran poco menos que limitadas, pero en los meses de primavera a veces me tomaba unos días libres y me iba en tren a Connecticut, donde Owen cursaba un doctorado en Literatura Estadounidense en Yale. Dejaba el macuto en su habitación y cogía otro tren más pequeño y lento hasta el campo, donde pasaba el día entero con mi red, mi cuaderno y un frasco de conservas con un algodón dentro empapado en formaldehído. Cuando el cielo se teñía de anaranjado, volvía haciendo autoestop a New Haven, donde pasaba la noche en la habitación de Owen, comiendo lo que él hubiera preparado y tratando, con éxito relativo, de darle conversación. Con los años, Owen fue volviéndose cada vez más reservado (algo que, reconozco, yo agradecía, porque las explicaciones acerca de sus estudios, centrados en Walt Whitman y la imaginación estadounidense, sometían a una dura prueba a mi declarada promiscuidad intelectual), y cuando lo veía cortar meticulosamente la tortilla en trocitos de forma trapezoidal tenía que obligarme a no pensar en lo mucho que me recordaba a nuestro imperturbable y necio padre.

Como es natural, a mis profesores no les hacía ninguna gracia que me saltara tantas clases, pero como daba la talla en los exámenes y los trabajos, poco castigo podían imponerme más allá de los repetidos sermones sobre cómo mi falta de disciplina no haría sino confirmar la mediocridad de mi desempeño profesional. Yo no dudaba de su seriedad ni de su sinceridad,

pero tampoco me preocupaba mi futuro; ya entonces sabía que estaba llamado a vivir unas aventuras para las que un registro impecable de asistencia a clase no me prepararía mejor ni de manera más útil.

No pretendo, sin embargo, idealizar lo que era, al menos en parte, una actitud irritante e inmadura de falta de respeto por mis profesores y la institución universitaria. Ahora, con la perspectiva que da el tiempo, siendo mi carrera y mi legado los que son, supongo que es muy fácil decir que sabía que todo acabaría por resolverse a mi favor y que mi falta de ambición era genuina. Aunque si he de ser sincero, supongo que también debo reconocer que ya entonces tenía tanto afán de grandeza, de esa grandeza que es posible y al mismo tiempo muy remota, un sueño desdibujado en la periferia de mi visión, que me resultaba más fácil fingir — ante los demás y ante mí mismo — que un porvenir espectacular me traía sin cuidado, para que no me dé por pensar que los años de facultad — y mis éxitos y fracasos de entonces — fueron un indicador de lo que ha sido el resto de mi vida, algo que determinó la probabilidad de que esa imagen brillante cristalizara o no en algo más vívido.

Pero fue durante el tercer año de Medicina cuando las cosas cambiaron por completo para mí, o más bien cuando yo cambié por completo las cosas. Fue el año en que Gregory Smythe me invitó a trabajar en su laboratorio. Enseguida comprenderás por qué resultaba tan sorprendente y, de hecho, durante muchos años me preguntaron con cierta regularidad por la temporada que pasé allí.[13]

Mentiría si dijera que al principio no me sentí halagado. Hoy en día, cualquier alusión a Gregory Smythe es recibida (si es que provoca algún tipo de reacción) con sorna, esa clase de sonrisa autocomplaciente y segura de sí misma aderezada tanto con alivio como con temor, la reacción que sin duda

provocará dentro de un par de generaciones la mención de muchos de los científicos más laureados del presente. Pero cuando yo estudiaba, Smythe estaba considerado una mente fundamental, un visionario, el médico y científico que uno aspiraba a ser.[14]

Smythe era también, digamos, una figura poco común en el campus y en la comunidad científica. Para empezar, porque estaba metido en lo que todo el mundo reconocía como uno de los trabajos médicos más interesantes de la época. Hoy es muy fácil reírse de las teorías y los conceptos erróneos que antaño se consideraron revolucionarios, pero no podemos negar que la década de 1940 fue, a su manera, un período de gran crecimiento científico. Por muy equivocadas (no se puede decir de manera más delicada) que se revelaran con el tiempo muchas de las teorías de Smythe y sus colegas, su generación alcanzó un grado admirable de curiosidad, y su sed — con motivaciones muy diversas, pero sin duda genuina — desembocó en la fundación de las bases de lo que actualmente reconocemos como ciencia moderna. Sin ellos, ni tú ni yo habríamos tenido nada que refutar, nada que despejar o rebatir. A veces, cuando repaso el trabajo de Smythe, pienso que su legado más importante fue identificar las preguntas que ocuparían a la comunidad científica en los siguientes cincuenta años, a pesar de que en última instancia fuese incapaz de dar las respuestas correctas.

Ya había oído hablar de Smythe antes de conocerlo. Una de las teorías más populares de mediados de los años cuarenta aseguraba que el cáncer estaba causado por una infección vírica. Aunque la teoría se había formulado décadas atrás, Smythe la respaldó con ahínco, y dedicó gran parte de la década a intentar demostrar que el cáncer (que, hasta donde sabían los científicos de entonces, tenía su origen en los demonios o la brujería), no solo podía explicarse a la perfección, sino que también era decididamente tratable. El razonamiento era el siguiente: si pudieran aislarse los virus que causan el

cáncer, podría desarrollarse una vacuna que acabaría con ellos, erradicando así la enfermedad para siempre. Al igual que las teorías más gratificantes, esta era genial pero rigurosa, amén de limpia, lógica y satisfactoriamente plausible. Por lo demás, resultaba accesible, y la teoría de Smythe (que se hizo famosa en la prensa generalista como «el concepto Smythe», igual que si se tratara del teorema de Pitágoras o de la teoría de la evolución, o como si Smythe fuera el autor de una filosofía antigua, cuasi mística y muy alegórica, a imagen de Aristóteles) enseguida le granjeó mucha fama (como es inevitable, muchas envidias), tanto en los ambientes académicos como en los más populares.[15]

Pero volveré a Smythe más adelante, cosa que me parece apropiada, dado que hasta varios meses después de empezar a trabajar en su laboratorio no lo conocí. Curiosamente, debido a mi expediente, mi actitud y mi falta de adaptación en general, fui más bien un cero a la izquierda durante casi todo el tiempo que pasé allí; mis compañeros nunca me hablaban y mis tareas eran las más ingratas. No obstante, no percibía resquemores; al parecer, había un continuo trasiego de estudiantes como yo, que un día llegaban y al siguiente se esfumaban y recalaban en otra parte, una presencia tan temporal como la de los monos a los que teníamos obligación de alimentar, los ratones a los que rellenábamos los bebederos o los perros de ojos aterrorizados a los que poníamos inyecciones, hasta que un buen día ellos también desaparecían del laboratorio, llevándose consigo sus sonidos y olores.

En el laboratorio éramos unas quince personas — aparte de Smythe, naturalmente —, y pese a que en cierto sentido yo había previsto, no sin romanticismo, un intercambio libre y creativo de ideas y teorías (así de ingenuo era), en verdad operaba una jerarquía muy estricta; se trataba de un ambiente controlado y poblado por una franja muy estrecha de la sociedad, que sin embargo remedaba servilmente las formalidades y distinciones de

escalafón del mundo exterior. En la cumbre estaba Smythe, y nosotros teníamos que seguir a pies juntillas, sin preguntas ni cuestionamientos, cuanto él dijera — o lo que sus subalternos directos dijeran que había dicho, que era lo más habitual —. Pero Smythe era una presencia cada vez menos frecuente cuando yo llegué; al parecer, estaba más interesado en conceder entrevistas al *New York Times* y a Edward R. Murrow.

La segunda categoría más importante allí estaba compuesta por los dos jefes de laboratorio, Walter Brassard y Monroe Fitch, ambos doctores en Medicina y ambos (como ya se encargaban ellos de recordar a todo el mundo una vez por semana como mínimo) designados a dedo por Smythe para dirigir su laboratorio. Su labor consistía en supervisar los experimentos, escribir borradores de los trabajos de investigación de Smythe y gestionar el día a día del centro, lo que incluía contratar a estudiantes de Medicina y otros universitarios. Los dos me tenían ojeriza, Brassard más que Fitch, pero a mí me había contratado Smythe en persona, de modo que no les quedaba otra que aguantarme. Los dos — de nuevo, Brassard más que Fitch — eran bastante conocidos por méritos propios; en la facultad había oído a varios profesores elogiarlos como brillantes promesas. A veces los llamaban «los Turcos», y se creía que serían las mentes científicas que tomarían el relevo de Smythe y que, hasta ese momento, desarrollarían sus proyectos. Raras veces hablaban entre ellos, y observé que eran muy competitivos. Cada uno despreciaba al otro por la supuesta inferioridad de su formación académica (cosa curiosa, dado que habían sido compañeros desde secundaria y durante la totalidad de la carrera de Medicina), su viveza intelectual (de nuevo, los dos me parecían igual de poco creativos) y, como es obvio, por el relativo favor de Smythe.

Por debajo de Brassard y Fitch había cuatro posdoctorales, también doctores en Medicina, llamados Parton, Nesser, Ulliver y Curtis. A su

manera, los cuatro resultaban aún más insoportables que Brassard y Fitch, que eran quienes los habían contratado (con el beneplácito de Smythe). Todos habían estudiado también en internados (aunque no en el mismo que Brassard y Fitch) y todos se paseaban por el laboratorio con un semblante que quería ser solemne — fruncido levemente el ceño bajo un mechón de pelo cortado según un estilo aún de colegiales, con las manos a la espalda con una actitud que quería parecer de grandeza — pero que, pese a la ambición y seriedad de la intención, no lograba disimular las leves sonrisas que esbozaban cuando creían que nadie los miraba, el mismo engreimiento y admiración que las mujeres afectan cada vez que se topan con una superficie reflectante. Me pusieron a trabajar con Parton, que era quien mejor me caía, por su cara tersa de gruesos carrillos y su desaliñada camisa (que siempre provocaba reprimendas de los Turcos, quienes otorgaban mucha importancia a esa clase de detalles), y por el hecho de que no me daba la lata y durante días se olvidaba de que yo estaba ayudándolos con los experimentos y que, por tanto, tenía la responsabilidad de vigilar mis movimientos y lo que ellos llamaban el «rendimiento diario».

Después de los posdoctorales estábamos los dos doctorandos: además de mí, un compañero llamado Julian Turnbull, que era el niño bonito de los Turcos y que no me dirigió la palabra ni una sola vez, como si mi falta de adecuación fuese una enfermedad que pudiera contagiarle a través de la más ínfima comunicación. Ni se me acercaba, pues, y a mí me daba igual; sabía que era de mi promoción y natural de algún rincón de Connecticut, y que tenía una novia en Wellesley, pero lo ignoraba todo acerca de sus ideas o de dónde residía su inteligencia, puesto que jamás hablaba de esas cosas, casi como si fueran irrelevantes para su vida en el laboratorio.

Luego había dos becarios, por lo común estudiantes de Biología (se sustituían tan rápido y eran a todas luces tan intercambiables que ni siquiera

nos molestábamos en aprendernos sus nombres), ambos con intención de seguir estudiando Medicina, ambos siempre con cara de miedo; entrar como becario en el laboratorio de Smythe era un honor digno casi de reyes, y su semblante reflejaba un rictus de temor y orgullo. Varias veces, al verlos, me pregunté qué clase de promesas les habrían sacado a cambio de concederles el puesto, qué pruebas habrían tenido que pasar con sus orientadores, qué obligaciones asumirían.

Después de los becarios había un hombre llamado Dean O'Grady, conocido como el Gordo Irlandés por ser gordo e irlandés, según el sentido del humor de aquellos tiempos. El Gordo Irlandés era la persona del laboratorio con la tarea más visible y concreta: mientras los demás tomábamos notas, dábamos toquecitos con las uñas en las jeringas para eliminar las burbujas de aire, extraíamos muestras de sangre y tomábamos más notas, el Gordo Irlandés se encargaba de los animales y de aquello que nadie más hacía. Limpiaba las jaulas de los monos y les daba de comer una papilla a base de plátanos pasados y avena. Cambiaba el agua a los ratones y quitaba las legañas a los perros. A mí me impresionaba su impavidez; no era ni amante de los animales ni sentimental (una vez hubo uno así, me contaron, y la cosa había acabado en desastre cuando Fitch lo sorprendió una madrugada intentando sacar a los perros de las jaulas para meterlos en su furgoneta), y tampoco parecía impresionado o interesado por el propio laboratorio. A veces había cuidadores de animales — como los que yo tendría en el futuro — que sentían un odio visceral hacia los responsables del laboratorio. No porque fuesen amantes de los animales (cualquier currículum en que se declarara el amor por los animales se descartaba automáticamente), sino porque aborrecían la ciencia y a las personas que la ejercían, con nuestras batas blancas y lo que ellos consideraban una arrogancia despreciable, aunque era difícil determinar si lo que odiaban era nuestra

formación o lo que hacíamos con ella (consideraban excesiva la primera y autocomplaciente lo segundo). No se hallaban dotados para un razonamiento cognitivo superior, y como eran incapaces de comprender lo que hacíamos y al mismo tiempo no estaban por la labor de reconocer sus limitaciones, lo más fácil para ellos era insultarnos y detestarnos. (Esta actitud no es exclusiva de los cuidadores de animales, sino que la comparten periodistas, activistas animalistas, sacerdotes, políticos, amas de casa, artistas...; en definitiva, personas para las que cualquier misterio debe atribuirse a la arrogancia humana y al mal.)

Pero, volviendo al Gordo Irlandés: todas las tardes llegaba a las cuatro y se ponía a trabajar, y cuando volvíamos al día siguiente la suciedad había desaparecido, las bandejas de agua estaban llenas y el característico perfume que reinaba en las instalaciones se percibía con mayor intensidad: el aroma irritante de los productos de limpieza y la fragancia dulzona de las heces rancias. A veces te quedabas trabajando hasta tarde, veías al Gordo Irlandés, lo saludabas con un gesto de la cabeza, y él simplemente te devolvía el saludo. No hacía amago de dar palique. Si le preguntabas algo, te contestaba de la manera más mecánica, sin resultar maleducado pero sin endilgarte la típica cháchara (sobre el tiempo, lo duro que es trabajar, sus variados dolores corporales) de la que en general parecen tener infinitas reservas los bedeles, camareros y demás personal de servicio. En lugar de eso, todo se resumía a: «Buenos días, Gordo Irlandés.» «Buenos días.» «Basset Cuatro [es decir, el basset de la jaula número 4] ha estirado la pata esta noche.» «Yo me encargo.» Y punto.

Por debajo del Gordo Irlandés estaban ya los últimos: los técnicos de laboratorio, David y Peter, sin apellidos ni mesas propias, aunque sí llevaban bata. Iban de poyata en poyata limpiando los matraces, cortando trozos de malla metálica, limpiando la materia orgánica que se derramaba de los tubos

de ensayo, repartiendo tazas de café requemado, cogiendo ratones de las jaulas, metiendo ratones en las jaulas. Yo intentaba no abusar de ellos; primero, porque acababa antes si lo hacía yo mismo, y segundo, porque los dos eran muy parlanchines y les encantaba hablar de sus mujeres, o de la cena que les aguardaba esa noche, o de lo hartos que estaban del trabajo. No eran innecesariamente crueles con los animales, pero sí muy descuidados: agarraban con tanta fuerza a los ratones que estos se ponían a chillar y a agitar las patitas en el aire; se olvidaban de la jaula que correspondía a cada perro; tiraban los mecheros Bunsen y fregaban de cualquier manera el estropicio, obligándote a pisar con cuidado lo que quedaba de día, hasta que el bedel nocturno deshiciera el entuerto.

El laboratorio se encontraba en la primera planta de un edificio llamado Chase Hall, de diez plantas y ladrillo rojo, feo y funcional; fue destruido hace unos años. Había una sala principal de unos cien metros cuadrados, un rectángulo alargado con cuatro ventanas que daban al jardín de abajo. En el extremo sur, lo más lejos posible de la incineradora del edificio, adyacente al laboratorio, se hallaba el despacho de Smythe, un cuadrado pequeño acristalado con un escritorio de madera nudosa (cuyo tablero estaba perfecta y sospechosamente impecable), un archivador y una librería, ambos de metal. Nada más salir de su despacho, a lo largo de toda la pared este de la sala, debajo de las ventanas, había escritorios metálicos enfrentados para cada uno de los jefes de laboratorio y posdoctorales, así como para los doctorandos y los becarios. El resto de la estancia estaba ocupado por ocho largas poyatas de metal con fregaderos incorporados y atestadas de mecheros Bunsen y matraces. El suelo era de linóleo y las paredes de un pálido color mantequilla que siempre me daba ganas de comer pan o patatas, cualquier cosa con fécula y harinosa.

Detrás de la sala principal, con la misma longitud, se hallaban los dos laboratorios de los animales. El primero, orientado hacia el sur y sin ventanas, era el de los ratones; medía algo menos de treinta metros cuadrados y las jaulas formaban pilas de dos metros de alto en tres de sus paredes, que eran de un naranja brillante, cuajado, carbonizado. El laboratorio de los ratones, como cualquier otro laboratorio con animales, hedía a periódicos mojados, a heces y el pelaje húmedo desprendía un tufo como a mohó y a alga. Alguien fregaba el suelo con desinfectante todas las noches, pero lo único que se conseguía era intensificar los olores naturales del sitio, tan impermeables que parecían haber calado en las paredes. Al lado del laboratorio de los ratones se encontraba el de los perros, casi el doble de grande pero con los mismos olores, las mismas paredes color óxido y las mismas jaulas de alambre, que aquí llegaban hasta el techo. Había unas treinta y seis jaulas, todas pequeñas, de unos veinte centímetros cuadrados, de manera que los canes (por lo general sabuesos, ignoro por qué) no podían incorporarse y pasaban días enteros de costado o agachados, con las patas delanteras abiertas, en una postura indecorosa, más propia de un borracho. Luego había unas diez o doce jaulas más altas, reservadas para los monos, que nos llegaban con cierta regularidad, pero no lo bastante a menudo ni en número suficiente para merecer un laboratorio propio. Lo que mejor recuerdo de los laboratorios es el silencio: se oían los chillidos frenéticos y estridentes de los ratones y los gemidos vanos y quejumbrosos de los perros, pero solo cuando los sacaban o metían en las jaulas. El resto del tiempo no hacían ruido y aguardaban mirándose fijamente las patas. Los monos eran los únicos que protestaban, parloteaban y gritaban el día entero, aullando a la primera de cambio. Eran un incordio, por eso y por lo sucísimo que lo dejaban todo, y por la intensidad de su olor, aunque, naturalmente, eran los especímenes más valorados para trabajar.

Yo estaba casi siempre con los ratones. Uno de los experimentos en los que trabajaba Parton — cuyos parámetros exactos nunca llegué a descubrir, porque, cosa extraña, aunque delegaban mucho en mí, al parecer no se me consideraba lo bastante relevante para explicarme a qué dedicaba la mayor parte de mi jornada — consistía en inocular en los ratones varios tipos de virus con la esperanza de que causaran cáncer. Se empezaba, pongamos, con diez ratones, uno de cada jaula numerada. Luego se cogía un virus, se mezclaba con una solución salina y se inculaba en cada sujeto. Y después, a esperar. Todos los días había que pesarlos, medirlos y observarlos. ¿Estaban aletargados? ¿Comían y bebían con normalidad? ¿Les salía algún bulto extraño? (uno esperaba con todas sus fuerzas que sí, pero nunca se dio el caso, al menos en ninguna de las pruebas que llevé a cabo). Registraba los resultados en el cuaderno, que Parton jamás me pidió, aunque podría haberlo hecho. El aburrimiento daba rienda suelta a mi imaginación: «N.º 12. Ratón blanco —escribía (eran todos blancos)—, complexión calcárea. Nariz y almohadillas: rosa palo desde ayer, hasta entonces rosa clavel. Personalidad: anodina». (Todos eran anodinos. Al fin y al cabo, eran ratones. Se pasaban el día haciendo cosas de roedores.) Un tiempo después, en torno a tres meses, se sacrificaban, se les hacía la autopsia y se empezaba de nuevo con otro grupo.

La verdad es que disfrutaba sacrificando a los ratones. Sorprendentemente, había pocas maneras de hacerlo: en intoxicarlos con agentes químicos se tardaba demasiado y era muy costoso; ahogarlos era un lío, además de tedioso. (Y en cualquier caso, tanto un método como el otro hacían peligrar tejidos clave que necesitábamos estudiar.) Ulliver fue quien me enseñó a liquidarlos. Lo que había que hacer era agarrar al ratón por la cola y darle vueltas como si fuera un lazo, hasta que se mareaba y meneaba la cabeza, desorientado. Entonces lo colocabas encima de la mesa y con una mano le sujetabas la cabeza por detrás de las orejas mientras con la otra lo levantabas

por la cola. Un pequeño clic y se acabó, desnucado. A veces Julian Turnbull y yo nos poníamos cada uno en un extremo de la poyata alargada que había en el centro del laboratorio de los ratones, cada uno cuatro o cinco ratones en cada mano, que hacíamos girar, sacrificándolos por tandas. Era una tarea satisfactoria, un logro insignificante pero real que introducía un elemento de novedad en una jornada que, como tantas otras, parecía carente de estructura, progreso o sentido.

Luego había que llevar los ratones al laboratorio principal y ponerlos sobre una de las poyatas, boca arriba. Les cortaba el bazo — una cosita diminuta del tamaño de una pepita de sandía de un marrón intenso, carnosa, de aspecto apetecible — y colocaba cada uno en una placa de Petri con una pizca de solución salina. Al lado había una pila mullida de fina malla metálica cortada en trocitos de seis centímetros cuadrados; esterilizaba una con ayuda de una llama y a continuación frotaba el bazo contra la malla y lo pasaba a otra placa de Petri para obtener una suspensión celular simple. Los bazos, naturalmente, son órganos suaves y carnosos, como el foie gras, y había que frotarlos con mucho cuidado; un movimiento más vigoroso de la cuenta, y uno se encontraba con el órgano despachurrado entre los dedos, tan pegajoso y oscuro como el caramelo líquido. A veces había que repetir la operación varias veces, o hasta que el bazo ganaba liquidez; entonces se pasaba una parte del mejunje a un tubo, se examinaba a través del microscopio y se registraba el número de células por milímetro.

El objetivo principal de los experimentos era, como ya he señalado, no solo demostrar que los virus originaban cánceres (nótese que no he dicho si los virus originaban cánceres; Smythe, ya fuera por pura arrogancia, ya fuera porque había decidido cometer el tremendo error de creerse lo que un escritor científico — siempre un oxímoron — había escrito sobre él, parecía haberse convencido a sí mismo de que su teoría era infalible. Y en el laboratorio

nadie estaba por la labor de demostrarla ni desmentirla; a Fitch, Brassard y los demás solo les interesaban los pormenores de su hipótesis y pasaban por alto su veracidad intrínseca), sino también cómo establecer un cultivo de células. Si podía demostrarse que, por ejemplo, el cáncer X estaba provocado por el virus Y, lo único que había que hacer era crear una vacuna que erradicara dicho cáncer. (Estoy simplificando, pero tampoco tanto; en el fondo, ese era el razonamiento, no solo en medicina sino en todas las ciencias: creas una bomba; la lanzas sobre una población problemática; se acabó la población problemática.)

Uno de los experimentos que yo tenía que llevar a cabo estudiaba los riñones, cuyas malformaciones se identificaban con facilidad, o con más facilidad que, por ejemplo, las del bazo. Extraía el riñón de un ratón (un órgano más fibroso que el bazo), lo troceaba e introducía en un tubo de ensayo. Esas partes se pasaban a continuación por tamices cada vez más finos para, de nuevo, dejarlas reducidas a una capa de células simples, distinguible por su aspecto oleoso. Una vez conseguida, añadía al tejido una solución salina y suero fetal bovino — que, naturalmente, favorece el crecimiento — y colocaba todo en una placa estéril de superficie plana para incubarla a treinta y siete grados. Las células, en suspensión, se adherían a la superficie de la placa en grupos planos y aislados. Una vez obtenía una monocapa de células las transfectaba con un virus. Al cabo de unos días centrifugaba todo el cultivo y el sobrenadante — la parte no celular — resultante se empleaba como vacuna.

Al menos, esa era la idea. Y debo admitir que por aquel entonces parecía un método práctico y lógico. Quizá, con la perspectiva que da el tiempo, un pelín demasiado práctico, un pelín demasiado lógico, pero más plausible que muchas de las teorías imperantes en la época, aunque, como yo descubriría poco después, no necesariamente lo más plausible es lo más correcto o lo

digno de mayor consideración. En la mayoría de las ocasiones te descubres recurriendo una y otra vez a la teoría más rocambolesca, la que tan improbable parece, prestándole una dosis de atención desproporcionada, en gran medida porque te intriga la originalidad de la idea que subyace.

Tenía veinticuatro años; causaba infecciones en perros. Cogía jeringas con diversos virus y las inyectaba en los riñones de los animales. Por aquel entonces había mucha afición al trasplante de órganos, de ahí que en poco tiempo ya practicara cirugías, a perros, eso sí, y sin supervisión, allí mismo, en el laboratorio canino (a veces Parton aparecía, me dirigía una mirada penosa, como si no tuviera la menor idea de quién era yo pero no se viera con autoridad para preguntar, y se largaba sin decir ni una palabra). Yo abría al perro, bloqueaba la arteria renal y volvía a coser. Días más tarde, cuando el perro sufría un fallo renal — gimoteaba y lloriqueaba; la orina adquiría muy mal aspecto, se espesaba y salía con mucho esfuerzo en gotas densas y viscosas —, anestesiaba de nuevo al animal, extraía el riñón muerto (que tenía el tono azulado lívido y lustroso de la carne en descomposición) e intentaba trasplantarle otro riñón que previamente había infectado en otro perro. Cosía de nuevo a los dos canes. Al donante lo incineraba. El que había recibido el trasplante no tardaba en pasar también a mejor vida, aunque nunca llegué a saber si por el riñón infectado o debido a mis lamentables habilidades quirúrgicas. Yo lo observaba y tomaba notas de su empeoramiento, y cuando moría le extraía los órganos de interés, los conservaba para realizar más análisis, e incineraba también su cuerpo.

Y así iban pasando los días. Me doy cuenta de que parece que lo cuento como aburrido, y quizá hasta como con cierto fatalismo dramático, pero en su momento resultaba bastante interesante, tanto por el trabajo en sí — pues a veces sentía de veras, como sienten los integrantes de un buen laboratorio con

un líder carismático al frente, que yo, tanto como cualquiera, si no más, estaba a punto de llevar a cabo un hallazgo pequeño pero importante, algo que podría cambiar la ciencia para siempre —, como porque el laboratorio en sí y las vidas de quienes me rodeaban me permitían ir descubriendo que esa no era la existencia que quería para mí. Resulta curioso lo de trabajar para otro en un laboratorio: te llaman porque eres el mejor de tu clase, o el que tiene más futuro en su especialidad, o porque tu manera de pensar es interesante, y te meten en una sala llena de gente como tú. En algunos colegas distingues tu propio pasado, al estudiante que fuiste, y en otros ves tu futuro, o al menos un modelo para el futuro, aunque das por hecho que tú serás mejor, más brillante y más capaz que ellos.

Pero ¿qué es tener éxito o talento en un laboratorio? Porque tu trabajo no es realmente tuyo; te eligen por tu forma de pensar, pero enseguida te piden, en mayor o menor grado, que dejes de pensar por ti mismo y lo hagas por otra persona. A algunos esto les resulta más fácil que a otros; esos se quedan. Y ganas en fraternidad, sí, pero a cambio sacrificas tu independencia. Sin embargo, es difícil reprimir del todo la ambición, de modo que esta se redirige; en lugar de trabajar solo, trabajas en un espacio con más gente, pero aun así a diario abrigas la esperanza de que tú serás el que hará el descubrimiento, tú serás el que dará con la respuesta, tú se la presentarás, triunfante, a tu director y él tendrá la generosidad y seguridad intelectual suficientes para atribuirte el mérito debido. Esa es la esperanza que ha motivado y mantenido vivos a hombres mucho más ilustres que yo. Pero a muy pocos se le concede, y esos pocos — los que un día se ven recompensados con su propio laboratorio, sus propias líneas celulares patentadas, sus propios artículos — son los afortunados. Tienen todos mucha paciencia; yo, sin embargo, a finales del primer semestre en el laboratorio de Smythe ya sabía que jamás sería ni tan paciente ni tan acomodaticio.

En parte, sin duda, debido a la incomodidad que me generaba el ambiente del laboratorio. Los de entonces no eran como los laboratorios de hoy en día. Y no es que me despertara mucha curiosidad la vida de mis colegas y sus intereses más allá de la oficina, pero existía una especie de conservadurismo en el trabajo, una fijación por el orden, que me resultaba difícil y desalentadora. La ciencia se consideraba a sí misma el ámbito de los caballeros. A fin de cuentas, era la época de Linus Pauling y J. Robert Oppenheimer, ambos excepcionales, naturalmente, pero que no se libraban de tener que vestirse según una determinada manera, asistir a cócteles o buscar aventuras. La genialidad no excusaba la ineptitud social, como hoy, cuando cierto rechazo a adquirir las habilidades sociales más básicas y la incapacidad para vestirse o alimentarse correctamente se advierten, con suma generosidad, como prueba de pureza intelectual y compromiso con el universo de la razón.

Pero esto no siempre fue así. En mi época, no era fácil pasar por alto las actividades e intereses extralaborales de tus colegas porque se esperaba de ti que ejercieras los tuyos de forma conveniente. La gente hablaba bien de los Turcos no solo porque hubieran triunfado en los estudios y fuesen, o eso se decía, espabilados, disciplinados y serios, sino porque eran hombres respetables. Ambos estaban casados con exalumnas de la Universidad Femenina de Radcliffe, ambos procedían de familias de renombre de la Costa Este, ambos eran guapos y vestían con gusto. Eran gente de bien. Estaban convencidos — yo también — de que tenían un trabajo serio, importante, pero ese tipo de hombres para quienes el sentido del humor solo se ponía en práctica en los momentos oportunos (fiestas, cenas, etcétera), y sin salirse de unos límites muy estrictos. Ninguno de los dos había viajado, ni ganas, salvo con sus padres a Europa (y, me imagino, con el ejército durante la guerra, que no cuenta). Sus amigos eran gente como ellos, contrataban a personas como

ellos — Ulliver y Nesser compensaban sus extraños apellidos escandinavos con sus apodos, que eran Skip y Trip —, y sus vidas consistían en ir del laboratorio a sus casas en Cambridge o Newton, y de sus casas al laboratorio. Alguien como el Gordo Irlandés jamás se habría planteado una vida más allá de vaciar jaulas de ratones y fregar orines del suelo del laboratorio, pero a su manera los Turcos eran igual de limitados y faltos de imaginación: daban por hecho que harían una gran contribución a la humanidad, un objetivo intachable, supongo, pero el proceso en sí nunca les pareció tan absorbente como el resultado, ni como la fantasía de ver su nombre vinculado a lo que quiera que soñaran con inventar, resolver o arreglar. Yo me había decantado por las ciencias por su carácter de aventura, pero para ellos la aventura era un gaje del oficio, algo que había soportar, en vez de desear, en el camino que conducía a la inevitable grandeza.

Llevaba ya seis meses trabajando en el laboratorio cuando por fin tuve oportunidad de conocer a Smythe. Ya lo había visto, por supuesto, pero solo de pasada: en periódicos, en revistas, cuando entraba como una exhalación en el laboratorio para hablar algo con Brassard y Fitch o para coger un papel o una publicación de su mesa, por lo demás preocupantemente ordenada, y se marchaba de nuevo al mundo que existía más allá de las cuatro paredes del laboratorio. Algunos profesores me preguntaban por él, celosos: ¿qué me mandaba hacer en el trabajo? ¿Qué hacía él? Yo siempre contaba la verdad, lo bastante aburrida y opaca para acabar con las preguntas: diseccionaba ratones; no lo sabía. De haber sabido yo mismo lo que pensaba de él, de haberlo admirado y haber deseado proteger su trabajo, habría mentido para que mi trabajo pareciera más fascinante.

Un día, sin embargo, Brassard se detuvo en mi poyata mientras yo raspaba bazos de ratón. «Smythe ha dejado esto para ti», me dijo, acercándose un sobre al codo. Traslucía desaprobación, aunque en realidad la desaprobación era su estado natural. Me quité los guantes y abrí el sobre, de tamaño estándar con mi nombre escrito a máquina. Dentro había una carta en papel cebolla — también a máquina, de modo que solo pude suponer que la había escrito el propio Smythe — en la que me invitaba a cenar el siguiente viernes a las seis y media. La había firmado con pluma en tinta negra, que se había corrido sobre el papel, formando un borrón. Es difícil recordar ahora cuál fue mi

reacción. Supongo que me sentí halagado — aunque Brassard, que, no sé cómo, había averiguado el objeto de la carta, se aseguró de informarme un poco más tarde de que Smythe acostumbraba invitar a su casa a los doctorandos del laboratorio una vez (y recalcó mucho el dato) —, pero, curiosamente, no recuerdo que me emocionara en demasía. Tampoco me generó especial ansiedad. Seguía sin entender cómo había acabado en el laboratorio de Smythe, y por aquel entonces ya tenía la certeza de que me marcharía de allí; la falta de interés es una agradable manera de eliminar todo nerviosismo.

El viernes me presenté en casa de Smythe, una vivienda de arenisca alta y estrecha en un extremo del campus de la Facultad de Medicina. Delante de la casa había un arce japonés, pelado (estábamos a primeros de marzo), un arbusto de acebo con las hojas brillantes y puntiagudas y un montón de crocos venosos que asomaban a través de una aureola de mantillo. El resto del jardín estaba desnudo, astillas de madera sin más. No había armonía ni orden aparente en la disposición de las plantas; estaban ahí, y punto. El interior de la casa era muy parecido: en un ángulo de la entrada había un *tansu* japonés de alcanfor con burbujas y grietas que resultaba discordante. En otro, e igual de discordante, un anticuado secreter inglés cuya superficie estaba surcada de rayas satinadas creadas por el grano de la madera. Las alfombras que cubrían los polvorientos suelos eran orientales y antiguas, y me fijé en que las borlas estaban salpicadas de lo que parecían migas de galletas. Las paredes estaban repletas de marcos negros con paspartús de fieltro negro donde lucían relicarios de oro apagado y blancuzco, tallitas de marfil (un gnomo con las manos toscamente talladas y unidas en un gesto de júbilo; un barco con las velas infladas de una manera muy poco creíble), y camafeos que retrataban chicas elegantes de rizos sueltos que miraban hacia un lado con aire ausente. Eran elementos sumamente peculiares, y sin

embargo el lugar tenía algo de furtivo e indefinido; parecía la sala de exposiciones de una casa de subastas de segunda fila especializada en objetos decorativos. Nada reflejaba lo que Smythe aparentaba ser, con su pelo color madera de abedul, su cara arrugada, su andar erguido y sus artículos en las mejores revistas. Cada una de las paredes estaba pintada de un tono distinto y extraño: morado, verde azulado, y ese verde claro y vivo tan característico de la fruta que aún no ha madurado. Yo esperaba tonos castaños y beis y quizá algún inocuo azul, todo orden y pulcritud, no la casa de un excéntrico, porque Smythe no era un excéntrico.

Y no obstante, todo a su alrededor aquella noche parecía indicar lo contrario. Cuando por fin se sirvió, la cena resultó tan desorganizada y caótica como la casa, igual que si la hubiesen preparado diez minutos antes con lo que hubiera en la nevera. Se sirvió una sopa de tomate tan espesa como una salsa para asado y con un intenso sabor a ketchup; codornices, tan poco hechas que se veían las arterias rojas veteando la carne; unas zanahorias y cebollas tan pasadas que se resbalaban de las puntas de mi tenedor a la menor presión; otra sopa a base de lo que me parecieron únicamente cebollas y puerros hervidos y coronada con una sugerente y húmeda espiral de mostaza; y, de postre, unos caquis que Smythe presentó con sumo orgullo, muy refinados y orientalizantes en sus platos chinescos azules y blancos, pero más duros que las ciruelas verdes; cuando por fin conseguí cortar un trozo, me supieron a hierba, pero más amargos, y pasaron muchos años hasta que pude cambiar de impresión.

Solo estábamos nosotros dos. Smythe ocupaba la cabecera de la mesa, el sitio más próximo a la cocina, y yo me encontraba a su derecha. Con cada plato se ponía de pie de un brinco, desaparecía por las puertas correderas y regresaba con aire triunfal cargado con otros dos. En el instante en que yo había remontado el caminillo de la casa con una botella de vino que se me

ocurrió comprar a última hora, me había planteado que se propusiera interrogarme, que la cena fuese en realidad una especie de prueba. No me preocupaba pasarla, pero la idea de sentarme con Smythe — y suponía que con su familia — y de que me preguntara por mi postura ante diversos dilemas científicos de la época no me entusiasmaba, precisamente. Mi inquietud demostró ser vana, pues Smythe se pasó la velada hablando, desde que franquéé la puerta y cogió mi abrigo con una mano mientras con la otra me ofrecía un brandy en un vaso para zumo (el brandy nunca me ha gustado, me da la sensación de que me frotaran franela contra los dientes, y, cuando Smythe fue a servirse otro, lo vertí en la maceta del maltrecho ficus que había en el vestíbulo), durante la cena y mientras tomábamos la copa de jerez que me puso delante justo después, que me bebí pese a que estaba deseando tomar algo dulce para neutralizar el trozo de caqui. La copa era de un pesado cristal tallado y la giré despacio entre los dedos, observando las lentejuelas de luz que creaba en la pared de enfrente, de un amarillo enfermizo que recordaba al de los pergaminos.

La velada se abrió con una cháchara insustancial, a la que yo no estaba habituado y que no se me daba nada bien. Cuando me percaté de que no tenía que decir nada, solo sonreír y asentir cada cierto tiempo, sentí alivio. Al sentarnos a la mesa — tras haber pasado un rato de pie en el recibidor, cada uno con su brandy en su vaso de plástico, mientras a mi izquierda veía un salón, a oscuras e inutilizado —, cambió de registro y se puso a hablar de trabajo. Quizá supondrás, y con razón, que en las más de dos horas que pasé escuchando a Smythe hablar de su trabajo descubrí cosas interesantes, o que él formularía reflexiones de enjundia, o al menos provocadoras. Pero no fue así. Smythe tenía la capacidad de hablar por los codos de temas interesantes que en su boca se volvían no solo sumamente aburridos, sino además de todo punto incomprensibles. «Señor Smythe —lo interpeleé en el momento en que

él cortaba con mucho entusiasmo su codorniz; se comió todos los platos con ganas y aparente satisfacción, sin percatarse de que yo había dejado casi intactos los míos —, ¿podría hablarme de su investigación sobre mutaciones virales?» Al fin y al cabo, se trataba de la base absoluta de su teoría, del trabajo de toda una vida. Pero él no tenía ganas de hablar de su línea de investigación; en cambio, se puso a criticar a quienes la habían obstaculizado. Por un lado, estaban el decano, y el vicedecano, el colega Fulanito y el colega Menganito; soltó una retahíla de decenas de nombres, narrando lo que cada cual había hecho y cómo él les había bajado los humos y conseguido que lo mirasen con otros ojos. Según había llegado a sus oídos, el decano había mirado al cielo con exasperación cuando supo del reportaje de la revista *Time*. El vicedecano se había negado en un primer momento a concederle el espacio que él quería en Chase Hall, había intentado relegarlo a un laboratorio de la quinta planta, más pequeño, más lúgubre, inferior. Pero él se había impuesto, ¿o no? Contaba todo aquello sin rencor, incluso con alegría, mientras sorbía cucharadas de la sopa de puerro y cebolla. No tenía ningún interés en hablar de ciencia. Sin dejar de parlotear, se excusó, fue a la cocina y regresó con más sopa, esta vez una mezcla de las dos, que removi6 con el mango de la cuchara hasta que el mejunje adquirió una extraña consistencia pastosa, tras lo cual se ajustó la servilleta al cuello de la camisa para proteger la corbata. La aplanaba contra la camisa con una mano mientras con la otra tomaba cucharadas de sopa, murmurando lo mucho que le gustaba.

Al observarlo me pregunté qué opinarían los Turcos de aquella puesta en escena, o si tal vez sabían ya cómo era realmente Smythe y, en ese caso, por qué seguían con él y cómo podían respetarlo. ¿Había yo subestimado los límites de su tolerancia? ¿O acaso Smythe estaba interpretando un papel solo para mí? ¿Estarían los Turcos y los posdoctorales escondidos en el salón a oscuras, con el semblante tenso de tanto contener la risa, disfrutando de aquel

teatrillo del que yo formaba parte sin saberlo ni quererlo? ¿Estábamos siquiera en casa de Smythe? ¿Dónde se había metido su mujer? Yo sabía que estaba casado, y en el anular de la mano izquierda lucía una fina alianza de oro. ¿No resultaba antinatural el silencio de aquellas estancias? No podía parar de pensar que si conseguía inventarme un motivo para acceder a la cocina o pasar al salón del otro lado del vestíbulo encontraría allí la casa de verdad, una en la que Smythe conversaría y se comportaría como el prohombre por el que todos lo teníamos, su guapa mujer serviría una buena cena, su vida tendría sentido para mí, y yo dejaría de sentirme como un antropólogo en mi propia ciudad, en compañía del hombre que me había dado trabajo y me había invitado a cenar en su casa.

Cuando ya habíamos apurado el jerez, se quedó callado un momento y por fin pude meter baza.

—Señor Smyhte — le pregunté —, ¿por qué me contrató?

—Ah — dijo, después de un silencio —. Eso quisiera saber yo. — Soltó un suspiro e hizo girar la copa entre los dedos, creando unos reflejos que se desplazaban por su rostro igual que la luz de las luciérnagas —. No es usted un buen estudiante; es distraído y arrogante. A sus profesores les parece ingobernable. — Hablaba alegremente, con el mismo tono agradable que había empleado para repasar la larga lista de complots fallidos de sus enemigos —. Pero supongo que, cuando me hablaron de usted — dijo, y aquí se volvió a mirarme, y por primera vez pude ver sus ojos y los pliegues de piel que se descolgaban de ellos, con las escleróticas tan rosadas como las de los ratones cuyos órganos yo extraía y pasaba por tamices a diario —, me acordé de cuando yo tenía su edad. De lo desesperadamente que deseaba escapar, lo poco a gusto que me encontraba, lo mucho que ansiaba mi libertad, cuánto ansiaba la fama. Usted y yo nos parecemos mucho.

«Yo no soy así», quise protestar, pero me quedé callado. Me di cuenta de

que Smythe estaba bebido. ¿Desde hacía cuánto? ¿Estaba ya borracho cuando llegué? De pronto me sentí un idiota, un crío, y me avergoncé de mí mismo. ¿Por qué no era capaz de ver lo que saltaba a la vista? ¿Cuál era el secreto para calar a la gente, que yo parecía ser el único en no poseer? Mientras reflexionaba acerca de estas cosas, Smythe empezó a emitir unos ruidos raros, unos soniditos como si tragara saliva. Pensé que estaría ahogándose, pero cuando acudí a su lado me percaté de que lloraba, con la barbilla pegada a la servilleta aún prendida de la camisa y las manos unidas en el regazo, igual que un niño.

—Ay, Dios — exclamó —. Ay, Dios.

Yo no sabía qué hacer. Mi abrigo se encontraba en la silla que había a mi lado, donde Smythe lo había dejado. Lo cogí y salí de allí.

El lunes siguiente no fui al laboratorio. No acudí a ninguna clase. Me quedé en casa leyendo y consultando el atlas y haciendo una lista de los lugares que quería ver. De cuando en cuando me acordaba de lo que me había dicho Smythe y me decía que se equivocaba. Lo rememoraba llorando y sentía lástima de mí mismo y asco por él. Para comer me preparaba mi tentempié preferido, gachas a las que añadía huevos crudos en caliente, hasta que me di cuenta de que esa era la clase de mezcla extraña que Smythe habría podido preparar. Me horrorizaba la posibilidad de convertirme en él, aunque no fui capaz de definir por qué hasta años después — de hecho, en la época en que descubrí el verdadero sabor de los caquis —, a saber, que peor que su mediocre ciencia y su dudosa erudición era su insignificante e inexplicable vida en solitario en aquella casa tan rara, sin nadie que lo distrajera de la pequeñez de su propia existencia. Me turbó descubrir esto de mí mismo, ser consciente de que mis miedos eran tan baladíes, tan pobres para caer en pensamientos tan trillados y blandos.

Al cabo de varios días de desánimo, la secretaria de la facultad me

telefoneó para preguntarme sin rodeos si tenía pensado volver a clase, tras lo cual recibí una llamada de Brassard, que me dijo entre resoplidos que el experimento de Parton casi se había ido al traste por mi culpa y que no me molestara en volver. Cuando colgué me sentí aliviado, pues desde la cena con Smythe el laboratorio se había convertido en una especie de trampa, un lugar donde me volvería como él, aferrándome a mi teoría como a un clavo ardiendo, sin ideas, aterrorizado por el día inevitable en que se demostraría mi condición de impostor. O, al menos, eso me decía a mí mismo que temía. Ahora no solo me había liberado, sino que además me habían confirmado que estaba fuera de lugar, que jamás sería uno de ellos, y sus palabras, su rechazo, me estremecieron de alegría. Me encontraba a salvo, pensé, y por un tiempo, mucho tiempo, lo estuve.

Al día siguiente volví a clase. Mis profesores — algunos de ellos muy amigos de los Turcos — se habían enterado de que ya no trabajaba en el laboratorio de Smythe y, para mi sorpresa, empezaron a tratarme mejor, pese a que seguía sin ser un alumno excepcional. Pero me cuidé de no experimentar rencor, como me habría pasado antes. Cada vez que me acordaba de Smythe — «Ahora vienen a mí, ahora me dan lo que yo quiero» — me rechinaban los dientes. El curso siguiente asistí a clase y a las conferencias sin hacerme notar, decidido a no darme más importancia de la que realmente tenía. Fue mi primera lección de humildad, tanto en el laboratorio como en la vida.[16]

Uno de los atractivos de la Facultad de Medicina para los poco imaginativos (o, siendo más clemente, para los menos proclives a la fantasía) es sin duda la falta de opciones que ofrece. Naturalmente, un médico, trabaje con pacientes o solo, con tejidos, debe tomar decenas de decisiones en un día cualquiera, pero las cuestiones de mayor envergadura — las relativas a lo que hay que hacer a continuación en esta vida — vienen ya respondidas. En efecto, no hay que molestarse en pensar lo que deparará el año siguiente, porque durante muchos años el camino ya está asfaltado ante ti, y tu deber solo consiste en seguirlo. De la licenciatura a la Facultad de Medicina, de esta a las becas y residencias, de estas quizá a las becas de investigación, y de ahí a un trabajo ya asignado de antemano, o a una clínica privada, o a un puesto en un hospital o un consultorio. Así es en la actualidad, y así era también cuando yo estudiaba.

En enero de mi último año en la Facultad de Medicina empecé a sufrir ansiedad. No era una sensación conocida ni agradable. No tenía ninguna intención de trabajar con pacientes, de ahí que mientras mis compañeros de clase pasaban entrevistas para hacer prácticas me quedara en mi cuarto, inmóvil como un leño, esperando a que mi futuro se resolviera solo. Ahora me avergüenzo de mi inacción, de cómo me dejé paralizar por la ignorancia y la ingenuidad, pero en su momento me resultaba una manera ni más ni menos

efectiva de solucionar un porvenir que ni siquiera era capaz de empezar a concebir.

Ya llevaba meses víctima de esta parálisis, estaríamos en marzo o así — un año después de la desastrosa cena con Smythe —, cuando cierto día uno de mis profesores, llamado Adolphus Sereny,[17] con quien yo hacía los turnos en Cirugía, me pidió que me pasara por su despacho del hospital.

—Bueno, Perina — empezó a decir Sereny —, ¿qué piensa hacer cuando se gradúe?

—No lo sé, señor Sereny — contesté.

Él me miró largo rato y exhaló un suspiro. Era un hombre grande, entrado en carnes y con una franja de pelo ralo del color de la gravilla rodeándole la nuca. Nunca habíamos hablado fuera de los turnos, y apenas nada en el transcurso de estos.

—Ha surgido una cosa — continuó — y se ha propuesto su nombre.

—¿De qué se trata? — quise saber.

Suspiró otra vez; no con irritación, quiero pensar ahora, sino porque estaba gordo, abotargado, y suspirar era una actividad normal en él. Cuando se removió en la silla, soltó una bocanada de aire.

—Se trata de lo siguiente: hay un hombre, Paul Tallent, un antropólogo de Stanford, joven, prestigioso, que asegura tener pruebas de la existencia de una tribu perdida en una isla llamada U'ivu. ¿Le suena? — No me sonaba —. No importa. Está en Micronesia, según tengo entendido, aunque deberá consultar un atlas para confirmar el lugar exacto. Es un sitio muy pequeño. En fin, resulta que Tallent ha conseguido una beca privada, de una cuantía muy razonable, según creo, para ir a estudiar la tribu, si es que la encuentra, claro. — Otro suspiro, solo que esta vez intencionado, me parece. Por aquel entonces los médicos no tenían en gran estima a los antropólogos, a quienes no se los consideraba científicos de verdad, a menudo con razón —. El

equipo estará compuesto por él mismo, por supuesto, su ayudante, un médico que se encargará de sacar sangre, tomar muestras, llevar un registro y... — Agitó una mano rechoncha —. Y todo eso. Tiene contactos aquí, y ha preguntado si algún joven médico se atrevería a acompañarlo. Y lo han recomendado a usted. ¿Le interesa?

Puede que fuera la primera vez en mi vida que sentía vértigo.

—Sí, señor Sereny.

—¿Se hace usted cargo, Perina — añadió con una severidad que se me antojó histriónica y, por tanto, electrizante —, de que estamos hablando de un proyecto de al menos cuatro meses, en el que seguramente no habrá dinero para que vuelva usted aquí de visita? ¿Y de que puede que no salga nada en absoluto de la... expedición? ¿Es consciente de que podría invertir muchos meses de su vida en perseguir las fantasías de otro? ¿De que vivirá en una isla que es, a todas luces, *terra incognita*? ¿De que sin duda serán unas circunstancias incómodas, muy incómodas, probablemente? ¿Se hace usted cargo de todo esto?

—Me hago cargo, sí — respondí. Él suspiró de nuevo, casi con tristeza, aunque no podía ser, pues ni me conocía ni tenía un vínculo personal conmigo —. ¿Cuándo me marcharía?

—Me han comentado que la intención de Tallent es irse pronto, muy pronto, seguramente a finales de junio. Dispondría usted del tiempo justo para graduarse.

—No habrá problema — le aseguré. Me habría marchado antes, incluso; el título no tenía ninguna importancia para mí —. Pero ¿por qué me lo cuenta usted? — quise saber —. ¿Cómo es que no ha contactado conmigo la persona a la que Tallent conoce?

—Está fuera, pero me pidió que hablara con usted en cuanto tuviera ocasión.

—¿Y quién es el contacto de Tallent? — insistí, aunque ya sabía la respuesta.

—Gregory Smythe — me confirmó Sereny.[18] Volvió a mirarme, y esta vez era él quien se hallaba desconcertado —. Habla maravillas de usted.

El hecho de que Smythe pensara en mí para aquel trabajo me preocupó en su momento, y hasta que fui mucho mayor y dirigía ya mi propio laboratorio no comprendí sus motivos para recomendarme para un puesto que me alejaría de él, uno en que no habría peligro de que nos cruzáramos por el campus y se avergonzara al verme — al fin y al cabo, había llorado en mi presencia, además de servirme aquella extraña cena —, uno en que las únicas personas a quienes yo podría hablarles de su asombroso comportamiento serían indígenas de la Edad de Piedra con la nariz perforada por huesos de animales. Cuando hube desentrañado sus motivaciones, sin embargo, ya no había nada que perdonar por un acto tan egoísta, y tanto Smythe como su vida deformada y el giro aún más triste que esta dio solo me inspiraban lástima. (Comprenderás quizá cuanto necesitas saber sobre la Facultad de Medicina y también sobre Smythe cuando te diga que muchos — al menos los Turcos y los de su calaña — consideraron la recomendación para la misión como una especie de castigo humillante, y mi conformidad como una especie de suicidio profesional, prueba definitiva de mi imbecilidad o mi falta de adecuación, o de ambas cosas.)

Los meses siguientes pasaron muy deprisa. No estaba nervioso ni angustiado: cumplía con mis tareas y todas las tardes regresaba a casa tranquilo y sin pesares. Empecé a preparar el equipaje con semanas de antelación, metiendo en un petate lo que serían mis herramientas de trabajo: un espirómetro, un termómetro, un esfigmomanómetro, un estetoscopio, un martillo de reflejos y un pequeño microscopio portátil. Tenía un recipiente de

madera de cedro, poco mayor que una caja de puros, donde guardaba diversos artículos de pequeño tamaño — botones y tornillos, chinchetas y tiritas — y en el que metí dos docenas de jeringas de cristal, cada una envuelta en una gasa, otras tantas agujas de acero y un frasco de metal que llené de desinfectante del laboratorio. Había recibido una escueta carta de Paul Tallent en la que me daba la bienvenida al proyecto y me informaba de todo lo que necesitaba saber: nos reuniríamos en Hawái el 20 de junio (un día después de mi graduación, casualmente) y desde allí viajaríamos en un avión del ejército que de camino a Australia se desviaría para dejarnos en las islas Gilbert,[19] desde donde continuaríamos hasta U'ivu. Más allá de estos detalles, sin embargo, me facilitaba poca información de utilidad: nada sobre qué llevar, nada respecto a lo que debía esperar, nada más concreto acerca del carácter de sus estudios, ni siquiera nada sobre la propia isla. Meses más tarde, ya en U'ivu, sacaría todas mis cosas y me maravillaría lo equivocado que había estado, lo erróneos que habían sido mis cálculos, y antes de finalizar la estancia dejaría la mayoría de los artículos — libros, chaquetas, calzado, hasta la red de cazar mariposas — desperdigados por las selvas de U'ivu, abandonados como objetos no más relevantes para la vida de los isleños que para la mía.

Sin embargo, tampoco puedo ser muy duro conmigo mismo, pues mi ignorancia de la situación en que estaba a punto de meterme se debía casi por completo al hecho de que el mundo en general desconocía U'ivu. En cuanto salí del despacho de Sereny me fui a la biblioteca para consultar el atlas y, a pesar de contar con las coordenadas de la isla, mi dedo tardó unos segundos en localizarla mientras pasaba páginas y más páginas de océano azul. Hasta que di con ella: tres puntitos verde claro situados como los tres vértices de un triángulo isósceles mal hecho, con una topografía imprecisa y desdibujada, a algo más de mil quinientos kilómetros al este de Tahití. Las pesquisas

posteriores me llevaron a reunir una pequeña cantidad de datos, todos interesantes en sí mismos pero que, combinados, no lograban arrojar una luz útil. Leí que el país nunca había sido colonia. Al igual que los hawaianos, se creía que sus habitantes habían emigrado desde Tahití cinco mil años antes en canoa. Era un pueblo de cazadores y pescadores; los niños, tanto ellos como ellas, debían matar (la enciclopedia no especificaba cómo) a un jabalí antes de cumplir los catorce años.[20] Su rey, Tuimai'ele, tenía tres esposas y treinta hijos y vivía en un palacio de madera en la capital, Tavaka. No era un país próspero, pero el suelo era fértil y los alimentos nunca escaseaban. Hubo un tiempo en que el carácter feroz de sus gentes era notorio, y algunas historias sobre su afición a la brutalidad y su gusto por la crueldad habían trascendido las aguas del Pacífico; tanto es así, de hecho, que U'ivu fue el único lugar por el que el capitán James Cook pasó de largo adrede en sus viajes por el Pacífico de 1787. («La bravura de los u'ivuanos —escribió en una carta a un amigo el año anterior— incomoda a la tripulación, y puesto que la navegación es complicada, no echaremos el ancla allí.»)

Todo esto lo leí en la enciclopedia, pero no pude creérmelo en su totalidad: el palacio de madera, el rey y sus treinta hijos, el sacrificio del jabalí; me resultaba familiar, como si lo hubiera leído en un cuento de Kipling sobre una tierra remota y alegórica. Sin embargo, aunque no tenía experiencia suficiente del mundo para demostrarlo, ya entonces sospeché que los detalles más extraños eran los más prosaicos, y que lo que contamos a los demás para escandalizarlos solo los preparará para percibir lo realmente extraordinario. Y más adelante quedaría demostrado que no me equivocaba.

TERCERA PARTE

Los soñadores

Junio fue un mes diferente a todos los que había vivido hasta entonces, y al final de cada uno de sus días me metía en la cama temprano, aunque solo fuera para dedicar unos minutos a reflexionar acerca de cuanto había visto y sentido. Al final me salté la graduación y salí rumbo a Hawái dos semanas antes de mi cita con Tallent. La última noche que pasé en Cambridge (que ya antes de marcharme empezaba a desvanecerse de mi memoria, tan neta y rápidamente como sal en agua hirviendo), Owen vino a verme desde New Haven. La despedida no fue satisfactoria — se mostró rudo y misteriosamente irritado conmigo —, aunque accedió a guardarme algunas cosas que no me harían falta en el viaje (libros, papeles, el abrigo, que pesaba como un muerto). Acordamos escribirnos, aunque por la cara que puso comprendí que tenía tantas dudas como yo de que fuéramos a hacerlo. Solo cuando nos estrechamos la mano y él se marchó con un baúl atestado de pertenencias mías a fin de coger el último tren de vuelta, me planteé cómo sería mi vida tan lejos de Owen; cierto que a medida que nos hacíamos mayores hablábamos menos (un distanciamiento que parecía tan inevitable como enigmático), pero era la única persona que me conocía, que conservaba recuerdos míos de cada año de mi vida, porque también había sido la suya. Pero este pesar se disipó enseguida, tan ansioso como estaba por iniciar mi nueva existencia; en aquel momento era fácil pensar que hasta entonces mi vida no había sido más que un largo y tedioso ensayo, algo que había que

soportar y resistir con impaciencia; un simulacro de vida, no una vida auténtica.

Tenía un billete de tren para California, desde donde me embarqué rumbo a Hawái. A la sazón, Honolulu era aún una especie de apacible puesto avanzado colonial, con todas las florituras y los clichés que le correspondían, y cuando el barco entró en el puerto distinguí en el muelle a varios grupos de músicos gordos y joviales punteando sus cancioncillas con el ukelele, y a niños descalzos, mitad asiáticos mitad otra cosa, sonriendo y rogándoles a los pasajeros que les arrojaran monedas.

Se había convenido de antemano que me alojaría en una residencia de la universidad local, pero como había llegado antes de lo previsto el edificio estaba lleno y no quedaba ninguna cama libre hasta la tarde siguiente. Así pues, la primera noche, tras dejar el equipaje en el dormitorio, fui en taxi hasta un extremo de Waikiki, donde caminé hacia Diamond Head por la arena, avanzando de una playa a otra. A veces me llegaba el ruido lejano de los bares: hombres que se reían por cualquier cosa, la música machacona. A ratos me detenía a escuchar el entrecocar de las hojas de palma secas, como huesos, y el océano, su conversación solitaria e implacable consigo mismo, un sonido que — aunque entonces lo ignoraba — no volvería a oír en meses. Caminé bajo la luna, que parecía emitir un brillo más blanco, más redondo y más puro que en Boston, y cuando me cansé, me eché a dormir debajo de un árbol, como había visto hacer a otras figuras en sombras mientras caminaba despacio por la arena.

Al día siguiente fui al centro de la ciudad, con sus bonitos edificios coloniales. Lo más grandioso que vi, no obstante, no fue una construcción, ni siquiera el humilde y achaparrado palacio que antaño ocupara la humilde y achaparrada reina, sino los árboles de su jardín: viejas cañas fístulas con unos pétalos magníficos que se arremolinaban formando ciclones como de nieve y

delicados. En el barrio chino sorteé los bultos maltrechos que formaban los hombres que dormían en la calle, con las plantas de los pies ennegrecidas y atravesadas por surcos y cortes, hasta que encontré un bar abierto. El barrio chino no era un buen sitio, con sus locales con puertas como las de las tabernas del Oeste, de cuyos oscuros interiores llegaba un jazz igual de pésimo que un veneno. Pero el sol apretaba más de lo que esperaba, y estaba sediento.

El camarero tenía la cara tan aplastada que parecía que alguien le hubiera tirado de las orejas, y tan quemada por el sol que la piel se había vuelto suave y lustrosa, como un pollo asado en mantequilla durante demasiado tiempo. Era chino, o eso supuse; oriental, seguro, porque tenía los ojos rasgados y caídos, aunque el pelo negro ondulado y crespo. Pedí agua con gas y me la bebí de un trago bajo su atenta mirada.

—¿De dónde eres? — me preguntó por fin.

—De Boston — respondí. Me fijé en que le faltaba el pulgar izquierdo, aunque podía mover el muñón adelante y atrás de una manera muy expresiva, como un perro movería el rabo cortado.

Aquel dato lo dejó indiferente, pero como no había nadie más en el bar con quien hablar, me rellenó el vaso sin que yo se lo pidiera y volvió a preguntar.

—¿Cuánto llevas aquí?

—No mucho — contesté. Ahora que ya había bebido, pude concentrarme en la sala, que era de techos bajos, oscura y con lacados; la barra de madera estaba pegajosa por años de humo, alcohol derramado y grasa de cocina —. Estoy de paso, voy a U'ivu.

Para mi sorpresa, asintió al oír el nombre, y cuando le pregunté qué sabía del lugar, se echó a reír y me dijo:

—Buenos cazadores. Jabalíes. — Volvió a llenarme el vaso —. Imponen.

— No me quedó claro si se refería a la gente o los jabalíes, hasta que añadió, casi con dulzura —: Son muy violentos allá.

Aguardé por si añadía algo, pero se puso a tararear una melodía sinuosa y melancólica y a moverse de forma extraña por el feísimo bar; cuando me quedó claro que no diría nada más, apuré el agua, pagué y salí de nuevo a la luz del sol.

Pasé varios días así, yendo en taxi a diversas playas de la isla, maravillándome ante lo uniformes que parecían en un primer momento, tan bonitas como indistinguibles, y cómo después se revelaban únicas y distintas: la arena de una de ellas era tan fina que incluso después de sacudirme la camisa y los pantalones me descubrí quitándomela de la ropa y el pelo al día siguiente; otra estaba llena de minas, unas piñas diminutas que nunca había visto, caídas de la franja de árboles desgarrados y enmarañados que bordeaba el litoral, de modo que cada paso entrañaba un pequeño e inevitable dolor; la arena de otra era del color y la textura del azúcar de caña húmedo, fangosa y pegajosa al tacto. Una tarde fui a la biblioteca del centro, donde el bibliotecario me ayudó a encontrar un tomo viejo con tapas de tela sobre U'ivu. Resultó ser un libro de imágenes, un manual escrito en hawaiano y publicado por la Academia de Misioneros de Honolulu en 1871. Cada página contenía un sencillo grabado en madera y unas pocas líneas de texto. Como estaba en aquel idioma, no pude leerlo, pero las imágenes — un jabalí con unos ojos negros que parecían cuentas y los colmillos retorcidos de un modo tan extravagante como los antiguos bigotes de manubrio; el rey, sonriente y orondo, con el torso descubierto, agarrando lo que parecía un plumero de plumas muy largas; un protuberante torpedo que supuse que sería una batata — me presentaron de nuevo la isla como un lugar aún más fantástico, un lugar que, ciertamente, solo existía en los cuentos infantiles.

Y por fin llegó el día en que conocí a Tallent. Había enviado un telegrama

al edificio de la universidad donde me alojaba para informarme de su hora de llegada y proponer que quedáramos en el vestíbulo a las seis de la tarde; nos marcharíamos a las ocho de la mañana siguiente. El vuelo a las islas Gilbert duraba nueve horas, seguidas de otras tres de traslado hasta U'ivu.

Antes de conocer a Tallent, me puse nervioso y empecé a sentirme incómodo; no solía angustiarme conocer gente y, a fin de cuentas, me habían buscado, yo era médico, era (me decía) un elemento fundamental de aquella misión. No obstante, se trataba de una confianza falsa, porque, como yo bien sabía pero era incapaz de reconocer, era Tallent quien me había brindado la oportunidad de soñar siquiera con aquella aventura, y sin él tendría que regresar a Boston, sin trabajo, castigado, arañando unas prácticas de segunda fila en un hospital de tercera. Poco antes de las seis me vestí (llevaba hasta un traje, una de las primeras cosas de las que me desharía) y bajé al vestíbulo, cuyo suelo de hormigón era fresco y tenía dos sofás de bambú con cojines anaranjados, separados por un sucio tapete de palma trenzada.

Había una persona sentada, inclinada sobre un libro, que mientras me acercaba alzó la vista.

No existe forma satisfactoria o novedosa de describir la belleza y, por lo demás, me avergüenza hacerlo. De modo que diré solo que era un hombre guapo, y que de pronto me descubrí presa de la timidez, sin saber siquiera cómo dirigirme a él: ¿Paul? ¿Tallent? ¿Profesor Tallent? (¡Eso sí que no!) Las personas bellas nos dejan mudos de admiración, respeto y deleite incluso a quienes nos preciamos de mantenernos impasibles ante el aspecto de otro, y marcados por la conciencia profunda y enervante de lo deficientes que somos, del hecho de que nada, ni la inteligencia, ni la educación ni el dinero es capaz de suplantar, derrotar o negar la belleza. Conforme pasaban los meses en compañía de Tallent, su belleza me generaba alternativamente tormento y solaz, y me sorprendía ya sucumbiendo a ella, ya disfrutando de la

proximidad que se me brindaba y, con menos ventura, intentando esgrimir argumentos en su contra, una actividad tan estéril e inútil como tratar de convencerse de que el azúcar es amargo.

—Paul Tallent — se presentó aunque no hacía falta, mientras yo lo admiraba boquiabierto. Mascullé un saludo. Nos estrechamos la mano —. Bueno, veo que llegaste sin problema. — Solté una especie de gruñido. Estábamos de pie, en el borde del cochambroso tapete, y Tallent me sacaba apenas un par de pulgadas. Yo me miraba los zapatos —. Estás listo para partir, entonces — prosiguió. Me di cuenta de que hablaba de una forma muy particular: no usaba el tono interrogativo ni exclamativo, y aun así su voz no era átona sino todo lo contrario, rica en matices, y significativa, una voz que evocaba un bosque denso de árboles abigarrados, exuberantes, majestuosos, elegantes. Era una voz que no dejaba traslucir nada (ni aprobación, ni dicha, ni miedo ni cólera) y que al mismo tiempo poseía la capacidad de hacerte enloquecer con su promesa de misterios. Yo estaba deseando oírlo decir algo más, pero también temía formular cualquier pregunta, de repente me sentía incapaz de pronunciar palabra —. Bueno... — dijo por fin Tallent, sin duda preocupado por mis monosílabos —. Pues hasta mañana por la mañana.

En aquel instante caí en lo que podría haberle dicho: «¿Le apetece que cenemos?», pero él, naturalmente, ya se había marchado, y yo me había quedado allí solo.

Tuve oportunidad de estudiar con más detenimiento a Tallent durante el vuelo.[21] Era un avión militar, tan voluminoso y mastodóntico en el hangar que parecía incapaz de despegar, igual que un dodo. Tallent, el equipaje y yo compartíamos espacio con cajas y más cajas de provisiones, pero no había ningún otro pasajero; el estruendo de los motores era tal que resultaba imposible conversar — para mi alivio —, de ahí que, tras dirigirme una vaga

sonrisa y escribir en un cuaderno durante más o menos una hora, cerrara los ojos y se echara a dormir.

Yo nunca había prestado atención a mi aspecto; hasta entonces, mi cuerpo había sido un instrumento útil, nada que considerase posible o que estuviera en mi mano cambiar, moldear o perfeccionar. Pero al mirar a Tallent — el pelo, la piel y los ojos del mismo tono dorado oscuro del brandy, la amplia dentadura de un blanco extraordinario y llamativo, lo que confería a sus sonrisas un aspecto lobuno — tomé inevitable conciencia de mis propios defectos: las rodillas juntas, la piel farinácea, la mata vaporosa de pelo. Me parecía tan improbable como ridículo que Tallent y yo pertenciéramos a la misma especie, y cruel que él fuese un espejo de la perfección humana contra el que yo solo podía catalogar mis deficiencias. Me pasé el resto del vuelo escudriñándolo, deseando que abriera los ojos y a la vez temiéndolo, indignado y también complacido por la punzada de dolor que me generaba. Cuando por fin aterrizamos y Tallent se removió, yo estaba agotado y entusiasmado, rebosante de una melancolía dulce e íntima. «Próxima parada, U'ivu», dijo en el momento en que desembarcamos, y lo noté feliz; yo también lo estaba.

Desde las Gilbert volamos hasta U'ivu en una avioneta que zumbaba como un mosquito, con unas ruidosas hélices que giraban con tal fuerza que los árboles, esbeltos sotillos de palmeras datileras, se combaron hacia atrás en cuanto iniciamos el descenso. La avioneta bajó en picado formando un semicírculo por una alargada extensión montañosa, y por un segundo, suspendido sobre la línea quebradiza y deshilachada en que se juntaban tierra y océano, miré en dirección al horizonte y fui incapaz de distinguir dónde acababa el cielo y empezaba el agua: era todo una estela azul, deslumbrante y emborronada, un azul atrevido y sin nombre, tan apremiante e invariable que tuve que cerrar los ojos.

Como ya he dicho, U'ivu es un archipiélago formado por tres islas, pero solo dos estaban oficialmente habitadas. U'ivu era la primera, la principal, con forma de barra de pan, de unos treinta kilómetros de largo y algo menos de un kilómetro de ancho, dividida de forma longitudinal por una única cordillera llamada Ta'imana. En U'ivu era donde vivía el rey, así como la mayor parte de los aproximadamente treinta y cinco mil habitantes del país. A cien kilómetros al este de U'ivu se encontraba la siguiente isla, Iva'a'aka, de forma y tamaño muy similar pero cuyo extremo norte era inexpugnable merced a un muro de acantilados; incluso desde el cielo distinguía las olas chocando y transformándose en densos penachos blancos, en montones de plumas lanzadas al aire, y veía los halos de las aves de gran envergadura que rodeaban sus cumbres puntiagudas de roca volcánica. Pero el resto de Iva'a'aka estaba formado por unas colinas muy bajas y verdes, y allí era donde se llevaba a cabo la mayor parte de la agricultura a gran escala; sobrevolamos varias hectáreas de campos claramente parcelados, con la tierra salpicada de puntitos verdes y dorados apenas perceptibles.

—Taros — dijo Tallent, señalando una parcela, y luego otra —. Boniatos.

—¿Cómo puede distinguirlo desde aquí? — le pregunté. A mí todos los campos y las hileras de vegetación me parecían idénticos.

Él se encogió de hombros.

—Distinguiéndolo — repuso, y me sentí un tanto avergonzado por haber preguntado.

Sobrevolamos varias chozas, estructuras sencillas con lo que desde el aire me parecieron techumbre de palma, y alguna que otra casa de madera, pero la mayoría de los agricultores de Iva'a'aka eran temporeros, y la isla contaba con pocos residentes fijos. Solo los capataces de las plantaciones — pues todas las fincas eran propiedad del rey, y sus frutos se entregaban al Gobierno, que a continuación los distribuía entre los u'ivuanos — vivían allí

todo el año, me comentó Tallent; los recolectores, productores y horticultores trabajaban en Iva'a'aka por turnos trimestrales y luego regresaban en barco a la isla principal con sus familias. La avioneta se adentró en unas nubes, y cuando volví a mirar hacia abajo vi una línea borrosa marrón oscura que atravesaba uno de los campos.

—Jabalíes — informó Tallent, y me giré en el asiento para observarlos.

Allí estaban, los famosos jabalíes u'ivuanos; incluso a distancia se apreciaban sus monstruosas dimensiones. La piara debía de estar compuesta por unos cien ejemplares; se distinguía la nube de polvo que levantaban a su alrededor, como un eco de las olas que rompían contra los acantilados.

—Y aquello de allí es Ivu'ivu — me gritó Tallent, y seguí la trayectoria de su dedo.

El ángulo no era el ideal — vi solo la pendiente de una montaña negra, la ladera llena de vegetación —, y me agaché un poco para intentar divisar mejor el lugar donde pasaría los próximos meses de mi vida, la isla Prohibida que a partir de entonces sería nuestro hogar.

Pero en aquel momento la avioneta ejecutó otro giro y volvió a descender, y nos encontramos justo encima de U'ivu.

—Ese es el lado sur de la isla — dijo Tallent, imponiéndose al ruido de las hélices —. Allí aterrizaremos.

Y eso hicimos, a trompicones, a sacudidas, sobre lo que más tarde comprobaría que eran montículos de hierba y tierra; la pista no era tal, sino una larga extensión de tierra pelada y mondada; por eso aterrizaban tan pocos aviones allí.

Mientras descargábamos los bultos del avión vi que una silueta menuda y rechoncha se acercaba a nosotros; a escasos cien metros de distancia chilló «¡Paul!», y reparé en que se trataba de una mujer.

—¡Esme! — respondió Tallent. Me puse nervioso y me irritó que sonriera,

ver que su rostro se sumía en una felicidad transitoria.

La mujer se acercó un poco más y los dos se arrojaron en brazos del otro. Hubo un rápido intercambio en una lengua desconocida para mí que sonaba como una serie de disparos, seguido por las carcajadas de ambos. Era la primera vez que oía reír a Tallent.

—Ay, perdona, Norton — se disculpó Tallent. (Todo apuntaba a que él me tutearía y yo lo trataría de usted, pese a que ninguno de los dos lo había establecido formalmente.) —. Esme Duff, este es nuestro médico, Norton Perina. Norton, te presento a Esme Duff, mi auxiliar de investigación.

—Ah — dijo Esme —, Norton. ¡Bienvenido! Bienvenido a U'ivu. ¿Es tu primera vez en el Pacífico?

—Sí.

—¡Pues vas a llevarte una gran sorpresa! Muchas, en realidad — repuso entre risas.

—Seguro — convine.

—Esme es la auténtica experta en U'ivu — apuntó Tallent mientras Esme sonreía y se atusaba el pelo —. Habla la lengua autóctona mucho mejor que yo,[22] y se ha encargado de conseguirnos a los guías y todo lo demás. Será indispensable para ti.

—Seguro — repetí.

Y en aquel momento me hice dos promesas: primero, que odiaría a Esme Duff, y segundo, que al cabo de pocos meses Tallent pensaría que el experto era yo, y no Esme.

Hice bien en concederme un plazo de tiempo tan generoso para desbancar a Esme en utilidad y conocimientos, pues las semanas siguientes fueron desconcertantes y vertiginosas. Para empezar, enseguida descubrí que no había coches en U'ivu: desde la pista donde habíamos aterrizado (que, según

me informó Esme, nos había sido amablemente cedida por el rey, que a veces la utilizaba para practicar la caza del jabalí; allí reunían y soltaban una docena de animales contra los que el monarca cargaba a caballo, clavándoles lanzas en los lomos rugosos y llenos de protuberancias) amarramos nuestros bultos a unos caballos, otro préstamo real, que nos esperaban en el extremo más apartado del terreno, atados a unas palmeras. Hasta los jamelgos — que medían unos quince centímetros menos que los caballos que yo conocía y eran achaparrados y de lomo ancho, más parecidos a los ponis — me resultaban desconocidos.

A lo largo del trayecto de media hora que nos separaba del pueblo, descubrí todo lo que U'ivu no tenía. No había carreteras, para empezar — caminos sí, con parches de hierba y flores moribundas, pisoteadas por los cascos de los caballos —, como tampoco hotel, ni universidad, ni ultramarinos ni un hospital. Sí había, para mi desaliento, iglesias, varias, cuyas torres blancas de madera eran lo único más alto que las palmeras, que proyectaban filas de sombras negras contra el suelo seco sin mitigar el sol, que bañaba el cielo de un blanco punzante y cegador. Le pregunté a Tallent — que se las arreglaba para montar con garbo el caballito — si había muchos misioneros en la isla, pero fue Esme quien contestó; me dijo que, aunque a principios del siglo XIX aproximadamente un centenar habían conseguido llegar, la mayoría de ellos había muerto a raíz del terrible maremoto que destruyó la mitad septentrional de la isla en 1873. Los demás se marcharon poco después, y U'ivu volvió a ser de los u'ivuanos, como durante los miles de años que precedieron a la llegada de los misioneros.

—Los u'ivuanos no construyen sus viviendas en la zona norte, junto al mar; creen que da mala suerte — añadió —. Pero los misioneros codiciaban las vistas, y las pagaron muy caras.

Expresé mi sorpresa ante la cantidad de templos cristianos — había

contado cuatro en apenas veinte minutos —, lo cual también parecía sugerir una elevada tasa de conversos. Pero en aquella ocasión respondió Tallent.

—No les fue tan bien como parece. A los u'ivuanos les gustaba la novedad de las iglesias, y cuando se erigió la primera, la de Saint Jude, justo detrás de ese árbol, el plumeria, acudió mucha gente, incluido el rey de entonces, abuelo del de ahora. Creo que les parecía una curiosidad. Pero los misioneros se lo tomaron como señal de que estaban preparados para convertirse y construyeron varias más. Hay cinco, ¿no, Esme?, en este lado de la isla, y al norte había tres más, pero el maremoto las destruyó.

—¿Participaron los u'ivuanos en la construcción? — quise saber.

—No. Los misioneros tuvieron que hacerlo todo solos. El rey les facilitó la tierra y la madera (si te fijas, te darás cuenta de que están hechas de madera de palma, un material complicado y muy poco práctico para la construcción, y verás que tienen una estructura muy rudimentaria), pero se negó a permitir que emplearan a su gente. Ya fue una suerte lo que les concedió.

—Nadie le dice a un u'ivvano lo que tiene que hacer — apostilló Esme desde la cabecera de la fila —. Eso lo sabemos muy bien a estas alturas. — Y se echó a reír con petulancia.

—Nadie le dice al rey lo que tiene que hacer — la corrigió Tallent —. Todos los privilegios que tenemos aquí (la misión que llevaremos a cabo, los guías que nos acompañarán) son gracias a que el rey nos ha dado permiso. Él participa en todo lo que ocurre, y no podemos hacer nada sin su beneplácito.

Pero en aquella ocasión no veríamos al rey, añadió. Se le casaba una hija, y Su Majestad estaba demasiado atareado con los preparativos. A mí me habría gustado conocerlo, ver su palacio de madera, pero al menos me alegraba de una cosa: Esme tampoco conocía al monarca y, por tanto, no pudo informarme de lo que me perdía: la mansión con suelos oscuros y brillantes

de cera, la manada de silenciosas esposas sentadas en esteras de palma, igual que una bandada de tórtolas, el rey con su sonrisa feroz y artera.

Pasé mi primera noche en U'ivu en una choza adusta y agobiante con el techo de hojas de palma secas y trenzadas, tan prietas que, aunque oía la lluvia repiqueteando sobre una lámina de aluminio olvidada que había fuera (de su posible uso no tenía ni idea), la única humedad del interior procedía de mi propio sudor, que era profuso y aumentaba a medida que el sofoco nocturno iba a más. Estaba solo — no me había quedado del todo claro (ni sentía deseos de descubrirlo) si Esme y Tallent compartían choza o si dormirían por separado —, y pasé la noche en vela sin dejar de pensar, preocupado, incapaz de cerrar los ojos sin ver el dibujo de espigas del techo impreso detrás de los párpados.

A la mañana siguiente, los tres cargamos las provisiones en una pequeña lancha con un motor diésel fijado de cualquier manera a la popa. Un hombre, nuestro capitán, con la piel como la madera de nogal pulida (aunque creo que el brillo se debía no a una salud excepcional, sino a la transpiración, una pátina que parecía recubrir todo lo que él tocaba), nos observó mientras nos subíamos a la embarcación, arrancó el motor de un tirón y orientó la lancha en dirección a Ivu'ivu.

De haber sabido lo que tardaría en volver a ver la relativa sofisticación de U'ivu, me habría vuelto a mirar la isla mientras nos alejábamos, pero en aquel momento toda mi atención se concentraba en Ivu'ivu, que, curiosamente, no parecía acercarse pese al agua que se plisaba debajo de nosotros. Recuerdo que el día era gris y el mar semejaba un disco liso de hojalata, apagado, del color de la tormenta. Arriba, el cielo exhibía el mismo gris lúgubre, y el agua que me salpicaba en la lengua también tenía un regusto metálico. Me quedé mirando las aguas y vi, o eso me pareció, unas

sombras raudas que titilaban bajo la superficie, pero cuando volví a mirar, después de avisar a Tallent, habían desaparecido.

Despacio, trabajosamente, la isla se hizo visible. Nos habíamos aproximado desde la parte de atrás, que quedaba frente al sur de U'ivu y confería a esta isla un aire tan inhóspito en su realidad física como yo había imaginado. Era la zona que habíamos visto desde el aire durante el descenso: unos acantilados enormes y escarpados de, según me contaron, casi dos mil metros de altura, que se alzaban poderosos desde las aguas, que se arremolinaban en la base formando una espuma densa parecida a la de la cerveza. Las capas de verdor eran tan tupidas — árboles escalonados sobre estratos y más estratos de hierba, musgo y marañas serpenteantes de plantas carnosas, todas ellas coloreadas con esa imposible gama de verdes que únicamente se da en los papagayos y la selva —, que solo cuando nos acercamos acerté a distinguir la roca que había debajo, de un negro pizarra en algunas partes y del gris pálido del papel de periódico recién impreso por otras, pero que se revelaba solo a través de huecos diminutos. Si mirabas directamente al sol en la cúspide de la isla se divisaba un contorno empenachado de árboles, borroso contra el cielo blanco. Cuando la embarcación viró y se dirigió al este, hacia el sol, la isla describió una marcada pendiente hacia abajo y empezó a presentarse como una inmensa porción de tarta servida de lado. Pero quizá para compensar las dimensiones físicas del territorio, más vulnerable a medida que avanzábamos, la flora se tornaba más silvestre y espesa, y el bosque se abría paso hasta el borde mismo de la tierra, llenas las aguas que lo cercaban de las activas pieles calidoscópicas de sus restos — flores de hibisco arrancadas por el viento y hojas de mango quemadas por el sol, pequeñas guayabas sin madurar y restos de helechos —, tan densos que por un momento sentías miedo de la selva, de

su voraz apetito y su ambición, de su ansia por engullir cualquier superficie que le saliera al paso.

Media hora después llegamos al extremo más alejado de la isla, y allí, pese a que no había playa, la tierra y el agua se unían al mismo nivel. El capitán, que no había pronunciado ni una palabra, echó un ancla casera, un cubo de hojalata con tapa lleno de clavos tintineantes, a unos cinco metros de la orilla. El agua, del complejo verde multicolor de la turmalina sucia, era sin embargo tan cristalina que se veían los bancos de pececillos nadando a toda velocidad debajo del barco y proyectando unas pálidas sombras sobre el suelo arenoso del océano. No podíamos acercarnos más a la orilla, no solo porque no existía una orilla propiamente dicha, sino debido a unos peñascos de gran tamaño cuyas caras lisas e inalterables despuntaban entre las aguas. Al vadearlos en dirección a la isla, con las provisiones amarradas a la espalda, pasé junto a uno de los peñascos, lleno de pequeños cráteres poco profundos, cada uno de los cuales acunaba a un erizo de mar negro y brillante. El último metro antes de tierra firme estaba tapizado de guijarros, y la superficie del agua se hallaba cubierta de espuma y de montones de algas de un rojo encendido, como si se tratara del último intento del océano por imponerse frente al poderío y la fuerza de la selva, que aquí arrojaba, burlona, largas colas de unos peculiares cactus de tres caras sobre las débiles olas.

Los matorrales que teníamos justo delante se agitaron — como en una película de naufragos — y de la espesura del bosque emergieron (de nuevo igual que en una película) tres hombres, u'ivuanos. Los tres iban vestidos de esa manera inimitable entre moderna e indígena — camiseta interior de caballero combinada con lo que parecía un sarong de tela de corteza vegetal; un hombre cuya nariz estaba, para mi regocijo, perforada por un hueso fino que parecía un junco llevaba unos pantalones caídos con aspecto de saco; camisa de algodón mal abotonada encima de un curioso taparrabos hecho de

vueltas y más vueltas de tallos de vid secos y entrelazados — tan característica de los lugares cuya relación con la civilización o es nueva o se halla en plena evolución; la encontraría en la selva brasileña, tiempo después en Papúa Nueva Guinea y de nuevo en Nagaland. Después del capitán, aquellos hombres eran el segundo, el tercero y el cuarto u'ivvano que veía, y tras todo lo que había oído acerca de su ferocidad, me sorprendieron su estatura — el más alto apenas me llegaba al hombro — y la chata fealdad de sus caras, la nariz que se extendía hacia las mejillas, la piel que brillaba como una mancha vieja de grasa, la mandíbula adelantada como si quisiera alejarse del resto de las facciones. No eran ni gordos ni flacos, aunque las piernas estaban surcadas por una fibrosa musculatura y tenían unos muslos enormes, los de quienes se han pasado la vida subiendo y bajando empinadas laderas de montañas.[23]

El más alto de los tres, el de la camisa de algodón, se acercó a Tallent; se saludaron frotándose la nariz con ímpetu e iniciaron una conversación entrecortada en voz baja, en u'ivvano. Los otros dos no nos quitaban ojo — Esme, que había sido la última en salvar el fango lleno de sedimentos, se encontraba ahora a escasos pasos de mí, agitando una mano floja a la altura de la cara en un vano intento de abanicarse —, y aunque no transmitían hostilidad, algo en su fija atención me obligó a no apartar mi mirada de las suyas, y me descubrí observándolos a mi vez, mareado por el calor, mientras unos mosquitos diminutos orbitaban alrededor de mi cabeza igual que planetas.

Había un guía para cada uno. El de Tallent era el más alto, Fa'a, y el de Esme, el del sarong, que se llamaba Tu. El mío era Uva, el tipo del hueso en la nariz; cuando pasó por delante de mí para echarse mi macuto a la espalda, vislumbré lo que me pareció un tallado en uno de los extremos del hueso. Mi petate pesaba mucho, pero cuando hice amago de ayudarle a ajustárselo — la

textura de su piel era como la del cuero de los rinocerontes —, me apartó un poco y meneó los hombros hasta que el bulto se centró solo entre sus omóplatos, y a continuación dio media vuelta y se dispuso a seguir a los otros, que ya habían desaparecido entre dos árboles muy anchos, tan llenos de musgo que no se distinguía la corteza. Al igual que sus compañeros portadores, su única pertenencia era un pequeño fardo de tela, del tamaño de una almohada, que colgaba de una cuerdecilla que llevaba en bandolera.

Echamos a andar. Como no había sendero, Fa'a, que encabezaba la comitiva, iba apartando retoños, arbustos y hojas del tamaño de sartenes, que nosotros atrapábamos y soltábamos a nuestras espaldas al pasar por turnos. No me inquietó la velocidad con que nos había engullido la floresta, la insignificancia de nuestra presencia metidos en ella; llevaríamos quince minutos de trayecto cuando me volví para comprobar la distancia que habíamos recorrido y descubrí que un ejército de árboles ya había ensombrecido nuestra estela. El aire a nuestro alrededor y sobre nuestras cabezas rebosaba de conversaciones — graznidos, cloqueos, alaridos y chillidos —, y apenas había transcurrido media hora, pero las copas de los árboles ya tapaban casi del todo el cielo y los retales amorfos de azul se volvían más pequeños y escaseaban a cada paso. Uva y los otros dos guías iban descalzos, tenían los pies curtidos e hinchados, pero Tallent, Esme y yo llevábamos botas de suela recia, y con cada pisada oía a criaturas invisibles que se escabullían por el suelo, a nuestros pies. El trenzado de las raíces de los árboles formaba una resbaladiza celosía, y tenía que estar muy pendiente de dónde pisaba, no fuera a ser que tropezara y cayera; todo lo que captaba mi visión periférica era un verdor intenso, oscuro, y tan cercano que me daba la impresión de que avanzábamos por un túnel que iba frunciéndose y estrechándose, una ilusión acentuada por la luz del sol, que cada vez era más

deslavazada y formaba como hilillos a través de las tupidas copas de los árboles.

La ruta, cuesta arriba, de pronto se hizo más empinada, y el aire refrescó y se volvió húmedo de repente — tan espesa era la vegetación que no soplaban brisa alguna, lo cual confería un aspecto aún más irreal, más estatuario, a los árboles y arbustos, cuyo olor sin embargo nos asediaba, un aroma complejo y penetrante mezcla de marga, podredumbre y azúcar que me escocía en la garganta —, pero no nos detuvimos. Esme se bamboleó unos pasos por delante de mí, Tu la agarró de un brazo, presto y cuidadoso, y ella asintió y siguió caminando, pero cuando la adelanté sentí y oí su respiración, tan cálida y estridente como la de un caballo al concluir una larga carrera. Yo no cargaba con nada salvo una mochila pequeña, pero el aire había empezado a hacerse tan sustancioso y denso como una sopa (y pensé, qué ridiculez, en las cremas de pescado, en su lustre perlado, como de suero de mantequilla, y en la capa rugosa de su superficie), y cuando alcanzamos una altiplanicie al final de un pasaje particularmente empinado y Tallent anunció que no avanzaríamos más hasta el día siguiente, sentí ganas de llorar de alivio.

Nos dejamos caer en el suelo, los tres, mientras Fa'a — tras decirle algo a Tallent, que lo escuchaba y asentía — y los otros dos guías encararon lo que deduje que era el camino por el que habíamos llegado (aunque no había camino alguno) y desaparecieron en el bosque. Me bebí el agua de la cantimplora, que se había calentado tanto como el aire que me rodeaba y, por tanto, no me aplacó la sed; Esme se tumbó, apoyó la cabeza en la mochila y cerró los ojos. La selva emitía un murmullo en torno, un zumbido grave y continuo, como si la isla entera fuera una especie de misterioso electrodoméstico enchufado a una corriente de energía monstruosa y sin embargo invisible.

Debí de quedarme dormido. Cuando desperté, no sabía cuánto tiempo

había pasado — si es que eso tenía importancia en aquel lugar —, aunque la oscuridad parecía más profunda, más insistentemente viva. A unos tres metros de cada uno había extendidas unas esteras de palma tejida, junto a las que se encontraban nuestros respectivos bultos; entre las dos primeras estaban sentados Esme y Tallent, hablando bajito.

—Buenas noches — saludó Tallent, levantando la vista cuando me acerqué —. Come algo.

Él, a diferencia de Esme y de mí mismo, llevaba dos bultos; del más grande sacó un paquete de galletas saladas. En el suelo destacaba contra el musgo una inquietante lata de fiambre, con la tapa abierta hacia atrás, igual que una sábana, y cuya carne era de un rosa baboso, nauseabundo, femenino.

—No tengo hambre — dije.

—Deberías comer — insistió —. Tienes más hambre de lo que crees, y mañana nos espera otra larga jornada. Además, hay que comerse las galletas saladas antes de que se reblandezcan; con esta humedad, las cosas crujientes no duran.

—La última vez que me fui de U'ivu tenía un antojo terrible de galletas saladas — intervino Esme, cuya voz había perdido su triunfal petulancia. Todavía no se había recuperado del todo de la marcha; tenía en la cara unos rodales colorados, muy feos, que parecían una barba incipiente.

De modo que acepté las galletas, que eran harinosas y poco sabrosas, y les puse un poco de fiambre encima. Tendí el envoltorio vacío a Tallent, que lo metió en un bolsillo exterior de su mochila; el crujido del plástico me recordó al crepitar de la madera en una chimenea.

—¿En momentos así no debería haber una fogata? — pregunté. Y hasta dirigí una sonrisa a Esme, que estaba demasiado enfrascada rescatando pegotes de fiambre de la lata como para hacerme caso.

Por toda respuesta, Tallent cogió una rama que había por allí y la acercó a

la llama de su mechero. Pero el fuego se extinguió casi al instante, dejando tras de sí una áspera voluta de humo tenue.

—Vaya.

Fue lo único que pude decir. Naturalmente. La madera estaba húmeda.

—No te preocupes — me tranquilizó Tallent —. Fa'a me ha dicho que más arriba el bosque se despeja y todo está mucho más seco.

Caminé un par de minutos por el bosque, en la dirección que Tallent había señalado, y encontré un riachuelillo, plateado como baba de caracol, que trepaba por una serie de peñascos grises. Me alivié contra un árbol sin ramas que desaparecía con una verticalidad casi graciosa más allá del dosel que había sobre nuestras cabezas, y me lavé la cara y bebí; el agua era fresca y con un leve regusto salado, oceánico, como si estuviera mezclada con puñados de caracolas molidas. Cuando volví, Esme dormía ya sobre su estera, con otra echada por encima y las botas colocadas junto a sus pies. Tallent, en cambio, seguía en el lugar donde lo había dejado, con las rodillas recogidas contra el pecho y la cabeza y el cuello levemente inclinados hacia delante, mirando algo que yo no distinguía en la espesura del bosque.

—¿Qué tal el día? — me preguntó cuando me senté.

—Bien.

—Soy consciente... — empezó a decir, e interrumpiéndose se miró las manos—. Soy consciente de que no te he contado gran cosa sobre lo que estoy... estamos... haciendo aquí. El hecho de que hayas venido demuestra que eres un hombre bueno. O que estás muy loco. O desesperado.

Me eché a reír, pero él no me secundó.

—Lo cierto es que no sé qué descubriremos en realidad — prosiguió.

Se hizo otro largo silencio, cuyo significado yo comprendería más adelante: Tallent estaba pensando detenidamente qué decir, y no porque temiera que yo lo malinterpretara, sino porque era una de esas personas que

solo hablan de certezas; no le interesaban ni las especulaciones ni las teorías; nunca decía nada salvo que estuviera seguro de su veracidad. Con esto no quiero decir que fuera poco curioso, o arrogante, o descuidado, o que jamás dudara, o que no se replanteara las cosas decenas, cientos de veces; nada de eso. Pero formulaba sus preguntas y conjeturas en silencio; creo que Tallent tenía la sensación de que implicar a otros en sus incertidumbres era pretencioso y puede que hasta una señal de mala educación.

Y sin embargo, tenía incertidumbres; no sabía lo que descubriría. No era un hombre que actuase guiado por pálpitos e intuiciones, y no obstante esta vez sí: había supuesto lo que podría descubrir y, basándose en esa suposición, me había pedido que lo siguiera.

No me ofendí ni me asusté. El silencio en sí es pura hipótesis: hipótesis afortunadas, intuitivas, estudiadas. Yo había trabajado para personas muy seguras, y había sido una experiencia desasosegante y peligrosa. Así pues, me alegraba de haber llegado hasta allí (bueno, puede que no me alegrara, pero seguro que tampoco me preocupaba; aunque Tallent no se equivocaba del todo: también estaba desesperado) sin saberlo todo. Supongo que suena poco convincente, ingenuo, pero cuando se es joven la planificación resulta menos importante, menos fundamental, que cuando tienes algo por lo que velar: dinero, una investigación, tu reputación.

De modo que me relajé y aguardé.

Tardó un buen rato en empezar a hablar.

—Como médico — empezó Tallent —, ¿qué es lo que más ansías? Quieres curar enfermedades..., erradicarlas, quieres prolongar la vida. — En verdad no me interesaba nada de eso, al menos no en el sentido que creía que le daba Tallent. Pero no se lo discutí —. Lo que yo persigo, en cambio (y te parecerá una chiquillada, pero en definitiva es el motivo por el que estamos aquí, y un

interés que comparto con muchos de mis colegas, si bien ellos son demasiado respetables para reconocerlo), es encontrar otra sociedad, otra gente, desconocida para la civilización y, por qué no, que no conozca la civilización.

A continuación se embarcó en una larga disquisición acerca de la antropología como disciplina, los diversos profesionales, héroes y malhechores que la practicaban y sus teorías, que yo ignoraba casi por completo, pero que escuché lo suficiente para entender que Tallent se consideraba una especie de disidente — si bien no empleó ese término —, alguien que renovarían totalmente el campo de estudio.

Pero entonces dijo algo que me dejó intrigado durante los muchos meses que estuvimos juntos en la isla, y para lo que jamás hallé respuestas definitivas.

—Sé lo que supone que te estudien — dijo —. Lo que supone que te reduzcan a algo, a una serie de comportamientos y creencias, que alguien crea distinguir lo exótico, lo ritual, en todas las acciones mundanas que uno lleva a cabo, que vea... — Y entonces se interrumpió, con tanta brusquedad que comprendí que acababa de revelar algo que no pretendía, y que se preguntaba por qué lo había hecho, él, tan cauto, y que se arrepentía también.

—¿A qué se refiere? — pregunté, con un tono lo más amable posible, para no sobresaltarlo, para animarlo a seguir.

Pero, naturalmente, Tallent no era una mascota ni una criatura, y se requería mucha más persuasión o inteligencia que una simple voz suave para doblegar sus mejores instintos.

—No, nada — contestó, y se quedó callado, y de pronto fui consciente del aire estridente, lleno de bichos, y de que yo había estado conteniendo la respiración.[24]

Fue el propio Tallent quien rompió el silencio.

—Voy a contarte una historia — anunció, tras lo cual hizo una pausa.

A esto también me acostumbraría, a esa manera de empezar y detenerse a continuación, a los discursos grandiosos compuestos por parrafadas que acababan en un abrupto silencio que a veces se prolongaba varios minutos, incluso horas en alguna ocasión. Pero esta vez el silencio duró poco, y cuando volvió a hablar lo hizo con voz fuerte, y la historia que nació de ella no fue tanto un discurso, como un recitado, igual que si Tallent fuese un cuentacuentos ambulante con quien yo me hubiera topado en un oscuro pinar medieval y no en la húmeda selva, y le hubiese dado una moneda y un mendrugo de pan negro a cambio de que me cautivara y por un momento me transportara lejos de este mundo.

—Hace muchos años, muchos, muchos años, antes de la edad del hombre, existía una gran piedra, un dios, de nombre Ivu'ivu, que reinaba sobre un extenso reino acuático. Este dios era muy poderoso y dentro de sus dominios estaba cuanto había bajo la superficie del mar; el suyo era un reino de tiburones que agitaban la cola y enseñaban los dientes, gigantescas ballenas ciegas, cardúmenes de peces y campos de oscilantes matas marinas que flotaban a sus pies igual que la melena de una ninfa.

»Pero Ivu'ivu se sentía solo. Alrededor, veía apareamientos, bestias que se unían, reproducían y deslizaban junto a él, seguidos de su prole. Hasta sus súbditos más solitarios (los cangrejos ermitaños, con sus caparazones moteados con forma de espiral, y la estrella de mar, trepadora y espinosa) estaban rodeados de crías. Dada su condición de dios, a Ivu'ivu no le preocupaba la mortalidad, pero pensaba que le agradaría tener a alguien, alguien con quien comentar las responsabilidades y dificultades de ser dios y rey, alguien con quien engendrar su propio linaje. Pero para ello necesitaba otro dios, un igual.

»Ivu'ivu tenía una amiga muy querida, una tortuga llamada Opa'ivu'eke, casi tan vieja como el propio dios y que, como podía vivir tanto dentro como

fuera del agua, había viajado a lo largo y ancho del mundo y contaba historias maravillosas sobre lugares que Ivu'ivu no conocía. Deleitaba a su amigo con anécdotas que tenían lugar al aire libre, en tierra firme, donde había tantas criaturas como bajo el agua, solo que volaban en lugar de nadar (Ivu'ivu tuvo que pedirle muchas, muchas veces a la tortuga que le explicara el acto de volar, hasta que por fin se hizo una idea muy aproximada) o caminaban, o corrían o reptaban sobre dos, cuatro o decenas de patas.

»Un día, Opa'ivu'eke estaba relatándole sus últimos viajes a Ivu'ivu cuando el dios fue incapaz de reprimir un suspiro.

»—¿Qué ocurre, amigo mío? — se interesó Opa'ivu'eke.

»—Ay, amiga — repuso Ivu'ivu —. Estoy muy solo. Veo a mi alrededor felicidad, complicidad. A mí también me gustaría tener una compañera y unos cuantos hijos. Pero necesito otro dios, y en este mundo solo puede haber un soberano.

»La tortuga se quedó callada largo rato. Se despidió de su amigo y se marchó.

»Poco después Opa'ivu'eke regresó, de nuevo con asombrosas noticias, pero esta vez aún más asombrosas de lo que el dios pudiera imaginar. En su viaje más reciente a la superficie había hablado con otro amigo, A'aka, el dios del sol, y le había transmitido el deseo de Ivu'ivu. Al parecer, A'aka quería conocer a aquel poderoso dios del agua del que tanto había oído hablar. Y así dio comienzo un idilio entre el dios del agua y el dios del sol, con la tortuga como mensajera. Era ella la que trasladaba mensajes, elogios, preguntas y cánticos, adentrándose en las profundidades frías y negras del agua a fin de entregar a Ivu'ivu las palabras de A'aka y luego, sirviéndose de las aletas para abrirse paso por las corrientes (que Ivu'ivu aplacaba para facilitar el trayecto a su amiga), emergía de nuevo a la superficie, donde

A'aka detenía su recorrido a mitad del día para escuchar las novedades de un mundo que jamás podría conocer.

»Con el tiempo nacieron tres hijos: el primero fue niño y lo llamaron Ivu'ivu, como el dios del mar; la segunda se llamó Iva'a'aka, la Hija de la Piedra y el Sol; y U'ivu fue el tercero, cuyo nombre significa, simplemente, De Piedra. Los tres niños vivían con medio cuerpo bajo el agua, como Ivu'ivu, y la otra mitad en la superficie, como A'aka. Flotaban y se refrescaban en el reino acuoso de un padre y se calentaban y nutrían con el calor del otro. Se mantenían en todo momento gracias al amor y la adoración de sus padres. Y cuando ellos también se hicieron adultos y empezaron a sentirse solos, hablaron con A'aka y este los bendijo con sus propios hijos: la humanidad. Mientras el ser humano tratara bien a sus padres, A'aka se encargaba de que las cosechas prosperaran, e Ivu'ivu prometía que nunca faltarían peces en el mar y que siempre podrían navegar por sus aguas, porque los hombres, a fin de cuentas, eran también sus descendientes y, por tanto, era su obligación cuidarlos y protegerlos.

»Opa'ivu'eke, por su parte, gozó de una vida muy, muy larga, lo suficiente para ver crecer y prosperar a los nietos, bisnietos y tataranietos de sus amigos, lo suficiente para tener sus propios hijos, que llevaban su nombre (Animal con el Lomo de Piedra) y que en tierra firme preferían vivir con el hijo predilecto de la tortuga, su ahijado, Ivu'ivu. Opa'ivu'eke no era una diosa, naturalmente, pero siempre fue, y es, honrada no solo por sus dos amigos sino también por todos los descendientes de estos; por su entrega y altruismo, claro, pero también por su noble labor como mensajera. Por eso, cuando un hombre tiene la suerte de encontrarse una opa'ivu'eke, debe hacer un sacrificio a los dioses y comer una parte de su carne. De ese modo, manda un mensaje a los dioses, una plegaria por lo único que A'aka les negó a sus

nietos (con la aprobación de Ivu'ivu): la inmortalidad. Y puede que, algún día, los dioses la atiendan.

Tallent se calló y los dos permanecimos un momento en silencio. «Estoy sentado en el hijo de un dios — pensé —. De dos dioses.» Era absurdo, y sin embargo, muy a mi pesar, sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo.

—Es la primera historia que se cuenta a los niños u'ivuanos — dijo Tallent en voz baja —. Es casi tan antigua como esta gente, tiene miles de años, y jamás ha cambiado. No hay tradición escrita (o, al menos, no la hubo hasta que llegaron los misioneros), pero todo el mundo la conoce. Este símbolo — y con un palo trazó un círculo en el suelo, atravesado por una línea vertical recta — significa «tortuga», y se halla en piedras y platos ceremoniales de hace cientos de años, pertenecientes a personas que sacrificaron a uno de los hijos de Opa'ivu'eke como ofrenda a Ivu'ivu y A'aka, con la esperanza de encarnar la excepción, de ser la persona a quien por fin se le permitiría vivir tanto como un dios. — Volvió a callarse —. Pero ahora se cuenta otra historia — prosiguió —, una reciente, una que en realidad surgió en el siglo pasado, más o menos. Durante muchos años, los nietos de Ivu'ivu y A'aka fueron el orgullo de sus padres y abuelos, y con razón. Los seres humanos eran valientes y habilidosos. Eran cazadores excelentes, pescadores de primera. Protegían a sus padres contra cualquier invasor y rendían el debido respeto a sus antepasados. Y aunque habían pasado años, más de los que cualquiera recordaba, sin que nadie encontrara hijos de Opa'ivu'eke para sacrificar, los dioses no se sentían ofendidos, y todo discurría en completa armonía.

»Pero entonces, poco a poco, tan despacio que durante muchos años nadie se percató, las cosas empezaron a torcerse. Los habitantes de U'ivu talaban muchos árboles y después no replantaban. Permitieron a forasteros (ho'oalas,

es decir, “blancos”) que vivieran entre ellos. Los ho’oalas llevaron consigo unas bestias inmensas de hierro que revolvían la delicada tierra de Iva’a’aka, y redes enormes con que extraían del océano grandes cantidades de marisco, más de lo que podría consumirse jamás. Generaban desechos, montañas de ellos, y lo que no se tiraba en tierra firme (¡sobre sus padres!) los humanos lo lanzaban al mar.

»Desde abajo y desde arriba, Ivu’ivu y A’aka lo observaron todo, primero alarmados y después furiosos. Ivu’ivu mandó unas olas altísimas para azotar a sus hijos, y A’aka lloró al verlo, pues aunque Ivu’ivu solo pretendía asustar a los hombres para que los respetasen, al destruirlos aniquiló también a una parte de los hijos de los dioses, fragmentos de las tres islas que quedaron desmenuzadas en el mar. Pero la actitud de los humanos no cambió. Así que A’aka mandó unas oleadas de sol ardiente, sin tregua, sin piedad. En los meses en que acostumbraba retirarse y ceder los cielos a su hermana, Pu’uaka, la diosa de la lluvia, permaneció en su puesto y lanzó afilados puñales de luz abrasadora a la tierra. Y esta vez fue U’ivu quien lloró, pues a pesar de que los empeños de A’aka se centraban en que las cosechas se agostaran y murieran, él no ignoraba que sus hijos estaban achicharrados, abrasados, sedientos, y que anhelaban agua fresca.

»Los dioses sabían que no todos los humanos habían dado la espalda a las viejas tradiciones, y les afligía no ser capaces de separar a los malos e irrespetuosos de los buenos y honrados, para salvar a estos últimos. Pero los hombres seguían haciendo caso omiso de los dioses y del pacto que habían hecho con sus abuelos tanto tiempo atrás. Así pues, los dioses se vieron obligados a prolongar los castigos, los maremotos, las virulentas sequías. A’aka pidió a su hermana que arrimara el hombro y sometiera a los hombres a lluvias torrenciales, tan terribles que algunos árboles centenarios fueron arrancados de cuajo y se deslizaron con un gemido hasta el mar, y las

cataratas rebosaron de sus cañones y transformaron los arroyos en ríos bravos e iracundos. Con cada ataque, los dioses veían a sus hijos cada vez más débiles, insignificantes y mermados, y con cada ataque se acrecentaba su dolor.

»Y también su cólera. De modo que los dioses llegaron a la conclusión de que no les quedaba alternativa. Cierta día, muchos años después, un hombre llamado Manu'eke (Animal Bondadoso) estaba pescando en un riachuelo en la parte más alta de Ivu'ivu cuando vio una tortuga que nadaba en aguas poco profundas. No daba crédito. Atrapó inmediatamente a la criatura y corrió a su aldea. Una vez allí la mató, y empujado por un impulso, las prisas y quizá los malos modales se comió el animal entero, sin dejar nada para el sacrificio a los dioses, sus antepasados.

»Aquella noche soñó que se había convertido en un dios, que era la primera persona a quien se le permitía vivir para siempre. Pero ¡ay!, los dioses estaban furiosos. Descubrieron lo que Manu'eke había hecho y comprendieron que si un humano podía olvidarse de ofrecerles una parte de su criatura sagrada, como les correspondía, era porque habían llegado demasiado lejos. Decidieron, pues, castigar a Manu'eke otorgándole lo que más deseaba: la vida eterna. Pero una vida espantosa. Porque, pasado el sexagésimo año (hay quien dice que antes, otros que después), Manu'eke fue volviéndose cada vez menos humano. Se le olvidó lo que era ser un hombre. Dejó de reconocer a las personas con quienes se había relacionado. Hablaba con una voz que nadie identificaba como la suya. Olvidaba asearse. Se transformó en una criatura que era una mezcla de hombre y alimaña. Fue expulsado de su pueblo y se le prohibió volver.

»Y Manu'eke sigue vagando por la selva, no es ni una cosa ni otra, la reminiscencia de un hombre, prueba de la ira de los dioses, y una advertencia también. Manu'eke nos recuerda el poder de Ivu'ivu y A'aka, que ellos nos

dan y nos quitan la vida, y que siempre están observándonos, dispuestos a quitarnos o concedernos los dones que el hombre más codicia.

Tallent se detuvo y volví a sentir el mismo escalofrío. Alrededor la noche era aún más negra; tan negra que ni siquiera distinguía a Tallent, sentado a mi lado; tan negra que su voz parecía haberse transformado en algo tangible y con textura, una cortina de terciopelo púrpura oscuro que nos separaba.

Y entonces sentí otro escalofrío, solo que más aterrador y gélido, porque fue en aquel momento cuando caí en la cuenta: la historia, la fábula memorizada por Tallent a partir de no se sabe quién, y ocultada, cultivada, mimada y acariciada hasta que pudo casi entonarla, perfecta en sus pausas y ritmos, era el motivo de que estuviéramos allí. Tenía la intención de encontrar a Manu'eke; de dar sentido a un mito; de dar caza a una criatura que protagonizaba las pesadillas de los niños, que habitaba los cuentos narrados junto a la hoguera, que existía en el mismo universo que las piedras que podían aparearse con planetas y engendrar montañas y hombres. De repente mi presencia allí me pareció surrealista, y la cruzada — hasta la palabra «cruzada» procedía de ficciones y fantasías en que un objeto, mágico e poseedor de unos poderes improbables, es buscado por un grupo de irresponsables héroes — que nos disponíamos a emprender se me antojó vana y vulgar.

Y sin embargo — y esto daba aún más miedo —, también sentía que algo dentro de mí se desataba. Incluso hoy, tantas décadas después, soy incapaz de explicarlo con mayor precisión. Me descubrí imaginando de pronto una larga y gruesa raya de tiza que se extendía a lo largo de una llanura de tierra quemada. A un lado se encontraba lo que había conocido hasta entonces, una ciudad de impecables ladrillos que formaban estructuras sin ventanas, los hechos y las cuestiones de cuya certeza no dudaba (sin proponérmelo, pensé en mi escalera, en los nombres de quienes eran más sabios que yo, y de

repente sentí vergüenza de mí mismo por hallarme en aquella situación, siervo mudo de un antropólogo). Y al otro lado estaba el mundo de Tallent, cuyos contornos no podía ver, dado que se hallaban oscurecidos por una niebla que se espesaba y disipaba con movimientos impredecibles, de manera que solo de vez en cuando lograba vislumbrar lo que había tras ella: nada más que colores y movimientos, nunca siluetas auténticas; pero tenía algo de irresistible, lo sabía, y el miedo a sucumbir a ello no era tan terrible como no llegar a saber qué se ocultaba tras aquella niebla, como no explorar nunca lo que tal vez jamás volvería a tener oportunidad de explorar.

Y cerré los ojos; me olvidé de mis sentidos y crucé la raya.

—¿Existe realmente Manu'eke? — pregunté, y me reproché haberlo hecho.

«Te estás dejando llevar — gimió una voz dentro de mí, como el agudo zumbido de un mosquito —. Ándate con ojo; te estás dejando llevar. Recuerda quién eres. Esta no es tu manera de pensar. Recuerda lo que has aprendido.»

Pero no podía. Lo intentaba, pero no podía.

Tallent suspiró.

—Nadie lo sabe — reconoció por fin —. Los u'ivuanos más viejos, naturalmente, juran que sí. Pero nadie sabe dónde vivía (los u'ivuanos, como era de esperar, aseguran que en Ivu'ivu) ni qué fue de él. Mejor dicho, hay muchas teorías acerca de lo que le pasó. Dicen que se metió en el mar y nunca regresó. Que se esfumó. Que fue arrugándose, menguando y cubriéndose de vello y se transformó en mono. Que se convirtió en piedra. Lo único que todas las versiones comparten es que jamás muere: o desaparece o se transforma, pero nadie dice que lo haya visto morir.

Reflexioné un momento.

—¿Todavía se sacrifican tortugas?

—¡Ah! — exclamó Tallent, y por primera vez percibí aprobación en su voz —. Buena pregunta. Muy buena. Es la pregunta, en realidad. No. No, ya no. Al menos, en U'ivu. Las opa'ivu'eke son muy poco comunes. Es muy raro verlas en el medio acuático, por no hablar ya de tierra firme. Existe una subespecie, una tortuga más pequeña de agua dulce que al parecer se le asemeja, de la que a veces (muy de tarde en tarde) se encuentra algún ejemplar en Iva'a'aka o en U'ivu. Pero los isleños les tienen miedo y las evitan. Son muy codiciadas, y da buena suerte verlas, pero nadie se atreve a tocarlas. Nadie salvo...

—Los ivu'ivuanos — conjeturé.

—O eso se cuenta. Sí.

De nuevo se quedó callado, esta vez un rato muy largo.

—Hay otra historia — empezó, se interrumpió y volvió a empezar —. Se cuenta que hay una tribu u'ivuana que vive en el corazón de la selva de Ivu'ivu. Se dice que se rigen por las antiguas costumbres, que aún hacen sacrificios a los dioses. Se dice — y en ese momento percibí, más que ver, que su cabeza se giraba hacia la mía — que nunca mueren.

»Nunca he visto con mis propios ojos a esa gente, a esa tribu. Pero la última vez que estuve aquí, hace tres años, estudiando las estructuras familiares de los u'ivuanos (un tema apasionante de por sí), conocí a un hombre que aseguraba haber estado en esta isla y haber visto a un hombre que no era tal. Parecía un hombre y se movía como tal, pero temblaba y no podía hablar, chillaba igual que un mono y, pese a que aparentaba fortaleza y buena salud, carecía de juicio.

»Esto ya resultaba bastante inquietante, pero lo más perturbador es que, según decía, a aquel hombre lo seguía otro, y otro más, un grupo entero de hombres y mujeres, todos ellos en apariencia normales pero incapaces de entablar una conversación lógica. Lo único que hacían era temblar, balbucear

y reír sin motivo, con las carcajadas caballunas propias de los descerebrados. Los u'ivuanos dan mucha importancia a la conversación, ¿sabes? Y carecer de ella es sinónimo de ser un *mo'o kua'au*; la traducción más aproximada es “sin garganta”, aunque *kua'au* también significa “amigos” o “amor”. Sin amigos, pues. Sin amor.

»El hombre, que era cazador, se alejó de aquella gente tan extraña y corrió de vuelta a su casa, en U'ivu. Durante meses, años, trató de convencer a su familia y amigos para que regresaran con él a la isla Prohibida y lo ayudaran a encontrar a aquellas personas, para ver si podía serles de ayuda y desvelar su identidad. Pero los u'ivuanos, que ya sienten cierto recelo hacia Ivu'ivu por ser el territorio predilecto de los hijos de Opa'ivu'eke y, por tanto, sagrado, se negaban a acompañarlo.

»Pero aquel hombre, el cazador, no olvidaba lo que había visto, como tampoco se explicaba lo que lo empujaba a querer regresar a la isla Prohibida, que en verdad lo aterrizzaba. Aquella gente lo había embrujado. El cazador no pensaba en otra cosa.

»Por eso, cuando se enteró de que alguien por fin lo creía (aunque se tratara de un *ho'oala*) y de que se proponía dar con esas personas, solicitó acompañarlo en calidad de traductor y guía. Acudiría con dos primos a los que, tras muchas discusiones, había logrado convencer.

—Fa'a — comprendí —. Él era el cazador. El cuentacuentos.

—Sí — confirmó Tallent, y de nuevo no vi, sino que adiviné, que su rostro se volvía hacia mí en la oscuridad —. Vamos a encontrar a esas personas. Si existen, las encontraremos.

—Inmortales — dije, y advertí mi propio escepticismo.

Pero, si Tallent lo percibió también — y debió de percibirlo —, prefirió no hacer ningún comentario.

—Inmortales — convino, con una voz inescrutable, otra vez.

Y entonces ahora ya sí quedó callado, y sentí que la oscuridad me envolvía igual que un manto cálido y pesado.

Durante la semana que siguió a aquella noche intenté estar pendiente de la hora, y de si era de día o de noche. (El reloj se me estropeó en la segunda jornada; la humedad se había filtrado por las juntas y formó un fino encaje de telaraña en la cara interior de la esfera.) Pero enseguida me di cuenta de que era inútil; tan denso era el follaje que el sol perdía sus matices y dejaba de ser fiable. En realidad no podía decirse que se hubiera esfumado, ni que la luz hubiese disminuido, porque en la selva no existía luz directa. Solo oscuridad o ausencia de esta. Lo uno era la noche; lo otro, el día.

Al recordarlo ahora, naturalmente, me doy cuenta de lo extraordinarias que fueron aquellas primeras jornadas, antes de que me volviera inmune a las maravillas de la floresta e incluso llegara a despreciarlas. Un día — sería el tercero o el cuarto — iba a zancadas cuesta arriba, como de costumbre, mirando alrededor, escuchando las conversaciones de las aves, los animales y los insectos, notando cómo el suelo que pisaba se esponjaba y se movía suavemente con capas invisibles de gusanos y escarabajos (era como hollar las entrañas húmedas de una inmensa bestia adormecida), cuando de pronto Uva se puso a mi lado — por lo general iba muy adelantado, en un grupito con Fa'a y Tu, avanzando y retrocediendo para asegurarme a Tallent que no había peligro — y alargó la mano justo delante de mí, para que me detuviera. Entonces, con rapidez y gracilidad, se acercó a un árbol, indistinguible de los demás, denso, oscuro y sin ramas, y empezó a trepar, con las plantas hacia dentro para agarrarse a la corteza espinosa. Cuando había ascendido unos tres metros me miró y volvió a alargar la mano, con la palma hacia abajo: espera. Yo asentí. Él siguió trepando y desapareció en el dosel de la fronda.

Emprendió el descenso más despacio, con algo en la mano. El último

metro y medio lo salvó de un brinco y se me acercó desplegando los dedos. En la palma había un objeto trémulo, sedoso y del color vivo, dorado, exquisito, de las manzanas; pura luz en medio de la penumbra de la selva. Uva le dio un toquecito con un dedo y el objeto se giró, y entonces vi que se trataba de una especie de mono, que yo jamás había visto; medía escasos centímetros más que cualquiera de los ratones que había sacrificado, y la cara era un corazón negro arrugado, con las facciones apretadas pero los ojos grandes y tan azules e inexpresivos como los de un gatito ciego. Tenía unas manos diminutas y perfectamente formadas, con una de las cuales se agarraba la cola, enroscada sobre sí misma y con un vistoso pelaje que colgaba a modo de flecos.

—Vuaka — dijo Uva, señalando a la criatura.

—Vuaka — repetí, y estiré la mano para tocarla. Bajo la piel sentí el latido del corazón, tan veloz que parecía un zumbido.

—Vuaka — dijo otra vez Uva, e hizo como si fuera a comérselo, acariciándose el vientre con gesto adusto.

—No — exclamé, horrorizado —, no.

Él ladeó la cabeza, curioso, y acto seguido negó con ella, condenando mi mal gusto, supongo. Se dirigió de nuevo al árbol, acercó al monito, y vi al animal agarrarse a la corteza y encaramarse a toda velocidad, un destello de sol.

Más tarde supe por Tallent que el vuaka era un mono primitivo, una especie de protosimio que vivía en colonias enormes en cierto tipo de árbol de U'ivu, también endémico. Los u'ivuanos los consideraban una exquisitez — los desollaban y asaban por decenas ensartados en ramas muy largas, y se los comían igual que brochetas —, pero el árbol, la kanava, solo se daba en zonas muy boscosas, que ya no existían ni en Iva'a'aka ni en U'ivu. En realidad, solo se encontraban kanavas en grandes cantidades (y, por tanto,

también vuakas) en Ivu'ivu; pero nada, ni siquiera el cebo de los vuakas, conseguía atraer a los u'ivuanos a la isla.

Tallent se echó a reír, algo muy poco habitual en él.

—Es posible que Fa'a esté aquí para dar con la tribu perdida — añadió —, pero los otros dos creo que han venido solo por los vuakas.

La humedad impedía asarlos, naturalmente, pero Tallent me dijo que los desollarían y curarían con sal, que habían llevado adrede de casa.

Yo sabía que era una sensiblería (por no hablar de inútil) sentir lástima por los pobres vuakas, tan bonitos, y no quería que Tallent me considerase un blando, así que no dije nada. Pero aquella noche, tumbado en la estera, pensé en el monito, en sus ojos inmensos y tristes, en la maravillosa estela dorada que había creado al desaparecer en la oscuridad sobre nuestras cabezas, y por un instante experimenté una desesperación intensa que me cortó la respiración.

Pero pronto hasta la selva — lo que en un primer momento se me había antojado una distracción y una novedad, de una perfección inmaculada y llena de posibilidades — se volvió cansina. Allá donde había visto misterio ahora veía solo repetición: la humedad constante, la semipenumbra constante, el patrón constante de árboles, árboles y más árboles, un bosque ininterrumpido que aspiraba a ser eterno. Deseaba con todas mis fuerzas ver el cielo, azul y cuajado de nubes, o el mar, su energía ansiosa y agitada. En la selva solo nos enterábamos de que había llovido porque los árboles — siempre tan sedientos que me los imaginaba como filas de gargantas que se tragaban con avidez cada gota que caía — rezumaban un agua que desaparecía en la superficie de musgo acumulada en sus bases, y porque el suelo se volvía más fangoso y mullido. En las costas podía germinar cualquier semilla que las aves hubieran dejado caer —había visto mangos y

guayabos, y otros árboles que no sabía identificar, pero sí reconocer —; pero en lo más profundo de la selva, en cambio, las plantas eran más antiguas y autóctonas, y no conocía ninguna. Eso debería haberme entusiasmado, pero no fue así; la ausencia total de familiaridad hace que un lugar se vuelva extraño e inconquistable, y en ese caso desviamos la atención y la curiosidad a fin de evitar la frustración.

Por otra parte, la cuestión de la prodigalidad de la naturaleza empezaba a ofenderme, como si se tratara de una mujer muy peripuesta que exhibiera ante mí todas sus vistosas alhajas. Tenía la impresión de que la selva fanfarroneaba constantemente; cada roca, cada árbol, cada superficie inmóvil estaba adornada, engalanada, barroca de verdor: había fístulas de arbustos envueltos en enredaderas y salpicados de musgo y líquen, y árboles guarnecidos con inmensos volantes de peludas y colgantes raíces pertenecientes a otras plantas invisibles que vivían, o eso me imaginaba, por encima del dosel arbóreo. Había cosas que salían volando del suelo y sustancias que goteaban de las copas de los árboles. Un espectáculo agotador que nunca acababa, ¿y todo para qué? Para demostrar la imperturbabilidad de la naturaleza, supongo, su incognoscibilidad, su básica falta de interés en la humanidad. O al menos eso parecía entonces: una burla. Era absurdo, y bien lo sabía, despertar a diario y sentirme ofendido por la selva y por mi propia insignificancia en ella. Pero no podía evitarlo. Empecé a pensar que podía estar volviéndome un poco..., en fin, loco no, supongo, pero que podría estar comenzando a «desconectar de la realidad», como se dice ahora. Y me sentía pueril, y me avergonzaba.

La selva seguía y seguía, tan inagotable en sus excesos que al final me volví inmune a ellos. Una criatura, con el lomo del color de la malaquita y enjorado de escamas, me pasaba por encima de los pies, un mono fantasma chillaba desde un árbol, pero no me detenía ni les preguntaba qué eran a Uva

o a Tallent. Los matices y tonalidades de verde eran tantos — serpiente, pulgón, pera, esmeralda, mar, hierba, jade, espinaca, bilis, pino, oruga, pepino, hoja de té húmeda, hoja de té seca: ¡qué pobre es nuestro vocabulario para los colores! — que me dio miedo perder la capacidad de distinguir cualquier otro tono. El taparrabos de Fa'a, de un carmesí encendido, me quemaba los ojos, y sin embargo me sorprendía a mí mismo mirándolo con tanta fijeza y tanto rato como pudiera aguantar, igual que si tratara de registrar su rojez en mi memoria antes de que mi ojo empezara a interpretarlo como otro tipo de verde. Por las noches soñaba con verdes, grumos inmensos y flotantes que pasaban despacio de una tonalidad a otra, y por las mañanas despertaba derrotado y exhausto. Durante el día mis pensamientos reproducían visiones de desiertos, ciudades y superficies duras: cristal, cemento y lascas de mica que centelleaban en calles asfaltadas.

Por lo demás, seguía existiendo el problema de Tallent, a quien casi no me atrevía a mirar y con quien me esforzaba por relacionarme con mayor soltura y menos tartamudeos. Se quedaba despierto hasta tarde, escribiendo en su cuaderno, y yo lo observaba desde mi estera a medida que unas tinieblas como murciélagos se apoderaban del aire. Él se cuidaba de usar la linterna, salvo en casos de extrema necesidad — para aliviarnos, por ejemplo —, así que seguía escribiendo incluso cuando la luz se había ido del todo, y yo me quedaba allí, sin moverme, escuchando el rasgueo de la pluma sobre el papel; ignoro por qué, pero la de Tallent escribiendo sin iluminación que lo guiara me parecía una estampa hermosa, y cuando caminábamos a veces yo cerraba los ojos y la rememoraba, saboreándola como una golosina. Durante las largas travesías también intentaba — y a veces lo conseguía — formular observaciones interesantes, pero cada vez que lo lograba aparecía Esme, dispuesta a opinar sobre el tema, fuera cual fuese.

Esme representaba una dificultad de otro orden, naturalmente. Aparte de su

carácter mandón, su petulancia y su afán posesivo respecto a Tallent (que, para mi frustración, yo aún era incapaz de determinar si él percibía o no, y si le otorgaba alguna importancia), estaba el simple hecho de que resultaba incómodo mirarla. El pelo se le volvía más indomable e ingobernable cada día y, como ya he comentado, le había salido en la piel un sarpullido más o menos permanente. No debería de haberme molestado, pero me molestaba.

Esme también planteaba problemas más serios. Una noche, a altas horas, me acerqué al riachuelo — el mismo al que ya he aludido; el manantial se encontraba en la parte más alta de las montañas, adonde nos dirigíamos — y vi una flor arrugada en el terreno. Recortada contra la oscuridad era de un blanco espléndido e imposible, el blanco del papel virgen, y en el centro destacaba una salpicadura de un color vino tinto. Allí las flores eran céreas e indistinguibles en tanto que flores; donde debía haber estambres había labios que parecían de plástico, tremendamente sugerentes, en los que se posaban a descansar los insectos; donde debía haber hojas, había planos agresivos y vigorosos. Pero aquella flor blanca me recordó a las de mi infancia: azucaradas peonías, tan rizadas y fruncidas como tutús, diáfanos ásteres. Me pareció la cosa más bonita que había visto en muchos días y me detuve a admirarla.

Pero a medida que me acercaba al riachuelo me di cuenta de que no era en absoluto una flor, sino un pañuelo de papel hecho una bola con una mancha de sangre en el centro. Sentí una especie de rabia; primero, y con razón, por que Esme fuera tan descuidada con la basura que generaba, y segundo (menos ofensivo, lo reconozco), por que me hubiera escamoteado una visión tan reconfortante.

Al volver le di unos toquecitos para despertarla.

—A ver si somos un poco más cuidadosos — le reocriminé.

Achinaba los ojos y tenía el pelo revuelto.

—¿Cómo dices?

—Tus desechos — expliqué —. Casi los piso.

—Y qué más da, Perina — repuso, y se dio media vuelta.

—¡Esme! — siseé —. ¡Esme! — Pero ella fingía haberse quedado dormida, y no me atreví a levantar la voz por temor a despertar a Tallent —. ¡Esme! — La zarandeeé por el hombro, y bajo la camisa noté una carne repulsiva, unas natillas temblorosas con la superficie perlada de sudor.

A la mañana siguiente desayunamos en silencio (más fiambre, que extrajimos de la lata con ayuda de unas rodajas astilladas de una fruta dura y amarilla de aspecto similar a la papaya que Fa'a había encontrado y cortado); Tallent escribía en su cuaderno y Esme, por una vez, no parloteaba. No la miré, pero a su alrededor percibí el nauseabundo hedor de la sangre menstrual, un olor metálico y femenino tan opresivo que fue un alivio emprender el ascenso de la jornada y notar que iba desvaneciéndose despacio entre los aromas de la selva. Y a partir de aquel momento fui incapaz de mirarla sin pensar en fluidos supurantes, tan densos y pesados como la miel, pero fétidos y echados a perder, que se filtraban por su orificio más oculto.

Al cabo de varios días de caminata (pido perdón, pero la duración concreta de tiempo se me escapa, ahora como entonces; pudieron ser cinco días como podrían haber sido quince), una tarde llegamos a un lugar distinto. No soy capaz de describirlo mejor, solo puedo añadir que la calidad del aire cambió; a un paso detrás de nosotros quedaba la jungla que conocíamos, empapada, insidiosa y repleta de secretos, como un reino de cuento de hadas, pero un paso por delante el escenario era distinto. De pronto el aire se secó, los árboles eran menos rotundos, y el sol — ¡el sol! —, visible, proyectaba paralelogramos de luz cambiantes y de contornos imprecisos sobre el terreno, plagado de ramitas e intrincados helechos. Por encima de mi cabeza distinguí

una trama de telarañas entre dos árboles, que refulgía como un revoltillo de collares de piedras preciosas.

Fa'a, acelerado y entusiasmado, le dijo algo a Tallent, que a su vez nos explicó que estábamos a poco menos de un día de camino del lugar donde Fa'a había visto a aquella gente. Había marcado el enclave tallando una equis grande en la corteza de un árbol llamado manama. Tallent nos dijo que de la corteza de la manama, que crecía formando escamas, brotaba una savia gelatinosa que al secarse creaba una costra dura salpicada de manchas: cuando lo viéramos, lo comprenderíamos.

Pero ahora tocaba descansar, anunció, y obedecimos al instante: los seis dejamos caer los bultos al suelo a la vez. Era agradable, y raro, estar allí, haber sobrevivido a la selva (pese a que más tarde tendría que admitir que la jungla no presentaba peligros reales, que si tenía que estar asustado aquel era el momento), sentir el sol en la cara, oír los primeros y tenues trinos de los pájaros; su música parecía un cántico de hadas, tan extraña y hermosa, tan sobrenatural...

Todos, también los guías, nos quedamos dormidos y cuando desperté y vi los cuerpos inmóviles pensé por un momento que ellos estaban muertos y que me había quedado solo en aquel lugar desconocido y bañado por el sol, rodeado de árboles cuyo nombre ignoraba y aves que podía oír pero no ver, y que nunca nadie sabría que estaba allí ni se acordaría de que yo había existido o me encontraría. La sensación fue muy fugaz, pero jamás olvidaré lo poco que tardé en pasar de la desesperación a la resignación — un suspiro —, lo bien dotada que está la mente humana para readaptarse a sus realidades, para acallar los temores más profundos. Y entonces me sentí orgulloso, supongo, de mi condición humana, y momentáneamente invencible, y seguro de que el día siguiente no me depararía nada que no fuera capaz de afrontar.

Caminé en dirección al riachuelo, que contra toda lógica iba ganando

anchura y potencia a medida que ascendíamos, un cauce de aguas frías, rápidas y cristalinas, que tenían un sabor curiosamente más salado que en las zonas más bajas. Bebí y me senté en la ribera a observar cómo avanzaba por encima de los guijarros, admirando las florecillas anaranjadas que salpicaban la orilla. Y fue entonces, adormilado, soñando despierto con nada en particular, cuando vi que algo se movía debajo de uno de los peñascos que había junto al río: una silueta oscura, poco más que eso, como la sombra que una nube proyecta cuando boga sobre el mar. Pero según se acercaba empezó a cobrar forma, y vi que era una tortuga cuyo rugoso caparazón, óseo y acabado en pico, sobresalía de la piel del agua, y de inmediato la reconocí.

—¡Opa'ivu'eke! ¡Opa'ivu'eke! — grité, y oí que los demás llegaban corriendo.

Digo que reconocí a la opa'ivu'eke, pero solo fue porque estábamos en su territorio; por lo demás, la tortuga, al menos a primera vista, no tenía nada de especial. Quizá fuera un poco más pequeña de lo que había imaginado — su circunferencia era aproximadamente como la de un tapacubos —, y la forma de los pies era más similar a unas aletas; se parecía más a una tortuga marina de lo que me había imaginado.[25] Cuando la observé más de cerca — se había detenido un poco más abajo y avanzaba por el agua, remontando despacio la corriente — me fijé en el caparazón, tan abultado como la joroba de un dromedario y de un verde escarabajo, brillante, tan verde que casi parecía negro, y dividido en cuadrados bien trazados, cuyos bordes estaban definidos como si un cincel los hubiera tallado sobre hierro forjado. Pero fue la cabeza, una especie de anacardo pequeño con una forma muy extraña en el extremo de un cuello largo, telescópico, lo que me llevó a observarla con mayor atención. Hasta aquel momento nunca había atribuido rasgos humanos o una inteligencia humana a los animales, pero de la opa'ivu'eke me desarmó lo que supongo que solo puedo calificar como expresividad. La miré a los

ojos color ámbar, caídos y con bolsas, y por un instante sentí que la historia de Tallent era cierta, que se trataba de un animal dotado de sabiduría y fortaleza, y que nosotros éramos sus huéspedes y en ningún caso sus superiores. A mi espalda oí a los guías murmurar algo en u'ivuano, un susurro grave y cantarín, como el canto de los grillos, y al cabo de unos segundos en que todos guardamos un silencio absoluto la tortuga pestañeó y, casi con altanería, siguió nadando, la cabeza aún en alto y las patas como aletas creando surcos nítidos en el agua.

La vimos marchar sin movernos, pero en cuanto la perdimos de vista los tres guías se pusieron a hablar atropelladamente, y advertí la emoción y el miedo en sus semblantes.

—Es la primera opa'ivu'eke que ven en su vida — nos tradujo Tallent a Esme y a mí en voz baja, y observamos a los hombres contándose la experiencia que acababan de vivir, los tres hablando tan deprisa que parecía que pretendieran suprimir el recuerdo en lugar de afianzarlo.

Nosotros no pronunciamos palabra — ni siquiera Esme —; nos limitamos a observarlos, y aunque en el momento me resultó chocante aquel comportamiento rayano en el pánico, luego lo comprendí: los dioses existen en los mitos, en el cielo y otras esferas; a los hombres no les está permitido verlos. Pero cuando invadimos su mundo, cuando vemos lo que no debemos ver, ¿qué podría acontecer, si no el desastre?

Las horas que siguieron al avistamiento de la tortuga fueron raras. Yo no tenía a nuestros guías por personas especialmente locuaces — de hecho, solían ir tan adelantados en las excursiones diarias que casi no pensaba en ellos, para mi vergüenza —, pero aquel día caminaron con nosotros, prácticamente a nuestro lado, como buscando consuelo y protección (de un modo un poco inquietante, pues, tal vez a excepción de Tallent, no íbamos

preparados para protegerlos de nada), y su silencio no era tanto un silencio como una completa ausencia de sonidos. A diferencia de nosotros, no jadeaban al avanzar, ni se detenían para enjugarse los goterones de sudor de la frente; en verdad era como si ellos necesitaran menos aire, como si fuesen inmunes al calor de la selva. Pero aquella tarde pude percatarme de que los sonidos que sí emitían — los pequeños gorjeos como reacción ante los insectos invisibles que asomaban y nos rozaban desde el cielo, el leve silbido con el que se comunicaban sus respectivas ubicaciones — en el fondo habían formado parte de la banda sonora de la jungla.

En medio del silencio se precipitó del cielo algo húmedo y pesado que aterrizó con un ¡chas! jugoso e insinuante, como dos trozos de carne cruda que chocan al caer de una gran altura. Los guías se sobresaltaron y volvieron a hablar (me temo que puede que yo soltara un grito), y se arracimaron en torno a la cosa, que resultó ser una fruta, aunque muy diferente de cualquier otra que yo hubiera visto antes. Era asquerosamente fállica, de unos cuarenta y cinco centímetros de largo y del grosor de una berenjena, con ese color rosado como de bebé recién nacido que solo se ve en los atardeceres tropicales. Pero lo que en realidad la distinguía era el hecho de que se movía; algo hinchaba la piel fina y sin manchas, formando bultitos que luego volvían a aplanarse y creando unos pliegues ondulados por toda su superficie. Los guías reanudaron su cháchara atropellada, y Tallent se acercó y se unió al coro.

—Es el fruto de la manama — explicó —. Solo crecen en estas elevaciones. Significa que estamos muy cerca. — Le quitó la fruta de la mano a Fa'a y la rajó con la navaja por el centro. Del corte salió un gran montón de larvas del tamaño y color aproximados de las crías de ratón, que se retorcían y caían al suelo, donde siguieron contoneándose; contra el musgo del terreno parecían riachuelos de carne picada con vida propia, arrastrándose hacia una

suerte de salvación (Esme parecía a punto de vomitar. No me pesa admitir que yo también sentí náuseas.) —. Son gusanos hunono — continuó Tallent, y por un instante su serena compostura, su aparente incapacidad para sentir repulsión por nada que la naturaleza le arrojara, me resultó inhumana y ligeramente sospechosa —. Viven dentro de la manama durante el período de incubación, y cuando maduran explotan como mariposas, las mariposas más preciosas que he visto jamás. — Nos sonrió —. Son un manjar, pero también la fruta lo es.

Y raspando con la hoja desafilada de la navaja las larvas que aún quedaban, cortó una tajada de manama para Esme y para mí. No me apetecía nada comérmela, pero ¿qué podía hacer? Esme ya estaba llevándose su pedazo a la boca. La fruta era por dentro del mismo color que por fuera, apenas dulce y un pelín fibrosa, e igual de correosa, elástica y carnosa que un cartílago. Cuando Tallent me ofreció más, negué con la cabeza, y él se encogió de hombros y le dio el resto a los guías, que empezaron a arrancar pedazos con los dedos. En contraste con su piel parduzca, la fruta parecía aún más pulposa y vulnerable, y sentí un irracional aleteo de miedo.

Continuamos; las manamas caían con mayor frecuencia cuanto más ascendíamos, aterrizando siempre con la misma violencia desconcertante. En un momento dado me atreví a levantar la vista y descubrí que lo único que veía era su parte de abajo, de modo que el cielo parecía salpicado de tumores flotantes, suspendidos sobre nuestras cabezas como extrañas lunas rosas. También poco a poco los demás árboles — como las kanavas, que hasta ese momento habían sido ubicuas — empezaron a ser sustituidos por las manamas (cuya corteza, en efecto, crecía en forma de unas costras superpuestas que parecían escamas), hasta que al final nos vimos rodeados exclusivamente de ellas y en el aire empezó a flotar un leve aroma a algo humano e impuro.

Pero, justo cuando empezaba a desconfiar de que Fa'a fuera a dar con su árbol, el que había marcado, Uva nos llamó y señaló un tronco de manama donde había una gran huella de sangre, una mancha irregular y casi cómica, casi una salpicadura de pintura. Al acercarnos comprobé que no se trataba de sangre sino de algo vivo que se presentaba casi como un órgano expuesto, igual que si el árbol poseyera una anatomía propia. «Dios mío —pensé—, ¿es que en esta selva nada puede comportarse como es debido? ¿Es necesario que la fruta se mueva, que los árboles respiren y los ríos de agua dulce sepan a mar? ¿Por qué nada obedece a las leyes de la naturaleza? ¿Por qué todo tiene que apuntar tan insistentemente hacia la existencia de lo mágico?» Y hasta que estuve justo enfrente de la manama — reticente, cansado —, no vi que solo era un árbol, y que lo que yo había tomado por un corazón batiente, un pulmón en movimiento, era en realidad un grupo de mariposas de alas carmesíes salpicadas de un dorado blanquecino. Eran, naturalmente, la evolución de las larvas, y cuando Tallent las espantó con la mano — observé con un ápice de tristeza cómo se dispersaban; por un momento revolotearon a nuestro alrededor y sobre nuestras cabezas, formando una nube amenazante — me di cuenta de que habían vuelto al árbol que otrora las había acogido para alimentarse de su savia, la cual, como Tallent había prometido, se había endurecido y formaba un conglomerado de burbujas opacas y vidriosas.

Lo habíamos conseguido. Aquel era el árbol, allí era donde Fa'a había visto a sus no-humanos, hasta allí nos habían conducido los días de caminata. Pero la sensación de logro se vio menoscabada por lo que pronto percibí como la ausencia de un plan real. Porque, pensé, un poco histérico, tendrán pensado qué hacer ahora, ¿no? ¿O íbamos a esperar sin más junto al árbol, como los niños protagonistas de una fábula, hasta que aparecieran ante nosotros esas hipotéticas criaturas semihumanas, como sueños andantes? Nos vi dándonos media vuelta en bloque y adentrándonos de nuevo en la espesura

de la selva, en su abrazo húmedo y pegajoso, hasta alcanzar la orilla, y luego ¿qué? Regresaríamos a U'ivu, Esme y Tallent volverían a California, y yo..., a la nada. Me imaginé experimentando la misma sensación de distanciamiento que había sufrido en casa de Smythe, y me pregunté con amargura en qué momento de mi vida sería capaz de distinguir cuándo las circunstancias eran un engaño y cuándo desafortunadas sin más.

Al final, tras deliberar largo rato con Fa'a, Tallent anunció que acamparíamos allí para pernoctar y continuaríamos al día siguiente. Ni Esme ni yo pedimos más explicaciones — creo que a los dos nos daba miedo, y, además, no estábamos acostumbrados a desafiar a Tallent —, y nos limitamos a soltar nuestras cosas con resignación. Recuerdo a Tallent derrotado, lo que me pareció perversamente satisfactorio, aunque en realidad debería haberme alarmado; como él mismo había dicho, estábamos allí por una corazonada suya, y sin Tallent yo era poco más que un muchacho idiota y desorientado, atrapado en una selva poblada solo por dementes y mitos.

Aquella noche soñé, como de costumbre, pero quizá porque la luz del sol había vuelto a introducirse en las horas de vigilia, o acaso porque aún me aferraba con terquedad a la errónea creencia de que había franqueado una especie de umbral trascendente, o quizá debido al extraño fruto de la manama, cuyos cañonazos contra el suelo quebraban la noche con una sinfonía irregular, mis sueños estuvieron compuestos por elementos terrenales, un pase de diapositivas de cosas queridas, tan típicas y prosaicas que jamás se me había ocurrido que pudiera añorarlas: una sencilla bota de piel que tuve una vez, con barro seco pegado a la suela; el olmo que había en el jardín de nuestra casa, símbolo de lo señorial y digno; una camisa que había sido de mi padre, con el cambray desteñido a un azul tan pálido que casi era blanco; y Owen, cuyo rostro flotaba como un planeta contra una

negra lámina ondulante y sedosa, con una expresión indescifrable pero que adivinaba cargada de lástima.

Pero ¿lástima por quién?, me pregunté, incluso en sueños.

¿Por mí?

Al día siguiente nos despertamos, comimos, y allí nos quedamos. O, mejor dicho, Esme, Tallent y yo nos quedamos allí; los guías se fueron no sé adónde. Empezaba a resultarme claro que, en ausencia de plan, nos tocaría esperar como perros hasta que nos topáramos con algún acontecimiento.

A saber cuánto tiempo pasamos allí sentados. Horas, naturalmente, pero ¿cuántas? De vez en cuando oíamos el rebullir de los guías, y entretanto yo miraba con disimulo a Tallent (que escribía con más frenesí que nunca... ¿sobre qué?, quería preguntar, puesto que no había visto que ocurriera nada de interés desde un punto de vista antropológico), evitaba mirar a Esme, me tumbaba boca arriba y trataba de contar cuántas enredaderas (de un tipo en concreto, fibrosa y ligeramente polvorienta) componían el nudo que se había formado en una rama de una de las manamas. Al recordar hoy aquel día, no puedo evitar sentir — todavía — una punzada de vergüenza. Me temo que los jóvenes no saben aprovechar las aventuras. Debería haber dedicado aquel tiempo a explorar, a hacer espeleología entre la maleza (mucho más accesible e interesante que durante el par de días anteriores), a palpar el terreno del bosque en busca de flora sin identificar (duele físicamente recordar hoy la cantidad de hierbas, helechos, flores y árboles que nunca antes había visto y podría haber registrado a lo largo de aquella tarde), e incluso tratar de seguir a los guías en su oscura y firme misión. En vez de eso, me quedé en posición de decúbito supino y me puse a contar enredaderas. ¡Enredaderas! Hasta entonces había llevado muy a gala mi curiosidad, lo que consideraba una sed

intelectual insaciable. Y sin embargo, en una situación en que casi todo me era ajeno, no hice ni vi nada.

El problema de ser joven y encontrarse en un lugar especial es que uno da por hecho que será inevitable encontrarse en un enclave igual de exótico y desconocido en algún otro momento de su vida. Pero esto raras veces se cumple, pues la mayoría de lo que vemos en nuestro entorno más inmediato en realidad se reproduce en algún otro lugar del mundo con una suerte de exactitud atenuada: aves, animales, fruta, cielo, personas, puede que parezcan distintos de un sitio a otro, pero su comportamiento más fundamental es, en esencia, idéntico. Los pájaros trinan y aletean, los animales acechan y gimen, la fruta es insensible e inanimada, el cielo se llena y se vacía de nubes y estrellas, la gente se viste, mata, se alimenta y muere. En Ivu'ivu, como ya había observado en numerosas ocasiones, nada de esto ocurría como se presupone, y sin embargo mi bisonñez me impedía comprender lo extraordinario que era aquello. (Visto en retrospectiva, puede que Tallent sí lo supiera. Quizá fuera eso lo que registraba sin descanso en su libro: no anotaba observaciones antropológicas, sino que documentaba la singularidad pura del lugar.) Solo los viejos podemos mirar alrededor y maravillarnos, pues solo nosotros sabemos cómo es el mundo en realidad, cómo todos sus problemas y misterios han sido ya reconocidos y catalogados.

Me gustaría poder decir que después de la espera, de aquella mañana que se nos escurrió entre los dedos, de pronto nos vimos rodeados por la gente de que hablaba Fa'a, que apareció tan inesperada y espectacularmente como, pongamos, las manamas. Pero no fue eso lo que ocurrió. Al final, tras consultar de nuevo con un Fa'a que negaba con la cabeza, Tallent nos comunicó que nos separaríamos, cada uno con su guía, para, según sus vagas palabras, «explorar la zona y buscar pistas». Fa'a y él irían hacia el norte,

montaña arriba, y Esme y yo al este y al oeste, respectivamente. Nos reuniríamos en el árbol cuando el sol se hallara sobre nuestras cabezas.

Al narrar esta historia vuelve a sorprenderme el carácter chapucero e improvisado de la decisión. Pero, repito, en aquel momento parecía lo más sensato, lo más práctico, lo mejor que podíamos hacer. En situaciones ilógicas, uno se aferra a cualquier idea remotamente lógica, aunque sea una telilla de gasa, translúcida y fina, lo que disimule la falta de planificación seria que hay detrás.

De modo que nos separamos, todos — no me cabe duda — menos que convencidos de que fuera a pasar algo, cualquier cosa. ¡La gente que había visto Fa'a, sí! ¿Cómo sabíamos que existían siquiera? «Pero has visto la opa'ivu'eke», me recordé, mientras otra voz dentro de mí rebatía: «Has visto una tortuga, nada más. Una tortuga que tú solito has convertido en una diosa. Estás tan perdido como los demás». Y para eso no tenía respuesta. La voz tenía razón. Yo tenía razón.

Fue Fa'a quien lo vio primero.

Eso lo supimos más tarde, mucho más tarde, cuando el sol ya casi se había puesto y la selva estaba inundada de una luz rojiza, fantasmagórica y espeluznante, como si una luminosa bruma de sangre adensara el aire. Esme, Tu, Uva y yo habíamos esperado a que Fa'a y Tallent regresaran, y conforme iba pasando el tiempo Uva y Tu se ponían cada vez más nerviosos y se turnaban para remontar uno la pendiente mientras el otro se quedaba atrás a fin de vigilar nuestras cosas y a nosotros, como si fuéramos niños o prisioneros (supongo que para ellos no éramos mucho más que eso).

Por fin aparecieron ante nosotros, bajando la pendiente: Fa'a llamaba frenéticamente a los otros, Tallent iba tras él y lo seguía alguien más, una tercera persona. Nos quedamos petrificados al verlos surgir de entre los árboles. Vi miedo en los rostros de los guías y supe que el mío también lo reflejaba. Pero estoy adelantándome...

Nada más despedirse de nosotros, Fa'a y Tallent echaron a andar, dejaron atrás el árbol de las mariposas (que, aunque nadie lo había expresado en voz alta, habíamos empezado a considerar la línea de demarcación: por debajo se hallaba el territorio que conocíamos, por encima, una *terra incognita*. Aunque aquello, naturalmente, no era sino un principio organizativo forzado, porque lo cierto es que todo era *terra incognita*; lo que había después del árbol no era más conquistable que lo que quedaba detrás) y se adentraron en

la selva. Unos cuantos cientos de metros adelante, las arboledas raleaban aún más, si bien los doseles se habían vuelto más macizos, e igual que si fueran paraguas oscurecían y refrescaban el aire cada vez más, muda la luz y amortiguados los sonidos. Yo había estado empleando los términos como si fueran intercambiables, pero aquello se parecía antes a un bosque que a una selva, el bosque encantado de los cuentos de hadas, en cuyos calveros aparecen chozas de glaseados blancos y regalices negros y brillantes, y lobos parlantes se disfrazan con papalinas de ancianas. A su alrededor las plantas también habían cambiado: adiós a las rapaces orquídeas papamoscas, las vulgares bromelias, las achaparradas cicadófitas; en su lugar había cuñas de hongos con volantes de colores sobrios y apretadas espirales de helechos.

Calculaban que llevaban más o menos una hora caminando cuando oyeron un ruido; nada de interés ni de importancia, solo un sonido como de un papel que se arrugara sobre sus cabezas. Dos días antes no les habría extrañado; sería otra familia de vuakas retozando en una rama de kanava, o una de esas fastidiosas aves parecidas a los tucanes cuyas virulentas heces amarillo fluorescente salpicaban los troncos de los árboles como si fuera pintura al óleo. Pero en aquella latitud los animales eran silenciosos y furtivos — habían visto perezosos lanudos inmensos, del tamaño de un labrador, colgando soñolientos de unas ramas, y arañas con el cuerpo untado de una especie de purpurina azul, avanzando ordenadas y cautas por telarañas que parecían filigranas de vidrio —, y el sonido aquí era el de la ausencia de sonidos, el de un lugar que contenía el aliento, un silencio tenso, reprimido, como si fuese a estallar de una vez con todo el colorido y el estruendo de una gran fiesta. De ahí que, al oír aquello, se detuvieran y aguzaran el oído. Tallent se sorprendió contando, absurdamente, como si al llegar a cierto número algo fuera a revelársele.

Iba por el setenta y tres cuando Fa'a lo agarró el brazo y con la otra mano

señaló un punto. Tallent lo vio bajando del tronco de una manama a unos cincuenta metros a su izquierda. No era un trepador muy habilidoso, ni especialmente grácil, pero aun así cuando se hizo visible le pareció un perezoso, y no un ser humano; a diferencia de un homínido, que habría bajado con los pies por delante, aquella criatura descendía con los brazos, abrazando el árbol con fuerza, y el resto del cuerpo iba detrás, como sin vigor ni utilidad. Las ramas de la manama son robustas y horizontales y crecen casi desde la base y hasta la mismísima copa, pero el animal no las aprovechaba, no las empleaba a modo de escalera, como habría hecho un humano. Aquel ser seguía culebreando, igual que una serpiente (aunque con dificultad, pues la corteza de la manama imposibilitaba casi por completo el culebreo), y cada vez que se topaba con una rama se detenía, confundido, a las claras ignorante de que podía usar la rama en su beneficio. En la parte de abajo del árbol, cuando ya había tocado con la cabeza el suelo, hizo otra pausa, dio media vuelta sobre la tierra y por un buen rato permaneció allí muy quieto, boca arriba, con brazos y piernas extendidos, sin hacer ruido. Fa'a extendió un brazo para impedir a Tallent que se acercara (y no porque fuera necesario, como bien nos diría después el propio Tallent, que estaba demasiado embelesado para plantearse cualquier tipo de movimiento), y durante varios minutos los dos se quedaron pasmados, mirando aquella cosa en el suelo.

Cuando por fin se puso en pie, lo hizo por fases: primero se sentó — sin emplear los codos, sino de una vez, desde la cintura, como si hubiera estado atado al extremo de una polea invisible — y luego, tras otra pausa, se levantó de golpe y echó a andar. Fa'a y Tallent se colocaron detrás de un árbol para seguir observándolo.

Era poco más bajito que Fa'a, quizá midiera un metro y veinte, y era hembra, con unas tetas caídas y ajadas, el vientre redondeado, en apariencia duro, y los pies anchos y planos de Fa'a, aunque los de ella se veían aún más

anchos y las carnosas puntas de los dedos se hundían en la tierra. Era muy peluda; el vello púbico era una maraña densa e hirsuta, y el pelo de la cabeza un sólido bloque negro, apelmazado y enredado. Una pelusa oscura le recubría las piernas y le creaba una tenue sombra en la espalda. Tenía cosas adheridas al pelo: trozos de hojas, manchas de suciedad, fruta y mierda; Tallent distinguió un gusano honono en el vello del pubis, como un órgano externo. Sus movimientos eran humanos, o eso le pareció — observó cómo se doblaba (de nuevo, con la cintura rígida) y recogía una manama que mordió con violencia mientras le rebosaban hunonos entre los dedos, un engrudo rosa que le manchó toda la boca —, pero poco ensayados, igual que si hiciera mucho, mucho tiempo le hubieran enseñado a comportarse como un ser humano y estuviera olvidándolo, lenta pero constantemente. Y entonces, con otro gesto brusco, se volvió y miró con fijeza a Fa'a y a Tallent; mientras Fa'a se encogía detrás del árbol, emitiendo un sordo siseo de horror y repulsión, Tallent salió del escondrijo y, haciendo caso omiso de la mano suplicante de Fa'a, se acercó a la criatura.

Avanzó despacio, con cuidado, consciente de que los movimientos de ella se producían sin previo aviso; cuando los separaban unos diez metros, se detuvo. Ella no le había quitado ojo en ningún momento, sin soltar la manama retorcida, con los gusanos goteando de la boca y la palma de la mano, rebotando en su vientre y cayendo al suelo, y ella con la boca estúpida y grotescamente abierta y los ojos fijos en el rostro de Tallent.

Tallent dio un paso. La criatura seguía observándolo. Dio otro paso. Nada. Otro más y casi podría tocarla. Y lo dio.

Entonces ella empezó a gritar; era un sonido que subía y bajaba, subía y bajaba, cambiando de registro y pasando del gruñido al plañido y del chillido al chirrido, y bajaba y de nuevo subía. Tallent oyó a Fa'a llamándolo a su espalda: «¡Aléjese! ¡Aléjese!», pero él no hizo caso y allí se quedó, a escasos

centímetros de la cosa, con el brazo extendido todavía hacia ella, la mano de ella estrujando aún la manama, los gusanos cayendo a sus pies y su voz, la única en aquel bosque mudo, atroz, maldito, una voz incansable, espantosa, arrítmica e incesante.

Y de pronto se calló. Cerró la boca, el sonido, del que el bosque parecía hacerse eco, se interrumpió y ella volvió a concentrarse en su manama; lo único que Tallent oyó fue el sonido de los sorbos y lametones, lo único que vio fue la lengua rosa metiéndose en la cavidad de la fruta rosa y los gusanos rosas que salían de las comisuras de sus labios igual que cilios. Parecía haberse olvidado de él, y cuando Tallent le dirigió unas sencillas palabras en u'ivvano — «Hola, ¿quién eres?» — y comprobó que ella no contestaba, retrocedió hasta Fa'a, sin que la criatura le hiciera ningún caso.

—Fa'a — susurró —, dame una de las latas de fiambre.

Levantó la tapa con los dedos, cortándose con las prisas, y empezó a extraer la carne con las uñas mientras se acercaba a ella. Cuando la tuvo de nuevo al alcance de la mano (o, pensó fugazmente, cuando él estuvo al alcance de la de ella), puso en el suelo un trozo de fiambre y dio un paso atrás hacia Fa'a, dejando un pedazo de carne rosa (del mismo tono que la manama, pensó, aunque hasta entonces no los había relacionado) a cada paso, más o menos, hasta llegar al árbol tras el que se ocultaba el guía, que tenía los ojos como platos.

Ella tardó un rato en reparar en el fiambre. Se había acabado la manama — de la que había dado exhaustiva cuenta lamiendo la piel con su lengua grande y plana, con tal ímpetu que Tallent vio cómo se le hundían las mejillas, igual que si fueran un par de bolsas — y se quedó un rato de pie, respirando con dificultad, como si acabara de someterse a un gran esfuerzo físico, con el vientre duro hinchándose y deshinchándose.

Cuando se giró, pisó el fiambre. Tallent vio cómo se espachurraba,

despacio y espeso como la lava, contra el barro de su piel. Por un instante la criatura volvía a estar ausente, una estatua jadeante con la mirada perdida y la lengua fuera en un rictus estúpido. Entonces bajó la vista, indiferente, como quien se mira unos zapatos nuevos, vio la carne y rápidamente se puso a gatas y empezó a olisquearla con avidez, soltando con la nariz unos bufidos húmedos y exagerados. Estuvo así un rato, dando vueltas a cuatro patas alrededor del montoncito (como un gorrino), hasta que se sentó sobre los cuartos traseros (como un mono) y se llevó la carne a la boca con las palmas de las manos. Tras consumir la primera porción, descansó un momento, eructó, y acto seguido, sin incorporarse, avanzó igual que un pato hacia el siguiente montón, repitiendo el ritual cada vez — observar, observar, husmear, husmear, comer, comer, eructar —, hasta que estuvo muy cerca del árbol, tanto, que Fa'a y Tallent percibieron su olor, parecido al del abono, menos pestilente de lo que esperaban. Y en ese momento Fa'a se abalanzó sobre ella y la agarró de la cintura.

Él daba por hecho que la criatura opondría resistencia, que pelearía, pero lo único que hizo fue volverse, mirarlo y echar la boca atrás, la cabeza casi se salió de su eje y puso ojos como platos, como si las tres acciones estuvieran conectadas. Tanto Tallent como Fa'a creían que empezaría a chillar otra vez, pero no lo hizo. El momento pasó. La boca recuperó su rictus normal, los ojos recobraron los párpados y la cabeza cayó hacia delante; era una marioneta, habían aflojado sus hilos y estaba lista para volver a la caja, donde aguardaría con paciencia a la siguiente persona que le daría vida.

Fa'a la soltó — ella se sentó desplomándose, sin doblar las rodillas — y Tallent y el guía la observaron una vez más.

—Esto fue lo que yo vi — le dijo Fa'a a Tallent —. Uno así. Pero había muchos, hombres y mujeres. Ella es como ellos. Se paraban y miraban y hacían ruidos por nada. Pero ¿dónde están los otros? ¿Por qué está sola?

Se mostraba muy preocupado, aunque Tallent no acertaba a distinguir si por la criatura o por ellos, solos en un bosque, tal vez rodeados de decenas de aquellos no-humanos. No obstante, advertía que Fa'a se hallaba exhausto y aterrorizado; quizá Tallent hubiera creído y hasta esperado que aquellas personas hubieran sido producto de su imaginación, y que lo desconcertara y aterrara la prueba de que no había sido una invención, de que otro mito había cobrado vida ante sus propios ojos.

—Volvamos — le ordenó Tallent con delicadeza, sabiendo que se llevarían a la mujer y que su mera presencia perturbaría al pobre Fa'a. Pero no podían pasar por alto el descubrimiento; Fa'a lo había llevado hasta allí, y ahora lo atormentaba su propia experiencia.

Echaron a andar cuesta abajo, Fa'a primero, callado y asustadizo, seguido de Tallent y de la criatura, que cerraba la marcha — creyeron que tendrían que engatusarla con más fiambre, pero ella fue tras ellos con toda naturalidad, esbozando aquella especie de sonrisa extraña de calabaza de Halloween, con los dientes finos y afilados, como destellos de sílex —. A veces se desviaba, o se paraba en seco para mirarse o rascarse; entonces Tallent se acercaba y le indicaba con un gesto, que ella parecía entender, que siguiera caminando.

Espoleado por su deseo de alejarse de la criatura y reunirse con sus paisanos, Fa'a había salido como una flecha, por eso cuando gritó Tallent no lo vio en un primer momento y avanzó a ciegas guiándose por su voz, tropezando con las rugosidades de las raíces de los árboles y resbalando en las banquisas de musgo, hasta que vio lo que Fa'a le señalaba: una lanza, de alrededor de metro y medio de largo y muy fina, clavada en una manama de la que brotaba una savia burbujeante como la espuma. La arrancaron entre gruñidos, forcejeando contra la fuerza de la manama, y vieron lo afilada que era la punta, lo limpiamente que la habían sacado del árbol, de una sola pieza.

Fa'a ya se había mostrado intranquilo antes. Ahora, por primera vez desde

que Tallent lo conocía, estaba petrificado. Los u'ivuanos son maestros en el arte de tallar lanzas, y ningún varón carece de la suya: las usan para cazar jabalíes, pulpos y antaño a humanos. Pero todos los u'ivuanos saben que uno jamás, jamás debe abandonar su lanza. La lanza de un u'ivvano es su alma — *Ma'alamakina, ma'ama*, reza el proverbio—,[26] y si un guerrero muere en la batalla, un compañero rescatará la lanza de dondequiera que haya caído y se la restituirá a su familia. Es la única posesión que tiene valor sentimental para los u'ivuanos, aunque puede que «sentimental» sea un adjetivo demasiado débil, demasiado cómodo. Mejor: es lo único que conservan como un tesoro. Todo lo demás es *la*, intrascendente.[27]

Por tanto, no era de extrañar que Fa'a estuviera aterrado: una lanza, la más larga que había visto en su vida, sin dueño, abandonada como un mal augurio en aquel lugar sobrenatural y desapacible. Y menos de extrañar aún era que Tallent estuviese tan entusiasmado, aunque tuvo la precaución de no decirle nada a Fa'a en aquel momento; allí estaba la prueba, tan tangible como la criatura que tenía a su lado emitiendo sonidos de succión otra vez, de que había algo selva adentro, un mundo distinto. Lo único que tenía que hacer era encontrarlo.

En un alarde de escasa imaginación la llamamos Eve, por *Eva*, la primera mujer, y mientras Tallent hablaba con los guías con tono bajo y apremiante, Esme y yo la llevamos al río para asearla.

Debo reconocer que Esme tenía buena mano con ella y se mostraba más sensible de lo que yo esperaba. A Eve le daba miedo el agua — el frío, la humedad — y cuando la sintió en la piel empezó a chillar y aullar, y Tu vino corriendo para ver si Esme y yo estábamos bien.

Empezamos por la espalda. La toalla en realidad era un trapo blanco que, según comprobé con pesar, era una de las camisetas interiores de Tallent

(¿cuánto tiempo había estado en posesión de Esme?), que cambiaba de color a medida que la pasábamos por la espalda de Eve, del tono del polvo a uno pardo, y del marrón oscuro al negro. Yo procuraba no frotar demasiado fuerte, pero Esme era más agresiva y le restregaba la piel como si la propia pigmentación fuese una pátina de suciedad que eliminar. Aun así, ejecutaba la tarea de una manera práctica, sin saña, y mientras pasaba el trapo por los pechos de la mujer, bajo las axilas, separándole los brazos cruzados para llegar al abdomen, iba explicando lo que hacía — «Ahora te limpiaremos los codos, y luego, los antebrazos. Hay que ver lo fuerte que eres. Y ahora, las manos, y después pasaremos al cuello» — igual que si se tratara de una actividad cotidiana, como si Eve fuese solo una más en una serie de temblorosos seres semihumanos que Esme había lavado en una selva, en un río de agua fresca que serpenteaba hasta perderse de vista.

Eve, por su parte, se mostró más paciente de lo esperado, pero cuando nos dispusimos a peinarla, separándole las guedejas con una ramita de manama, empezó a farfullar; el gruñido le salía de la garganta, nos enseñó los colmillos pequeños y afilados, y Esme se apartó, alzando las palmas en señal de rendición. Llevamos a una Eve más limpia (pero no muy mejorada en cuanto a su aspecto) con los demás y la obligamos a sentarse.

Más tarde le dimos de comer — bueno: Esme, Tallent y yo le dimos de comer; los guías no quisieron. Nos quitaba de las manos los pedazos resbaladizos de fiambre, a veces con la boca (rozando contra mí unos labios fruncidos, húmedos y vagamente vaginales) y otras veces con la palma de la mano; parecía no usar los dedos — y todos esperamos a que se quedara dormida boca arriba para observarla con ayuda de la linterna de Tallent. Hubo una pequeña discusión acerca de la conveniencia o no de amarrarla, y al final atamos el extremo de una cuerda muy larga a sus muñecas y el otro al tronco de un árbol cercano. Le dejamos margen a fin de que pudiera mover

los brazos, pero no lo bastante para desatarse. Mientras le poníamos la cuerda, se cagó encima, relamiéndose y suspirando en sueños; a oscuras, la mierda era de un extraño tono magenta, como un residuo fetal, acre y biliosa debido al atracón de carne. Y aunque al final el bosque se puso tan negro que no nos quedó más opción que echarnos a dormir, estoy seguro de que nadie salvo Eve pegó ojo en toda la noche; permanecimos tumbados en silencio, oyendo gruñidos y resoplidos de satisfacción, suspiros quejumbrosos, y esperando a que el sol clareara el cielo.

Los días que vinieron después fueron muy ajetreados. Dejé a los demás la planificación de los pasos siguientes, el de las incursiones bosque adentro, el de procurarnos alimentos y el de la preparación de las rutas, y centré toda mi atención en Eve. Medía un metro treinta y dos centímetros, era corpulenta y robusta, y supuse que había tenido hijos, puede que no pocos: los pechos estaban secos y los pezones eran verrugas calcificadas, grises y duros como piel de elefante. No pude efectuar un examen vaginal — lo intenté, pero gritaba y pataleaba con tal violencia, y tanto, que ni siquiera los guías y Tallent, cada uno sujetándole una extremidad, lograron inmovilizarla —, pero supuse que se hallaba en la posmenopausia, aunque debo decir que llegué a esa conclusión por la estimación de su edad y por la cantidad y densidad de vello corporal; no podía compararla con ninguna otra u'ivuana, ignoraba si eran todas tan hirsutas o si Eve era una excepción. Los dientes, como ya he comentado, eran piramidales, puntiagudos, pero las encías parecían en buen estado; al palparlas las noté firmes y secas, y el aliento no le olía a podrido. En la base del cráneo, oculto a medias por el pelo enmarañado y los pliegues de carne del cuello, había un tatuaje pequeño y tosco, como una mancha de tinta, del símbolo que Tallent había dibujado un día en la tierra: el símbolo de la opa'ivu'eke. Cuando se lo enseñé, él alargó la mano para tocarlo pero se

detuvo justo antes de establecer contacto, y los dedos quedaron suspendidos por encima del dibujo, y el pelo de Eve, a la altura de sus nudillos.

Comía de forma indiscriminada, pero sabía qué era alimento y qué no; no quiso probar el montoncito de hierba que le colocamos delante para ponerla a prueba (aunque estuvo varios minutos olisqueándolo, con tal intensidad que se le colaron unas briznas por las fosas nasales, haciéndole toser), pero comía todo cuanto comiéramos nosotros. Tenía hambre al despertar por las mañanas, y luego otra vez a mediodía, aunque no nos pedía la comida; rebuscaba y, cuando daba con ella, se la comía toda. Nosotros siempre teníamos algo preparado cuando despertaba, pero un día que no se lo dimos observamos cómo, tras mirarnos fijamente y jadear un buen rato, se levantó y empezó buscar, barriendo el terreno con un pie, arrastrando con las uñas hojas, musgo y larvas con los que formó una pila de la que, tras esculcarla, se comió las larvas y dejó lo demás. Sin embargo, pese a que distinguía lo comestible, era incapaz de identificar los sabores; más adelante probamos las larvas, que eran esponjosas y de un blanco céreo y mantecoso, y nos parecieron de un amargor casi insoportable, un sabor que te obligaba a hacer un mohín y toser, ante el que la saliva te abandonaba a modo de protesta. No obstante, Eve se las comía a puñados, masticándolas a un ritmo fuerte y constante de una jocosa regularidad casi marcial y haciendo mucho ruido al tragarlas. Gracias a observarla descubrimos que la selva era mucho más comestible de lo que pensábamos; las manamas nos habían distraído tanto que habíamos pasado por las larvas y las hojas tiernas, nervadas, como alechugadas, que brotaban con delicadeza a los pies de los árboles, así como los sacos de huevos con textura de pudín que algún insecto desconocido depositaba en las troneras poco profundas que se formaban donde una gruesa raíz se fundía con otra. No saboreábamos los nuevos descubrimientos, necesariamente — las hojas crujían como algas pero no sabían a nada y los

huevos eran viscosos, un denso y sedoso coágulo de mucosidad —, pero nos maravillaba la capacidad de Eve para dar con ellos, sobre todo porque, según los guías, no eran cosas que a un u'ivuano se le pasara por la cabeza comer, mucho menos identificar.

Con respecto a su carácter, tendía a la placidez hasta que se ponía hecha una furia. Yo sabía lo que podía molestarle (había asumido que el intento de un examen vaginal sería un fracaso), pero no siempre; si bien se mostraba colaboradora, me dejaba examinarle la garganta, la boca, cedía ante la cinta métrica, que yo le pasaba por la cintura, los muslos, el cráneo, de pronto se volvía hacia mí, me enseñaba los dientes y gruñía, con los ojos tan abiertos que los iris parecían flotar en una clara de huevo gelatinosa. Y entonces, con idéntica brusquedad, reculaba, se sumía de nuevo en su estado de lerdá ensoñación, y la lengua — de un bonito rosa peonía, desconcertantemente intenso — volvía a sobresalir entre los labios oscuros y rugosos. Aquellos arranques suyos me sobresaltaban, aunque superados los primeros, ya no veía malicia en ellos, solo hastío. A su manera, Eve estaba muy inquieta; todos los días despertaba en apariencia sin recordar la víspera, y su paciencia con nosotros era limitada. Reservaba la curiosidad para la comida y la búsqueda de comida.

Por las noches, tras darle de cenar y atarla — Tallent, Esmé y yo estábamos a favor de dejarla dormir a su aire, pero Fa'a había protestado enérgicamente, esgrimiendo el argumento de la lanza abandonada y hablando de manera tan atropellada que Tallent cedió, más que nada para que se calmara —, charlábamos y comentábamos los descubrimientos de la jornada. Los guías (que ahora dormían a nuestro lado) cada día se adentraban un poco más en la selva durante horas, en busca de signos de otras lanzas abandonadas, otras Eve, pero hasta el momento no habían encontrado nada. Aquel minueto con la jungla, sus quites y retiradas, no nos servía de nada, y

sabíamos que pronto no nos quedaría más opción que adentrarnos nosotros mismos y seguir ascendido hasta encontrar lo que Tallent tanto anhelaba y Fa'a tanto temía.

Yo exponía lo que observaba en Eve a diario, y notaba que Esmé se moría de ganas por interrumpir — su impaciencia, su necesidad de meter baza obstruía el aire, como algo vivo —, pero guardaba silencio y dejaba que Tallent pidiera explicaciones, que me interrogara y reaccionara ante lo que yo había visto y registrado.

—¿Qué edad calculas que tiene? — me preguntó una noche Tallent.

Le dije que era complicado determinarlo con seguridad, pero que me parecía sexagenaria,[28] a tenor del pelo cano, el estado de la dentadura, los pliegues que convertían su abdomen en una penosa cara de perro arrugada y el hecho de que confiara más en su sentido del olfato que en el de la vista, pues había empezado a plantearme que aquel comportamiento porcino, la manera como olisqueaba todo tan de cerca y con tanta intensidad, pudiera responder a una necesidad, una habilidad desarrollada para compensar una visión deficiente. Incluso al anochecer, cuando las larvas que tanto le gustaban brillaban con la blancura de los luceros, era incapaz de recogerlas del suelo sin formar primero una pila y luego esculcarla, acercando mucho la cara a cada objeto. Pero, naturalmente, demostrarlo era imposible; no había modo de confirmar mi intuición, y ella no tenía forma de comunicarse conmigo. En cualquier caso, aquella visión mermada parecía su única minusvalía potencialmente seria — además, como es lógico, de la ausencia de lenguaje y sus olvidos generalizados —, lo normal para su edad. Por lo demás gozaba de una buena, incluso excelente salud, sobre todo en el caso de una persona que sin duda había vivido sola en la selva por un período indeterminado de tiempo. Comía bien, dormía bien y defecaba bien. Tenía las extremidades fuertes y las pantorrillas musculosas. Su oído era envidiable:

podía oír el silbido sostenido que hacía una manama al caer, algo que yo jamás habría llegado a distinguir. Todas las mañanas, cuando le tomaba el pulso, me quedaba impresionado por su vibración constante, como el eco remoto de un tambor primitivo. (Más adelante, ya mayor, yo recordaría con asombro y envidia otra cualidad: que no acusara la soledad, que no necesitara a nadie ni nada salvo alimento, que nuestra compañía no alterase las pautas inmutables de su existencia cotidiana.)

—Sesenta — murmuró Tallent.

—Quizá me equivoque — añadí enseguida.

—No — repuso Tallent —, seguramente tengas razón. Pero sesenta... Me intriga.

No añadió nada, y tras esperar un rato a que continuara, Esmé murmuró algo acerca de acostarnos, y me marché con ella a extender nuestras esteras, dejando a Tallent allí sentado dándole vueltas a sus pensamientos, cuya naturaleza yo no lograba imaginar, por mucho que me lo propusiera.

La altura media de una u'ivuana es de un metro treinta y cuatro; la de los varones, un metro cuarenta y dos. La familia u'ivuana media tiene cuatro hijos. Los u'ivuanos son bajitos y fornidos, robustos. De pies anchos (lo que los convierte en buenos nadadores), fémures largos (lo que los convierte en buenos senderistas), brazos gruesos (lo que los convierte en buenos lanzadores) y manos pequeñas y cuadradas. Las mujeres, como todas las nacidas en climas tropicales, son de menstruación precoz (por lo general, en torno a los diez años, aunque se dan casos a los ocho) y la menopausia llega a los cuarenta, más o menos. Como raza, se distinguen por su excelente sentido del oído y por un olfato excepcional. Son dados al deterioro dental. La principal causa de muerte tanto en hombres como en mujeres es la disentería,

posiblemente debido al hábito de lavarse en la misma agua de la que beben. La esperanza de vida media es de cincuenta y dos años.[29]

Naturalmente, yo no sabía nada de esto cuando reconocía a Eve. De manera que a la mañana siguiente, al pedirme Tallent que examinara a los tres guías a modo de imperfecto grupo de control, no le di ninguna importancia. Supongo que lo que me sorprendió fue lo mucho que se parecían a Eve — al menos en un plano superficial (si bien lo superficial era lo único que tenía a mi alcance) —: el estado de las encías, por ejemplo, su flexibilidad general, su buen oído y rápidos reflejos. Se sometieron con paciencia a mis chequeos, abrían la boca muy obedientes cuando yo abría la mía, inspiraban profundamente cuando yo fingía llenarme el pecho de aire. Incluso improvisé una prueba de visión, dibujando con tinta negra unas marcas gruesas en páginas de cuaderno y situándome a unos veinte pasos de distancia; los hombres me indicaban con los dedos cuántas marcas veían en cada hoja.

—¿Qué tal los muchachos? — me preguntó Tallent aquella noche.

—Gozan de buena salud — respondí sin convicción.

—¿Qué edad calculas que tienen? — preguntó con amabilidad.

—La misma que Eve — repliqué. Estaba convencido —. Sesenta, a ojo de buen cubero. Puede que Tu sea algo más joven; tiene los dientes un poco menos desgastados y la vista un pelín mejor. — No comenté que el examen de visión me había sorprendido; los resultados de los tres habían sido muy malos, más de lo que me esperaba. Al principio pensé que no habían entendido en qué consistía de la prueba, pero cuando me acerqué quedó patente que sabían lo que tenían que hacer y simplemente eran incapaces de hacerlo.

—Ajá — repuso Tallent, y se quedó un rato callado —. Has acertado, Tu es más joven que los otros. — Hizo otra pausa —. Tu tiene cuarenta, Uva

acaba de cumplir cuarenta y uno y Fa'a tiene cuarenta y dos. — Dijo esto último sin asomo de regocijo, con una especie de admiración triste.

Y fui yo quien no supo qué decir.

—Pero... no puede ser — repliqué, inútilmente.

Tallent esbozó su sonrisa fugaz y melancólica.

—Aquí son unos ancianos — añadió —. Así son los cuarentones en esta tierra. La cuestión es — y señaló con la cabeza a Eve — cómo es posible que una sexagenaria parezca tener la misma edad que ellos.

—Pues... la explicación es muy sencilla. Me he equivocado. Eve no tiene sesenta años. Debe de tener su edad.

—No creo — rebatió Tallent, y llamó a Fa'a, quien, al ver adónde se dirigía Tallent, se acercó a regañadientes.

Los guías evitaban a Eve, pero Fa'a era el que más empeño ponía en ello. Se detuvo a varios pasos de distancia de la mujer, y cuando Tallent apartó la gruesa cola de castor que formaba el pelo apelmazado de Eve para enseñarle el tatuaje, Fa'a estiró el cuello, se puso de puntillas e inclinó el torso, como una grulla, con tal de no acercarse ni un paso más.

Pero al reparar en la señal, reaccionó de inmediato. Por un momento se quedó paralizado en aquella extraña postura, con las manos a la espalda, parodia de un caballero inglés, y a continuación se acercó a ella muy despacio. Como Tallent la primera vez, las yemas de sus dedos planearon sobre la marca y se apartaron, como si quemara. El parloteo que dirigió a Tallent sonó furioso, y aunque no entendía sus palabras, adiviné su significado — «¿Qué es esto? ¿Una especie de broma?» —, y del tono apaciguador y grave de Tallent deduje también la respuesta: «No, no es ninguna broma. Cálmate. Cálmate.» (Tantos días y conversaciones después, el u'ivuano seguía sonándome como un batiburrillo de oclusivas glotales y agresivas úes separadas por las mismas tres o cuatro consonantes rudas.

Muchos años después, en Maryland, me vi en un parque infantil siendo testigo de las burlas que encajaron mis recién llegados hijos por parte de los niños de los vecinos, que se metían las manos debajo de los brazos y los perseguían haciendo ruidos de gorilas de dibujo animado — ¡Uuh-uuuh! ¡Aah-aaah! ¡Cuuu-caaa! — y no pude evitar estar de acuerdo con esa interpretación.)

Fa'a se alejó a zancadas; no parecía que Tallent y él hubieran resuelto sus diferencias.

—¿Por qué está tan alterado? — quise saber.

Tallent suspiró.

—Ha reconocido la marca de Eve — contestó, señalando a la criatura, que se arrellanaba en la tierra emitiendo una serie de gruñidos porcinos —. Sabía que la reconocería. La marca de la opa'ivu'eke solo se concede a quienes cumplen sesenta años. Se celebra una ceremonia especial, seguida de un gran banquete. — Se quedó callado —. Nunca he visto ninguna.

Yo no entendía nada.

—Pero ¿qué motivo hay para que se ponga tan nervioso?

—Porque los u'ivuanos no llegan a los sesenta.

—¿Nunca?

—Fa'a no conoce a ningún sexagenario. Su bisabuela, la persona más longeva de la historia de su aldea (eso repetía él sin cesar) murió con cincuenta y ocho. Fa'a nunca ha tenido noticia de nadie que haya cumplido los sesenta. Es una edad imposible, y muy codiciada. Así que estás en lo cierto, Norton. Eve tiene sesenta años, por lo menos, y debemos averiguar por qué, y cómo, ha vivido tanto.

Entonces apareció Esme, que volvía del riachuelo. Tallent le contó lo ocurrido. Me senté a su lado, escuchando solo a medias, pero en realidad miraba a Fa'a, que se mantenía ligeramente apartado de sus primos (que,

como Tallent había vaticinado, devoraban con gula los vuakas en salazón, gimiendo de puro deleite) y miraba hacia el bosque. Y de repente, al ver a aquellas criaturas tan efímeras comiéndose otras criaturas efímeras, todos ellos dedicando días enteros a buscar y saborear algo delicioso, la selva se me antojó un lugar muy triste, y tuve ganas de animar a Fa'a a disfrutar de su vuaka mientras pudiera; al fin y al cabo, tenía cuarenta y dos años, y seguramente no volvería a su isla. Pero me quedé mirándolos como si fuesen tres siluetas en un diorama, mientras a mi espalda Tallent y Esme reflexionaban en voz baja acerca de cómo era posible que un ivu'ivuano hubiera llegado a la vetusta edad de sesenta años.

El bosque era como Tallent lo había descrito — silencioso, musgoso, mágico —, y en él percibí tanto su arrullo como su peligro: era peligroso porque te arrullaba.

Comprendí el influjo que ejercía por el cambio que se operó en la actitud de los guías hacia Eve. No se mostraban lo que se dice simpáticos o relajados — aún veía cómo sus pequeños dedos se aferraban casi imperceptiblemente a las lanzas cada vez que se acercaban a ella —, pero se dirigían a Eve en u'ivuano, y a veces incluso alargaban un brazo para acariciarle la piel, sin ejercer presión, en lo que era un contacto superficial que jamás se prolongaba.

Solo Fa'a seguía distante y le lanzaba miradas inescrutables, aunque también fue él quien se me acercó una noche después de cenar y, señalando a Eve, dijo: «Iv» (así era como pronunciaban su nombre Tu, Uva y él).

—Sí — confirmé —. Eve.

—Iv — repitió, y me ofreció un palo, haciendo el gesto de escribir en el suelo.

Era el único que sabía leer y escribir — Esme aseguraba que el padre de

Fa'a frecuentó por un tiempo una de las escuelas de los misioneros —, y observó con curiosidad mientras yo trazaba el nombre en mayúsculas grandes sobre la tierra.

—Ah — exclamó —. Eh-veh. — Y lo pronunció como una palabra en u'ivuano.

—Eve — corregí, pero él sonrió (era la primera vez que lo veía sonreír; Eve y él tenían los mismos dientes, como puntas de flechas), y negó con la cabeza.

—Eh-veh — repitió, y a partir de entonces aquella criatura fue Eve para nosotros y Eh-veh para los guías.

Fueron pasando los días, en una suerte de semitregua no del todo desagradable, en que nos turnábamos para guiar a Eve — era tan olvidadiza, y su capacidad de concentración tan limitada, que teníamos que pasarle un lazo flojo por el cuello, como un collar —, darle su comida, esperar mientras ella se tiraba al suelo, olisqueaba y bufaba. Una noche, cuando ya nos habíamos detenido y nosotros también estábamos dando cuenta de nuestra comida, a base de manama, fiambre y setas aterciopeladas que gracias a ella sabíamos que eran comestibles, Eve se levantó y fue pisando fuerte y ruidosamente el bosque que quedaba justo delante de nosotros. Eve era caprichosa, su interés por las cosas, impredecible y a menudo desconcertante, y había algo tan curioso como irritante en la decisión con que emprendía un camino, seguida con diligencia por uno de nosotros, que acababa descubriendo que el objeto de su fijación no era más exótico que una manama repleta de hunonos o un goteo constante de agua sobre una hoja grande y plana.

Aquella noche me tocaba a mí vigilar a Eve, así que me vi obligado a interrumpir la cena y fui tras ella, cansado. La larga cuerda le colgaba igual que la trenza de Rapunzel. Sus andares torpes y desgarbados siempre me

hacían subestimar lo rápido que se movía en realidad, y cuando por fin se detuvo al borde del claro donde habíamos parado, yo estaba jadeando y recorrí los últimos metros despacio.

Eve miraba con fijeza el bosque, todo negrura y sombras, pero no le di mayor importancia: podía pasarse horas, literalmente, mirando al vacío, con la boca abierta y los ojos inexpresivos, como monedas. «Vamos, Eve», le dije, y en el momento en que me agaché para agarrar el extremo de la cuerda y enroscármelo en la mano, lo vi: un destello de un pálido amarillo mantecoso a menos de medio metro de distancia.

Reculé y el destello desapareció y volvió a parpadear, sin cambiar de sitio. El tiempo se dilató, formando una tira larga y chispeante, vibrando con un significado terrible e indistinguible, como si tuviera vida propia, como si fuera un testigo de lo que yo haría a continuación.

Estaba aterrorizado, como es natural. Los otros se encontraban a escasa distancia, a unos siete minutos detrás de mí, menos, si corrían, pero en aquel momento fui incapaz de pensar en ello, incapaz de pensar incluso en Eve, a pesar de que me llegaba el sonido fuerte y regular de su respiración y el de la segueta de sus dedos al frotarse contra el cuero cabelludo. Lo único en que acertaba a concentrarme era en aquel rombo amarillo, que parpadeaba y mosconeaba como una luciérnaga. De pronto me acordé de la mitología griega, del Hades, y pensé que lo que había más allá del calvero no eran árboles sino las aguas del Aqueronte, y que la mancha amarilla era el farol de Caronte.

Sin embargo, tenía que cerciorarme, tenía que cerciorarme. De modo que di un paso adelante con las manos extendidas, como un ciego, tentando la oscuridad, convencido de que mi pie aterrizaría en el fango cremoso y frío del río.

Mis dedos se cerraron en torno a lo primero con que toparon, pero mis

sentidos estaban tan bloqueados que tardé un segundo en identificarlo como un brazo, un brazo incorpóreo que no podía ver pero que de alguna manera había cobrado forma al contacto, o eso me pareció. Recuperé entonces la voz y grité, y Eve gritó conmigo, y el brazo gritó también, y desde atrás del brazo llegaron otros gritos, todos tan estridentes que percibí cómo el bosque se desperezaba y reorganizaba: alas de pájaros, alas de murciélagos, un coro de aleteos, de zumbidos de insectos, de colonias de animales desconocidos y ocultos expulsados de su paraíso y que correteaban de una rama invisible a otra; nuestros ruidos eran un agravio a la calma perfecta y cristalina del bosque.

Me pareció que no tardaron nada en acudir a mi encuentro: Tallent, Esme, Tu, Uva y Fa'a, todos, y se pusieron a tirar de mí, soltando mi mano del brazo y tirando del propio brazo en el soto. Vi que se trataba de un hombre, de la altura de Eve, también desnudo, con la cara recubierta por una barba grotesca, la boca abierta aún en un grito; el reflejo amarillo habían sido sus dientes, lo más luminoso en la negrura del rostro.

Detrás había brazos, piernas, pelo, hueso, y mientras Esme calmaba a Eve y Tallent al nuevo (¿quién me consolaría a mí?), los guías iban sacando de las sombras a más y más personas, hasta que hubo siete delante de nosotros, cuatro hombres y tres mujeres, desnudos o ingeniosamente medio vestidos, limpios y desaliñados, hablando y sin hablar.

En realidad, más tarde, cuando los hubimos reunido en nuestro campamento, nos percatamos de que había muy poco que los distinguiera en cuanto grupo, aparte de que todos eran u'ivuanos y de que todos (lo comprobamos) presentaban la marca de la opa'ivu'eke en la nuca. Por lo demás, hasta donde pude determinar, estaban físicamente sanos; el pulso (una vez que se hubieron calmado) se hallaba acompasado, los dientes y encías eran fuertes. Ninguno de los varones blandía lanzas, carencia que suscitó

cacareos y comentarios entre los guías; para ellos se trataba de una espantosa deformación, como si el corazón les latiera en un lugar que no fuera el pecho. Fue una noche muy larga en la que los examinamos y hablamos con ellos, sin acordarnos de Eve, que estaba atada a un árbol a pocos metros, aunque no parecía ofendida.

Todos la conocían. El supuesto jefe del grupo, el hombre que yo había agarrado, se llamaba Mua, y al igual que los demás aparentaba la edad de Eve, quizá un poco más. Pero Mua — como los otros — se diferenciaba de Eve en algo fundamental: hablaba. Todos hablaban, todos de manera coherente, algunos con claridad, otros no tanto. Pero volveré a este asunto enseguida. Lo importante es que habían estado buscando a Eve (cuyo verdadero nombre resultó ser Pu'u, «flor»); se había despistado del grupo.

Parecían muy conformes con que Mua los representara, pero entonces algunos empezaron a hablar, las voces se superponían unas a otras igual que olas, y los guías — que hasta entonces habían permanecido en silencio, observando aterrorizados, agarrando con fuerza sus lanzas — les contestaron o hablaron entre ellos, y el pobre Fa'a volvía la cabeza en dirección a unos y a otros, intentando seguir las diversas conversaciones.

Al final, por fin, conseguimos que se tumbaran, y poco después todos se quedaron dormidos, incluso Tallent, y el bosque retomó su silencio impasible. Solo Fa'a y yo permanecimos despiertos, los dos de guardia, sentados uno frente al otro mientras los demás — ocho ahora, en vez de una — formaban una elipse amorfa de cuerpos despatarrados entre nosotros. Eran durmientes muy poco agraciados, con las bocas abiertas, los carnosos muslos con contracciones como los de un perro, y en estado de inactividad semejaban un extraño híbrido, cuerpos de niños fornidos con caras de personas mucho mayores: una bruja, un mago, un hechicero. En un momento dado miré en dirección a Fa'a, que no había abierto la boca desde que

empezó la vigilancia. Apenas si lo distinguía, pues la oscuridad era casi total, pero debió de notar que estaba mirándolo, ya que me mostró los dientes en un gesto que se me antojó tranquilizador, no malintencionado, y vi un destello blanco sucio, la prueba de que estaba allí conmigo y de que estábamos viendo lo mismo y viviendo el mismo sueño, por muy improbable que pareciera.

El día siguiente era asunto mío, de modo que mientras Tallent y Esme empezaban a entrevistar a algunos individuos, con ayuda de Fa'a, me dediqué a practicar a los demás unas pruebas neurológicas básicas, sencillas y toscas, pero no por ello menos interesantes (por lo demás, era lo máximo que podía hacer). Pedí a Tu, que hablaba un poco de inglés, que reuniera tres cosas cuyo nombre yo conocía, y fui poniéndolas delante de cada sujeto, por turnos.

—¿Nombre? — pregunté, sentado en el suelo de turba ante uno de los soñadores en cuclillas, armado de mi cuaderno y mi ridícula pluma (¿por qué, pensé al ver la tinta manchar y calar las páginas húmedas, había traído una pluma?).

—Ko'okina? — preguntó Tu.

—Mua.

Eran Mua, Vanu, Ika'ana, Vi'iu (los varones), e Ivaiva, Va'ana y Ukavi (las mujeres). Ivaiva y Va'ana eran hermanas, gemelas, supuse. Ivaiva era algo más rolliza y de cara más alegre, mientras que Va'ana traslucía mayor dignidad, o toda la dignidad que podía transmitirse en su estado.

Les presenté un objeto.

—¿Qué es esto?

—Eva? — tradujo Tu.[30]

—Manama.

El siguiente:

—Eva?

—Hunono.

El siguiente: la lanza que había encontrado Fa'a. Cuando la saqué, Tu retrocedió por un instante, pero se rehízo enseguida y preguntó, con valentía:

—*Eva?*

—Ma'alamakina.

—*E, ma'alamakina* — convino Tu. (Más adelante descubrí que la palabra para decir lanza era en realidad *alamakina*, y que los dos hombres la habían precedido con el honorífico *ma*.)

Pasé al siguiente. Cuando ya los había entrevistado a todos — Va'ana, pese a su mirada amable e inteligente, confundió la manama con algo llamado ponona (y Tu dibujó en el suelo una criatura que me recordó a un tiburón, la señaló y repitió «ponona, ponona»), y tanto Vanu como Vi'iu fueron incapaces de nombrar ninguno de los objetos —, me senté de nuevo delante de Mua y le pedí que nombrara las cosas que le había enseñado (comunicarle a Uva lo que me proponía requirió la ayuda de Tallent y Fa'a).

Recordó el hunono y la alamakina, pero no la manama. Y lo mismo ocurrió con los demás: no recordaban los objetos que habían visto menos de una hora antes; solo Ukavi acertó con las tres palabras, y tardó en acordarse cinco buenos minutos, la mayoría de los cuales los pasó mirando un árbol, como si los artículos fueran a aparecerse ante sus ojos por arte de magia. Los resultados fueron tan lamentables que me vi obligado a pedir de nuevo ayuda a Fa'a, a quien di instrucciones para que realizara otra vez la prueba. Fa'a tenía una voz grave y amable, y aunque yo no entendía lo que decía, su tono bajo y persuasivo me llevó a pensar que les estaba dando ánimos: «¿Qué has visto? Haz memoria. Dime».

Pero no obtuvo mejores resultados que Tu, y de hecho me di cuenta de que algunos miembros del grupo estaban cansándose y apartaban los ojos de Fa'a antes siquiera de que este empezara a hablar.

Había demasiadas pruebas que no podía realizarles. No podía pedirles que leyeran una frase y me la repitieran, pues no sabían leer. (Tallent me había contado que algunos u'ivuanos leían aún el *ola'alu*, el prehistórico alfabeto jeroglífico, pero cuando le pedí a Tu que trazara varios símbolos básicos en una hoja de papel — hombre, mujer, mar, sol —, ellos los miraron desconcertados.) No podía preguntarles qué día era, porque, para mi propia vergüenza, ni yo lo sabía. Además, la dificultad no estribaba simplemente en que tuvieran mala memoria, sino en su escasa capacidad de concentración.

Pero, aunque todos sufrían disfunciones mentales, su condición física era, al igual que la de Eve, impresionante, gozaban de buenos reflejos y de una coordinación y un equilibrio excelentes. Sin previo aviso le lancé a Mua la manama (rota su superficie y a rebosar de gusanos después de tanto manoseo), que la cogió con toda naturalidad y me la devolvió formando un arco limpio y bonito. También tenían un oído impresionante, como Eve; me puse a medio metro de distancia de Ukavi, y cuando me froté los dedos cerca de su oreja izquierda los otros siete — y Tu — se volvieron rápidamente en dirección al sonido, que no había sido más que un susurro. Eran muy sensibles al olfato, al tacto — les pasé el extremo de una hoja de helecho por la planta del pie izquierdo, que apartaron como si los hubiera cortado con una cuchilla —, pero, como los demás, no veían tres en un burro. Al ampliar la distancia que me separaba de Mua para nuestro pase de manama, me fijé en que tenía los ojos cerrados, y me di cuenta de que se guiaba por el sonido de la fruta en el aire, sin buscarla con la mirada en ningún momento. En el último instante estiraba el brazo y la manama aterrizaba en la palma de su mano con un «tun», un sonido de carne contra carne.

También, y esto era importante, parecían muy sanos, en muchos sentidos más que un sexagenario estadounidense. Sí, las mujeres tenían los pechos caídos y a todas luces agostados, pero sus cutis eran suaves, y el pelo de los

hombres aún era negro en su mayor parte — como los guías, lo llevaban recogido en un abultado nudo en la base del cráneo —, y todos presentaban una desmesurada fronda de vello púbico, tan densa que desde lejos resultaba un tanto chocante, como si se les hubiera adherido a la piel una especie de topillo. Como los guías, eran musculosos y diestros, si bien no por fuerza rápidos; compartían con Eve unos andares pesados de hombros caídos, extrañamente resignados; era el caminar de los trabajadores que salen de la fábrica después de una larga jornada de trabajo alienante, o de quienes avanzan encorvados por el pasillo que conduce a las celdas de la prisión.

Fue un día agotador, y hasta que el aire volvió a emborronarse y adensarse con el anochecer no pudimos hablar con Mua. Cualquiera que lo viera con los demás lo habría identificado como el cabecilla: miraba a los ojos, a diferencia del resto, cuya mirada desganada se desviaba casi al instante; era el más limpio; y, aunque esto no debería haber tenido ninguna relevancia, también el más y mejor vestido. Ika'ana, Ukavi e Ivaiva usaban elementos que recordaban a prendas, aunque parecían interpretarlas más como adorno que como atavío: lo único que Ika'ana llevaba en torno a la cintura era un collar tejido con enredaderas, del que colgaban cinco dientes muy afilados (¿humanos?, me preguntaba yo), y Ukavi lucía una tira corta de un tejido fibroso y rígido de un tono verde rana alrededor del cuello, como una innecesaria bufanda. Ivaiva se ataba un retal de esa misma tela — más tarde, cuando la toqué, me di cuenta de que no era tan áspera como parecía, sino de textura suave, aterciopelada — a la parte alta del muslo derecho, creando un curioso bulto. Pero Mua se colocaba la tela en torno a la ingle, y pese a que no tapaba gran cosa (el vello púbico sobresalía como un matojo crespo), era el uso que más se acercaba al pragmatismo.

—Voy a hacerle algunas preguntas — me informó Tallent —. Traduciré lo que vaya diciendo, y necesito que tomes nota de todo, lo más fielmente

posible. — Me miró con una expresión indescifrable. Tallent me había elegido a mí para que le echara una mano; Esme, acompañada por los guías, vigilaba a los otros en el claro que quedaba colina arriba, y en aquel momento tenía que llevarlos al riachuelo por agua —. ¿De acuerdo?

—De acuerdo — respondí.

Por algún extraño motivo sentí miedo, tanto de lo que estaba a punto de oír como de no reproducirlo correctamente. Daba la impresión — aunque Tallent no había dicho nada semejante — de que en esa entrevista, en ese momento, surgiría algo fundamental e irreproducible, y me asaltó una imagen repentina de mí mismo en un futuro impreciso, canoso, de pie ante un público entregado y diciendo: «Ahí empezó todo. Fue entonces cuando se me reveló el gran secreto», aunque, naturalmente, yo no tenía ni idea de qué secreto deseaba siquiera descubrir.

—Pues vamos allá — dijo Tallent, tomando aire y volviéndose hacia Mua, que ladeaba la cabeza muy concentrado, listo para lo que fuera a ocurrir.

Yo empuñé la pluma.

—Mi familia no era como las demás familias — dijo Mua —. Otras familias de aquí de Ivu'ivu nacen en Ivu'ivu y en Ivu'ivu se mueren, y lo mismo ocurre con los padres, los abuelos y todos los miembros de la familia. Ivu'ivu es el mundo, y no hay nada más.

»Pero mi padre no era de Ivu'ivu. Era de U'ivu, y en su familia eran agricultores. Plantaban makavas. ¿Sabe lo que son? Son como manamas, pero el fruto es más pequeño, más rosa, y la carne más dulce. Pero no tienen hunonos, y no gustan tanto.

»Un día, un día del año en que murió el gran rey, la madre de mi padre cayó muy enferma. Gemía y daba vueltas en la cama. El dolor venía del estómago, al parecer, lo tenía hinchado y duro. Pasó un día y una noche

revolcándose y gritando, y mi padre (que tenía doce *o'ana*) no sabía qué hacer. Su padre estaba en el makavar, donde pasaba la lili'aka entera recogiendo las cosechas. El huerto no estaba lejos (mi padre podía llegar en un día si se daba prisa), pero eso significaba dejar solos a sus cinco hermanos menores, y su madre, entre quejidos, le había hecho prometer que cuidaría de ellos. ¿Qué podía hacer? Nada. Tuvo que quedarse allí viendo a su madre coleando en la estera igual que un pez fuera del agua.

»La segunda noche, los gritos de la madre de mi padre aumentaron, y los vecinos, que habían acudido para cogerla de la mano y abofetearla, llamándola por su nombre a fin de que volviera en sí y se liberara de lo que tenía dentro, decidieron que tenían que someterla a una *ka'aka'a*. Es una práctica muy antigua que consiste en cortar y enterrar la carne de la zona que duele. El padre del padre de mi padre hacía *ka'aka'as*, y cuando yo era niño mi padre me contaba que una vez lo vio abrirle el cráneo a una mujer como si fuera un coco colocándole a un lado de la cabeza un trozo de madera que golpeó muchas veces con una piedra. Cuando salió lo que había dentro de la cabeza, el padre del padre de mi padre la cosió con hilo de *tava*, y la mujer ya nunca más tuvo dolores de cabeza.

»Por aquel entonces, en la aldea de mi padre solo quedaba un practicante de *ka'aka'a*. En una época hubo muchos, pero entonces llegaron los ho'oalas y cada vez quedaban menos. El practicante de *ka'aka'a* vino y entonó un cántico delante de la madre de mi padre, que se retorció y gritaba mientras las vecinas la sujetaban. A mi padre y a sus hermanos los sacaron de la choza, pero había una ventanita, y como mi padre era el más alto, pudo espiar por el filo y vio que el hombre del *ka'aka'a* sacaba un palo muy largo acabado en punta, tal vez del makavar del padre de mi padre, donde él estaba cosechando porque era lili'aka. Y mi padre vio cómo el hombre lo levantaba mucho, por

encima de la cabeza, y lo clavaba en el estómago de su madre, que gritó tanto que mi padre aseguraba que el tejado de la casa empezó a temblar.

»El hombre del *ka'aka'a* extrajo un cacho de carne del estómago de la madre de mi padre y lo levantó por encima de la cabeza, cantándoles a A'aka y a Ivu'ivu para que salvaran a la madre de mi padre, para que la curasen y la consolasen. Luego envolvió el pedazo de carne en una tela de *tava* y le pidió a una de las vecinas que lo enterrara debajo de una *kanava*. La madre de mi padre chillaba y chillaba.

»Justo cuando la vecina salía de la choza (y a esas alturas todos los vecinos de la aldea se habían apiñado fuera y cantaban por la enferma, y algunos se disponían a ir a buscar al padre de mi padre, cuyos campos estaban a un día de distancia si se daban prisa, y donde él estaba cosechando *makavas*) la madre de mi padre empezó a gritar todavía más fuerte, tanto que los animales de la aldea, los cerdos, los pollos y los caballos, se pusieron a chillar también, y mi padre decía que parecía que el mundo entero estaba hecho de ruido y nada más. Le cansaba ponerse de puntillas para mirar por la ventana, pero se aupó una vez más, justo a tiempo para ver al hombre del *ka'aka'a* acercar la mano al estómago de la madre de mi padre y sacarle algo. Le pareció un trozo grandote de grasa pálida y resplandeciente como la que las mujeres extraían de los caballos para guisar. Pero al hombre se le escurrió de las manos y cayó al suelo, donde, para espanto de mi padre, se estampó como una piedra y se rompió en mil pedazos.

»Entonces se produjo un gran alboroto y el hombre del *ka'aka'a* señaló a la madre de mi padre y dijo que tenía una *opa'ivu'eke* dentro y que había llevado un dios dentro de ella todo ese tiempo. Cuando los aldeanos se enteraron, se precipitaron dentro de la choza para ver la *opa'ivu'eke*, y cuando vieron lo que quedaba de ella, con el caparazón destrozado, empezaron a lloriquear, y los hombres corrieron a sus casas para buscar las

lanzas. Nadie sabía lo que se proponían, decía mi padre. ¿Era su madre un demonio, como aseguraban algunos, por llevar dentro un dios, o iban a adorarla? ¿Por qué no había dicho nada su madre? ¿Qué significaba que llevara dentro una opa'ivu'eke? Nunca antes había ocurrido nada parecido, así que no sabían si la madre de mi padre representaba buena o mala suerte, si había que asesinarla o curarla. El más desconcertado de todos era el hombre del *ka'aka'a*, que sin duda tuvo la culpa de que la diosa se rompiera pero que se las apañó para escabullirse, no sin antes convencer a los demás (los practicantes de *ka'aka'a* son famosos por su habilidad para persuadir a la gente, por su don de lenguas) de que él merecía toda la gloria y nada de la responsabilidad por lo que había ocurrido.

»Pero antes de que los aldeanos decidieran qué hacer con ella, la madre de mi padre murió, y los vecinos, furiosos por que hubiera escogido su propio destino antes de que ellos se lo impusieran, le prendieron fuego a la casa de mi padre y persiguieron a mi padre y a sus hermanos. Las mujeres saltaban desde detrás de los árboles, ululando de esa manera tan propia de las mujeres, para asustar a mi padre y a sus hermanos y que salieran corriendo en una dirección, luego en otra, hasta un lugar donde los maridos saldrían y los atravesarían con las lanzas. Sin embargo, mi padre era el más veloz, por ser el mayor, y cuando vio morir a su segunda hermana corrió todo lo que pudo en dirección a los huertos de makava de su padre, que estaba recogiendo las cosechas.

»Corrió y corrió, y llegó hasta un cerdo muy grande muerto a un lado del camino. Era raro, porque normalmente los cerdos no salían de la selva y siempre se movían en piaras. A veces un cerdo enfermo se extraviaba, pero no era lo habitual.

»Aunque parecía muerto, mi padre tuvo cuidado. Ya habían pasado muchas cosas extraordinarias, y la visión del cerdo solitario no parecía un

buen augurio. Aminoró el paso y se acercó con cuidado al cochino. Pero cuando estaba muy cerca soltó un grito, porque no se trataba de un cerdo sino de su padre, al que habían prendido fuego. Estaba tan negro que mi padre había confundido las escamas secas de piel que la brisa levantaba con los pelos hirsutos de los cerdos. Mi padre contaba que más adelante se acordaba de su padre como si lo viera, tumbado con los brazos y las piernas doblados y recogidos contra el cuerpo, tan quemado que las piernas parecían un único tronco. Comprendió que a su padre seguramente lo había atacado un aldeano que había visto la tortuga que mi madre llevaba dentro.

»Mi padre se había quedado huérfano, y solo. Había empezado el día como el mayor de seis hermanos, con un padre que tenía makavas, una madre, y hermanos y hermanas. Pero ya no tenía nada. No podía volver a su aldea, y no conocía a nadie que pudiera ayudarlo; los hermanos de su padre y de su madre habían muerto hacía mucho, no tenía a nadie más en el mundo.

»Mi padre se encaramó a una kanava, cerca del cuerpo carbonizado de su padre. Aquella noche soñó que Opa'ivu'eke se le aparecía y le decía que su madre estaba maldita por llevar a uno de sus descendientes en el vientre, pero que él podía acabar con la maldición si lo dejaba todo y viajaba a Ivu'ivu, de donde jamás podría volver.

»A la mañana siguiente mi padre despertó asustado y a la vez decidido. Los u'ivuanos nunca iban a Ivu'ivu; Ivu'ivu era, decía mi padre, una tierra habitada solo por dioses, espíritus y monstruos. Algunas noches había oído a los adultos del pueblo contar historias de la isla: a oscuras cobraba vida y se movía por el mar, un bulto inmenso que surcaba las aguas, generando tempestades, y luego regresaba a su sitio antes del amanecer. Había oído que los árboles hablaban en susurros, que las piedras se deslizaban por el suelo sin hacer ruido, que había plantas que se alimentaban de carne. Todo el

mundo decía conocer a algún insensato que fue a explorar Ivu'ivu y jamás regresó.

»Pero mi padre sabía que no tenía elección y, de todas formas, por lo que le había ocurrido a su padre sabía que Ivu'ivu podía suponer un peligro de muerte, pero quedarse en U'ivu se la garantizaba.

»Mi padre fue hasta la costa. No tenía nada para hacer un trueque, nada que dar, y, aunque hubiera tenido, muy pocos pescadores se atrevían a ir hasta Ivu'ivu; el viaje duraba casi un día, y eso, sumado al miedo, anulaba la posibilidad de convencer a alguien para que lo llevara en barco. “Ay”, pensó mi padre, “¡si supiera volar! ¡Si supiera nadar como un delfín!” Y se acordó del sueño de la tortuga y experimentó rabia y luego desesperación. ¿Cómo iba a acatar una orden tan imposible?

»Estaba mi padre cerca de la orilla, muy triste, cuando de pronto vio una cosa negra que se deslizaba por debajo del agua. Mi padre pensó que sería un banco de esos pececillos plateados que cualquiera podía pescar con una red casera y luego cocinar en una fogata, con unas espinas tan finas que también eran comestibles. Pero entonces, para gran asombro de mi padre, la cosa asomó y mi padre vio que era una tortuga inmensa, la más grande que había visto en su vida, más alta y ancha que él mismo, con unas patas tan gruesas como helechos lawa'a, que daba aletazos bruscos y enérgicos mirando a mi padre con sus ojos amarillos y pausados. Mi padre se quedó tan perplejo que fue incapaz de moverse, pero en esas la tortuga tomó tierra con la mitad superior del cuerpo y mi padre comprendió que debía montar en el caparazón del animal, y que la tortuga lo llevaría a Ivu'ivu.

»Mi padre nunca antes había sentido una euforia como la que experimentó montado a lomos de la tortuga. La tortuga nadó con cautela por los bajíos, con cuidado de no arañarse las patas con los inmensos arrecifes de coral, pero en cuanto salieron a mar abierto empezó a moverse con mayor rapidez y

fuerza, y dejaron atrás tiburones y ballenas, y en una ocasión una flota magnífica de opa'ivu'eke, cientos de ellas, todas tan grandes como la que transportaba a mi padre, todas sacando la cabeza del agua y saludándolo con una mirada de ojos brillantes que se multiplicaban.

»Llegaron a Ivu'ivu en un santiamén, y en el momento en que mi padre se apeaba del caparazón se convenció de que la tortuga, que lo observaba con sus ojos inmensos, tan grandes y amarillos como un par de mangos, iba a decirle algo. Pero no dijo nada; pestañeó, dio media vuelta y regresó al mar mientras mi padre inclinaba la cabeza en señal de respeto, hasta que los aleteos de la tortuga desaparecieron y solo se oyó el sonido de las olas.

»Lo único que hizo mi padre en muchos días fue caminar. Aguzaba el oído cuanto podía, pero no oyó a los árboles hablar, y aunque se quedaba despierto hasta el agotamiento, ni una sola vez percibió el deambular nocturno de la isla. Lo que sí vio fueron bandadas de aves extrañas de plumaje azul vivo, amarillo y rojo recortado contra el bosque, que se pavoneaban entre los árboles en grupos animados y ruidosos, y tantos vuakas chillones que las ramas se combaban bajo su peso, y makavares tan salvajes y cargados de fruta que su padre habría llorado solo de verlos.

»Al cabo de mucho tiempo, mi padre llegó a una aldea, y allí, aunque no fue fácil (la gente era muy suspicaz y lo tomó por un fantasma), al final lo acogieron, y el día de su decimocuarto cumpleaños le dieron su lanza. Y con el tiempo, formó una familia.

»Pero incluso después de muchos años nadie creía que mi padre hubiera llegado de otro lugar. Los ivu'ivuanos no creían en U'ivu. Y es normal. No podían ver la isla. La afirmación de mi padre de que Ivu'ivu era una de las tres que conformaban un país llamado U'ivu era un dato que jamás habían oído y que no tenían motivos para creerse. Para nosotros, los ivu'ivuanos, Ivu'ivu es el mundo, ni más, ni menos. Yo mismo no me creí las historias de

mi padre muchos años, para mí eran cuentos que se había inventado para entretenernos. Pero al final empecé a pensar que tal vez dijera la verdad. ¿Por qué? Bueno, para empezar porque mi padre es un hombre muy honesto. Nunca lo he visto insistir en que algo es verdad cuando no lo es. Y, segundo, porque lleva tantos años contando la misma historia que lo único que puedo hacer es creerlo, y, como es mi padre, es mi deber.

Ten en cuenta que mientras Mua hablaba yo solo miraba a Tallent. No entendía lo que Mua decía, naturalmente, así que intenté interpretar las reacciones de Tallent a las palabras de Mua a través de su rostro. Pero no traslucía gran cosa. Me veo obligado a pensar que Tallent cambiaba algunas palabras, haciendo las frases de Mua más bonitas y complejas, pero no podía calibrar su reacción; su voz se abría paso sin más, con un tono tranquilo e inalterable, incluso cuando la voz de Mua se agudizaba por la emoción. Más tarde, cuando Tallent, Esmé y yo leímos las notas y me explicaron las cosas, situándome en el contexto, me maravillaría la sangre fría de Tallent, lo bien que había mantenido el tipo, cuando cada frase que Mua pronunciaba lo acercaba más y más a un descubrimiento que ni él mismo alcanzaba a imaginar.

Solo en una ocasión noté que la voz de Tallent se alteraba, y mucho después deseé haberlo analizado con más detenimiento, haber pensado en captar mentalmente la imagen y conservarla en cera, para poder revivirla como uno de los raros momentos en que uno siente que las placas del mundo se mueven bajo sus pies y la vida cambia para siempre: a un lado de la tierra que se sacude se encuentra el pasado y, al otro, el presente, sin posibilidad de que ambos vuelvan a soldarse.

—Voy a preguntarle cuándo murió su padre — me susurró Tallent, sin quitarle ojo a Mua —. Mua, *e koa huata ku'oku make'e?*

Mua respondió deprisa, moviendo un brazo en dirección al grupo, y en

aquel momento vi que Tallent se quedaba completamente inmóvil y — por extraño que parezca — tuve la sensación de que estaba intentando replegarse sobre sí mismo, hundirse en el terreno blando de la selva, que se abriría igual que las fauces de una gran bestia y se lo tragaría despacio pero de un solo bocado.

—El padre sigue vivo — dijo Tallent, y entonces me miró y, en medio de la noche (ya llevábamos al menos una hora entrevistando a Mua) su rostro, bajo el cobre de la piel, adquirió la palidez de los huesos —. Vanu es su padre. Mua dice que podemos hablar con él si queremos.

Necesité escuchar a Esmé y a Tallent hablar durante un día entero — entre ellos, conmigo — para ponderar del todo las consecuencias del relato de Mua. A esas alturas habíamos reanudado la marcha, los soñadores (así había empezado a considerarlos, por sus babas de sonámbulos y su semilucidez velada y aletargada, como si sudaran sangre para sacudirse de encima un grueso sedimento de sueño) divididos en tres grupos y unidos por las muñecas mediante una larga enredadera que uno de los guías se anudaba a la cintura. Íbamos cuesta arriba — otra vez —, pero sin rumbo preciso, pues Mua se mostraba incapaz, o quizá reticente sin más, de explicarnos dónde se encontraba su aldea. Pero avanzar hacia arriba se antojaba la única posibilidad; a izquierda y derecha la floresta había vuelto a cerrarse, los troncos de los árboles estaban tan pegados que solo los bucles más finos de los helechos conseguían colarse entre los milímetros que separaban unos de otros.

Naturalmente, lo primero que hice en cuanto Tallent acabó de traducir fue sacar a Vanu del grupo (estaba dormido y me apartó la mano varias veces, gruñón, hasta que por fin conseguí levantarlo) y llevarlo junto a Mua. Lo observé mientras Tallent intentaba entablar una conversación con los dos.

¿Aparentaba — yo mismo no podía creer que estuviera planteándome la pregunta — más edad que Mua? Quizá, pensé; si Mua parecía tener unos sesenta, Vanu parecía tal vez cinco o seis años mayor. ¿Y existía una semejanza física? Tal vez. Los dos presentaban los mismos pómulos planos, la misma mandíbula inferior prominente, la misma frente baja con muescas horizontales, como un trozo de corteza. Pero, por otra parte, a mí todos se me antojaban iguales y, de haber acercado a Ika'ana en lugar de Vanu, ¿acaso no habría apreciado también cierto parecido?

Pero más tarde, cuando estuve hablando con Tallent — o intentándolo, al menos; Esme, que tan despacio había ido durante la mayor parte del ascenso, ahora trotaba detrás de nosotros como un perrito faldero — y compartí con él mis observaciones, me informó de que se me habían escapado los datos más importantes, datos cuya importancia, como Esme tuvo el placer de transmitirme, yo no había sabido captar.

Lo primero era, por lo visto, la alusión al rey.

—¿Te acuerdas de cuando Mua dijo que su padre tenía doce años cuando murió el rey? — me preguntó Tallent.

—Claro — respondí —. Pero podría tratarse de cualquier rey, ¿no? ¿El padre del actual, tal vez?

—Si hubiera dicho «el rey» a secas, sí. Pero no dijo eso. Empleó un honorífico, *ma*, que solo se asocia a un rey muy concreto, Vaka I, el que unificó las islas. ¿Y cuándo murió Vaka I?

No contesté. Naturalmente, no lo sabía.

—En 1831 — trinó Esme como salida de la nada.

—En efecto — confirmó Tallent. Tuve la clara sensación de que Esme y él habían ensayado aquel juego de preguntas y respuestas la noche anterior, y decidí que no participaría en el teatrillo —. ¿Y te acuerdas, Norton, de cuando Mua contó lo del curandero de la *ka'aka'a*?

—Sí. —Imaginé de nuevo al curandero con el bebé de piedra en las manos, sus cánticos y los quejidos de las mujeres agolpándose en la choza diminuta y asfixiante.

—Bien, pues las ka'aka'as fueron proscritas por el hijo de Vaka I, el rey Maku, en mil ochocientos cincuenta, bajo pena de muerte. De modo que...

—Mil ochocientos cuarenta y nueve, en realidad — puntualizó Esme, jadeando de emoción.

—Mil ochocientos cuarenta y nueve, perdón. Eso significa...

—Sí, pero seguro que había gente que no respetaba la ley. Si se trataba de una tradición...

—Tú no lo entiendes, Norton — intervino Esme, y tan intenso fue el esfuerzo que hice para no abofetearla que experimenté un leve mareo —. Los u'ivuanos no desobedecen al rey. Jamás.

—Entonces ¿qué me estás diciendo? — salté, antes de que Tallent pudiera terciar dándole la razón a ella y los dos me recordaran lo imbécil que yo era —. ¿Que Vanu nació en mil ochocientos treinta y uno?

—En realidad, habría nacido en mil ochocientos diecinueve — comentó Tallent, conciliador.

Me quedé callado y los miré.

—Por favor — les rogué —. Por favor, no me iréis a decir que os creéis lo que os dice.

—¿Y por qué no? — preguntó Tallent con el mismo tono sereno y razonable.

Por un momento no me fié de lo que yo mismo pudiera decir. «Ay, Dios — me percaté—, he cometido un error tremendo.» Me acordé de Sereny, de su presencia bonachona, de la mirada de tristeza y resignación que me había dirigido cuando le dije — ¡sin pensármelo! — que sería un placer volar hasta una isla de la jamás había oído hablar, con un antropólogo del que jamás

había oído hablar, durante casi medio año. Fui presa de un intenso deseo de salir de allí, seguido casi de inmediato por una especie de aflicción: nunca escaparía. Entonces fui consciente de lo solo que estaba, en compañía de los soñadores, de los guías y de Tallent, que quedaba dolorosamente fuera de mi alcance, y de Esme, tan fea y repelente, con su resplandeciente cara de pan y las bermudas color caqui que se le fruncían a la altura de la entrepierna.

—Pues — empecé, con toda la serenidad de que logré hacer acopio —, para empezar, por la tortuga.

—Bah — dijo Tallent, agitando una mano como si yo fuese un camarero que le ofreciera un plato que no le gustaba —. Olvídate de la tortuga un momento. Lo importante es...

—El bebé de piedra — continué.

—Pero eso sí que existe — interrumpió Esme.

—Y es sumamente raro — concluí—. [31] Pero, Tallent — rogué; necesitaba saberlo, aunque temía su respuesta —, no estará usted insinuando que cree realmente que Vanu tiene ciento treinta y un años, ¿verdad?

Tallent me miró largo rato antes de contestar y, cuando lo hizo, su voz había recuperado el tono amable.

—Ya sé que parece inverosímil, Norton, y hasta imposible —comentó—. Pero no se me ocurre otra explicación. Y, además — e hizo un barrido con un brazo, abarcando cuanto nos rodeaba: los árboles con sus monos microscópicos y perezosos gigantescos, las piedras barbadas de verde y las rocas cubiertas de una fina capa de musgo, y, ante nosotros, Eve y los suyos, formando una fila lenta e irregular detrás de los guías —, ¿qué es lo que no parece imposible en este lugar?

Y para eso, por desgracia, yo no tenía respuesta. Hasta Esme se quedó callada. Al cabo de un rato lo único que podíamos hacer era seguir avanzando, y durante un buen trecho nadie habló, y los sonidos de la selva

nos salieron al paso para suplir la conversación que nosotros no podíamos mantener.

Allí estaba yo, un (presunto) científico, (supuesto) médico y colega (por desgracia) de dos personas convencidas de que un hombre que aparentaba sesenta y cinco años contaba en realidad ciento treinta y uno.

Sabía que me tenían por una persona inflexible, intelectualmente poco curiosa y de un conservadurismo fastidioso, y también que ellos sabían que me parecían ridículos, indisciplinados y peligrosamente fantasiosos. La diferencia era que solo para uno de nosotros esto suponía un problema. Esme, de hecho, estaba loca de alegría, pegada a Tallent como un hongo a un plantón húmedo.

Era difícil no enfurruñarse. Incluso Tallent, cuya capacidad para percibir los cambios de humor que experimentaba la gente normal era de todo menos sobresaliente, se me acercó un momento.

—No te preocupes, Norton — me dijo, ofreciéndome una manama (golpeada, abultada, minada de hunonos) que me sentí lo bastante fuerte para rechazar.

También costaba admitir que, en mi deseo por introducir un poco de rigor y lógica científica en el asunto, había proporcionado a Tallent y Esme — sin que fuera mi intención — aún más leña para su cuento de hadas. Yo había insistido en volver a entrevistar a cada uno de los individuos, un proceso que esperaba que nos ayudara a determinar la verdadera edad de todos. Sin embargo, resultó ser una tarea más exigente de lo previsto, principalmente porque había muy pocos hitos de los que se tuviera constancia en Ivu'ivu: no existía la noción de rey, ni del tiempo ni de la historia. Jamás habían visto a un *ho'oala* — seguían mirándonos fijamente y en silencio, solos y en grupo, los más atrevidos nos agarraban de las muñecas y trataban de echar un

vistazo a lo que había debajo de las bermudas en una tosca réplica de los exámenes a los que nosotros los sometíamos —, pero aquella laguna de ignorancia no nos ayudaba en nada, pues ningún *ho'oala* había pisado nunca Ivu'ivu. Ciertamente, uno de los sucesos más memorables de las décadas anteriores (no me sentía capaz de pronunciar la palabra «siglo») era la llegada de Vanu, un día que tanto Ika'ana como Vi'iu, Ivaiva y Va'ana aseguraban recordar. Cada uno contaba la historia de manera ligeramente distinta, enlazada y adornada de varias formas (en el relato de Vi'iu, Vanu llegaba como un Visnú micronesio, a lomos de una opa'ivu'eke monstruosa y torpe), pero todos lo recordaban: un pequeño y escuálido Vanu, con sus curiosos bombachos de *tava* rasgados, tan joven que ni siquiera tenía lanza. Las gemelas coincidían en que se encontraban en plena ceremonia de su boda cuando de pronto, interrumpiendo los fastos, apareció Vanu, incapaz de apartar la vista del cerdo que se asaba a un lado para el banquete que se celebraría a continuación.[32] Solo Ukavi declaró que aún no había nacido cuando Vanu llegó a sus vidas. Lo que sí recordaba era estar en la ceremonia de casamiento de Vanu, siendo ella niña. Al igual que los de los demás, sus recuerdos se volvían más completos y seguros cuanto más se remontaba en el pasado.

—Tenía unos diecisiete años cuando se casó — dijo Tallent más tarde, golpeteando el cuaderno con la pluma —. Y si Ukavi nació poco después de que él llegara, eso significa que tiene aproximadamente... ¿cuántos? ¿Ciento nueve? ¿Ciento ocho? Más o menos.

Pero fue la historia de Ika'ana la que de verdad entusiasmó a Esme. Pues resultó que Ika'ana había nacido cinco años antes del gran terremoto, el único acontecimiento que toda la población ivu'ivuana recordaba. Fue una catástrofe terrible para las islas, y se sintió en lugares tan remotos como Fiyi, al oeste, y Hawái, al norte. La mitología u'ivuana lo explicaba como una

apasionada riña de enamorados entre Ivu'ivu y A'aka (el motivo nadie lo sabía), una guerra en que ambos dioses, decididos a destruir al otro, se atacaron con todas las armas de que disponían: A'aka implicando a sus hermanos, los dioses de los cielos, para que llovieran y arrasaran en su nombre, e Ivu'ivu encabritando las aguas a fin de que formaran olas altísimas, que se acercaron tanto al cielo que casi rozaron el sol. Cuando terminaron, no volvieron a luchar jamás, en parte (o eso asegura la leyenda) porque se dieron cuenta de que estaban empatados en sus poderes y que nunca uno podría imponerse, y en parte porque su vieja y muy sufrida amiga Opa'ivu'eke les había suplicado que lo dejaran, y ni un dios ni el otro podían soportar verla infeliz por su culpa. En u'ivuano, el terremoto es conocido como Ka Weha: el Combate.

—Yo era pequeño cuando el Ka Weha — le dijo Ika'ana a Tallent —. Pero recuerdo que el suelo se resquebrajó y se abrió bajo mis pies igual que una no'aka,[33] y que mi madre me llevó corriendo a un nido de helechos lawa'a y allí nos quedamos hasta que los dioses dejaron de pelear. Recuerdo que cuando volvimos a la aldea las lumbres se habían extendido y los male'es estaban ardiendo, y mi madre me dijo que teníamos suerte de estar al principio de la 'uaka, porque la lluvia llegaría pronto y nos salvaría. Aquella noche rezamos y bailamos por los dioses y su felicidad, y desde entonces ya no ha habido más combates.

Contó mucho más, y aunque Tallent se inclinaba hacia delante, preguntando y escribiendo sin parar, dejó de traducir para mí, y cuando le pregunté qué más había dicho Ika'ana, me miró pensativo y contestó que necesitaba reflexionar sobre ello.

—¿Reflexionar sobre qué? — insistí, pero no me respondió.

Aun así, lo más importante era que el Ka Weha había tenido lugar en 1779. Ika'ana, por tanto, contaba aproximadamente ciento setenta y seis años.

—No puede ser — protesté, de nuevo sintiendo que se apoderaba de mí el pánico, asfixiándome casi.

—Estamos en mil novecientos cincuenta — replicó Tallent, tranquilo pero con un deje cortante; yo empezaba a resultarle frustrante —. Tenía cinco años cuando ocurrió el Ka Weha. Las matemáticas no mienten, Norton.

Las matemáticas no mentían. Pero todo lo demás, sí. Tallent tenía razón en una cosa, no obstante: estábamos en 1950. A escasos metros se encontraba Ika'ana, con los ojos ligeramente pitañosos, comiéndose su ración de fiambre. A su lado, Fa'a relajaba y crispaba los dedos en torno a su lanza. Y aunque nos separaban pocos pasos, a simple vista no podría haber determinado quién de los dos era más joven y quién más viejo, quién de los dos era el loco y quién estaba de mi parte.

CUARTA PARTE

La novena choza

La he llamado y seguiré llamándola «aldea», pero en realidad no era tal cosa, sino apenas un claro amplio cuyo terreno era de tierra y un par de docenas de descuidadas chozas de hojas de palma delimitando el perímetro, que aparecieron tan de repente como un espejismo.

Nos habíamos topado con una cortina de árboles especialmente infranqueables que los guías atravesaron como pudieron, de lado y gruñendo, los soñadores tras ellos con sus traspiés y su desorganización. Esme, Tallent y yo cerrábamos la marcha, y aunque emprendimos el camino en el bosque, abriéndonos paso entre manamas, de pronto aparecimos en la linde de la aldea.

Lo primero que vi fueron los cuerpos. Estaban por todas partes: mujeres tumbadas boca arriba, con las cabezas de sus hijos encajadas en el ángulo de las axilas; hombres despatarrados con la boca abierta; un montón de cerdos con las patas delanteras recogidas, como los gatos, y los pelos negros y brillantes igual que las púas de un puercoespín. En el centro del calvero una pequeña fogata crepitaba y chisporroteaba, sin nadie que la vigilara. Suspendido sobre el fuego había un animal no identificable desollado, más pequeño que los marranos y negro en las partes que habían lamido las llamas, con los ojos aún intactos que nos miraban con desdicha.

Era la escena de una masacre, de una matanza, y solo cuando miré con mayor detenimiento por segunda vez vi que el pecho de las mujeres se alzaba

y que los pulgares de los hombres acariciaban descuidadamente las lanzas que agarraban en sueños, y que con cada exhalación los copetes de pelo tieso del hocico de los cerdos temblaban y se movían.

Fa'a fue el primero en hablar, y aunque no entendí qué decía, comprendí que su tono no era de sorpresa.[34] Detrás de nosotros se agolpaban los soñadores, inusualmente callados, y durante un minuto, todos nosotros, en bloque, nos quedamos plantados contemplando el letargo de la aldea.

Pero entonces, sin motivo aparente, Eve emitió uno de sus gritos estridentes, como de motor, y los durmientes estallaron en movimiento igual que un puñado de yesca al entrar en contacto con fuego. Los hombres pasaron de la posición horizontal a la vertical con un rápido impulso, las aterrorizadas mujeres sumaron sus voces a la de Eve, y los cerdos, con sus ojos diminutos, mezquinos y oleosos, gruñeron y echaron a correr junto a los hombres. Solo el animal que estaba espetado encima del fuego se quedó en su sitio mientras las llamas seguían chisporroteando. Más tarde lo recordaría como una réplica del día en que los soñadores nos acecharon, cuando salieron en grupo de la espesura, y pensaría que en esa ocasión éramos nosotros los intrusos, incorporándonos de malas maneras a una obra en que no teníamos un papel asignado.

Más tarde aún recordaría esta escena y el pánico posterior cuando, cierto día — muchos años después —, estaba mirando a uno de mis hijos que veía la televisión. En los dibujos animados de la pantalla había un cazador, un mequetrefe con un defecto en el habla que me recordó a una patata, que llegaba a una aldea poblada por gente igual de tuberosa, aunque negra, cuyos únicos rasgos corporales distinguibles eran los labios, gruesos, colorados y tan rugosos como vainas de cacao sin abrir, y el blanco de los ojos, asombrados y vivos. El cazador perseguía a las criaturas negras, que corrían en círculos de manera desordenada y frenética, agitando las lanzas y gritando

a lo loco mientras él caracoleaba, y entre todos componían un desquiciado ballet.

Así éramos nosotros. Los lugareños corrían y chillaban, y nosotros corríamos tras y alrededor y por encima de ellos, seguramente gritando también; quien nos hubiera visto nos habría imaginado entregados a un juego infantil. A estas alturas no hará falta que te diga las horas que tardó Fa'a (¡pobre Fa'a!) en restablecer algo parecido al orden, en que los hombres bajaran las lanzas, en que los cerdos dejaran de gruñir y volvieran a tumbarse, dóciles pero alerta. Hicieron falta muchas, muchas horas, y cuando todo hubo acabado — las mujeres sentadas a un lado del claro, rodeadas de los niños, todos mirándonos con los ojos entreabiertos, como sapos; los soñadores, vigilados por Uva y Tu, en la linde, tratando de dormir; casi todos los hombres sentados en el otro extremo, acompañados de los cerdos; y yo, con Tallent, Esme y Fa'a, en el centro de la aldea, donde la criatura[35] seguía asándose al fuego, con el lomo tan quemado que la piel se desprendía continuamente hecha cenizas, un confeti que flotaba en el aire como bandadas de polillas —, me hallaba exhausto.

Frente a nosotros había sentados tres lugareños, todos varones, todos de aspecto robusto, de cabellera negra y exuberante y brazos y piernas en que sobresalían los músculos y tendones. Por un momento, los dos grupos nos miramos mutuamente con cierta timidez, como si un miembro de un grupo fuera a prometerse con alguien del otro y nos dispusiéramos a hacer las presentaciones y discutir las condiciones. Los hombres sostenían las lanzas en vertical en la mano derecha y, como ya había visto hacer a Fa'a, abrían y cerraban los dedos en torno a ellas en un ademán que parecía más rítmico que nervioso; en algunos momentos el movimiento de los dedos se coordinaba y semejava una coreografía, y yo deseaba vagamente que arrancasen a cantar.

Habló primero el de en medio, y aunque no lo hubiera hecho ni se hubiera

encontrado en el centro lo habría tomado por el superior de los otros dos: era ligeramente más alto, incluso sentado, echaba los hombros atrás en un ángulo casi antinatural y su cerdo era más grande que el de sus amigos, con un brillo magnífico en el pelaje, como si acabaran de cepillarlo con aceite.

Me fascinaban los cerdos, que no se parecían en nada a los que había visto hasta entonces, tanto en libros como en persona. Lo primero que los distinguía era, naturalmente, el tamaño: tenían la altura de unos potrillos y la envergadura de ovejas sin esquila, unas bestias inmensas, musculosas, que de no ser tan espantosas habrían resultado majestuosas. De pie habrían sido poco más bajas que sus amos, si bien su aspecto era mucho más enjundioso: con el tronco redondeado como un barril, y aunque ya me había fijado en que no eran especialmente hábiles — corrían de una forma rara, replegando las patas traseras a la vez que extendían los cuartos delanteros, y parecía que daban brincos en lugar de avanzar —, tenían las pezuñas duras como cuernos y las patas gruesas y muy peludas. Pero lo que más me sorprendió fueron los colmillos, que sobresalían y se curvaban hacia arriba a ambos lados de unas fauces anchas que recordaba a una guadaña; eran de un blancuzco como de piedra y estaban astillados en la punta. Adoptaban una postura elegante, como gatitos, con las piernas dobladas bajo el tronco; todos salvo el macho dominante, que se pasó la reunión dando toques con una de las pezuñas delanteras a un amasijo de piel y sangre que en algún momento fue una criatura viviente. Lo observé revolviendo en la mugre, moviendo el bulto adelante y atrás, describiendo un arco desganado que resultaba casi humano en su desenfadada crueldad, como un señor obeso en traje de raya diplomática que jugara a los dados delante de su temblorosa víctima. No nos quitaba ojo, sin embargo, y mientras Fa'a y Tallent hablaban él movía un poco la cabeza, pasando de uno al otro, deteniéndose de vez en cuando para

mirar a su amo, como calibrando su reacción, cosa que resultaba lo más perturbador de todo.

A mi alrededor, la conversación discurría entre gruñidos. El jefe de la aldea estaba pronunciando un largo y enardecido discurso aderezado de salivazos al que respondían Fa'a y Tallent. ¿Iba todo bien? ¿No? Era difícil de saber. Por la delicadeza en los tonos de Fa'a y Tallent inferí que se obstinaban en mantener la calma, seguramente en aras de la concordia, pero fui incapaz de determinar si estaba costándoles mucho esfuerzo. A mi lado oía la respiración nasal de Esme, que respiraba así a menudo, lo que, por tanto, tampoco me fue útil. De vez en cuando yo miraba a los hombres, y en un momento dado Fa'a y Tallent se volvieron para contemplar a los soñadores, que no les devolvieron la mirada, y esto coincidió con que Fa'a y Tallent bajaran el tono y también empezaran a hablar más deprisa y con voz más suplicante.

Este preludeo resultó ser otro de esos instantes a los que quisiera haber prestado más atención, haber intentado grabar en mi memoria, con cada uno de los gestos y las miradas; sin embargo, en el momento opté por concentrarme en mis ensoñaciones. Observé el nítido límite entre el bosque y la aldea, la brusquedad con que los árboles se interrumpían y cercaban el claro casi como personas, como si la aldea fuese un escenario redondo y nosotros fuéramos sus actores. Lamenté no ser capaz de volver la cabeza y mirar a las mujeres y a los niños que se apiñaban detrás de nosotros; no me atrevía.

Así pues, me concentré en cambio en un lechón del tamaño de un gato salvaje, más o menos, que jugueteaba detrás del consejo de la aldea. Debía de ser muy joven, porque no le habían salido aún los colmillos y los ojos todavía destacaban grandes y húmedos. Jugaba solo a un juego que consistía en saltar una y otra vez la línea que separaba el bosque y la aldea: un brinco, y estaba

en la sociedad; otro saltito, y ya no. Hop, hop. Hop, hop. Qué fácil era. Durante un buen rato no pude dejar de mirarlo.

Algo en aquella aldea me perturbaba, pero hasta bien entrada la noche, ya tumbado en mi estera de palma y esperando que el sueño me venciera, no me di cuenta de qué era.

Las negociaciones, o lo que quiera que fuera aquello, requirieron tiempo, tanto, que todos advertimos que la luz disminuía y el aire refrescaba; los niños a nuestra espalda empezaron a gimotear, pidiendo comida. Llegados a ese punto, la conversación se zanjó precipitadamente y todos, los tres de su bando y los cuatro del nuestro, nos levantamos de un salto. Fa'a y Tallent hicieron una leve inclinación de la cabeza hacia los otros, que no correspondieron el gesto. Nosotros nos reunimos con el grupo — los soñadores —, los tres representantes de la aldea fueron a hablar con los demás hombres, y las mujeres empezaron a azuzar a los niños y desaparecieron en varias chozas para preparar la cena.

Yo no me las prometía muy felices, al ver a nuestro grupo allí, inmóvil en la linde del bosque, con los guías que nos pasaban manamas y kanavas a todos mientras a escasos metros la vida en aldea seguía su curso como si no existiéramos, pero Tallent se nos acercó a Esme y a mí para asegurarnos que iba todo bien.

—De momento podemos quedarnos — nos dijo —. Os contaré más en cuanto les hayamos dado de comer a estos.

Fue una cena muy lúgubre; yo intentaba tragarme la manama, cuya pulpa aplastada y retorcida se atascaba y luego se expandía en mi garganta. Algunas de las mujeres habían apartado por fin al animal del fuego — tan carbonizado que el viento se había llevado la totalidad del lomo — y lo habían sustituido por un cimbreante pedazo de carne roja profusamente acolchado de vetas

blancas de grasa. El aroma (el olor del propio fuego, en realidad) hacía que la fruta fuese aún más insoportable, y al final la aparté para que el recuerdo de comer carne, carne de verdad, me llenara la boca, la mente y el paladar: su firme viscosidad, la posibilidad de darle vueltas en la boca durante minutos, la sangre que se filtraba con cada mascada, la acidez y los taninos en la lengua. La pieza llevaba poco rato al fuego — el rojo acababa de empezar a transformarse en marrón — cuando dos de las mujeres la apartaron y la colocaron sobre una hoja grande de lawa'a; los hombres y los niños se acercaron corriendo y empezaron a tirar de ella con las manos, estirando la carne hasta quedarse con pedazos en las manos. Entonces otro corte de carne, más pequeño, ocupó su lugar sobre las llamas, se asó y fue devorado por las mujeres.

Al final, tardamos tanto en conseguir acostar a los soñadores (parecían ajenos a los efluvios del fuego) que acabamos demasiado cansados para ponernos a hablar. No obstante, como ya he dicho, solo cuando ya me había tumbado y Esme y los soñadores roncaban a mi alrededor, la espalda de Fa'a en sombras contra la fogata aún encendida (tal vez hubiéramos firmado una tregua con los lugareños, pero no se me escapó que Tallent no renunciaba a la guardia nocturna), pude identificar lo que ya había percibido pero no era capaz de articular: en la aldea no había ancianos. Los tres representantes de la tribu aparentaban unos treinta y tantos, cuarenta y tantos a lo sumo. Pero no había visto a nadie mayor. Era una aldea de gente joven.

Naturalmente, no había tenido oportunidad de observarlos más de cerca, me recordé. Al día siguiente les prestaría mayor atención. Sin embargo, en el instante en que me dejaba llevar por el sueño, oí que una vocecilla preguntaba: «¿Qué quiere decir eso?».

«Nada», respondí. Estaba cansado.

Pero incluso entonces sabía que me equivocaba.

—Luego os lo explicaré — nos dijo Tallent. Había amanecido y los soñadores estaban inquietos; Mua, en concreto, balbuceaba dirigiéndose a Fa'a, que le mostraba las palmas de las manos en un gesto tranquilizador. Durante la noche, Fa'a y Tallent los habían conducido bosque adentro, y tuve que caminar algo menos de cien metros por sus oscuras profundidades guiándome por sus voces para dar con ellos —. Tengo que averiguar lo que los ha alterado tanto. — Se volvió hacia Esme —. ¿Puedes llevarte a las mujeres al arroyo para que beban agua?

—¿Y yo qué hago? — pregunté.

Me dedicó una mirada cansada.

—Puedes volver a la aldea — me contestó—. Nos han dado permiso.

—Está bien — accedí.

En parte estaba picado porque no me pidieran echar una mano con el problema que hubiera con los soñadores. Pero otra parte de mí se aburría con ellos y estaba deseando explorar.

—Pero, Norton...

—¿Qué?

—No los pongas a malas con nosotros, ¿de acuerdo?

—Por supuesto que no — le aseguré. Y lo decía en serio.

Me miró y estaba a punto de añadir algo cuando Fa'a lo llamó — ¡Po! ¡Po! — y Tallent se volvió de nuevo.

Los habitantes de la aldea se movían con el paso lento, silencioso, casi haciendo eses, de quien acaba de levantarse, pese a que no parecía demasiado temprano: las chozas proyectaban pálidas sombras en el suelo y ya hacía calor. Creía que mi llegada provocaría alguna reacción — pánico, suspicacias, miedo o cuando menos curiosidad —, pero nadie me hizo ni caso. Era como si hubieran decidido colectivamente hacer caso omiso de mi

existencia, lo cual me pareció todo un logro dado lo absurda que era mi presencia en sus dominios. Una mujer pasó por mi lado, afanada en otro pedazo de carne, esta vez más rosado pero de nuevo ribeteado de un encaje de grasa blanca, y lo soltó sobre las brasas aún encendidas, que quedaron cubiertas. Otra sacó a rastras de una choza un canasto rebosante de lo que parecían unas piñas grandes y empezó a quitarles las hojas, como si fueran alcachofas. Una tercera mujer cogía las hojas y las ponía a remojo en otro cesto lleno de agua. En el extremo opuesto de la aldea distinguí al jefe, frente al cual yo había estado sentado el día anterior, y levanté una mano a guisa de saludo. Él, sin embargo, miró para otro lado, como si lo hubiese saludado en medio de una calle concurrida y fingiera no haberme reconocido; el artificio me hizo sonreír.

Había trece chozas en el primer anillo que rodeaba el fuego y nueve en el segundo, todas de unos dos metros de altura y de una sencilla forma cónica. En el centro de cada una, se alzaba un poste largo de lo que parecía madera de palmera, del que partían, como las cintas que penden de un mayo, siete cuerdas de palma fuertemente trenzadas, tirantes como cables y fijadas al suelo con estacas. De la punta de la infraestructura salía una capa grande de hojas de palma. Los extremos de la capa se superponían en la parte delantera, de modo que podía replegarse uno de ellos y convertirlo en la puerta de entrada. Las chozas del primer anillo servían para dormir; reforzadas con más trenzados, en la parte exterior de las capas había esteras de palma, cada una de un metro y medio de largo por uno de ancho. Dentro, no obstante, las chozas estaban vacías y olían a hierba seca y polvo. Tenían unas dimensiones considerables; calculé que podían dormir cómodamente dos adultos y dos o tres niños.

Las chozas del segundo anillo — en realidad se trataba más bien de una media luna que dispensaba un vago abrazo a la parte de atrás de la mitad de

las chozas dormitorio — poseían la misma forma y estaban construidas de igual modo, con la diferencia de que se usaban para almacenaje. La primera era la cámara de la carne. Cuando una de las mujeres hubo salido, entré y vi que todo el suelo había sido excavado, quizá hasta tres metros de profundidad, y que el fondo se hallaba recubierto de paquetes hechos con hojas oscuras y lustrosas. Habían tallado en la tierra unos toscos escalones que conducían a las profundidades del agujero. Bajé para coger uno de los paquetes, que estaba fresco y pesaba bastante. El contenido era denso pero flexible. Mientras subía trabajosamente, sin embargo, resbalé y di con las manos en las hojas que cubrían el fondo. Noté que el suelo cedía, un bamboleo suave, y cuando metí la mano bajo las hojas para investigar, advertí un chapaleo húmedo y me di cuenta de que habían cavado hasta una corriente subterránea, que empleaban para refrigerar la carne.

En las tres chozas siguientes se guardaban artículos curados, muchos de ellos atados a trenzas que cruzaban el interior igual que hileras de luces navideñas. Vi una ristra de vuakas colgando de las tristes colas sin pelo, los globos oculares hundidos y turbios, y otra cargada de manamas secas, cuya piel otrora inmadura era ahora un pellejo arrugado y curtido, y una tercera ristra de mangos que despedían un aroma aún intenso y dulce. Había más cosas, cosas que no fui capaz de identificar: algo que parecía un lagarto aplanado, con una espantosa sonrisa mortuoria llena de afilados dientes color caramelo quemado; puros mullidos en sacas de hojas plateadas y polvorientas que parecían huecas pero cuyo peso lastraba el cordel hasta casi rozar el suelo; triángulos traslúcidos de color ámbar salpicados de pelillos negros. En las cestas pegadas a las paredes descubrí más de aquellas piñas (increíblemente pesadas y recubiertas de una pelusilla como la de las setas), vainas de diversas longitudes y anchuras, y hongos de muy distintas formas y tonos mostaza, y un canasto, de trenzado muy tupido, rebosante de montones

y montones de algo que parecían uñas de pies cortadas, y que finalmente me di cuenta de que eran hunonos.

La quinta choza era la única ocupada, pero, nada más alzar la vista y verme, las tres mujeres del interior retomaron enseguida sus silenciosos quehaceres. Dos de ellas trenzaban sogas con hojas de palma verdes y la tercera dividía las largas hojas en tiras. Una trenza requería tres partes, de sendos diez centímetros de ancho. La sección central se tomaba del centro de la propia hoja, la del nervio; las otras dos se extraían de los limbos, más suaves y flexibles. Eran unas hojas bastante largas, de uno dos metros y medio, y cuando las mujeres terminaban de trenzar una, la unían a otra trenza con una cuerdecilla de una planta de tallos rizados, muy parecida al musgo español. Alrededor de ellas, en pulcras bobinas apiladas en el suelo y colgando de la cara interior de la capa, había lazos de esa misma cuerda en diversas fases de secado y de diversas longitudes y anchuras. En las dos chozas adyacentes se almacenaban de nuevo cuerdas y capas para las chozas, y más artículos hechos con las cuerdas de hoja de palma: lazos (para los cerdos, supuse) con traíllas largas, el triple de gruesas, una pila de esteras que me llegaba a la altura del hombro y estacas largas de palmera aserradas, con un extremo afilado para poder hundirlo en la tierra y erigir una choza alrededor.

No vi a nadie dentro de la choza siguiente, pero también se trataba de una especie de taller, pues había una hendidura en el centro del suelo, donde alguien se sentaba, y una piedra grande con la superficie plana que debía de emplearse como mesa. A la izquierda, en disposición piramidal, había más pedazos de madera, más esbeltos que los de la choza anterior, algunos pulidos y afilados; me di cuenta de que allí era donde fabricaban las lanzas.

[36]

Me sorprendí lleno de admiración por el poblado, hasta por su sencillez. Sí,

era una vida primitiva, pero se percibía una acogedora sensación de abundancia, de que todo tenía su lugar, de que todas las necesidades básicas — alimento, cobijo, armas — se tomaban en consideración y estaban bien cubiertas, de una vida reducida a lo más esencial y sin embargo cómoda y plena. ¿Cuántas sociedades pueden presumir de eso mismo, de haber identificado y abastecido cuanto necesitan? Había comida, agua y herramientas para poder defenderse, no solo en cantidad suficiente, sino de sobra. Aquel, pensé con aprobación, era un lugar sin necesidades, y por tanto sin carencias.

Por eso me dejó tan perplejo la última choza, la novena. A diferencia del resto de las estructuras, se hallaba recubierta no de una, sino de dos capas, y otra capa protegía el suelo del interior. Sobre ella había una estera de palma, pero, al contrario de las que había visto para dormir, esta era más ancha, como si su propósito fuese acomodar a dos personas en vez de a una. Había otro detalle que diferenciaba a esta choza de las demás: era la única que estaba mínimamente decorada. Aquí, colgado de la viga de soporte, había lo que reconocí como un caparazón de opa'ivu'eke, tan pulido que incluso en la penumbra gris de la choza cada una de las placas centelleaba como las facetas de un diamante. Aquel lugar era un misterio, sobre todo respecto al claro utilitarismo de las demás, y hasta levanté el filo de la alfombra en busca de una explicación; quizá fuera un búnker secreto, o una cámara de almacenamiento subterránea. Pero no había nada, solo el suelo. Sin embargo, aun cuando salí de allí y me alejé seguí sintiendo su presencia, como si existiera solo para recordarme que, a fin de cuentas, mis ordenadas teorías acerca de la sencillez de la vida allí podían ser erróneas.

Solo al acabar de explorar todas las chozas me percaté de que tenía hambre, y de nuevo me sentí atraído hacia la hoguera.

Llegado a este punto debería interrumpirme y explicar que uno de los motivos por los que era imposible ver la aldea desde una perspectiva desfavorable — a pesar de la omnipresencia de los marranos, y las lanzas, y el hecho de que yo fuese un intruso — era su tamaño reducido. En unas ochenta zancadas iba de un extremo del poblado al opuesto, y a excepción de los cerdos todo parecía hecho a una escala en miniatura: las chozas eran bajas, las personas también y hasta las llamas de la hoguera que siempre estaba encendida lo eran.

Me quedé muy cerca del fuego, esperando a que alguien me ofreciera algo de comer. A mi alrededor reinaba la laboriosidad; un grupito de cinco mujeres ablandaba con piedras una ijada grande e informe de carne no identificada, y otro grupo de seis clasificaba una montañita de manamas: cortaban longitudinalmente las ajadas e inanimadas, con forma de rodajas, y las que palpitaban de hunonos iban a un montón aparte. El trío que había visto con las verduras que parecían piñas se había trasladado junto a una pila de algo con aspecto de salchichas, tronquitos verdes, tiernos y abultados, y observé cómo los abrían con el filo de una hoja de palma y le extraían las semillas, que tenían forma de riñón, el tamaño de mi dedo pulgar y un color melocotón mezclado con un tono lila marmóreo. Hablaban entre ellas, pero no continuamente, y con parquedad: una decía algo, y sus compañeras emitían un gruñido grave y sibilante de aprobación, de modo que entre declaración y declaración era como si nos sobrevolara un enjambre de avispas.

A la derecha del fuego se encontraban los hombres, diecinueve, incluido el jefe del poblado, que usaba unas hojas pequeñas, robustas y con los filos como dientes de sierra para pulir y afilar las lanzas. Me acerqué y vi que en el centro del círculo había dos cuencos hechos con mitades de no'aka, cada uno de ellos lleno de un pequeño pudin gelatinoso del color de la leche diluida.

Los hombres agarraban las lanzas por la punta, sumergían dos dedos en los cuencos y untaban con la sustancia toda la superficie del mango de sus armas, gesto que repetían varias veces. A diferencia de las mujeres, los varones sí mantenían una conversación constante, un eco monótono que sonaba más a cántico que a discurso.

Como en tantas ocasiones posteriores, estaba formulándome a mí mismo el deseo de hablar u'ivvano cuando de pronto oí mi nombre y Esmé se hizo visible.

—Paul quiere hablar con nosotros — anunció («Paul», pensé otra vez, y no «Tallent»; aquel nombre sonaba a insulto en su boca), y me volví para seguirla en dirección al bosque. Giré la cabeza cuando nos íbamos, pero nadie nos miraba.

—¿Ha sido una mañana interesante? — me preguntó Tallent cuando aparecimos en su campo de visión. Estaba cansado, se le notaba. Los soñadores no andaban por allí.

¿Estaba siendo sarcástico? Imposible saberlo.

—Pues sí — respondí —. He visto una cosa muy extraña.

Y le hablé del curioso líquido en que habían metido las manos los hombres, satisfecho y con la esperanza de haber descubierto algo nuevo para él.

—Ah, sí — dijo Tallent, masajeándose la frente con las yemas de los dedos —. Grasa animal, seguramente. Los u'ivvanos la derriten y lustran las lanzas con ella. — Suspiró —. Aunque es interesante saber que aquí también lo hacen.

—Ah — repuse.

Mi descubrimiento había sido un chasco. Porque, naturalmente, era eso lo que hacían. ¿Cómo no me había dado cuenta? No me atreví a mirar a Esmé,

pues no soportaba ver su aire triunfal, su júbilo al ser testigo de otra prueba más de mi ingenuidad.

—Sentaos los dos — ordenó Tallent, y nosotros obedecimos —. ¿Tenéis hambre? — Se sacó de detrás de la espalda una piña de plátanos color yema. El tallo debía de medir un metro de longitud, pero cada plátano medía apenas siete centímetros, aunque estaban perfectamente formados y curvados como cimitarras —. Fa'a los ha cortado hace un momento — explicó —. Probadlos. Están riquísimos.

Y era verdad: aunque sin duda se trataba de plátanos, su textura no era harinosa ni almidonada; eran más jugosos de lo que creía que una fruta pudiera ser y tan dulces que dejaban una quemazón en la lengua.

—Les he pedido a los guías que lleven a los demás al arroyo para poder hablar a solas con vosotros — continuó. Comió unos cuantos plátanos antes de seguir —. Nos hallamos en una situación muy delicada, que debo explicaros lo mejor que pueda. — Esme adoptó un semblante serio y yo traté de hacer lo propio —. Aunque podemos quedarnos si queremos (bueno, quizá la mejor manera de expresarlo sea que nos toleran con cierta hospitalidad), aquí existen determinadas reglas que tenemos que procurar respetar en todo momento.

Nos hizo una lista. Podíamos observar a los lugareños, pero no darles conversación salvo que el jefe del poblado nos lo permitiera. Bajo ningún concepto podíamos tocar a los cerdos ni las lanzas de los hombres; tampoco se nos permitía comer su comida, aunque naturalmente si nos la ofrecían podíamos aceptarla. Teníamos que adaptarnos a sus horarios, lo cual significaba dormir la mayor parte de la mañana porque, como ellos, nos acostaríamos muy tarde (yo no entendía esta norma). Nos mantendríamos fuera de la vista de los lugareños, internándonos en el bosque, mientras no nos indicaran lo contrario. Y, lo más importante de todo, jamás podíamos

llevar a los soñadores al poblado. Por su bien tanto como por el de los lugareños.

—¿Por qué no? — preguntó Esme.

—No estoy seguro — admitió Tallent —. Pero lo cierto es que la mayoría de las negociaciones de ayer tuvieron que ver con los soñadores, y su presencia es lo que más los alteró.

—Pero si son de aquí — insistí.

—Ya — convino —. Los conocían. Bueno, conocían a Mua. Y creo que a Ukavi también, y puede que a Ivaiva, a Va'ana y a Vi'iu, solo por cómo se empeñaban en no mirarlos. Tal vez. Pero, sea como sea, el caso es que no querían ni verlos. Y anoche, cuando ya dormíais, oí que Mua le repetía a Fa'a una y otra vez: «Yo no puedo volver. Yo no puedo volver».

Los tres nos quedamos callados un momento, tratando de interpretar el significado de las palabras de Mua.

—¿Qué cree Fa'a que era lo que intentaba decirle? — inquirió Esme.

—No lo sabe. Solo me ha dicho (cosa de la que ya me había dado cuenta) que Mua estaba asustado. Pero hay algo más — añadió, estirando los brazos por encima de la cabeza, casi en una parodia de un gesto informal, aunque poco convincente, porque él también estaba preocupado —. Quería estar aquí, quería pisar el poblado, pero no se atrevía.

Volvimos a guardar silencio.

Aquella noche se repitió la escena: los insoportables olores de la carne al fuego, los gemidos y parloteos de los soñadores, las manamas palpitantes, la oscuridad del bosque que se cerraba a mi alrededor igual que el cordón de una talega. Y una vez más, antes de quedarme dormido intenté reunir las ideas dispersas que zumbaban en mi cabeza como abejas: ¿qué significaba que los lugareños conocieran a algunos de los soñadores, no a todos? ¿Por qué Mua anhelaba y al mismo tiempo temía estar en el poblado? ¿Por qué los

habitantes de la aldea no le permitían volver? Algo había, una especie de conexión. Y yo lo sabía, lo sabía con toda seguridad.

Pero ¿qué era?

El tiempo se comprime y se confunde en la memoria, pero creo que no me equivoco si afirmo que, poco después de aquella conversación tan poco esclarecedora, las cosas empezaron a acelerarse. Con la perspectiva que dan los años, me percaté de que ocurrieron varias cosas de manera simultánea, aunque a la sazón fueran acontecimientos, digamos, independientes, relacionados pero en último término independientes entre sí.

Lo primero que ocurrió fue que el jefe nos invitó a Tallent, a Esme y a mí a estudiar la aldea y a sus habitantes. Soy consciente de que en cierto modo estoy restando importancia al descubrimiento de la tribu, y puede que sea porque ese hallazgo pronto quedó eclipsado, muy eclipsado, por el mío. Pero ahora, tantas décadas después, debo decir que aun sin mi revelación, la mera existencia del poblado ya habría sido una gran sensación. En los momentos del descubrimiento, sin embargo, nos quedamos extrañamente mudos. Habían pasado tantas cosas raras durante el viaje que creo que en algún punto de la travesía todos habíamos empezado a asumir que algo extraordinario nos aguardaba al final del camino, una suposición que nos llevaba a subestimar lo que ya habíamos encontrado: una tribu perdida, una microsociedad compuesta de sesenta y seis miembros que nunca antes había sido objeto de estudio.

Ahora bien, sé, tanto por las conversaciones entre Tallent y Esme como por los numerosos libros y las exploraciones que precedieron y sucedieron a

nuestro descubrimiento, que muchos otros también han afirmado haber encontrado un pueblo perdido. Es casi como si en cada generación se desvelara la existencia de un nuevo grupo de población (lo cual, desde un punto de vista puramente estadístico, es muy improbable. A estas alturas, el mundo es un lugar muy explorado; sin embargo, cada década, más o menos, como un reloj, surge una nueva afirmación y es menester malgastar mucho tiempo y dinero para refutarla). Pero si de ese número se descuentan las afirmaciones fraudulentas, nos quedamos con una población pequeñísima de gente potencialmente desconocida. Y si se analiza esa población, se comprueba que la mayor parte de esas tribus «perdidas» solo son tal para el hombre blanco; que la sociedad civilizada se tope con un grupo de gente en la Amazonia no significa que esas personas sean desconocidas para decenas de tribus más, mejor documentadas y vecinas. Uno de los elementos que contribuyó a que nuestro hallazgo fuera tan importante es que no solo el hombre blanco no había visto jamás a aquella gente, sino que tampoco los u'ivuanos, en general. Habían vivido, cazado, se habían reproducido y muerto durante cientos de años sin dejar de ser poco menos que un mito, una fábula negra, medio humanos y medio monstruos, para el propio pueblo del que procedían.

Teniendo todo esto en cuenta, resultaba asombroso, casi perturbador, constatar la serenidad casi espeluznante con que los lugareños aceptaron nuestra presencia. De todas las características, peculiaridades temperamentales y rarezas que les eran propias, fue esta, su habilidad para readaptarse a casi cualquier cosa que se encontraran (o, en este caso, que los encontrara a ellos), la que más me cautivó. En años sucesivos, naturalmente, el poblado sería redescubierto muchas veces por barcadas de visitantes civilizados, y aunque llegaron a conocer los secretos de algo más que los aldeanos poseían en exclusiva, yo siempre pensaría que tendrían que haberse

concentrado no en aislar el gen que les otorgaba aquella calma tan integral, tan inquebrantable, sino en su habilidad para asimilar (y, en muchos casos, hacer caso omiso sin más) cuanto aconteciera de nuevo, molesto o incluso indescifrable.

En aquellos primeros días, mientras Esme y Tallent tomaban notas y más notas y realizaban nuevas e infructuosas entrevistas a los soñadores, yo exploré todavía más el poblado. En un primer momento, Esme y Tallent se mostraron remisos a perturbar o condicionar los hábitos cotidianos de los ivu'ivuanos, y por eso pasaban horas y horas sentados cual gárgolas en extremos opuestos de la aldea, observando a sus habitantes ejecutar las tareas diarias y llenando cuadernos enteros con descripciones minuciosas de las actividades más prosaicas. (En una ocasión, mientras Esme se bañaba, eché un vistazo a uno de sus cuadernos y encontré un texto de seis páginas relativo a la observación de la mierda de una mujer, con párrafos enteros en que detallaba las heces: consistencia, color, olor, tono, textura, etcétera.) Yo, en cambio, no me regía por esa ética, real o de otro orden, y con mucho gusto cruzaba la linde del bosque y accedía al círculo del poblado.

Lo que más me gustaba era observar a los niños. Eran más pequeños que los de Estados Unidos y, para mi sorpresa, más guapos: los rasgos que en sus padres se antojaban extraños — las piernas cortas, amazacotadas; el improbable volumen de pelo; las orejas anchas de soplillo; el caos toscamente cincelado de sus facciones, como algo a medio derretir — en ellos resultaban encantadores, y llevaban bien la desnudez. Eran, también, más atrevidos que los críos de mi país; los niños, incluso los más pequeños, jugaban con palitos afilados y puntiagudos como si fuesen lanzas que usaban para atacarse, entre chillidos, y tanto niños como niñas tenían la costumbre — que al principio me pareció preocupante — de correr a toda velocidad hacia los cerdos de sus padres y aterrizar sobre ellos con un ¡pum! (los animales parecían

acostumbrados a semejante trato y se limitaban a agitar la cola, como espantando una mosca, o a bajar las orejas).

Notable era también que prácticamente nadie los supervisara. Había veintiséis niños en el poblado,[37] desde cuatro bebés hasta tres de al menos catorce años, y cada uno de ellos — por casualidad, todos eran varones — llevaba siempre consigo su lanza de madera de palma, que les sacaban más de treinta centímetros de altura. A diferencia de lo que ocurría en otras sociedades primitivas, allí los niños estaban exentos de trabajar, incluso los mayores; en cambio, se pasaban el día entero jugando. A veces los mayores se escabullían en el bosque, solos o en grupo, y volvían varias horas después con un clan entero de vuakas empalados en las lanzas y amontonados unos sobre otros como toallas en una balda, o con una hoja de palma a rebosar de larvas contorneantes recién cogidas. A veces los veía jugar en el riachuelo, el mismo que habíamos seguido montaña arriba, si bien aquí era más ancho y aún más rápido, y discurría entre rocas y tallos, llevándose con rapidez los pedacitos de flores y hojas que los niños arrojaban.[38] Yo sabía, por Tallent, que les habían ordenado evitar a los soñadores, y curiosamente — pues esa no sería mi experiencia con criaturas más adelante — ellos obedecían sin rechistar. Hubo días en que también a mí se me pidió que evitase a los soñadores, por estar Tallent o Esmé enfrascados en entrevistas supuestamente importantes; en aquellos casos me sentía empujado casi de manera inexorable hacia ellos, pese a los ruegos de Tallent para que no me acercara.

Las mujeres se pasaban el día clasificando: judías, vuakas, manamas, hojas de palma, madera de palma, trenzas de palma. Cada vez que las veía estaban entregadas a una ajetreada labor de organización. Les inspiraba orgullo y tranquilidad saberse bien preparadas: a última hora del día, cuando el aire empezaba a grisear, devolvían las cestas a la choza correspondiente, con las provisiones dentro, y luego se plantaban en la entrada y emitían un cloqueo

de satisfacción al comprobar lo que un día de faena había sumado a sus existencias, que, dado el trabajo constante, nunca parecían mermar. A diferencia de Esme, a quien oí una noche decirle a Tallent con mucho entusiasmo que había que atribuir su eficacia a una técnica oscura y superior, yo me di cuenta enseguida de que disponían de tanto tiempo para ellas porque no lo malgastaban haciendo cosas en que el resto de mujeres del mundo invertía horas y horas; no tenían ropa, por ejemplo, de manera que no debían hacer coladas. Llevaban el pelo, igual que los hombres, recogido en un sencillo rodete en la coronilla, y jamás vi que se lo lavaran o cepillaran. Nunca limpiaban las chozas ni reparaban las esteras; cuando una se estropeaba, la doblaban, la apartaban para después alimentar el fuego con ella y sacaban una nueva de la choza. Por último, como ya he comentado, no se hacían cargo de los niños.

Una mañana vi a dos mujeres — una tan gorda que no acertaba a juntar ambas manos por encima del globo que era su vientre — trenzando hojas de palma fuera de una de las chozas de almacenamiento de las palmas. A pocos pasos, un bebé, una niña pequeña se aupaba con los codos para alcanzar un trozo de vaina de judía seca que se había caído de una de las cestas. Nada más cogerlo, naturalmente, se lo metió en la boca, y al hacerlo, naturalmente, empezó a ahogarse. Observé absorto cómo la respiración iba acortándose y transformándose en un jadeo, y luego la vi tumbarse boca arriba y hacer molinetes con brazos y piernas mientras la cara se tornaba del color de un rábano. Al final tosió con fuerza, el trozo de judía salió disparado y la niña se echó a llorar. Las mujeres no se habían inmutado. Es muy posible que ni la hubieran visto — de tan concentradas como estaban en el trenzado —, pero ni siquiera cuando la cría empezó a llorar la miraron. Al final, el percance no tuvo mayor importancia, pues al cabo de pocos minutos la niña volvió a

ponerse bocabajo y empezó a gatear, muy probablemente en busca de otra cosa peligrosa que llevarse a la boca.[39]

Los hombres cazaban a diario. La mitad del grupo se quedaba en el poblado sacando brillo a las lanzas, charlando y acariciando a los cerdos, mientras la otra mitad desaparecía entre los árboles, seguidos por los marranos. Al verlos regresar con las presas — que siempre eran inidentificables y, por tanto, perturbadoras, dado que las desollaban *in situ* y solo traían pedazos irregulares de cuerpos desmembrados — me costaba recordar que nos encontrábamos en una isla. Salvo por el riachuelo, cuya escasa profundidad solo permitía la existencia de los piscardos más diminutos, no se notaba la presencia del agua ni de mar. Naturalmente, estábamos rodeados de océano, pero ignoraba por completo lo que sabían los indígenas de él: si lo concebían, y cómo, o cuánta experiencia poseían del mar, o si en algún momento de la historia del poblado se habían dirigido a él en busca de alimento o sencillamente para explorar.[40]

El único animal por el que sentían aprecio era el cerdo, y ni siquiera estos era objeto de fetichismo. En décadas posteriores, tras haber visitado todas las civilizaciones remotas y atrasadas que me tocaba, llegaría a reconocer los animales, ornamentos y comportamientos que misteriosamente las vinculaban, como si todas ellas hubieran equipado sus sociedades a partir de unos grandes almacenes en el seno de la selva que solo despachara a pueblos primitivos. Por ejemplo, todos empleaban abalorios, de varias clases, con los que se ataviaban o comerciaban, y todos lucían adornos corporales de varias clases; por último, todos tenían perros: criaturas sarnosas y famélicas, algunos flacos y otros encanijados, todos aturdidos de cansancio, descuido y una vaga y persistente malnutrición que nunca se remediaba. Pero en aquel poblado no había perros (ni adornos corporales, dicho sea de paso), y cuando muy de tarde en tarde volvían con un animal vivo a la aldea (normalmente

por ser demasiado grande o por haber demasiados para que los hombres los mataran y despiezaran solos) este era atacado, sacrificado y desmembrado de inmediato. Una vez llegaron con un perezoso colgado de una de las lanzas. Tan grande era, que los dos hombres que sujetaban los extremos de la lanza se vieron obligados a sostenerla sobre la cabeza y no sobre los hombros, y aun así el lomo del animal arrastraba por el suelo, su pelaje plateado dejaba una estela triste y grácil en la tierra seca. Los hombres se detuvieron, tambaleándose, detrás de la choza de la carne, donde el terreno presentaba una mancha permanente de color óxido, y empezaron a apalearlo con un ansia y una fuerza a mi juicio innecesarias, clavándole las puntas de las lanzas al azar mientras los refuerzos lo golpeaban con los mangos romos de las armas. El animal no opuso resistencia, al contrario: se quedó de lado y sin moverse, con las patas delanteras y traseras aún atadas, emitiendo unos gorjeos agudos y gatunos que no parecían importunar a nadie salvo a mí. Cuando ya todos lo habían breado a palos hasta matarlo, las mujeres entraron en escena y se pusieron a desollarlo — la piel, perlada y satinada de grasa por la cara interior, la arrojaron a los cerdos, que inmediatamente se pusieron a sorberla — y luego lo cortaron en trozos que envolvieron en hojas verdes de palma y de plátano y almacenaron en la choza de la carne. Toda la operación se llevó a cabo con total normalidad, y con algo más que satisfacción pero menos que júbilo, y a continuación todos los participantes en el ritual se lavaron las manos y las mujeres se pusieron a preparar la cena.

Pero, por poco sentimentales que se mostraran con los animales, sí que lo eran respecto a su propia existencia. No dejaba de asombrarme el carácter reducido de la sociedad, la idea de llevar una vida en que uno pudiera contar con los dedos a todas las personas que conocía o había visto jamás. Pero, por muy pequeña que aquella sociedad fuera, no le faltaba absolutamente de nada: todos y cada uno de los rituales que pudieran practicarse en una

civilización mil veces mayor se llevaban a cabo allí también. En realidad, a veces parecía que hubiera un exceso de rituales y normas, como si así se compensara el número de personas que participaban de ellos. La vida — una vida breve, por lo demás — se desarrollaba como una serie de acontecimientos deslumbrantes, un redoble de celebraciones para señalar sucesos e hitos que una sociedad más numerosa y activa habría considerado cotidianos, dignos de poco más que una mención de pasada.

Por ejemplo: todos los meses tenía lugar una ceremonia que señalaba el inicio de la menstruación de las mujeres y otra que marcaba su fin. Era la celebración de las relaciones sexuales. La primera vez que vi desaparecer a un hombre y a una mujer en una choza, el resto de la aldea estalló en un ulular desquiciado, y los niños — era muy tarde — levantaron sus cabezas peludas y miraron en derredor con los ojos entornados por el sueño. La pareja no sintió ninguna vergüenza y, cuando acabaron salieron de la choza, fueron recibidos por más ululatos, desplegaron las esteras y se echaron a dormir. En las primeras semanas que pasé en el poblado fui testigo de fiestas que celebraban los primeros pasos de un bebé (la nena obsesionada por los productos alimenticios peligrosos), la entrega de su primera lanza a un chico, el regreso de los cazadores a la aldea con lo que parecía toda una generación de vuakas que gimoteaban y arañaban desde el interior de una saca abultada de hojas de palma fabricada *ad hoc* y arrastrada por dos hombres, y otra fiesta más, cuyo objetivo no fui capaz de descifrar, en que cuatro hombres y cuatro mujeres bailaron (corrieron, en realidad) sin seguir ningún ritmo en torno a la hoguera, llevándose a la frente una de esas cosas con aspecto de lagarto que yo había visto en la choza de artículos curados y que luego arrojaron a las llamas mientras los demás eran testigos, con aire solemne.[41]

Una tarde cuando regresé al poblado tras cumplir con mi turno de bañar a los soñadores vi que todos los miembros de la aldea, congregados en torno a

la novena choza, emitían de manera colectiva un murmullo grave, casi metálico, como el zumbido de un generador. En la entrada de la choza se encontraba el jefe, relativamente alto y relativamente majestuoso, tocado con una corona de pálidas hojas de helecho cuyas puntas se retorcían y alzaban con la leve brisa igual que las antenas de un escarabajo. Dijo algo, y una de las mujeres adelantó con delicadeza a un muchacho. Por entonces aún me costaba mucho calcular la edad de los u'ivuanos, pero más adelante me enteré de que acababa de cumplir *maku o'ana*, u ocho *o'ana*, es decir, que debía de tener en torno a diez años según el calendario occidental.

Cuando el chico y el jefe estuvieron frente a frente, el hombre puso las manos en los hombros del niño y le dijo algo, a lo que el muchacho respondió con una inclinación de la cabeza. El jefe habló de nuevo, se hizo a un lado, y el niño entró en la choza, seguido del hombre.

Los ivu'ivuanos estrecharon aún más el cerco a la choza y los murmullos cobraron fuerza. La mujer que había hecho salir al niño se sentó justo delante de la entrada, desde donde dominaba el interior, y a su lado se acomodó otro hombre; supuse que se trataba de los padres.

Me acerqué también, hasta que me coloqué en cuclillas directamente detrás de los padres, siguiendo su mirada hacia dentro de la choza, que había sido iluminada por una pequeña fogata ubicada justo debajo del caparazón de tortuga, que bajo aquella luz tenue se veía céreo y en cierto modo funesto, como el trofeo de una bestia vencida que con el tiempo se ha convertido en talismán.

El chico yacía boca arriba tumbado en la estera. Su rostro era inexpresivo, pero vi que la mano derecha, la única visible desde la entrada, se abría y cerraba, como hacían los adultos con sus lanzas, aunque, naturalmente, el chico no agarraba más que aire. El jefe se colocó encima de él, a horcajadas, y entonó unas cuantas palabras. El murmullo fue cobrando fuerza. Y entonces

el hombre se agachó, primero de rodillas y luego tumbándose por completo sobre el niño, postura en que permaneció varios minutos casi sin moverse. No era corpulento, pero el chico era muy pequeño, y el cuerpo del jefe lo cubría hasta tal punto que yo solo veía la mano abriéndose y cerrándose contra la estera de palma.

¿Sabía yo lo que estaba a punto de ocurrir? Supongo que sí. Pero la situación se asemejaba tanto a las ensoñaciones de los delirios febriles — los cánticos, la extraña luz, el murmullo, el gruñido lejano de los cerdos, la espalda y los muslos desnudos y relucientes de sudor del jefe —, que cuando el hombre por fin dijo escuetamente algo y el chico se puso bocabajo, me impresionó la violencia con que sucedió todo.

Aunque quizá violencia no sea la palabra más adecuada, porque, si bien es cierto que se mostraba enérgico, el jefe no transmitía precisamente violencia. Antes de que empezara me di cuenta de que a su lado había un pequeño cuenco de no'aka lleno de grasa, con la que untó al niño, y la sodomización, aunque concienzuda, no resultó agresiva en ningún momento. Por su parte, el chico estaba muy quieto y en completo silencio, con los brazos relajados a ambos lados del cuerpo, abriendo y cerrando la mano y con la cara vuelta hacia la estera.

Una vez que hubo terminado, el jefe se levantó, fue hasta la entrada e inclinó la cabeza en dirección a los padres, que le devolvieron la reverencia. Entonces dijo algo, y un grupo de ocho hombres, entre ellos dos de los chicos que habían llevado los vuakas en las lanzas, se reunieron con él en la entrada. El jefe se quitó la corona de helecho y se la caló a uno de los hombres de mayor edad, al que reconocí de las negociaciones del primer día, que entonces entró en la choza y repitió lo que había hecho el jefe. Cuando terminó, se inclinó ante los padres del niño (y ellos ante él) y pasó la corona

al siguiente, y este al siguiente, hasta que cada uno de ellos hubo visitado al crío.

Cuando todos estuvieron servidos, el jefe habló, y el niño se puso a gatas y se levantó, despacio, y avanzó hasta la entrada para reunirse con él, dos siluetas recortadas contra el fuego. El jefe se puso al chico delante y le dio la vuelta para que mirase a sus padres, y vi que tenía la cara interna de las piernas impregnadas de sangre seca. Pero, por lo demás, era el mismo que cuando entró en la choza: la misma expresión solemne, la misma silueta perfecta, los mismos ojos negros e inescrutables. En aquel momento el jefe volvió a decirle algo, le colocó la frondosa corona de helecho y posó las manos a ambos lados de la cabeza del niño, a modo de bendición.

Y de repente todo acabó. El murmullo cesó, la multitud se dispersó, entre bostezos y estiramientos, el jefe volvió con sus compinches y se dirigió hacia donde se encontraban los cerdos, y al niño, con su pequeña cabeza en llamas de helecho, se lo tragó un grupo de amiguitos, que trotó en tropel hacia la choza de la carne. Aparte de la corona, lo único que lo distinguía eran los andares, con las piernas ligeramente arqueadas. Tan decepcionante fue el desenlace que por un momento me quedé pensando si no habría sido todo una alucinación.

Sé que lo que voy a decir no goza de mucha popularidad, pero siempre he creído, incluso antes de aquello, que entre determinados grupos étnicos existe una predisposición a ciertos comportamientos, o tal vez sea más exacto decir que están dotados de forma natural de ciertas características. Los alemanes y japoneses, por ejemplo (y no creo que sea discutible), sienten una predilección natural por cierto tipo de crueldad refinada; los franceses, por una glamurosa indolencia que han logrado hacer pasar por languidez; los rusos, por el alcoholismo; los coreanos, por el mal humor; los chinos, por la

frugalidad; los ingleses, por la homosexualidad. Los ivu'ivuanos, por su parte, sentían un interés y una inclinación especial por la promiscuidad sexual. Aproximadamente una semana después de aquel día, deambulaba yo por el bosque, aburrido y presa de una leve sensación de claustrofobia tras las muchas horas pasadas en la aldea, y vi al chico de la choza con uno de los adolescentes de las lanzas. Esta vez, el mayor estaba apoyado contra un árbol mientras el más joven le practicaba una felación. Bien: la suposición natural (que, como era de esperar, fue la que formuló Esme cuando más tarde les conté a Tallent y a ella lo que había visto) es que el chico era una suerte de joven esclavo sexual. Pero no creo que fuera el caso. En los meses que pasamos en el poblado fui testigo de una especie de libertad y apertura sexual generalizadas que me sorprendió no haber advertido antes: vi parejas (de hombre y mujer, aunque también en otras combinaciones) apareándose en chozas y en el bosque, y a niños de todas las edades frotándose con otros niños, hecho nada extraordinario, pero también con adultos. Antes de Ivu'ivu jamás se me había pasado por la cabeza que los niños pudieran disfrutar de las relaciones sexuales, pero en aquel pueblo parecía por completo normal, como en efecto era.

Mas, volviendo a la ceremonia; en cuanto acabó corrí a buscar a Tallent, que estaba leyendo uno de sus cuadernos bajo el valioso resplandor de la linterna, e intenté contarle en voz baja lo que había visto. Como ya he señalado, a menudo me costaba descifrar el semblante de Tallent, pero en aquella ocasión, por una vez, resultó facilísimo: vi conmoción, e incredulidad, y repulsión, y entusiasmo, y envidia; cada emoción sustituía a la anterior tan clara y completamente como en un pase de diapositivas.

Por desgracia, Esme despertó en medio de mi relato y me obligó a contar el incidente desde el principio. No me sorprendió nada que encajara mal la información y casi me acusara de estar inventándomelo todo, levantando cada

vez más la voz hasta que Tallent se vio en la obligación de pedirle que se calmara.

—Es que no me lo creo — siseó al final (todos hablábamos en susurros para no despertar a los soñadores) —. No ha habido ninguna señal que apunte a ese tipo de comportamiento, no ha habido maltrato hacia los niños, no ha...

—Ahí está la clave — la interrumpí —. No es maltrato. Después, el niño estaba perfectamente.

—Pretendes que me crea que un niño al que acaban de violar nueve hombres... — se burló ella.

—No estás escuchándome, maldita sea — le espeté —. No estaban violándolo. Sus padres se hallaban presentes. No ha sido un acto de violencia.

—¡Es un acto violento por naturaleza, Norton! Me da igual que los padres estuvieran delante.

En fin, fue una conversación tremendamente tediosa y repetitiva, y podría haberse alargado mucho más si Tallent, que había estado observándonos, no la hubiera zanjado con la promesa de que hablaría con el jefe del poblado al día siguiente.

Y así lo hizo. Según él, lo que yo había presenciado era un ritual llamado *a'ina'ina* por el que pasaban todos los chicos al cumplir *maku o'ana*. El objetivo de la ceremonia era instruir a los niños en el coito, ¿y quién más adecuado para enseñar a un chico que otro hombre? ¿Y qué mejor manera de ayudar a un muchacho a aplacar una parte de la agresividad y ansiedad de la preadolescencia que mostrándole un camino hacia la virilidad? Las niñas, al soportar una carga sexual mucho menor, no contaban con un ritual equivalente, pero se consideraba que requerían menos instrucción sexual que los varones. El jefe nos invitó a asistir al siguiente *a'ina'ina*, que se celebraría al cabo de tres noches. Era muy, pero que muy inusual, dijo el jefe,

contar con dos chicos que cumplieran los ocho *o'ana* tan seguido, pero aquel año se daba el caso.

La explicación del *a'ina'ina* por parte del jefe me pareció sumamente razonable. A Esme, como es natural, no. No fui capaz de saber qué opinaba Tallent. Pero tres noches después volvimos a la novena choza y vimos cómo el jefe recibía en la entrada y hacía pasar a otro niño, un poquito más entrado en carnes y en cierto modo no tan cautivadoramente despierto como el que yo había visto. Y a pesar de que la iniciación transcurrió exactamente como yo la había descrito — los murmullos, el canturreo, el fuego encendido, la aquiescencia del niño, la guirnalda de helechos —, Esme se obstinó en negarse a hablar de ello. Volvió a nuestras esteras como una adolescente enrabiada, y de haber tenido a su disposición una estructura provista de una puerta, la habría franqueado a zancadas y cerrado con ganas. Tal y como estaban las cosas, se limitó a tirarse en la estera y ponerse de lado, fingiendo dormir, pese a que aquella noche me despertó dos veces con sus sollozos contenidos.

Años después, cuando las vidas de todos eran ya muy distintas, Esme publicó un libro sobre la temporada que pasó en Ivu'ivu[42] en el que no hizo ninguna mención del ritual. Quise preguntarle por qué no había hablado de ello, y hasta empecé a escribirle una carta, pero naturalmente por aquel entonces tenía entre manos asuntos más apremiantes y nunca llegué a acabarla. Sin embargo, su omisión me pareció de una hipocresía intelectual flagrante: cuando uno está documentando una cultura no puede excluir sin más los detalles que considere desagradables, escandalosos o que no encajen en la pulcra construcción de su narración. No obstante, más tarde aún me pregunté si su reacción no habría surgido fundamentalmente de los celos. A fin de cuentas, ciñéndonos a los hechos, el *a'ina'ina* era un tesoro antropológico, y fui yo y no ella quien primero lo presencié. Podría entender

y hasta solidarizarme con un razonamiento así, sobre todo teniendo en cuenta los sucesos posteriores, que hicieron que su presencia cada vez fuera más irrelevante.

Por mi parte, no me parecía que me compitiera emitir juicios sobre el ritual. Sin duda fue una sorpresa, algo impactante, incluso, pero no puedo negar que me hizo replantearme algunas ideas que siempre había tenido sobre la infancia, y sobre el sexo en general, y sobre el hecho de que no existía una única actitud correcta con respecto a ambos. Quizá suene muy ingenuo, pero supongo que hasta entonces había creído que existía una serie de absolutos en esta vida, que ciertos comportamientos o actos, como el asesinato, eran intrínsecamente reprochables y otros intrínsecamente correctos. Pero el tiempo que pasé en Ivu'ivu me enseñó que toda ética o moral es culturalmente relativa. Y la reacción de Esme me enseñó que, si bien el relativismo cultural es un concepto fácil de asimilar en el plano intelectual, para muchos no es tan fácil de recordar.[43]

El hecho de presenciar aquellas actividades acarreó otra consecuencia imprevista y no del todo agradable, que fue la de que mis sueños nocturnos empezaron a centrarse cada vez más en Tallent. Me da un poco de vergüenza reconocerlo, por lo pueril que suena, pero, al fin y al cabo, por entonces yo era poco más que un niño. Por las mañanas no recordaba los detalles, solo que él aparecía en los sueños y que yo era feliz, y las jornadas que seguían resultaban de una lóbreguez y una tristeza insoportables, un paisaje purgado de satisfacciones, y empecé a pensar en ellos como algo que había que soportar a cambio de regresar a la oscuridad vacía y consentidora de la noche.

Aunque pueda parecer lo contrario, no pretendo insinuar que yo o alguno de nosotros hubiéramos perdido el interés por los soñadores y el dilema que planteaban. Tampoco quiero dar la impresión de que mis incursiones en el poblado las hacía a expensas de ellos. En realidad dedicaba una parte muy significativa de mi tiempo a asearlos, darles de comer, observarlos y entrevistarlos, actividades que enseguida se volvieron hartamente pesadas. El origen parcial de mi desencanto respecto a ellos se hallaba en que ahora contaba con algo nuevo — la aldea y sus habitantes — que requería toda mi atención, pero también en parte porque los soñadores eran, por su naturaleza y limitaciones, especímenes aburridos para trabajar. En realidad no se diferenciaban gran cosa de aquellos ratoncitos blancos y lerdos que tantas mañanas dediqué a sacrificar: necesarios, pero ni por asomo interesantes. Todos sabíamos que encarnaban algo singular y trascendente, pero nadie era capaz de determinar qué, o al menos cómo acotar la pregunta que pudiera llevarnos a una respuesta. En este punto, sin embargo, seguramente gozaba de cierta ventaja sobre Esme y Tallent: yo sabía, lo sabía sin más, que existía una conexión entre la avanzada edad de los soñadores y la juventud de los habitantes de la aldea, entre el rechazo de los lugareños a ver siquiera a los soñadores y el deseo que despertaba la aldea en los soñadores, aun cuando se negaran a acercarse a ella; en efecto, ni siquiera miraban en dirección al poblado y preferían mantener la vista fija en el sombrío bosque en todo

momento. Pero yo no acertaba a desentrañar aquella conexión. Siempre estaba ahí, un trasgo agazapado en un rincón ennegrecido que me hacía señas en los momentos más improbables e inoportunos y luego echaba a correr, con una risa traviesa, en cuanto me disponía a acercarme.

Entretanto, los soñadores presentaban pocas novedades. Poco más podíamos sacarles acerca de su vida que no supiéramos ya: la llegada de Vanu, el recuerdo del Ka Weha de Ika'ana. Intentamos interrogarlos sobre su vida en el poblado y su vida en el bosque, pero nos daban respuestas desiguales y vagas: en el caso de Ika'ana, porque no parecía conservar ningún recuerdo; en el de Mua, por algo más: reparos, cautela.

Una mañana, a las diez semanas de nuestra llegada, más o menos, Tallent se nos acercó mientras ingeríamos nuestro triste desayuno. (Menos triste que antes, eso sí. Como Tallent había prometido hacía semanas, por fin pudimos encender nuestra propia hoguera y a sus llamas arrimábamos unas largas brochetas de vuakas que Fa'a nos había conseguido, sorprendentemente sabrosos, como los escribanos hortelanos, pero en mamíferos.)

—Nos han invitado a otra ceremonia — anunció.

—Ay, madre — masculló Esme.

—Es esta noche — añadió Tallent —. El cumpleaños del jefe.

Nunca se me había pasado por la cabeza pensar en el jefe como individuo; él era, simplemente, el jefe. Me percaté entonces de que ni siquiera sabía cómo se llamaba, ni quiénes eran su mujer o sus hijos, ni siquiera por qué era el jefe. ¿Por casualidad, por un derecho de nacimiento, o era la recompensa por una hazaña?[44]

—¿En qué consiste? — preguntó Esme con desagrado. Daba por hecho que cualquier ritual de la aldea implicaría practicar sexo con niños, cuando en realidad eso solo ocurría en dos o tres ritos.

—No lo sé muy bien — reconoció Tallent —. Pero creo que habrá un

banquete bastante grande: están haciendo otra hoguera, y todo el mundo anda poniendo orden.

Entorné los ojos en dirección a las chozas y vi que, en efecto, ardían dos fuegos en vez de uno.

—¿Cuántos cumple? — pregunté, más por seguir con la conversación que otra cosa.

Pero entonces Tallent se volvió para mirarme, y sonrió.

—Sesenta — dijo, pronunciando la palabra como si me hiciera un regalo.

Sesenta. La cifra se quedó flotando en el aire igual que una voluta de humo, y pensé en lo que quería responder, aislar la pregunta que sabía que necesitaba formular de entre todas las que se confundían dentro de mi cabeza y mi boca.

Obviamente, Esme tenía que estropear el momento.

—¡Sesenta! — exclamó dando un alarido —. ¡La misma edad que Eve!

—La edad aproximada de Eve, según las pruebas físicas de Norton — le recordó amablemente Tallent.

Poco importó, sin embargo, porque Esme no estaba escuchando. Y, para ser sincero, yo tampoco. La revelación de Tallent requería ciertos replanteamientos por mi padre. Ya no se trataba de una aldea llena de gente joven; ahora era una aldea de gente que aparentaba ser joven pero podía no serlo. No lograba determinar lo que eso podía implicar, pero sabía que algo implicaba.

—Es el más viejo del poblado — agregó Tallent, escrutándome, como si estuviese dándome una pista fundamental que me llevaría a recordar dónde había escondido yo la respuesta.

Pero no fue así. Tenía que reflexionar, y para ello necesitaba estar solo. Anuncié a Esme y a Tallent que iba a dar un paseo.

—La ceremonia empieza al anochecer — dijo Tallent, ya a mi espalda —.

Estate aquí para entonces.

Caminé en círculos cada vez más grandes en torno a la circunferencia de la aldea, pero cuando la luz empezó a transformarse en una espesa melaza, yo seguía igual de desorientado. La situación era muy frustrante, y en mi frustración cuanto me rodeaba, me irritaba — el terreno húmedo y blandurrio del bosque, los remotos gemidos y lamentos de los soñadores, la continua caída sobre mi cabeza y mis hombros de diversas materias vegetales secas y crujientes procedentes de los árboles —. Empecé a experimentar un odio irracional hacia Tallent, que me había llevado a aquella isla y soltado en medio de un misterio inconmensurable, como esperando que yo lo resolviera.

Cuando volví a la aldea estaba de un humor de perros. Pero me acerqué a las hogueras y vi a Tallent y a Esme sentados entre los ivu'ivuanos, que habían formado dos filas largas a ambos lados de las llamas. Para mi sorpresa, Fa'a también estaba allí, junto a Esme, mirando hacia delante y con la lanza en el regazo.

—¿Ha venido Fa'a? — le pregunté a Tallent, sentándome a su izquierda.

—Sí — susurró (los lugareños estaban vibrando una vez más con su murmullo colectivo) —. El jefe ha invitado a los tres guías, pero solo Fa'a ha querido acudir.

Sin darme tiempo para pensar en lo que aquella noche supondría, apareció el jefe, caminando despacio hacia la cabecera de las filas. Y aunque estaba completamente en cueros, al igual que sus paisanos, se movía como si fuese cargado de alhajas y ropajes: la espalda tiesa podría haber sostenido una capa hecha de metros y metros de pesado terciopelo carmesí; de su cuello largo y grueso podrían haber colgado retorcidos cordones de oro y trozos de metales salpicados de diamantes. Al menos llevaba una corona de dos vueltas, del grosor de mi pulgar, hecha con unas caléndulas relucientes, espléndidas, de un material suave tan brillante que refulgía incluso a la luz del fuego. Nunca

me había parecido que el jefe destacara por ser especialmente guapo, pero aquella noche estaba sin duda magnífico: llevaba el cuerpo ungido con un aceite que creaba el mismo resplandor espejeante de la corona, y el pelo, cepillado y también engrasado, le caía por debajo de los omóplatos y le brillaba alrededor de la cara en un remedo del fuego; a medida que se acercaba me llegó el tenue olor rancio de la grasa. Al cerdo — como era de esperar, el más grande, el más cruel y el de aspecto más peligroso de la piara — también lo habían acicalado, y por una vez sus ojillos mezquinos, tan brillantes como casquillos de bala, quedaron eclipsados por su pelaje hirsuto y escurridizo y sus colmillos, que parecían pulidos y cepillados para la ocasión. A la izquierda del jefe se encontraban los hombres que lo habían acompañado en nuestras negociaciones, y a su derecha había tres mujeres, todas ellas treintañeras en apariencia, y dos chicos, uno de los cuales era el adolescente con lanza que yo había visto manteniendo relaciones sexuales con el niño de la primera ceremonia de *a'ina'ina*.

Cuando estuvo casi a la altura de la primera hoguera, el jefe se sentó y empezó a salmodiar, a entonar un cántico rítmico y vibrante sin inicio ni pausas, que a veces se elevaba en un falsete, casi un llanto, y otras veces se espesaba en un gemido, casi un bramido. Al cabo de varios minutos percibí un movimiento en el otro extremo de las filas y entonces vi a dos hombres que avanzaban a trompicones arrastrando tras de sí un pedrusco sobre el que descansaba otra piedra de aproximadamente el mismo tamaño. En el momento en que se hicieron visibles, oí que la multitud interrumpía el murmullo y exhalaba un suspiro colectivo — no supe si de deleite o de consternación —, y cuando los hombres se acercaron a nuestro extremo de la fila, me di cuenta de que lo que había confundido con la segunda piedra era en realidad una tortuga enorme.

Nunca había visto y nunca veré una tortuga tan inmensa. Todavía hoy me

cuesta encontrar algo con que compararla. Solo puedo decir que era más grande que una rueda de camión, más grande que una bañera, más grande que un perro lobo. Como no era especialmente alta — medio metro, más o menos —, sus dimensiones se atribuían casi por entero a un diámetro excepcional. Y aunque yo sabía, por su característico caparazón abultado, que se trataba de una opa'ivu'eke, por lo demás se parecía tan poco a la criatura que había visto muchas semanas atrás en el riachuelo como el feroz cerdo del jefe.

Los hombres colocaron la tortuga frente al fuego más cercano a nosotros — y al jefe — y se retiraron, jadeando a consecuencia del esfuerzo. El jefe seguía salmodiando, y justo cuando capté la palabra «opa'ivu'eke» en su cantar, la tortuga, como si le hubiesen dado el pie, asomó muy despacio la cabeza por el caparazón. Quedaba justo enfrente de mí, y al abrir los ojos me pareció que miraba en mi dirección, como si quisiera transmitirme un mensaje en exclusiva.

—¿Qué? — le susurré, ridículamente.

Ella levantó la cabeza, aquella cabecita suya tan curiosa, estirando el cuello al mismo tiempo, sin apartar sus ojos de los míos, y noté que me inclinaba hacia ella. Pero justo en aquel momento oí al jefe interrumpir el cántico y proferir un grito desmesurado, jubiloso, espeluznante, y entonces plantó la lanza (que sostenía, aunque yo ni me había percatado siquiera) justo delante de él, y la cabeza de la opa'ivu'eke cayó rebotando sobre mi regazo; sus ojos negros aún me miraban y su sangre me empapaba las bermudas.

—Qué ceremonia más extraña — refunfuñó Esme cuando volvíamos a nuestras esteras. Fa'a se había marchado antes, en cuanto le fue posible sin resultar maleducado, de modo que solo estábamos los tres —. Es increíble que después de todo no nos hayan ofrecido nada de comer. Es muy raro que te inviten a ese tipo de celebraciones y luego no te propongan participar en un

banquete. Pero, en fin, supongo que debería dar gracias de que esta noche no hayan violado a ningún niño.

Aunque jamás le habría dado la razón en voz alta, tuve que reconocer que había sido un acontecimiento bastante chapucero y sin mucho sentido. Y, en efecto, resultaba extraño, dado el carácter participativo de muchas de las otras ceremonias, que esta consistiera en una actuación en solitario: una velada larga y tediosa observando al jefe desmembrar a la *opa'ivu'eke* (de una manera en especial sangrienta y laboriosa, rompiendo el caparazón — con un sonido inquietantemente jugoso — y extrayendo la carne con sus propias manos) y chamuscándola a puñados en el fuego mientras el resto de *ivu'ivuanos* murmuraba con expresión hambrienta. Imagino que, dado que ya había sido testigo de lo esmerado que el jefe había sido con el niño, no tendría que haberme sorprendido que también comiera con minuciosidad (si bien no precisamente rápido); nos quedamos allí viéndolo asar y comerse la carne tierna de la tortuga, pero también chupar los cartílagos y la sangre de las patas escamosas. Una vez rescatada la cabeza de mi regazo, masticó los ojos y, tras calentarlos dentro del propio cráneo como si fuese una sopa, engulló con avidez los líquidos sesos. Solo a otro hombre, uno de los consejeros — que también yació con el niño del primer *a'ina'ina* —, ofreció un pedazo de tortuga para que se lo comiera; lo vimos ensartar el hígado, una cosa morada brillante, y tragárselo como quien se come una ostra.

—Lo que no entiendo es de dónde narices han sacado la *opa'ivu'eke* — dije. Varias moscas se arremolinaban a la altura de mi entrepierna, atraídas por la sangre dulce y pegajosa de la tortuga —. Era grandísima para vivir en el riachuelo, pero no he visto otro manantial por aquí...

—Buena pregunta — repuso Tallent —. Debe de haber algún sitio cerca (un lago, o un río más grande) al que acuden a buscarlas. Pero les hemos

hecho miles de preguntas a los soñadores y ellos nunca han mencionado nada de eso.

Nos quedamos callados un momento. Hasta que, de pronto, comprendí lo que debía hacer.

—¡Mua! — exclamé, dirigiéndome a Tallent —. Tenemos que hablar con él.

—Pero ¡si está durmiendo! — protestó Esme.

No le hice ni caso.

—Tallent, por favor — le rogué —. Tengo que hacerle unas preguntas.

Tallent suspiró. Pero ¿qué iba a hacer él? No tenía respuestas, y si yo creía que podía obtener algunas, debía ceder.

—Está bien. Esme, ve a decirle a Fa'a que lo despierte.

Habían pasado varias semanas desde que entrevisté a Mua por última vez, sobre todo (no tengo reparos en reconocerlo) porque su tenacidad había empezado a resultarme agotadora. Pero en aquel momento, cuando vi su cara abotargada por el sueño acercarse a mí, estuve convencido de que era él quien tenía las respuestas, de que todo se revelaría de una vez para siempre si le planteaba las preguntas adecuadas.

Le pedí a Tallent que hiciera de intérprete. Fa'a mostraba su ya permanente semblante receloso. Durante unos minutos no dije nada, mientras pensaba con calma en la manera de empezar; es difícil arrancar cuando no sabes lo que buscas ni sospechas cómo será el final. Me sentía como un fiscal que trata de sonsacarle a un acusado la confesión de un crimen misterioso. Mua aguardaba, paciente y adormilado. Parecía que el tiempo no significaba nada para él.

—Mua — dije por fin —, ¿recuerdas la celebración de tu sexagésimo cumpleaños?

—Claro que sí — respondió —. Hubo un *vaka'ina*.

—¿Qué es el *vaka'ina*?

—Una celebración.

—¿Y en qué consiste?

—Te meten en la choza. Te untan con *umaku* — grasa de perezoso — y untan tu cerdo con *umaku*. Te acercas a las hogueras y entonas el canto del *vaka'ina*.

—¿Y qué más?

—Y te comes la *opa'ivu'eke*.

Reflexioné. Sentía que estaba a las puertas del palacio, jugando con la esfinge a un juego cuyas reglas solo conocía ella.

—¿Te gusta la *opa'ivu'eke*?

—Ya lo creo.

—¿Y tú...? — Me interrumpí otra vez. Di un paso para acercarme al trago. Él se puso de puntillas, listo para salir corriendo —. ¿A todo el mundo le gusta la *opa'ivu'eke*?

Mua vaciló, con la boca abierta, confundido. «Por favor — pensé —. Por favor.»

—No lo sé — contestó por fin.

—¿Y por qué no lo sabes?

—Porque no todo el mundo se come la *opa'ivu'eke*.

—¿Por qué no?

—Porque solo se come la *opa'ivu'eke* en el *vaka'ina*.

—¿Y por qué te comes la *opa'ivu'eke*?

—Porque eres especial.

—¿Y eso?

—Por cumplir sesenta *o'ana*. Porque la mayoría de la gente no llega a tantos *o'ana*.

—Y, si los cumples, es que eres especial.

—Sí. Y por eso te comes la opa'ivu'eke.

—¿Por qué?

—Porque, si te comes la opa'ivu'eke, los dioses se ponen contentos.

—¿Qué quieres decir?

—Ellos te dan permiso... — Me daba cuenta de que estaba cansándose: se le alargaba y afeaba el semblante —. Te dan permiso para vivir para siempre. Como prometieron.

Nadie intervino. Incluso Fa'a estaba inclinado hacia delante, agarrando con fuerza la lanza.

—Mua — dije, muy despacio —, ¿tú cuántos o'ana tienes?

Asintió con la cabeza.

—Ciento cuatro. Creo.

«Piensa», me ordené.

—Mua, todos los que están contigo (Vi'iu, Ivaiva, Va'ana, todos), ¿comieron la opa'ivu'eke?

—Sí, claro.

—¿Y todos la comieron en sus vaka'inas?

—Por supuesto.

Hubo otra pausa.

—Voy a preguntarle cuándo se marchó de la aldea — me susurró Tallent, y acto seguido le planteó la pregunta a Mua, que negó con la cabeza y dio una respuesta muy breve. Tallent se volvió hacia mí, apesadumbrado —. Dice que no se acuerda.

—*He kaka'a* — dijo Mua. «Estoy cansado.»

—Espera — le dije a Tallent —. Mua, ¿de dónde sacáis la opa'ivu'eke?

Entonces me miró directamente a mí un poco desconcertado, como si le hubiese preguntado cuántas manos tenía.

—Del lago — respondió.

—¿Qué lago? — insistí —. ¿Dónde?

—El lago donde acaba el bosque — dijo Mua, y por mucho que intentamos que continuara hablando, ya no dijo nada más.

—*He kaka'a* — repitió.

—Llévatelo a dormir — le ordenó Tallent a Fa'a, y nos quedamos mirando cómo ambos se alejaban.

Al día siguiente hizo un calor inesperado y a través de las copas de los árboles el sol parecía babear como si fuera miel.

—U'aka — dijo Tallent encogiéndose de hombros cuando lo miré, con la boca seca.

La estación cálida. Llevábamos en Ivu'ivu algo más de cuatro meses.

Estaba deseando tomar algo fresco y líquido, algo que no tuviera nada que ver con las frutas fibrosas especialidad de la isla, y estuve muy agradecido a Fa'a cuando me trajo una calabaza, más o menos del tamaño de un pepino y con una piel muy poco apetitosa de textura áspera y parda. Pero al partir su cuello ahusado contra una roca, vi que estaba hueca y que dentro había un líquido claro y viscoso, igual de denso que el aceite pero dulce y fresco como el néctar de madreselva. Cuando me vio beber, me trajo cuatro más y me enseñó a extraer la fina pulpa con los dedos; también estaba fresca, y apenas azucarada, y se me deshacía en la lengua en mil cristales diminutos.

Tras dar cuenta de mi desayuno, me acerqué a donde se encontraban Esme y Tallent y les anuncié que ese día saldríamos a buscar el lago.

Esme no quería ir: que nosotros supiéramos, no había ningún lago; no sabíamos dónde estaba; Mua se hallaba exhausto; ¿qué esperaba yo encontrar en ese lago?, etcétera. Tanto escepticismo y repentina tendencia al pragmatismo me resultaron muy irónicos viniendo de una mujer que había estado dispuestísima a aceptar sin rechistar que Ika'ana tenía ciento setenta y

seis años, pero a esas alturas yo ya sabía que su incomodidad no se debía a discrepancias filosóficas, sino a que la dinámica entre nosotros tres había cambiado: sería yo quien averiguaría lo que buscábamos (fuera lo que fuese), y no Tallent. Él había reconocido y asumido la inevitabilidad de aquel cambio de papeles; ella, no.

—Muy bien — respondí —. No hace falta que vengas. — Su silencio me hizo comprender que vendría en todo caso.

Lo siguiente que había que hacer era volver a interrogar a Mua, aunque me abatió comprobar que no estaba más espabilado que la noche anterior. Sería un día agotador.

—Mua, ¿dónde estamos? — inquirí.

Tallent tradujo la pregunta, y Mua rio ante la estupidez de mi pregunta.

—En Ivu'ivu.

—Sí — convine —, pero ¿dónde? — Le tendí un palo —. ¿Puedes dibujar en qué punto de la isla nos encontramos?

Pero por toda respuesta solo obtuve una mirada boquiabierta.

Cavilé un momento. Casi podía sentir la vanidosa satisfacción que Esme irradiaba. Y entonces supe cómo seguir.

—Mua, necesito tu ayuda. — Él me miró —. Va a haber otro *vaka'ina* — le dije — y tenemos que encontrar una *opa'ivu'eke*. ¿Puedes ayudarnos?

—¿Para quién? — preguntó Mua, con toda razón.

—Para él — repliqué, señalando a Tallent.

—Ah — dijo Mua, asintiendo con sagacidad. Y a continuación se puso de pie y se encaminó a zancadas a la aldea.

¿Tan fácil sería? Al parecer, sí. Aquella, reflexioné, era una de las dificultades de trabajar con los soñadores y de depender de sus respuestas e indicaciones; a veces se empecinaban en una especie de lógica que había que seguir a rajatabla y que solo ellos comprendían y respetaban, y en cambio

otras veces parecían vivir completamente ajenos a lo obvio. Tallent aparentaba sesenta años tanto como yo, y sin embargo allí estábamos, embarcándonos en la búsqueda del lago de las tortugas como un alegre grupito de viajeros en un cuento de bardos. O tal vez no fuesen unos ignorantes; tal vez solo tenían una manera distinta de ver las cosas. O quizá no veían nada en absoluto; si se les decía que alguien tenía sesenta años, entonces es que los tenía, sin necesidad de más explicaciones. Aquella lógica voluble era agotadora y se aplicaba con una incoherencia tanto más frustrante por cuanto impredecible.

Ocultos por los árboles, los cinco rodeamos un lado de la aldea — Fa'a había vuelto corriendo a pedirles a Tu y a Uva que vigilasen a los soñadores y luego había vuelto a alcanzarnos —, hasta que llegamos a la parte de atrás de la novena choza, donde Mua se detuvo, frunciendo un poco el ceño y echando una ojeada al bosque. Entonces soltó un gruñido, como manifestando que lo reconocía, y nos llevó hasta un tronco de manama de especial grosor, tras el cual se ocultaba un sendero muy agreste, plagado de piedras que paulatina, casi imperceptiblemente, iba en ascenso.

Me sentó bien volver a caminar después de tanto tiempo confinado en la aldea. El aire era cálido y de la tierra emanaba un olor hogareño, como a galleta, y lo único que llevábamos encima eran los cuadernos y las plumas; me fijé en que Tallent iba trazando un mapa muy tosco, eminentemente gestual, a medida que avanzábamos.

No fue una travesía difícil, pero jamás habríamos podido seguir el sendero de no ser por Mua. En algunos lugares desaparecía por completo y en otros se convertía en un camino pavimentado con una piedra de un tono gris burro en la que había encastrados cientos de fósiles blancos y calcáreos. Vi delicados caparzones de insectos, patas finas como hilos, cuerpos acanalados de escorpiones, y muchas otras criaturas que en su estado pétreo no recordaban a

nada que hubiera visto antes. Mua parecía disfrutar del paseo y tarareaba por la nariz una melodía vaga y sinuosa mientras caminaba. Al verlo abrirse paso a través de los árboles y los montones de helechos me acordé de su condición física superior, y pensé que, de espaldas, no aparentaba más de treinta años.

A nuestro alrededor el follaje se espesaba y raleaba alternativamente, de manera que a veces nos encontrábamos a oscuras, dentro de un capullo verde y negro, y otras nos hallábamos en un paisaje parecido a un prado, con extensiones amplísimas y empíreas de arbustos amarillos y plumosos y solo unos pocos árboles esbeltos, de ramas profusamente adornadas con cortinas ondulantes de hojas. En aquellos prados veíamos el cielo sobre nuestras cabezas, de un azul claro, doloroso, y sentíamos alrededor los chasquidos, zumbidos y mecánicos tictacs de sociedades enteras de insectos. Caí en la cuenta de que habíamos estado en una cárcel de árboles, cada uno de ellos un guardián, y reconocí lo que nos habían escamoteado: la luz, el viento, el aire, los sonidos, el espacio... Todo cuanto anhelan las criaturas vivientes de este planeta.

Experimentaba tal deleite con aquellas sensaciones tan conocidas y añoradas, que al principio no me percaté de que Mua había aminorado el paso, y que Fa'a, a mi lado, se había detenido. Después de otro purgatorio de árboles llegamos a una nueva pradera — la quinta o la sexta —, y a unos quinientos metros delante de mí vi un lago resplandeciente. Por un momento no creí que existiera de verdad. No porque fuera especialmente grande (en realidad su diámetro era muy parecido al de la aldea), ni especialmente hermoso ni especial desde ningún otro punto de vista, sino por su mera existencia. Al igual que casi se me había olvidado lo que se sentía bajo la luz del sol — la verdadera, no los fragmentos para reclusos que las copas de los árboles nos dispensaban a diario —, también había olvidado la visión de una masa de agua, una no en movimiento constante, sino simplemente viva. Mi

instinto me dictaba que corriera hacia el agua, que me rindiera a la sensación de quebrar su superficie, pero naturalmente no lo obedecí.

—Opa'ivu'eke — anunció Mua, como si tal cosa.

Observamos. No había nada en torno al lago: ni juncos, ni árboles ni maleza. Sus orillas eran tan netas y precisas como los límites de la aldea; más tarde me preguntaría si sus habitantes no la modelarían a imagen del lago. Pero a medida que nos acercábamos (de manera inconsciente, nos movíamos juntos, igual que un solo organismo, como si así nos protegiéramos de algo que no sabíamos temer), vi huevos pequeños y transparentes que salpicaban la superficie del lago: un montoncito aquí, otro allá, todos ellos tan frágiles y hermosos como el cristal.

Al acercarnos más, sin embargo, descubrimos que no eran huevos sino burbujas, y justo cuando el primero de nosotros lanzaba una exclamación, la cabeza de la primera tortuga emergió de las aguas, con la boca entreabierta, el cuello plisado que se estiraba hacia el sol, los ojos cerrados. La siguió otra, y otra más, hasta que contamos, desperdigadas por todo el lago, siete opa'ivu'eke. No se oía ni un sonido, ni siquiera el de las aguas al romper, y cuando volvieron a sumergirse las sustituyó otro grupo, esta vez de seis, incluidas tres que sin duda eran crías, cuyas cabezas no eran más grande que una nuez. Subían y bajaban, en un espectáculo bien sincronizado, sencillo y encantador, mientras nosotros las contemplábamos inmóviles y boquiabiertos a escasos metros de distancia. Fue entonces cuando me percaté de que el zumbido de los insectos había sido sustituido por el canto grave de Fa'a, el mismo que (presumiblemente) había entonado la vez anterior que había visto una opa'ivu'eke viva, la diminuta que bogaba por el río al inicio de nuestro viaje.

—*Hawana* — observó Mua, entornando los ojos en dirección al lago.

«Muchas.» Añadió algo, y Tallent tradujo:

—A veces hay muchas, a veces pocas.

Dijo algo más a Tallent, más largo, y vi que Tallent negaba con la cabeza, y Mua insistía, y a Fa'a se le escapaba un leve quejido.

Tallent nos miró, turbado.

—Dice que tengo que acercarme a escoger la que más me guste, y que él me ayudará a transportarla.

Algo empezaba a cobrar forma en mi mente.

—Pregúntale si puedo escoger yo.

Tallent obedeció y se volvió hacia mí, negando con la cabeza.

—Dice que solo las personas que han alcanzado los sesenta *o'ana* pueden tocar una *opa'ivu'eke*.

—O sea, que tú puedes, porque se supone que tienes sesenta *o'ana*, y él también, porque ya los cumplió. — A mi lado, Fa'a alternaba el peso de su cuerpo entre un pie y el otro, observando el bosque que había más allá del lago.

Tallent lo consultó con Mua y asintió.

—Pregúntale... pregúntale qué pasaría si tocases una *opa'ivu'eke* antes de tener sesenta *o'ana*.

La expresión de Mua me reveló al instante su agitación. Su respuesta fue larga y parecía compleja, y Tallent frunció el ceño, de tan concentrado como estaba en las palabras de Mua. Un par de veces interrumpió a Mua y le pidió alguna aclaración, y aquel contestó rápido, abanicando el aire con las manos.

—Dice — reprodujo Tallent, y noté que estaba entusiasmado por cómo se obligaba a hablar de una manera tan pausada y medida—... Puede que me equivoque, pero... Dice que quien toca a una *opa'ivu'eke* acarrea una gran maldición a su familia. Uno de los familiares del infractor sí llegará a los sesenta *o'ana*, y podrá comerse la *opa'ivu'eke*, pero pasado un tiempo empezará a perder el alma y se volverá *mo'o kua'au*.

Y en ese momento, de forma inesperada, me sonrió, solo a mí, fue una sonrisa brillante, deslumbrante, y supe lo que estaba rememorando: la primera semana en la isla, cuando me contó la historia del cazador y el mito de los *mo'o kua'au*, las criaturas que vivían sin amor, sin palabras, como la que Fa'a había visto rondando por los bosques de Ivu'ivu. Muchas décadas después reflexiono sobre esto y reconozco que su júbilo — nuestro júbilo — fue prematuro (a fin de cuentas, no teníamos ni idea de lo que significaba todo aquello), pero a la sazón aquello supuso un alivio loco, sobre todo, supongo, por él mismo: en el fondo no había sido tan insensato. Se había guiado por una historia que, si no se revelaba cierta, al menos se confirmaba. En realidad, por supuesto, era muy poco mejor o más concluyente que salir corriendo a Nuevo México porque hubieras oído que en un pueblecito vivían extraterrestres y los habitantes de la localidad te contarán que ellos habían visto a los alienígenas con sus propios ojos, pero en aquel momento abandonamos por un corto intervalo de tiempo la lógica y sus diversas exigencias.

—Pregúntale qué pasa cuando te vuelves *mo'o kua'au* — ordené.

Tallent lo hizo.

—Que te destierran — informó.

—Pregúntale — continué (y no voy a engañarte: yo estaba tan emocionado como Tallent) — si a él lo desterraron.

Durante un rato largo, al menos tres minutos, Mua no dijo nada y se limitó a mirar el lago, donde las *opa'ivu'eke* seguían ejecutando su coreografía sencilla e innovadora. Cuando por fin habló, no registré tanto su respuesta como el suspiro melancólico y sibilante que la antecedió, de modo que antes de oír la palabra supe lo que iba a decir.

—*E* — respondió.

«Sí.»

De regreso a la aldea (que ahora se antojaba insoportablemente claustrofóbica, sofocante y limitada), di mi paseo del recluso por el bosque, vueltas y más vueltas alrededor del claro, hasta que me llegué a mi árbol. El árbol que había empezado a considerar mío era una manama que solo se distinguía por encontrarse relativamente aislada; había muy pocos árboles en torno, y podía sentarme, y hasta tumbarme, sobre la espesa capa de musgo que lo rodeaba, protegiéndolo del terreno del bosque. Para llegar hasta allí caminaba quince minutos en dirección oeste desde nuestro campamento y luego giraba a la derecha pasada una orquídea con un aspecto especialmente tóxico, cuyos pétalos, como urinarios, escupían dos estambres largos en forma de espiral, del color de la sangre fresca.

En el árbol recapitulé sobre lo que ya sabía. Primero, sabía que para los u'ivuanos la opa'ivu'eke era sagrada. Segundo, sabía que estaba prohibido tocarla salvo que tuvieras sesenta *o'ana*, en cuyo caso debías comerte una. Tercero, sabía que en la ceremonia de los ivu'ivuanos, solo quienes hubieran cumplido los sesenta *o'ana* podían participar y comer opa'ivu'eke. Cuarto, sabía que era relativamente poco habitual alcanzar tan avanzada edad; lo demostraba el *vaka'ina* del jefe, en el que solo su consejero lo había acompañado. Por tanto, solo dos de los sesenta y seis habitantes del poblado habían llegado a esa edad. Quinto, sabía que Mua y los demás soñadores tenían todos sesenta *o'ana*, como mínimo (cuánto más era una cuestión en la que no podía permitirme el lujo de detenerme en aquel momento); por tanto, todos ellos habían comido opa'ivu'eke. Y en sexto lugar estaba la historia de la maldición de Mua: si alguien toca una opa'ivu'eke antes de tiempo, condena a un miembro de su familia a convertirse en *mo'o kua'au*, lo que conduce al destierro.

Hasta ahí, naturalmente, no había ninguna complicación; se trataba de una

sencilla síntesis de datos. Esme y Tallent podrían haberla hecho. Esme y Tallent seguramente la habían hecho ya. «Obviamente —oí la voz de Esme, que sonaba como un graznido—, la clave está en la *opa'ivu'eke*.» Pero ¿qué significaba eso? ¿Todo aquel que comía la tortuga se volvía *mo'o kua'au* tarde o temprano? ¿Y qué significaba ser *mo'o kua'au*? Tallent me había traducido el término como «sin voz», pero, a excepción de Eve, todos los soñadores hablaban. No siempre de manera coherente, sin duda, pero ninguno había perdido el habla. ¿Por qué los habían desterrado, entonces? Y si la culpa de todo era de la *opa'ivu'eke*, ¿por qué seguían comiéndola?

En el campamento compartí con Tallent algunas de mis conclusiones, aunque no pude transmitirle todas mis sospechas porque Esme, respirando trabajosamente y pisando fuerte el sotobosque, se nos acercó. Tallent frunció el ceño, concentrado, y al final convinimos que yo tenía que entrevistar al jefe. Mandamos a Fa'a a solicitar una audiencia.

Aquella misma noche, cuando los *ivu'ivuanos* ya habían cenado y un grupo de hombres había salido a cazar los murciélagos chillones de ojos rojos que tanto les gustaba asar, nos convocaron. Una vez más, nos hallábamos el mismo cuarteto junto a la hoguera (pese a que yo había tratado de insinuar que la presencia de Esme no sería necesaria y que tal vez nos perjudicara; dado que sentía aversión hacia el jefe desde la ceremonia del *a'ina'ina*, ¿y si manifestaba su desagrado y lo ofendía? Pero ella me miró y declaró ser perfectamente capaz de quedarse callada y que nos acompañaría a toda costa). Frente a nosotros estaba el jefe, solo excepto por el cerdo, que había vuelto a su polvoriento estado anterior, y tenía manchados de barro los extremos de los colmillos, que parecían cortezas mordisqueadas. Estaba masticando algo que no acerté a identificar, pero de vez en cuando una parte — una patita con tres dedos, tan pequeña como una uña y moteada de un

pelaje desigual — asomaba entre los dientes mientras el animal le daba vueltas en la boca a su pisolabis.

Yo sabía que carecía de toda lógica, pero no me cansaba de mirar al jefe como si fuese a distinguir alguna transformación física. Al fin y al cabo, lo había visto participar en dos ritos de iniciación espectaculares, y lo natural era que hubieran dejado alguna huella significativa en él o en su personalidad. Y aunque no fue así, me fijé en que llevaba algo al cuello: un cordón de enredadera trenzada, de cuyo centro colgaba una pieza astillada de algo duro y vidrioso que brillaba tenuemente contra su piel.

Por un momento todos permanecimos en silencio, educados y avergonzados, sin que ninguna de las partes se atreviera a romper el hielo. Al final habló Tallent, y el jefe respondió asintiendo.

—Le he dicho que fue un honor que nos invitara a participar en su *vaka'ina* — explicó Tallent.

—Sí — dijo el jefe.

Se hizo otro silencio.

—Jefe — empecé, y vi que primero su cabeza y luego la del cerdo se movían despacio en mi dirección —, ¿celebran *vaka'in*as a menudo?

—En absoluto — contestó.

Naturalmente, Tallent lo traducía todo.

—¿Cuándo fue el último?

—Hace tres *o'ana*. Fue el *vaka'ina* de Lawa'eke.

Su voz era inesperadamente delicada. Con una mano sostenía la lanza y con la otra acariciaba suave y largamente el lomo del cerdo, que emitía unos sordos ronroneos de satisfacción. Vi que Tallent garabateaba en su cuaderno: «Lawa'eke, ¿63 *o'ana* aprox.?».

—¿Lawa'eke es el que comió contigo en tu *vaka'ina*?

—E.

—Y en el *vaka'ina* de Lawa'eke, ¿alguien comió *opa'ivu'eke* con él?

—E.

—¿Quién?

—Otros tres.

—¿Podemos hablar con ellos?

—Ya no están aquí.

—¿Murieron?

—No, no murieron.

Yo no sabía muy bien cómo seguir.

—¿Dónde están, entonces?

—Se fueron.

—¿Adónde?

Hizo un ademán con la mano libre, levantándola del lomo del cerdo y señalando los bosques.

—Se fueron.

—¿Cuándo se fueron?

Ladeó la cabeza, pensativo.

—Hace un *o'ana*, más o menos.

—¿Y por qué se fueron?

—Porque estaban transformándose en *mo'o kua'au*.

Noté que Tallent se ponía tenso a mi lado, oí que su respiración se alteraba.

—¿Cómo supisteis que estaban transformándose en *mo'o kua'au*?

—Vi que cambiaban. Todos vimos que cambiaban.

—¿Cómo eran esos cambios?

—Primero olvidaban hacer cosas. Iban al bosque a cazar y no volvían. Olvidaban llevar las lanzas. Las lanzaban y luego volvían sin ellas y teníamos que ir al bosque a buscarlas. Luego contaban la misma historia una y otra

vez. A veces lo que decían no tenía pies ni cabeza. Entonces supimos que estaban malditos y que pronto serían *mo'o kua'au*.

—¿Y qué pasó?

—Nuestros mejores cazadores los llevaron a lo más profundo del bosque, más lejos de lo que ninguno había llegado jamás, y los dejaron allí. Los cazadores tardaron varios días en volver. Antes de que se fueran, tuvimos que recordarles que estaban malditos y que no podían vivir en la aldea porque estaban convirtiéndose en *mo'o kua'au*.

Todos nos quedamos callados.

—¿Habéis vuelto a verlos?

De pronto emitió un sonido agudo, como el entrecocar de dos palmetas de madera, que luego me di cuenta de que era una risa, y alargó la barbilla en dirección a los soñadores.

—E.

—¿Los soñadores? — preguntó Esme, sorprendida, y el jefe la miró y ella se puso colorada.

—¿Quién? — le pregunté al jefe.

—Mua — dijo, y noté la repugnancia en su voz.

—Así que Mua fue una de las personas que dejasteis en el bosque hace un año — dije.

—Yo, no. Otros.

—De acuerdo. Pero ¿reconoces a algún otro miembro del grupo? — pregunté —. ¿A los otros dos que tuvieron que marcharse?

Los escudriñó, como si tuviera la vista tan mal como Fa'a y los demás; yo dudaba mucho de que pudiera distinguir no ya sus rostros, sino simplemente sus siluetas.

—No — dijo.

—¿No? — insistí —. ¿Ninguno más? ¿Ni Ivaiva ni Va'ana? ¿Ni Ukavi ni

Vanu?

Me miró directamente a los ojos.

—No.

—¿Que no eran los que mandasteis al bosque, o que no los conoces?

Se revolvió en el suelo.

—No son los que mandamos al bosque.

«Ajá — pensé —. Conque los conoce.»

—Entonces — recapitulé, ahora despacio —, el *o'ana* pasado, varios cazadores dejaron en el bosque a Mua y a otros dos que estaban volviéndose *mo'o kua'au*, pero al único de los tres que has visto últimamente es a Mua.

¿Correcto?

Se lo veía impaciente.

—*E* — confirmó.

—¿Qué ha sido de los demás?

Ladeó la cabeza, un gesto que yo había empezado a identificar como señal de que estaba reflexionando, pero que también era como un ademán de desprecio.

—No lo sé — dijo.

—Tu padre — empecé, y me interrumpí. El jefe aguardaba —. Tu padre ¿llegó a celebrar el *vaka'ina*?

—No — respondió rápidamente —. Yo soy el primero de mi familia. Pero el padre de Lawa'eke, sí.

—¿Dónde está?

—Está aquí.

—¿Sí?

Miré en derredor, como si pudiera reconocerlo, como si pudiera verlo salir de la choza de la carne o acercarse a nosotros.

—¿Por qué no participó en tu *vaka'ina*?

—Está enfermo.

—¿Enfermo de qué?

Él suspiró, y me dio la impresión — aunque costaba descifrarlo — de leer dolor, o tal vez remordimiento, en las superficies planas e inescrutables de su rostro.

—Está *mo'o kua'au*.

—Y... ¿tendréis que llevároslo?

—*E*.

—¿Cuándo se volvió *mo'o kua'au*?

Volvió a ladear la cabeza.

—Hace un tiempo. Al principio fue lento. Pero ahora está *mo'o kua'au* del todo.

—¿Y por qué sigue aquí?

Hizo un gesto extraño con la cabeza, una suerte de movimiento lateral.

—Es el padre de Lawa'eke — explicó, tras una pausa larga.

Nos quedamos callados un momento.

—¿Cuándo celebró su *vaka'ina*?

Él caviló.

—Yo era un niño — dijo por fin —. Fue poco después de mi *a'ina'ina*. — De repente esbozó una sonrisa, y descubrí que sus dientes y los de Fa'a eran las mismas esquirlas descoloridas —. Él fue mi iniciador. — No vi, pero sí percibí que Esme se puso tensa al oír aquellas palabras.

No sabía qué pensaría Tallent de mi siguiente pregunta y, efectivamente, cuando la formulé, hizo una pausa y me dirigió una rápida mirada antes de traducir.

—¿Podemos verlo?

Esta vez el jefe se quedó callado tanto rato que temí haberlo ofendido, y por un momento los únicos sonidos audibles fueron las fervorosas succiones

del cerdo, que apuraba los restos de la pobre criatura con que se deleitaba, junto con el ruido de fondo de los gritos de los niños y los ladridos guturales de las mujeres. Pero entonces el jefe soltó un gruñido y se puso de pie, y nosotros fuimos tras él y su torpe animal, atravesamos el pueblo y llegamos a la parte de atrás de la novena choza, al manama tras el que se hallaba el sendero oculto.

Pero esta vez había, atado al árbol mediante una de esas trenzas gruesas de palma — corta y recia, con un nudo corredizo en un extremo, que yo había deducido que servía para llevar a los cerdos —, un hombre. ¿Se parecía a Lawa'eke? Supongo que sí, aunque me costaba hacer memoria del aspecto de este y los rasgos que lo diferenciaban de, por ejemplo, el jefe (aunque me pareció recordar que era más bajito). Era innegable que aquel hombre no aparentaba mucha más edad que el jefe — quizá tuviera la piel ligeramente más endurecida en apariencia, como leudada, aunque podía ser por el calor, o por exceso o falta de agua, o por decenas de motivos —, y él también ostentaba una lanza y una mata de pelo tremenda y, al igual que el jefe, un cordón de cuero al cuello, del que pendían varias figuras de piedra astilladas.

[45]

Formamos un semicírculo alrededor del padre de Lawa'eke para verlo dormir. Una mosca revoloteaba sobre su boca abierta, cada vez más rápido, como si jugara consigo misma. Detrás de mí, Tallent interrogaba en voz baja al jefe, que daba respuestas breves. Si el jefe estaba en lo cierto, el padre de Lawa'eke tenía aproximadamente ciento diez años.

De vuelta en nuestro puesto, sopesé la situación. (Tras varios minutos contemplando al padre de Lawa'eke, no parecía que hubiera nada más que hacer — el jefe no había querido despertarlo, y de hecho cuando me agaché con intención de tocarlo dijo algo empleando un tono que ni siquiera yo pude pasar por alto —, así que habíamos vuelto a nuestras respectivas zonas del

claro.) Le había pedido a Fa'a que fuera a buscar a Mua; el guía surgió de la oscuridad agarrándolo de un brazo, tirando de él. Mua bostezaba y trastabillaba, y el semblante normalmente inescrutable de Fa'a transmitía una disconformidad mayúscula. A mi lado, Tallent suspiró. Esme, gracias a Dios, estaba en el río.

—Mua — empecé, con tono severo, aunque no habría hecho falta, pues él habría respondido sin rechistar cualquier pregunta que le hiciera —, esto es muy importante. Tú conocías al jefe, ¿verdad que sí?

Me miró muy fijamente.

—No tengas miedo — lo tranquilicé —. El jefe me ha dicho que debes contármelo.

Como si le hubiera anunciado que solo comería fiambre enlatado el resto de su vida, su cara se transfiguró con rapidez en una máscara de alegría. Tallent me miró, a modo de advertencia, antes de trasladarme su respuesta:

—¿En serio?

—Claro — respondí alegremente, indiferente a mi propia crueldad —. Me ha dicho que podías contármelo todo.

Mua estiró el cuello hacia arriba, como si justo detrás de mí se encontrara el jefe dispensándole una bendición, pero naturalmente ya no había luz y no se lo veía por ninguna parte.

—Éramos amigos — empezó a contar, de nuevo con semblante apesadumbrado.

—La noche que os llevaron al bosque..., ¿la recuerdas?

Soltó todo el aire de los pulmones.

—Sí. Nos llevaron muy, muy lejos y luego nos abandonaron. Tuvieron que hacerlo.

—¿Cuándo fue eso?

Negó con la cabeza.

—No lo sé.

—No pasa nada. — Reflexioné —. Las dos personas con las que ibas... ¿eran hombres o mujeres?

—Hombres.

—¿Están aquí? ¿Forman parte de tu grupo?

Soltó el aire otra vez, ruidosamente. Empecé a comprender que, al igual que al jefe, mis preguntas lo impacientaban. Pero mientras que en el caso del jefe me había dado cuenta de que la impaciencia provenía de una especie de hartazgo respecto al asunto — por no hablar de desconfianza —, con Mua era distinto: solo estaba esperando que le planteara la pregunta correcta, tras lo cual podría contarme cuanto yo quería saber y cuanto él quería contar. Pero «no» fue su única respuesta.

Así seguimos un buen rato: yo formulaba preguntas equivocadas (al parecer) sin cesar, a las que él respondía de manera escueta, y hasta bien entrada la noche, cuando me senté con Tallent a empezar a estudiar sus notas, toda aquella información acumulativa no se reveló como una historia real.

Una noche — Mua no sabía cuándo, como ya he comentado, pero si dábamos crédito al jefe, debió de haber sido un *o'ana* antes —, los cazadores se llevaron al bosque a Mua y a dos hombres más. Todos sabían lo que ocurriría; de hecho, esperaban que pasara. De joven, Mua había visto que a otros hombres y mujeres que se volvían *mo'o kua'au* los llevaban al bosque, siempre a altas horas de la noche, siempre guiados por los mejores cazadores de la aldea. Y, de hecho, reconocía a casi todos los miembros de su grupo, salvo a Ika'ana, Vi'iu y Eve, como paisanos desaparecidos.

Avanzaron bosque adentro durante una noche, un día y otra noche, hasta que la segunda noche Mua notó que el aire era más fresco y liviano y comprendió que estaba amaneciendo. Cada uno llevaba un hatillo de hojas de palma lleno de comida y anudado a las lanzas; pudieron quedarse con los

alimentos, pero tuvieron que entregar las lanzas a los cazadores. Sabían que se las quitarían, porque el *mo'o kua'au* no es del todo humano y, por tanto, no tiene derecho a ostentar su lanza. Pero cuando llegó el momento de sacrificarlas, uno de los compañeros de Mua se negó.

«No quiso», recordaba Mua. Los cazadores repitieron la orden y lo amenazaron con sus propias lanzas, hasta que lisa y llanamente lo atacaron, intentando arrebatarla. Al fin y al cabo, eran los mejores cazadores del pueblo.

Pero, aunque estaba volviéndose *mo'o kua'au*, el hombre no había perdido su fuerza, y se resistió. Años antes, decía Mua, aquel hombre había sido uno de los elegidos para abandonar a los *mo'o kua'au* en el bosque. Los cazadores intentaron clavarle las lanzas, pero él las esquivó, saltando de acá para allá, hasta que al final, cuando incluso Mua notaba el agotamiento, dio media vuelta y echó a correr bosque adentro, con el arma aún en la mano.

Uno de los cazadores hizo amago de seguirlo, pero otro lo detuvo. «Déjalo —dijo—. Se perderá. No sabrá volver.» Y entonces, sin decir nada más, se marcharon, con sus lanzas y otras dos de regalo.

—Yo me quedé muy triste — dijo Mua —, porque eran mis amigos. Había luchado con ellos, cazado con ellos, y todos habían asistido a mi *vaka'ina*, y ahora me abandonaban sin despedirse siquiera. Pero comprendí que así tenía que ser.

—¿Comieron *opa'ivu'eke* en tu *vaka'ina*? — quise saber.

Negó con la cabeza.

—Tenían muchos menos *o'ana* que yo.

—¿Los has visto en el poblado? — pregunté.

—No. Han muerto.

Nos sorprendió la extrema seguridad con que pronunció aquellas palabras.

—¿Cómo lo sabes?

Mua se encogió de hombros.

—Porque sí — se limitó a contestar. Y entonces empezó con su cantinela —: *He kaka'a, he kaka'a*. — «Estoy cansado, estoy cansado.»

—Espera — les rogué a él y a Fa'a, que ya estaba poniéndose de pie, con intención de llevarse a Mua con los demás —. Mua, ¿qué hicisteis tú y el otro *mo'o kua'au*?

Suspiró.

—Caminamos y caminamos. Nos comimos toda la comida. A veces conseguíamos algo para comer, pero era difícil sin las lanzas. Un día llegamos a un río, muy profundo, muy rápido, y nos quedamos allí largo tiempo. El hombre que estaba conmigo estaba cada vez más *mo'o kua'au*, olvidaba y olvidaba, y yo tenía que vigilarlo como a un niño. Cada día me tocaba hacer más tareas. Un día volví de buscar algo de comida y vi que había muerto.

—¿Cómo murió? — preguntó Tallent con amabilidad.

—Estaba en el río — explicó Mua. Negó con la cabeza —. Se le olvidó pedir permiso para beber, y el agua lo ahogó y se murió.

Nos quedamos todos callados.

—¿Qué hiciste? — pregunté.

—Me fui.

—¿Y has vuelto a ver al otro, el que huyó de los cazadores?

—No. Pero también estaba volviéndose cada vez más *mo'o kua'au*, así que puede que también haya muerto.

—¿Cómo ha podido morir?

—Una caída, tal vez. O quizá también olvidara pedir permiso para beber y le cayera una maldición y se matara.

—Pero ¿cómo te reuniste con... — hice un gesto en dirección al grupo — los demás?

—Ah. Anduve y anduve, y algunos días tenía comida y otros no, hasta que un día me encontré con unos cuantos, y luego con otros más, y entonces empezamos a cazar en grupo y a comer en grupo, y a luchar contra los otros cuando tocaba.

Noté que Tallent me miraba.

—¿Qué otros? — pregunté.

—Los otros — repitió, un tanto impaciente —. Los otros que hay en el bosque.

—¿Cazadores?

—No, no, cazadores no. *Mo'o kua'au*.

—¿Hay más?

—Claro que sí.

—¿Cuántos? ¿Dónde están? ¿Por qué no habláis con ellos? ¿Por qué os peleabais? ¿Por qué...?

—*He kaka'a, he kaka'a* — canturreó, casi burlón, como si supiera lo desesperado que yo estaba por conocer la respuesta.

Fa'a se levantó con decisión.

—Espera — le pedí, pero esta vez fue el guía quien negó con la cabeza, Fa'a, que jamás nos llevaba la contraria, y todos nos quedamos callados.

—Tallent — le susurré mientras ellos se alejaban —, tenemos que solucionar esto ahora mismo.

—Debemos resolver todo esto, pero mañana — terció Esme, con una vehemencia un pelín excesiva para mi gusto (por desgracia, había vuelto del arroyo justo a tiempo para sumarse al interrogatorio).

—Mañana — convino Tallent —. Es muy tarde.

Y aunque no había caído en la cuenta — nos habíamos acostumbrado rápidamente a los horarios de la aldea —, en aquel momento me percaté de que llevaban razón, y de que cuanto nos rodeaba se había sumido en tal

mutismo que el único sonido aparte de nuestras propias voces y los ronquidos y gruñidos de los soñadores procedía, como siempre, del fuego, que crepitaba en la quietud del aire.

A la mañana siguiente desperté con la boca seca por el odio. Dios mío, qué hartado estaba de los soñadores. Los aborrecía, odiaba su cicatería y pitorreo a la hora de proporcionar información, odiaba sus estúpidas caras planas, su mirada estulta, su pelo apelmazado, sus siluetas bulbosas, su memoria lamentable, su conversación reciclada. Odiaba su aldea, su isla y su clima (el calor era tan agobiante que pasábamos la mayor parte del día durmiendo, y yo deseaba con todas mis fuerzas tener una cola como la de los cerdos para espantar los omnipresentes mosquitos, moscas, pulgas, garrapatas, escarabajos, hormigas, avispas, abejas y libélulas que zumbaban a nuestro alrededor todo el día y toda la noche, sin cesar, sin disminuir), y su fruta, que se movía, y sus infinitas reservas de carne (de la que no nos habían ofrecido ni un bocado), y a sus habitantes: los niños chillones, las mujeres refunfuñonas y los hombres taciturnos. Odiaba que la brisa soplara tan poco que cuando se levantaba recelábamos, que algo que debería haber sido tan constante y abundante se hubiera convertido en una cosa tan caprichosa y escasa. Odiaba que Tallent no me dejara tomar solo el sendero que llevaba a campo abierto, que no me respondiera cuando le preguntaba por qué no, que no me dejara ir con Mua para que me guiase. Odiaba a los perezosos que tan sumisamente aceptaban su muerte, sus quejidos lastimeros, la forma en que los cerdos se lamían la piel para asearse, tan indolente como quien lame un helado. Odiaba a Tallent, y odiaba a Esme, y a los guías, y sobre todo odiaba a Mua y al jefe, de quienes sospechaba que podían resolver aquella situación de una vez por todas y sin embargo, por algún motivo — ¿aburrimiento?, ¿guasa? A saber —, habían optado por no hacer nada. Pero, por encima de

todo, odiaba la insignificancia de la vida en aquel lugar y, por muy insignificante que fuera, no dar con la clave para resolver un misterio cuya pregunta central seguían sin poder determinar.

Y sin embargo allí estaba, atrapado en la isla (pues no ignoraba que Tallent jamás se marcharía, no mientras se supiera tan cerca de desentrañar algo tan importante), y mi única salida era resolver el problema.

Debo añadir que otros factores contribuían a lo que debes estar interpretando como pura rabieta. A lo largo de la última semana había empezado a percibir en la aldea un hervidero de lo que parecía una actividad sexual opresiva. Ignoro si se trataba de algo fuera de lo común o si, sencillamente, yo estaba más pendiente de la cuenta, pero a diario se daban múltiples casos de cópulas, tantos, que hasta yo, a quien nada humano le resultaba ajeno, empecé a sentirme en cierto modo agredido. Un paseo por el poblado implicaba sorprender a alguna pareja, con sus recios cuerpos entrechocando, forcejeando a escasos centímetros del suelo, mientras gruñían como cerdos. Algo se reavivaba incluso entre los soñadores, y cada vez que intentaba conciliar el sueño a mi alrededor se alzaba un coro de gemidos, que en cierta ocasión fueron tan potentes que al final me levanté para investigar: allí estaban, frotando sus repugnantes carnes flácidas contra las de sus compañeros, toqueteándose, sobándose con movimientos inexpertos y zafios. Mi presencia, no obstante, no los desalentó lo más mínimo, y cuando en un momento de desesperación les lancé una manama para sobresaltarlos y que se callaran, solo hubo una pausa ínfima y acto seguido reanudaron sus actividades, mientras oía vagamente la manama que se espachurraba contra el suelo bajo el peso de alguien.

Al volver a mi estera, sin embargo, vi que algo más no iba bien: no estaban ni Tallent ni Esme. Sí sus esteras, pero no ellos.

—¡Esme! — llamé en voz baja —. ¡Tallent!

Mas no obtuve respuesta.

Me asaltaron los peores pensamientos. Vi a Esmé pegada a un árbol y a Tallent besando su espantosa boca abierta como la de una carpa hambrienta, la caótica sobreabundancia de su cuerpo — los labios excesivos, la tripa hinchada, los muslos llenos de pliegues y bultitos, la melena crespa como matas de diente de león — formando un envoltorio repulsivo para la esbelta disciplina de la silueta de él.

Me sentí, y lamento mucho decirlo, martirizado. No saber era tan insoportable como saber. No obstante, me descubrí trazando anillos concéntricos alrededor de la aldea, adentrándome más en el bosque con cada vuelta, llamándolos en voz baja en cada recodo. ¿Dónde se habrían metido? En la séptima vuelta, incluso intenté seguir cuanto pude el sendero de detrás de la novena choza, hasta que fue perdiéndose bajo una capa de musgo y me vi obligado a volver sobre mis pasos y descender. El pánico de sorprenderlos empezaba a ceder ante nuevas preocupaciones. ¿Dónde se habrían metido, en un mundo tan limitado, para que yo no los encontrara? ¿Ocurría con frecuencia? Y esta idea fue la última que se me vino a la cabeza, pero era la más alarmante: ¿su desaparición no significaba que me había quedado solo y que únicamente con Fa'a podría hablar algo parecido al inglés, y que los soñadores eran responsabilidad mía?

Iba dándole vueltas a estos pensamientos (solo más tarde me percataría de que había estado corriendo con los brazos estirados igual que un zombi para palpar los árboles invisibles) cuando me topé con el niño. A esas alturas ya estaba muy metido en el bosque, quizá nueve anillos o más, y al principio lo confundí con un jabalí. Al fin y al cabo estaba de espaldas a mí, y de pie junto a un árbol, por eso cuando mis dedos entraron en contacto con su tosca mata de pelo lo tomé por un pelaje animal y proferí un leve grito de miedo y sorpresa.

Él también soltó un grito, pero creo que solo para reproducir el mío, pues cuando me arrodillé a su lado — había una grieta en el dosel arbóreo por la que se colaba un rayo de luna, lo bastante para que yo acertara a distinguir el contorno de sus facciones — parecía sereno, y sus ojos se encontraron con los míos sin miedo ni suspicacias.

No tardé en identificarlo como el chico del primer *a'ina'ina*. Era, como ya he dicho, un niño excepcionalmente guapo, esbelto y bien formado, con un porte de una rectitud atípica, aunque lo que más llamaba la atención era la firmeza de su mirada, que sentía sobre mí a pesar de que apenas si la distinguía con una luz tan escasa.

Pero resultaba desconcertante toparme con él allí, en pleno bosque, tan quieto, casi como si hubiera estado esperándome, aunque, naturalmente, eso habría sido imposible.

—¿Qué haces aquí? — le pregunté con amabilidad, aunque él no me entendió y no contestó —. ¿Cómo te llamas?

Como es obvio, seguí sin obtener respuesta.

Me señalé a mí mismo.

—Norton. — Lo señalé a él: «¿Y tú?». Pero él ladeó la cabeza, igual que el jefe, y a continuación la enderezó y volvió a mirarme —. Es tarde. ¿No tendrías que estar en tu casa?

Y entonces, antes de que pudiera seguir hablando, puso una de sus manos en mi mejilla. Fue un gesto tan extraño, tan asombrosamente íntimo y adulto — compasivo, maduro, incluso maternal — que me sentí al borde de las lágrimas. En aquel momento me pareció que estaba ofreciéndome una conmiseración que yo ni siquiera sabía que ansiaba, pero al contacto con la palma de su mano caliente y seca — una mano de niño, cuando la examiné después, pegajosa y un poco sucia, y marcada con pequeños cortes, pero suave y a su manera inocente — sentí que la desdicha y la soledad de los días

anteriores, de los cuatro meses anteriores, de los veinticinco años anteriores, me aplastaban como una mole inmensa y huesuda.

Permanecimos en la misma postura un rato que se me antojó largo, yo agazapado y dolorido, él delante de mí, abarcando toda mi mejilla con su mano. Por encima de nuestras cabezas, la luna se deslizó detrás de una nube, y fue entonces, en la ausencia de luz, cuando bajó la mano, agarró la mía y la colocó con solemnidad en sus genitales.

Yo la aparté de inmediato. La oscuridad era tan absoluta que la única parte de él que distinguía eran sus ojos (y él, los míos), y en ellos no vi nada de lo que cualquiera habría esperado: ni ansia ni confabulación, ni impaciencia ni lascivia, ni hambre ni frenesí. No sé explicarlo mejor; no es mi intención ponerme sentimental y decir que aquellos ojos encerraban sabiduría, o una especie de inteligencia especial, pero sí considero justo señalar que traslucían, cuando menos, una suerte de gravedad.

Volvió a cogerme la mano con suma delicadeza, como un seductor, y empezó a pasarla por su cuerpo. Una vez más yo la aparté, y una vez más él la puso, paciente, donde estaba.

«Está embrujándome», pensé mientras se repetía la operación; sentía mi mano casi desconectada de mi cuerpo, un pájaro blanco flotante que se movía por voluntad propia en la oscuridad. El niño cambió de postura, reclinándose contra la base del árbol, y me tiró de la otra mano.

«Oh, Tallent — pensé —. Oh, Esme, salvadme. Me han hecho prisionero. Están hechizándome.» Quizá incluso lo dijera en voz alta. Pero no acudieron, naturalmente, y el bosque siguió en silencio; el único sonido era el de la respiración del niño, y su cara se enfocaba y desenfocaba a medida que la luna se revelaba y ocultaba en un coqueteo infinito con un amante invisible.

Algo en mis conversaciones con Mua, sobre todo en la más reciente, me perturbaba. ¿Por qué era Mua un *mo'o kua'au*? ¿Qué lo convertía en *mo'o kua'au*? Sí, era olvidadizo, y sí, tozudo, y sí, muy a menudo era aburrido como él solo (no he reflejado aquí la cantidad de conversaciones tediosas y reiterativas que mantuve con él a lo largo de los meses), y sí, cierto que su memoria a corto plazo era muy escasa (el día después de la excursión en la que vimos a las *opa'ivu'eke*, le pregunté algo al respecto y no recordaba nada; es más, mi insistencia lo alteró y angustió), pero la memoria a largo plazo era excelente, y su capacidad de concentración, sin ser en absoluto admirable, no era menor que la de un niño. Lógicamente, la mezcla de todo resultaba de lo más fastidioso, pero ¿tan malo era, en el fondo? ¿Merecía la pena abandonar a alguien solo por ser despistado y reiterativo?

Había confeccionado una lista con las edades aproximadas de los soñadores, y luego elaboré dos listas más cortas: quienes al parecer eran conocidos en la aldea y quienes no.

Conocidos

Mua (104 aprox.)

Vanu (padre de Mua; 131 aprox.)

Ivaiva y Va'ana (gemelas; 133 aprox.)

Ukavi(108-109 aprox.)

Desconocidos

Eve (¿?)

Vi'iu (¿?)

Ika'ana (176 aprox.)

Sin contar al padre de Lawa'eke, el jefe y Lawa'eke eran los más ancianos del poblado. En una conversación posterior ambos nos confirmaron inequívocamente que conocían a Mua, Vanu, Ivaiva, Va'ana y Ukavi y que se acordaban de cuando los llevaron al bosque. Pero por mucho que nos empeñamos no conseguimos que reconocieran a Eve, a Vi'iu ni a Ika'ana. Esme, fiel a sí misma, atribuyó su ignorancia a la terquedad. «Pues claro que los conocen», insistía. Sin embargo, no era capaz de explicar qué ganaban ellos negando conocer a los otros. «Sus motivos tendrán», decía; veía conspiraciones hasta en la civilización más simple, una civilización tan ingenua que su gente ni siquiera se molestaba en ocultar que abandonaban a sus mayores en cuanto empezaban a salirse de las misteriosas restricciones conductuales que regían su sociedad.

Yo, en cambio, apostaba por una explicación mucho más fácil: ¿y si la razón por la que Lawa'eke y el jefe no conocían a esos tres soñadores era que por su edad fueron condenados al exilio cuando ellos dos aún eran muy jóvenes, demasiado para acordarse? Tenía todo el sentido del mundo en el caso de Ika'ana: si contaba ciento setenta y seis años y había empezado a volverse *mo'o kua'au* a los ciento diez, por ejemplo, lo habrían desterrado mucho antes de que ninguno de los dos hubiera nacido.

Pero persistía el misterio de Vi'iu y Eve. Sospechaba que Vi'iu era más joven que Ika'ana, aunque quizá no mucho más. Al parecer, cuando tuvo lugar el Ka Weha Vi'iu no había nacido, por ejemplo, pero cuando Ika'ana hablaba de ello él asentía con prudencia, como quien ha oído hablar tanto de un acontecimiento que casi se le olvida de que nunca lo vivió en primera persona. De lo que no cabía duda era de que estaba muy deteriorado: yo recordaba los malos resultados que había obtenido en las pruebas neurológicas básicas a las que lo sometí: había sido incapaz de identificar los

objetos que le había puesto delante y su atención se dispersaba en cuanto empezaba a hablar con él.

Por último estaba Eve, que tenía sus propios y muy característicos problemas. Incluso rodeada de soñadores resultaba especial. ¡Qué de cosas no sabía! No sabía hablar, no oía, no interactuaba con los demás, carecía de pudor, modales, sutileza o lógica. A menudo, cuando la observaba a cierta distancia, sentía como si estuviera viendo algo inanimado a lo que hubieran insuflado vida ilícitamente; se tambaleaba y gañía cuando le apetecía, se metía cosas en la boca, sometía a escrutinio lo baladí e ignoraba lo fascinante. Dada su pigmentada y abultada figura de vez en cuando parecía poco más que una batata con patas plantada entre nosotros. Salvo porque respiraba, suspiraba y comía, no estaba viva.

Y de pronto lo comprendí: ser *mo'o kua'au* era eso. De «aquello» era de lo que tenían miedo; «aquello» era el final de la historia. Hojeé mi cuaderno en busca de la definición de *mo'o kua'au* que me dio Tallent y que había anotado después de aquella conversación, meses atrás — «todos ellos en apariencia normales, pero incapaces de entablar una conversación lógica. Lo único que sabían hacer era temblar, balbucear y reír sin motivo, con las carcajadas caballunas propias de los descerebrados» —, y lo supe: Eve era una *mo'o kua'au* total. Así acabarían también los otros. Era cuestión de tiempo, pensé.

Corrí de vuelta al campamento.

—¡El padre de Lawa'eke! — grité mientras corría.

Teníamos que pedirle al padre de Lawa'eke que identificara a Ika'ana y a Vi'iu, pues seguramente habrían coincidido en la aldea. También le preguntaríamos si reconocía a Eve; si no, se confirmarían mis sospechas: que Eve era tan vieja que ni siquiera Ika'ana y Vi'iu la conocían del poblado. Y significaría que tenía más de doscientos años.

—¡El padre de Lawa'eke! — le grité a Tallent, que traía a varios soñadores del riachuelo, ayudado por Fa'a. Cuando me vio, se los dejó a él y vino hacia mí —. ¡Tallent! — jadeé, notando que sonreía de oreja a oreja —. Tenemos que hablar con el padre de Lawa'eke ahora mismo.

Puede que pronunciara mi nombre, pero yo hablaba muy acelerado, y él calló para escuchar mis teorías, de cuya exactitud yo estaba completamente seguro; jamás había estado más seguro de nada. La sensación era vivificante. Vivificante y también, en un sentido, de todo punto natural, como si fuese un derecho de nacimiento. «Así —me sorprendí a mí mismo pensando— es como tendría que ser mi vida; esta sensación, este entusiasmo pasmoso.»

—Norton — dijo Tallent cuando por fin logré calmarme —. El padre de Lawa'eke ya no está. Anoche se lo llevaron al bosque.

Me quedé hecho polvo, por supuesto. La pagué con Tallent, exigiéndole que fuera a buscar al jefe (¿para qué? ¿Para gritarle? ¿Para reprenderlo?) o a los cazadores que se lo llevaron (que todavía no habían vuelto), y que solicitáramos en préstamo uno de los cerdos a fin de que nos guiara hacia el padre de Lawa'eke (yo ni siquiera sabía si los cerdos tenían esa capacidad). Me chocaba, además, la injusticia de la situación. Nos encontrábamos en un lugar donde durante días y más días no pasaba nada — a veces casi literalmente nada —, y ahora, justo cuando necesitaba que las cosas siguieran como estaban, de repente cambiaban.

Pero al final Tallent me convenció de que no había solución.

—Todavía podemos poner a prueba tu teoría — dijo con sensatez (y no es que yo estuviera por la labor de mostrarme sensato) —. Si lo que dices es cierto, Ika'ana debería acordarse de Eve.

—¿Por qué? — pregunté con hosquedad.

—Porque no puede ser tan vieja como para que su destierro se produjera

antes del nacimiento de Ika'ana — explicó —. ¿Qué tendría...? ¿Casi trescientos años? Es imposible.

Se mostraba tan serio, tan convencido, que me entraron ganas de reír. ¡Qué rápido nos habíamos acostumbrado a aquel absurdo, a aquel mundo en el que trescientos años era un imposible, pero ciento setenta y seis, no! A saber... Quizá trescientos años no fueran en absoluto imposibles. Eve podría tener trescientos, cuatrocientos, quinientos, mil años. Quizá estaba en el exilio desde mucho antes del Ka Weha, desde mucho antes de que Ika'ana naciera, cuando miles de opa'ivu'eke monstruosas se paseaban por la isla, cuando los árboles que nos rodeaban no eran más que plantones, tiernos y afeminados, y desde donde nos encontrábamos Eve habría podido contemplar el cielo azul y el mar azul en todas direcciones, desplegándose ante ella en planos infinitos.

Resultó, sin embargo, que Tallent tenía razón: Ika'ana sí se acordaba de Eve. Fue expulsada cuando él era un niño pequeño, después del Ka Weha (cuando contaba cinco *o'ana*), pero poco antes, creía, de su *a'ina'ina*. Ika'ana no sabía qué edad tenía Eve cuando se la llevaron, pero Tallent y yo habíamos calculado, basándonos en los demás, que los síntomas de *mo'o kua'au* empezaban a aparecer en algún momento entre los noventa y los ciento cinco años, más o menos. Aun cuando Eve hubiera experimentado un declive precoz, en 1950 no podía tener menos de doscientos cincuenta años. ¿Cómo, quise preguntarle a Tallent, era posible tal cosa?

Había tenido hijos, pero ninguno de ellos, según Ika'ana, había llegado a los sesenta *o'ana*, como tampoco su marido. También había tenido nietos, pero ninguno alcanzó la edad de su abuela. Al final únicamente quedó Eve, sola en los bosques durante más de un siglo, subiendo y bajando con esfuerzo las colinas, comiendo gusanos, manamas y cualquier otra cosa que encontrara, sin nadie que la consolara, en un mundo de una estrechez y al mismo tiempo una inmensidad agobiantes. El bosque estaba compuesto de

colonias de criaturas acompañadas de sus semejantes: familias de vuakas, árboles que ofrecían montones de manamas, perezosos, arañas, bosquecillos de orquídeas, todos con sus compañeros. Y luego estaba Eve, una exploradora a la búsqueda de nada, a la deriva en un mar sin recuerdo alguno de lo que otrora había buscado o el lugar al que habría querido volver.

—Me quedé muy sorprendido cuando nos encontré — murmuró Ika'ana, con los ojos, como siempre, fijos en el vacío —. Hacía muchos años que no pensaba en ella. Muchos, muchos años. Pero la vi, y pensé: «Anda, pero si eres tú». Y era ella.

—Ika'ana — dije, luchando por controlar mi tono rabioso, porque sabía que era injusto, además de inútil —, ¿por qué no nos lo habías dicho?

Y entonces me miró.

—Porque no me lo habías preguntado.

Tal vez no había descubierto cuanto necesitaba al ritmo que esperaba, pero cada nueva revelación (me decía para consolarme) me llevaba a la siguiente pregunta que necesitaba responder. Ahora tenía cierta idea de la edad de Eve y de lo que era un *mo'o kua'au*. Interrogando a Ika'ana descubrimos que Eve no era muda de nacimiento, lo que significaba que su silencio, su comportamiento antisocial, se debía a daños cerebrales, deterioro o falta de interacción social, y no a una enfermedad congénita.

Empezaba a cobrar forma una teoría, una teoría que ahora me parece tan obvia que me avergüenza calificarla como tal. Trabajaba a partir de la hipótesis de que la *opa'ivu'eke* causaba algún tipo de... ¿qué? ¿Una enfermedad? ¿Un trastorno? Un estado que llevaba a una vida anormalmente longeva; una vida inmortal. Pero era una parodia de inmortalidad, porque los afectados se quedaban física, aunque no mentalmente, anclados en la edad a la que habían consumido la tortuga. Poco a poco, la mente se desintegraba —

primero la memoria, luego las sutilezas sociales, después los sentidos y por último el habla —, hasta que ya solo quedaba el cuerpo. La razón desaparecía, deteriorada por los años, agostados sus recovecos y fisuras a fuerza de funcionar muchas más décadas de lo que orgánicamente podía. Tenía una visión fantasiosa del cerebro de Eve representado como una piedra de sal sobre su bulbo, cuya superficie era lamida y relamida hasta que no quedaba más que la punta de un lápiz. Debía de haber un final para aquella vida, como lo había para todas. Pero, al parecer, no sería un final causado por la mera senectud; acabaría por enfermedad, accidente o asesinato.

Resulta extraño revivir una revelación así con setenta y cuatro años. Cuando tienes veinticinco, esos conceptos solo se experimentan desde un punto de vista académico. La edad, por tanto, no es algo que pueda entenderse; es una preocupación de ancianos, y anciano es todo aquel que sea más viejo que tú. Se trata de un asunto sin relevancia, un asunto que parece una lata, indulgencia y lamento para mentecatos, débiles y quejicas. Sin embargo, al hacerme primero mayor y luego viejo he meditado cada vez más sobre el destino de los soñadores, y hoy lo veo claramente como lo que es: una maldición. Hay un momento — en mi caso, llegó quizá hace unos años — en que, sin darte cuenta siquiera, pasas de desear tener más vida a resignarte a su final. Ocurre tan de sopetón que no puedes evitar recordar ese instante y, al mismo tiempo, de manera tan sutil que es como si sucediera en un sueño.

Por aquel entonces, sin embargo, mis ideas estaban exentas de tal matiz, y sabía las dos cosas que necesitaba hacer a continuación; las dos, por desgracia, complicadas en extremo. Lo primero era conseguir que uno de nosotros — o Tallent o yo — probara la opa'ivu'eke. No era lo ideal, naturalmente — sabía de antemano el montaje que supondría y el riesgo que entrañaba —, pero sí necesario si pretendía determinar el papel fundamental

que desempeñaba la opa'ivu'eke en aquel infortunio. Pues era posible (improbable, pero posible) que la opa'ivu'eke tuviera menos que ver de lo que yo suponía; quizá se tratara de un fallo genético propio de los ivu'ivuanos; si lograban traspasar cierta edad, se les garantizaba algo parecido a la vida eterna. Lo segundo y más importante era sacar de la isla al menos a dos de los soñadores y llevarlos a un laboratorio de verdad para someterlos a pruebas y análisis de sangre. No tenía ni idea de cómo acometer ese plan. Pero sin aquel paso, habríamos — yo habría — desperdiciado más de cinco meses, lo cual parecía una eternidad (no se me escapaba la ironía de aquel pensamiento). Sin análisis concluyentes, apenas me quedaba más que una serie de cuentos de hadas, y a mí las ficciones nunca me habían interesado lo más mínimo.

Empecé con la operación ligeramente menos complicada: conseguir una opa'ivu'eke para experimentos futuros. Tallent y Esme se horrorizaron ante mi plan, como era de esperar. Nos enzarzamos en un largo y a ratos desagradable debate en el que Tallent, al menos, reconoció el propósito y la necesidad de lo que yo estaba pidiendo, pero se negó a participar alegando sus principios, lo cual me pareció una excusa más bien débil y vaga. Esme, sin embargo, ni siquiera reconocía que aquello fuera el siguiente paso lógico. Les reproché a gritos que eran unos intelectuales cobardes y sentimentalistas. Ella replicó, también a voces, que yo era un monstruo, un desalmado y un irrespetuoso, y que estaba a punto de mandar al garete todo lo que Tallent y ella intentaban llevar a cabo.

—¿Qué estás intentando llevar a cabo tú, Esme? — le chillé —. Yo no calificaría como trabajo útil registrar en detalle las cagadas de otro.

Gritábamos tanto que varios ivu'ivuanos se habían acercado a la linde de su territorio y nos observaban con interés y cierta diversión, señalándonos,

cuchicheando y riendo por lo bajo. Tallent hizo amago de calmarnos a los dos, pero ya era demasiado tarde. Visto ahora, fue una situación vergonzosa.

—¿Cómo te atreves a despreciarme? ¡Yo quiero ayudarlos!

—¡Qué vas a querer ayudarlos! ¡Si eso fuera cierto, harías lo que hay que hacer!

—¡Tú eres el que no quiere ayudarlos! ¡Para ti son poco menos que insectos, y te da igual destruir todo a tu paso!

—¡Yo ni siquiera quería venir! ¡Vine porque me necesitabais!

—¡Yo no quería que vinieras!

Sí, la discusión pronto tomó aquel cariz, y habríamos llegado aún más lejos si no llega a ser porque Tallent — por primera vez desde que lo conocí, estaba furioso de verdad — se interpuso físicamente entre nosotros.

—Ambos estáis comportándoos de una manera reprobable — dijo, con frialdad —. Esme, llévate a los soñadores al río a beber. Norton — me lanzó una mirada feroz y de pronto me di cuenta de lo poco que él me exigía respecto a los soñadores, pero en vez de aliviado me sentí herido en mi amor propio: ¿acaso no se fiaba de dejarlos en mis manos? —, vete a dar un paseo. Abandonad ahora mismo los dos esta actitud bochornosa.

—Pero ¿qué pasa con la opa'ivu'eke? — susurré, aborreciendo mi propio gimoteo, la súplica de mi voz.

—Norton — repitió Tallent, pronunciando mi nombre como si hubiera declamado una página entera —, entiendo por qué quieres hacer ese... ese... experimento. Espera — dijo, levantando la mano, pues yo estaba a punto de interrumpirlo —. Pero, aunque lo entienda, me temo que no va a ser posible. Logísticamente no es posible y para colmo tampoco recomendable. ¿Tengo que recordarte que somos unos meros invitados? ¿Que estamos aquí por la gracia del jefe? Que no se te olvide, Norton. Que no se te olvide que esas lanzas no solo se usan para matar perezosos y espetar vuakas.

Me quedé callado, él se quedó callado también, y nos miramos.

—Prométemelo — me pidió, recuperando su tono aterciopelado, la tranquilidad insondable de su voz —. Prométeme que no me desafiarás.

—No lo desafiaré — mascullé.

—Norton — empezó, y se interrumpió hasta que lo miré —. Te lo advierto. Tu teoría puede probarse de varias maneras, pero esta no es una de ellas.

—Entendido, Tallent — repuse, aunque sabía que se equivocaba. No había otra manera de probarla. Y si él se negaba a echarme una mano, tendría que hacerlo solo.

Todas las noches se daba un breve período en que el pueblo parecía pausar sus actividades, una o dos horas en que los cazadores diurnos solapaban su sueño con el de los cazadores nocturnos, el fuego por fin ardía con menos fuerza y lo único que se oía era la infinidad de chasquidos y graznidos de la infinidad de criaturas invisibles que se arrastraban por el bosque en la oscuridad.

La velada había sido muy tensa: primero una cena muda en compañía de Tallent y Esmé, y luego un rato de escritura en los respectivos diarios, también en silencio, que concluyó con un despliegue callado de las esteras. Más tarde me preguntaría por qué decidí que había que actuar tan rápido, y supongo que se debió a cierta impulsividad, aunque también sostengo que había que actuar rápido; antes de perder la sangre fría y asimismo antes de que Tallent se percatara de lo inevitable de mis actos.

En cuanto me cercioré de que todos en la aldea dormían — sus ronquidos reverberaban en los árboles — me acerqué a Mua. Le había sustraído a Tallent la linterna de su mochila mientras él ayudaba a los soñadores a asearse, aunque estaba decidido a usarla lo menos posible. Sin embargo, en

aquel momento la necesitaba para dar con Mua; el grupo dormía todo mezclado, un revoltillo de extremidades y pelo que seguía desprendiendo un leve olor a suciedad a pesar de las abluciones diarias.

Lo encontré cerca de Ika'ana, con la cabeza apoyada en la espalda de Vi'iu y un brazo sobre los pechos de Ivaiva. Me arrodillé despacio y lo zarandé para despertarlo.

—Mua — susurré cuando por fin despertó soltando un gruñido, luchando para sacudirse capas y más capas de sueño —, necesito tu ayuda. — Y entonces recordé que no hablaba inglés. — Cogí un palo y dibujé el símbolo de la opa'ivu'eke en el suelo, a nuestro lado (el círculo bisecado por la línea) y a continuación me señalé a mí —. Opa'ivu'eke — dije, para que me entendiera —. *Vaka'ina*. — Y de nuevo me señalé a mí mismo.

—Ah — repuso, al tiempo que se sentaba con gran esfuerzo.

Una de las virtudes de las discapacidades de los soñadores, reflexioné, era que estos requerían muy pocas explicaciones. Aun cuando hubiéramos sido capaces de comunicarnos, Mua no me habría preguntado por qué lo despertaba a las tantas para ir a buscar una *opa'ivu'eke*, ni por qué la necesitaba con tanta urgencia. Mua, al igual que los demás soñadores, estaba transformándose en una serie de reacciones surgidas de años de condicionamiento, y si bien ahora comprendo muy bien hasta qué punto puede llegar a ser peligroso el abandono de la lógica, en aquel momento me alegraba una barbaridad.

Rodeamos la aldea, dejamos atrás a los cerdos y sus gruñidos, los ronroneos graves y los refunfuños de los hombres, las mujeres y los niños, nos dirigimos hacia la novena choza y luego más allá, a la selva otra vez, que pareció tragarse a Mua de un único y goloso bocado. No había luz y, por un segundo, fui incapaz de moverme, presa de un miedo helador, irracional; hasta se me olvidó la linterna. Y entonces Mua volvió de puntillas sobre sus

pasos para buscarme y repitió una y otra vez algo que yo no entendía. Comprendí entonces que se trataba de un cántico, dos frases que coreaba en bucle, hasta que al cabo de un rato dejaron de sonarme a palabras, adquirieron menos sentido que un redoble de tambor, y noté que mis pies ajustaban el paso a su ritmo.

Me pareció que hacía mucho tiempo desde la última vez que había caminado con un propósito, o tan selva adentro, y aquel lugar que en otros momentos había considerado como algo vital, rebotante de actividad, de vidas, ahora se me antojaba muerto, un enorme cementerio de árboles, desprovisto de todo lo imaginable. No puedo explicar la causa de aquella sensación, aparte de porque me parecía que ya había descubierto en gran medida sus misterios y cualquier otra cosa que hubiera producido habría sido pobre en comparación.

Me guíé por la voz de Mua cuando se desvió a la derecha, y de pronto estuvimos en un claro, una pequeña meseta por encima del poblado; sobre nosotros se hallaba el resto de Ivu'ivu, su cumbre imponente e inexpugnable. Detrás, el bosque, negro y mudo, y ante nosotros un desnivel ciego, un lateral de la isla que caía en picado hacia un océano que no distinguíamos. Empecé a caminar, hipnotizado, junto al borde, hasta que Mua extendió un brazo para detenerme. «Ea», me dijo — «Mira» —, y alcé la vista; allí, frente a mí, sobre mí y a ambos lados, estaba el cielo, de una negrura insólita, inconmensurable, tachonado de manchas de estrellas, tan grandes y brillantes que advertí su destello duro y sentí las gélidas nubes de polvo que las rodeaban. Había tantas, que el cielo parecía más luminoso que oscuro, más lleno que vacío.

Hacía muchísimo tiempo que no veía las estrellas, y al mirarlas, al mirar la vastedad inmensa del cielo abombado por encima de mí, como un abrazo, pensé en Owen y me pregunté dónde estaría. ¿En Connecticut todavía? ¿O se habría marchado a otra parte, como de vez en cuando amenazaba con hacer?

Fue entonces cuando me sorprendí llorando, y aunque intenté no hacer ruido, en cierto modo resultó reconfortante, como también el característico sabor de las lágrimas, casi olvidado, tan saladas y calientes en mi boca como gotas de sangre.

El llanto no turbó a Mua, y nos quedamos allí sin movernos un buen rato. Por encima de nosotros las estrellas parpadeaban resplandecientes. Entonces emitió un gruñido y reanudamos la marcha.

Por un momento experimenté confusión — ¿habíamos parado en aquella meseta la primera vez que fuimos a ver las opa'ivu'eke? — y, de pronto, miedo: ¿adónde me llevaba Mua? Pero al darme media vuelta y ver el bosque, tan negro e impenetrable, comprendí que no me quedaba más remedio que seguirlo.

Cuando llegamos al último calvero estaba tan angustiado que temblaba. En la oscuridad acechaban monstruos y fantasmas, y en lo que no podía ver veía todo cuanto había temido desde siempre. Hasta que Mua entonó con solemnidad «Opa'ivu'eke», y justo delante de mí divisé el lago, las burbujas de las tortugas como perlas espumando la superficie. Con una mano hizo un gesto en dirección al lago y a continuación dio un paso atrás para contemplarlo mejor.

Por primera vez me asaltó la idea de que tal vez no había pergeñado el plan tan bien como debía. Mientras en la aldea comían yo me las había arreglado para colarme en la choza donde almacenaban las palmas y sustraer una red grande, que había cargado montaña arriba sobre los hombros, como una capa. Pero a medida que me acercaba al lago se me ocurrió pensar que no tenía ni idea de si sería la herramienta más adecuada para atrapar una opa'ivu'eke. ¿Nadaban rápido? ¿Intentarían mordirme? De haber habido un arma que hubiera podido robar con facilidad, no me lo habría pensado, pero resultó que no había, de ahí que hubiera tenido que conformarme con la red. Miré a Mua

como para pedirle consejo, pero él se limitó a cruzarse de brazos y fijar la vista al infinito, como si lo que yo me proponía fuese un acto íntimo que él no tuviera derecho a presenciar.

Sin embargo, no tenía por qué preocuparme. Al acercarme a la orilla del lago, las opa'ivu'eke advirtieron mi presencia y como una sola unidad nadaron despacio hacia mí, surcando el agua con tal delicadeza que solo provocaron una ligerísima ondulación en la lisa superficie. Su confianza facilitó la misión tanto como la dificultó, y mientras me planteaba qué tortuga llevarme, tuve que recordarme, inopinada y severamente, lo necesario que era lo que estaba a punto de hacer.

Escogí a una de las más grandes; quise creer que su tamaño indicaba que se trataba de una de las más viejas, pues prefería dar a las más jóvenes la oportunidad de tener una vida larga. Lo único que tuve que hacer fue meter las manos en el agua — fresca y tan cristalina que vi la luna deslizarse por su fondo limoso — y sacarla. Pesaba bastante, y era un poco babosa, pero no difícil de manipular; el resto de opa'ivu'eke se reorganizaron para llenar el vacío que dejó su ausencia, observándome con sus ojos enormes. Tratándose de una tortuga, fue sorprendente que no se recogiera en el caparazón ante el contacto humano, y en cambio agitara un poco las patas y girara la cabeza. Me dio la impresión de que lo que tenía en las manos era un enorme oso hormiguero, algo con un caparazón bien duro y blindado pero infantil en su indefensión.

Tambaleándome, la llevé hasta la linde del bosque, a distancia suficiente del lago para que sus compañeras no vieran lo que estaba haciendo. La caminata y el peso del animal me tenían agotado. Me senté a su lado, posando la mano en la parte de atrás del caparazón, y ella cerró los ojos con aparente deleite, como si estuviese acariciándola. Descansamos un instante,

disfrutando los dos del aire, del rumor de los árboles y del simple y estúpido hecho de estar vivos.

Llegó el momento. Llevaba una navaja en el bolsillo (robada también a Tallent) y un rollo de hojas de palma grandes (robado de la choza de las palmas). Mi plan era cortar tanta carne de la opa'ivu'eke como pudiera (ignoraba si tendría la fuerza o, sinceramente, el valor para abrir el caparazón), envolver los pedazos en hojas de palma, guardarlos en la bolsa de malla y enterrar los restos bajo la descomposición del bosque. Me los llevaría y curaría la carne en las ramas de mi árbol. Comería un poco y registraría cualquier efecto nocivo; el resto lo trasladaría conmigo a Estados Unidos para someterlo a pruebas más exhaustivas.

Un soplo de brisa se abrió paso entre los árboles, y en el momento en que la opa'ivu'eke estiraba el cuello para disfrutarla, abrí la navaja y se la pasé por la garganta. Pensé que sería un corte fácil, como hundir un cuchillo en mantequilla a temperatura ambiente, pero era una piel mucho más basta y membranosa de lo que esperaba, y tuve que aserrar, de manera que la cabeza fue desprendiéndose poco a poco del cuello, primero torciéndose a un lado y luego colgando por el otro, y al final solo un único colgajo de piel especialmente pertinaz unía ambos y hube de hincar la hoja entre los pliegues y tirar hacia arriba hasta que la piel se separó emitiendo una serie de chasquidos húmedos y elásticos. Salvo por una especie de suspiro leve y bajo, como si fuera un neumático al desinflarse, el animal no hizo ruido, pero mantuvo los ojos abiertos, las pupilas achicándose dentro de los iris igual que salpicaduras de tinta en agua.

Tan concentrado estaba en la ardua tarea de desprender la pata trasera de la tortuga, que creí que había gritado Mua y repliqué (de manera inútil, como es lógico) que estaba ocupado y que esperase un momento. Pero cuando lo oí correr por la hierba en mi dirección, sin dejar de proferir unos gritos

incomprensibles, me vi obligado a interrumpir la tarea y alzar la vista, y en ese momento me di cuenta de que no era Mua quien venía hacia mí, sino Fa'a.

Mi primera reacción, estúpidamente, fue alegrarme. ¡Había venido Fa'a! Siempre me había sentido más seguro en su presencia, y hasta había empezado a caerme bien, a pesar de su inescrutabilidad cuidadosamente cultivada, que disimulaba mal el hecho de que nuestra expedición lo desilusionaba cada día un poco más. Pero tenía la sensación — quizá romántica — de que en los momentos más tristes o conflictivos Fa'a había estado a mi lado, tan firme y digno de confianza como un árbol. Lo veía igual que a un pastor, al centinela que velaba por todos nosotros mientras dormíamos o cazábamos, alguien cuyos ojos sondeaban el paisaje para ahorrárnoslo a nosotros, alguien que estaba allí para presenciar todos los sucesos extraordinarios. Los otros dos guías habían perdido el interés y habían ido escabulléndose poco a poco — seguían con nosotros, naturalmente, pero cada vez pasaban más tiempo cazando vuakas (me fascinaba y repugnaba un poco su hambre en apariencia insaciable de aquellos simios) y cogiendo diversas frutas, semillas y plantas extrañas del bosque —, pero Fa'a siempre estaba allí. Uva y Tu continuaban cumpliendo con sus tareas para con los soñadores, pero como por repetición: en el arroyo charlaban y reían entre ellos mientras los más desvalidos a su cargo se salpicaban agua en las manos o los pies inútilmente, sin saber qué hacían allí. Cuando le tocaba a Fa'a, en cambio, les echaba agua por la espalda, les sacudía las espesas melenas y les murmuraba algo cuando ellos suspiraban, satisfechos. Yo lo respetaba, sin duda; quizá lo admirara, incluso.

Pero me vi obligado a modificar mi reacción nada más ver su cara y reconocer el timbre de su voz. Gritaba, gritaba con ganas, mientras con una mano toqueteaba la lanza de manera inquietante y con la otra señalaba a la

opa'ivu'eke muerta, cuya cabeza — los ojos aún estaban abiertos — reposaba con decoro en medio de la hoja de palma más grande, esperando que la envolviera como un regalo. Fa'a estaba tan fuera de sí que los ojos se le salían de las órbitas y su boca arrojaba gotitas de saliva, blancas como las estrellas. A mí me entraron ganas de reír.

Solo entonces recordé la reverencia con que había entonado un cántico la última vez que habíamos visto las opa'ivu'eke, y con qué asombro había observado el *vaka'ina*, y me pareció que lo único que podía hacer yo era dejar que se desahogara a gusto. Estaba convencido de que Fa'a nunca me pondría una mano encima, pero de repente — y jamás conoceré sus verdaderas intenciones — alzó el brazo que sostenía la lanza: no en un gesto amenazante, lo reconozco, ni siquiera en mi dirección, mas el mero hecho de que esgrimiera un arma me alarmó, e instintivamente levanté el cuerpo de la tortuga y lo puse delante de mí, el redondo caparazón a guisa de escudo, y lo empujé hacia Fa'a justo en el momento en que él se inclinaba sobre mí. Y fue entonces, mientras movía la tortuga, encogiéndome tras ella, cuando lo oí chillar. Oteando por encima del caparazón, vi que la mano estirada de Fa'a había rozado una de las patas delanteras de la tortuga, y en aquel momento sus gritos se volvieron agudos y se hincó de rodillas en el suelo, levantando la mano afectada a la altura de los ojos y gimiendo.

De haber sido yo una persona menos sensible, seguramente habría sucumbido a la risa. Pero aquello fue solo la reacción inicial: poco después, mientras observaba a Fa'a doblado en el suelo, con la mano derecha — la que sostenía la lanza — estirada hacia la tortuga como en un sacrificio, empecé a percibir la sinceridad de su desesperación. Los chillidos se acallaron y se volvieron sollozos, hasta que no hubo nada en absoluto, apenas unas sacudidas constantes en los hombros y la espalda, con la cara girada hacia la tierra y la lanza abandonada a un lado. Por una vez me alegré de no hablar

u'ivvano, pues Fa'a creía que ahora estaba condenado a ser *mo'o kua'au*, o que había condenado a algún miembro de su familia, y nada de lo que hubiera podido decirle lo habría convencido de lo contrario. Así que me quedé mirándolo un rato, lleno de fascinación y compasión, hasta que lo único que pude hacer fue continuar con la tediosa tarea de amontonar los trozos flácidos de opa'ivu'eke en las satinadas hojas de palma, con el suelo ennegrecido de sangre bajo mis pies.

El descenso fue silencioso y apresurado, y cuando hube mandado a Mua y a un estupefacto y abrumado Fa'a con el resto del grupo y me dispuse a atar los seis paquetes de carne de tortuga a las ramas más altas de mi árbol, el aire empezaba a clarear y los pájaros emitían los primeros gorjeos.

Al parecer, todos habíamos resuelto fingir: Tallent, que no habíamos discutido, Fa'a, que no había sido maldecido, yo, que no había hecho lo que necesitaba hacer sin permiso ni apoyo. A lo largo de aquel día me daba cuenta por momentos del valor y la diligencia que había demostrado la noche anterior, y también de mi ingenio, pero no podía compartir la experiencia con nadie. Me crucé con Fa'a en una ocasión — yo iba al arroyo en busca de agua; él volvía de allí —, mas cuando estuvimos cerca se desvió, y vi que los planos de su rostro se deslizaron y replegaron en un rictus inescrutable que a partir de aquel día ya no lo abandonó. En aquel momento comprendí que jamás les revelaría a los demás lo que había visto aquella noche; hacerlo implicaría deber enfrentarse a su propia mácula, a su propia caída en desgracia.

Solo Mua parecía haberse olvidado de la aventura nocturna. Aquella tarde casualmente vi que Fa'a agarraba la lanza con ambas manos, el mentón apoyado en el extremo romo, sin apartar la vista del soñador; aunque no supe distinguir si era una mirada de envidia o de piedad.

Poco antes me había escabullido hasta mi árbol y había recuperado los paquetes. Luego había cavado un hoyo tan profundo como pude, a base de extraer una tierra suave y harinosa, tan fértil y húmeda como un bizcocho, e introducido y enterrado los paquetes. Todos excepto uno, que aparté y abrí. Durante varios minutos permanecí allí acucillado, preparándome para ingerir la carne roja de una de las patas de la opa'ivu'eke. Me recordé que aquel era el motivo por el que había desobedecido a Tallent e ido al lago: para probarla y comérmela, para demostrarme que no había nada que temer. Pero me sentí paralizado por mi propia incertidumbre. No comer la tortuga habría sido reconocer que tenía miedo, que en el fondo lo imposible era posible. Y, ay, yo quería que fuera verdad, quería estar en lo cierto, quería comprobar que mi descubrimiento era real. Pero al mismo tiempo no quería que fuera verdad, no quería poner patas arriba todo aquello en lo que había creído, desechar las certezas y el pragmatismo como fruta podrida. Comer la tortuga sería reconocer que me equivocaba, pero también que el mundo que conocía seguiría como siempre, inalterado, inalterable, sus leyes indiscutidas, intactas.

No pude hacerlo. En las décadas posteriores recordaría aquel instante como una alucinación y rememoraría lo cerca que había estado de engrosar las filas de los soñadores. ¿Y si no hubiera vuelto a envolver la pata y la hubiera colocado con las demás partes? ¿Y si hubiera permitido que mi lengua entrara en contacto con su superficie, si me hubiera permitido sucumbir a la arrolladora falta de lógica de aquella noche extraña y embrujada?

Aquella noche tuve unos sueños desbocados y de lo más variados, el final de uno se fundía con el inicio del siguiente. Soñé que avanzaba sin rumbo por el bosque, ascendiendo en dirección al poblado, y que todos los árboles se habían transformado en ivu'ivuanos que con sus balbuceos colmaban el aire igual que el canto de los pájaros, confundiéndose sus pies con las raíces de los árboles y entrelazándose su cabello con las ramas. Soñé que el jefe y yo

montábamos a pelo sobre una opa'ivu'eke del tamaño de un coche que avanzaba trabajosamente por un lodazal seco desprovisto de árboles, y en el horizonte, recortada contra un cielo color ciruela, se distinguía a duras penas una ciudad en miniatura de cemento agrietado. Soñé que estaba sentado a una mesa en una casa de madera de techos apuntalados con travesaños de madera que tenían grandes surcos, y ante mí, en una bandeja de metal, descansaba una extraña criatura rosada con cuatro patas y la carne hundida, que luego comprendí era una opa'ivu'eke sin caparazón. Frente a mí estaba Fa'a, que llevaba una camisa clara de botones y el pelo recortado alrededor de las orejas, tendiéndome con una mano un cuchillo y un tenedor, y cuando entendí que tenía que comerme la tortuga, esta volvió la cabeza abriendo los ojos y la boca, y la boca, al abrirse, era la del niño, con sus dientes pequeños y serrados y su lengua diminuta y brillante.

En aquel momento desperté, rodeado del bosque de siempre, y con Esme y Tallent a mi lado, como tenía que ser, y todavía en Ivu'ivu, en medio de una de sus densas y negras noches. Alrededor nada había cambiado.

A la mañana siguiente, Tallent anunció que nos marchábamos.

Era lógico, me daba perfecta cuenta de ello, y resultaba inevitable. Me habían dicho que pasaríamos al menos cuatro meses allí, o a lo sumo un tiempo limitado. Con todo, la noticia supuso un mazazo. Primero, porque, a pesar de lo que pudiera parecer, había existido algo similar a un plan en todo momento, e incluso en el poblado, donde no había lugar para gobiernos, tecnología, ropa, libros, escuelas ni hospitales, no nos habíamos liberado de sus tentáculos. Y luego estaba el impacto del tiempo en sí, su repentina reaparición y relevancia en nuestras vidas. Allí, el tiempo hacía largas piruetas en espiral, desafiando la biología y la evolución; ni siquiera el cuerpo humano lo respetaba. Y sin embargo, la definición de tiempo que debíamos obedecer era la que se determinaba en una zona del mundo donde la gente consultaba relojes y concertaba y respetaba citas, donde el tiempo se medía en unidades más pequeñas que las estaciones. Resultaba perturbador recordar que aquel mundo existía aún, y que, por muy ajeno que fuese, era aquel mundo el que seguía dirigiéndonos, el que tomaba decisiones por nosotros y determinaba nuestras llegadas y partidas. De repente, me asaltó la fantásica idea de que quizá el motivo por el que los ivu'ivuanos vivían tanto fuese porque a nadie se le había ocurrido explicarles que eso no podía ser.

La postrera semana fue muy ajetreada: había que realizar las últimas entrevistas, tomar las últimas medidas, llevar a cabo los últimos controles físicos, realizar los últimos dibujos del poblado, hacer los últimos recuentos y

numeración de las existencias de la choza de la carne, la de los artículos no perecederos y la de las palmas. Una noche, cuando estaba reorganizando el petate para hacer un hueco a los paquetes de carne de opa'ivu'eke — me las había apañado para sisarle un poco de sal a Uva y había curado todos los trozos, que metería en mi equipaje justo antes de irnos —, me topé con las dos docenas de agujas en sus envoltorios de gasa, y sus superficies suaves de frío cristal y metal se me antojaron algo exótico, como si la tribu fuese la cultura más avanzada y aquellos objetos unos artefactos de finalidad desconocida procedentes de un pasado primitivo. A esas alturas ya no quedaba casi nada dentro de mi macuto: había regalado casi toda la ropa a las mujeres, que se quedaron mirando boquiabiertas la chaqueta y las camisas hasta que les mostré cómo rasgarlas y emplear los jirones para unir dos cuerdas de palma, por ejemplo, o una pata de perezoso a una lanza, y el microscopio se había roto en los primeros días de viaje, como también el termómetro más recientemente, con cuyas perlas de mercurio jugaron los niños, rebozándolas en tierra y haciéndolas chocar, hasta que las recogí y las hice desaparecer.

A aquellas alturas, me había dado por pensar que Sereny seguramente no me había tenido en muy alta estima. La Facultad de Medicina al completo, de hecho, seguramente no me había tenido en alta estima. ¿Habría solicitado Tallent mi presencia, en realidad? ¿O lo habrían convencido para que los acompañara, a él o a quienquiera que con sumo desacierto les hubiera concedido presupuesto para la expedición? ¿Me necesitaron alguna vez? El resumen, como yo lo veía, era que Tallent buscaría una mítica tribu perdida, y, por muy inverosímil que fuese, la había encontrado. Pero ¿quién habría pensado que el mayor hallazgo de todos lo haría yo, y que sería eso? No podían haber sabido de antemano que requerirían un científico; mi presencia no era consecuencia de la suerte, sino del intento de la institución de quitarse

de en medio a uno de sus estudiantes menos prometedores mandándolo a una misión absurda abocada al fracaso. Me sentía humillado por no haberme percatado antes, y también por haber encarnado el papel de peón en un juego tan vil. Sin embargo, pese a la desagradable revelación, estaba decidido a no pensar como Smythe — «Se van a enterar; les demostraré lo equivocados que están» —, aunque tampoco podía evitar proyectar mis pensamientos hacia el futuro, pues sabía con toda certeza que había descubierto algo espectacular, algo destinado a cambiar para siempre la ciencia y la sociedad. Había descubierto nada menos que la inmortalidad. Expresada en voz alta era una afirmación grandilocuente (y por eso no la formulaba), pero no podía pasarse por alto su trascendencia, a pesar del halo mágico que la envolvía.

(¿Qué habéis hecho vosotros, Fitch, Brassard? «Hemos transfectado ratones con virus.» Y tú, ¿qué has hecho? «Yo he descubierto un grupo de personas que no mueren.»)

Resultaba fundamental convencer a Tallent para que nos dejara sacar a varios soñadores de la isla y, para mi sorpresa, accedió sin apenas discutir. Obviamente no faltó un discursito bastante largo acerca de los peligros de sacar a unos indígenas de su contexto y la extrema improbabilidad de que pudieran reinsertarse luego en su sociedad, pero sus argumentos se me antojaron un tanto flojos, por no decir absurdos. En cualquier caso, si yo estaba en lo cierto, pronto perderían toda noción de contexto, y su sociedad ya los había rechazado, así que ¿por qué no llevármolos?

—Bueno — cedió por fin, poco convencido —. Pero tendremos que pedir permiso al jefe, al menos.

Al jefe, como yo esperaba, le dio igual. Incluso me pareció que nuestra propuesta lo complacía, aunque, como ya he dicho, en general se mostraba muy poco expresivo. ¿Y por qué no había de alegrarse? Nos ofrecíamos voluntariamente a llevarnos a cuatro *mo'o kua'au*, y sin ellos había cuatro

personas menos buscando vuakas y comiendo manamas, cuatro personas menos que algún día, en su deambular interminable, pudieran acabar de nuevo en el poblado.

—¿Y qué pasa con los demás? — preguntó entonces el jefe.

—¿A qué te refieres? — replicó Tallent.

—Aquí no pueden quedarse.

Tallent abrió la boca, pero volvió a cerrarla. No podía hacer nada.

—Los sacaremos de aquí — dijo finalmente, y el jefe asintió.

Acto seguido, dio media vuelta y se marchó. No sé por qué — por las películas, tal vez, o las fábulas —, pero había pensado que la despedida se alargaría, que habría un intercambio de presentes o quizá hasta una ceremonia, sobre todo dada la querencia de aquella cultura por los rituales. Pero no hubo nada de eso. Solo la espalda del jefe alejándose de nosotros y las pezuñas de su cerdo levantando nubecillas de polvo tras él. En aquel momento pensé que no existía un ritual para las despedidas por la sencilla razón de que no había visitas: nadie llegaba jamás y nadie — salvo los *mo'o kua'au* — se iba.

Entonces recordé una cosa.

—Espere — le ordené a Tallent —. Pídale que vuelva un segundo.

Y llamó al jefe, que se volvió y vino de nuevo hacia nosotros, visiblemente reticente.

—*Ke* — dijo, inexpresivo. «¿Qué?»

—Pregúntele — pedí a Tallent — si sabe de alguien que haya celebrado el *vaka'ina* y no se haya vuelto *mo'o kua'au*.

Me di cuenta de que no quería contestar. No solo porque ya estaba harto del tema, sino porque su respuesta suponía reconocer su propio destino. Hasta aquel momento había conseguido eludir la pregunta, imaginar — como seguramente todos los sexagenarios que lo habían precedido y los que

vendrían después — que podría ser el primero: en sus fantasías sería jefe para siempre, cada pocos años participaría en los *vaka'ina* de otros, y sus esposas, sus hijos, nietos y bisnietos lo seguirían en bandada, la choza de la carne siempre llena, la de las palmas constantemente abastecida. Sería tan anciano que iniciaría a su propio tata-tata-tata-tataranieto en su *a'ina'ina*, tan anciano que vería crecer a aquel chico y vería cómo este iniciaba a su vez a su propio nieto. Sería tan anciano que los pequeños brotes de árbol de manama que cercaban la linde del poblado madurarían, morirían y serían sustituidos de nuevo, tan anciano que algún día alcanzaría la edad de los mismísimos dioses, tan anciano que un día A'aka e Ivu'ivu se le revelarían, y quizá algún día habría un tercer miembro en la unión, y se le concedería un reino propio. Las estrellas, las lluvias y los vientos, las aguas y el sol contaban con sus propios guardianes, pero tal vez pudieran asignarle algo a él: los árboles, quizá, o las flores, o las aves cuyas garras se aferraban a las ramas por encima de su cabeza. Aquellas eran sus previsiones durante el día. Con razón se le veía abotargado, saciado; eran su droga, y eran pensamientos hermosos, gozosos, cautivadores y fáciles de satisfacer tan a menudo como se le antojara.

Pero por las noches tendría otros sueños. Se vería siendo conducido hacia el bosque, quizá tan desorientado que ni siquiera recordaría que fue jefe y que había tenido un cerdo espantosamente feo que lo seguía a todas partes, como un lacayo. Vería que le arrebataban su lanza, quizá un nieto al que él mismo hubiera iniciado. Se vería caminando día tras día por el bosque buscando alimentos, oyendo las llamadas de los pájaros y los monos e incapaz de recordar cómo cazarlos, de recordar siquiera lo fácil que había sido en otros tiempos o, peor aún, recordándolo a medias, con algún pliegue de la consciencia señalándole lo que no sabía por muy poco. Se vería descubriendo una fruta rosa a sus pies de cuya piel brotarían unos gusanos como Medusa,

sin poder recordar que era un alimento y que antaño le gustaba, que de hecho había consumido manamas por docenas. Le gustaba seca, con los bordes finos y crujientes de azúcar cristalizado, o hecha puré y untada en carne de perezoso, fundiéndose lo dulce con lo salado. Se vería solo cuando había gobernado a sesenta y cinco personas, vería los días transformarse en noches y luego de nuevo en días, pero sin nada que marcara el paso del tiempo; ni ceremonias, ni acontecimientos, ni cánticos, ni coitos ni caza, nada aparte de su propia relevancia para sí mismo, que menguaría tan despacio y con tal delicadeza que ni siquiera él se daría cuenta. Aquellos sueños eran los realistas, y el jefe lo sabía. Por eso ansiaba la luz del día, para controlar su propia mente y todo lo demás. Comprendí entonces la disciplina, el valor que había demostrado al permitir la presencia de los soñadores, sabiendo que cada uno de ellos encarnaba la prueba de la inevitabilidad de sus visiones nocturnas y la falsedad de las diurnas.

No llegó a responder; en vez de eso, se marchó. Como ya he dicho, contestar habría sido reconocer lo que trataba de negarse con todas sus fuerzas. Tenía sesenta *o'ana*. Pronto — no de inmediato, pero sí con el tiempo — llegaría su futuro, y se convertiría en alguien que ni él mismo reconocería. No hacía falta que contestara; yo ya tenía la respuesta que necesitaba.

El descenso fue mucho más rápido que el ascenso, y menos prodigioso también. Allí estaban por segunda vez las llanuras de musgo, los clanes de cicadófitas, las arañas brillantes como alhajas, los enjambres ocasionales de mosquitos o mariposas y los tucanes invisibles que ululaban desde las copas invisibles. Casi seis meses antes aquel había sido un lugar de deleite y horror, a la vez, pero ahora era territorio descubierta, y nos aburría. Estaban también de nuevo los soñadores, unidos por una cuerda de hojas de palma de la choza

correspondiente que nos habían dado a regañadientes, guiados por Fa'a y, cerrando la comitiva, Esme o yo. Por delante caminaba Tallent, y muy por delante — tanto, que los había perdido de vista —, Uva y Tu.

Estuvimos todos de acuerdo (Tallent, Esme, Fa'a y yo) en abandonar en la zona más boscosa de la selva, la antecámara del poblado, a los soñadores que no nos llevaríamos. El jefe no había especificado a qué distancia quería que los dejáramos, pero Fa'a había sugerido al menos a tres días de caminata, y a medida que se acercaba el final del tercer día noté que aminorábamos el paso, igualando nuestras zancadas a los traspies de Eve en lugar de tirar de ella, como solíamos hacer. A veces Fa'a se dirigía a los soñadores con un breve zumbido nasal entrecortado y ellos respondían del mismo modo, y aunque eran tonos desagradables, lograban sostener una nota durante un tiempo asombrosamente largo, hasta que los zumbidos se confundían con los del propio bosque y todo cuanto nos rodeaba parecía vibrar.

Al final el aire se pintó de gris, como si le hubiesen aplicado una capa de gouache, y supimos que no podíamos seguir eludiéndolo. Todos, incluidos Tallent y los otros dos guías, que habían regresado de la avanzadilla, seguimos a Fa'a, el cual condujo a los soñadores hacia una enorme makava, la más grande que yo había visto: los seis juntos no conseguíamos abarcarla. Mientras Fa'a se dirigía a los soñadores con su tono amable y suave, los otros guías les quitaron las esposas de palma y separaron del grupo a los cuatro que habíamos decidido llevarnos: Eve, naturalmente; Vanu y Mua, por ser padre e hijo; e Ika'ana, tanto por su edad extrema como porque ejercía de vínculo entre Eve y los demás.[46] Uva les ató a las muñecas otra cuerda más corta y los llevó aparte; los cuatro lo siguieron obedientes, sin rechistar. Según iba cayendo la noche se volvían más dóciles, y al verlos marchar no pude evitar sentir una especie de pesar ante su mansa conformidad, su arrastrar de pies de ancianos.

Ahora ya solo quedaban los cuatro que habíamos decidido dejar atrás. Tu y Fa'a agarraron la cuerda larga y los ataron de nuevo, con el nudo poco prieto a la altura de los brazos. Parecían una triste cadena de muñecas de cartón. Los sentaron al pie del árbol, con la espalda contra el tronco, y a continuación ataron un extremo de la cuerda — de nuevo con un nudo flojo, tanto, que de un tirón se habría deshecho — a una de las ramas bajas. (El propósito de la cuerda era protegerlos, o eso nos pareció; si permanecían juntos en lugar de vagar cada uno por su lado, pensábamos que... ¿qué? ¿Que podrían verse morir unos a otros en lugar de hacerlo solos? Pero en aquel momento se nos antojó un gesto de bondad, aunque ahora me cueste recordar por qué.) Ante ellos, Tallent, Esmé y yo dispusimos hileras de comida: fiambre, extraído de las latas y colocado sobre hojas de palma, kanavas, manamas y no'akas. Había unos pocos hongos raros, de esos que a Eve tanto le gustaban, y porciones muy poco apetecibles de cosas que Tallent debía de haber sisado de la choza de alimentos no perecederos, incluido un montoncito de vuakas, que Tu y Fa'a miraron con codicia antes de dar media vuelta con determinación.

Cuando terminamos, retrocedimos, y al verlos a los cuatro mirándonos con aquellos ojos tan grandes, negros y confiados como los de los perezosos, y el suelo a sus pies salpicado de regalos, igual que si fueran los paquetes bajo el árbol de Navidad, algo dentro de mí se desgarró y por un instante me dejó paralizado la crueldad de lo que estábamos haciendo.

Creo que todos debimos de sentir lo mismo, pues, aunque no pude entender lo que decía, noté la angustia en la voz de Fa'a y vi con qué ternura posaba su mano sobre cada hombro, señalando la comida mientras hablaba con ellos. Más tarde, Tallent me contaría lo que les había dicho: «No abandonéis a nadie. Cuidaos entre vosotros. Comeos la comida cuando tengáis hambre. Quedaos en este árbol. No tardaremos en regresar».

Y entonces, nos marchamos.

—No os deis la vuelta — nos advirtió Tallent, y todos avanzamos a trompicones, llevados por nuestro deseo de alejarnos lo más posible, cuando de pronto, en grupo, empezaron a tararear, un sonsonete animal y atosigante, enigmático y cargado de augurios, un cántico de despedida, aunque en realidad no era nada de eso, solo una reacción al anochecer, un poco de ecolalia.

Aquella noche caminamos hasta más tarde que nunca, tanto que la única luz de que disponíamos era el destello rojizo de los ojos de los murciélagos que aleteaban escandalosamente sobre nosotros y el resplandor fosforescente de un enjambre de escarabajos que nos sobrevolaban claqueteando, chocando con unos nítidos tocs y evitando las ramas. Era fundamental poner la máxima distancia posible entre los abandonados y nosotros, pero ni siquiera cuando la caminata se volvió primero inútil, pues avanzábamos muy despacio, y luego contraproducente (¿estábamos caminando en círculos? Era imposible saberlo), fuimos capaces de detenernos. En la oscuridad del bosque, anulado el sentido de la vista, todos los sonidos se magnificaban, y en la negrura amenazaban visiones y pesadillas. Juro que en un momento dado sentí que algo grande y peludo me rozaba la coronilla, casi como si al mismo aire le hubieran salido plumas, pero cuando pregunté a los demás si también lo habían notado, descubrí que había sido el único. De pronto, como si no hubiese estado en el poblado, tomé conciencia de los bosques y de lo que podía morar más allá de las hileras e hileras de árboles a las que ni siquiera nos habíamos planteado acceder. Aquel mismo día había visto un enjambre de polillas, tan juntas que parecían una sola criatura, lanzándose contra dos kanavas en una desquiciada misión kamikaze. Pero, para mi sorpresa, desaparecieron entre los árboles, desvaneciéndose entre lo que vi era una ínfima fractura entre ellos, una abertura tan fina que me había pasado

inadvertida. ¿Qué más habría conseguido colarse por entre la barrera de los árboles? Por un lado estaba el bosque que conocíamos, pero más allá quizá hubiera otro completamente distinto, un ecosistema de todo punto diferente con una serie de aves, setas, frutas y animales característicos. Quizá hubiera también otra serie de aldeas, protegidas por los árboles durante siglos, cuyos habitantes cumplían los mil años sin perder jamás la razón, o que morían en la adolescencia, o que jamás practicaban sexo con niños, o solo lo practicaban con ellos.

Oía a Fa'a hablar con Tallent, y en un momento determinado, cuando el guía se rezagó, le pregunté a Tallent qué habían comentado.

—Está muy molesto — me explicó Tallent, que también lo parecía —. Dice que no tendríamos que haberlos atado al árbol.

—Pero podrán deshacer el nudo fácilmente.

—Eso mismo le he dicho —repuso Tallent—. Pero dice que no tendría que haberles dicho que se quedaran allí. Dice que jamás desharán el nudo... Que se quedarán allí sentados, esperando a que volvamos, porque se lo hemos prometido.

—¿Y no se olvidarán de lo que les hemos dicho?

Tallent suspiró.

—Eso he intentado explicarle. Pero...

No añadió nada.

Nos quedamos callados un rato. El terreno crujía y chapaleaba bajo nuestros pies.

—¿Qué cree Fa'a que ocurrirá? — pregunté por fin.

—Cree que se quedarán allí, sin tocar la comida, esperando a que volvamos, hasta morir de hambre.

—¿No le parece un poco extremo?

Me recordé que se las habían arreglado bastante bien sin ayuda de nadie

durante años, incluso décadas. Y sin embargo, una parte de mí comprendía la angustia de Fa'a: ahora que habíamos llegado a las vidas de los soñadores — ahora que los habíamos bautizado como «los soñadores», ahora que nos habíamos preocupado por ellos, ahora que los considerábamos algo nuestro, algo que habíamos encontrado y a lo que habíamos dado sentido —, resultaba difícil imaginarlos capacitados para vivir sin nosotros.

Tallen suspiró de nuevo.

—Quiere que volvamos a buscarlos. Quiere llevárselos a su aldea. Le he dicho que no podemos. Y ha dicho que es un asesino.

—Pobre Fa'a — dije, aunque mi respuesta fue más una reflexión que otra cosa. Era una buena persona, una persona amable, y aunque me pareciera un pelín melodramático, agradecí su compasión. A falta de acción, «Pobre Fa'a» me parecía lo único que podía decir.

—Pobre Fa'a — repitió Tallent con voz grave —. Pobre Fa'a.

Y llegamos prácticamente al final. Había realizado a la inversa el viaje de casi seis meses atrás y me sorprendía lo familiares que me resultaban las sensaciones, y lo amables también: allí estaba, tropezando en las mismas tramas de raíces resbaladizas, y empachándome cada vez más de la infinita sucesión de verdes, y sintiendo la presión del aire húmedo como un colchón empapado de agua. Aun con el lastre de los soñadores — quienes se portaron de maravilla, debo decirlo: estuvieron obedientes y tranquilos —, habíamos ganado un día. El barco nos recogería el martes a mediodía, y a última hora de la tarde del domingo solo quedaban siete horas de marcha. Me impresionaba que Tallent no hubiera perdido la noción del tiempo en tantos meses; llegó incluso a sacar un pequeño almanaque de la mochila y, viendo los días tachados con lápiz, sentí que la temporada en la isla se tornaba más larga y real.

Decidió que pararíamos pronto para pernoctar y al día siguiente nos lo tomaríamos con calma. El martes por la mañana cubriríamos las últimas dos horas hasta la playa, pero no valía la pena llegar muy temprano, porque eso implicaría sentarse en la orilla a esperar, donde nos devorarían los mosquitos, que abundaban a medida que nos acercábamos al agua. Saber que estábamos tan cerca del mar me ponía loco de impaciencia: cómo deseaba ver algo más poderoso e insondable que la selva o el bosque, algo cuya superficie hormigueara de luz, algo que nos alejara de aquel lugar.

Aquella noche, cuando nos comimos las últimas latas de fiambre, me acordé tanto del acompañamiento de galletas saladas al principio del viaje como del comentario de Tallent acerca de lo mucho que echaría de menos su frescura. No había galletas saladas esta vez — se nos habían acabado tiempo atrás —, pero esa carencia me llevó a pensar lo imperfecta que era la isla: arriba, en el poblado, había fuego pero no agua, y aquí en cambio todo rezumaba y regoldaba humedad. Los árboles estaban hinchados, el terreno rebosaba agua, nuestros cuerpos la producían con una constancia incesante, tanto, que todo cuanto llevaba conmigo estaba como sedoso. Aun así, la penúltima comida en la isla fue muy agradable, y lo que tomamos y lo que faltaba fue lo de menos. Hasta los soñadores parecían entender que algo grande y emocionante estaba a punto de ocurrir, pues esbozaban sus sonrisas bobaliconas y parloteaban alegremente; en un momento dado, Mua incluso se levantó para ejecutar una curiosa danza que recordaba a la que las mujeres hacían al final del menstuo. Uva y Tu — que habían aprovechado el día de holganza para ir a cazar vuakas y habían vuelto con una saca tan llena que parecía una manama gigante e hinchada, de lo mucho que se retorció — estaban especialmente contentos, reían, charloteaban y mostraban los dientes puntiagudos, aliviados de que casi hubiera acabado la estancia en aquel lugar imposible y de volver pronto a casa, sanos y salvos y, lo que era aún mejor,

con un botín descomunal. Solo Fa'a seguía absorto en su estado de fuga, y mientras los demás dábamos palmas y jaleábamos el baile de Mua, él se quedó aparte, mirando uno por uno a los soñadores, acariciando la lanza con el pulgar. Era imposible no intuir lo que estaba pensando: en los soñadores veía no solo su propio destino, sino su responsabilidad. Su presencia era un recordatorio insoportable de lo que había hecho y en lo que se transformaría. Cuando le susurró algo a Tallent y se alejó para adentrarse en el bosque, no le di mayor importancia, pensé que simplemente le apetecía estar solo, descansar un poco de nuestra compañía. ¿Y por qué no iba a querer estar solo, alargar la reflexión sobre la inevitabilidad de su partida? Volvía a casa como un hombre maldito. ¿Qué diría a su familia?

A la mañana siguiente me despertaron unos gritos, los de Uva y Tu, que venían hacia nosotros diciéndole algo a Tallent, y los de unos sobresaltados grupos de bichos y pájaros que alzaban el vuelo y chillaban al despertar.

—¡Fa'a! — gritaban, seguido de algo más —. ¡Fa'a!

Tallent se levantó y corrió tras ellos.

—¡Que alguien se quede con los soñadores! — nos advirtió, pero tanto Esme como yo salimos disparados, reacción que más tarde hube de admitir que no fue nada inteligente: podían haberse extraviado y nosotros no haber vuelto a verlos.

Corrimos, y por una vez la selva, como si reconociera nuestro pánico, pareció adaptarse a nosotros. Los pies no iban a parar a los huecos de las raíces ni resbalaban sobre la traicionera escarcha del musgo, sino que flotaban sobre cada accidente, cada pisada era tan limpia y sólida como si corriéramos sobre césped o asfalto.

Ante nosotros, a lo lejos, había un árbol, una makava inmensa con las ramas desplegadas, muy largas y bajas, como los tentáculos de un pulpo; de una de ellas colgaba Fa'a. Había empleado un pedazo de cuerda de palma, la

misma con que habíamos atado a los soñadores, y había hecho un lazo imperfecto, tanto que cuando lo examiné vi que el cuello estaba intacto y comprendí que había muerto asfixiado, una muerte lenta y agónica.

Uva y Tu aullaban, con la cabeza echada atrás, los ojos cerrados y las lenguas apelmazadas moviéndose dentro de la boca. Esme lloraba.

—Ay... — gimoteó —. Ay, Fa'a...

Tallent parecía agotado, la cara le llegaba hasta el suelo y las manos colgaban inertes a ambos lados de su cuerpo.

Tuvimos que arrimar todos el hombro para bajarlo. Tu se encaramó al árbol y a la rama y aserró la soga con la navaja de Tallent. Tallent y yo lo agarramos cuando cayó, y entre todos lo trasladamos hasta el campamento, Tallent y Tu a un lado, los demás por el otro. Fa'a era un peso sólido y oscilante entre nosotros.

No había presenciado una muerte en todo el tiempo que habíamos estado en la aldea. Un nacimiento, sí — el bebé, como cualquier otro bebé de cualquier otro rincón del mundo, había salido enredado en un cordón carnosos y de ese desagradable color malva tan propio de los recién nacidos, bajo mi atenta mirada, que estaba detrás de la choza conteniendo la respiración para no traicionar mi presencia —, pero una muerte, no. Ignoraba, por tanto, cómo enterraban a sus muertos los ivu'ivuanos, incluso si se les presentaba alguna vez la oportunidad de hacer tal cosa.[47] Pero los u'ivuanos en cualquier caso honrarían a sus muertos de una manera distinta a los ivu'ivuanos, me recordó Tallent. En U'ivu depositaban el cadáver en un enclave remoto en las montañas para que lo devoraran los animales. Luego, seis meses más tarde, regresaban y trasladaban los huesos a un lugar secreto; solo los familiares del fallecido conocían la ubicación y nunca la revelaban por miedo a que otra persona robase los restos y con ellos el espíritu del muerto.

Sin embargo, en Ivu'ivu no había montañas cerca. Aquella tarde (no les

comunicamos la muerte de Fa'a a los soñadores), Tu y Uva se llevaron a Fa'a. Tardaban tanto en volver que, aunque no verbalizamos nuestro temor, creo que a todos nos preocupaba que no regresaran, a pesar de que odiaban la isla y a pesar de que habían dejado allí la saca llena de vuakas. Cuando aparecieron ya amanecía y el cielo clareaba, y vimos que unos pequeños insectos color tierra, con las alas reticulares y surcadas por unas venas finas y amarillentas que semejaban hebras de azafrán, obstruían el aire que teníamos delante y sobre nuestras cabezas.

Uva y Tu estaban apagados, con los rostros cenicientos. Hablaron con Tallent.

—Lo han escondido — nos informó —. Dicen que dentro de seis meses volverán para enterrar los huesos.

Pero todos sabíamos que eso no pasaría, que el cadáver de Fa'a se quedaría donde lo hubieran dejado y que lo roerían las hormigas, los murciélagos, los pájaros y los escarabajos hasta no dejar nada, solo unos huesos del blanco de la mantequilla.

Al final, como habíamos pasado tanto tiempo esperando a Tu y a Uva, tuvimos que hacer el último tramo del camino a toda prisa para no perder el barco. Tu llevaba la lanza de Fa'a, que restituiría a su familia y que obraría como prueba de que realmente había muerto. Cuando llegamos al pequeño litoral, donde las aguas lamían el territorio tan adentro que creaba una franja de unos diez metros que no era ni océano ni tierra, donde se observaba la fusión de dos mundos en uno solo — había peces que nadaban sobre hierba y orquídeas que se cimbreaban bajo las lamidas oleosas del océano —, el sol estaba tan alto que por un momento temí que el barco ya hubiera zarpado y nos hubiéramos quedado allí atrapados para siempre, demasiado lejos de una civilización e incapaces de regresar a la otra. Pero entonces oímos un resoplido lejano y vimos que la embarcación se materializaba en la distancia

como una mancha gris parda, hasta que se acercó y cobró forma. Después de tantos meses se me antojó, dentro de su crudeza, sumamente sofisticada, obra de una sociedad audaz e ingeniosa. En la proa, el barquero agitaba los brazos. Tallent saludó con una mano. Me pregunté qué opinaría el hombre de aquellos pasajeros imprevistos, y qué opinarían los soñadores del barco, y cómo se sentirían en mar abierto, viendo el agua pasar bajo sus pies. A cada metro estaríamos más lejos de aquel lugar que empezaba a ser como un sueño, una serie de sucesos y encuentros que jamás ocurrieron, y regresaríamos a nuestra propia sociedad. Me pregunté si estaba contento y me sorprendió comprobar que no lo sabía.

El barco se hallaba ya lo bastante cerca para que su conductor viera quiénes nos acompañaban, e incluso desde la orilla logré ver su boca transformarse en una O.

—Acercadlos. Preparaos para subir a bordo — nos ordenó Tallent, ya vadeando a fin de ayudar que la embarcación se aproximara.

Tiramos de ellos, Tu, Uva, Esme y yo, cada uno cogiendo de la mano a un soñador. Se mostraban reacios a meter los pies en el agua, pero nada más hacerlo empezaron a emitir entrecortados suspiros de felicidad, aunque la mano de Ika'ana apretase la mía, y yo le acariciara la espalda para transmitirle tranquilidad.

—Venga — lo animé, pese a que no me entendía, y él me miró confiado, con ojos apacibles, y me costó convencerme de que antaño había sido un guerrero armado con una lanza que había protegido como si fuera su vida. *Ma'alamakina, ma'ama.*

Avanzamos despacio hacia el barco, los últimos de la fila. Bajo nuestros pies, el manto de roca era irregular, e Ika'ana se bamboleaba un poco debido al esfuerzo. Me fijé en las manos temblorosas del barquero al tocar las

muñecas de Eve y ayudarla a subir. Detrás de nosotros, de la selva liberaba vapor.

Pero no miré atrás.

QUINTA PARTE

El primer hijo

Lo que ocurrió después está tan bien documentado que no creo que merezca la pena destinar mucho tiempo a contarlo una vez más. Numerosos libros han registrado la década posterior a mi primera despedida de Ivu'ivu de manera mucho más minuciosa e incluyendo detalles mucho más exhaustivos de lo que yo mismo habría podido hacer, muy especialmente *Los inmortales: el descubrimiento que cambió el mundo*, de Jeremy Lauerman, que en su mayor parte se ocupa de los tres primeros años de mi regreso a Estados Unidos, y *Una isla pequeña y buena: Norton Perina y el mundo que construyó*, de Katharine Hetherington, centrado en los últimos años de mi investigación de lo que vendría a llamarse el síndrome de Selene y cuyo desenlace es casi un relato talmúdico de mi obtención del Premio Nobel. Por último, quisiera destacar *De piedras, de sol y de todo lo demás: una biografía de A. Norton Perina*, de Anna Kidd, que, al margen de retratarme como poco menos que una deidad, es mi preferido de los tres por su imparcialidad y el sobresaliente conocimiento científico de su autora. Me presté a muchas horas de entrevistas con los tres autores y ellos correspondieron reflejando con toda fidelidad tanto mi persona como mi trabajo.

Sin embargo, ciertas historias de aquellos años permanecen en la sombra, y me gustaría aprovechar esta oportunidad para aclarar algunos de esos misterios que aún perduran.

El primero tiene que ver con la suerte de los soñadores. Aunque dejé U'ivu

como el responsable de acaso uno de los mayores descubrimientos científicos del siglo xx, a Estados Unidos regresé poco menos que como un leproso. Tal vez fuese un explorador que había hecho un hallazgo extraordinario, inimaginable, pero para el sistema académico no era más que un investigador sin laboratorio y, por tanto, un paria. Por aquel entonces, sin embargo, aún era demasiado joven e ingenuo para comprender hasta qué punto mi situación era inviable; de hecho, me veía como una suerte de ronin, dispuesto a servir a quienquiera que me proporcionara un hogar. Resultó que aquel hogar fue Stanford, donde Tallent — que en menos de seis meses, de ser un rebelde había pasado a ser un auténtico héroe en los círculos de la antropología — se las arregló para conseguirme de un día para otro un laboratorio y algo de dinero, sin duda indebidamente transferido de algún misterioso fondo de reptiles.[48] Dada la insignificancia de mi tarea, me obligaron a compartir técnicos con un laboratorio contiguo, mucho más grande, lo cual, como es natural, no me sentó precisamente bien. No obstante, en general mis colegas no sabían cómo ubicarme: yo tenía muy poca experiencia para dirigir mi propio equipo, pero también demasiada para estar bajo las órdenes de alguien. Era evidente que alguien me protegía; a diario rezaba por que no descubrieran que se trataba del Departamento de Antropología.

Parecerá una chorrada — a fin de cuentas, tampoco estuve fuera tanto tiempo —, pero readaptarme a Estados Unidos fue un desafío mayor de lo que esperaba. Me pasmaba lo chispeante y nuevo que se veía todo, el brillo de los coches con sus colores refulgentes y artificiales que parecían caramelos lamidos, el volumen e inventiva de la ropa que lucía la gente: gruesos zapatos de cuero, sombreros, tirantes, cinturones, bolsos, pulseras tintineantes y collares de perlas saltarinas; todo un lenguaje de exceso indumentario, cuando un morral y un retal de tela habrían bastado. Y también me maravillaba lo austeras, lo desprovistas de flora que estaban las ciudades,

un bloque gris detrás de otro, y donde antaño hubiera árboles se erigían edificios de color ratón que escupían personas, todas ellas con capas y más capas de ropa elaborada y superflua.

Dentro del laboratorio, sin embargo, seguía en Ivu'ivu. Había intentado hacer la transición — de isla a continente, de la Edad de Piedra a los tiempos modernos — lo más constante posible para los soñadores, lo cual implicó empezar a administrarles medicamentos más o menos desde la llegada a U'ivu, una experiencia para ellos aterradora, abrumadora. (Esto ocurrió cuando podían hacerse esas cosas sin comités éticos que te ladraran, cuando podías hacer más fácil una transición cuya crudeza y severidad los habría matado.) Y por supuesto, los sedé en el avión hasta California (¡cuántas horas controlándoles el pulso, la respiración, examinándoles los ojos con ayuda de una pequeña linterna de bolsillo — un milagro en sí misma — para ver las pupilas contrayéndose en puntitos negros!) y durante el trayecto en coche hasta el refugio subterráneo que había en el sótano del laboratorio, donde se quedaron varios días mientras montábamos la que sería su residencia permanente; solo los despertamos cuando los hube acomodado en su nuevo hogar: una sala de cinco metros por cinco, sin ventanas, para que nadie los identificara, con las paredes lisas y un suelo de linóleo tapizado con hojas de palma y salpicado de tinas con bromelias y dos arbolitos, uno de ellos parecido (una cicadófito) y otro no (un ficus) a lo que recordarían de Ivu'ivu. En un momento dado intenté introducir un terrario con una tortuga, sin embargo una mañana al llegar me encontré al animal con el caparazón medio arrancado, el cuello flácido y un coágulo de heces ensangrentadas adherido a la cola. Los soñadores no eran violentos, pero estaban cada vez más alterados y asustados, y la agitación y el miedo los llevaban a comportarse a veces de manera desacostumbrada. La sedación exigía un delicado equilibrio: con dosis excesivas se volvían torpes y patosos, y costaba discernir en qué

medida la incomprensión se debía a su estado mental y en qué medida era inducida artificialmente; si la sedación resultaba insuficiente se angustiaban, arañaban las paredes y lloriqueaban sin motivo. El objetivo era mantenerlos lo bastante espabilados para que se sintieran atraídos por elementos curiosos de su entorno y lo bastante desorientados para que no lograsen especificar qué iba mal.

Para ello contaba con ayuda; me habían asignado a un estudiante posdoctoral llamado Cheolyu Ryu que venía becado desde Seúl. Desconozco en qué había metido la pata para que me lo adjudicaran justo a mí — aparte del hecho de ser extranjero y, lamento decirlo, tirando a inescrutable —, pero fue un gran apoyo. Si bien se mostraba remiso a hablar en inglés (aunque, cuando lo oí, su inglés me pareció aceptable, pese al marcadísimo acento), acataba las órdenes al pie de la letra y sin rechistar y tomaba nota de todo. Cheolyu fue quien perfeccionó no solo la fórmula de sedantes que administrábamos a los soñadores, sino también la de los estimulantes; sabía con exactitud cuánto tiempo fuera de la sala los soliviantaba y al final incluso llegó a sacarlos del laboratorio un rato por las noches, cuando las luces eléctricas se atenuaban, la hierba estaba fresca bajo sus pies y los ocupantes de los demás edificios — a quienes ocultábamos la existencia de los soñadores — ya se habían marchado. A veces lo acompañaba en aquellos paseos nocturnos, cada uno con dos soñadores de la mano, y lo seguía por el césped corto y cuidado, evitando las aceras y los edificios, esperando mientras ellos lamían con curiosidad la corteza de un eucalipto o se frotaban los hombros contra un cedro raquíutico. En aquellos instantes Cheolyu me recordaba nada menos que al pobre Fa'a; tenían en común la misma paciencia indulgente, los mismos instintos protectores, los mismos que lo llevaban a alejar a los soñadores del asfalto y a guiarlos hacia un hayedo que bien

podrían haber sido flores, de lo poco que se parecían a las manamas; pero menos daba una piedra, supongo.

Los soñadores se deterioraban muy rápidamente. Se volvieron más..., en fin, más *mo'o kua'au* durante el primer mes en Estados Unidos que en las catorce semanas más o menos que estuve con ellos en la isla. Repito que era imposible concluir de manera definitiva si se debía al entorno o era una cuestión orgánica, o si existía una razón de todo punto distinta; la dieta, tal vez. Como es obvio, no podíamos darles manamas, pero con ayuda de Tallent recreé al máximo la dieta ivu'ivuana. Sustituimos la carne de perezoso por ternera (aunque me temo que el paralelismo se basó más en una impresión que en cualquier otra cosa; creo recordar que, según mi lógica, el perezoso era tan lento de movimientos, rechoncho y amable como una ternera y, por tanto, estas podían suplir perfectamente a aquellos), los vuakas por pollos asados pequeños y las manamas por mangos. Por aquel entonces era mucho más difícil encontrar mangos en el norte de California que ahora, y un porcentaje muy significativo de los gastos del laboratorio se destinaba a la obtención y compra de fruta.

Con todo, no hacía falta ser una lumbrera para darse cuenta de que la culpa de todo derivaba del propio laboratorio. Los soñadores habían pasado de vagar por el bosque — a lo largo y ancho de una isla —, a verse confinados en una habitación, o en el laboratorio contiguo, donde los pinchábamos con agujas, tomábamos muestras, los obligábamos a orinar en tarritos de plástico (algo que ellos jamás habían visto) y los desplumábamos como a pollos. A veces me preguntaba qué suponía el laboratorio para los soñadores: ¿demasiado estímulo, o demasiado poco? Por un lado, había cosas que ni siquiera podían tratar de asimilar; el cristal, por ejemplo, las poyatas de cerámica, el plástico, el metal. Pero, por el otro, el laboratorio era pura adustez. Un paisaje albino, sin colores, sonidos ni olores más allá de un frío

aroma metálico, un paisaje sin nada que deslumbrara o deleitara un ojo que llevaba toda la vida deslumbrado por el deleite.

Fuera cual fuese la razón, cada día estaban un poco más muertos. No desde un punto de vista físico; de hecho, lo único destacable de las radiografías, las pruebas de reflejos, las significativas cantidades de sangre que extraíamos de sus venas cada semana, era lo extraordinariamente sanos que estaban, en el plano físico: la presión arterial era admirable, el pulso latía con la delicadeza y la parsimonia de un metrónomo, la osteoporosis no les roía los huesos. Pero, como para compensar unos cuerpos que una vez expuestos a otros alimentos distintos a las manamas y los hongos guijarrosos ganaron lustre y carnosidad, sus mentes se debilitaban día tras día. En poco tiempo, ni siquiera Mua tenía bastante energía para hablar con Tallent durante las visitas que este hacía dos veces por semana.

«E, Mua», lo saludaba Tallent, poniéndole una mano en el hombro, y Mua, como desde unas profundidades insondables, alzaba primero los ojos y luego la cabeza para ver quién le hablaba. Abría la boca, pero no emitía sonido alguno. Y allí se quedaban, hasta que por fin Tallent apartaba la mano y le enseñaba el mango que llevaba escondido a la espalda. Pero Mua se limitaba a mirarlo, y al final Tallent tenía que cortarlo y recordarle que aquello era para que se lo comiera y lo disfrutara, le abría la boca e introducía un pedazo fibroso que Mua masticaba y tragaba hasta acordarse de que era algo que aún sabía hacer.

Con el fin de demostrar mis teorías — que la ingestión de la opa'ivu'eke estaba en el origen de la longevidad y declive último de los soñadores — tenía que tratar de recrear su estado en animales. Pero, debido a diversas dificultades de orden administrativo (es decir, los perpetuos problemas de

financiación y espacio que siempre van de la mano), no pude iniciar los experimentos hasta la primavera de 1951.[49]

La curación casera parecía haber salido muy bien, pero aun así vigilaba los paquetes de carne, todavía envuelta en hojas de palma, de una manera casi obsesiva; primero los almacené en recipientes de plástico y luego en el congelador del laboratorio, cuya temperatura controlaba a diario. Me maldecía por no haber tenido el valor de partir el caparazón del animal y conservar la carne del interior; ahora solo contaba con las cuatro patas, la cabeza y el colgajo de la cola, ¿y cuánta tortuga tendrían que consumir los ratones para experimentar sus efectos? ¿Con cuánta cautela debería racionar lo sobrante? No había manera de conseguir más opa'ivu'eke; yo había contraído un compromiso con el laboratorio, y aunque Tallent ya estaba planeando volver a Ivu'ivu en verano, no podía pedirle que me trajera otra tortuga, pues él ni siquiera tenía noticia de la primera.

Así pues, fui muy prudente con las cantidades que administré al primer grupo de veinticinco ratones. Le pedí a Cheolyu que cortase un trozo de una pata trasera en veinticinco fragmentos, cada uno del tamaño de una chincheta, con la esperanza de que bastara. Trabajaba dando por hecho que los resultados se manifestarían — o no — con una única ingestión; o funcionaría, o no. A los otros veinticinco ratones les di porciones de similar tamaño de una tortuga de tierra que compré a una empresa de animales al por mayor.

La esperanza de vida máxima para un ratón de laboratorio se halla en torno al año y medio. Si mi teoría era correcta, el primer grupo de ratones viviría no solo tres meses a partir de entonces (había especificado que los cincuenta tuvieran quince meses, con el fin de recrear mejor la edad a que un ivu'ivvano ingería la opa'ivu'eke), sino dos o tres años, puede que incluso cinco. En un momento dado empezarían a mostrar síntomas de desorientación, aun cuando su condición física no presentara apenas

variaciones. Repetí también el experimento con un segundo grupo de cien ratones, quizá de manera prematura y casi por diversión, la mitad de los cuales consumió la opa'ivu'eke mientras que a la otra mitad le dimos la tortuga de tierra. Estos ratones, sin embargo, eran recién nacidos y se harían adultos en un entorno experimental controlado.

Los días pasaban. Cheolyu cuidaba muy bien de los ratones, y de los soñadores. Yo esperaba que Tallent se presentara con mayor frecuencia en el laboratorio, pero, aparte de las visitas semanales — que pasaba sobre todo en compañía de los soñadores —, yo apenas encontraba motivos u ocasiones para hablar con él, y cuando estaba en su presencia me sentía más violento, y no menos. Una vez iniciado el experimento me alegré de que sus visitas fuesen breves y de su aparente desinterés por lo que yo hacía; explicar mis intenciones habría implicado revelar el robo de la opa'ivu'eke. Una parte de mí sospechaba que de algún modo Tallent se hallaba al tanto, pero la otra parte argüía que a esas alturas le daría igual; ya no estábamos en la isla, sino de vuelta en la civilización, y él ya no ejercía ninguna autoridad sobre mí. Pero al final, ninguno de aquellos argumentos me resultaba lo bastante convincente, y me sorprendía a mí mismo poniendo excusas y escabulléndome cada vez que se dejaba caer. Al menos venía solo, sin Esme, a quien yo no había vuelto a ver desde nuestro regreso. Sabía que andaba por el campus, haciendo a saber qué, pero me conformaba con no tener que verla ni ahondar más en su aún irresoluta (al menos para mí) relación con Tallent.

Es solitaria la vida en el laboratorio, sobre todo cuando solo tienes un colega, tu posición es incierta, evitas a tu supuesto benefactor para ocultarle la naturaleza real de tu trabajo y te encuentras en la fase del experimento en la que simplemente aguardas a que ocurra algo. En fin, claro que hay más cosas que hacer; la vida de laboratorio es de todo menos tranquila, con sus decenas de tareas insignificantes pero fundamentales que hay que llevar a

cabo a diario, pero a menudo resulta menos que estimulante. Movidio por la desesperación, incluso intenté dar palique a Cheolyu, lo cual se transformó a su vez en una suerte de experimento sobre el teatro del absurdo. Yo le decía algo, podían transcurrir hasta cinco minutos, y él contestaba algo que podía considerarse una respuesta... pero que también podría haber sido una incongruencia. Llegados a ese punto no merecía la pena, ni el esfuerzo ni el bochorno mutuo, prolongar la conversación, y los dos nos sumíamos en un silencio que podía durar horas y hasta días.

Sin embargo, aquel período no fue un tiempo perdido por completo, pues decidí ocupar los días estudiando u'ivuano. Tallent me facilitó una cartilla que habían creado Esme y él (redactada a mano con su letra cursiva de niña de colegio, extrañamente jovial) con varios centenares de palabras y expresiones traducidas al u'ivuano y, cuando procedía, al dialecto ivu'ivuano. Por desgracia, a medida que yo aprendía la lengua de los soñadores, ellos la olvidaban, y me repetía las palabras en solitario hasta bien entrada la noche, engordando el aire con los densos sonidos glotales.

Me sorprendió recibir una carta de Owen varias semanas después de embarcarme en mi nueva rutina. Resultó que estaba muy cerca, dando clases nada menos que en Mills a alumnas de primero de Filología Inglesa (más adelante me confirmaría que ya entonces sabía que era una absoluta pérdida de tiempo).

Quedamos a cenar. Vino él a Palo Alto, en el coche de un amigo. Ahora mismo se me escapa por qué preferimos quedarnos cerca del campus en vez de ir a San Francisco. Pero mi mundo se había reducido a un núcleo tan pequeño — el laboratorio, el apartamento dentro del propio campus —, que es muy probable que sencillamente ni se me ocurriera plantearme algo más allá de sus límites.

Me procuró una sensación de confianza muy agradable (una sensación extraña, después de meses de virulenta falta de confianza) ver a Owen, aunque ahora llevaba barba y estaba más gordo de lo que yo recordaba.

—Hola — saludó, tendiéndome la mano.

—Hola — respondí, estrechándosela —. Estás más gordo.

Hizo un gesto de desprecio y gruñó, irritado. Recordé que nunca se había caracterizado por su sentido del humor.

—¿Vamos?

Tomamos unas copas y le pregunté por el trabajo.

—¿Son espabiladas las alumnas?

—¿Tú qué crees? — gruñó de nuevo —. Son niñas bobas. En realidad donde más tiempo pasan es aquí — refiriéndose a Stanford — y en la Universidad de California, intentando cazar marido. — Suspiró —. Me siento como una vaca en un gallinero.

—Querrás decir un zorro.

Estaba enojado.

—No — me contradijo —, una vaca. Las vacas son herbívoras. Comen hierba. No les interesan los pollos. Para ellas, los pollos son unas aves apestosas y estúpidas.

Supongo que fue su manera de decirme que era homosexual, pues nunca más volvimos a hablar de sus preferencias, y sin embargo la siguiente vez que nos vimos iba acompañado por un muchacho muy joven que se reía con nerviosismo de todas las bromas malas de Owen. Muchos años después, cuando la gente empezó a hablar en público de esos temas, lo oí contarle a alguien cómo había «salido del armario» conmigo. Era evidente que estaba (aún) muy orgulloso de su ingenio, pero oírlo de nuevo solo consiguió recordarme lo enrevesado y fallido de la metáfora.

Durante la cena, mientras escuchaba a medias las peroratas de Owen sobre

la institución y lo mucho que odiaba California, y una larguísima explicación acerca de algo que al parecer le había ocurrido a mi abrigo cuando tuvo que usarlo para sofocar un incendio en su habitación, reflexioné sobre lo eminentemente ingenuo que era, lo insignificantes y ordinarias que eran sus preocupaciones, lo incapaz que habría sido de aguantar lo mismo que yo y lo profundamente que yo había cambiado. Aun así no me inspiraba desprecio, y de hecho me reconfortaba estar con alguien para quien la vida no era más que una serie de sucesos conocidos, cuyos problemas cotidianos tenían solución, que hallaba tanto deleite en el día a día. Me asombraba recordar que yo también había sido así. Ahora, sin embargo, ya no.

De todas las emociones descritas con la perspectiva que da el tiempo, puede que la más aburrida sea la felicidad, pero la más difícil es el sobrecogimiento. Años más tarde me preguntarían (una y otra vez) cómo me sentí cuando pasó el cuarto mes, y luego el quinto, y el sexto, y comprobé que los ratones a los que había proporcionado la opa'ivu'eke sobrevivían, hurgando en sus madrigueras de tiras de papel, dando vueltas sin gracia en las ruedas, chupando de los bebederos de las jaulas, incluso cuando el grupo de control se volvió un recuerdo cada vez más vago, incinerados todos los sujetos tras su muerte, uno detrás de otro, entre el decimoséptimo y el vigésimo mes de vida.

«Estaba fascinado», respondía yo, y si bien no mentía, tampoco decía la verdad. Aunque no pude afirmarlo hasta mucho después (aún me esforzaba por mostrarme humilde, dado que los alardes de humildad garantizaban becas a los jóvenes investigadores), el impacto inicial que pude experimentar quedaba eclipsado por una silenciosa sensación de reafirmación. Viendo cómo se prolongaba más y más la vida de los ratones no sentía la emoción del descubrimiento; de hecho, la situación resultaba un tanto decepcionante. Mi teoría siempre había tenido sentido para mí y nunca la había puesto en duda, pero ahora tendría que dar los pasos necesarios (y tediosos) para demostrársela a todos los demás.

Ya contaba con el segundo grupo de ratones (los que habían llegado con el

tamaño de un meñique), pero en julio de 1951 inicié un tercer experimento, esta vez con un grupo de doscientos ratones que tenían quince meses. Si mis teorías eran correctas, los cien que comieron opa'ivu'eke vivirían, de media, al menos el doble de lo que su esperanza de vida natural les permitía.

Mientras observaba a los ratones y me aburría como una ostra con los soñadores, sin embargo, Tallent se hacía famoso. En octubre de 1951 (fecha en que los ratones del primer grupo que habían comido opa'ivu'eke tenían veintitrés meses y se mostraban tan retozones como siempre), publicó un informe titulado «La “tribu perdida” de U'ivu: estudio etnológico de los indígenas de Ivu'ivu» en *Journal of Ethnography*. Una febril ojeada al artículo, revelaba páginas y más páginas de interpretaciones sumamente puntillistas de las estructuras familiares de la tribu, sus ritos, rituales (sin alusión, sobre todo, al *a'ina'ina*), filosofía, mitos fundacionales, tabúes, nociones de tiempo y funcionamiento social, pero relativamente poco — asombrosamente poco — de su longevidad. Había un pasaje largo dedicado a la opa'ivu'eke y una descripción en exceso detallada del *vaka'ina* (tan detallada que conseguía no transmitir ni un ápice de la sorpresa y el terror que uno experimentaba al presenciarlo) y, enterrado en una apostilla final, este comentario:

He hablado de la fascinación de la tribu por la inmortalidad. Aunque también se trata de una preocupación central de la mitología u'ivuana, no sería exagerado calificarlo de objeto de obsesión entre los habitantes del poblado. Creen, en efecto, que ingerir una opa'ivu'eke[50] — la tortuga que comen durante el ritual del *vaka'ina* quienes alcanzan o superan los sesenta *o'ana* — concede la vida eterna. Lógicamente, no hay pruebas científicas concluyentes que respalden tal creencia, aunque sí existen evidencias de que ciertos miembros de la tribu son atípicamente longevos.

Al leerlo, sentí tres cosas. Primero, hilaridad ante la timidez de Tallent; ¿acaso no insistió él desde el principio en que Ika'ana tenía siglos de edad? Segundo, una curiosa suerte de alivio ante tan desacostumbrada circunspección: no solo no había revelado un descubrimiento que fundamentalmente era mío, sino que me había dejado un hueco para enriquecer y rematar su relato con el mío. Y, en tercer lugar — tras las dos reacciones iniciales —, la exasperante sospecha de que Esme, y no Tallent, estaba detrás no solo de la nota (de redacción pobre, de contenido anodino), sino también de la aparente y recién descubierta cautela de Tallent.

Con o sin razón, me sentí defraudado por Tallent. Como ya he dicho, no tenía ni tengo a los antropólogos por los pensadores más creativos o persuasivos — aunque sí tomen unas notas meticulosas y desmesuradas —, pero en Tallent había llegado a admirar lo que empezaba a considerar como pura determinación. Con todo, él fue también mi primer contacto con el extraño fenómeno que nos acosa a quienes viajamos a lugares remotos y descubrimos que nuestras enseñanzas y suposiciones no solo son erróneas, sino que no pueden ir más desencaminadas. Es muy fácil ser intelectualmente valiente en enclaves así, donde la academia, los colegas y la totalidad de la historia y la religión occidental resultan, no ya irrelevantes sino desacertados. Pero desaprender cosas es mucho más complicado que aprenderlas, y hasta los más audaces de espíritu se ven tentados a recular hacia lo conocido a la primera oportunidad. Es asombroso y también un poco triste darse cuenta de la cantidad de descubrimientos y avances que se han visto pospuestos durante años, décadas, no porque la información no estuviera al alcance de la mano, sino por simple y llana cobardía, miedo al escarnio, a ser condenado al ostracismo por los colegas.

Por suerte, nunca estuve limitado por tales preocupaciones ni constreñido

por tales miedos (el ostracismo se me antojaba algo deseable, más que evitable). De ahí que, en 1953, publicara una comunicación breve[51] — poco más que un adelanto, en realidad, el equivalente médico de Lutero cuando colgó sus tesis en la puerta de madera de la iglesia—[52] en una publicación pequeña y ya desaparecida llamada *Anales de Epidemiología Nutricional*. En ella revelaba mis descubrimientos: no solo un grupo muy significativo de los ratones del primer grupo aún vivía, sino también los ratones del segundo y el tercer grupos.[53]

Cuando a mis biógrafos y a los científicos más jóvenes les explico con qué mofa, con qué desprecio, con qué odio fue recibido aquel artículo, a ellos les cuesta mucho hacerse una idea. Los *Anales de Epidemiología Nutricional* eran, en el mejor de los casos, una publicación desconocida, pero de alguna manera pareció que mi ensayo llegaba a personas que normalmente no se habrían molestado ni en hojear semejante medio, y en los meses siguientes los *Anales* publicaron (con bastante ansiedad, o eso pensé) toda clase de cartas de varios médicos y científicos ofendidos por que aquella especie de «ficción pueril y fantasía sólida» ocupara un espacio destinado a la ciencia verdadera, etcétera. Los colegas del laboratorio adyacente — aún resentidos por mi juventud, mi espacio y mi misteriosa financiación — tomaron por costumbre pasarse por allí con el pretexto de hablar con Cheolyu, al que ponían al día sobre los últimos insultos que habían oído a tal químico o tal biólogo acerca de mi trabajo. (No parecía importarles lo más mínimo el hecho de que Cheolyu se limitara a mirarlos con aquellos ojillos suyos y a pestañear de vez en cuando tras las gafas, hasta que se marchaban triunfantes.)

¿Me molestó todo aquello? No, en absoluto. Yo estaba convencido de hallarme en lo cierto — cada vez más, de hecho, cuando, con cada mes que pasaba, los ratones alimentados con la opa'ivu'eke no morían y sus pequeñas

vidas se estiraban, una fina cuerda elástica cada vez más larga — y, como ya he dicho, dar pábulo a las habladurías de los demás no formaba parte de mi forma de ser, sobre todo de gente a quien no tenía en especial consideración.

Sin embargo, también era realista. Si por algo me frustró la recepción menos que entusiasta de mi artículo fue porque retrasaría mi capacidad para labrarme el tipo de vida que había decidido que deseaba. Ya he mencionado antes mi esencial ambivalencia hacia la vida del laboratorio, y así seguía siendo. Pero, si bien los ritmos de un laboratorio no necesariamente eran siempre los más estimulantes, sí lo eran los de mi laboratorio. Haberme quedado solo — sin supervisores, sin deber rendir cuentas a nadie, sin tener que dirigir los proyectos inútiles de otro — suponía una libertad maravillosa, que enseguida comprendí que era la libertad que deseaba para mí. Quería llevar a cabo mis propios experimentos. Quería escribir sobre lo que me apeteciera, responder a lo que me apeteciera, cultivar todas y cada una de mis pasiones y curiosidades. Para ello, necesitaba mi propio laboratorio. Y para disponer de mi propio laboratorio necesitaba financiación, lo cual implicaba también demostrar, y rápido, mi validez.

Dediqué mucho tiempo a darle vueltas con la mirada perdida a este problema en apariencia insalvable, mientras Cheolyu alimentaba a los ratones, tomaba notas y se ocupaba de los soñadores (con quienes yo trabajaba cada vez menos). Hasta que a finales de febrero de 1954 ocurrieron dos cosas que cambiarían mi destino. La primera llegó en forma de carta procedente del mismísimo Adolphus Sereny. En su breve misiva, Sereny me felicitaba por mi fructuoso regreso de U'ivu y — revelándose como un herpetólogo secreto — el artículo sobre la opa'ivu'eke. Lo más importante, no obstante, era que reconocía sentirse intrigado por el artículo de *Anales de Epidemiología Nutricional* y manifestaba su interés en repetir mis experimentos. Naturalmente, respondí enseguida. Sereny era un científico

respetado con un laboratorio muy bien organizado. Si él lograba reproducir con éxito mis hallazgos (y no me cabía duda de que lo haría), me granjearía una aceptación y una validez casi instantáneas y sin ambages, que a su debido tiempo me proporcionarían la clase de vida y la libertad intelectual que tanto ansiaba. Ni siquiera yo pude evitar apreciar la ironía de la situación: ¡y yo que creía que Sereny me odiaba! Pedí a Cheolyu que embalara con sumo cuidado una de las patas de opa'ivu'eke,[54] junto con una copia completa de mis datos e instrucciones detalladas sobre dosis, etcétera, y lo enviara todo a Cambridge.

Lo segundo que ocurrió fue que los ratones del primer estudio — y, en menor medida, también los del tercero — empezaron a manifestar síntomas espectaculares de deterioro mental. En aquel momento, los ratones del primer grupo tenían cincuenta y un meses, y los del tercero, cuarenta y seis. A mí no me pilló lo que se dice desprevenido; mientras daba los últimos retoques al artículo el verano anterior, Cheolyu se había fijado en que los ratones del primer grupo presentaban un comportamiento extraño: corrían en círculos muy cerrados, tan rápidos y desquiciados que las patas se les enredaban, caían de espaldas y chillaban agitándolas en el aire. O bien apretaban el hocico contra un rincón de la jaula y hacían movimientos extraños muy poco habituales en roedores, como si engulleran algo, abriendo la boca y cerrándola una y otra vez. A veces pasaban así horas, con los ojos color rosa azalea abiertos como platos y sin parpadear. Para mí tenía sentido; a fin de cuentas, por aquel entonces habían vivido casi, casi el doble de lo que vivían normalmente, el mismo punto en que los soñadores empezaran a manifestar los primeros síntomas de mo'o kua'au-lidad. Lo realmente emocionante fue el comportamiento que demostraron al alcanzar el punto en que triplicaban su esperanza de vida, más o menos el equivalente a la edad de Eve. Y, en efecto, como yo esperaba, el deterioro se intensificó de repente. Siete meses antes

habían experimentado períodos de lucidez en que su comportamiento aún se reconocía como propio de roedores: corrían en las ruedas, excavaban en la nieve de corcho o las tiras de papel, recogían con las dos patas superiores los pedazos de comida que les dábamos y los ingerían. Ahora, en cambio, los veintitrés ratones que quedaban habían perdido incluso esos reflejos conductuales básicos.

Más tarde me preguntarían cómo y por qué había decidido no revelar aquellos descubrimientos. Pero no fue una decisión que me correspondiera tomar a mí. Como ya he dicho, nadie andaba precisamente clamando por conocer mis ideas acerca de nada, mucho menos sobre ratones sumamente longevos que presentaban una demencia progresiva. Aunque hubiera pretendido decir algo, nadie me habría escuchado. Sin embargo, debo reconocer que algo más me llevaba a mantener la boca cerrada; detesto emplear un término como «premonición», pero qué se le va a hacer. Yo entonces sabía que algún día no muy lejano mis descubrimientos serían legitimados y valorados por lo que eran, y que en el deterioro conductual de los ratones se hallaba, no solo el siguiente paso de la historia, sino también mi siguiente reto. Ya había demostrado que la opa'ivu'eke prolongaba la vida; ahora tenía que descubrir cómo podía hacerlo sin llevar aparejado aquel terrible castigo.

Nunca veinticuatro meses se me habían hecho tan largos como los que soporté una vez que Sereny inició su experimento, que reproducía paso a paso el primero que llevé a cabo yo.[55] Y sin embargo, ahora naturalmente me hago cargo de que veinticuatro meses no son nada: dos millones de respiraciones, un murmullo de noches de visión borrosa, una serie de alimentos ingeridos y de libros leídos. Veinticuatro meses — justo el tiempo

que pasará en este lugar — pasan enseguida, tanto, que los días se esfuman antes siquiera de poder registrarlos.

Y no porque no estuviera informado. Sereny me escribía cartas — a veces largas y pormenorizadas, otras veces breves y superficiales — en que me mantenía al corriente del experimento. Confeccioné un gráfico para seguir en detalle el desarrollo, rastrear qué ratones habían muertos y cuáles se mostraban inactivos, anotar cuántos días, semanas, meses habían vivido por encima de su esperanza de vida natural. Aun así, incluso con la información de Sereny y mis empeños por descubrir por qué el regalo de la opa'ivu'eke de una juventud y vida prolongadas se echaba a perder de una manera tan espectacular, y qué podía hacerse para revertir la tendencia, notaba que el tiempo jugaba en mi contra. Cada día pasaba bajo el sonido de un tictac despiadado, y dentro de mi cabeza cada segundo era tan rotundo y hueco como una bofetada. Cumplí los treinta, luego los treinta y uno, y a mi alrededor mis colegas, todos más jóvenes,[56] ninguno más indiscutiblemente dotado que yo, se abalanzaban sobre grandes puestos, la gloria y el reconocimiento, mientras yo me pudría en un laboratorio, aguardando el ruido que hacía el fardo de correo diario contra el suelo y lanzándome sobre él como los ratones se lanzaban sobre su comida, desesperado por recibir una carta de Sereny.

Pero entonces, por fin, llegó el día que tanto había esperado: a primeros de abril de 1956, Sereny me mandó una nota en la que me informaba de que estaba ultimando su artículo antes de presentarlo. El 87 por ciento[57] de los ratones que habían ingerido la opa'ivu'eke en su experimento seguían vivos a los cuarenta meses;[58] los del grupo de control habían muerto tiempo atrás. Sereny, mucho más respetado e ilustre que yo, ya había hablado con un amigo, editor de *The Lancet*; el artículo se publicaría en el número de septiembre de la revista inglesa.

¿Podía imaginarme la reacción que suscitaría el artículo de Sereny?[59] No, por supuesto que no. Tenía mis sospechas, naturalmente, pero fue como si de la noche a la mañana pasase de ser un paria a una especie de dios: me había convertido en mi propia opa'ivu'eke, creador de vida y dispensador de milagros, alguien que había descubierto algo que hacía posible lo imposible. Por aquel entonces las noticias no viajaban a la velocidad de hoy en día, de ahí que las dos semanas que transcurrieron entre la publicación de Sereny y la llegada de la revista a los lectores estadounidenses constituyeran un período de silencio; fue casi como si Sereny no hubiera escrito nada. Había recibido una primera copia de su informe — que era bastante satisfactorio y básicamente reiteraba cuanto yo ya había dicho o sabía, aunque partiendo de una fuente mucho más fiable —, y en los días siguientes a la publicación lo llamé, le mandé telegramas y le escribí a un ritmo ofensivo, lo reconozco, exigiendo conocer las reacciones que había recibido y lo que implicarían para mí. Ahora me doy cuenta de que Sereny dominaba bastante bien la situación, e incluso antes de entregar el artículo había tenido el detalle de presentarme a varios miembros de universidades e institutos que estaban en condiciones de ofrecerme algún tipo de puesto permanente. Finalmente, hablé con el director de la Facultad de Medicina de Stanford, y con el de la Universidad de California, y viajé al este para tener una reunión en el Departamento de Neurología de Harvard (Sereny, misteriosamente, estaba en el extranjero cuando fui, y no pudimos vernos), y varias personalidades más de Johns Hopkins, Rockefeller, Yale, etcétera. Mientras estuve allí visité a Owen, que estaba más gordo y barbudo que nunca y daba clases en Amherst, al parecer un plato mucho más de su gusto que Mills. Nos sentamos en los escalones de la entrada del edificio del Departamento de Filología Inglesa (estábamos a finales de primavera, pero aún hacía un frío insoportable), tomamos un té que sabía como si Owen hubiera sumergido un trozo de corteza en agua caliente y

le hubiese dado un par de vueltas, y observé a mi hermano observar el desfile de estudiantes con los ojos achicados, un par de rajitas ávidas. Se sentía especialmente triunfante, pues su primer poemario, *El cielo nautilo*, acababa de publicárselo una misteriosa editorial[60] y la crítica bebía los vientos por él. Fue un momento muy humillante para mí; lo notaba a mi lado, irradiando victoria, igual que un radiador, mientras que yo, a raíz de los ya muchos años encerrado en el laboratorio con mi callado ayudante oriental, solo podía presumir de las promesas de Sereny y de su artículo; todas mis esperanzas flotaban en algún lugar entre Cambridge y Londres.

Pero ¡cuando el artículo empezó a leerse...! De repente el flujo de telegramas, cartas y llamadas telefónicas cambió de dirección, y yo apretaba el paso camino del laboratorio para ir al encuentro diario de nuevos elogios, preguntas y notas de alabanza, muchas de ellas procedentes de las mismas personas que tres años antes me habían ridiculizado (no meto en el mismo saco a ninguno de mis antiguos colegas del laboratorio de Smythe ni a mis nuevos vecinos, que tras el artículo de *The Lancet* dejaron de un día para otro de visitar a Cheolyu). Las únicas personas de quienes debería haber tenido noticias y de las que no tuve fueron Tallent y Esme; estaban en Ivu'ivu desde hacía seis meses — su artículo les había valido, o eso se contaba, una nueva remesa de financiación casi instantánea —, y me alegré de ello. Yo era científico y trabajaba en un ámbito completamente distinto, y además era inevitable, pero todavía temía el día en que debería mantener la ineludible conversación con Tallent acerca del robo de la opa'ivu'eke.

El año 1957 se nos echaba encima, y de nuevo los acontecimientos se agolparon y solaparon, y todo se transformó en una nebulosa. Una noche, estaba en el laboratorio afanándome en responder algunas de las muchas cartas que llegaban a diario, cuando llamaron a la puerta y entró un tipo alto con barba y una bolsa de papel temblequeante.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que era Tallent. En Ivu'ivu había llevado barba, naturalmente — como yo —, pero me resultó desconcertante, por no decir fuera de contexto, verla tan recortada y pulcra.

—Bueno... — empezó a decir, cuando ya nos habíamos dado la mano y él se había sentado frente a mí en uno de los taburetes altos —. Me he enterado de que hay que felicitarte.

La barba me dificultaba la tarea de descifrar su expresión. Me pareció percibir en su voz — o quizá solo fueran esperanzas mías — un deje divertido, pero no estaba seguro.

Me lancé a parlotear, pensando, al parecer, que si hablaba lo bastante deprisa y el rato suficiente conseguiría que Tallent... ¿qué? ¿Me perdonara? ¿Se olvidará de la tortuga? Hasta que al final él levantó una mano.

—Norton — dijo, y distinguí algo de aquel agotamiento que antaño matizaba su voz, un cansancio muy particular que solo expresaba estando conmigo —, yo ya sospechaba que lo habías hecho.

—¿No estás enfadado? — le pregunté, inmensamente aliviado.

Hizo una mueca.

—No he dicho eso. Sabes muy bien que no estoy de acuerdo con lo que hiciste. Pero entiendo tus motivos.

Hablamos un rato más y me planteó preguntas bastante específicas y sorprendentemente inteligentes sobre mi trabajo (por lo visto, había leído el artículo y le había sacado todo el jugo).

—Bueno — dijo por fin, con tono triste —, se acabó I'vu ivu.

—¿Cómo que se acabó? — quise saber.

—Si estás en lo cierto, Norton, e incluso aunque te equivocaras, todas las farmacéuticas se lanzarán como locas a capturar a las tortugas. Por no hablar de los antropólogos, los botánicos, los herpetólogos... todo el que se te ocurra. Se acabó Ivu'ivu tal y como la conocimos.

Me parecía un poco injusto que el reproche recayera solo en mí, y se lo dije. ¿Acaso su artículo no había presentado ya la isla? Hacía ya mucho que no era un secreto.

—Sí, tienes razón, la culpa también es mía — repuso —. Pero mi artículo solo revelaba a un pequeño grupo de personas, sin utilidad ni relevancia para nadie. Y sin provecho, desde luego.[61]

Se puso de pie, fue hasta el otro extremo de la mesa y empezó a levantar varios matraces al azar, echándoles un vistazo y devolviéndolos más o menos a su lugar. Yo hubiera creído que un antropólogo, con su declarado fetichismo por dejar las cosas exactamente donde las había encontrado, habría tenido un poco más de cuidado, pero me percaté de que me equivocaba.

—Pero esto — añadió — es muy distinto. — Se detuvo y empezó a toquetear una pipeta que Cheolyu había olvidado recoger. Es impresionante, y un incordio, lo chapucero e invasivo que resulta un no científico en un laboratorio; para los legos, la totalidad del espacio es como una tienda de curiosidades, y nuestro instrumental, meros artículos que tocar y manosear, y con los que jugar igual que si fueran extraños artefactos —. Cuando volvimos esta última vez (llegué la semana pasada), estábamos en la orilla de U'ivu esperando la barca que nos llevaría a Ivu'ivu cuando apareció corriendo el mensajero del rey con un papel para que yo le echara un vistazo. El monarca quería saber quiénes eran esas personas y si debía darles permiso para visitar la isla. ¿Y qué tenía yo que responder a las afirmaciones que el autor de la carta vertía acerca de mí?

»Era una carta de otro antropólogo; un tipo de Columbia, conocido mío. Estaba escrita en u'ivuano, muy mal (era evidente que había buscado las palabras una por una y traducido literalmente todas las frases del inglés), y daba a entender que éramos antiguos colegas y que él también quería pasar

alguna temporada en U'ivu. Elogiaba al rey (con mucha torpeza, como te decía, pero profusamente) como un gran monarca, y decía que Occidente tenía mucho que aprender de su civilización. Y que, con la venia, le gustaría ir a las islas para poder educar a Occidente.

»Al final de la misiva había unas nada inesperadas líneas en que explicaba que en mis trabajos había retratado al rey y a su gente como unos locos e idiotas, y que, gracias a ellos, el resto del mundo se reía de los u'ivuanos y, lo que es peor, estaban preparándose para atacarlos. Aconsejaba al rey que, si quería proteger a su gente, me expulsara del archipiélago inmediatamente y se asegurase de que jamás volvería. — Dejó la pipeta y cogió una pila de correspondencia que se puso a ojear con aire distraído —. Me esperaba que pasara algo así, pero no tan... descarado, supongo. Yo estaba deseando embarcarme y marcharme (los guías nos esperaban ya en Ivu'ivu), pero aquello era demasiado grave, no podía pasarlo por alto. Así que le dije a Esme que se adelantara y acompañé al mensajero al palacio del rey.

—¿Estaba muy enfadado? — pregunté.

—El rey es... es difícil entender al rey. Las conversaciones con él están llenas de silencios, y tienes que aprender a desarrollar la paciencia. Pasé el resto de la tarde y gran parte de la noche en su compañía. Él decía algo, algo descabellado, como por ejemplo: «¿Por qué vas diciendo cosas malas sobre mi país?», y yo debía explicarle que no era cierto y que estaban representándome inadecuadamente, y él se quedaba callado, mirando algo que yo ni siquiera veía, hasta que el silencio se volvía una tortura, y llegaba la siguiente pregunta: «¿Cuánto tiempo te quedas?», que no sabía si interpretar como bendición o como prueba. ¿Estaba dándome el visto bueno? ¿Me lo perdonaba todo? ¿O era una mera pregunta concreta? ¿Le respondía, como al final hice, «Seis meses, Majestad», o debía humillarme un poco más y decir: «El tiempo que desee Su Majestad»?

»Al final me dejó marchar, y llegué a Ivu'ivu solo un día más tarde de lo previsto. Pero, antes de irme, me dijo que había recibido muchas, muchas cartas de gente que le pedía permiso para visitar las islas. Hasta ese momento no había contestado a ninguna. ¿Era una advertencia? ¿O solo una declaración de hechos?

—Espera — lo interrumpí —. ¿Cómo le llega el correo?

Tallent me miró sorprendido.

—Hay un puesto fronterizo, una especie de embajada no oficial, en Papeete, Tahití. El cónsul viaja a Tavaka una vez al mes. Toda la correspondencia internacional pasa por él.

—Ah.

—La cuestión, Norton — continuó, echando a andar otra vez —, es que tarde o temprano alguien le ofrecerá al rey alguna golosina, y cuando eso ocurra la isla ya no será ni tuya ni mía, como hasta ahora. Será de quien más lo tiene. Y entonces tu investigación y la mía habrán acabado.

—Pero ¿no querrá el rey proteger Ivu'ivu?

—No necesariamente. Ivu'ivu le da igual. Para él la isla es una especie de deshonra y su gente le importa bien poco.

—Pero ¿y si se da cuenta de que puede darle dinero?

Tallent negó con la cabeza.

—Al rey le da igual el dinero. No cambiará nada.

Y entonces se me ocurrió algo, una idea que arraigó dentro de mí, aterradora por las posibilidades que planteaba.

—Tallent, ¿qué le ofreciste tú a rey para que te dejara acceder a la isla?[62]

Él se volvió y me miró fijamente. De nuevo me pareció vislumbrar bajo la barba algo parecido a una sonrisa.

—¿Cómo voy a contártelo? Si lo hago, se enterará todo el mundo.

No supe qué replicar. ¿Insinuaba que yo era un chismoso? ¿O estaba

gastándome una broma? ¿Por qué tenía que mostrarse siempre tan huidizo? Me sacaba de mis casillas. Pero no había formulado aún mi siguiente pregunta cuando Tallent se dirigió a la puerta de la sala donde teníamos a los soñadores, agitando la bolsa de papel por encima del hombro.

—Hunonos secos, recién traídos de Ivu'ivu — explicó —. Un regalito.

La visita de Tallent me turbó más de lo que pensaba, más de lo que debería. Se enfadó mucho al ver a los soñadores.

—¿Qué les ha pasado, Norton? — inquirió tras intentar sin éxito estimularlos con los gusanos, que no mucho antes habrían provocado ríos de saliva y un impaciente castañeteo de dientes, y, sin darme tiempo para responder, añadió —: Mua ya ni siquiera habla. ¡Eve no se pone de pie! Y están obesos. ¿Qué demonios has estado dándoles de comer?

Reconozco ahora que ni por asomo había dedicado a los soñadores el tiempo que tendría que haberles dedicado, pero por aquel entonces me pareció muy injusto que Tallent me responsabilizara de su deterioro. ¿Lo habría hecho mejor él en un entorno semejante? (Me acordé fugazmente de los soñadores que dejamos atados a la manama; ¿gozarían ellos de mejor salud, estarían más animados que los que nos habíamos traído? ¿Estarían vivos?)

Se marchó hecho una furia y me quedé hecho polvo. Naturalmente, aquello era ridículo; yo ya había dejado muy atrás el punto en que necesitaba la ayuda de Tallent, mucho menos su aprobación, por no hablar del hecho (que me obligué a recordarme) de que su campo de estudio nunca me inspiró especial respeto. Y sin embargo, anhelaba de Tallent algo que él no parecía dispuesto o capaz de darme.

No obstante, esto no empañó la euforia que experimenté cuando poco después me enteré de que yo regresaría a Ivu'ivu. Además de otorgarme una

legitimidad instantánea y permanente, el artículo de Sereny tuvo la ventaja añadida (o inconveniente, a juicio de Tallent) de que de pronto todas las facultades de Medicina del país estaban deseando mandar a su propio grupo de investigación a Ivu'ivu, esta vez con el único objetivo de atrapar todas las tortugas que pudieran y traerlas a los laboratorios. Aunque yo no gozaba de nada parecido a un estatus oficial o permanente en la universidad — un hecho que me aseguraba de recordarle al rector a la menor ocasión —, recibí la invitación formal de ir en representación de Stanford, en calidad de «invitado de honor» de la institución. Me comunicaron que me acompañaría una persona a la que yo conocía muy bien: Tallent. Y, por desgracia, Esme.

No supe muy bien cómo reaccionar ante la noticia. Mi atracción por Tallent, mi deseo de estar junto a él cuando hasta para mí era evidente que él no me correspondía, escapaba a mi control; pensaba en él como en un hongo gigantesco, abotargado, amorfo y tumoroso, hinchándose y transformándose en formaciones extrañas y fantásticas. También temía, desde nuestra última conversación, que lo hubieran obligado a aceptar el arreglo y que yo no fuera el compañero de viaje que él deseaba. (Menos conflicto me generaba Esme, pero cuando le pregunté al rector si era realmente necesario que participara ella, frunció el ceño, me miró desconcertado, y decidí cambiar de tema.)

Y un mes más tarde allí estaba yo, bajando del avión en U'ivu en el mismo campo lleno de baches que recordaba a una cancha de polo improvisada, montando a lomos del mismo caballo de tamaño ridículo (o uno idéntico) y guiado por un hombre, Pava, que podría haber sido un clon de Tu o Uva, de lo mucho que se parecía a ellos. Pero en aquella ocasión, en lugar de dirigirnos directamente a la cabaña fétida y de allí al barco, me llevaron a Tavaka para presentarme al rey. Yo, como es obvio, estaba muy emocionado, tanto por conocer Tavaka como por ver al rey.

Décadas después acudiría a un congreso en Valparaíso, Chile, y en el

vestíbulo del hotel me pondría a mirar por la ventana. Ante mí veía el puerto, en que una grúa jurásica iba apilando contenedores de colores unos sobre otros, con la misma facilidad que si fueran bloques para niños, y a mi alrededor el zigurat invertido de la ciudad, los niveles de casas y edificios que formaban ordenados escalones geométricos a medida que ascendían hacia el gris húmedo y lanoso del cielo. Era mi primera visita a Valparaíso, pero el escenario me resultó familiar, como si ya hubiera estado antes allí. Hasta mucho más tarde aquel mismo día, sin embargo, mientras asistía a otra charla interminable, no me di cuenta de por qué lo había reconocido: así había imaginado Tavaka.

Naturalmente, fue una ocurrencia ridícula. Valparaíso es una ciudad portuaria rebosante de vida que mueve miles de toneladas de mercancías, mientras que calificar Tavaka de núcleo de población habría sido estirar la verdad hasta partirla en dos. Pero por aquel entonces — a pesar de mi experiencia, seguía siendo una persona poco viajada, como recordarás — me parecía de todo punto plausible: Tavaka era la capital de una isla y de alguna manera tendría que reflejar su estatus.

Huelga decir que no era así en absoluto. En realidad, lo más sorprendente de Tavaka era lo mucho que se parecía al poblado. La planificación era idéntica — anillos de casas en torno a un círculo sin pavimentar — y había cerdos (más pequeños, con más aire de mascotas, eso sí) que trotaban libremente entre las casas, y niños (medio en cueros) que deambulaban también, llamándose, cayéndose al suelo, riendo, llorando y en definitiva haciendo las mismas cosas que hacen los niños del mundo entero. Las casas eran más sólidas y sofisticadas — estructuras simples de madera, con puertas (pero sin trancas) y tejados empajados de hojas de palma —, y más numerosas, pero a cierta distancia podría haber pasado por Ivu'ivu y, de hecho, pasaba. Las diferencias fundamentales eran la presencia del mar, a

escasos cincuenta metros del anillo exterior de casas y cuyas olas lamían la misma extensión lisa de arena una y otra vez; el palacio del rey, enclavado más o menos en el lugar que habría ocupado la novena choza; y, por último, el hecho de que la población estuviera rodeada, no de bosque sino de un cuadrado amplio de tierra roturada, punteada la marga marrón oscuro por unos puñados verdes y vistosos de cultivos recientes. Había selva a escasa distancia, naturalmente, pero tan rala que a través de ella se distinguían las montañas, cuyas cumbres se hallaban recubiertas de una costra de árboles enmarañados de manera salvaje.

Yo esperaba, como mínimo, algo más del palacio del rey, y si bien es cierto que era considerablemente más grande que el resto de estructuras — como siete veces el tamaño de una casa estándar — y que se hallaba un poco por encima de las demás, su arquitectura no desentonaba con el conjunto y en ningún caso parecía digno de un monarca. Sobre la puerta colgaba el caparazón de una opa'ivu'eke, bonito, pero ni parecido al que había en la novena choza, y por encima había un emparrado cuyo olor alimonado e intenso percibí al franquearlo. En aquel momento me percaté de que el caparazón de la tortuga se había agrietado y estaba reparado con unas maripositas de madera.

Me sorprendió lo agradable que era el interior. Estaba pensado al estilo de un templo japonés: una única estancia alargada y profunda, de techos bajos, con dos antecámaras en ambos extremos cuyos accesos se disimulaban con esteras de palma trenzada. No había ninguna privacidad y, sin embargo, tampoco se oía un solo ruido. ¿Dónde estaban las esposas y los numerosos hijos? ¿Dónde estaba el rey? También recordaban a un templo japonés los suelos, cubiertos de esteras de palma. En la pared del fondo, la que quedaba justo enfrente de la entrada, había otro caparazón de opa'ivu'eke, este mucho más grande que el de fuera. Por la profundidad del color y la manera como

las placas se habían desdibujado y redondeado en los bordes me di cuenta de que era muy antiguo y seguramente también muy valioso; visto de frente, en la penumbra era poco más que una sombra, pero si te desplazabas apenas unos centímetros a izquierda o derecha se veía el resplandor como de plástico que emitía al reverberar la luz del sol.

Entonces hubo un movimiento en la antecámara de la izquierda y de pronto apareció el rey. Ante su presencia, Pava se escabulló reculando como una cucaracha en una postura similar a una reverencia y desapareció tras el vano de la puerta.

Lo primero que pensé fue que impresionaba mucho menos que el jefe de la tribu. Su semblante resultaba agradable, si es que podía decirse tal cosa de los u'ivuanos; una boca ancha y risueña y unos ojos muy redondos y muy negros, como los de un tití. Tenía el pelo veteado de canas y recogido en un moño crespo que parecía una bola del desierto; alrededor de la cintura lucía una especie de colgajo triangular de una tela satinada y lustrosa que más tarde descubrí que estaba compuesta de miles de plumas negras y carmesíes entrelazadas en zigzag. Lo único que lo distinguía era, primero, la preciosa corona, una guirnalda exuberante de lo que reconocí como hojas de helecho lawa'a hilada con la enredadera cítrica que adornaba la entrada — y que me hizo pensar en el *a'ina'ina* — y, en segundo lugar, la lanza, muy larga, de al menos dos metros y medio, y muy fina, acabada en una punta blanca. Incluso a cierta distancia vi que la lanza presentaba un tallado de *opa'ivu'eke* muy sofisticado y en la base unas espirales grabadas que Tallent me explicó representaban olas.

Solo lo acompañaba un hombre, muy flaco y muy moreno, que llevaba a la cintura una talega hecha de lo que parecía piel de jabalí y una sencilla vuelta de enredadera alrededor de la cabeza. Aguardó hasta que el rey se hubo

sentado con las piernas cruzadas ante nosotros y luego me hizo un gesto con la cabeza antes de tomar asiento.

—Yo soy traductor — anunció.

En los años siguientes me preguntarían hasta la saciedad por esta entrevista con el rey, como si el monarca hubiera sido el último unicornio y yo la última persona que lo vio con vida. Y mis inquisidores quedaban defraudados cada vez, pues lo cierto es que la conversación con el rey fue más bien trivial. (Más tarde, cuando conocí a monarcas de otros países, me daría cuenta de que tal vez la grisura de la conversación tuviera que ver no tanto con las capacidades de Tuimai'ele en concreto, como con su propia situación.) Preguntó si me gustaba U'ivu y yo respondí que sí. Preguntó qué era lo que más me gustaba y yo, con bastante sentido común para no hacer alusión a Ivu'ivu, respondí que me gustaban mucho los preciosos árboles, las flores y su bonita casa. Él asintió. Pensé entonces fugazmente que podría intentar desviar la conversación hacia el caparazón de la opa'ivu'eke, pero, como todo aquel que haya conocido a un jefe de Estado sabe, tratar de abordar un tema de interés — que, por lo general, no parecen muy dispuestos a comentar — es casi imposible si pretendes mantener una relación cordial. Añadió que tenía entendido que yo trabajaba con Tallent, y yo, sin saber lo que le habrían dicho, repliqué con sumo tiento que sí, que trabajaba con Tallent. Sí, era un buen hombre. Sí, sentía mucho aprecio por U'ivu.

Y se acabó. El rey, que no había sonreído ni una sola vez pero cuya boca ancha de sapo parecía haber estado sonriendo todo el tiempo, hizo un gesto de asentimiento firme y concluyente, el traductor chasqueó los dedos con sutileza y yo retrocedí adoptando la postura de insecto que había visto en mi guía. Fuera encontré a Pava enseguida — estaba recostado contra una manama, escrutando la puerta —; al verme esbozó una sonrisa de oreja a oreja que me afané en interpretar mientras lo seguía. ¿Acaso había personas

que entraban a conocer al rey y nunca salían? Sin duda, acababa de superar una especie de prueba fundamental, pero no era capaz de averiguar cuál, ni qué castigo había eludido.

Pava me llevó hacia una de las chozas más cercanas a la playa, se detuvo y dio una voz. Oí un susurro procedente de dentro, y acto seguido la puerta se abrió de par en par y salió una mujer, que se quedó plantada delante de mí, parpadeando debido a la luz. Detrás de ella distinguí el interior de la casa, que estaba a oscuras, y cuyo perímetro se hallaba atestado de cosas: esteras de palma; cáscaras de no'aka apiladas unas encima de otras, como si fuesen cuencos; una colección de varas de bambú; una serie de cestas trenzadas con sus tapas torcidas. Como Pava, la mujer iba ataviada con una única pieza de tela inútil, que daba la impresión de eludir por completo el objetivo de la indumentaria; en su caso era un largo collar con lo que parecían dientes de cerdo ensartados, que le caía por debajo de los pezones pero sin tapárselos. Dos niños — un chico de unos once años (no podía tener muchos más, pues no llevaba lanza) y una niña de aproximadamente nueve — salieron y se colocaron junto a ella, sin tocarla. Lo que más llamaba la atención era su silencio, su aire vigilante. A pocos metros de distancia, un ruidoso grupo de niños pasó corriendo, pero aquellos dos ni siquiera los miraron; solo tenían ojos para mí.

Pava me observaba expectante, como si yo debiera conocerlos, y al ver que no decía nada y me limitaba a mirarlos a ellos y a luego él, su expresión mudó en impaciencia.

—¿Quiénes son? — le pregunté en u'ivvano.

—Fa'a no ohala — repuso, sorprendido. «La familia de Fa'a.»

Me sentí asustado, irritado y confuso. ¿Por qué me había llevado hasta allí? ¿Era posible — pero no, no lo era — que yo hubiera solicitado conocerlos?

Así empezó la segunda y curiosa entrevista del día. Yo planteaba preguntas

y la mujer, la viuda de Fa'a, las respondía, tan lacónica y apagada que más tarde me preguntaría si no sufriría alguna especie de retraso mental. Entretanto, la incomodidad quedaba ensombrecida por una especie de rabia intensa. ¿Por qué me obligaban a sentirme culpable, a conocer a la familia de Fa'a, a ver su triste choza (lo que al principio se me había antojado como un espacio ordenado y bien organizado ahora se me revelaba pobre, desprovisto de objetos, colores y actividad), cuando yo no había tenido nada que ver con su muerte, que, por lo demás, se había producido años atrás? ¿Se había sometido Tallent a un encuentro similar? ¿Qué querían? ¿Dinero? ¿Bienes?

Todo el respeto que me pudo haber inspirado Pava en el exitoso encuentro con el rey se esfumó de un plumazo, y al cabo de varios minutos — en los que él nos miraba alternativamente con incredulidad creciente — intervino y habló largo rato con la viuda de Fa'a, a tal velocidad que no entendí nada. Me dio la impresión de que la aleccionaba y al mismo tiempo le rogaba, pero no fui capaz de averiguar qué opción era la imperante, pues ella no levantó la cabeza para mirarlo ni una sola vez. Los niños se arrimaron a ella, también sin alzar la mirada. Me fijé, por primera vez, en que su piel presentaba una película polvorienta, como si estuviera untada de talco, y que los demás niños pasaban haciendo caso omiso de su presencia. Por detrás de la choza desfilaron dos mujeres cargadas con cestas y charlando con mucho alboroto, y aunque lo hicieron a escasos centímetros de la choza de Fa'a, ninguna hizo amago de saludar a la viuda o mirar en su dirección. Era imposible un aislamiento total de los demás desde un punto de vista físico — pues todos vivían en un espacio muy limitado al fin y al cabo —, pero estaba claro que los vecinos ponían todo su empeño en excluir a la familia de Fa'a de la sociedad. Incluso el enclave de la vivienda, relegada al anillo más distante del círculo, parecía lleno de significado; el único lugar al que podían ir sus habitantes era al mar. Miré hacia el agua y vi, perfectamente enmarcada entre

la casa de Fa'a y la de al lado, la masa cónica de Ivu'ivu; aquellas vistas encarnaban el recordatorio diario para la familia del lugar al que su padre y esposo se había ido para no volver, así como la respuesta a su ostracismo, como yo averiguaría más tarde.[63]

Al final, al verse incapaz de convencer a la mujer para que hiciera lo que él esperaba, Pava agarró al niño del brazo y lo acercó a mí.

—¿Lo quieres? — me preguntó.

—¿Qué? — Por supuesto, me quedé de piedra —. No, no, ¡cómo lo voy a querer!

Volvió a empujar al niño hacia su madre (que seguía mirando al suelo) y esta vez cogió a la niña de un pellizco en el brazo enjuto.

—Esta, entonces.

—No sé qué te habrán dicho — respondí —, pero no quiero a ninguno de estos niños.

—Pero ella no puede mantenerlos — repuso Pava.

—¡Yo tampoco!

Esperaba que la discusión se prolongara, pero en cambio Pava se volvió y empezó a hablar con la viuda una vez más — un torrente largo y diarreico de palabras de las que apenas identifiqué un puñado de términos inútiles: «tú», «Fa'a», «niños», «no», etcétera —, y luego me miró de nuevo.

—Vámonos — ordenó, y empezó a caminar con intención de abandonar el poblado.

Lo seguí, entre preocupado y furioso. ¿Qué había supuesto aquel encuentro y cómo interpretarlo? La moraleja, claramente, era que la muerte de Fa'a había dejado a su familia sumida en una penuria de la que por alguna razón se me responsabilizaba (aunque sin duda la culpa recaía tanto en mí como en Tallent, si no más en este; ¿a él también le habían ofrecido a los niños?). ¿O acaso había otra moraleja? ¿Existía acaso la penuria en un lugar como aquel?

Yo siempre había dado por hecho, por la forma en que se regía el poblado de Ivu'ivu, por cómo sus habitantes interactuaban sin leyes ni diferencias aparentes, que U'ivu también se hallaba gobernado por una suerte de versión laxa y no evolucionada del socialismo, en que se compartía todo y nadie salvo el rey poseía nada más excepcional que los demás. ¿Por qué, entonces, la familia de Fa'a las pasaba moradas? Y lo más importante, además de perturbador: ¿por qué me ofrecían a mí a aquellas criaturas? Habría sido más factible pedirme que les proporcionara bienes (aunque yo habría tenido poca idea de cómo obtenerlos, pues nada sabía de la moneda u'ivuana o de cómo conseguirla) o, como mínimo, alimentos. En algún recodo de mi fuero interno se desplegó un pequeño helecho de miedo: ¿me había visto Fa'a con el niño en el bosque y se había llevado una impresión errónea de mí que hubiera transmitido a los otros? Pero no podía dejarme llevar por esos razonamientos. Volvía a invadirme la vieja sensación de fatiga que me producían aquellas islas, la sensación de que me hacían una y otra vez preguntas que no entendía, atrapado en mi extremo de un diálogo unilateral e inexplicable en el que todas mis respuestas eran incorrectas.

Una semana más tarde — ¿o quizá después? — estaba de vuelta en el campamento de Tallent, en el mismo — ¿o era otro? — claro de bosque justo en la linde del poblado. Esta vez mi guía no había sido un u'ivuano sino un ivu'ivuano, un hombre que recordaba de la visita anterior, solo porque tenía una fisura palatina como si una alimaña le hubiera devorado la mitad inferior de la cara y luego la hubiera escupido y recompuesto. Naturalmente, debido a este rasgo no era lo que se dice conversador, primero, porque no era dado al parloteo en ningún caso, y segundo porque todo lo que decía sonaba tan aspirado y confuso que daba la impresión de que estuviera hablando debajo del agua.

A tenor de la rapidez con que Uva y Tu nos habían dejado para volver con sus familias al regresar a U'ivu la primera vez, yo ya sabía que no se prestarían a otro viaje a Ivu'ivu en el futuro, pero aun así añoraba su presencia, su carácter bondadoso. El guía nuevo, en cambio — no me había quedado claro si se llamaba Uo o Uvu — era un naturalista fantástico, y aunque no hablaba de manera inteligible, enseguida llegué a admirar y apreciar su habilidad para localizar la más minúscula maravilla en el bosque, que, o bien me traía, o bien me señalaba para mi disfrute. Un día me trajo un pétalo escarlata del tamaño de un garbanzo, y tras examinarlo comprendí que se trataba de una orquídea, reducida hasta alcanzar un tamaño increíble, con el labelo de un gris pálido, fantasmal. Cuando vio que me gustaba, Uo me indicó una kanava a escasos metros del camino, y vi que un pequeño campo compuesto por aquellas flores teñía el terreno de la selva de un carmesí vibrante, sangriento. Pero lo que más me gustó fue su olor, que aunaba el dulzor y la descomposición y colmaba las fosas nasales hasta tal punto que su mero recuerdo permanecía varias horas después.

En compañía de Uo vi muchas cosas que me habían pasado inadvertidas la vez anterior y, como ya no tenía tanto miedo, ni tanta angustia por llegar al destino último, pude examinarlo todo con mayor detenimiento. En aquella ocasión, además, hice lo que ya tendría que haber hecho la primera vez: al aparecer Uo con una criatura que tomé por un armadillo, pero más tarde comprobé que era un escarabajo monstruoso, con el caparazón compuesto de un centenar de placas flexibles que se fruncían y superponían unas sobre otras cuando el bicho se retorció en sus manos, hice varios dibujos y tomé notas y medidas. Guardé entre las páginas del cuaderno las hojas redondeadas como de ginkgo que crecían por niveles escalonados en un árbol cenceño de tronco dorado en el que no me había fijado hasta entonces, los que cambiaban de color, del verde de la base al morado de los extremos, pasando por un

extraño tono indefinible que me recordaba al de las escamas de los dragones. Encontré un nido de huevos de lagarto color ciruela oscuro del tamaño de aguacates cuya cáscara punteada me recordaba al cuero y que, al partirse, lo hacía en unas piezas gruesas y flexibles, como la piel de una naranja. (Me sorprendió descubrir en el interior los fetos de lagarto cubiertos por una rara pelusa algodonosa, que empezó a desintegrarse en cuanto el líquido amniótico se derramó.)[64]

Por tanto, quedé un poco decepcionado cuando la travesía concluyó y Uo me dejó con los míos en el campamento. Tallent ni siquiera estaba allí para recibirme cuando llegué. Solo Esme, cuyo aspecto y temperamento, lamento decirlo, no habían mejorado en los siete años transcurridos. No parecía muy contenta de verme.

—Norton — saludó.

—Esme — respondí. Y eso fue todo.

A pesar de los temores de Tallent de que la isla se llenara de competidores y mercenarios de diversa índole, solo hubo una incorporación al grupo, un hombrecillo ratonil llamado Johan Meyers, micólogo de Berkeley. Era una de esas personas que te aburren nada más conocerlas, sobre todo por sus ojos saltones, sus rápidos parpadeos (era muy miope) y sus espantosos tartamudeos, a los que no ayudaba nada su insistencia en relatar cualquier nimiedad que veía. En una ocasión cometí el error de ir a coger setas con él, y tuve que aguantar varias horas de parloteo insustancial: «Y qué es esto que tenemos aquí... ¿Qué es? Ajá, un tipo de hongo que crece en estas formaciones escalonadas de las manamas. De consistencia muy suave, casi aterciopelada, recubierta de lo que parece una piel muy, muy delicada, casi como la de una mosca, pero en este caso granulada en lugar de áspera, y de un color prácticamente plateado», etcétera. Al igual que la mayoría de los micólogos, Meyers era una persona aburrida, soporífera, a la que solo le

interesaba una cosa: los hongos. Si hubiera aparecido un dinosaurio entre la maleza a escasos centímetros de él, es dudoso que hubiera apartado la vista del charco de setas con forma de caracol que acababa de descubrir a los pies de un helecho lawa'a especialmente maduro. No dedicaba ni un segundo a las tortugas ni a las personas, mucho menos a las muy ancianas, y, como digo, poseía la útil capacidad de dejar de escuchar cuando las conversaciones se desviaban hacia esos temas, sumiéndose en un trance autoinducido en el que el mundo se rehacía como diversas mutaciones micóticas. Uno siempre sabía cuándo le ocurría eso, pues su boca diminuta asumía cierta ligereza, y los ojos, tras las gafas de culo de vaso, se humedecían y extasiaban. Yo solía envidiar aquellos momentos suyos.

Durante mi visita esperaba cumplir tres propósitos. El primero era calibrar la salud mental del jefe (que tenía alrededor de sesenta y siete años y su consejero, setenta, de modo que se trataba más de un chequeo que de otra cosa; no esperaba hallar síntomas de deterioro mental tan pronto). El segundo, comprobar si alguien más había celebrado el *vaka'ina*, y, de ser así, abrirle un dossier. El tercer objetivo — y el principal — era conseguir al menos dos *opa'ivu'eke*, que pretendía llevar vivas a Estados Unidos. Disponía de poco menos de un mes para ello; al vigésimo octavo día, Uo me guiaría de nuevo isla abajo, donde me recibiría el barquero que me llevaría de vuelta a U'ivu. Allí, el piloto me esperaría en el campo al alba del trigésimo séptimo día. Si no me presentaba, debería esperar hasta que Tallent y Esme se marcharan de la isla, nueve semanas después.

Una de las pocas cosas buenas de regresar a un lugar que nadie visita nunca y donde jamás cambia nada es que puedes saltarte todas las presentaciones y preámbulos y simplemente reintegrarte en el curso de la vida local. El cuarto día encontré al jefe y mantuve una breve audiencia con él. Estoy bastante seguro de que me reconoció, pero mi presencia no parecía

ni sorprenderle ni alegrarlo especialmente. No agradeció que ahora me dirigiera a él en su lengua, ni valoró lo improbable que había sido que yo reapareciera en su mundo. Pero conseguí sacarle la respuesta que buscaba: no, nadie más había celebrado el *vaka'ina*. Respecto a la otra cuestión — la de su agudeza mental —, me vi obligado a hacer deducciones. A fin de cuentas, no había manera de someterlo a una prueba de evaluación sin ofenderlo, pero me marché bastante convencido de que aún no presentaba deterioro alguno.

Conseguir las opa'ivu'eke resultó más y a la vez menos complicado de lo que esperaba. Por fortuna, no tuve que fingir que no me interesaba la tortuga; sin necesidad de mantener una conversación al respecto, me pareció que Tallent y yo habíamos llegado a una tregua tácita: él sabía que yo había ido por la opa'ivu'eke y había optado por no sacar el tema mientras yo no lo mencionara. En cualquier caso, a Esme y a él los vi mucho menos de lo que esperaba; su investigación se centraba en la estructura familiar y social de los ivu'ivuanos, cuestiones que a mí me resultaban más bien indiferentes, y dedicaban la mayor parte del día a entrevistar a los lugareños.

Menos dichosa, sin embargo, fue la ausencia de un guía que me acompañase al lago de las tortugas. Lo único que Tallent me había prohibido era pedir indicaciones a los ivu'ivuanos que me ayudaran a subir el sinuoso sendero hasta la meseta; habría sido una ofensa de tal gravedad que tendríamos suerte de salir de allí vivos. En años posteriores reflexionaría sobre las constantes amenazas de Tallent acerca de la violencia de los ivu'ivuanos y me preguntaría hasta qué punto no serían una exageración para conseguir que me comportara de la manera que él juzgaba acertada, y hasta qué punto eran ciertas y se basaban en experiencias reales. Es verdad que yo sabía, por cómo mataban a sus presas, que eran diestros con las lanzas y no temían en absoluto usarlas, pero en todo el tiempo que pasé en el poblado

jamás vi a un solo hombre dirigiendo su arma hacia un igual. ¿Porque no era necesario, o porque eran fundamentalmente incapaces de semejante brutalidad? Nunca lo sabría.

Como es obvio, no tenía ningunas ganas de emprender una desventurada exploración nocturna a fuerza de traspies, de manera que dedicaba los días a cubrir cada vez más distancia, intentando en vano recordar lo que me sonaba y lo que no. Empezaba los trayectos atando una cuerda a la base de la manama que había detrás de la novena choza y lo concluía atando el otro extremo de la cuerda en su final natural. Tonto de mí, nunca me planteé que el sendero pudiera tomarse en varias direcciones, pero lo único que me salvó de una frustración absoluta fue que todas las rutas que seguía sin éxito eran vías muertas; una terminaba en un brillante bosquecillo de bambú amarillo, tan tupido que ni siquiera cabía un dedo entre ellos; otra, contra una estructura lisa de roca color masilla. Pese a todo, en algún lugar, en algún lugar un poco más arriba se hallaba el sendero serpenteante e ilógico que desembocaba en aquel campo inverosímil y su lago, lleno de tortugas de ojos inmensos.[65]

Y así pasaba los días. Pero por las noches pensaba en los soñadores. Era difícil no hacerlo, sobre todo cuando me encontraba solo en el bosque; no perdía la esperanza de volverme en cualquier momento y allí, de pie delante de aquel árbol o agazapado detrás de aquella piedra, hubiera uno de ellos. Quizá fuera alguno de los conocidos, alguno de los que dejamos con las ofrendas de sus dioses de fiambre y hunonos, o quizá se tratara de uno al que no hubiera visto nunca, un gemelo de Mua o de Ika'ana. Podrían estar solos o en grupo, conscientes o no, aterrados o no. A veces, con cierta luz a la caída de la tarde, cuando el aire que me envolvía parecía titilar y combarse con millones de partículas de oro, casi tenía la certeza de haber visto a uno de ellos, una sombra de cabello formando un nimbo contra un telón de árboles, o

haber oído el crujido de una de sus pisadas sobre la alfombra de hojas muertas a mi espalda. Pero cuando miraba no había nada, y tenía que recordarme que, aun en el supuesto de que me topara con alguno, podía imponerme, y que, en cualquier caso, no me harían ningún daño.

Un día, volviendo de otra búsqueda infructuosa, rodeé una kanava enorme y de pronto me vi cara a cara con el chico, el del primer *a'ina'ina* que presencié, el que me encontré en el bosque aquella noche. Naturalmente, ya no era ningún niño — tendría unos diecisiete años según el calendario occidental —, y cuando proferí un grito de sorpresa me dirigió una mirada impasible, plana, que me hizo sentir estúpido por ser tan expresivo.

Tengo que confesar que había estado buscándolo desde que llegué, aunque sin mucho afán. Por lo general, no me habría costado mucho localizarlo, pero estábamos en plena temporada de caza, la época del año en que se mataban y desollaban las presas de mayor envergadura — monos, perezosos y los jabalíes, cuyos bramidos se oían a veces en el bosque —, y muchos de los jóvenes, que en otras circunstancias se habrían pasado el día holgazaneando en el poblado, se dirigían al bosque por turnos, para reaparecer bruscamente a horas nocturnas intempestivas y esfumarse una vez más antes de que el resto de lugareños despertara.

Había dado un buen estirón; se había convertido en un hombre. Con una mano sujetaba la lanza mientras la otra descansaba en el lomo de su cerdo, que tenía una mirada tan torva y salpicada de fango como los de los otros *ivu'ivuanos*. Pero no me cupo duda de que era él: poseía el mismo rostro bien formado, en cierto modo noble, el mismo ángulo en el mentón levantado, los mismos ojos serenos. Me imaginé que estaría casado, quizá hasta tendría un hijo. ¿Se habían terminado, entonces, los días al acecho en el bosque por las noches o besando a otros chicos bajo un árbol? Si esa misma noche me abría

paso a oscuras con los brazos estirados, como aquella vez, ¿me toparía con él una vez más, de pie, callado, esperándome?

Tenía muchas cosas que decirle y, sin embargo, en aquel momento no se me ocurría nada, de modo que al final solo lo saludé con un gesto de la cabeza. Tras una pausa larga, me dirigió un gesto idéntico y dio media vuelta, se salió del sendero y accedió a una zona inexplorada del bosque, con el cerdo contoneándose a su lado. Al cabo de pocos segundos ya no estaba, y los árboles delgados que había apartado para abrirse paso volvieron a su lugar con un latigazo, eliminando por completo su presencia.

Me quedé allí plantado, observando el lugar por donde había desaparecido. ¿Acaso no se acordaba de mí? Me pareció imposible. Y sin embargo, aquel encuentro surtió el extraño efecto de hacerme dudar que nos hubiéramos visto realmente en el pasado. Aquella noche en el bosque, avanzando entre la maleza con las manos extendidas, corriendo hasta que choqué con él, había supuesto uno de los momentos de más soledad y desesperación vividos en Ivu'ivu. Cuando lo encontré había dado las gracias; no solo por la amabilidad que me había dispensado, sino porque me pareció que estaba allí para recordarme mi propia presencia, mi propia realidad. A menudo me sentí así en Ivu'ivu, como si me alejara de mí mismo, como si mis átomos se recompusieran para no ser más permanentes o tangibles que la luz del sol, y cuanto más tiempo pasaba en la isla, menos seguro estaba de mi propia existencia. Aquella noche en el bosque podría haberme perdido. Pero no me perdí. Él me encontró.

Una tarde me tomé un descanso de mis proyectos y de la búsqueda de las tortugas y, a falta de algo mejor que hacer, acompañé un rato a Tallent y a Esme en sus rondas por la aldea. (Meyers me había propuesto que fuera con

él a observar una franja de hongos sin duda fascinantes que había descubierto no muy lejos colina abajo, pero decliné la invitación.)

Sin embargo, no resultó mucho más interesante ver a Tallent y a Esme garabateando en sus cuadernos en la linde del poblado. Al cabo de un rato, Esme fue a asediar a la pobre mujer que guardaba la entrada de la choza de la carne, y me senté con Tallent en silencio, él escribía y yo miraba las vidas insignificantes y ajetreadas que discurrían ante mis ojos, intentando distinguir entre los niños mayores a los que pude haber conocido de bebés.

Estaba pensando en el lago de las tortugas y en todos los caminos que aún me quedaban por explorar cuando una niña pequeña se me acercó andando con torpeza y con una brizna de hierba en la mano. Tendría un año recién cumplido, era excepcionalmente rolliza para ser ivu'ivuana y traslucía una suerte de solemnidad que me recordó al chico, a quien yo no me quitaba de la cabeza.

—Hola — le dije —. ¿Qué tienes ahí?

Ella me miró fijamente. Nunca me ha costado hablar con niños, a diferencia de muchos. Lo único que hay que hacer es fingir que te diriges a una especie de animal de granja inteligente, un cerdo, quizá, o un caballo. En realidad, debería resultar mucho más intimidante la idea de hablar con un caballo, dado que suelen ser animales muy espabilados que sienten gran desprecio por quienes no consideran dignos de atención.

En cualquier caso, la criatura y yo mantuvimos un intercambio agradable que acabó cuando me entregó el tallo de hierba (y le di las gracias) y se marchó dando tumbos. En un momento dado de la interacción me di cuenta de que Tallent había dejado de escribir y nos observaba, y cuando la niña se alejó, me dijo:

—Se te dan muy bien los niños.

—Ah — repuse, sorprendido.

Nunca se me había pasado por la cabeza que pudiera haber dos categorías de personas — quienes tenían mano con los niños y quienes no —, ni que yo formara parte de la primera.

—¿Tú quieres tener hijos? — preguntó Tallent.

Eso me sorprendió aún más. Ten en cuenta que en los años cincuenta nadie preguntaba si querías tener hijos, mucho menos entre hombres. Se daba por hecho que los tendrías, y poco importaba si te gustaban o no. Era algo que se hacía sin más: te casabas, encontrabas trabajo, tenías hijos. Podías tener uno o varios, tu mujer podía ser guapa o fea, tu trabajo gris o excepcional, pero ahí acababan las posibilidades.

—Pues no lo sé — respondí —. Nunca me lo he planteado. — Y no mentía.

—Mmm... Ya te lo plantearás.

Aquella confianza me exasperó. Tallent tenía cierta habilidad para hacer que me sintiera como una criatura salida de los libros que estudiaba, condenada a acatar un destino cuyas formas solo él conocía.

—¿Y tú? — le solté.

Él permaneció en silencio y adoptó un aire pensativo que no me esperaba.

—Creo que no — contestó por fin.

—¿Por qué no?

—Los niños no son para mí — repuso, y sonrió. No a mí, sino a algo en la distancia, como a un objeto o a una persona que reconociera. Seguí su mirada, temiendo que se dirigiera a Esme, pero no vi a nadie, solo la placita, por una vez vacía salvo por la hoguera, con el aire de alrededor ondulándose por efecto del calor.

No fue hasta el vigésimo sexto día cuando por fin conseguí llegar al lago de las tortugas. Allí estaban, chapoteando para acercarse a mí, tan simpáticas y

curiosas como vacas, y allí estaba yo, sacando a dos de las más pequeñas del agua — cada una del tamaño de un plato llano grande — y metiéndolas en sendas cajas de cartón con agujeros que llevaba conmigo para transportarlas.

El camino de regreso no fue complicado, pero sí muy lento. Había pensado mucho en cómo señalar el sendero, pero había llegado a la conclusión de que no había manera de hacerlo sin posibilitar que los demás se beneficiaran de ello. No podía arriesgarme, por ejemplo, a clavar estacas en el terreno o a hacer muescas en los árboles sin esperar que un rastreador las encontrase y las siguiese en el futuro (aunque seguía sin convencerme la idea de que fuera a haber tantos como Tallent vaticinaba). Al final tuve que contentarme con esbozar un mapa muy detallado, marcando cada giro y cambio de dirección, no mediante puntos de referencia — pues, en verdad, el árbol que identificaba entonces como un retoño resultaría irreconocible dos o tres años después —, sino mediante la distancia aproximada que separaban unos de otros. Y, como es natural, para hacer las anotaciones tenía que dejar una y otra vez las tortugas en el suelo y luego recogerlas.

Cuando por fin llegué a la manama que había detrás de la novena choza, me agazapé tras ella a esperar a que las últimas luces abandonaran el cielo; a Esme y Tallent por fin los habían invitado a unirse a los festines nocturnos, ignoro si en aquel viaje o en alguno de los anteriores, y podían pasar horas y horas en el poblado sin mayor problema. Meyers, entretanto, se quedaba en el campamento, limpiando sus valiosos hongos con uno de los muchos cepillos de cerdas tiesas que había llevado y respirando húmedamente por la boca. Me deslicé por la parte de atrás de las chozas de almacenamiento y me dirigí a mi antiguo árbol, donde camuflé las cajas colocándoles ramitas y puñados de musgo por encima. A las opa'ivu'eke les puse delante unas bolitas de comida para tortugas que había comprado en una pajarería de California, y cuando vi que las miraban un momento y empezaban a comérselas me relajé, aliviado.

Más tarde, los herpetólogos escribirían artículos detallando los muchos rasgos y características inusuales de la especie, pero todos pasaron por alto el más curioso y singular, en mi opinión: el hecho de que eran capaces de manifestar una cordialidad casi canina combinada con un egoísmo felino. Después de comer, se pasearon a mi alrededor varios minutos, y cuando les acaricié el caparazón no se apartaron ni se ofendieron, sino que cerraron los ojos y disfrutaron de las caricias, de un modo muy parecido a su predecesora de años atrás.

Mientras estaba con las tortugas volví a pensar en la conversación que había mantenido con Tallent sobre los hijos. En las dos semanas anteriores, gran parte del único consuelo (y sin duda la única diversión) que había experimentado me lo habían brindado los niños de la aldea. Me los encontraba jugando en los límites del pueblo cuando yo volvía al campamento tras otro día de frustrante búsqueda del lago de las tortugas; los observaba y empezaba a diferenciar juegos y roles donde antes solo había visto un caótico alboroto. Había un jueguito que les gustaba especialmente, que consistía en que dos niños, uno frente al otro, daban vueltas cada vez más rápido a sendas cáscaras de alguna planta que mantenían en equilibrio con un dedo; ganaba quien conseguía imprimir a la cáscara la velocidad adecuada para que no se cayera.

Había un niño con quien me gustaba mucho hablar. Tenía unos siete u ocho años, y su tranquilidad y delicadeza me recordaban al chico en cierto modo. No era un inadaptado ni nada por el estilo, pero sí parecía estar un poco al margen de los demás; cuando practicaban juegos de pelota o el pillapilla, o se retaban a dar un paso y luego otro más allá de la manama que había detrás de la novena choza, chillando de miedo y satisfacción al regresar, él se quedaba mirando, con un dedo en la comisura de los labios y gesto preocupado. Me conmovía su manera de fruncir el ceño, tan adulta y

melancólica y en cierto modo sabia en una persona tan joven. A medida que iba conociéndome y confiando en mí, a veces se atrevía a ponerme una manita en el brazo o a sentarse a mi lado y apretarse contra mi cuerpo, y yo me descubría de cháchara con él, hablándole de mi vida, de Owen y del laboratorio, temas que el niño no podía entender y que pese a todo escuchaba en silencio, como si mis palabras fuesen una lluvia cálida, tan reconfortante que no necesitara resguardarse.

Una tarde muy calurosa, los amiguitos fueron trotando al otro extremo de la aldea y me di cuenta de que el niño se había quedado dormido apoyado en mí. Había previsto hacer una última salida para buscar el lago antes de que acabara el día, pero algo — quizá la profunda satisfacción de su respiración — me impidió moverme, de modo que me quedé en la misma postura y lo dejé dormir. «Podría tener un niño así —pensé. Y a continuación—: Pero no quiero casarme.» Era imposible, y ni siquiera allí, tan lejos de mi país y sus plúmbeas exigencias sociales, se me ocurría una manera de conseguir lo primero sin que llevase aparejado lo segundo. No sabía gran cosa sobre mujeres, pero mi limitado contacto con ellas ya me había revelado que no eran santo de mi devoción. ¡Casarme, yo! ¿De qué hablaría con una mujer? Me imaginaba días y días sentado a una mesa vestida con un mantel immaculado y cortando pedacitos de carne quemada y crujiente como una tostada, oyendo su taconeo mientras ella se paseaba por un suelo de linóleo resplandeciente, sus conversaciones llenas de intimidaciones acerca de dinero, los niños o mi trabajo; me veía guardando silencio, escuchando monólogos sobre su jornada, la colada, las vecinas que se había encontrado en la tienda y los temas de los que habían hablado. Y luego visualicé también otra serie de imágenes: me vi cogiendo en brazos a un niño dormido y metiéndolo en una cama, me vi descubriéndole el mundo de los insectos y

nos vi capturando escarabajos y mariposas, yendo a la playa por primera vez, juntos.

Pero aquella noche, desvelado en mi estera, en lo que más pensé fue en el calor de aquel cuerpo joven y en la pequeñez de su mano. Me sentí como si aún estuviera junto a mí, y al mismo tiempo como si añorase algo que nunca había tenido y probablemente jamás volvería a tener oportunidad de experimentar.

Nada había cambiado; todo había cambiado. Cuando regresé al laboratorio, los ratones seguían vivos (más aletargados y menos ratones que nunca; habían desarrollado la costumbre nueva de caer de lado y ponerse a patalear y chillar, sin saber cómo levantarse, una visión que resultaba fascinante y alarmante) y también los soñadores. Les enseñé las opa'ivu'eke con la esperanza de provocar algún tipo de reacción, pero estos parpadearon sin más y no les hicieron caso.

Sin embargo, ellos — y Cheolyu, naturalmente — constituían lo único que no había cambiado de la vida que había dejado algo menos de seis semanas atrás. Y así fue el inicio de mi nueva vida (aunque hasta mucho más tarde no fui consciente de ello), y de un período sostenido de tiempo marcado tanto por los horrores, como por las maravillas. Todos los días ocurrían tantas cosas a la vez que me resulta muy complicado trazar los acontecimientos de los años siguientes de forma más o menos lineal. Lo que sí puedo decir, no obstante, es que Tallent tenía razón.

Tardé en darme cuenta de que me hallaba inmerso en una carrera, una en la que no era consciente de haberme inscrito y al mismo tiempo había instigado yo mismo. A través de Sereny supe que un farmacólogo estaba intentando desesperadamente ir a Ivu'ivu, y un fisiólogo también. Sereny ni siquiera se planteaba acudir en persona; era demasiado mayor, me dijo, y no tenía ganas de emprender un viaje tan agotador. Pero él formaba parte de una minoría.

Todos los días deparaban cartas nuevas — algunas suplicantes, otras ladinas, otras vagamente amenazadoras, otras ininteligibles — tanto para mí como para él, todas ellas solicitando más datos, intentando sonsacarme qué pensaba hacer con la información que ya manejaba, o más o menos anunciando la intención del firmante de desbancarme en mi propia investigación. Dice mucho de mi inocencia que nada de esto me preocupara, al menos en un primer momento; en realidad, estaba más bien atolondrado, y hasta me divertía un poco. Parte de esa confianza errónea procedía, supongo, de mi fe en el rey, en su aparente rechazo a permitir que nadie salvo Tallent (y afines) accediera a la isla. Y también tenía la sensación de que, dado que yo había necesitado tantas jornadas para dar con el lago de las tortugas — yo, que ya había estado allí dos veces —, a los pocos que llegaran algún día de nuevas a Ivu'ivu les costaría muchas semanas de desesperantes parones y reinicios. Por supuesto, no podrían pedir ayuda para llevar a cabo su misión: el tabú de los ivu'ivuanos (por no hablar de los u'ivuanos) en contra de perturbar la paz de las tortugas era demasiado poderoso.

A esas alturas, todo el mundo había inferido que el secreto se hallaba en la opa'ivu'eke. ¡La vida eterna! Con razón las facultades y empresas estaban dispuestas a gastar lo que hiciera falta, a hacer cualquier cosa con tal de llegar antes que nadie a la isla. Con razón pensaban que yo estaba trabajando para aislar el elemento. Pero yo sabía algo que ellos ignoraban, y lo más fácil era quedarme callado ante sus interrogatorios y suspicacias: sabía que aquella forma de vida eterna acarreaba unas consecuencias terribles. Sabía que, para intentar conquistarla, primero había que encontrar una solución, un antídoto.

Sin embargo, Sereny no tardó demasiado en comprender que había gato encerrado.

—Estás ocultándome algo — me acusó en una de nuestras conversaciones telefónicas, cada vez más frecuentes.

A mí no se me da nada bien hacerme el tonto, nunca he valido para eso. Aun así, le pregunté estúpidamente:

—¿A qué se refiere?

—A estos ratones les pasa algo — continuó, y procedió a hacerme una descripción detallada del deterioro de los suyos. (Nada menos que el 79 por ciento de sus roedores seguían vivos. Yo conservaba al 61 por ciento de los de mi tercer experimento,[66] aunque mi lote más antiguo, el del primer grupo, tenía a la sazón noventa meses, frente a los cincuenta y tres meses de los de su grupo.) Me entusiasmó descubrir que sus síntomas coincidían casi al completo con los de los míos.

Así pues, me vi obligado a confesarle que lo que ambos habíamos observado en nuestros ratones era una mera réplica de lo que yo había advertido antes en los soñadores. Me escuchó con un asombro creciente mientras le contaba lo que me encontré en Ivu'ivu y el estado — y supuesta edad — de los que había traído a Estados Unidos.

—Norton... — acertó a decir por fin —. Eso... eso es increíble.

Pero no lo era, pues tenía la prueba a escasos metros de mí, en el falso Ivu'ivu en miniatura que había creado. Hablamos un rato sobre cómo demostrar mi teoría en humanos, la imposibilidad de hacer tal cosa; nadie estaría dispuesto a exponerse a un riesgo tan grande. Sereny me preguntó si no podría hacer el experimento con algunos ivu'ivuanos que me trajera luego a Estados Unidos, y tuve que recordarle que los efectos de las tortugas tal vez tardaran décadas en manifestarse; aun cuando lográsemos encontrar sujetos en la cuarentena o la cincuenta, todavía deberíamos esperar otros cuarenta o cincuenta años — como mínimo — para que los síntomas se desarrollaran. No, le dije, la cuestión más importante y apremiante era hallar un antídoto, uno que contrarrestase los efectos de la tortuga.

—¿Y has hablado de esto con alguien más? — quiso saber Sereny.

Su tono era afable, pero yo había aprendido ya a no fiarme jamás de un rival que finge no tener interés ni ambición o que pretende estar involucrado en un diálogo intelectual por razones meramente académicas. Por tanto, le comuniqué no sin cierta sensación de triunfo (aunque traté por todos los medios de que la voz no me traicionara) que justo antes de marcharme había entregado a los *Anales de Epidemiología Nutricional* un artículo en que abordaba el deterioro de los ratones y que (naturalmente) habían dado el visto bueno para su publicación.

—Ah... — dijo Sereny tras un largo silencio, sin que yo pudiera saber si estaba irritado, desilusionado, o ambas cosas. En cualquier caso, contento no estaba —. Bueno, Norton — añadió —, espero que sepas lo que estás haciendo. — Y zanjó la conversación muy poco después.

Obviamente, yo no sabía qué estaba haciendo. Había enviado el artículo a la revista en un estado como de pánico, atrapado entre dos resultados desafortunados. Estaba claro que, si esperaba demasiado, Sereny sacaría sus propias conclusiones y escribiría un artículo. El suyo habría sido de carácter mucho más especulativo, pero habría dado igual, porque habría sido el primero, y cuanto yo escribiera después se consideraría un avance en un descubrimiento suyo, no mío. Pero si me adelantaba demasiado, alertaría a los muchos buitres que se cernían sobre la isla y sobre mi trabajo de que sus planes para envasar y vender la vida eterna acarrearía un serio problema. Se cazarían más opa'ivu'eke que nunca, y me vería compitiendo contra otra gente para resolver un problema que ellos habrían ignorado de no habérselo revelado yo. Tenía que elegir entre dos opciones, las dos igual de malas. Fuera como fuese, no habría nadie a quien culpar salvo a mí mismo.

Pero entonces, como muchos contarían después, las cosas se pusieron realmente feas. En mi siguiente viaje a Ivu'ivu, unos ocho meses más tarde,

nada había cambiado; esa vez acudí yo solo, y la visita estuvo precedida por otra entrevista breve y nada reveladora con el rey. Fue la última vez que me concedería audiencia, aunque yo entonces no lo sabía. De hecho, aquella visita encarnaría la última vez de muchas cosas: la última vez que fui el único occidental en Ivu'ivu, sobre todo en el poblado; la última vez que pude ir al lago de las tortugas sin ser hostigado, ver la espuma de burbujas de aire en su superficie, observar a las tortugas avanzar hacia mí, confiadas y serenas; la última vez que tuve la sensación de que los ivu'ivuanos no prestaban atención a su visitante y que una presencia ajena no alteraría ni la tarea más insignificante. Sería la última vez que los vería preparar y almacenar comida según un sistema que llevaban siglos poniendo en práctica, la última vez que seguirían una dieta libre de carnes enlatadas, galletas industriales y latas de fruta troceada en almíbar, la última vez que los vería completamente desnudos y observaría los esquejes de los pechos de las mujeres cuando se inclinaban sobre un montículo de vainas y oiría el tenue golpeteo de los genitales de los varones contra sus muslos cada vez que regresaban de la partida de caza nocturna.

Pero durante la visita no fui consciente de nada de eso, y recuerdo que pensaba — con cierto engreimiento, con cierto alivio — que Tallent se había equivocado, que los cambios, si es que llegaban, serían titubeantes y progresivos, y no alterarían su calidad de vida. Ya me había fijado en que las bases de varios árboles estaban rodeadas de un cordel rojo y en que alguien había acotado pequeñas áreas a su alrededor con cuerdas finas y estacas, y en que de los troncos colgaban unas plaquitas con nombres en latín escritos con una caligrafía indescifrable: Meyers, por supuesto. Si aquellos eran los cambios que se obraban en la isla, pensé, no había de qué preocuparse. Pude volver a visitar a las tortugas (el mapa demostró su utilidad), y hasta busqué a la joven amiga que hice la vez anterior, que me seguía por propia voluntad en

mis paseos bosque adentro. Las tardes calurosas seesteábamos, y por las mañanas explorábamos (encontré numerosos hongos con los que Meyers se habría vuelto loco de contento, e hice varios dibujos y bocetos para llevárselos). Vi al jefe, a Uo, a Lawa'eke y a muchos más que ya conocía, si no por su nombre, al menos de vista.

Más tarde me preguntaría si quizá no habría programado inconscientemente aquella visita para que coincidiera con la publicación del artículo,[67] a fin de evitar tener que pensar en sus consecuencias. No creo que fuera así, aunque muchos otros sí, y no puedo hacerles cambiar de opinión. Lo que sí sé es que cuando regresé a Stanford seis semanas después (acompañado de dos opa'ivu'eke más), el mundo científico estaba soliviantado. Hubo acusaciones, se escribieron artículos en respuesta al mío, los *Anales* recibían más cartas que con cualquier otro trabajo que hubieran publicado. La noticia de mis dos descubrimientos incluso había calado hasta la prensa generalista, y me entrevistaron sendos periodistas del *Times* y de *Time*. También por aquel entonces Tallent cortó todo contacto conmigo, aunque nunca supe el motivo. ¿Fue porque creía (como muchos otros más adelante) que yo había condenado definitiva e irremediabilmente la isla? ¿Fue porque eché a perder la bonita y onírica estampa de un pueblo que nunca moría? ¿Era simplemente porque había alcanzado una fama que a él se le resistía? Cheolyu me contó que, en mi ausencia, alguien había intentado entrar en el laboratorio; una mañana llegó y encontró marcas en la cerradura y la parte de abajo de la puerta hecha un acordeón de pliegues profundos. Cheolyu sostenía que tenía que haber sido otro científico, o quizá un equipo de una farmacéutica; le di la razón, pero una parte de mí se preguntó si no habría sido Tallent, aunque, de nuevo, solo podía hacer conjeturas acerca de sus motivaciones: ¿destruir mis pruebas? ¿Liberar a los soñadores? En los meses siguientes intenté hablar con él por activa y por pasiva: le envié cartas,

lo llamé por teléfono, lo esperé durante horas en la puerta de su despacho y en el portal del bloque de pisos donde vivía, espantosamente lúgubre. Les rogué al rector y al decano que intercedieran. Hasta traté de hablar con Esme. Yo parecía una niña enamorada. Ni siquiera sabía qué le diría cuando restableciera el contacto con él. Lo único que tenía claro era que necesitaba verlo, ganarme una especie de absolución por su parte. Los descubrimientos eran míos, cosa que yo no dejaba de repetirme, pero de no ser por Tallent no habría habido nada que descubrir. («Y de no ser por ti», decía una vocecita dentro de mi cabeza cuando me enteré de que el primer equipo de farmacólogos, un equipo de Pfizer, había convencido al rey para que les permitiera ir, «la isla aún se hallaría a salvo.»)

Lo único que puedo decir es que lo intenté. Por mí no quedó. Hice lo que juzgaba mejor. Hoy en día, cuando cuento esta parte de la historia, a veces me planteo si debería pedir perdón o no. Yo no fui a Ivu'ivu, como muchos otros, para enriquecerme, o con la intención de convencer a un grupo de personas para que vivieran, comieran y creyeran en lo mismo que yo. Fui en busca de aventuras, y con la mera esperanza de explorar. No fui para destruir un pueblo o un país, de lo que tantas veces me han acusado, como si eso fuera tan habitual o deliberado como lo pintan. Sin embargo, ¿acabé haciéndolo? No me corresponde a mí responder. Hice lo que cualquier científico habría hecho. Y si ahora me viese en la misma situación, aun sabiendo lo que sería de Ivu'ivu y toda su gente, probablemente volvería a hacerlo.

Bueno, esto último no es del todo cierto. Volvería a hacerlo, a secas. No me lo pensaría ni un segundo.

Dos años más tarde, tenía mi propio laboratorio en el Departamento de Virología del Instituto Nacional de Salud, en el cual desempeñé el resto de mi

carrera profesional. Cheolyu había regresado a Corea, donde acabaría por dirigir su propio laboratorio en la Universidad Nacional de Seúl. Los soñadores seguían bajo mi tutela, aunque los veía cada vez menos. Estaban permanentemente supervisados por quienes los sometían a pruebas: análisis de sangre, exámenes físicos, mentales y de reflejos.[68] El Instituto había convertido un laboratorio simple en un espacio muy agradable y acogedor, acondicionado con árboles y suelo de hojas, y a los soñadores les asignaron unos auxiliares que los ayudaban a asearse y vestirse, porque aunque se trataba de un espacio sin ventanas — no queríamos que un paisaje tan ajeno a ellos, con las ramas de los árboles negras y peladas, los preocupasen o alterasen —, de noche en el laboratorio refrescaba y no era sensato que fueran desnudos. Por lo demás, los habíamos acostumbrado poco a poco a una dieta occidental, y había mucho que estudiar acerca de los efectos de destetar a un grupo primitivo de personas de un régimen basado exclusivamente en carne de caza y fruta para someterlo a otro de alimentos más procesados. Lamento tener que decir que a esas alturas casi habían perdido la razón, y la primera vez que vi a Mua volver en silla de ruedas a sus dependencias tras un día de pruebas — con la cabeza echada atrás en un gesto idiota, los brazos inertes recogidos en el regazo, los ojos abiertos pero la mirada perdida — sentí una punzada al recordar lo veloz y seguro que caminaba por el bosque, su manera de estirar y abrir sus piernas cortas para salvar las raíces inmensas que brotaban del suelo. Aquel trabajo era necesario, y el deterioro de los soñadores, inevitable, pero no por ello dejaba de experimentar el sensible deseo de que las cosas hubieran sido de otra manera para ellos.[69]

A las op'aivu'ekes no les iba mucho mejor, y reconozco ahora que subestimé la importancia del contexto en su supervivencia y bienestar. Hubo muchos intentos fracasados de animarlas a aparearse, y más aún para conseguir que se adaptasen a una dieta regular. Pensé, pero ya era demasiado

tarde, que nunca se me había ocurrido investigar seriamente qué comían aquellas tortugas, y perdimos mucho tiempo intentando dar con la combinación adecuada de alimentos — a lo sumo, conseguimos una mezcla de sardinas y diversas clases de lechugas y brotes de helecho — que las tentara y al mismo tiempo ayudase a mantener un equilibrio. Pero con el paso del tiempo fueron volviéndose más y más apáticas, hasta que al final sacrificamos a las dos mayores — disecamos una,[70] la otra la diseccionamos — y concentramos todos nuestros esfuerzos en las más jóvenes, pese a que los resultados no eran precisamente alentadores.

Yo pasaba cada vez más tiempo fuera del laboratorio, dando conferencias aquí y allá, escribiendo artículos, de ahí que hasta finales de 1961 no volviera a Ivu'ivu. Desde distintas fuentes había llegado a mis oídos que el número de investigadores en la isla superaba el de la población autóctona en cualquier época del año; que se había montado un pequeño asentamiento de tiendas para las brigadas itinerantes de científicos de Pfizer y Lilly que iban y venían en sus propios aviones y barcas motorizadas y que se fulminaban con la mirada desde sus líneas de demarcación autoimpuestas, cada grupo decidido a vencer al otro; que habían pisoteado y desbrozado las ringleras de la selva, y alterado el equilibrio de la flora y la fauna. Meyers me telefoneó desde la Universidad de California una noche, tartamudeando más que nunca; acababa de volver de la isla y me describió una escena que más bien parecía una especie de versión infernal de un cuadro de Brueghel: un claro de la aldea cochambroso, sucio y fétido, atestado de gente y de hogueras negras.

Esperaba que Meyers estuviera exagerando — no lo consideraba del todo de fiar en asuntos no relacionados con la micología —, pero aun así emprendí el viaje nervioso y hasta remiso. Ahora que trabajaba para el gobierno ya no tenía que esperar que nadie me trasladase a la isla. Me acomodé en mi asiento en la parte de atrás del diminuto avión, esperando el movido aterrizaje que

anunciaba la llegada a U'ivu. Pero, para mi sorpresa, tomamos tierra con suavidad, como la seda, y nada más bajar del avión observé el primer cambio significativo: una pista, una extensión de pura y simple tierra, pero sin rastro de los baches, las piedras y la maleza del pasado. Habían arrasado el terreno, que ya no era más que una superficie vacía: ni hierba ni florecillas blancas, solo una tierra tan llana y pulcra que parecía que la hubieran barrido. Noté que algo se removía en mi interior: las primeras punzadas de pavor.

Me esperaba un guía, uno al que no conocía. Podría haber sido cualquiera, pero hablaba algo de inglés, y llevaba una especie de sarong de color mostaza oscuro debajo de una camiseta interior blanca de caballero que le quedaba muy larga. Tenía el pelo corto, casi al rape alrededor de las orejas. Me condujo, no hacia un caballo de baja estatura, sino a una tartana de un tono naranja oxidado, como un Frankenstein de los coches, soldado a partir de muchas piezas y estructuras, en el que el orgulloso guía me llevó vacilante hasta el embarcadero, donde habían construido una chapucera plataforma nueva. Allí se encontraba el barqueo — que no había cambiado desde mi primer viaje y fingió, como siempre, no conocerme —, pero su embarcación era, si no nueva, al menos no tan vieja, y estaba equipada con un motor de verdad que rugía y regoldaba mientras surcábamos el mar. En la mitad de tiempo que antes apareció Ivu'ivu, pero cuando doblamos el recodo para adentrarnos en la laguna, otra sorpresa: habían podado la selva, tanto, que ahora había una auténtica playa, una extensión de arena gris y mugrienta con el verdor en segundo plano como una cabellera descuidada. En la arena, un hombre muy sonriente agitó los brazos en mi dirección en el momento en que la barca se acercaba a la orilla.

—¡No-ton! ¡No-ton! — dijo el tipo, y con un sobresalto reconocí a Uva, aunque no al Uva que yo recordaba.[71] Este Uva llevaba pantalones (unos color caqui demasiado largos) y una camisa de verdad, aunque se veía que

estaba lavada y relavada y con unos remiendos tan exagerados que parecía un tejido cicatrizal. Al igual que el barquero y el guía, se había podado la melena y quitado el hueso de la nariz, aunque en ambas aletas lucía las manchas marrón oscuro de los agujeros cerrados y cicatrizados.

—¿Cómo tal? — me preguntó, con una sonrisa ufana, y tanto aquel idioma recientemente adquirido como su orgullo me pusieron la piel de gallina, no sé por qué, y de pronto la magnitud de los cambios obrados en la isla se cernieron sobre mí en toda su dimensión.

Por todas partes se veían las transformaciones. Habían abierto un sendero que ascendía, y todavía había que recorrerlo a pie, pero Uva tiraba ahora de mis cosas con ayuda de una carretilla. No estaba acostumbrado a llevar tanta ropa y sudaba como un pollo. En un momento dado se soltó torpemente varios botones de la camisa, y cuando me quité la mía para animarlo, se quedó mirando mi torso con anhelo y acto seguido se volvió y se abotonó. Era casi tangible la determinación de su rostro, el nuevo propósito de ir completamente vestido. «Pero ¿por qué?», quería preguntarle. Uno de los grandes aciertos de los ivu'ivuanos, precisamente, era respetar su propia desnudez; con aquella humedad, la ropa no solo era una ridiculez, sino también un desatino.

No pude evitar fijarme en el paisaje de árboles alrededor conforme avanzábamos, intentando distinguir los progresos. ¿Estaba todo más tranquilo que la última vez, menos dominado por el canto de los pájaros, los chillidos de los monos y el zumbido de los insectos? ¿Había menos manamas, ya fuera los árboles como también los frutos en el suelo? ¿Presentaban las kanavas menos mierda de vuaka que en el pasado? ¿Siempre había estado tan trillado aquel musgo, o acaso lo habían pisoteado recientemente? ¿Había sido siempre tan fácil el paso entre aquellas palmeras, o es que la mano del hombre lo había ensanchado? ¿Aquella orquídea tenía prendida una tarjeta

blanca, una etiqueta de botánico, o se trataba de una mariposa cuyas alas formaban un cuadrado?

Oímos y oímos el poblado antes de verlo, pero los olores evocaban Estados Unidos, no Ivu'ivu, igual que los sonidos. Percibí el aroma punzante y chamuscado del beicon frito y el siseo de un chorro de grasa al contacto con una sartén caliente. Había voces masculinas, todas hablando en inglés, y el perfume neto y agresivo del detergente para ropa, y sonidos de metal al golpear contra piedra.

De pronto los tuvimos encima: sus tiendas limpias y su colada — camisetas y pantalones de algodón, todo del mismo color indefinido — tendida en las ramas bajas de una manama, y el fuego sobre el que uno de ellos sujetaba con ayuda de unas pinzas metálicas una lata de judías en tomate cuyo contenido diarreico rebosaba por los bordes.

Cuando me presenté — cómo no hacerlo —, me enteré de que se trataba del equipo de Pfizer; el de Lilly, al parecer, se hallaba a la derecha de la aldea, aunque más o menos a la misma distancia que ellos. Se mostraron respetuosos, hostiles, sorprendidos; noté que me miraban con envidia, pues mientras ellos se pasaban la vida intentando desarrollar medicamentos y cremas, yo desempeñaba un trabajo de verdad, y que me identificaban como un superior. Sin embargo, tenían todos los medios a su disposición — mi único petate en la carretilla de Uva dejaba claro que yo no —, y a aquellas alturas estaba claro que ganarían quienes contaran con los medios de su parte. En ciencia siempre es así. Y lo era también entonces. Me excusé tan pronto como se me presentó la ocasión.

Pero cuando llegamos a la linde del poblado fue cuando sentí realmente que todo el horror y la gravedad de la transformación de la isla se me venían encima. Las chozas no habían cambiado, como tampoco los límites bien definidos del suelo de tierra, pero aquello era lo único que seguía siendo

como lo recordaba. Espetado en un palo por encima de la hoguera había una pieza de fiambre de lata que sudaba gotas grasientas sobre las llamas, cerca de otro bloque ya asado que marchitaba y ondulaba la hoja de palma sobre la que reposaba. A pocos pasos, un grupo de hombres se abalanzaba sobre un tercer tarugo, arrancando pedazos con los dedos y dándoles a los cerdos uno de cada tres o cuatro que cogían. Pero, en cierto modo, lo peor era el tendedero instalado entre dos manamas en la parte izquierda del poblado; habían empleado la cuerda de hojas de palma trenzadas — una cuerda valiosa, una cuerda destinada a reparaciones, al transporte y a llevar a los cerdos —, que estaba cargada de una lamentable selección de ropa usada: camisetas interiores amarillentas, pantalones con los bolsillos arrancados y vestidos de algodón de manga larga, puritanos y de manga larga, que ya en Estados Unidos habrían resultado inútiles, así que imagínate en un Ivu'ivu tropical. A mi alrededor, los lugareños se paseaban vestidos, a veces con la ropa bien puesta y a veces no, pero siempre ataviados con un empeño sincero y genuino, lo cual venía a ser lo más alarmante de todo, pues implicaba que aquello no era un divertimento ni un juego, sino que alguien, no sé cómo, los había convencido de que merecía la pena adoptar aquella costumbre, una adaptación necesaria. ¿Quién les había dicho tal cosa y por qué ellos se la habían creído?

Me sorprendí dirigiéndome hacia la novena choza. A un lado, dos farmacólogos se pasaban un balón de fútbol entre risas mientras varios niños se les unían, algunos con unas camisas tan grandes que parecían kimonos, cuyas mangas aleteaban cada vez que saltaban y corrían. El interior de la choza seguía como lo recordaba: tranquilo, fresco y sombrío. Por un instante sentí alivio. Pero entonces pensé: ¿no está demasiado inalterado? Tenía algo de polvoriento, casi, y me descubrí estudiando el suelo de tierra en busca de evidencias de abandono. Era como si, en el contexto de unos cambios que

tanto abarcaban, la invariabilidad de la novena choza la hiciera no más relevante, sino menos. Estaba claro que los modelos de antaño — desde el atuendo al alimento, pasando por los juegos de los niños — habían perdido su vigencia, y el hecho de que a nadie se le hubiera ocurrido actualizar la choza con alguna muestra del nuevo mundo que había llegado a ellos me hizo temer que no se mantuviera como símbolo de algo valioso, sino como reliquia de algo obsoleto.

Poco después me percaté de que lo que yo había tardado semanas en descubrir lo desvelaron los investigadores en cuestión de días. Poco después corrí hacia el lago — el sendero era ahora el itinerario abandonado de un desfile, todo lleno de estacas y metros de cinta roja que se agitaba entre árbol y árbol — y me acerqué a la pareja de científicos (los de atuendo germánico que habían instalado el campamento a cierta distancia del equipo de Lilly) que estaba sacando a una opa'ivu'eke grande del agua mientras la tortuga, aterrorizada, hacía molinetes con las patas. Poco después, cuando los científicos se marcharon, me incliné sobre la superficie del lago, comprobé que la ribera antes cristalina estaba embarrada debido a las pisadas de las botas de decenas de hombres, y conté solo cinco cabezas por encima del agua; por mucho que esperé, no se me acercaron, sino que se quedaron en el centro del estanque. Tuve que reprimirme para no proferir un aullido. Poco después me enteré (a través de uno de los farmacólogos alemanes) de que Tallent estaba desaparecido desde hacía al menos dos semanas: había ido a la isla solo, sin Esme, y únicamente había estado con algunos de ellos. Hasta que un día desapareció sin más. Tardaron un tiempo — ¿dos días, tres? — en notar su ausencia, pero en cuanto se dieron cuenta establecieron varias pequeñas partidas de búsqueda que se adentraron en el bosque y luego mandaron a los guías en su busca. Sin embargo, no encontraron ni rastro de

él. Había llegado solo con una mochila, que se había llevado consigo, y por mucho que buscaron no encontraron ninguna huella suya en la selva: ninguna extensión de musgo presentaba la marca fantasmagórica de sus pies, ninguna semilla de manama, ninguna mancha en la tierra o palitos donde hubiera ardido una hoguera.

Y entonces lo supe: aquello era lo peor de todo. Peor que las tortugas, que habían aprendido demasiado tarde a desconfiar de los nuevos humanos y cuya población se había reducido drásticamente. Peor que ver al niño, el joven amigo que se había dormido apoyado en mí muy poco antes y que ahora se alejaba nada más verme, arrastrando las perneras del pantalón como si fuese la cola de un vestido de novia. No podía creerme, no podía aceptar, que Tallent se hubiera separado de mí, de nosotros, para siempre. Durante el día hablaba con toda la gente que podía — ivu'ivuanos, farmacólogos — para sonsacarles información. Estos últimos, al ver que así me distraía y no interfería en sus cosas, me complacían, pero tenían tan pocos datos, tan pocos y tan frustrantes, que muchas veces me arrepentía de haber preguntado. ¿Cómo notaron a Tallent en los días previos a la desaparición? Estaba bien, decían, pero como no lo conocían (y tengo que admitir que yo tampoco) eran incapaces de determinar si aquel comportamiento suyo era normal. Se mostraba tranquilo, meditabundo, introvertido. ¿Qué había estado investigando? ¿Qué le habían visto observar? No lo sabían, me dijeron; en ocasiones hablaba con gente de la aldea, pero dedicaba casi todo su tiempo a observarlos y a escribir en su cuaderno, a solas. ¿Había hablado con algún lugareño en concreto? No, creían que no. ¿Lo habían visto — en ese momento me interrumpí hasta estar seguro de que quería conocer la respuesta — descuidado, o les había parecido enfermo, incoherente o presa de delirios? No, contestaron. No, no.

Por las noches lo buscaba, deambulando sin rumbo y sin sentido por la

selva. Eran caminatas inútiles, pues nunca llegaba demasiado lejos ni lo llamaba; simplemente describía arcos de luz con la linterna, cuyo tenue haz luminoso se proyectaba por las diversas superficies que iba encontrando a su paso, alumbrando una corteza aquí, unas hojas allá, un fragmento del terreno acullá, en una secuencia nerviosa. No creo que pensara realmente que lo encontraría. Pero durante los paseos siempre me acordaba de mi primer encuentro con Mua, de cómo había surgido de las sombras de la selva igual que una pesadilla con vida propia, y supongo que una parte de mí sentía que sucedería una vez más, que una noche desplazaría la linterna un centímetro a la derecha y allí, en el centro de su resplandor, estaría Tallent, con la barba ocultándole las facciones, que me diría: «Vaya, Norton, ¿cómo tú por aquí?».

Era muy poco habitual, pero aproximadamente cada dos años se perdía un ivu'ivuano en el bosque: un cazador, por lo común joven e inexperto, se adentraba solo en la espesura y ya no regresaba. A veces se perdía para siempre. Ellos tenían una expresión para tal eventualidad: *Ka ololu mumua ko*, «la selva se lo ha tragado». Lo extraño era que nunca se planteaban que el desaparecido hubiera muerto; simplemente se había extraviado, no era capaz de encontrar el camino, pero estaba vivo, y trataba una y otra vez de volver a la aldea.

Desde entonces se han propuesto muchas teorías acerca de la desaparición de Tallent. Fue a buscar a más soñadores. Se perdió siguiendo a un soñador por el bosque. Se volvió loco. Encontró otra sociedad, más recóndita, y se quedó a vivir con ellos. Hizo un descubrimiento magnífico. Hizo un descubrimiento terrible. Los lugareños lo asesinaron y lo hicieron desaparecer en plena noche. Se obsesionó con una especie de flor recién descubierta. Huyó con una de las mujeres de la aldea, o con uno de los hombres (qué absurdo, dado que no faltaba ningún miembro de la tribu). Deseaba huir de la civilización y había fundado una propia. Escapó de la isla en secreto, asumió

una nueva identidad y vivía en Hawái, donde impartía clases en la universidad. Se suicidó. Seguía vivo. Sabía exactamente adónde se dirigía. No tenía ni idea de adónde se dirigía.

No puedo decir que sepa lo que le pasó. Pero a menudo pienso en él, con más frecuencia de lo que cualquiera creería. Lamento tener que reconocer que, cuando se esfumó Tallent, algo mío se esfumó también: la capacidad para querer con tal intensidad, dirán algunos, pero algo más incluso. A veces me pregunto si yo sería diferente de haber permanecido él en nuestro mundo, si habría hallado satisfacción de una manera distinta a como la hallé finalmente. Y supongo que, si me obligaran a llegar a una conclusión, tendría que afirmar que opino asimismo que la selva se lo tragó, y que aún vaga por ella. En verdad, a veces lo veo, muy demacrado y pálido tras años y años bajo el oscuro dosel de los árboles, alzando su rostro ante las diminutas gotas de sol que filtra la zona más profunda del bosque. Nunca lo veo acompañado, sino deambulando solo por la espesura, con la ropa hecha jirones, apenas es más que un elemento decorativo, con una vara de bambú a guisa de cayado, con la barba que le roza el tórax. Me pregunto si se comió un trozo de tortuga para seguir con vida. ¿Canta, habla solo, para hacerse compañía? ¿Se acuerda de mí? ¿Sabía volver a la aldea, hacía quizá una visita anual, y se ocultaba detrás de un árbol para observar unos cambios tan profundos que en un momento dado decidió jamás volver?

En mis ensoñaciones a veces lo llamo, y a veces se vuelve, y tiene una mirada centelleante, luminosa, famélica, y me quedo sin aliento ante la voracidad de su hambre y la intensidad de su búsqueda, y me descubro incapaz de decir nada, solo lo miro, hasta que él, en silencio, agarrando el cayado con una mano delgada y oscurecida, me da la espalda... y se marcha.

En fin, ¿qué más puedo añadir sobre este asunto? Tú ya sabes, todos sabemos, lo que ocurrió después. Hubo finales, ninguno feliz. Cada vez que me preguntan, no puedo evitar ser brusco contar lo que pasó, pues para mí es muy difícil narrar la historia como fue: una epopeya en sí misma, una larga muerte que arraiga despacio.

Fue un final cargado de ironías, como suelen ser los finales malos y tristes. ¿Quieres que te hable de los farmacólogos, neurocientíficos y biólogos que volvían a casa con las maletas rebosantes de tortugas, y de cómo una prueba detrás de otra demostró lo que yo ya sabía y había intentado decirles: que los ratones (y luego las ratas, los conejos, los perros, los monos, y a saber qué más — hubo rumores, pero ninguno llegó a confirmarse—) vivían el doble, el triple, el cuádruple de lo normal, pero todos, todos y cada uno de los supervivientes, se volvían locos, poco a poco, mas de una manera irreversible y aterradora? Los ratones pataleaban y gimoteaban; los gatos se quedaban boquiabiertos, como en un alarido mudo, y se golpeaban contra las jaulas; los perros se sacaban los ojos con sus propias patas; los monos, los más parecidos a nosotros en carácter y sensibilidad, cotorreaban y cotorreaban hasta que un día paraban, y los ojos se volvían tan inexpresivos y desenfocados que cuando los mirabas no veías nada de lo que debían reflejar: el mar, las nubes, un lago con tortugas.

¿Quieres que te hable de que, cuando se descubrieron los telómeros, y

cuando poco después la secuenciación genética fue lo bastante sofisticada para conjeturar cómo la opa'ivu'eke alteraba la telomerasa normal, ya no quedaban opa'ivu'eke que estudiar?[72] ¿Quieres que te cuente que el lago ya llevaba mucho tiempo esquilado, y que aunque en la década de los años setenta un grupo de doce científicos regresó para dragarlo y peinaron todo el río, desde el punto más alto de la isla hasta el más bajo, jamás encontraron otras opa'ivu'eke? ¿Quieres que te hable de los reproches, la desesperación, el lamento por los años perdidos, los millones de dólares malgastados, la agonía de saber lo cerca que estuvimos de alcanzar la vida eterna y la de ver cómo una vez más se nos escapaba, y cómo los sueños de gloria se transformaban en agua sucia colándose por un enorme sumidero? ¿Quieres que te hable del escepticismo, de los planes que se hicieron y posteriormente desecharon para medicamentos contra el envejecimiento, cremas antiedad, elixires que restaurasen la potencia masculina? ¿Quieres que te hable de la aflicción de Pfizer, de la consternación de Lilly, de la agonía de Johnson and Johnson's, de la rabia de Merck? ¿Quieres que te hable de los años de tentativas inútiles, infructuosas, desesperadas por recrear el efecto de la opa'ivu'eke, empleando todas y cada una de las clases de tortuga de este planeta? ¿De los meses aguardando a que los ratones siguieran superando su esperanza de vida natural, y luego, al verlos morir, de empezar otra vez con un nuevo grupo y una nueva tortuga hawaiana, una tortuga laúd, una de las Galápagos? ¿Quieres que te hable de los intentos por reproducir el efecto de las opa'ivu'eke empleando todos los animales, plantas y hongos que prosperaban en Ivu'ivu? Cerdos, perezosos, arañas, vuakas, tucanes, papagayos, hunonos, manamas, kanavas, extrañas criaturas reptilianas, calabazas peludas, hojas de palma, vainas... ¿Quieres que te hable de cómo despojaron de todo a la isla, arrasando bosques enteros, arramblando con campos enteros de setas, orquídeas y helechos como si de fresones colorados

y lechugas verdes y apetitosas se tratara, y lo cargaron todo en los helicópteros que para entonces ya podían aterrizar directamente allí porque habían talado tantos árboles que había espacios abiertos de sobra?

¿Quieres que te cuente qué fue del jefe del poblado, al que a principios de los setenta la Universidad Johns Hopkins hizo venir a Estados Unidos, donde al parecer lo encerraron para medirlo y extraerle fluidos a diario, y puede que aún sigan haciéndolo, pues nadie, absolutamente nadie, ha vuelto a saber ni a oír hablar de él? ¿Quieres que te cuente que Lawa'eke se esfumó sin más por las mismas fechas y jamás apareció? (¿Quieres que te hable de cuando Pfizer acusó a Lilly de secuestrarlo, y de cuando Lilly responsabilizó a la Universidad de Minnesota, y de cuando la Universidad de Minnesota responsabilizó a la de Hamburgo, y de cuando la Universidad de Hamburgo responsabilizó a Merck, y de cuando Merck no se pronunció?) ¿Quieres que te hable de las crónicas de cuando encontraron a más soñadores, trastabillando, desorientados, en medio de unas llanuras que otrora fueran bosques, parpadeando ante la repentina luz sin filtros? ¿Quieres que te cuente que según los rumores había decenas, veintenas, centenares de ellos, pero que nunca los vi con mis propios ojos, que se dice que las farmacéuticas se los repartieron como chucherías y se los llevaron a laboratorios esterilizados, donde quizá sigan viviendo aún, sometidos a los pinchazos de las agujas, con los brazos a rebosar de viales y las piernas esculcadas en busca de piel, músculo, hueso?[73] ¿Quieres que te cuente que en 1966, cuando se establecieron los primeros comités institucionales que supervisaban la participación de sujetos humanos en proyectos de investigación, casi me quitaron a mis soñadores, y que en 1975 — después de Willowbrook, después de Tuskegee, después de que se creara la Comisión Nacional para la Protección de Sujetos Humanos de Investigación Biomédica y del Comportamiento — los perdí para siempre?[74]

¿Quieres que te enumere las decenas de personas (Sereny, Esme, los miembros del Departamento de Antropología de la Universidad de Stanford al completo, la gente del *Harper's Magazine*) que me convirtieron en su enemigo declarado, que me acusaron, entre muchas otras cosas, de ocultar y distorsionar la verdad, de malograr toda una civilización y las esperanzas de la humanidad?[75] ¿Quieres que te cuente cómo Ivu'ivu fue de mal en peor, cómo los últimos farmacéuticos que salieron volando de allí fueron sustituidos por flotas de misioneros que esta vez lograron lo que sus predecesores no habían conseguido? ¿Quieres que te hable de los centenares de ivu'ivuanos que se convirtieron, de cuando a los lugareños que aún quedaban en Ivu'ivu, con los bosques arrasados, pisoteados y esquilados, los llevaron en barco a U'ivu a vivir en un poblado de chapa y madera en la zona oriental de la isla, construido por un grupo de mormones de Provo especialmente motivados?[76] ¿Quieres que te cuente que uno de esos ivu'ivuanos trasplantados — el representante del jefe — fue encarcelado (la prisión era una estructura que no había existido hasta entonces dado que el rey de los u'ivuanos prefería aplicar castigos más directos, tales como abandonar a los delincuentes o lanzarlos al mar) cuando intentó celebrar una ceremonia de *a'ina'ina*? ¿Quieres que te cuente que una vez que las maravillas de Ivu'ivu fueron completamente expoliadas, cuando plantas, hongos, flores y animales fueron aniquilados, y solo quedó su belleza y misterio, el ejército estadounidense — no, el francés; no, el japonés — usó la isla para probar misiles nucleares? ¿Quieres que te cuente que se rumoreaba que el hijo del monarca, el príncipe Tui'uvo'uvo, ahora rey, fue una marioneta de un ejército extranjero y que se paseaba por U'ivu con una chaqueta de lana con charreteras que se ponía encima del sarong, con la cara bañada de sudor? ¿Quieres que te explique que realmente no hay nada nuevo en esta historia: que los hombres se refugiaron en el alcohol, las mujeres

desatendieron sus labores, todos engordaron, se embrutecieron y descuidaron, que los misioneros los sacaron de sus casas con la facilidad con que uno arranca una manzana muy madura de su rama? ¿Quieres que te hable de las enfermedades venéreas que llegaron de la nada y que, una vez introducidas, no pudieron erradicarse? ¿Quieres que te cuente cómo fui testigo de todo ello, cómo volví una y otra vez, mucho después de que el dinero de la beca se hubiera agotado, mucho después de que la gente hubiera perdido el interés, mucho después de que la isla hubiera pasado de ser un Edén a ser lo que es hoy: una ruina más en Micronesia, una isla en su día cargada de esperanza y ahora desagradable y vergonzosa, como una mujer antaño hermosa que se ha vuelto rolliza, bigotuda y medio calva?

¿Quieres que te cuente que al final la única persona con quien pude comentar los cambios en la isla — todos ellos, inevitablemente, un insulto — era Meyers, la única persona que, como yo, seguía viajando allí, primero con financiación institucional y luego pagándose de su bolsillo? ¿Quieres que te hable de aquel día de la primavera de 1968 en el que, paseando por Tavaka (actualmente un pueblucho miserable y superpoblado, rebautizado como Tui’uvo, por el nuevo rey), dos niños pequeños — niño y niña, hermanos, de unos cinco años él (o eso me pareció) y muy despierto, y la niña, risueña, de tres años — empezaron a seguirnos? ¿Quieres que te cuente que Meyers y yo les compramos unas manamas clavadas en palos y recubiertas de azúcar que vendía una señora de aire alicaído en un tenderete hecho con una mesa de latón, y que los observamos mientras las devoraban y el azúcar les dibujaba una especie de barba? ¿Quieres que te cuente que nos siguieron de cerca día tras día, igual que gallinitas, y que al regresar de un viaje agotador y deprimente a Ivu’ivu (en el trayecto de vuelta, en una barca con un motor tan potente que la proa se levantaba del agua formando un ángulo terrorífico para acto seguido caer con un tortazo, evitamos mirarnos a la cara, pues hacerlo

implicaría contemplar el reflejo de nuestra propia desolación) estaban esperándonos, agachados en el embarcadero como un par de sujetalibros? ¿Quieres que te cuente que, tras preguntar hasta debajo de las piedras quién cuidaba de aquellos niños — Makala, la niña; Muiva, el niño — y no obtener respuesta, Meyers y yo, casi como un antojo, una compra impulsiva, nos los llevamos a Estados Unidos?

¿Quieres que te cuente que Muiva fue mi primer hijo, aunque, naturalmente, por aquel entonces no lo consideraba como tal, sino solo como a mi único hijo, mío y de nadie más? ¿Y que incluso cuando me enteré de que no tenía cinco sino siete años, aun cuando me di cuenta de todo lo que tendría que enseñarle — a comer, a ir al baño, a hablar inglés; en muchos sentidos no era tan distinto de Eve —, lo quise igual? ¿Quieres que te hable de lo dulce que era, de la alegría que me transmitió, y de que aquel sueño que había tenido en Ivu'ivu en que llevaba a un niño dormido en brazos resultó ser tan satisfactorio como esperaba, tan satisfactorio, de hecho, que empecé a repetirlo una y otra vez? ¿Quieres que te cuente cómo comencé a adoptar a niños — cómo en cuanto empecé a fijarme descubrí que había decenas, veintenas de criaturas sin padres o cuyos padres eran casi inexistentes, inútiles y entregados a Dios y al alcohol —, al principio solo chicos, porque pensé que me relacionaría más fácilmente con ellos, pero luego también a niñas? ¿Quieres que te cuente que el hijo de Uva me entregó a su propia criatura, un niño de dos años llamado Vaia, y me pidió que me lo llevase? ¿Quieres que te cuente que cuando Meyers murió en 1977, tras un episodio muy breve de cáncer de estómago, me llevé a Makala a mi casa, mi decimosexta hija, pensando que sería la última? ¿Quieres que te cuente que me equivoqué, y luego otra vez, y que con cada viaje que hacía a U'ivu — un acontecimiento semestral que había aprendido a temer y al mismo tiempo a aceptar como inevitable — me veía volviendo con otro niño? ¿Quieres que te

cuenta que nunca dejé de buscar a aquellos chicos — hombres ya, sin duda con hijos propios — que perdí, el del *a'ina'ina* y el que se echaba contra mí a dormir, y que esperaba hallar algo de ellos en cada crío que recogía, que ansiaba ver el mismo temple en sus ojos, percibir la misma confianza cuando se dormían a mi lado? ¿Quieres que te cuente que con cada niño nuevo que adoptaba pensaba de manera irracional «Este es. Este es el que me hará feliz. Este es el que hará que mi vida sea plena. Este es el que me recompensará por tantos años de búsqueda?».

Si quieres te cuento que siempre me equivocaba — que me equivoqué dieciocho, diecinueve, veinte veces —, y que, pese a estar equivocado, no paraba, no podía parar, seguía buscando, buscando, buscando.

Quizá, mejor, podría hablarte de un viaje que emprendí en 1980, el viaje que, sin yo sospecharlo siquiera, acabaría por arruinarme la vida.

Para entonces ya tenía veintiséis niños a mi cargo; más de los que necesitaba, naturalmente, y más de los que deseaba. A esas alturas, la percepción pública de mi extravagante colección se había alterado de manera considerable, y en ciertos ambientes se había convertido en otro rasero para medir mi monstruosidad. Naturalmente, cuando empecé a acumular hijos me trataban como a una especie de héroe; un héroe singular, tal vez, al borde de la excentricidad positiva, pero un héroe al fin y al cabo. Yo era un hombre soltero, un reputado científico, y sin embargo allí estaba, abriendo las puertas de mi casa (una vivienda colonial de ocho dormitorios en las afueras, que había adquirido gracias a una parte de mi herencia) a unos huérfanos malnutridos y primitivos, cuyo lastimoso estado venía agravado por el hecho de ser de piel oscura, nariz chata y completamente analfabetos.

Calculo que mi heroísmo tocó a su fin cuando aparecí con el noveno. De pronto, como si se hubiera publicado un boletín destinado a los opinadores,

metomentodos y mujeres del mundo entero — pues eran ellas quienes más recelaban de mis actividades personales, como suele ocurrir con las mujeres —, me convertí en objeto de suspicacias. ¿Para qué quería yo tantos niños? ¿Por qué tener tantos hijos sin una esposa? ¿Qué me traía entre manos? Había algo malsano en todo aquello, ¿a que sí? Las sospechas nunca se transformaron en abiertas acusaciones, pero las percibía, en la punta de la lengua de la gente, igual que un terrón de azúcar que se derrite. Estoy convencido de que incluso la señora Tomlinson, una vecina a la que contraté como ama de llaves y niñera (atendiendo únicamente a su aspecto: era compacta, robusta y rubicunda, una fregona dickensiana crecida e integrada en el Maryland de la actualidad), muy dada a presumir de las numerosas veces que me había defendido ante sus amigas y cuñadas, incluso ella debió de compartir sus teorías con esas mismas amigas y cuñadas: «Y digo yo: ¿para qué querrá tantos niños? Sabe Dios». (Por aquel entonces era fácil hacer caso omiso de aquello, pero con la perspectiva que da el tiempo llegaría a estar de acuerdo con ellas: había algo febril y grotesco, incluso alarmante, en el ritmo al que adopté a todos esos niños.)

Pero en 1974 obtuve el Nobel y volví a convertirme en un héroe, y mis «errores de cálculo» (así calificó el *Times* mi aparente descuido para con los soñadores, en un artículo en el que además se me acusaba subrepticamente de la desaparición de Tallent y la destrucción de Ivu'ivu) quedaron contrarrestados por mis indiscutibles inclinaciones humanitarias, por el espectáculo benéfico unipersonal que llevaba a cabo con tanto colorido y brío como P. T. Barnum. En las entrevistas que concedí en los meses posteriores, me preguntaron por la isla, por los soñadores, por Tallent y por las tortugas (y, en menor medida, por mi trabajo y sus repercusiones), pero sobre todo por mis hijos: ¿posaría con ellos? ¿Les había costado mucho adaptarse? ¿Tenía anécdotas protagonizadas por ellos? Los periodistas siempre andaban a la

caza de historias, chascarrillos sobre el carácter adorable de los críos, pero nunca les daba material satisfactorio: eran niños, a fin de cuentas, y sus reservas de dotes encantadoras resultaban más bien escasas. Una y otra vez me preguntaron por qué los había adoptado, cuestión que me costaba responder. La verdad habría sido de mal gusto y las mentiras — porque quería ayudar a los más desfavorecidos; porque me encantaba estar con ellos — se me antojaban de un simplismo y una banalidad risibles. Pero, para mi sorpresa, los entrevistadores anotaban mis respuestas sin rechistar, y más tarde al leer mis propias palabras en los periódicos y revistas descubriría maravillado que me calificaban de «padre amoroso» o «padrazo».

En U'ivu mi Nobel no cambió nada; allí seguía siendo el hombre blanco que aparecía dos veces al año y al que podían endilgar a toda clase de niños desposeídos. Una de las ironías fundamentales de la isla era que las personas que me habían brindado la oportunidad de descubrir la inmortalidad estuvieran tan lejos de alcanzarla. Uva había muerto en 1965, a los cincuenta y seis años; Tu, poco después. Algunos de sus hijos — el de Uva, que a su vez me había hecho entrega de su criatura; la hija de Tu, cuyos hijos gemelos ya vivían conmigo — también habían muerto, víctimas de una esperanza de vida breve y acortada aún más debido al alcohol.

Algunas veces, paseando por Tui'uvo, por sus vías públicas encostradas de barro y sus lindes abarrotadas de los escombros de unos proyectos imposibles y abandonados mucho tiempo atrás — aquí un saco de cemento destripado, rajado por el centro y que expulsaba un limo que debía haberse empleado en la construcción de una calzada; allá, una pirámide de barras de acero anaranjadas de óxido y unidas con ajadas cuerdas de hoja de palma —, experimentaba la extraña sensación de que había aterrizado en el lugar equivocado, y que en algún sitio, en la otra punta de la isla, se hallaba la capital que había conocido. ¿Qué era aquella localidad, con su cifra creciente

de mendigos (siempre me pregunté a quién mendigaban, pues ninguno de los habitantes del lugar tenía dinero y los visitantes extranjeros que en otros tiempos desembarcaban en bulliciosos rebaños se habían marchado hacía mucho, una década, para no volver jamás) que prendían fogatas diminutas, lúgubres, al borde de la carretera, y aquellas chozas destrozadas, con las hojas de palma salpicadas de puntitos negros de moho? La única estructura nueva era la residencia del rey, con su fachada de cemento, alargada y fea, cuya superficie estaba perforada por ventanucos sin cristales. El monarca se había quedado sin dinero antes de pintar y terminar la obra del tejado, de modo que el encalado se dejó a medias, y el conjunto estaba coronado con una techumbre plana a base de capas de hojas de palma; eran nuevas, al menos, pero hacía pensar en un extraño peluquín, porque nadie en el pueblo recordaba cómo fabricar un tejado que cumpliera una función protectora y a la vez resultara elegante.

Me alojaba donde siempre, en la segunda construcción de cemento más grande (también la única) de la población, una posada de seis habitaciones en que siempre fui el único huésped. En mi cuarto había algo parecido a una cama (un antiguo catre de hierro, una funda grande de muselina a medio rellenar de crujientes cáscaras de palmera a guisa de colchón) y un crucifijo de bambú, probablemente el objeto más bonito de la localidad, colgado de la pared. La posada estaba cerca del mar, y desde la azotea, donde cenaba fiambre enlatado y pedazos de batata cocida, observaba el cielo ponerse tan negro que Ivu'ivu parecía desintegrarse en la noche, un bulto deshaciéndose en la oscuridad. A nadie se le permitía ya viajar a la isla, so pena de muerte; se rumoreaba que el rey estaba convencido de que algún día los científicos y el dinero regresarían y que planeaba ofrecérsela a ellos a cambio de una suma desorbitada. Entretanto, sin embargo, era propiedad del Gobierno que le hubiera pagado a cambio de usarla. Pero después llegaron más rumores a mis

oídos: que en lo más remoto de Ivu'ivu había un equipo de científicos (de dónde, nadie lo sabía) que peinaba las grutas subterráneas en busca de opa'ivu'eke, o que el rey estaba usando la isla como colonia penitenciaria, donde los condenados vivían el resto de su vida prácticamente aislados. Y a veces pensaba «Tallent está allí», y me lo imaginaba, con la cara alzada hacia el sol, ascendiendo la pendiente a través de una bruma de mariposas que parecían de marfil.

Puesto que había acabado por percatarme de que hacía aquellos viajes como una forma de autocastigo, nunca me ahorré nada. Buscaba las estampas más deprimentes: la miseria de la ciudad, naturalmente, y la pulcritud en contraste del campamento de misioneros en la zona norte de la isla, de donde la selva se había erradicado hasta tal punto que con frecuencia parecía que estuvieras en Montana. Allí el espanto era de otro orden: no había alcohol, ni mendigos ni hogueras, pero sí u'ivuanos que trabajaban como recaderos, jornaleros, criadas, y siempre sonriendo, sonriendo, sonriendo. Sin embargo, lo peor era que ninguno de los u'ivuanos varones que trabajaban para los misioneros tenían lanza; las habían sacrificado a cambio de convertirse al cristianismo, y verlos sin ellas resultaba en cierto modo obsceno, como si estuvieran decapitados. Hasta los hombres más desahuciados e irreconocibles conservaban su lanza en Tui'uvo; a menudo era lo único que les quedaba.

Fui a Iva'a'aka, la isla donde hubo campos inmensos de hortalizas y huertos de frutales, destruidos mucho tiempo atrás, cuando la farmacéutica Lilly compró las tierras para montar un criadero de tortugas. El lago que había creado era ahora un cenagal salobre, con las aguas tan negras y espesas como el petróleo y la tierra de alrededor era fétida y pringosa, estaba contaminada, y el aire se hallaba cargado de los sempiternos torbellinos de moscas atraídas por el olor a muerte. Los pocos temporeros de U'ivu que vivían allí vigilaban aquel desbarajuste de aguas residuales, con la mirada

perdida en el horizonte, esperando el avión que traería de vuelta a sus patrones.

Era una isla de personas que esperaban, cuando esperar había sido un concepto extraño a ellas. Nunca fue una cultura obsesionada con el pasado, ¿y cómo iba a serlo? Nunca cambiaba nada. Pero ahora que todo había cambiado, lo único en que pensaban sus habitantes era en lo que habían perdido. Por eso se quedaban petrificados, en estado de vigilancia, alternando la esperanza y la desesperación, aguardando a que se restableciera su mundo.

Era el último día y me disponía a ir al campo del que saldría el avión. Como siempre, había llevado cajas para ocultar y proteger cualquier muestra interesante que pudiera encontrar y, al igual que en muchos de los últimos años, me iba de vacío.

Como siempre, tomé la calle principal — más embarrada que nunca a causa de unas lluvias inesperadas — entre una multitud de manos estiradas, un ejército de u'ivuanos ante mí, repentino y silencioso, dispuesto a aceptar lo que quisiera darles. Ya me había acostumbrado a esto también, e iba preparado, con los bolsillos llenos de cosas que consideraba de utilidad para ellos: no dinero, pero sí cáscaras de mango secas, pañuelos (que podían usar para limpiar las lanzas o hacer pañales para los bebés), frutos secos y navajas para los más dignos de lástima.

Llegué al campo y aguardé. Alguna farmacéutica — Merck, según tenía entendido —, en un último arrebató de optimismo inversor, había invertido dinero para construir una pista, pero luego había abandonado el proyecto, de manera que, igual que gran parte de la isla, aquello se quedó a medio terminar, menos útil para cualquiera en aquellas condiciones que antes. Ahora, la mala hierba y unos arbolillos diminutos y replegados empujaban a

través del asfalto, hinchando la superficie, en lo que parecía una sucesión de suflés ennegrecidos.

Un hombre se me acercó con paso lento. Ignoro la razón, pero muy pocos isleños se dejaban caer por aquella zona — quizá por pura costumbre, pues antaño había sido coto de caza del rey, o quizá por miedo, ya que no les hacían ninguna gracia los aviones —, y me quedé mirándolo mientras se aproximaba, sin dejar de abanicarme por el calor. Cuando estuvo más cerca me di cuenta de que era un ivu'ivvano. Estos siempre se distinguían: eran un poco más bajitos que los u'ivvanos y más morenos, y traslucían una especie de confusión, de desorientación permanente, por mucho que llevaran viviendo en la nueva isla.

Era mayor, tendría cuarenta y pocos, y parecía más acabado que la mayoría; la punta de su lanza estaba rota y el mango muy astillado. Llevaba un sarong que quizá en el pasado había sido azul marino; percibí el olor a alcohol que rezumaba su piel, tan dulzón como las rosas marchitas. Pero a pesar de todo, se mostraba extrañamente seguro, y cuando me hizo una seña para que lo siguiera, me descubrí yendo tras él.

En el extremo del campo había unos cuantos guayabos descuidados. El hombre señaló un bulto de ropa, tan descolorida como el sarong, oculto entre los árboles. Cuando vio que no me movía para recogerlo, le dio un toque con la punta del pie, el bulto se volvió y vi que se trataba de un niño. El hombre rugió una orden y el crío se puso de pie. Solo llevaba puesta una camiseta, con más agujeros y desgarrones que tejido propiamente dicho, y tenía el pelo tan enredado que recuerdo que pensé, casi instintivamente, que tendría que raparle la cabeza y empezar de cero.

Pero entonces recobré el sentido y le dije al hombre que no quería más niños.

Él me miró boquiabierto, con aparente incredulidad. Ya había dicho que no

a otros padres, naturalmente — sobre todo cuando se trataba de niños claramente deformes —, pero lo normal era que aceptaran mi negativa en silencio, resignados, y se despidieran con un ademán antes de volver a su posadero al borde del camino. Pero al parecer este hombre sería la excepción. Tenía que llevarme al niño, me dijo, y cuando rehusé, lo repitió: tenía que llevármelo. Yo no lo quería, repliqué. No tenía más sitio en casa para otro niño.

«Pero ¡es un niño muy pequeño!», protestó, y al ver que no daba mi brazo a torcer cambió de tono y se calmó: ¿haría yo el favor de llevarme a aquel niño? Él sabía que yo era rico y un buen hombre. Sabía incluso cómo me llamaba. «No-ton —dijo—. No-ton, por favor, lleva el niño.»

El crío permaneció cabizbajo todo el tiempo, y en un momento dado el hombre lo empujó hacia mí. «¡Llévalo!», gimió, y repitió aquella orden, esta vez gritando, porque el avión se encontraba sobre nuestras cabezas y se preparaba para aterrizar con un zumbido de hélices ensordecedor.

Yo di media vuelta y me encaminé al avión. El hombre me siguió, tirando del niño. «¡Hará lo que quieres! ¡Cualquier cosa! ¡Puedes hacer cualquier cosa con él!», chillaba, y algo en su voz, una suerte de furia mezclada con desesperación, que me obligó a girarme y mirarlo mejor. Y por un segundo apenas — así de breve fue, realmente —, de pronto creí reconocerlo. Tenía la mandíbula hinchada por el abuso de alcohol, los ojos amarillentos, color sebo, pero allí, en el ángulo que formaba la barbilla, en los brazos aún esbeltos unidos al bulto del torso igual que las patas de una araña, allí estaba el chico del *a'ina'ina*, el que iba con la cabeza bien alta y recta, el que había recorrido mi cuerpo con sus manos, como alas de insectos.

Y antes de poder arrepentirme, me sorprendí alargando los brazos, y el hombre, con un gruñido de alivio, me hizo entrega del chico — aún mudo, aún con la cabeza gacha —. Estaba abriéndose la portezuela del avión, de ella

empezaba a salir la escalerilla, y cuando hice amago de acercarme, oí otra vez al hombre, que me llamaba.

—¿Y ahora qué quieres? — le grité para hacerme oír en medio del estruendo del motor —. ¡Ya ves que me lo llevo!

—¡Tienes que darme algo a cambio!

Incluso con las prisas por marcharme experimenté una punzada de indignación: ¿primero me suplicaba que lo librara del niño, y ahora me exigía un pago?

—No tengo nada — le dije.

—¡Por favor! ¡No-ton! ¡Cualquier cosa! ¡Dame algo por niño!

Así que, dejando al crío en el suelo, rebusqué en mis bolsillos hasta que encontré la última navaja y se la di junto con un puñado de pistachos. Él me lo arrebató todo de las manos y se fue, con la lanza apoyada en el hombro, aparentemente triunfal. No se volvió ni una sola vez para mirar al chico. De repente me inspiró mucha lástima; él no quería al niño, pero al mismo tiempo era su única posesión, lo único que podía vender o trocar.

El piloto saludó desde la cabina del avión; ya había recogido mi equipaje y era el momento de embarcar. «Vamos», le dije al niño en u'ivuanu, pero vi que no me seguía; se quedó plantado, mirándose los pies, y tuve que volver sobre mis pasos y cogerlo en brazos. Tenía la camiseta manchada de aceite, ligeramente escurridiza al tacto, y su aliento en mi mejilla era caliente y fermentado, desagradable. Pero me rodeó el cuello con un brazo y apoyó la cara en mi hombro en el instante en que subíamos la escalerilla.

Me senté junto a la ventanilla y vi la isla achicarse. El niño no me había soltado el cuello. Más tarde se orinó encima de mí, y pasé el resto del vuelo a Hawái empapado en sus necesidades. No me gustaba, pero sentí lástima por él, a menudo el primer paso para que alguien te guste. Tenía cincuenta y seis

años, volvía a mi casa, con otro hijo. Solo sentí agotamiento. Aquel viaje, me juré, sería el último, el definitivo.

El niño se quedó dormido y lo coloqué encima de una manta en el suelo. «Otro más — pensé, desgastado —. Otro más al que dar un nombre, alimento, ropa y una educación.»

En Honolulu le estreché la mano al piloto y le di las gracias. En el vuelo anterior desde U'ivu había sido copiloto, y me contó que era francés pero se había criado y vivía todavía en Papeete, así que tal vez volviéramos a vernos si yo hacía de nuevo aquella ruta. Me dijo que se llamaba Victor.

«Buen nombre», pensé, en algún punto mientras sobrevolaba California. Era muy tarde y llevaba muchas horas viajando; me sentía agotado. No estaba nada mal para un niño sin nombre. Más tarde, mucho más tarde, reflexionaría acerca de cómo aquel niño al que adquirí y bauticé a las bravas se convertiría en la criatura más importante, la que alteraría mi vida y las vidas de otras personas más allá de lo imaginable.

Pero a la sazón, como es natural, no habría podido adivinarlo. Al otro lado de la pequeña concha que era la ventanilla distinguí el banco de nubes mullidas. A mi lado, el niño — ya Victor — dormía. Al final cerré los ojos yo también y me sumí en un letargo sin sueños.

SEXTA PARTE

Victor

Fue un niño difícil desde el principio. «Difícil» es un adjetivo vago, un comodín, pero en este caso su falta de especificidad resulta intencionada. Porque casi todo lo que tenía que ver con Victor — cada interacción, cada diálogo, cada rito de la niñez — se antojaba especialmente tenso, y hasta los hechos más básicos sobre él que tendrían que haber sido fáciles de determinar se convirtieron en objeto de laberínticas pesquisas e investigaciones. Hay niños que te complican la vida en virtud de un mal comportamiento o una falta de carácter o sentido común, y otros para los que la vida ya es de por sí complicada, en virtud de la genética o las circunstancias. Conviene puntualizar que, si bien Victor acabó por responder a la primera categoría, empezó su vida conmigo como miembro de la segunda.

Pensemos, por ejemplo, en su edad. No me sorprendió que el padre de Victor (o quienquiera que fuera aquel hombre) ni supiera ni le importara la edad de su hijo. La primera vez que pude cogerlo y examinarlo de cerca — para escudriñar los ojos con manchas, la tripa hinchada, el matojo de pelo sucio y revuelto, las colonias de piojos gordos y brillantes, del tamaño de granos de arroz cocido —, aventuré que tendría unos seis años, aunque una primera niñez de malnutrición y enfermedades le confería el aspecto de un crío de tres. Nada más volver a Bethesda lo llevé al pediatra de los niños, Alan Shapiro, quien tras reconocerlo y considerar su evidente retraso en el crecimiento calculó que podía tener entre cuatro y siete. Averiguar la edad de

estos críos es un arte imperfecto, un arte que dejó de preocuparme hace mucho. De hecho, a menudo resulta positivo quitarles tantos meses como unos cálculos realistas permitan, pues esa merma les otorga un año o dos de margen para adaptarse a la tarea de convertirse en niños estadounidenses desarrollados, y alivia el lastre de crecer sanos y prosperar. (Una especie de acción afirmativa para el desarrollo, si quieres.) Así pues, tras un debate relajado y vago, Shapiro y yo llegamos a un acuerdo, y en el historial médico de Victor (y en todos los documentos oficiales a partir de entonces) hicimos constar el 13 de agosto de 1976 como su fecha de nacimiento. Naturalmente, el 13 de agosto fue el día que lo encontré. Había entrado en la consulta de Shapiro con un crío misterioso y volvía a casa con un niño de cuatro años.

El año 1980, aquel en que Victor llegó a mi hogar, fue inusual por dos motivos. Para empezar, porque nunca había habido tantos niños viviendo en la casa al mismo tiempo. Por otra parte, resultó ser uno de esos años en los que la población infantil del núcleo familiar se dividía claramente en dos generaciones muy diferenciadas. En un extremo había una pandilla de adolescentes de dieciocho años — Muti, Megan, Gunter, Lani, Lei, Terrence, Karl y Edith, si no recuerdo mal —, que pronto se marcharían a estudiar a la universidad, seguidos de cerca por otro grupo de adolescentes (de dieciséis y diecisiete años, sobre todo, y unos cuantos algo más jóvenes, entre ellos Ella, que entonces tenía doce, y Abby, de once, por los pelos). Pero los niños del siguiente grupo, compuesto por Isolde y William — los principales compañeros de Victor —, solo tenían seis años. En total hubo unos veintidós niños viviendo en mi casa aquel año. La mayoría de mis recuerdos de aquella época son más bien sensaciones, no anécdotas propiamente dichas: los lúgubres y repetitivos compases de la música rock que los mayores ponían a todas horas; el tufo afrutado y vomitivo del alcohol que afanaban a saber dónde; los diversos desastres indumentarios que desfilaban ante mí por las

mañanas. Por las noches, las chicas hablaban por teléfono y los chicos se encerraban en sus cuartos, seguro que a masturbarse. A veces me convencía de que algunos mantenían relaciones sexuales entre ellos, pero se me antojaba un tema demasiado agotador para plantearme tomar cartas en el asunto. Todos dedicaban una cantidad de tiempo desproporcionada a reñir, y a ver la tele, y a declarar abiertamente las ganas que tenían de irse por fin de casa, a la universidad, y vivir a su aire (naturalmente, gracias a un generoso apoyo económico por mi parte). Huelga decir que yo estaba fuera siempre que podía, iba a congresos, daba clases. En el trayecto desde el aeropuerto, en cierto modo siempre esperaba que al doblar la esquina me encontraría la casa reducida a una montaña de escombros, y a todos ellos esperándome impacientes e indignados para atosigarme con sus exigencias, quejas y necesidades.

Me pregunto qué pensaría Victor la primera vez que vio la casa y conoció a la extraña y profusa colección de niños que a partir de entonces debía considerar sus hermanos y hermanas — aunque solo fuera legalmente —. Estoy seguro de que debió de sentirse abrumado; hasta a mí me costaba reconocer las caras que desfilaban ante mis ojos por la mañana, me pedían dinero y me ponían delante de las narices boletines de notas y heridas sin importancia. En un momento dado, uno de los mayores incluso metió a un amigo en casa durante una semana para comprobar si yo me percataba de que había un cubierto más en la mesa, una hoja de permiso más para firmar. Como es obvio, no me enteré de nada (mi tiempo y mis pensamientos estaban dedicados a multitud de asuntos), y cuando por fin me contaron la broma, entre sonoras carcajadas, también me reí, y le di la mano al intruso, un chico guapo y anguloso cuya piel era del negro amoratado de los higos. Por la mañana los niños pasaban literalmente volando ante mí, saltando la mitad del tramo de escaleras que daba a la puerta de la casa, o saliendo por la de atrás

en denso tropel, entrechocando bates de béisbol y palos de hockey y de lacrosse como si fuesen armas, igual que si fuesen las lanzas que habrían llevado a todas partes. (A veces los veía alejarse juntos, las caras de pocos amigos planas y romas, minadas de acné, y me venía a la cabeza el consejo camuflado del capitán Cook que de joven decidí desoír — «La bravura de los u'ivuanos incomoda a la tripulación» — y me estremecía, porque ¿acaso estaba preparado para vivir con esa gente que tanto había turbado a la valerosa tripulación del explorador, que tenía más experiencia y más conocimientos de los que yo alcanzaría jamás?)

Reconozco que me costaba recordar los nombres de todos. Llamaba a la que creía que era Lani y en su lugar aparecía la que yo siempre había pensado que era Megan (si es que alguien acudía a mi llamada, claro). A veces no era error mío, sino un engaño con toda la intención; trataban de jugármela así — suplantando unos la identidad de otros, solo para confundirme —, pero enseguida aprendieron a abstenerse de ello, cuando vieron que yo también ponía en práctica mis propios juegucitos: le daba dinero a la persona que había respondido a mi llamada, por ejemplo, o le pedía que se ocupara de una tarea especialmente odiosa. Estallaban peleas, oía confesiones, se enmendaban identidades erróneas y deliberadamente mezcladas. Aquella generación de niños fue la que instituyó la prohibición de que los «nenes» — como ellos los llamaban — comieran con los demás, de ahí que Isolde y William (y cualquier otro menor de siete años) se vieran relegados a la «mesa de los bebés», una mesita baja de melamina blanca como de juguete que se usaba sobre todo para desayunos rápidos y chapuceros en la cocina, donde cenaban con la señora Tomlinson una hora antes que los demás. Naturalmente, hubo muchos llantos y chillidos de Isolde y William a raíz de aquella decisión, y una cantidad similar de gritos por parte de los mayores, sin lógica pero llenos de engreimiento («¡La mayoría manda! ¡La mayoría

manda!», chillaba Fred, uno de los que tenían dieciséis años, que estaba estudiando la Constitución en el instituto; era posible saber lo que estaban dando en la escuela mediante la observación de la *realpolitik* que intentaran aplicar a varias normas del hogar), pero al final la enmienda fue aprobada. Hasta yo tuve que reconocer que era una solución inspirada; en cualquier caso, la hora de la cena ya no era el espectáculo de antes.

A ese hogar, como digo, llegó Victor, al que presenté una noche de fin de semana en que el mal tiempo había obligado a todos a quedarse en casa. No causó muy buena impresión. Los mayores lo miraron embobados un rato largo. Los más educados le dirigieron unas sonrisas nerviosas e inútiles; unos cuantos alargaron el brazo para tocarlo, apartando la mano de inmediato, como si Victor fuese a saltar de mis brazos y comérselos de un solo bocado. Isolde y William lo observaron sin pasar de la puerta. Por su parte, Victor ocultó la cara en mi hombro y se quedó en completo silencio. Una vez que la señora Tomlinson se lo hubo llevado, empezaron a acribillarme a preguntas:

—¿Qué le pasa?

—¿Por qué tiene esas pintas?

—¿Está enfermo? ¿Por qué es de ese color?

—¿Qué edad tiene?

Me lo pasaba de lo lindo con sus reacciones ante la llegada de un niño nuevo. ¡Qué deprisa olvidaban las pintas que traían ellos cuando llegaron a este país! Casi todos venían cargados de piojos y enfermedades, y vestidos con harapos de algodón mugriento que a duras penas podían calificarse de prendas. La naturaleza de las infecciones variaba desde el cólera a la disentería, pasando por gangrenas, conjuntivitis y malaria, y también el tiempo que tardaban en recuperarse, pero todos estaban malnutridos, subdesarrollados y eran, debo decirlo, sumamente poco agraciados, con la cabeza grande, palpitante y delicada, y unas extremidades retorcidas y

flácidas; parecían fetos descomunales, cosas demasiado informes y monstruosas para vivir entre seres humanos, errores que nunca tendrían que haber visto la luz.

—Se os tendría que caer la cara de vergüenza — les dije —. ¿Crees, Megan, que tú no eras exactamente igual cuando llegaste? ¿O tú, Owen?

Siempre les afeaba de la misma manera su primera reacción ante un niño nuevo: los mayores se avergonzaban y los más pequeños se mostraban desafiantes.

Pero esta vez permanecieron impasibles.

—Nosotros no éramos así — porfiaron al unísono.

Y debo decir que no se equivocaban del todo. Ya he mencionado lo depravado de la situación anterior de Victor, el impacto físico que uno experimentaba nada más verlo. Pero, para ser sincero, en este caso debo añadir que no solo inspiraba asombro, sino también repulsión. A lo largo de muchos años he gozado del privilegio de ser testigo de algunos de los peores estragos que la enfermedad puede causar en el cuerpo humano, y si bien Victor no era — ni de lejos — uno de los especímenes enfermos más impresionantes con que me había topado, sí era uno de los más dignos de compasión. No porque fuese evidente que poseía una gran belleza natural o un atractivo indígena embotado o distorsionado por sus males, sino más bien por lo exhaustivo de sus infecciones. Porque nada que yo pudiera ver o tocar se había salvado de los estragos de la enfermedad, y ninguna parte de él parecía sana. Al mirarlo sentí, no por primera vez, una especie de admiración hacia la multitud de virus y bacterias que habían dejado marcas nítidas y creativas hasta en las partes más pequeñas y prescindibles de su cuerpo, por cómo habían trazado sobre su piel surcos de verdugones calientes y burbujeantes, cada uno coronado por una cumbre nevada de pus, por cómo habían pasado incluso por lo blanco de los ojos, dejándolos tan amarillos

como la grasa y segregando una baba misteriosa más espesa que la cera. Al parecer, varias bacterias habían conquistado completamente incluso las partes más intrascendentes de su anatomía: hasta las uñas de manos y pies eran opacas como huesos y con los bordes osificados en forma de puntas de flechas dentadas. Supuraba líquidos por todos sus orificios, algunos de un color herrumbroso que despedían el hedor punzante y metálico de la sangre menstrual, otros claros y de textura gelatinosa que rezumaban con suma dificultad. Era fascinante, acogía a miles de visitantes. Shapiro y yo pasamos varias tardes muy agradables examinándolo, enumerando las enfermedades que identificábamos (tiña, conjuntivitis, eccema) y discutiendo las que no. Era un puzzle grandioso y emocionante, hay que reconocer que Victor — que no se movía y respiraba por la boca mientras Shapiro y yo dábamos golpecitos, pellizcábamos y pasábamos los dedos por todo su cuerpo — se mostró sumamente paciente. Pero, como es natural, la mayor parte de las infecciones, por muy alarmantes o impresionantes que parecieran, eran en realidad muy tratables, y después del baño nocturno lo sentaba en mi regazo, le untaba crema en las llagas y le administraba antibióticos camuflados en trozos de bizcocho de miel. Conforme pasaban los días observé que su piel se alisaba a medida que se disolvía una costra crujiente de ampollas que se había adherido a la cara interna del muslo, como la sal al diluirse en un charco de líquido negro. Por tanto, puede que su aspecto inicial resultara perturbador, pero no fue en absoluto permanente, y de hecho pudimos enmendarlo sin complicaciones. No, el mayor problema de Victor era su falta de socialización casi total, su salvajismo — el empleo de este término no es casual — de base. Muy poco después de adquirirlo me di cuenta de que tendría que enseñar a Victor a ser humano.

Hay personas — incluso personas lógicas y lúcidas — que creen que nacemos predispuestos para un comportamiento humano. Esto es, que

nacemos con una serie de deseos y tendencias; por ejemplo, la tendencia a mostrarnos sociables, o la de compartir, o la de comunicarnos con los demás. (Son las mismas personas que creen en los conceptos del bien y del mal y disfrutan debatiendo acerca de si el hombre responde a uno u otro.) Pero, por muy bonita que sea, esta idea es, en esencia, falsa. Como muestra, solo hay que pensar en mis hijos, y sobre todo en Victor, que al parecer no comprendía lo que significaba comportarse como un ser humano. Su cuerpo realizaba las necesidades básicas, por supuesto — comía, dormía, defecaba —, pero no parecía capaz de nada más. Para empezar, era casi del todo impasible. Una vez, a modo de experimento, le pinché con una aguja en la planta del pie, y sacudió la cabeza, pero no emitió sonido alguno, y su mirada vacía, boba, no se alteró. Llevé a cabo más pruebas. En las comidas abría la boca, se comía lo que le introdujera (ni siquiera sabía alimentarse; si le ponía un plato delante, se limitaba a mirarlo con fijeza, como si fuera algo valioso que le hubieran encomendado vigilar), abriendo y cerrando la mandíbula a un ritmo regular, juntando los dientes con una mordida exagerada, acerada. Un día colé en una cucharada de zanahorias hervidas un pedacito de periódico, que masticó imperturbable hasta que le metí dos dedos en la boca y extraje el amasijo pringoso de papel entintado. En aquel momento lo miraba y solo veía un remedo de Eve, y su presencia se me antojaba un castigo, y un recordatorio de que jamás escaparía de lo que había visto, de lo que había sido y lo que había hecho en aquella isla. Por la noche lo dejaba en su cama, pero por la mañana la señora Tomlinson o yo (o William, con quien Victor compartía un cuartito en el tercer piso, bajo los aleros inclinados del desván) lo encontrábamos hecho un ovillo en un rincón del dormitorio, oscuro, mudo e inmóvil, agarrándose los genitales.

Había otros rompecabezas, menos limpios. Quedó patente que estaba obsesionado con sus propias heces; dejaba deposiciones leñosas en la

moqueta, en el jardín, sobre la mesa. Lo más extraño era que no parecía desconocer el uso del retrete; la señora Tomlinson me contaba que la primera vez que lo usó había tirado de la cadena con una destreza y una confianza de las que aún no había hecho gala en ningún otro aspecto y que se había quedado mirando el remolino de agua. Una noche lo vi salir de su dormitorio y dirigirse al baño, pero se detuvo a pocos pasos de distancia, se deshizo el nudo del pantalón del pijama casi con indolencia y se agachó justo encima de la parte central de la moqueta del pasillo, de un rosa fucsia muy desvaído. La víspera había adoptado un rictus que solía alternar (sin motivo aparente) con su mirada habitual de autómatas: un mal remedo de sonrisa para la que estiraba la boca alargada formando un cuarto creciente y revelaba sus escasos dientes color tierra. Cuando pronuncié su nombre, se volvió hacia mí sin prisa y me dedicó esa misma sonrisa. Incluso después de que le diera unos azotes en el trasero y la entrepierna, siguió sonriendo, como si los músculos faciales se hubieran quedado paralizados en una contracción que no acertaban a relajar.

Reconocer esto ahora suena ridículo, pero por aquel entonces me dejaba sorprender por el comportamiento de Victor. Cuando lo descubrí era tan manso, estaba tan derrotado que confundí su languidez con una promesa de docilidad, con la voluntad de aprender y de dejar que le enseñaran. El hecho de que partiera de una personalidad propia casi inexistente me reafirmaba en que mi labor con él sería sencilla; le inculcaría los principios que siempre había deseado transmitir a mis hijos: sería curioso, educado, obediente, razonable. Pero tras el primer mes me di cuenta de que era más terco y muchísimo menos maleable de lo que yo había supuesto; en realidad, su impasibilidad empezaba a cobrar visos de una especie de desafío peliagudo. Empecé a verlo, por la máscara de su semblante, la sonrisa espantosa y los andares rígidos y desgarbados, como un golem, algo que yo había despertado

y liberado arbitraria e irreflexivamente y ahora se paseaba por mi casa, destrozándola con sus movimientos inhumanos, robóticos, indescifrables, con unos impulsos ingobernables por el hombre. Era muy difícil, no porque los problemas que planteara fueran insalvables, sino simplemente porque no sabía cómo afrontarlos. Algunos de mis hijos habían sido monstruosos — en el primer mes en casa, Muti intentó matar al gato clavándole unos palillos chinos en los ojos; Terrence le arrancó la cabeza al jerbo de uno de los mayores con sus dienteillos afilados (aquello sí que causó revuelo) —, pero al menos yo los comprendía. Les gustaba gritar, chillar y sufrían arrebatos escandalosos y prolongados. Por lo demás, les encantaba que les gritaran, tener a alguien con quien enzarzarse. Aquellos episodios, naturalmente, eran agotadores y con frecuencia sembraban el caos, pero al menos marcaron el inicio de nuestras conversaciones, o de algún tipo de diálogo.

Sin embargo, aquellas interacciones no parecían surtir efecto alguno en Victor. Durante varios meses intenté acercarme a él y luego castigarlo de todas las maneras que se me ocurrieron. Lo lisonjeaba y lo maldecía. Lo besaba y le pegaba. Le servía raciones extra de pasta (era muy aficionado a varios tipos de carbohidratos, a diferencia de los demás, que siempre pedían carne) y lo privaba por completo de comida. Le cantaba y lo abofeteaba, le susurraba al oído cosas sin sentido y le tiraba del pelo, pero él respondía a mis atenciones con una indiferencia espectacular, limitándose a sonreír como una calavera.

Pasados varios meses llegué a arrepentirme de haberlo metido en mi casa. Las diversas infecciones que le habían tatuado la piel ya habían desaparecido (y según Shapiro gozaba de una salud envidiable), pero la transformación del crío enfermizo en niño sano no fue tan drástica como me esperaba. Algunos de mis hijos, tras una primera impresión muy poco prometedora, se revelaron como criaturas cautivadoras: se les alisó la piel, las mejillas engordaron y

ganaron lustre, y ese pelo tan particular, similar a unas raíces, crecía abundante y con un leve aroma dulzón, como la madera de mezquite. La recuperación de la buena salud de Victor (dando por hecho que alguna vez gozara de buena salud) no reveló ninguna sorpresa agradable. No se convirtió en un niño de ojos titilantes con una risa contagiosa y una mirada firme y despierta. De hecho, cuando estuvo sano no se diferenció mucho de como había sido hasta entonces: no era un niño guapo, no llamaba la atención y no parecía que jamás fuera a ser capaz de inspirar sentimientos de cariño o ternura, ni siquiera en quienes se esperaban tales emociones.

Al final vi claro que Victor no era la clase de niño con quien pudieran alcanzarse y traspasarse umbrales de comportamiento. Más bien al contrario: su socialización sería un proceso largo y tedioso, lleno de progresos infinitesimales e imperceptibles sumados a largos y descorazonadores períodos de regresión. Pasé una noche entera observándolo, tomando nota de lo que él sabía y de lo que ignoraba, de lo que podría aprender con facilidad, de las malas costumbres que yo tenía que intentar erradicar con total prioridad. Como era de esperar, carecía de lenguaje — aunque, cuando se sentía obligado o convenientemente inspirado, emitía una serie de gruñidos concisos y simiescos —, pero parecía capaz de reconocer los tonos. Las regañinas proferidas con un timbre de voz que quebraba el aire igual que un bofetón lo dejaban inmóvil, y una voz elevada a un registro agudo, cantarina y en falsete, lo reconfortaba. Pero en general era como si hubiera aprendido a no reaccionar en absoluto; de ahí la sonrisa aterradora e incongruente, la inexpresividad extraña e inmutable.

Aquella sonrisa era lo que más me perturbaba. Ofrecí veinte dólares al primero que lograra enseñar a Victor a imitar unas reacciones faciales pasables, y en las noches siguientes los niños se agolparon a su alrededor. Le

hicieron cosquillas, le contaron chistes (que él, como es natural, no entendió), bailaron en corro, se metieron trozos de bizcocho en la boca, poniendo caras de deleite. Obviamente, no hubo respuesta por su parte, y al cabo de una semana o menos los niños perdieron el interés y reanudaron las actividades que ya he mencionado de después de la cena. Aun así, no me pareció que hubiera sido una semana inútil, pues vi a Victor mover la cabeza llena de venas en dirección de un niño a otro, con la boca un poco abierta, como picado por la curiosidad de aprender las reglas de un juego complejo y desconcertante, un juego cuyo hábil dominio determinaría su felicidad definitiva. No tengo la certeza de que lo comprendiera, de manera consciente o inconsciente — ni de que fuese capaz de aprehender siquiera la idea de felicidad —, pero el caso es que, pasado un período de muchas semanas, se dedicó en cuerpo y alma a sus estudios. Meses después lo sorprendí una mañana viendo un programa de entrevistas en la televisión. Tardé unos minutos en darme cuenta de que estaba analizando las caras de los periodistas, sus sonrisas resplandecientes y bufonescas. Al cabo de un rato se levantó y fue al aseo del pasillo. Lo seguí, más sigiloso que un espectro, y observé largo rato cómo esbozaba con la boca unas curiosas e imperfectas muecas de alegría, mirándose al espejo, como tratando de memorizar el ángulo exacto en que los labios se curvaban hacia arriba, intrigado ante la cantidad de músculos que requería un gesto en apariencia tan sencillo.

Un año después ya había aprendido primero a aproximarse y después a manifestar de verdad un comportamiento humano adecuado. Aunque nunca llegó a ser un niño especialmente cautivador, se las apañó bastante bien: creció, comía y adquirió un lenguaje y unas emociones humanas en apariencia genuinas. A un nivel más prosaico, aprendió a utilizar el baño correctamente, a comer con cuchara y tenedor, a atarse los cordones de los zapatos. Asimismo, se reveló que tenía ciertos intereses muy fáciles de

satisfacer: le encantaban los mecanismos simples — le fascinaba todo cuanto tuviera poleas o palancas — y podía pasarse horas enteras jugando con el viejo montaplatos que había en la parte exterior de la cocina, observando cómo la caja se deslizaba silenciosamente con ayuda de las cuerdas retorcidas y lustrosas y bajándola de nuevo al sótano, donde aparecía emitiendo un chirrido igual que una nave espacial arcaica. Al final lo matriculé en el colegio, donde le enseñaron a leer y a escribir y hasta hizo algunos amiguitos.

Pasados unos cuantos años ya era, en todos los aspectos importantes o perceptibles, un niño del todo normal, que sonreía, arrugaba el ceño, se enfurecía y reía a carcajadas. La transformación se produjo tan poco a poco, y a lo largo de un tiempo tan prolongado, que solo la reconocí mucho después de que concluyera. De hecho, empecé a pensar en los primeros años que pasó en casa como en una especie de fase de crisálida; recordaba (a menudo) al niño que había sido cuando lo descubrí, pero enseguida me di cuenta de que era muy difícil repasar exactamente la metamorfosis que lo había transformado en lo que se sentaba frente a mí en las cenas o detrás de mí en el coche, comiendo, parloteando o simplemente viendo desfilan el paisaje. El futuro que imaginaba para él, cuando lo imaginaba, era singular en su vaguedad: iría al instituto, luego quizá a la universidad, encontraría un trabajo (era incapaz de imaginar cuál, si sería comerciante o si quizá trabajaría de oficinista, con camisa blanca y corbata, y tendría una dicción perfecta y desarraigada), se casaría y formaría una familia. Lo vería de vez en cuando y me preocuparía cada vez menos por él, hasta que se convirtiera en algo tan agradablemente remoto como un recuerdo.

Y en verdad así tendría que haber acabado mi historia con Victor. Con el paso de los meses, sus problemas fueron perdiendo el interés, el misterio, la intensidad del principio. Para empezar, porque había niños nuevos que presentaban retos distintos, más comprensibles. Un año después de adoptar a

Victor, sumé otra criatura a la familia, un niño al que llamé Whitney. Al igual que Victor, Whitney estaba mal alimentado y nada socializado, pero, a diferencia de aquel, era una bestia desbocada, chillona y berrinchuda. Dicho de otra manera, era fácil de educar, y los progresos no tardaban. Aun así, después de Whitney decidí darme un respiro y no adoptar a más niños. (Me resulta curioso que me plantease la decisión en esos términos: decidí que me tomaría un respiro de los niños; pero en cierto modo no podía o no me daba la gana reconocer la verdad: que hacía ya mucho que no experimentaba esa alegría que tanto ansiaba cada vez que llegaba un niño nuevo; que, simplemente, tenía que dejar de meter niños en mi casa.)

Por consiguiente, aquellos años, entre 1982 y 1985 más o menos, fueron sumamente gratos para mí. Una buena hornada de niños se trasladó a la universidad, y de pronto la casa se quedó vacía (o, al menos, más vacía de lo que había estado en muchísimo tiempo) y tuve oportunidad de viajar, con frecuencia y durante temporadas largas, tanto a lugares que quería visitar desde hacía mucho como a lugares que llevaba años sin pisar. Un fin de semana dejé a los niños al cuidado de la señora Lansing (después de más de quince años velado por mis hijos, la señora Tomlinson decidió jubilarse y me dio el número de teléfono de su cuñada, una mujer de aptitudes muy similares llamada JoAnne Lansing) y fui a ver a Owen a Bard, donde acababa de empezar a dar clase. Pasamos un par de días muy agradables, Owen, yo, y también un chico — uno de sus alumnos, creo — con el que estaba saliendo por aquel entonces.[77]

Pero en 1986 me embargó... ¿qué? Una especie de hastío, supongo, o una paranoia (¿o no sería el anhelo de siempre, sin más?), y volví a U'ivu, donde pasé varios días apático, haciendo excursiones por la isla y comprobando con mis propios ojos su declive imparable. Y cuando regresé a Maryland lo hice en compañía de unos gemelos, Jared y Drew, y de una niña, Kerry. De pronto

mi vida volvía a írseme de las manos, y tres años más tarde me sorprendí, casi horrorizado, viviendo con una generación nueva de niños; era casi como si se hubiesen multiplicado de noche mientras yo dormía. Lo cierto es que aquella explicación me resultaba mucho más plausible que la verdad: que, por una serie de inexplicables motivos que no acertaba a enunciarme a mí mismo, había repoblado mi vida con una docena de vidas nuevas cuyos multitudinarios pasos de la infancia a la adolescencia y la edad adulta no me quedaría más remedio que presenciar. Empecé a preguntarme seriamente si no habría desarrollado una especie de manía. ¿Cómo era posible, me decía, que me viera con más niños, cuando apenas unos años antes aguardaba con ansiedad que la casa se vaciara para reanudar mi existencia por fin, a solas, sin lastres? ¿Por qué no podía parar? ¿Qué esperaba de cada crío nuevo que los treinta y tantos anteriores no me hubieran aportado ya? ¿Qué quería?

Con la perspectiva que da el tiempo — cuando resulta tan fácil echarse a uno mismo la culpa de lo que ha salido mal —, me doy cuenta de que no tendría que haber aceptado, que no tendría que haberme mostrado tan complaciente con la aparente madurez de Victor sin antes hallar una manera de controlarlo de manera adecuada, una manera de ejercer mi autoridad que él comprendiera y respetara. Pero algo había cambiado. Hubo un tiempo en que deseé averiguar por qué Victor se comportaba así, pero tal deseo había desaparecido; cuando empezó a portarse como es debido, simplemente me sentí aliviado porque hubiera aprendido a ser dócil y abandonado ciertas actitudes. Empecé a darme cuenta de que me aburría, o más bien de que ya no me complacía la tarea de criar niños. Ya no me interesaba resolver los rompecabezas otrora intrigantes de la psique de mis hijos. Ya no me importaba por qué uno chillaba desahogado cada vez que veía una cafetera o por qué otro se encogía de miedo ante la visión de la botella sudorosa y escarchada del zumo de naranja. Antes habría pasado encantado muchos días meditando sobre los posibles sucesos (a menudo infelices) y comentarios derivados de tales reacciones; con frecuencia los veía como escenas alucinógenas, nítidas y concisas, gomas para estirar y jugar cuando me tomaba un descanso del trabajo de verdad que ocupaba mis días. Y semejantes apuros insignificantes eran a su modo sumamente enriquecedores, pues satisfacían en gran medida lo que consideraba el romanticismo de la

crianza de unos hijos: que a veces tenía que ser una labor desconcertante, escurridiza y problemática, que cada niño era un ser humano al que podía comprenderse y, en caso de necesidad, encaminarse hacia una u otra dirección. Cuando adopté a Muiva en 1968, la idea de educar a un niño se me antojaba tan tentadora como llena de prodigios: tener a tu cargo algo que podías conocer y a la vez no, predecible y al mismo tiempo lleno de inesperadas sorpresas, prometía aventuras inimaginables, decenas de revelaciones en miniatura a diario.

Y durante muchos años, décadas incluso, así fue. Hasta que (de nuevo, en fases solapadas que no reconocí sino cuando ya quedaban muy atrás) las cosas empezaron inevitablemente a cambiar. Para empezar, descubrí que estaba envejeciendo. En 1984 cumplí sesenta años, y en el laboratorio celebraron una pequeña fiesta de cumpleaños, algo que, dadas mis ausencias frecuentes y prolongadas, había logrado evitar todos los años anteriores. Aun así, no estuvo tan mal. Vinieron dos de los profesores eméritos del Instituto, que me felicitaron no sin ironías (a fin de cuentas, ambos habían cumplido ya los ochenta), y hubo una tarta «Lady Baltimore» recubierta de mantequilla y nata, y un licor parecido al brandy bastante pasable que uno de los compañeros más refinados destilaba en su tiempo libre.[78] Uno de los técnicos se paseó de poyata en poyata con una cámara, sacando fotos de la fiesta, y tuve que reconocer que contra todo pronóstico pasé un rato muy agradable.

La semana siguiente me dejaron un sobre marrón en mi escritorio con una fotografía de un hombre que al principio no acerté a identificar. Me sonaba, y por un momento me pregunté si no sería alguien que me hubieran presentado poco antes y me hubiese caído bien, muy a mi pesar; el pelo le formaba una especie de tobogán color tuétano, tenía una sonrisa afectada y unas manos inmensas del color del pan, cada dedo tan harinoso como un hojaldre.

Naturalmente, el hombre de la fotografía era yo, y me quedé mirándola varios minutos, debatiéndome entre el desaliento y una especie de curiosidad clínica. Nunca había tenido ni la tendencia ni la libertad de dedicar mucho tiempo a mi aspecto, pero en aquel momento me di cuenta de que había algo obscuro y terrorífico en mi contorno, en la capa de grasa que rodeaba mi abdomen, en los labios hinchados y de un extraño color malva, en los pliegues de grasa del cuello que formaban unos fruncidos densos, como si yo fuese un ave torpe e incapaz de volar. Lo más chocante era la ausencia aparente de cualquier tipo de estructura ósea; parecía que me hubiesen moldeado a partir de un bloque de sebo blando y sudoroso. La edad nunca me había preocupado en especial — tampoco la idea de envejecer —, pero me deprimió ver aquella instantánea y enfrentarme al deterioro de mi cuerpo y la certeza de su aspecto repugnante. Naturalmente, ya me había percatado de que estaba envejeciendo, de que los recuerdos ya no eran tan nítidos como antes, de que me sorprendía resollando cada vez que subía las escaleras para ir a mi dormitorio, de que mis patrones de sueño se habían vuelto erráticos. Pero hasta que vi aquella foto no comprendí del todo cuán furtivo y cruento era el progreso de la edad, cuán perceptible e irreversible la decadencia. «Ay, Dios, todavía me quedan unos quince o veinte años así, y cada año será peor», pensé. De repente, pensar en mi vida, en su implacable avance, me generó una tensión casi insoportable. Y no se me olvidaba que, de haberme encontrado en otro lugar, no habría sido agasajado con una tarta, sino con una opa'ivu'eke toda para mí, y me imaginé junto a la hoguera, con Tallent a mi lado, y el caparazón abombado de la tortuga haciendo su lenta y arrastrada aparición, acercándose más y más a mí.

No obstante, supongo que tuve suerte en otros aspectos. En 1989, cuando cumplí los sesenta y cinco, según las diversas normativas gubernamentales, etcétera, tendrían que haberme solicitado que me jubilase, o al menos que

aceptara asumir el puesto de director emérito. Semejante degradación habría supuesto una especie de mutilación, por mucho que me hubiera permitido seguir participando en el día a día del laboratorio. Pero, para mi sorpresa, no recibí ninguna carta burocrática en que se me recordara la merma inminente de responsabilidades y se me invitara a jubilarme. Al parecer, yo era una excepción. Y no es que me hubiera molestado una barbaridad si me hubiesen exigido que acatara las normas. Al fin y al cabo, por aquel entonces (y desde hacía ya varios años) no necesitaba más que se me asociara con el buen nombre del INS; de haber insistido la institución en que me ajustara a los estándares, yo habría aceptado alguna de las ofertas que todos los años me llegaban de Johns Hopkins y Georgetown. Para ser franco, no me habría importado pasarme a una entidad privada en cualquier otra parte, pero, naturalmente, mis movimientos se veían limitados por los niños y por los cuidados que estaba obligado a proporcionarles.

Pero si bien unos años antes habría aceptado este hecho sin darle más vueltas — a fin de cuentas, los había adoptado por voluntad propia, siendo del todo consciente de la responsabilidad que contraía —, ahora empezaba a sentir un resentimiento inexplicable e injusto, como si en cierto sentido debiera verme eximido de la tediosa abnegación de la paternidad. Durante un tiempo inmediatamente posterior al momento en que supe que no tendría que renunciar a mi puesto en el laboratorio, me sorprendía fulminando con la mirada a los niños, que con ayuda del tenedor introducían grandes cantidades de comida en sus bocas con una gula y un vigor que me repelían. Como he dicho, ya entonces sabía que aquello no tenía pies ni cabeza — eran niños estadounidenses sanos, en el fondo, con apetitos estadounidenses sanos, apetitos que yo mismo había creado y alentado —, y sin embargo la visión de su voraz consumo (y, al final, lo único que parecían hacer era consumir y consumir) concitaba en mí algo muy cercano a la cólera. En aquellos años

cosas que por lo común habían sido aburridas sin más (sus preguntas constantes, sus numerosas exigencias, su falta de perspectiva), o incluso encantadoras, se volvieron casi insoportables. Ya conocía esa sensación, y a veces la había experimentado en períodos bastante prolongados, pero siempre me las había arreglado para recuperar los sentimientos habituales, básicamente de cariño, antes de que los niños se percataran de mi repugnancia transitoria. Digan lo que digan ahora, su salud mental era importante para mí, y no me parecía justo que ellos se sintieran agradecidos o en deuda conmigo, o responsables de mis cambios de humor. Aunque debo añadir que no había peligro de que ocurriera nada similar.

Así estaban pues las cosas en 1989, cuando empezó a desencadenarse la serie de acontecimientos que me han conducido a mi situación actual. He dedicado muchos meses a reproducir mentalmente las circunstancias que me dispongo a relatar, preguntándome qué podría haber hecho de otra manera, preguntándome si no podría haber vaticinado la senda de mi destrucción. En ciertos momentos me da por pensar que tal vez hubo algo de inexorable en la forma en que las cosas se sucedieron, igual que si mi vida — que empezaba a antojárseme no como algo propio sino más bien como algo en lo que zozobraba a ciegas — fuese realmente algo vivo, que existía sin mi conocimiento, pero que tiraba de mí con su resaca potente e insidiosa.

Sin embargo, tras muchos meses de cavilaciones, todavía no dispongo de una explicación adecuada de lo que ocurrió, como tampoco de la manera como podría haberlo evitado. Hasta tal extremo llega mi perplejidad ante la velocidad y brutalidad con que cambió mi vida, que he descubierto que considerar lo acontecido aquel año solo me resulta soportable cuando me lo planteo como algo que sucedió hace muchísimo tiempo, y a otra persona; una serie de desgracias y tragedias ocurridas a alguien a quien yo admiraba y de quien había leído en un libro polvoriento, en una biblioteca maravillosa de

suelos de mármol en algún lugar muy remoto, donde no había más sonido, más luz ni movimiento que los de mi propia respiración y de mis dedos al pasar con torpeza las páginas mal cortadas.

Poco después de descubrir que, misteriosamente, me libraría del machete del gobierno y que podría seguir con mi vida más o menos como hasta entonces, me vi obligado a reconocer para mis adentros que — en secreto, tan en secreto que ni siquiera me había permitido creerlo — había deseado contar con cualquier excusa para acortar mi desempeño profesional.

Estaba cansado. Suena a frase manida y ordinaria, pero es la verdad. Me encontraba en una edad en la que uno halla más placer reflexionando sobre sus victorias del pasado — entre las que contaba muchas, naturalmente, casi tantas como errores —, que pergeñando triunfos futuros. A veces me preguntaba si al seguir presentándome en el laboratorio, dando clases, investigando, no estaría desafiando de algún modo el arco natural de la vida humana: los primeros años están hechos para estudiar, y la mediana edad, para recoger los frutos de dichos estudios. Pero ¿acaso no tendría que parar y punto, siendo ya sexagenario? ¿Acaso no tendría que dedicar las décadas siguientes a evitar problemas y percances futuros (y, sí, también los éxitos)? ¿Existía un número finito de logros que una persona podía alcanzar a lo largo de su vida? Y, si lo había, ¿no había yo cubierto el cupo con creces?

Pero acto seguido me juzgaba ridículo, y un holgazán, y también muy poco práctico, pues ¿qué haría sin mi trabajo? ¿Quedarme en casa echando una mano a la señora Lansing, criando a los niños y pasando la aspiradora? ¿Convertirme (sería inevitable) en uno de esos profesores eméritos de los que el Instituto contaba con grandes reservas, de esos que hacen visitas inesperadas a sus antiguos laboratorios, avergonzando y crispando a todo el personal con sus renqueos, sus incontables preguntas acerca del trabajo de

cada uno y sus inacabables historias acerca de lo que hicieron hace veinte, treinta, cuarenta años, allá cuando la gente le hacía caso? En ocasiones unos cuantos de esos se pasaban por mi laboratorio, y aunque no había vez en que no gastaran bromas a cuenta de mi avanzada edad y del momento en que dejaría atrás tantos quebraderos de cabeza y pasaría página, siempre distinguía la avidez en sus ojos en el momento en que repasaban la sala con la mirada y en su manera de acariciar hasta los objetos más corrientes — un matraz, un Erlenmeyer, la cubierta de tela de uno de los diarios color verde pistacho en que tomábamos notas —, y sabía que me envidiaban y que se arrepentían de haberse marchado.

«¿A qué se dedica ahora?», preguntaba yo con mucha educación, incluso cuando ya hacía mucho que había observado que no era un gesto de amabilidad sino una pequeña maldad. «Pues... hago un poco de todo», contestaban, y aunque las respuestas siempre eran elaboradas, en definitiva se trataba de ancianos que no conseguían disimular en qué se habían convertido sus vidas: días rebosantes de pequeños gestos diligentes, excursiones con la parienta al supermercado, horas leyendo publicaciones científicas que habían ido acumulándose en una resbaladiza torre en un rincón del laboratorio, cuando aún eran científicos y estaban demasiado atareados con sus propios estudios para molestarse en leer los de los demás.[79]

Así pues, yo no podía marcharme. Pero sí que empecé a pasar más tiempo en casa. No necesariamente porque me apeteciera, sino porque era la única alternativa al trabajo, y me parecía que ya no podía estar de forma indefinida en el laboratorio. Los domingos, por ejemplo, pasaba el día entero trabajando; cuando volvía a casa ya era de noche y los niños llevaban largo rato acostados. Pero empecé a llegar cada vez más temprano, hasta pasar más tardes en casa que en el laboratorio.

Un domingo regresé especialmente temprano. Victor tenía deberes de

historia: debía recrear una hogaza de semillas que los primeros colonos estadounidenses comían y que se preparaba con grandes cantidades de mijo, harina de maíz y centeno. La tarea era para el día siguiente y él tenía que preparar una cantidad suficiente para que toda la clase probara una rebanada, y, como es natural, no se le ocurrió compartir aquel dato conmigo hasta la hora de comer.

Supongo que esperaba que le sacara las castañas del fuego (¿y por qué?, quise preguntarle, pues no me parecía que entre mis hijos yo me distinguiera por ser una persona que asumiera sus fracasos), pero lo que hice fue mandarlo a la cocina y ordenarle que empezara a mezclar los ingredientes; naturalmente, no disponíamos de ninguno y hubo que ir corriendo a la tienda antes de que cerrara.

Trabajamos en silencio casi todo el tiempo. Victor estaba inquieto, literalmente acelerado: daba brinco, cambiaba el peso de un pie al otro de un modo que me resultaba muy molesto, pero que más tarde comprendí que se trataba de una especie de calentamiento, el prelude de una pelea de la que yo ignoraba que sería uno de los contendientes.

—Ahora tienes que extender la masa — le dije, y cuando vi que no reaccionaba (estaba mirando, con la boca entreabierta, algo tan interesante como una ardilla gorda acurrucada en una rama de manzano al otro lado de la ventana), chasqué los dedos —. ¡Victor! ¡La masa! ¡Victor!

Y se volvió hacia mí, sacó la masa del cuenco y la soltó en la encimera con un golpe húmedo: chof.

—Estás ensuciándolo todo, Victor — le dije, y al ver que de nuevo no reaccionaba —: ¡Victor! ¡Que te estoy hablando!

Silencio otra vez.

—¿Por qué me llamaste Victor?

—Ya te lo he contado — repuse —. Por el piloto que nos sacó de U'ivu

cuando te adopté.

—Pero ¿por qué el piloto?

Mis hijos siempre querían saber por qué los había llamado así o asá. Les encantaba automitificarse, y creo que todos anhelaban que hubiera una historia heroica detrás de sus nombres, que solo ellos estuviesen imbuidos de un significado especial, que con mi elección yo hubiera ocultado un mensaje que algún día comprenderían y valorarían. La verdad, en cambio, era que simplemente les ponía nombres de personas que había conocido durante los viajes de ida y vuelta: se llamaban como auxiliares de tierra de aeropuertos y recepcionistas de hoteles, como agentes de aduanas y botones, pilotos y azafatas, compañeros de asiento y camareras, funcionarios desconocidos del Departamento de Estado que los habían dejado entrar y oficiales de inmigración conocidos que me habían saludado con la mano en el instante en que me acercaba, llevando de la mano un nuevo pupilo. ¿Qué otra cosa iba a hacer? Hacía mucho que ya había agotado los nombres de amigos y colegas, y a finales de los años setenta los niños llegaban tan deprisa que idear nombres imaginativos para ellos no me parecía una preocupación fundamental.

—¿Y por qué no? — le pregunté —. Es un nombre como otro cualquiera.

—Victor es un nombre estúpido — replicó.

—No te comportes como un niño — le dije —. Victor es un nombre bonito. Además, es el que tienes, así que ya puedes ir acostumbrándote.

—Soy un niño. Y odio el nombre de Victor.

—No me estás escuchando — repuse —. Te he dicho que no te comportes como un niño. El hecho de ser un niño no te obliga a actuar como tal. Y nunca he dicho que tenga que gustarte el nombre de Victor; así que adelante, ódialo si te parece. Solo te he dicho que tendrás que acostumbrarte.

La única respuesta que tuvo para esto fue un silencio mohíno, y me sentí

agotado de aguantarlo.

Y entonces le hice la pregunta que ningún padre debería hacer:

—¿Cómo habrías preferido llamarte?

Naturalmente, tenía la respuesta preparada.

—Vi — anunció, triunfante.

A veces no entiendo qué mosca me había picado. ¿Por qué le puse en bandeja semejante oportunidad? Pero de vez en cuando, después de años y años de conversaciones similares, uno se descuida y comete errores imperdonables.

—¿Vie? — pregunté. No estaba seguro de haberlo entendido bien. Me acordé de cuando Sonia[80] llegó a casa con su precioso pelo lanoso rapado por los lados y con mechones blancos. Como padre, siempre he permitido que mis hijos «se expresen», o cualquiera que sea la excusa que se esgrime hoy en día para portarse mal, pero cada vez dentro de ciertos límites. Lo que los psiquiatras infantiles y los profesores progresistas se niegan a reconocer es que la mayor parte de los niños carecen de buen gusto y, por tanto, tienden a lo hortera. Así como es responsabilidad del progenitor instruir a sus hijos en lo tocante a buenos modales, ética y moralidad, también lo es proporcionarles una educación estética y cultural para que no se conviertan en adultos vulgares, de esos que pergeñan maneras nuevas e innecesariamente enrevesadas de escribir sus nombres y consideran que el argumento de las comedias televisivas recién vistas es un tema de conversación apropiado para una cena —. ¿Vie, como «pie» pero con uve? ¿O «Vie» como diminutivo de llevarle la contraria a tu padre contra viento y marea?

Pero ni por esas conseguí provocarlo.

—Uve i — deletreó, como si hablara con un niño retrasado. Ya lo había oído emplear ese tono con Giselle, una de las niñas más pequeñas.

—Vi — repetí. Seguía sin encontrarle sentido, y se lo dije —. La verdad,

Victor, es que si tanta importancia tiene para ti lo de cambiarte el nombre, supongo que podemos hablarlo, pero ¿no podrías escoger una opción menos ridícula? ¿Por qué no te quedas con tu segundo nombre? — El segundo nombre de Victor es Owen.[81]

—No — contestó él, muy arisco —. Ese también es estúpido. No quiero tener un nombre de hombre blanco.

Esta vez me dejó sorprendido, y me volví justo a tiempo para verlo sonreír. Se sentía victorioso por haber suscitado una reacción por mi parte, y yo me maldije para mis adentros.

—¿De qué me estás hablando?

—¿Nunca te has fijado en que todos tenemos nombres de blancos? Todos. Cuánta falsedad. Estás intentando blanquearnos, que nos olvidemos de quiénes somos y de dónde venimos.

Y de nuevo me descubrí volviéndome y mirándolo. «Te puse un nombre porque no tenías ninguno cuando te encontré — pensé —. Un perro. Menos que un perro.» Tuve que contenerme mucho para no decirlo, pero de haber estado más turbado, no habría podido controlarme.

¿Dónde había aprendido él esas cosas? Victor estaba muy equivocado si pensaba que era el primer hijo mío que experimentaba esa falsa revelación y posteriormente me acusaba a mí, encastillado en su indignación.

—De dónde vinisteis — lo corregí —. Mira, Victor, esta conversación me aburre. Pareces un reaccionario, y los reaccionarios nunca se han caracterizado por su originalidad. — A esas alturas su boca se había transformado en una costura larga y fina y su mirada traslucía algo muy parecido al odio —. Además, si nos ponemos a hablar de inventos, que sepas que el nombre «Vi» es uno de los más absurdos que he oído en mi vida. ¡Vi no es más u'ivvano que Victor!

(Aun así, en cuanto oí aquel nombre ridículo supe de dónde lo había

sacado: el sonido de la uve, su carácter monosilábico, breve y entrecortado, remitía levemente al Pacífico Sur, aunque fuera de la forma más reduccionista y afectada. Con los años, mis hijos habían creado toda clase de nombres que según ellos aludían a su país y cultura natales: Va, Ve, Vi, Vo, Vu; aspiraban a ser micronesios y se quedaban en vietnamitas.)

Victor abrió la boca y acto seguido la cerró; a fin de cuentas, aún era un niño y sabía que yo llevaba razón. Y entonces, en un gesto que me recordó tanto al chico que sentí un escalofrío, alzó la barbilla afectadamente y bajó los párpados, de forma que pareciese que estaba mirándome desde una posición superior, pese a que yo era mucho más alto que él.

—Me da igual — dijo, la última defensa de un crío —. Al menos Vi suena más u'ivuano que Victor.

Y dicho esto, dio media vuelta y salió de la cocina.

—¡Victor! — lo llamé, más molesto que furioso. Había dejado la mitad de los platos sin lavar en el fregadero y todavía había montañas de masa a la que dar forma y meter en el horno —. ¡Victor! ¡Ven aquí ahora mismo!

Pero no me hizo caso, y tuve que terminar de amasar solo, aplicando toda la fuerza de mis hombros, como si estuviera manipulando carne.

Pese a todo, no me preocupé en exceso. La gente podrá decir lo que quiera sobre mí como padre, pero hay que reconocer que nunca he exigido gratitud a mis hijos, nunca les he exigido que me den las gracias o se porten bien conmigo solo porque los salvé. A veces pensaba, es cierto, que posiblemente habrían sido igual de felices, si no más, en U'ivu, aunque con el abdomen hinchado por la malnutrición. Y, en cualquier caso, casi todos se daban cuenta tarde o temprano (por lo general en la veintena, o cuando tenían sus propios hijos) de las oportunidades que yo les había brindado, tras lo cual venían a verme llorosos, pidiéndome perdón por su actitud y por las cosas

horribles que me habían gritado a lo largo de tantos años, y confesaban (con timidez, pero también con cierto orgullo) que por mucho tiempo me habían considerado un colonialista, un eugenista y un enemigo de las culturas indígenas (solían surgir los términos «hitleriano», «privilegio de hombre blanco» y «holocausto racial»). Entonces me tocaba a mí darles unas palmaditas en la espalda y un beso en la mejilla, agradecerles su madurez con toda sinceridad y explicarles que no esperaba gratitud pero que, naturalmente, la aceptaba con mucho gusto.

Siempre supe cuándo se produciría aquel diálogo. Tras años de comportamiento hostil (miradas fulminadoras durante las cenas cuando alguno me preguntaba con qué derecho presidía yo la mesa; exhibición ostentosa de libros con retratos del Che Guevara o Malcolm X en la cubierta; ataques a mis supuestas inclinaciones políticas), un día se presentaban de improviso en casa, por lo común a la hora de comer — todos daban por hecho que me gustaban las visitas sorpresa tanto como a ellos — y mientras comíamos o cenábamos mostraban un repentino interés por mi trabajo, me preguntaban por mi salud y recriminaban a los otros niños sus malas maneras. Luego insistían en fregar, guardaban los platos con alegría en la alacena y soltaban sonoros suspiros de nostalgia. Y entonces entraban en mi despacho con una taza de mi infusión preferida y me preguntaban, timoratos, si disponía de un momento para hablar con ellos, pues querían comentar un asunto conmigo.

«Ay, madre», pensaba yo cada vez (porque se les antojaba mantener aquella conversación cuando más atareado estaba y más preocupaciones tenía), pero naturalmente me volvía hacia ellos y respondía con amabilidad: «Claro que sí, cariño. Puedes contarme lo que quieras, cuando quieras».

Y siempre era igual. Lágrimas, confesiones, autoinculpaciones. La pauta se

repetía. Era como si el guión hubiera pasado de mano en mano, de un vástago a otro. Y puede que así fuera.

Era casi un rito de paso para ellos. Tras entrar a formar parte de la familia hay un período breve y puro en que me aman, tan conmovedor por su intensidad como por su brevedad. Luego se dan varios años (a veces décadas) de odio y resentimiento. Por último son capaces de comprender que han sido unos animales y que no habrían llegado a nada en la vida si yo no los hubiese adoptado, y los embarga una gratitud sencilla e intensa que sienten necesidad de compartir. A mí siempre me había divertido, hasta cierto punto, pero nada más. Me alegraba de que hubieran madurado, naturalmente, pero no puedo decir que me sorprendiera. Los niños disfrutaban con esa clase de rituales, con la sensación palpable (aunque naturalmente artificiosa) de que están dejando atrás en el plano físico o emocional una fase imaginaria de sus vidas para entrar en otra. Y en realidad no se hallaban tan lejos de su cultura nativa como ellos pensaban; en U'ivu, la edad adulta se habría celebrado con banquetes y ceremonias, y supongo que sus confesiones y discursos cuidadosamente preparados eran, en cierto modo, una ceremonia en sí.

De modo que la pequeña broma de Victor no me pilló de nuevas; a fin de cuentas, no era la primera vez que un hijo me chillaba, en un arrebató de feroz osadía juvenil. Pero Victor resultó ser más decidido y terco que la mayoría. No fue ninguna sorpresa; tales atributos siempre habían ido con su carácter, y de hecho lo salvaron cuando no era más que una criatura que se moría de hambre y solo contaba con una tenacidad inexplicable para aferrarse a la vida.

Aquella noche, durante la cena (con una rebanada extra del pan que yo había tenido que acabar de preparar), comió con ganas, sirviéndose un segundo plato inmenso de espaguetis sobre los que vertió una cantidad excesiva de salsa.

—Ya está bien — le dije, pero él fingió no oírme y ni siquiera levantó la vista.

A mi derecha y a mi izquierda, Kerry y Ella (que se había presentado por sorpresa para cenar; yo sabía que poco después le acariciaría la espalda en mi despacho y le murmuraría palabras de consuelo) hablaban sobre el equipo de lacrosse de la facultad de Ella. A su lado estaban los gemelos, Jared y Drew, y a continuación Isolde y William, Grace y Frances, Jane y Whitney, y por último, al final de la mesa, Victor.

Siempre hay muchos momentos a lo largo del día en que te preguntas: ¿me pongo ahora a discutir? ¿O espero un poco más? En realidad, criar a una caterva de hijos no se diferencia tanto de dirigir un laboratorio. ¿Cuestionas a tu reputado colega delante de los subalternos? ¿O mejor esperas a quedarte a solas con él para pedirle que justifique su opinión o sus conclusiones? No es siempre, ni solo una cuestión de ejercer tu poder; por muy embriagador que este sea, no debes olvidar que por encima de todo, hay que mantener unas relaciones cordiales. Siempre es preferible dirigirse a esa persona en privado; la humillación pública enfurece a la gente, y luego la vuelve vengativa, y cuando se trata de personas mínimamente inteligentes, puede resultar muy peligroso. Yo me obligaba a ser prudente en el trabajo; no quería tener que serlo también en mi propia casa. De modo que no regañé a Victor cuando me ignoró. Pero cuando vi que apuñalaba de manera mecánica con el tenedor el montón de pasta (ensangrentada de salsa y con el aspecto de una montañita de carne cruda), algo dentro de mí se rompió y noté cómo me encendía.

Pero conservé la calma.

—Victor — lo llamé —, ¿me pasas la ensalada, por favor?

Toda la comida — la pasta, la salsa, el pan, el pescado y la ensalada, que por supuesto ni había tocado — había acabado en su extremo de la mesa.

No levantó la vista, seguía masticando. Vi que las potentes venas de las

sienes le palpitaban de un modo grotesco.

«Ay, Dios mío», pensé, más cansado que otra cosa. Aun así, no alcé la voz. A mi alrededor, los niños seguían hablando: Kerry con Ella, Jared con Drew, Isolde con Grace, Frances con Jane, Whitney con William. Solo Victor permanecía en silencio, masticando sin parar.

—Victor — repetí, un poco más brusco pero sin dejar traslucir mi rabia —. La ensalada, por favor.

Nada. Grace, que tenía siete años y acababa de dejar atrás la mesa de los pequeños, y que se había mostrado sumamente cauta, haciendo gala de sus mejores modales, me lanzó una mirada preocupada y alargó los brazos con intención de coger la ensaladera.

—No, cariño — le dije —. Pesa mucho. — Grace era una niña inquieta y solícita, y a menudo provocaba unos desaguisados tremendos en sus intentos por ser útil —. Victor, por favor, pásame la ensalada. Pero ya.

Los demás niños ya se habían percatado de mi tono y nos miraban a Victor y a mí, esperando ver qué ocurría. ¿Por qué tenía que convertirse todo en un espectáculo?, me pregunté. ¿Por qué estaban siempre deseando ser espectadores? Y Victor sin decir nada, concentrado en su plato y en masticar y masticar.

Pero no me rendí.

—¡Victor! — Nada —. ¡Victor! — Nada —. ¡VICTOR!

Su nombre empezaba a sonarme extraño, y por un segundo, al oír en voz alta las dos sílabas, como un huevo de plástico partido por la mitad — Vic. Tor. —, pensé: «Tiene razón. Es un nombre ridículo». Pero el momento pasó, y volví a ser presa de la cólera.

Entonces oí la vocecilla ronca de Grace, un sonido que siempre me daba grima:

—Se llama Vi, papá. Victor ahora se llama Vi.

Tengo que reconocer que me quedé de una pieza, sin palabras por un momento.

—¿Cómo dices, cariño? — le pregunté.

—Vi — repitió —. Nos lo dijo la semana pasada.

Vi que los gemelos asentían, dándole la razón. Evité mirar a Victor pero supe que estaba esbozando su sonrisa estúpida y petulante, la que hacía que me dieran ganas de abofetearlo con todas mis fuerzas, una y otra vez, hasta que le brillaran los ojos de lágrimas y se le afearan los rasgos por el sufrimiento.

Pero, naturalmente, no lo abofeteé.

—Ah, ¿sí? — pregunté con severidad, mirándolos uno por uno, viendo cómo todos bajaban los ojos.

Solo Whitney me mantuvo la mirada.

—Sí — contestó. Tenía doce años y ya me odiaba, pero siempre había sido un niño muy espabilado —. Si pasaras más tiempo con nosotros, lo sabrías.

Miró a Victor con impaciencia, como si esperara una recompensa por su lealtad y complicidad, pero Victor (tuve que mirarlo) me miraba a mí con fijeza, sonriendo de manera muy elocuente.

Quizá un silencio me habría dejado perplejo, pero los niños nunca se resisten al sonido de sus propias voces, y Victor no era la excepción.

—A partir de ahora solo responderé al nombre de Vi — anunció, sin dejar de mirarme —. Ni Victor, ni Vic, ni Tor. — Los gemelos soltaron una risita —. Vi, y nada más que Vi. ¿Os habéis enterado todos?

—Ay, Victor — se burló Ella —. Qué inmaduro eres. Deja de comportarte como un niño pequeño.

Pero el desprecio de su hermana mayor le resbaló. Por lo demás, le traía sin cuidado lo que sus hermanos pensarán de él; nunca le había importado un

comino. El caso era sacarme — siempre — de mis casillas, meterme en su juego.

—Victor — empecé a decir, tomando aire, y él levantó la barbilla, preparándose para la pelea. Los demás niños me observaban con impaciencia; ni siquiera Ella pudo resistirse a recaer en los contornos de su yo adolescente: fingía una actitud despreciativa, pero también aguardaba una trifulca jugosa. Y de pronto me percaté: «Victor tiene trece años. Yo, sesenta y cinco. Tengo demasiados años y demasiados méritos para pelearme con este mocosito ridículo» —. Muy bien — me rehíce —. Muy bien. Que tus hermanos te llamen por ese nombre absurdo, si así lo deseas. Se trata de tu dignidad. ¿Me habéis oído, chicos? Nada de Victor.

Los niños le miraron, y al instante me di cuenta de que Victor estaba decepcionado. ¿Quién sabe qué munición, qué chatarra atesoraba en su arsenal, qué libros habría leído para prepararse para nuestro duelo, qué argumentos estaba dispuesto a esgrimir, qué histrionismos planeaba emplear? Nadie queda más defraudado que el púgil cuyo contrincante abandona el combate.

Me puse de pie, y al apartar la silla las patas chirriaron contra el suelo.

—Me voy a mi despacho — anuncié —. Isolde, te toca fregar. Whitney, tú secas.

—Ya me encargo yo, papá — intervino Ella con dulzura, imponiéndose a las protestas de Isolde y Whitney.

—Como quieras — accedí, y di media vuelta para salir. — Cuando llegué a la puerta, no obstante, me detuve y hablé en dirección al pasillo vacío —. Es el último minuto de mi vida que voy a malgastar en este tema — dije, en voz alta y clara para que todos me oyeran —. Pero no esperes, Victor, que te llame por tu nuevo nombre. A partir de ahora pensaré en ti como mi Chico Sin Nombre, como un perro callejero. ¿Estamos? Pero tranquilo, te prometo

que no volveré a llamarte Victor. Buenas noches, Ella, Kerry, Jared, Drew, Jane, Isolde, Whitney, William, Frances, Grace. Buenas noches, Chico.

No tuve que volverme para ver lo que estaba ocurriendo en medio del silencio; los semblantes ansiosos y alborotados de los niños, los ojos alegres de expectación, y la barbilla de Victor bien alta, con una expresión inescrutable en sus ojos oscuros de párpados caídos.

En los días siguientes me di cuenta de que Victor había optado por creer que había obtenido una victoria considerable frente a mí. Por desgracia, también tenían esa sensación algunos de los niños más jóvenes e impresionables; aunque no deseaban ser humillados por mí como lo había sido Victor, se prestaban a juegos que juzgaban provocativos, tales como llamar «Vi» a Victor en mi presencia y acto seguido mirarme de refilón y dejar escapar una risilla nerviosa. Yo sonreía con aire beatífico o no les hacía caso sin más, y ellos soltaban otra risita, todo lo cual solo servía para socavar gravemente la seriedad del propósito de Victor. Él, en cambio, se limitaba a fruncir el ceño y los labios. Sin embargo, ellos tampoco tardaron en cansarse de aquel juego.

Cuando me veía obligado a emplear su nombre, seguí llamándolo Chico, pero la mayoría de las veces no pronunciaba nombre alguno. Él, presa de su confusión, parecía haberse resignado, sobre todo, creo, porque no se le ocurría un buen argumento con el que contraatacar. Mientras no lo llamase Victor — y, fiel a mi palabra, dejé de hacerlo desde el primer momento, calculando bien lo que iba a decirle antes de dirigirme a él —, respondía y acudía, de mala gana, arrastrando los pies y en realidad de una manera no muy distinta a la de un perro. (Y yo sabía en todo momento quiénes habían reñido o estaban disgustados con él, pues en esos casos también lo llamaban Chico; para sus amigos y simpatizantes, sin embargo, era Vi.)

Al cabo de varios meses la situación había pasado a ser lo normal. De

hecho, en una familia grande — en la que a menudo contar con el don de la adaptación, y no con el de la inteligencia, es la mejor manera de sobrevivir — muchas cosas extrañas acaban por convertirse en norma. Así, durante un período largo, la vida se ciñó a sus ritmos insustanciales: los niños iban a la escuela, jugaban, peleaban y comían. Unos me aborrecían y otros regresaban para declararme su amor recién descubierto. Yo acudía al laboratorio, pronunciaba discursos, escribía y publicaba. Fue una temporada satisfactoria para todos.

Llegó Acción de Gracias y una docena de hijos mayores vino a casa en compañía de sus cónyuges e hijos, con las maletas cargadas de regalos para la generación más joven: vestidos, balones de fútbol, coches teledirigidos y baratijas del centro comercial, que los niños agarraban con frenesí, como si nunca en su vida hubiesen visto un juguete. Aquel año, veintiséis hijos míos participaron en la cena de Acción de Gracias, así como seis hijos políticos y once nietos. Naturalmente, no pude alojarlos a todos, ni siquiera estirando mucho cada dormitorio, pero todos pasaron una barbaridad de tiempo holgazaneando por la casa, y me alegré de que la fiesta acabara y cada mochuelo volviese a su olivo; por mi parte, pude disfrutar de una corta semana de tranquilidad hasta que se iniciaron los preparativos para las navidades, cuando la historia se repetiría, solo que con mucha más gente. Aun así, aquel año tenía ganas de Navidad, pues vendrían de visita Owen y su compañero de aquel momento, un escultor de treinta y siete años llamado Jerjes (y cuyo verdadero nombre, según él mismo reveló accidentalmente en cierta ocasión, era Shawn Ferdlee — ¡Ferdlee! — Jones).

El mes que transcurre entre Acción de Gracias y Navidad siempre es uno de los más desagradables, y aquel año fue especialmente difícil. En casa siempre había habido al menos dos o tres chicos mayores que se encargaban de las compras y de envolver los regalos de los más pequeños, así como de

comprar y poner el árbol de Navidad que los niños tanto insistían en colocar, y de supervisar la limpieza y parte del menú. Sin embargo, dio la casualidad de que aquel año los niños de mayor edad que aún vivían en casa eran Isolde y William, ambos de quince años y, por tanto, muy poco útiles: ninguno conducía y los dos eran aún demasiado jóvenes para ejercer algún tipo de autoridad sobre sus hermanos. Con quienes estaban en la universidad tampoco podía contar; por lo general aparecían el fin de semana anterior a las fiestas, cargados con bolsas de basura llenas de ropa apestosa que lavar, y preferían pasarse el día apoltronados, cambiando de canal y aderezando sus intervenciones a la mesa con expresiones en alemán o español atrocemente pronunciadas, pero con mucha seguridad, y ninguneando a los pequeños con impaciencia. Al final llamé a Ella, que estudiaba en Washington, y le pedí que viniera a pasar el fin de semana a casa para «echar una mano», expliqué con deliberada imprecisión.

«Ay, papá, me encantaría — mintió —, pero es que...» Y a continuación pasó a enumerar una cantidad de trabajos que con un poco de suerte podría haber hecho en tres años, no hablemos ya de tres semanas. Al parecer, el breve período de intensa y sentida gratitud — que a menudo se traducía directamente en docilidad — que Ella había experimentado tras su lacrimógena confesión había tocado a su fin, sin que yo hubiera podido sacarle provecho alguno.

«Ay, estos hijos míos...», pensé, no por primera vez. Pero, como de costumbre, ni yo mismo supe cómo acabar aquel pensamiento.

Al final me vi obligado a llevar a cabo la mayor parte de las tareas solo. La señora Lansing no podía haber elegido una semana peor que la primera de diciembre para someterse a una histerectomía, es decir, que el tiempo que pasé en casa enseguida acabó empleado en toda clase de recados deprimentes: fui en coche al espeluznante centro comercial de Bethesda;

gasté miles de dólares en crujiente papel de regalo plateado, en robots de plástico que, al pulsar un botón, expulsaban unos torpeditos de plástico por los brazos, en muñecas de pelo pajizo con erupciones de encaje a la altura del canesú y en harapos fabricados con tejidos brillantes y resbaladizos que olían a vinilo horneado. Naturalmente, hubo más faenas y mandados: preparé montañas de masa para galletas, que en gran parte acabé moldeando yo, a altas horas de la noche, y espolvoreando con azúcar de colores antes de quemarlas en el horno; le pedí a la señora Ma, la mujer de la limpieza, que viniera tres veces por semana en lugar de dos, pero no había pasado ni una hora desde que se había marchado cuando ya estaba la casa llena de porquería y las paredes pintarrajeadas con ceras. Creo que basta con decir que me sentó muy mal tener que dedicar todo mi tiempo a las muchas conversaciones y tareas que me veía en la obligación de mantener y llevar a cabo a lo largo del día. Me recordé enseguida, y de manera continuada, lo sensato que era dedicar aquel mes al trabajo y las conferencias (como había hecho todos los años anteriores), y pasaba gran parte de las jornadas preguntándome por qué me había prestado a semejantes tonterías e inconvenientes.

Me imagino que parte de la razón por la que me quedé en casa fue la impaciencia y la ilusión de ver a Owen; en noviembre habíamos hecho las paces tras una pelea importante que habíamos tenido en julio, y hubo momentos en aquellos meses en que la añoranza había sido tan pura e intensa que notaba el pecho vacío, cavernoso. Por lo demás, estaba el hecho de que recientemente había empezado a sentirme muy viejo y muy solo, amén de exhausto, y ansiaba la compañía de esa persona que me conocía desde siempre, desde que era libre y mis únicas responsabilidades tenían que ver conmigo mismo. A veces miraba a Eloise, la niña más pequeña, y me atenazaba la desesperación. «Ay, Dios, pensaba, ¿a qué he estado jugando?» En aquellos instantes me veía de pronto como un fraude, un charlatán que

había llevado la broma demasiado lejos sin percatarse siquiera. Miraba a los críos apiñados en torno a la mesa, comiendo y comiendo y comiendo, y de repente la escena se me antojaba repulsiva y antinatural. No era la primera vez que me daba de bruces contra el absurdo fundamental y lo excesivo de una situación en la que yo mismo me había metido, pero sí era la primera vez que aquellas sensaciones se acompañaban de una desesperación tan diáfana y sin filtros.

Hubo otra novedad perturbadora: desde hacía un tiempo mis pensamientos volvían una y otra vez hacia el chico, hacia cómo me había sentido estando con él, y hacia el ardor con que había esperado e intentado recobrar aquella sensación, integrar aquella felicidad en mi vida cotidiana; por eso los había adoptado. Eso era lo que quería de ellos. Y sin embargo, con cada uno de ellos la sensación de placer que tanto anhelaba iba acortándose, se hacía más escurridiza, más difícil de evocar, y cada vez me sentía más y más solo, hasta que al final los niños únicamente encarnaron la prueba de lo que había perdido, de mis pesares sin solución. En ocasiones me preguntaba si no los había adoptado para castigarme. Pero ¿castigarme por qué? ¿Por Ivu'ivu? ¿Por Tallent? No eran especulaciones afortunadas, pero sí al menos lógicas, a su manera. «Me he condenado a esto por algún motivo —pensaba—; esto tiene que estar ocurriendo por alguna razón; no puede ser un simple desatino; no he podido encarcelarme con estos niños como una vez me encarcelé con sus padres, tíos y abuelos en un lugar que me había arrebatado todo cuanto amé.» En aquellos instantes contemplaba a los niños de manera desapasionada, casi como si fuesen monos en un laboratorio y pudiera olvidarme de ellos al final de la jornada.

Aunque, naturalmente, no había posibilidad de olvidarlos. A veces soñaba que era un viajero perdido en un lugar muy poblado por criaturas extrañas y misteriosas. Llevaba un cuaderno en el que registraba lo que había visto en

mis viajes, pero era difícil describir a las criaturas y mucho más aún dibujarlas. No eran agradables, pero tampoco horrendas. Se parecían entre sí, si bien cada una contaba con un rasgo que la distinguía de sus semejantes: una tenía un pico inmenso, duro y cruel, del rosado de la sangre lechosa; otra, unas alas de color barro que al extenderse revelaban un espléndido revuelo de tonos escarlatas y lilas. Eran en esencia bondadosas, pero a veces alguna me atacaba directamente a la cara sin que mediara provocación, agarrándome la nariz o las gafas con unas garras torpes y graznando. Su hogar — que era, en una dirección, un cenagal burbujeante, en otra, un bosque inexpugnable con unas columnatas infinitas de árboles que se desvanecían en una neblina de color huevo y, en otra, una extensión apergaminada de tierra anaranjada, amoratada — resultaba igual de extraño e incomprensible. Pero lo más destacable del paisaje (cercado por raras cicadófitas de las que colgaban racimos de fruta que recordaba a los plátanos, muy hinchados y que olían a azúcar y turba) eran los sonidos: el aire estaba cargado de silbidos, risotadas, ronroneos y ululatos, tan estridentes que resultaban casi palpables y, como criaturas invisibles, parecía que fueran a caer del cielo y surgir de la hierba alta y rayada. A veces me daba la sensación de que casi podía distinguir unas llamadas de otras, y me preguntaba cómo aislaban las criaturas un solo sonido entre tanto estruendo. Y entonces me percataba de que no tenían orejas; solo hacían ruidos para sentir las vibraciones en sus gargantas resplandecientes y escamosas, para notar el eco de aquellos sonidos en su tierra espeluznante e imperturbable.

Soñé aquello tantas veces que acabé por acostumbrarme. Al principio me asustaba, me estimulaba y me deslumbraba su exotismo, su misterio. Pero más adelante simplemente quería salir de allí. En el sueño encontraba una roca, recubierta de un hongo suave de color berenjena, y me sentaba a esperar a ser transportado a cualquier otra parte, lejos de aquel territorio cuyos

misterios ya habían dejado de conmoverme y maravillarme. Por encima de mí, unos cuervos mezquinos, el único animal que acertaba a identificar, volaban describiendo unos arcos circulares y de mal agüero. Iban y venían, iban y venían, con los ojos brillantes, acerados, como abalorios, y yo aguzaba el oído, pero no emitían sonido alguno.

Cuando llegó la Nochebuena tenía ya tantas ganas de que acabaran las vacaciones que la víspera acepté una invitación de última hora para participar en un congreso de la Universidad de Estocolmo que empezaba el 31 de diciembre y se alargaba hasta el día 5 del nuevo año.

Había sido una semana espantosa. El día anterior había mantenido una conversación con Owen que degeneró en un enfrentamiento a grito pelado. Con los años, Owen había llegado a la conclusión de que él, que no tenía hijos, ejercía más autoridad sobre los míos que yo mismo, en virtud de tantos años instruyendo a universitarios acerca de la obra de Whitman, Cavafis y Proust. Éramos ya un par de ancianos, pero la ingenuidad de Owen seguía pasmándome; tras sus infrecuentes visitas, me llamaba para decirme que había interpretado las quejas que le habían dirigido los niños acerca del orden y la disciplina en el hogar como «llamadas de auxilio», como si yo fuese un déspota al frente de un pequeño estado esclavista y él un enviado especial de las Naciones Unidas con la misión de dar fe del sufrimiento y la injusticia que regía sus vidas. Me daba igual que Owen actuase como un antropólogo en mi propia casa, y se lo dije. Aun así, él insistía en impartir consejos que nadie le había pedido y amonestaciones menos deseadas aún acerca de una práctica — la del paso con éxito de la niñez a la edad adulta — a la que yo llevaba dedicándome más de treinta años y él en cambio ninguno.

Aquella Navidad, sin embargo, me llamó por teléfono imbuido de un grado

de disconformidad y superioridad moral desacostumbrada, incluso en él, para informarme de que Abby, una de las que ya tenían edad para ir a la universidad, se había presentado en el portal del edificio donde vivían Jerjes y él, «muerta de miedo y desesperada» (el lastimero retrato de su aflicción parecía salido de una novela victoriana), asegurando que yo la había echado. Sí, le confirmé a Owen, me había visto obligado a pedirle a Abby que se fuese de la casa, donde llevaba acuartelada gran parte del otoño, porque se había empeñado en fumar marihuana en su cuarto, algo que yo le había pedido muchas veces que no hiciera. Como era de esperar, a Owen aquello le pareció abominable e inhumano por mi parte. Por lo general, yo no entraba al trapo de las provocaciones de mi hermano, pero en aquel momento no pude reprimirme, y la pelea enseguida derivó hacia las supuestas deficiencias en mi tarea como padre durante décadas. A día de hoy sigo sin explicarme la ira repentina de Owen. ¿Surgió del aburrimiento, o de esa tendencia de los ancianos a inmiscuirse donde no los llaman? ¿O acaso estuvo inspirada — como a veces pensé, por mucho que intentara apartarlo de mi cabeza — en una suerte de envidia, en unos celos que siempre me había parecido que enturbiaban la percepción de Owen, a veces desbocados, a veces aplacados, pero siempre hirviendo a fuego lento, más escandalosos y enardecidos cada año, con cada reconocimiento que se me concedía, con cada niño que yo mandaba a navegar siguiendo la estela del mundo? A fin de cuentas, yo lo tenía todo y él en cambio solo contaba con Jerjes, con sus libelos de poemas y con una vida dentro de las fronteras del estado de Nueva York.

En cualquier caso, la conversación acabó mal, y antes de colgar me anunció que pasaría las vacaciones en Nueva York (con Jerjes, a quien yo tenía mucha curiosidad por conocer, y con Abby, la que, por mí, podía quedarse allí todo el tiempo que quisiera, ya que Owen pensaba que podía hacerlo mucho mejor que yo). «Enviaré por correo los regalos de los niños»,

me espetó justo antes de colgarme el teléfono; pero, por muy consternado y enfadado que yo estuviera, recuerdo que asimilé el comentario con una especie de alivio amargo: Owen siempre hacía unos regalos espectaculares que los niños esperaban con ilusión cada año.

Aquella noche, cuando todos se habían retirado a sus dormitorios, bajé al salón con una caja grande de plástico que la señora Lansing me había dejado preparada poco después de Acción de Gracias. Abajo había decenas de botitas por todas partes, cada una con un nombre; los niños incluso habían quitado los cuadros de las paredes para colgar las botas de las alcayatas. La estancia parecía el resultado de la oscura y entregada obsesión de un demente.

La señora Lansing me había dejado por escrito instrucciones muy específicas: en cada bota había que meter una bola de chocolate envuelta en un papel de plata punteado, como la piel de una naranja; un rectángulo de caramelo de menta; una pastilla lechosa de jabón de glicerina, en cuyo centro flotaba un juguetito de plástico (un dinosaurio, una mariposa, un cerdo, un tiburón); una libreta pequeña de espiral con un lápiz aún más diminuto y sin afilar y un puñado de esos caramelos de miel que tanto me gustaban. Además, había un juguete envuelto para cada uno de los trece niños que aún vivían en la casa, mientras que para los adultos y los universitarios había cheques en sobres. Lo distribuí todo en las botas y debajo del árbol (que se alzaba en un rincón, espectacular y espantoso, plagado de adornos hechos en el colegio con cartulina de colores, brillantina y pegotes de cola que parecían desechos, y unas agresivas luces blancas que parpadeaban con estridencia), asegurándome de que ninguna bota se quedara vacía. Cuando hube terminado, me senté y me comí unas galletas con pepitas de chocolate chiclosas y poco hechas que los más pequeños habían preparado y dejado junto a la chimenea, y vertí de nuevo la leche en la botella de plástico. De

pronto me acordé de aquella conversación con Tallent, de su ladina certeza de que yo acabaría teniendo hijos. ¿Acaso sabía de antemano cómo sería mi vida? De repente me sentí observado, vigilado en realidad, y me volví, pensando por un instante que tal vez lo descubriría espiándome desde detrás de la cómoda, deslizando el lápiz por la hoja sin dejar de mirarme, un espécimen que se había transformado justo en lo que él esperaba. Pero no había nadie, y experimenté vergüenza, y alivio, y de nuevo vergüenza por sentirme aliviado.

Estaba cansado, pero aún no me apetecía meterme en la cama. En realidad me moría de impaciencia y desilusión. No paraba de darle vueltas a la pelea con Owen y me sorprendí a mí mismo preguntándome, distraídamente, si debía llamarlo para pedirle perdón. «Owen, escúchame —le diría—. Lo siento mucho. No está bien que discutamos. Somos ya muy viejos.» Cinco años antes, ni se me habría pasado por la cabeza mantener una conversación en esos términos con él. Pero ahora nuestras riñas, que tan apasionantes y vigorizantes se me antojaban en el pasado, animadas demostraciones coloridas de voluntad y opiniones, resultaban enervantes y cansinas. A lo mejor debería llamarlo y asumir que me he equivocado, pensé. Él se sentiría victorioso por un momento, y a mí me pondría de los nervios. Pero yo ya había escrito mi propia historia para la posteridad, la cual no incluiría los detalles de mis rifirrafes con Owen: quién empezó, quién acabó, quién ganaba, quién perdía.

A través de la puerta de la cocina vi la luna, que despedía una luz tenue y amarillenta, como de pus. Salí, y sobre mí vi el cielo veteado de finos jirones de nubes y cuajado de estrellas blancas y brillantes. No sé cuánto tiempo pasé a la intemperie, observando el aliento espectral que salía a chorros de mi boca, con una de las galletas mantecosas y fallidas de los niños en la mano mantecosa y fría. Podría largarme, pensé. Podría preparar una maleta

pequeña, meterme en el coche y quitarme de en medio. Cogería un avión a una ciudad europea, cualquiera, y allí me establecería. Cualquier universidad me acogería encantada, sin pedirme explicaciones. Era el momento perfecto: los mayores estaban en casa, cuidarían de los más pequeños, sabrían a quién llamar. Los mayores podrían adoptar a los más jóvenes — a la pequeña Eloise, Giselle y Jack —, pensé. Di por hecho que los demás acabarían en casas de acogida, lo cual sería una lástima. Aunque quizá que estuvieran emparentados conmigo les aseguraría una familia adoptiva; me habría alegrado mucho. Pero, naturalmente, el plan no funcionaría, por muy lógico que me pareciera.

Se había hecho bastante tarde, pues la noche era negra y silenciosa, y estaba deseando volver a mi despacho. Dormiría quizá varias horas y luego los niños se despertarían y me enfrentaría a un nuevo día. Pero cuando intenté girar el pomo de la puerta para entrar, no cedió.

Casi de inmediato mi boca se colmó de los sabores del miedo — sangre seca, agua salobre, metal — y a continuación de la cólera. La puerta no se cerraba de forma automática; había que echar el cerrojo adrede desde dentro. Golpeé con la palma una de las hojas cuadradas de cristal.

—¡Eh! — grité ridículamente —. ¡Eo! ¡Dejadme entrar!

Y en aquel momento vi que alguien emergía de la oscuridad. El torso quedaba oculto por las sombras, de modo que solo vislumbré las piernas; por un instante pensé que no era uno de los niños sino un diablillo, un trasgo travieso que correteaba por casas a oscuras, buscando su otra mitad.

Aunque, naturalmente, sabía quién era.

—¡Victor! — exclamé, tan alto como osé, golpeando el cristal.

Para rodear la casa y entrar por la puerta principal habría tenido que salvar la cerca de madera que separaba el jardín trasero del delantero, que no solo era más alta que yo sino que solo podía abrirse desde el otro lado (¿por qué?,

me pregunté). No me quedaban más alternativas, más opciones que Victor. ¿Y si pedía auxilio? No habría sido de recibo que los vecinos sorprendieran al gran científico en bata y pantuflas, en la puerta de su casa y ordenándole a uno de sus hijos que lo dejara entrar. (A los demás los imaginé arriba, despatarrados y en otras posturas de inmerecida indolencia, con las orejas redondas y oscuras tapadas por cascos con almohadillas, asaltados sus pobres tímpanos por punzantes líneas de bajo, percusiones y pitidos.) Solo estaba Victor, solo Victor.

—¡Chico! ¡Abre la puerta ahora mismo!

Las piernas se detuvieron, a pocos pasos de donde yo estaba.

—Chico — siseé —. Abre la puerta inmediatamente. Ya. — Estaba a punto de amenazarlo cuando me di cuenta de lo débil y patético que resultaría: yo era el que estaba fuera, expuesto al frío, sin más abrigo que el batín. Él en cambio estaba dentro, dentro de la casa, de mi casa. En los cristales distinguí el reflejo del árbol, con las luces parpadeando sin propósito. Se encendían y se apagaban, se encendían y se apagaban —. ¡Victor!

Y en ese momento se acercó mucho al cristal, y lamento tener que decir que di un pasito atrás que a él, naturalmente, no se le escapó. Sonrió, y por un momento aquella mueca feroz, aquellos dientes brillantes y afilados y aquellos ojos negros — tan negros que era difícil determinar dónde acababa la pupila y empezaba el iris — lo transfiguraron en un demonio, y tuve miedo.

—Me llamo... — empezó a decir, y lo oí gritar a través del cristal —: ¡Vi!

—Victor — repetí despacio, con un tono deliberadamente aterrador —, vas a abrirme esta puerta ahora mismo. Luego, te meterás en la cama. Como no me abras, te daré una paliza que no te reconocerás cuando te mires al espejo.

— Para mis adentros, me dije: «Voy a dártela de todos modos, tanto si me abres ahora mismo como si tardas cinco minutos».

Pero él solo ladeó la cabeza, sin dejar de mirarme. Tampoco relajó la sonrisa fiera, que le estiraba los labios en una forma alargada, fina, demoníaca, como la hoja de una guadaña. Me percaté de que era la misma sonrisa atroz de la que yo creía haberlo liberado tantos años atrás, y sentí un escalofrío de la cabeza a los pies.

—Te habría abierto — dijo, con una voz que pretendía imitar la mía —, pero me has llamado Victor. Después de haberme dicho que no me llamarías más así.

Sabía que no había terminado.

—¡Victor! — Di otro golpe a la puerta —. ¡Victor, so pedazo de animal!

Pero no se inmutó.

—Me temo que eso demuestra — añadió — que eres un mentiroso. ¿Y qué nos has dicho siempre de las mentiras? Que son la degradación de la integridad. Pero no me lo creo. Yo opino que hacen tanto daño a la persona a la que se miente como a la que dice las mentiras. Así que tendré que castigarte. — Dio un paso atrás y su rostro se perdió de nuevo en la oscuridad. Aun así, me llegaba su voz —. Me temo — continuó con aquel tono gélido — que tendré que dejarte ahí fuera para que pienses en lo que has hecho. — Otro paso atrás, y dejé de verlo de torso para arriba. Su voz también se debilitó —. Nunca es tarde — otro paso; solo la cintura y las piernas eran visibles — para aprender una lección. — Otro paso atrás —. Papá. — La última palabra fue poco más que un susurro. Se dio media vuelta y vi las suelas blancas de sus zapatillas en el momento en que se alejaba.

Me percaté de que durante la última parte del discursito de Victor me había quedado helado; de pronto, distinguí mi reflejo en el cristal: la palma, llena de arrugas y surcos, arañando la puerta, la boca abierta y muda, los ojos

desorbitados, abiertos como platos con la confusión irremediable de los ancianos. «Dios mío — pensé —. Dios mío. ¿Quién es? ¿Quién es este niño que vive en mi casa?» Me acordé una vez más de cómo lo había encontrado, aovillado en el suelo, con una costra de suciedad tan gruesa que parecía una piel. «Como una alimaña», había pensado entonces, indignado. Pero ahora lo pensé de nuevo. «Como una alimaña.» Sin embargo, la indignación, sin ser menos real, no se dirigió a sus circunstancias, sino contra mí mismo. Tendría que haberlo dejado allí, me dije. Quién me mandaba a mí salvar una cosa que nadie más había querido.

Pero seguí llamándolo.

—¡Victor! — grité, con toda la fuerza de que fui capaz, intentando clavar las uñas en la puerta —. ¡Victor! ¡Victor! — Seguí dando golpes y llamándolo durante minutos, durante horas —. ¡Victor!

Mientras tanto, arriba, lo sabía, Victor estaba tumbado en posición fetal en la cama que yo le había proporcionado, en el cuarto que yo le había proporcionado, durmiendo.

Fue Gregory, uno de los mayores, quien me encontró a la mañana siguiente, desplomado contra el marco de la puerta. Al parecer, por fin había sucumbido al sueño, y cuando su grito me despertó de nuevo fui consciente tanto de la indignidad de la situación como de mi descuidado aspecto: un hilillo largo y brillante de saliva colgaba desde el labio hasta la barbilla. Una vez en el interior, empecé a temblar con tal violencia que oí el castañeteo de mis propios dientes.

—Papá, ¿qué hacías ahí fuera? — me preguntó Gregory.

Supuse que ya habría abierto el sobre, pues se mostraba especialmente atento y revoloteaba a mi alrededor, ofreciéndome una taza de café, echándome una manta por los hombros.

—¿Qué hora es? — le pregunté, con voz ronca; las palabras me rasparon la garganta.

—Las ocho.

Las ocho. ¿Cuánto tiempo había pasado a la intemperie? ¿Cinco horas? ¿Seis? La furia, su sabor caliente en mi boca, igual que la sangre, era lo único que me había salvado de la congelación.

Gregory me hizo cruzar la cocina hasta el salón, donde vi que estaban todos los niños reunidos metiéndose puñados de caramelos en la boca, riendo, charlando y peleando.

—Mirad a quién me he encontrado fuera — anunció Gregory en voz alta (se moría desde siempre por ser el centro de atención), y los demás nos miraron.

Entonces se oyó un estruendo ensordecedor, no muy distinto al ruido de una bandada de aves de gran tamaño al alzar el vuelo desde una playa, y muchos de ellos (solo los mayores y los más pequeños; los adolescentes se limitaron a mirarme con cara de idiotas) se precipitaron sobre mí, con los brazos abiertos y sofisticadas caras de pena.

—¡Papá, estábamos buscándote!

—¿Dónde estabas?

—¿Estás temblando?

—¡Estás helado!

—¡A Jared le han traído más chucherías que a mí!

Pero yo no los escuchaba; buscaba entre ellos a Victor. Mas no estaba.

De pronto entró en el salón lanzando vítores, con un par de pilas en una mano y el coche teledirigido por el que había suplicado y que yo le había comprado y empaquetado la semana anterior debajo del otro brazo.

—¡Las he encontrado! — gritó, tirándose a la moqueta para aterrizar al lado de Jack —. Ahora funcionará.

Todavía no me había visto.

«Alimaña — pensé —. Monstruo abyecto.» Deseé con todas mis fuerzas que se muriera, o poder matarlo.

—Victor — llamé, con voz gélida —. Victor.

Como es obvio, él no levantó la vista.

—¡Victor!

No obtuve respuesta. Pero una especie de murmullo de asombro y desaprobación se abría camino por el salón. Los adultos, muchos de los cuales ignoraban la batalla que ambos habíamos librado (y perdido) a cuenta del cambio de nombre de Victor, le gruñeron abiertamente. «Respóndele a papá cuando te hable, Victor», oí que decía alguien, y a continuación una vocecilla de niña que replicaba: «Es que ahora se llama Vi».

Entonces avancé hacia él.

—Levántate — le ordené —. Levántate. — Él seguía mirando al suelo, la boca díscola, inmensa, plana y fea como la de un besugo, sin reaccionar. Lo agarré de un brazo y lo puse de pie. Era apenas unos centímetros más bajito que yo, pero escuálido, y noté los huesos puntiagudos y complicados del codo bajo mi mano. Y le pegué, en la cara, con todas mis fuerzas. Él echó la cabeza atrás y adelante con un movimiento brusco. Le propiné otro bofetón. Las dos veces empleé la palma de la mano, que me escoció, con el mismo pinchazo de agujas que cuando había estado golpeando el cristal, gritándole —. ¿Cómo te atreves? — le pregunté, con voz grave e imponente —. ¿Cómo te atreves, insecto inmundo, so animal, so nada? ¿Cómo te atreves a bajar y a aprovecharte de mi bondad y mi generosidad? ¿Cómo te atreves a abrir unos regalos que no te mereces y que yo te he comprado (yo te he comprado) por pura amabilidad?

»¿Tienes idea — me oí añadir — de por qué te traje? Te traje porque me diste pena. Porque eras menos que un ser humano, menos que un niño. Tu

padre te habría vendido a cambio de una pieza de fruta podrida. Podría haber hecho contigo lo que me hubiera dado la gana. Podría haberte traído a esta casa y encadenarte en el sótano, y nadie se habría enterado, a nadie le habría importado. Podría haberte vendido a un tipo que te habría desmembrado y cortado en pedacitos para dar de comer a los cerdos. Hay gente que hace esas cosas, ¿sabes?, y tu padre no habría dudado en venderte a alguien así. Pero resultó que te vendió a mí.

»No eres nada. Yo te di sentido. Te di una vida. ¿Y así es como me lo pagas? — Lo abofeteé otra vez. Un fino riachuelo de sangre oscura empezó a brotarle de la nariz.

A mi alrededor, todos se habían quedado en completo silencio, como es natural. Sabía que, si desviaba la vista, los vería inmóviles como estatuas, con la boca entreabierta y los brazos cargados con los regalos que les había hecho.

Me incliné, sin soltarle el brazo, y cogí el coche de juguete y la bota llena de caramelos y se los lancé al niño que había más cerca, que estaba demasiado impresionado incluso para chillar de alegría.

—Los animales no necesitan juguetes — le dije —. Y tú no eres siquiera un animal. Fuera. Quítate de mi vista. No quiero ni verte. — Lo solté y él se incorporó, tambaleándose un poco, dio media vuelta y se dirigió a la escalera —. No — le advertí —. Los animales viven en el sótano. Abajo.

Volvió a girarse balanceándose aún y me miró, a los ojos. Por un segundo me pareció que afloraba una extraña sonrisa a sus labios, pero entonces comprendí que era de confusión y miedo, no de triunfo, y me relajé. Y acto seguido, sin mediar palabra, nos dio la espalda y lo vimos salir del salón, atravesar la cocina y bajar la escalera del sótano, y la puerta se cerró suavemente tras él. Yo me acerqué, eché la llave y me la guardé en el bolsillo

de la bata. Detrás de mí solo había silencio, tan mudo y suspendido como una escena de una película.

Naturalmente, la jornada se fue al garete. Los mayores se marcharon poco después: se despidieron con la mano y me dieron las gracias con una cautela que me resultó vergonzosa. Los más pequeños despejaron el salón sin necesidad de ordenárselo y se fueron arriba con los juguetes y la ropa nueva. Solíamos comer todos juntos en Navidad, pero aquel día me encerré en mi estudio, y de allí pasé a mi dormitorio, donde eché una siesta. Cuando desperté, bien entrada la tarde, oí que los niños trasteaban abajo, preparándose algo de comer.

No salí de mi habitación en toda la noche. La casa se sumió en un silencio amortiguado. Ya de madrugada, desvelado, me dio por pensar que la intención de Victor había sido dejarme morir, que me congelara ante la puerta de mi propia casa.

«Ay», me dije con un estremecimiento. Algunos hijos míos me habían despreciado, aborrecido, de hecho, lanzándome miradas encendidas de odio puro. Pero jamás había tenido ninguno que hubiera intentado matarme, que me hubiese detestado tanto como para tratar de acelerar mi final. Concienciarme de esto resultó reconfortante en un sentido perverso, pues de pronto sabía de lo que él era capaz, y mi nueva tarea consistiría en averiguar la mejor forma de controlarlo. Resolví que no viviría con miedo de mi propio hijo. No podía.

A la mañana siguiente, antes de que se hiciera de día, bajé a la cocina y preparé dos servicios. En cada uno de ellos puse lonchas de pavo plegadas, varias porciones de queso en forma de triángulo, bollos con avellanas crujientes, una cucharada de aceitunas lustrosas de aceite y un montoncito de lustrosa lechuga. Coloqué uno de los platos en el sitio que ocupaba yo en la mesa de la cocina. Abrí la puerta del sótano y coloqué el otro en la escalera.

Esperaba encontrarlo allí, listo para saltarme a la cara igual que un gato salvaje, pero el sótano estaba a oscuras, en completo silencio, y la escalera desaparecía en la negrura. No oí nada, ni una respiración ni un sonido.

—Victor — dije en dirección al silencio de las sombras —. Aquí te dejo algo de comer. — Hice una pausa, sin saber cómo continuar —. Después te pondré más — anuncié por fin.

Quería añadir algo, pronunciar una afirmación rotunda, pero no se me ocurría cuál. Así que acabé cerrando la puerta, volví a echar la llave y me senté a disfrutar de mi desayuno.

A última hora, antes de acostarme, abrí otra vez para dejarle otro plato. Pero el que le había puesto por la mañana seguía allí, intacto, con los bordes del pavo oscurecidos y abarquillados como un pergamino. Aun así, no dije nada, simplemente coloqué el plato junto al primero.

Cuando, tres días más tarde, abrí la puerta con carácter definitivo, había ocho platos en la escalera, todos llenos de comida descompuesta, sin tocar salvo por una mosca que pasaba amodorrada de un plato a otro, satisfecha ante la perspectiva de semejante variedad.

—Victor — dije hacia la negrura —, me voy a trabajar. Por favor, recoge todo esto cuando salgas.

De nuevo vacilé, sin saber qué añadir. Y me fui, dejando la puerta entornada detrás de mí.

Aquel día me costó concentrarme: ¿qué me encontraría al llegar a casa por la noche? Cada vez que sonaba el teléfono me sobresaltaba, seguro de que esa vez sí, vendría a buscarme uno de los técnicos, con la cara desencajada, para contarme que la policía, los bomberos, los médicos de urgencias querían hablar conmigo. Me imaginé volviendo a casa, con el cielo oscurecido por unas nubes que se arremolinaban, hasta que me percatara de que no eran nubes sino una columna de humo, que seguiría hasta divisar mi casa reducida

a cenizas, el césped transformado en una erupción volcánica, los niños de pie en el bordillo de la acera abrazándose entre lágrimas, y ni rastro de Victor.

Pero cuando llegué a mi hogar aquella tarde, aunque la puerta del sótano seguía abierta, los platos ya no estaban. Más tarde los vi limpios y apilados con cuidado en la encimera, casi resplandecientes en el charco blanco que creaba la luz cenital.[*][82]

Después de aquello, la situación con Victor se volvió, si no más fácil, sí al menos más predecible. En efecto, poco puede añadirse a la cuestión. Nunca llegó a ser lo que cualquiera consideraría un niño ejemplar, ni siquiera un buen chico, pero tampoco cayó en la delincuencia, como le auguraba sin dudas. Lo que ocurrió fue que pasó los siguientes cinco años en mi casa limitándose a existir, presente y ausente a la vez. Durante la noche mensual de cine con los demás niños se tumbaba bocabajo, un tanto separado de los otros, y comía palomitas con el mismo aire distraído, ensimismado, con que lo hacía todo, mirando la pantalla sin reaccionar. A veces, cuando los demás se habían reído de algo él también soltaba una risita, pero siempre un poco a destiempo, y nadie entendía qué le hacía gracia. Ni siquiera él, creo. Se transformó en un agregado de pautas sociales, muchos de las cuales aplicaba incorrectamente, lo que le hacía quedar como un chico muy raro, una persona que medía el tiempo de un modo distinto. Me miraba con semblante inexpresivo, y donde antes había visto desafío y obstinación ya no quedaba nada, solo una sombra negra como un charco poco profundo de agua aceitosa.

Supongo que, si soy culpable de algo, es de haberme sentido secretamente satisfecho con el nuevo estado de Victor. Y sin embargo, también sabía que no era sano, que no era algo que debiera desear para ninguno de mis hijos. Pero no podía evitarlo. Había sido tan horrible tanto tiempo que casi me

permitía creer que aquel era en realidad el auténtico Victor, antes de que lo hubieran apresado las furias de la adolescencia, antes de transformarse en una criatura insolente, caprichosa e ingobernable, tan distinta del niño que recordaba como una alimaña y un ser humano. Por lo demás, tampoco es que fuese un zombi; gozaba con muchas cosas de la vida: competía en el equipo de atletismo del instituto, por ejemplo, y también se apuntó al coro. (Al oírlo cantar en un concierto distinguí su tono plano y sin matices entre todos los demás y me pregunté cómo es que no lo habían echado.) Sacaba unas notas mediocres, pero nunca había sido un estudiante modélico. Aun así, le dije — como les decía a todos los niños — que con mucho gusto lo mandaría a la mejor universidad que lo admitiera, y cuando aquella universidad resultó ser Towson State, le firmé el cheque correspondiente para la primera matrícula sin rechistar y le compré un reloj de acero, como había hecho con William e Isolde dos años antes, cuando acabaron el instituto. Después lo ayudé a meter su ropa, sus libros y varios chismes en cajas y bolsas de basura y lo dejé en la residencia universitaria, con las sábanas y toallas nuevas que la señora Lansing le había comprado. A partir de entonces nos vimos menos, aunque como es natural siempre tuvo abierta la puerta de mi casa. Al igual que al resto le gustó la universidad o, mejor dicho, di por hecho que le gustaba, ya que nunca daba noticias. En realidad, solo las facturas de la administración y los intermitentes boletines de calificaciones (que revelaban que había escogido una especialidad llamada ideología del deporte y que solo sacaba aprobados pelados y un par de notables) me confirmaban que seguía en el lugar donde yo lo suponía, yendo a clase o no, estudiando o no, quizá asistiendo a fiestas o acostándose con chicas guapas que consideraran atractivo su origen incierto. A veces me sorprendía preguntándome vagamente, cosa que no había hecho con los demás, qué habría hecho la noche anterior o qué estaría haciendo en un momento preciso. Me lo

imaginaba en clase, retrepado, con la cabeza echada atrás, mostrando su largo cuello, y bostezando, abriendo la boca y dejando al descubierto su lengua de color salmón y unos dientes blancos, blanquísimos, cada uno de ellos rematado por una diminuta y costosa corona de porcelana.

Un día, en la primavera del segundo año de Victor en la universidad, yo estaba sentado en el jardín de casa. Hacía un día precioso, húmedo, la típica jornada de principios de primavera en que de pronto todo adopta un centenar de tonalidades de un verde deslumbrante sin nombre, y yo contemplaba los árboles, las hojas nuevas, tan tiernas, jóvenes y livianas, tan traslúcidas y resplandecientes que parecían de pan de oro. Había vuelto temprano del trabajo porque tenía gastroenteritis y notaba la cabeza embotada y la saliva agria de bilis. Pero recuerdo que me alegraba de estar en casa, en mi jardín, en medio de un mundo en calma.

Tan embelesado estaba que ni siquiera oí el insistente campaneó del timbre de la puerta. De modo que cuando aquellos dos señores accedieron al jardín a través de la puerta trasera me quedé muy sorprendido y me puse de pie inmediatamente. Uno era blanco y el otro era negro, uno más joven, el otro mayor.

—¿Quiénes son ustedes? — pregunté.

El joven blanco respondió con otra pregunta.

—¿Abraham Norton Perina?

¿Qué iba a hacer yo? Asentí.

—Soy el agente Matthew Banville, del departamento de policía del condado de Montgomery. — Carraspeó, como si estuviese abochornado —. Me temo, doctor Perina, que debemos hacerle unas cuantas preguntas en comisaría.

Por encima de mi cabeza había aparecido una mariposa, la primera de la temporada, batiendo las alas blancas e inmaculadas cerca de mi cara, con tal

frenesí que por un momento pensé que estaba intentando advertirme de algo, transmitir un mensaje que solo yo podía entender.

Pero no advertí nada. Y cuando me volví hacia los hombres, allí seguían, esperándome en silencio, con semblantes severos, inexpresivos, desapasionados, unas caras que no estaba nada acostumbrado a ver.

—Tengo que ir a por mis pastillas — acerté a decir por fin, y el agente Banville miró al otro, que asintió, y los tres nos metimos en la casa.

Me permitieron entrar en el baño a solas, donde me demoré un rato largo delante del espejo, contemplando mi rostro y preguntándome qué iba a ser de mí. Me percaté entonces de que no les había preguntado sobre qué querían interrogarme. «Yo no he hecho nada», le dije a mi reflejo, que me devolvía una mirada débil. «Voy a preguntarles por qué han venido — pensé —, y será algo sin importancia, y todo esto habrá acabado, y será como si nunca hubiera pasado.» Y salí con intención de preguntarles, pero, como bien sabes, no fue algo sin importancia, no me dejaron marchar y mi vida cambió para siempre. Y de haber sabido entonces lo profundamente difíciles que serían las cosas a partir de ese instante, creo que habría intentado quedarme mucho más tiempo en el baño, escrutando mi propio rostro en busca de respuestas, mientras aquellos hombres esperaban y la tierra seguía girando con indolencia.

SÉPTIMA PARTE

Después

Empieza ahora un período de mi vida muy triste y difícil, en el que preferiría no detenerme, ni siquiera de pasada (aunque supongo que debo hacerlo, en aras de la honradez).

Tengo que reconocer que recuerdo muy poco del primer interrogatorio, y menos aún de la detención, y me extraña, pues me acuerdo de sentirme extraordinariamente despierto y entregado de una manera casi dolorosa a la actividad que nos ocupaba (que era, por desgracia, la relación de los hechos que me llevaron a la perdición). Recuerdo mirar alrededor, fijarme en que los colores y las formas se acentuaban y sus líneas y tonalidades se intensificaban a ojos vistas, y juzgar el mundo como algo agobiante, con sus colores innecesariamente agresivos, sus objetos extraños y sus sonidos tintineantes. A veces tenía que quitarme las gafas solo para que el mundo se emborronase, se retirara por un momento y dejara de parecer tan implacable y presente. En concreto, recuerdo la espera en una sala de interrogatorios de la comisaría, y aun en un espacio tan anodino — paredes deprimentes de ladrillo gris mar con agujeritos, suelo gris piedra, mesa de aluminio gris con unos filamentos plateados como hilos de seda — me sentí atacado, como si el propio tono gris fuese a formar una gran ola y ahogarme bajo su fuerza.

Bueno, ¿qué puedo decir de las acusaciones, la investigación, los artículos, el juicio? ¿Qué puedo decir del hecho de que el Instituto me concediera una baja administrativa (tras asegurarme que podía contar con su apoyo por

completo), de las declaraciones de colegas anónimos que empezaron a aparecer en los artículos en *The New York Times*, *The Washington Post*, *The Wall Street Journal*? ¿Qué puedo decir del hecho de que me quitaran a los niños que aún vivían conmigo, de que me impidieran contactar con Victor, de que cuando me presenté en la residencia universitaria — yo solo quería hablar con él, y él no había respondido a mis llamadas ni a mis cartas — me detuvieran como si fuese un criminal, a pesar de que tenía todo el derecho del mundo a hablar con mi hijo? El cuarto donde se escondía y se reía de mí lo costeaba yo, y gracias a mi dinero había acabado él allí.

Pero, aunque todas esas cosas fueron horribles, insoportables, los peores momentos no se corresponden a cuando descubrí que iba perdiendo mis derechos a la velocidad del rayo — cada día parecía deparar una nueva traición, una nueva humillación, un nuevo insulto —, sino a cuando me enteré de que Owen estaba en el ajo: Victor lo había llamado una noche y fue él quien lo alentó para que hablara con la policía, él quien lo ayudó a contratar un abogado, él quien pasó a firmar los cheques de la universidad cuando dejé de hacerlo yo. Mi propio hermano, mi gemelo, mi constante, escogía a un niño y no a mí. No me cabía en la cabeza, ni me cabe a día de hoy.

Después me enteré de más cosas. Victor había trabado amistad con Jerjes, el compañero sentimental de Owen (me encantaría saber cómo, pues ¿acaso una relación así, entre un hombre hecho y derecho y un chico universitario, no levanta sospechas?), y fue Jerjes quien le transmitió la acusación de Victor a Owen, y al parecer fue también quien convenció a Owen de su veracidad. Estos datos fueron llegándome con cuentagotas — un dato inútil por aquí, un fragmento inquietante por allá — a través de los niños que resolvieron creerme a mí, el hombre que había costado su educación durante tantos años, y no a Victor. Me alegraba mucho su lealtad, como es lógico, pero

fueron pocos, muy pocos — muchos menos de los que imaginaba o esperaba —, y a veces me sorprendía indignándome por tener que estarles agradecidos, para colmo, por deber considerar excepcional lo que tendría que haber sido la reacción más normal.

Al final, sin embargo, no es a Jerjes a quien culpo, sino a Owen. «¿Quién eres?», le pregunté durante nuestra última conversación, una de las pocas que mantuvimos entre la vista oral y el juicio, tras la cual jamás volvimos a dirigirnos la palabra.

«¿Y tú? ¿Quién eres tú?», me bufó justo antes de colgar.

Aquel día fue malo, uno de los peores. Aquel día me paseé como loco por toda la casa buscando algo que romper de manera irracional, alguien a quien pegar de manera irracional. Ocurrió durante el período en que me encerraron en mi propia casa, cuando, irónicamente, aquella fantasía recurrente se había hecho realidad: no había niños, ni ruidos, ninguna de sus pertenencias, olores ni sonidos, aunque de vez en cuando me topaba con algún juguete o una prenda de ropa — una pieza de dominó que confundí con una onza de chocolate, un calcetín con encajes roto a la altura del talón — olvidado a causa de las prisas con que el Estado quiso alejarlos de mi desatención. Por primera vez en muchas décadas, el desagüe de la bañera no estaba embozado de pelo lanoso y las ventanas no parecían papel vitela grasiento debido a las huellas de sus muchas manos. Siempre había tenido la sensación de que la casa vibraba, muy sutilmente, como si un tren fantasma pasara justo debajo de los cimientos, pero cuando los niños se fueron me di cuenta de que aquel temblor respondía a la presencia colectiva de tantísimas vidas viviéndose en un único espacio; lo que yo había percibido era la vibración de los altavoces cuando se conectaba una guitarra a un amplificador, los impactos de los saltos desde lo alto de una litera al suelo de fina moqueta, el terremoto de una manada de niños empujándose y agarrándose camino del baño por las

mañanas. «¡Pobre casa!», pensaba, y por momentos me sorprendía acariciando uno de los marcos blancos de las puertas, como quien le acaricia la cabeza a un caballo: con delicadeza, despacio, intentando apaciguarla.

Aquellos días estaba convencido de que no me pasaría nada. Ni se me ocurría la posibilidad de ir a la cárcel, porque ¿acaso no quedaba invalidado cualquier error que pudiera haber cometido con mis hijos por el mero hecho de que ellos mismos existieran? Más adelante, durante el juicio, los abogados mostrarían al jurado un retrato de familia, con las caras de los más pequeños transformadas en un borrón gris, pero aun así se veía que iban bien vestidos, que el verde del césped donde posaban era eléctrico, casi agresivo, que en contraste su piel relucía como palo de rosa barnizado. Uno de los niños sin cara — creo que era Grace, de muy pequeña — sostenía un polo con la mano estirada en un ademán de evidente regocijo mientras el helado le manchaba la cara interna de la muñeca de un bonito carmesí. En aquel momento me arrepentí de no haber documentado cómo eran antes de que yo los salvara, escuálidos como perros y con la piel del color del polvillo de los escombros, cuando ni se les habría pasado por la cabeza esbozar un gesto tan desenfadado, cuando jamás habrían permitido que un alimento se derritiera porque ignoraban que siempre había más, que siempre podían sacar otro del congelador. Pensaba a menudo en Victor, en su especial patetismo, y por las noches, desvelado en la cama, cuando el único sonido era el cíclico zumbido de la nevera, igual que una letanía, me preguntaba cómo sería mi vida si hubiera hecho lo que debía y hubiera subido al avión sin hacerle caso al hombre, dejando atrás a Victor con su vida insignificante.

Pero, naturalmente, me había equivocado. Sobreestimé la relevancia de mi magnanimidad. Al final, no tuvo ninguna; al menos, no frente los cargos que se me imputaban. Contra ellos, mi Nobel bien podría haber sido un trofeo de plástico ganado en una bolera, tan poco importó.

Vi a Owen una última vez. Fue la jornada en que Victor acudió a declarar contra mí. Aquel día reinaba el silencio en la sala, y cuando lo vi acercarse al estrado sentí, muy a mi pesar, una punzada de algo parecido al orgullo: ¿quién era aquel chico tan guapo y esbelto? Llevaba un traje que nunca le había visto y di por hecho que se lo habría comprado Owen; cuando se sentó advertí en su muñeca izquierda el reloj que yo le había regalado. Por un segundo me planteé que se tratara de una señal; ¡no podía habérselo puesto inconscientemente! ¡No podía sentir su peso en el brazo y no pensar en mí y, por tanto, en lo que estaba haciéndome!

Victor hizo una buena actuación, y mientras hablaba — daba respuestas breves e inteligibles, con voz grave, mirando con decisión al fiscal — resolví que lo había criado bien. Era un monstruo, sí, pero yo lo había integrado en la sociedad, le había enseñado a comportarse, le había dado todo cuanto necesitaba para arruinarme. Cuando acabó de declarar, miró en mi dirección y esbozó una preciosa sonrisa, rebosante de dientes blancos carísimos. En el momento en que me planteé qué significaba aquella sonrisa me di cuenta de que no me miraba a mí, sino un poco más allá, y al volverme para averiguar quién era el receptor de la señal de Victor vi a Owen, sentado entre el público, a escasos metros de distancia. Estaba al lado de Jerjes y le sonreía a su vez a Victor, como un idiota o un conspirador, hasta que desvió la vista y me miró, y en aquel instante, justo antes de que sus facciones reaccionaran y se recompusieran en una mirada asesina, me sonrió a mí, y mi felicidad de antaño se reflejó en él, un espejo de mi dicha pasada.

Aquella noche vino a verme mi abogado.

—Declárese culpable — me instó, pero me negué —. Me da igual — replicó cuando le expliqué por qué era tan injusto, tan improcedente; se interrumpió y empezó de nuevo, con un tono más amable —. Al jurado eso le da igual, Norton. Insisto, declárese culpable.

Pero no le hice caso, y todos sabemos lo que ocurrió.

He perdido la cuenta de las veces que me han señalado la suerte que tengo: por la cortedad de la sentencia, por el hecho de que me hayan sometido a aislamiento, por haber ingresado en esta prisión, considerada una de «las mejores». Algunas veces tengo la sensación de ser un estúpido al que milagrosamente hubieran admitido en una universidad de renombre y que nunca debe olvidar lo afortunado que ha sido, contra todo pronóstico.

Mis días aquí ya casi han tocado a su fin. En mis momentos más optimistas me digo que muy pronto este lugar pasará a ser otro entre los muchos que he habitado: Lindon, Hamilton, Harvard, Stanford, el Instituto Nacional de Salud, la casa de Bethesda. Pero cuando recobro la serenidad me doy cuenta de que no es así: todos esos sitios (a excepción de Lindon) son destinos a los que aspiré, cuyo acceso me gané, todos ellos buscados y escogidos por mí, todos ellos espacios de los que extraje cuanto necesitaba y más con el fin de pasar al siguiente. Fueron, todos ellos, sitios que anhelé y con los que soñé, y cuando me veía preparado para abandonarlos, los abandonaba.

Este lugar, sin embargo, es todo lo contrario: me obligaron a venir y solo me iré cuando hayan decidido que ya han terminado conmigo.

Me considero afortunado por haber tenido siempre unos sueños muy vívidos. En cierta ocasión, de joven, se lo comenté a Owen y él me dijo que si mis sueños eran salvajes, inverosímiles y ostentosos era porque mi mente no era nada de eso en su estado consciente; me dijo que nadie podía vivir sin fascinación y que mis sueños eran la vía que tomaba mi mente para corregir mi literalidad, para dar a mi vida el color de lo fantástico. Lo decía medio en broma, naturalmente, pero también en serio, y nos enzarzamos en una pelea vaga, enfrentando el rigor intelectual del científico y la autocomplacencia del poeta.

Pero desde que estoy aquí ya no tengo sueños. Han desaparecido justo cuando más los ansiaba, cuando necesitaba que su extravagancia de pavo real llenase mis horas de vigilia. Y en su ausencia he empezado a volver cada vez con mayor frecuencia a Ivu'ivu, curiosamente el lugar al que más se asemeja este. No en apariencia, naturalmente, sino en su carácter implacable, en su forma de atraparme; el lugar decidirá cuándo se hartará de mí, y por lo visto todavía no está saciado.

Así pues, dedico los días a que mi mente revolotee por un rollo de película parpadeante, lleno de imágenes: veo a los vuakas, su piel resplandeciente al contacto con la brisa, como iluminada por las estrellas, y el rosa melocotón de las manamas. Veo el fuego arder bajo una criatura chamuscada, cuya piel se levantaba formando ampollas irregulares. Veo el ciclón de pájaros chillones en la copa de una kanava y la cabeza de una opa'ivu'eke quebrando la línea del horizonte del lago. Veo al chico, sus manos radiantes como flores en la noche negra recorriendo mi pecho como si me sacudieran la tristeza, como si la melancolía se me hubiera adherido a la piel igual que una pátina de suciedad. Y, naturalmente, veo a Tallent, caminando aún entre los árboles, con movimientos silenciosos como los del perezoso, el pelo largo dibujando una estela de oro y madera en su espalda. A veces, cuando me quedo dormido en pleno día, sesteando pese a mi empeño por esperar hasta que apaguen las luces y comprenda que es de noche, me imagino caminando a su lado. En esos momentos nunca me he ido de Ivu'ivu, y somos compañeros, deambulamos juntos por la isla, un territorio reducido que sin embargo se me antoja ilimitado, como si pudiéramos recorrer sus bosques y colinas durante siglos sin hallar nunca el límite. Sobre nuestras cabezas brilla el sol. A nuestro alrededor, el océano. Pero nunca lo vemos. Lo único que vemos son los árboles y el musgo, los monos y las flores, los nudos de las enredaderas y las muescas de las cortezas. En algún punto de la isla existe un lugar donde

podemos descansar. En algún punto de la isla existe un lugar que es nuestro, donde nos tumbaremos el uno junto al otro y sabremos que ya no tendremos que seguir buscando. Pero hasta que lo descubramos, seremos un par de exploradores, dos figuras moviéndose por un paisaje mientras fuera y alrededor el mundo nace y vive y muere y las estrellas arden despacio hasta perderse en la oscuridad.

A. NORTON PERINA

Diciembre de 1999

13 de enero de 2000

Desaparece un afamado científico en libertad condicional

ASSOCIATED PRESS

BETHESDA, MARYLAND. El doctor Abraham Norton Perina, premio Nobel que recientemente salió de la prisión de Frederick, se halla desaparecido.

El doctor Perina, condenado en 1997 a veinticuatro meses de cárcel por dos cargos de abusos sexuales, fue puesto en libertad este mismo enero. No se presentó ante los funcionarios de vigilancia penitenciaria, y la policía del condado ha declarado que el domicilio de Perina se halla vacío y que ninguno de sus antiguos colegas ha estado en contacto con él desde antes de su puesta en libertad.

A este misterio viene a sumarse la desaparición simultánea del doctor Ronald Kubodera, residente en Palo Alto, California, colega y amigo de Perina. A finales del año pasado, Perina puso la mayor parte de sus bienes a nombre de Kubodera, científico que trabajó muchos años en el laboratorio de Perina y actualmente es profesor en la Universidad de Stanford. La institución informó de la desaparición del doctor Kubodera el 3 de enero, tras dos días sin presentarse a su puesto de trabajo. Al parecer, ha abandonado el piso donde hasta ahora residía.

Perina, de setenta y seis años, obtuvo el Premio Nobel de Medicina en 1974 por la identificación del síndrome de Selene, una enfermedad adquirida que proporciona a quien la padece una gran esperanza de vida a la vez que provoca su deterioro mental. También era famoso en Bethesda por haber adoptado a cuarenta y tres niños de U'ivu, el Estado micronesio donde en 1950 Perina observó el síndrome por primera vez.

«Localizaremos al doctor Perina —ha declarado un portavoz del Departamento de Policía del condado de Montgomery—. Rogamos a quien tenga alguna pista de su paradero que se ponga en contacto con nosotros de inmediato.»

Epílogo

Hemos llegado muy lejos, Norton y yo. Y no lo digo como algo vulgar o sentimental, sino en sentido literal: hemos llegado muy lejos. Pero me temo que no puedo ahondar mucho más.[83]

¿Qué más? Puedo contar que aquí el aire es abrumador, que está tan impregnado de aromas que a veces no puedo soportarlo y tengo que refugiarme entre cuatro paredes, y que no ha llovido en los últimos diez días. En la cocina, Norton se divierte haciendo ramos de flores enmarañadas, así que varias mañanas a la semana salgo con P., nuestro jardinero, a coger brazadas de flores cuyos nombres aún desconozco. Una es un tallo esbelto en cuyo extremo se abre un racimo de capullitos con forma de cofia, todos del amarillo de los rabanitos encurtidos japoneses. Otra es la rama de un árbol con unas florecillas tiesas y diminutas con forma de pistacho abierto. Y otra parece un succulento manjar de hojas recias, viscosas, y unos pétalos rígidos que se asemejan a torreones. P. me ayuda a cortarlas y yo las meto en una jarra grande de cristal; Norton disfruta cada vez que las ve. Somos muy felices aquí, él y yo.

Sin embargo, reconozco que a veces echo de menos la vida que dejé atrás. Me acuerdo mucho de mi laboratorio y mis colegas, y de vez en cuando de mis hijos, a los que sé que no volveré a ver. Hay veces en que desearía poder hablar con personas del pasado, añoro mi vida anterior y me pregunto si habré hecho bien. Pero esos ratos nunca duran mucho, ya que siempre puedo

recurrir a Norton — el motivo que me ha traído hasta aquí, al fin y al cabo — y entablar una conversación con él, y al escucharlo recuerdo que mi decisión, aunque lastrada quizá por una serie de realidades imperfectas, fue la correcta. Y, en cualquier caso, estoy convencido de que dichas sensaciones disminuirán con el tiempo.

Cuando llegué estaba ansioso de información, de noticias sobre la vida a la que acababa de renunciar. En realidad, ansiaba noticias de cualquier clase. No podía evitar ver mi nueva existencia a través del filtro de la antigua. El segundo día me pregunté: «¿Qué estarán diciendo de mí? ¿Qué estarán diciendo de Norton? ¿Qué pensará la gente?». Me imagine el teléfono del laboratorio sonando, el buzón a reventar de sobres y papeles. Dejé escritas un par de notas antes de irme, aunque reduje las misivas a lo mínimo: una para mi exmujer, explicándole que había dejado un dinero para los niños en una cuenta de mi banco, y que, dado que no pensaba regresar, nuestros hijos pasarían a ser responsabilidad suya; una para mi hermana, dándole las gracias por todo lo que había hecho por mí a lo largo de los años, y otra para el rector de la universidad, en la que no decía gran cosa acerca de nada. Empecé (varias veces) sendas cartas para mis dos hijos, pero no fui capaz de expresar con palabras lo que necesitaba (en verdad, de lo que no fui capaz fue de determinar exactamente qué esperaba transmitir), y por eso acabé por tirar la toalla. Sé que su madre les contará algo convincente; siempre se le dio mejor que a mí.

A pesar de que los anhelos han disminuido, a veces resurgen, a menudo de noche, cuando intento conciliar el sueño. La primera vez que me pasó creí que me había entrado hambre; al fin y al cabo, me había acostado sin cenar. Con cuidado de no despertar a Norton, bajé a la cocina y me quedé plantado delante del frigorífico abierto, contemplando los platos que M., la mujer de P. y nuestra cocinera a media jornada, había dejado esa misma mañana. Me

senté a la mesa con una bandeja de pollo hervido, daditos de queso en aceite de oliva y calabacines salteados con mantequilla, y comí hasta que salió el sol, tras lo cual me puse malo. Por desgracia, el ataque de glotonería se repitió varias veces, hasta que me di cuenta de que mis ansias no eran de comida, sino de algo remoto e inalcanzable. Estoy seguro de que siendo consciente de ello aguantaré mejor estos episodios y, en cualquier caso, espero de corazón que con el tiempo desaparezcan del todo. Cualquier vida nueva, por mucho que uno la haya imaginado y deseado, requiere un período de adaptación.

Mi historia — la historia de Norton — ya casi ha terminado, pero tengo que compartir dos cosas más con todos ustedes; una conlleva la otra, y en realidad no es necesario leerlas. Nuestra historia podría concluir aquí, representando para los lectores, o así lo espero, una conclusión tan satisfactoria como lo es para nosotros dos.

Hay un... pasaje, supongo, del texto de Norton que he silenciado, y tengo que reconocer que ahora lo incluyo con muchísimas reticencias. No estoy nada convencido de que sea lo más conveniente. También soy lo bastante cínico, imagino, para comprender que aunque debería dar igual, lo cierto es que importa. Por tanto, solo puedo decir que espero que conste como una curiosa nota al pie (pues no es más que eso, en realidad; la historia no gana ni pierde nada sin ella) y que las muchas cualidades que han quedado patentes a través de las palabras de Norton — su sensatez, inteligencia, pasión y compasión — sean lo que el lector recordará de este relato, lo que lo definirán para la posteridad. Pero, después de darle muchas vueltas, he decidido incluir el fragmento por la sencilla razón de que me parece extraordinario por sus torpes palabras de ternura, por su sinceridad, por sus orgullosas palabras de amor y por reconocer su falibilidad. Nos recuerda que el amor, al menos el amor puro que tan pocos de nosotros tenemos el lujo de

conocer, es una cosa compleja, oscura, violenta, un compromiso que no se contrae a la ligera. Es posible discrepar de las opiniones de Norton al respecto y aun así considerarlo un ser humano íntegro y bueno. Al menos es mi esperanza, aunque en última instancia es el lector quien decide; yo ya tomé mi decisión hace mucho.

Lo segundo que tengo que compartir con los lectores — pues me frustra tanto como a ustedes no poder compartir más detalles de mi vida aquí, si bien la discreción es una cuestión de necesidad en este caso, y no un capricho — es lo que ocurrió aquel día, hace casi un año, cuando fui a recoger a Norton a la prisión. Llevaba un tiempo esperando aquel momento, y había volado a Bethesda varios días antes, expectante. En esos tres días apenas si logré pensar en algo que no fuera Norton. Cuando me insinuó su plan por primera vez, durante una de nuestras poco habituales llamadas telefónicas, le respondí con cautela, con pies de plomo, pero pocas horas después lo tuve claro: por supuesto que lo haría. Llevaba toda mi vida adulta esperándolo, al fin y al cabo, y no se me ocurría ninguna pega lo bastante seria para no hacer algo de lo que jamás me arrepentiría. A fin de cuentas, siempre he sido fiel a Norton. No vi razones para abandonar mi instinto a esas alturas.

Al final, después de pasarme tres jornadas deambulando por la ciudad, con sus pequeños y carísimos comercios abarrotados de baratijas inútiles que no podía imaginar que alguien quisiera comprar (aceites de oliva y vinagres de diseño; cestas de junco trenzado con forma de jarrones de cerámica, y jarrones de cerámica con veladuras que les daban apariencia de cestas de junco trenzado), fui en el coche a la prisión de Frederick para recoger a Norton. Había hecho varios mandados a instancias suyas: había ido a la tienda a comprar provisiones que sabía que necesitaría y también a ver a su contable y a su abogado. Este último me recibió con un semblante que no supe interpretar y me entregó sin mediar palabra los papeles que Norton me

había pedido que solicitara. No nos habíamos visto desde el juicio, y solo intercambiamos un par de comentarios. No visité el laboratorio; no me apetecía ver a nadie de nuestra antigua vida.

En las dependencias de la prisión me cachearon y me hicieron pasar dos veces por el detector de metales. Había dejado mi bolsa en el coche, junto con la que había preparado para Norton. Me condujeron a una ventanilla en la que firmé varios documentos, y luego tuve que esperar en una sala maloliente con el suelo de hormigón. Observé el paso de los minutos en la manecilla larga del reloj, y esperé. Ya había esperado tanto, que me daba igual.

Al cabo de un par de horas apareció un funcionario y me dijo que, por un error burocrático, Norton había salido a primera hora de la mañana y por lo visto estaba esperándome en el despacho de su abogado. Naturalmente monté un espectáculo, no solo por mi propio enfado, sino porque no soportaba imaginar que Norton hubiera salido sin nadie que lo recibiera, y que hubiese tenido que arreglárselas solo para llegar al despacho del abogado, cargando con todas sus pertenencias. Pero entonces el guardia me explicó que el abogado había ido a recogerlo (un detalle que bien podría haberme dado el picapleitos cuando fui a verlo, dicho sea de paso) y que todo había discurrido sin contratiempos. Aun así, seguí reprendiendo al policía (por pura inercia, supongo), que mantuvo una serenidad y una entereza irritantes. Al final, sospechando que mi interlocutor, amén de ser incommovible, contaba con unas capacidades intelectuales muy limitadas, me di por vencido. Empezaba a pensar que era la última vez que tendría que visitar aquella cárcel, cualquier cárcel, y de pronto sentí unas ganas locas de marcharme.

Sabía que en aquel preciso instante Norton estaría con el abogado, escuchándolo perorar acerca de la libertad condicional y de sus obligaciones. Él asentiría, visiblemente de acuerdo: «Sí, sí, por supuesto». Por supuesto que se metería en un programa de tratamiento para pedófilos. Por supuesto que

accedería a visitar a un psiquiatra. Por supuesto que respetaría las condiciones de la orden de alejamiento solicitada por Victor. Nada era demasiado, nada era demasiado restrictivo; quería demostrar que era un hombre rehabilitado, quería mostrarse lo más acomodaticio posible. Firmaría papeles, se avendría a unos horarios y responsabilidades que, en cuestión de horas y siempre y cuando obráramos con cuidado, perderían todo su sentido. El abogado, que actuaba de un modo extrañamente distante desde que había perdido el caso de Norton, hablaría con condescendencia, pero a Norton le daría igual; ya casi había acabado la farsa, y se sentiría generoso.

Me entraron las prisas. Sé que he dicho que estaba decidido a ser paciente, después de tanto tiempo de espera, pero al saber que Norton se hallaba tan cerca, que nuestra nueva vida juntos estaba a punto de comenzar, me puse nervioso y, por primera vez en muchísimos años, fui presa del entusiasmo. Aguardé con impaciencia mientras un agente me cacheaba de nuevo y por fin ya solo quedaron un pasillo de un centenar de metros y un corto trayecto en coche para reunirme con Norton. Pasaríamos la noche juntos en un hotel y al día siguiente desapareceríamos, y todo — los años, nuestras carreras, nuestras familias, el juicio, la humillación — caería en el olvido. Ante nosotros se desplegaba algo luminoso, límpido y tan nuevo que ni siquiera acertaba a distinguirlo. Y entonces atravesé el pasillo en dirección a la salida, con el corazón más acelerado a cada paso, la única actividad a la que mi cuerpo podía rendirse para evitar abrir las puertas de par en par, bajar a la carrera las escaleras de la prisión y emitir un grito informe, un graznido balbuciente. Norton estaba esperando; iba a verlo muy pronto. ¿Qué le apetecería hacer primero con su nueva vida en libertad?

Fuera, en el momento en que me acercaba al coche, una bandada de cuervos que se había congregado en el techo alzó el vuelo, un crujido negro de aleteos y chillidos. Por un segundo tuve ganas de reír. Se veían

magníficos, desperdigándose por el cielo sin matices, tan blanco y granuloso como el limo: me sentí como si hubiera visto la eternidad.

RONALD KUBODERA

Diciembre de 2000

Posdata

(He aquí el fragmento eliminado del relato de Norton sobre sus dificultades con Victor, a partir de este punto [*].)

Me gustaría contarte que las cosas mejoraron notablemente después de este episodio, pero no fue así. O, mejor dicho, fue y no fue así. Es cierto que, en los días inmediatamente posteriores a la liberación del sótano, Victor parecía dispuesto a asumir su derrota: estaba callado, obediente, y bajaba la mirada con timidez, casi con coqueteo, cuando se cruzaba conmigo por los pasillos. Lo más reseñable era su tranquilidad, por completo inédita. Victor nunca había sido un niño especialmente bullicioso, pero tampoco era lo que se dice taciturno; al igual que a los demás, le gustaba oírse y opinaba acerca de todo. Había sido un chico sociable, supongo, pero de un día para otro dejó de serlo

Pese a todo, no deseo dar la impresión de que se convirtió en un ermitaño tras el castigo. Al contrario, más bien pareció haber madurado, en cierto modo; ya no hacía muecas de asco cada vez que le ordenaba que fregara los platos la noche que no le tocaba, ni emitía hondos suspiros cuando le recordaba que fuese educado o moderase el tono, o cuando le corregía la gramática. En lugar de eso apareció una especie de vacío, una ausencia, casi como si le hubieran practicado una lobotomía benigna y limpia. Aun así, no era un autómata; siguió haciendo lo que hacían los demás niños: peleaba,

jugaba, charlaba, discutía, reía. Nunca lloraba, pero él nunca había llorado. Siempre me había inspirado mucho respeto ese rasgo suyo.

Y yo también representaba mi papel. Victor era un chico orgulloso, y yo lo entendía y me solidarizaba. De modo que nunca le recordé la humillación, nunca empleé su actitud a modo de lección para los demás. Y nunca más lo llamé Victor. Quería que conservara su dignidad.

Pero al cabo de un mes de calma volvió la brutalidad. Faltaba a clase y mentía para hacer novillos. Empujó a Drew por la escalera y le fracturó una muñeca. Con una maquinilla de afeitar — y con mucho esmero y habilidad — plasmó un insulto sumamente vulgar en el pelaje del gato de los vecinos. Una noche entré en el cuarto que compartía con William y lo pillé in fraganti. Por un momento, sin embargo, me quedé embelesado al reparar en la dulzura con que un brazo rodeaba al gato mientras en la mano derecha, la maquinilla — mi maquinilla — ronroneaba a través del suave paisaje del pelo del animal. Le murmuraba algo con un tono bajo y tranquilizador, pero lo más sorprendente, cuando por fin se volvió, fue su expresión: en sus ojos apagados percibí el desafío y la rabia que esperaba, pero también una especie de estupor genuino, como si fuese incapaz de controlarse para no hacer trastadas, como si su mano, desplazándose como la seda a través del pelaje del gato, estuviese manipulada por unos demonios sobre los que él no ejercía ningún control.

Después de aquello, nuestra relación volvió a agriarse y enturbiarse. A la hora de cenar me gritaba sin que mediara provocación, me lanzaba unas acusaciones terribles. Naturalmente, a mí no me ofendían, pero empezaba a cansarme de las trifulcas, de pegarle, de pergeñar castigos nuevos, de obligarlo a entrar en cintura. Una noche soñé que Victor era una araña grande y agresiva, de patas duras y nervudas y unos ojos rojos de fulgor cruel. Por algún motivo yo intentaba hacerlo entrar en un cesto pequeño y endeble.

Trataba de engañarlo, obligarlo y hasta tentarlo con un pegote de miel granulosa, pero se me escapaba una y otra vez, y desperté con los puños apretados, pringosos de sudor y frustración.

Y de pronto, justo cuando estaba a punto de echarlo a la calle o meterlo en una institución (si conoces a determinada gente, no es tan difícil como pueda pensarse), se enmendaba, se volvía obediente y casi sumiso, parecía recular otra vez. Pero enseguida empecé a temer y a desconfiar de esos períodos de falsa calma más que de todo el resto, pues significaba que andaba maquinando algo especialmente ruin; esperaba a que yo me acomodara en la complacencia, y cuando más amodorrado y desprevenido estaba, ¡zas!, se me echaba encima con una rabia inexplicable, más acerada y peligrosa que unas zarpas. En esos instantes me preguntaba si no estaría enfermo, aunque en realidad la furia de Victor era demasiado significativa, demasiado controlada para atribuirle a una enfermedad mental; más bien formaba parte de una campaña orquestada para conseguir que yo... ¿qué? ¿Que lo matara? ¿Que me suicidara? A día de hoy sigo sin saber qué esperaba de mí. Quizá se trataba solo de un juego, de una serie de fintas y retiradas, cada una más seria y potencialmente peligrosa que la anterior. Como es natural, yo lo despachaba enseguida; a fin de cuentas, él era el niño y yo el adulto, amén de más listo y más fuerte. Pero él también era un adolescente, infatigable por otra parte, y disponía de horas y horas para perfeccionar sus tretas, para afinar sus jugarretas con la habilidad y el cuidado que otro emplearía para afilar un cuchillo.

Una noche llegué tarde a casa y me encontré en el suelo de mi despacho una montañita perfecta de cristales rotos. Al acercarme vi que eran los restos de una vasija grande de cristal que Owen me había regalado cuando gané el Nobel. Era de un material pesado y más puro que el agua, saturado de colores, rombos líquidos del tono aguamarina y verde de las culebras. La

vasija era uno de los pocos regalos que Owen me había hecho y uno de los más importantes, pues había sido suya. Un día la vi en su piso, la admiré y la acerqué a la luz, maravillado, para contemplar los reflejos de colores que proyectaba en círculos por toda la estancia. Owen me la quitó de las manos, recriminándome a gritos que iba a romperla, y nos enzarzamos en una pelea. Pero ese mismo año recibí un paquete, inmenso, abultado, envuelto en varias capas de papel de estraza, en cuyo interior, protegida por paños y atada con bramante rojo dentro de una caja de madera, descubrí la vasija, tan perfecta, pesada y brillante como la recordaba, una joya.

Y ahora había sido destruida. Victor — pues sabía que había sido él — había aporreado la preciosa base estriada de la vasija hasta hacerla añicos, de modo que lo único que quedaba de ella era una pila de polvo centelleante. Los restos correspondientes a los lados del recipiente formaban piezas grandes y desiguales, y todas con unos arañazos tan profundos (hechos con una piedra, tal vez) que las líneas parecían parte de la decoración, grabados inexpertos en cristal. Debajo de todo había una nota, escrita de mala manera en un tarjetón con membrete de mi propio despacho: «¡Lo siento!».

Me puse de pie con cierta dificultad y me quedé mirando la vasija varios minutos, oyendo el tictac indiferente del reloj. Luego, di media vuelta y enfilé el pasillo hacia la escalera, donde volví a detenerme, sin esperar nada en concreto, y subí a su dormitorio. En la puerta, que estaba entornada, me detuve y lo miré respirar. William pasaba el fin de semana en casa de un amigo, y Victor dormía en su cama (siempre había estado convencido de que a William le había tocado la mejor cama). Vigilé su respiración durante lo que me pareció un rato muy largo. Dormía boca arriba, con los brazos por encima de la cabeza, y llevaba abiertos los últimos botones de la parte de arriba del pijama, de modo que distinguí una franja de su piel oscura y

satinada, la triste espiral saltona del ombligo. «Ay, Victor, ¿qué voy a hacer contigo?», pensé.

Di un paso adelante y cerré la puerta del dormitorio. Los postigos estaban abiertos, y vi un filo de la luna enmarcado en la esquina de la ventana, la luz amarillenta filtrada por las cortinas. Se me agolpaban los pensamientos, uno detrás de otro, cuando me senté en la cama de William, a los pies de Victor, pero no creo que pueda formularlos ahora. Ni siquiera en aquel momento; era un torrente, un tumulto negro de brazos y piernas de pensamientos, una horrenda y pegajosa confusión de partes del cuerpo fusionadas y alaridos, algo que uno solo ve en sus peores pesadillas.

Me levanté, cogí la almohada de la cama de Victor y volví a sentarme. Durante varios minutos — no sé muy bien cuántos — sostuve la almohada en mi regazo sin dejar de observar cómo mi hijo tomaba y expulsaba aire, una y otra vez. Me acordé de nuevo de cuando lo encontré en el campo, de su cuerpo cubierto de llagas supurantes, de que estaba tan débil y exhausto que no podía ni llorar. Me fijé en una pequeña cicatriz con forma de hoz que tenía justo encima del hueso del tobillo. En aquel momento su blancura brillaba contra la madera de su piel, como una sonrisa de dibujo animado, y de pronto me inspiró una honda tristeza y sentí que me embargaba la emoción. Empecé a frotarle suavemente el tobillo, acariciándolo con el pulgar y el índice, y Victor se movió, sonrió en sueños y soltó un débil suspiro.

Fue entonces cuando me puse encima de él y apreté la almohada contra su boca. Sus ojos, cuando los abrió y me vio, estaban brillantes y cristalinos de una furia que se transformó en confusión y terror en el momento en que le bajaba los pantalones. Noté que empezaba a gritar, aunque la almohada amortiguaba el sonido; su voz me sonó muy lejana, como un eco tenue, debilitado.

—Chis — le ordené —. No pasa nada.

Y le acaricié el rostro con la otra mano, arrullándolo como a veces hacía con los bebés. Él se resistió, intentó arañarme la cara, pero yo era más fuerte y pesaba más que él, y pude abrirle las piernas con la rodilla al mismo tiempo que le agarraba los brazos con la mano libre, apretando fuerte contra la cara interna de sus codos.

Cuando entré en él por la fuerza — qué sensación: de alivio, de hambre, de un júbilo tan puro que no soy capaz de describirlo —, sentí de nuevo aquella rabia desbordante y deliciosa.

—Has roto mi vasija — le susurré absurdamente al oído —. La vasija que me regaló mi hermano. Animal. Pequeño monstruo. Alimaña. — Oí sus débiles gemidos, y luego, cuando empecé a empujar con más fuerza, unos gañidos agudos. Me pregunté si sentiría lo mismo que yo, como si alguien estuviera arrancándome las entrañas y las sostuviera en el aire, notando el viento frío y crudo recorrer la cavidad de mi pobre cuerpo sucio, purificándolo y arrastrando las impurezas, esparciéndolas por la atmósfera nocturna.

Yo había estado con muchos chicos a lo largo de los años, varios de ellos — no me avergüenza reconocerlo — míos: con el guapísimo Guy, de pestañas largas y bucles del color exacto de su piel cobriza; con Terrence, de elocuentes brazos y piernas recubiertos de lunares que eran como salpicaduras de tinta; con Muiva, mi primer hijo y, en muchos sentidos, mi preferido. Había amado a aquellos niños, había amado su belleza, su resignada y adorable docilidad. Eran encantadores, y yo era un hombre que apreciaba su encanto, quien les enseñó que se trataba de un don, un don que debían otorgar a los demás. Pero nunca había abordado a ninguno poseído por la cólera, la rabia, el amor y el odio terribles con que abordé a Victor. Él, por su parte, no paró de resistirse, incluso cuando fui a visitarlo la noche siguiente, y la siguiente, y muchas otras más, susurrándole que lo castigaría,

que lo destrozaría, que lo obligaría a portarse bien. Y luego, cuando me desplomaba exhausto sobre él, me sorprendía a mi mismo murmurando palabras de amor y deseo y haciéndole promesas que nunca antes había hecho, con la voz distorsionada por el llanto. Más adelante, cuando me acusó, me quedé de piedra. Porque yo lo amaba, ¿comprendes?, lo amaba a pesar de todo. En el juicio declaré que le había dado exactamente lo mismo que a mis demás hijos: dinero, un hogar, una educación. Pero en realidad, pensé: «Le he dado más de lo que jamás le he dado a nadie. Le he dado lo que siempre anhelé dar». Aquella noche de luna, en la cama de William, mientras Víctor se retorció debajo de mí, comprendí lo que él había estado intentando provocar en mí, y aquella noche se lo di, se lo di todo sin dudarlo. Porque eso fue lo que le susurré antes de irme, en el momento en que afuera el cielo empezaba a clarear.

—Vi — le dije, todavía con la almohada sobre su boca para que tuviera que escucharme —. Te quiero. Te doy mi corazón.

Apéndice

CRONOLOGÍA

1924. Nace Norton Perina en Lindon, Indiana.

1933. Muere su madre.

Diciembre de 1945. Muere Sybil.

1946. Muere su padre.

Mayo de 1946. Se gradúa en Hamilton College.

Junio de 1950. Se gradúa en la Facultad de Medicina de Harvard.

21 de junio de 1950. Aterriza en Ivu'ivu (al final de la lili'uaka).

Finales de noviembre de 1950. Vuelve de Ivu'ivu; empieza a trabajar en un laboratorio de la Universidad de Stanford.

Primavera de 1951. Empiezan los primeros experimentos con la opa'ivu'eke. El grupo A está compuesto de 50 ratones de quince meses de edad; a la mitad se les da la tortuga; la otra mitad conforma el grupo de control. El grupo B consiste en 100 ratones recién nacidos (50 por ciento control, 50 por ciento opa'ivu'eke).

Abril de 1951. Publica el artículo sobre la opa'ivu'eke en los *Anales de Herpetología*.

Julio de 1951. Pone en marcha el tercer experimento. El grupo C consiste en 200 ratones de quince meses de edad; a la mitad les suministra la opa'ivu'eke; la otra mitad conforma el grupo de control.

Diciembre de 1953. Publica el artículo en los *Anales de Epidemiología Nutricional* (el llamado «artículo de la declaración de eternidad»).

Marzo de 1954. Adolphus Sereny emprende el experimento en el que reproduce el grupo C de los experimentos de Perina.

Abril de 1956. Sereny ultima su artículo.

Septiembre de 1956. El artículo de Sereny se publica en *The Lancet*.

Febrero de 1957. Regresa a Ivu'ivu.

Mayo de 1957. Revela a Sereny el deterioro de los ratones.

Enero de 1958. Regresa a Ivu'ivu. Publica el artículo sobre el deterioro mental posterior al consumo de opa'ivu'eke en los *Anales de epidemiología nutricional*.

Febrero de 1958. Regresa a Stanford; interrumpe el contacto con Paul Tallent.

1960. Dirige su propio laboratorio en el Instituto Nacional de Salud.

Finales de 1961. Regresa a Ivu'ivu; Tallent desaparece.

1968. Adopta a su primer hijo, Muiwa Perina.

1970. Ronald Kubodera entra a trabajar en el laboratorio de Perina del INS.

1974. Obtiene el Premio Nobel de Fisiología o Medicina.

13 de agosto de 1980. Adopta a Victor Owen Perina.

Marzo de 1993. Detención.

Diciembre de 1997. Condena a veinticuatro meses de prisión.

Febrero de 1998. Ingresa en la prisión de Frederick.

GLOSARIO DE TÉRMINOS EN U'IVUANO

NOTA: Las vocales u'ivuanas se pronuncian como en castellano o japonés.

e: «Sí», o saludo genérico (hola, buenos días, etcétera).

ea: «mira» (orden, imperativo).

eke: «animal».

eva: «¿qué es?».

hawana: «mucho/s».

he: «soy/estoy» (precediendo a un adjetivo).

ho'oala: hombre blanco.

ka'aka'a: práctica médica ilegalizada.

kanava: tipo de árbol, pariente de la manama, hábitat de los vuakas.

ke: «¿cómo?» (empleado a modo de reacción).

lawa'a: helecho grande, parecido a la monstera.

lili'aka: literalmente, «sol pequeño»; el equivalente a nuestro verano, considerada la estación más agradable (cien días).

lili'ika: La siesta ivu'ivuana; empieza nada más acabar el almuerzo de mediodía y se prolonga hasta bien entrada la tarde. En U'ivu, la *lili'ika* fue prohibida por el rey Tuimai'ele en 1930, por influencia de los misioneros.

lili'uaka: literalmente, «lluvia pequeña»; el equivalente de nuestra primavera (cien días).

ma: partícula honorífica, cuando precede a una palabra y va seguida de una pausa glotal (véase la entrada siguiente). Literalmente, «mi» o «mío».

ma'alamakina: lanza tradicional u'ivuana que todos los varones reciben al cumplir los catorce *o'ana*.

makava: árbol de Ivu'ivu que ahora crece sobre todo en Ivu'ivu.

male'e: «choza».

manama: árbol de frutos comestibles parecidos al mango.

moa: «comida».

mo'o: «sin» (preposición).

no'aka: fruta parecida al coco; los isleños emplean las cortezas como

cuencos; en U'ivu es más conocida como *uka moa* o «comida para cerdos».

o'ana: el año u'iviano; dura cuatrocientos días.

ola'alu: el alfabeto jeroglífico prehistórico de los u'ivianos; apenas se emplea en la actualidad.

tava: paño parecido a la kapa hawaiana, fabricado con hojas de palma reducidas a fibras.

u'aka: la estación más cálida, equivalente a nuestro otoño (cien días).

'uaka: la estación húmeda tradicional, equivalente a nuestro invierno; dura cien días.

uka: «cerdo».

umaku: grasa de perezoso; se emplea como lubricante y abrillantador.

vuaka: microsimio primitivo; está considerado un manjar. La caza lo llevó a su práctica extinción en U'ivu.

Agradecimientos

Quiero transmitir toda mi gratitud a Norman Hindley y Robert E. Hosmer por su temprana fe; a la Fundación Valparaíso y la New York Foundation for the Arts por regalarme tiempo y dinero; a Kaja Perina por su sensatez y buen apellido; a David Ebershoff por sus consejos y su paciencia; a John McElwee por el humor y la ayuda; a Ravi Mirchandani por su simpatía y pasión; a Jim Baker, Klara Glowczewska y — sobre todo — a Kerry Lauerman por regocijarse por mí (incluso cuando yo no sabía cómo) y a Stephen Morrison por su estímulo, su constancia, sus extraordinarias dotes de celestina y su preciada amistad.

Estoy muy, muy agradecida a todo el equipo de Doubleday por su entusiasmo y sus desvelos, en especial a Bill Thomas, a la inteligente, reconfortante e hipercompetente Hannah Wood y, por encima de todo, a Gerry Howard por su apoyo y su energía inabarcable, y por ser la clase de editor que ofrece todo su compromiso e inteligencia con elegancia y desinterés.

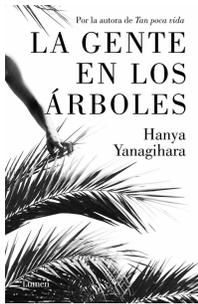
A la adorable y resuelta Anna Stein O'Sullivan, que creyó desde el principio y cuya opinión y consejos atesoro, mi eterna gratitud, y todo mi respeto y afecto. A Andrew Kidd, que me salvó en un momento fundamental y sin cuyo brillante criterio editorial y apoyo incondicional yo habría estado perdida, mi agradecimiento más profundo.

Se lo debo todo a Jared Hohlt, mi primer lector, mi lector favorito (y ser

humano superior en todos los aspectos), por su amabilidad, inteligencia, paciencia, buen juicio y dilecta presencia; pero espero que se conforme con mi amor inexpresable e incalculable, mi gratitud, mi confianza y mis disculpas. Todo el mundo debería tener la suerte de contar con un amigo así.

Y, por último, por todas las cualidades y magnificencias que he enumerado antes, así como por su irreverencia y buen gusto, mi más profundo agradecimiento va para mis padres, Ron y Susan. Mi padre, en concreto, no solo me ha animado siempre sino que con frecuencia ha sido cómplice de mis confabulaciones. Por eso, y por muchos otros motivos, este libro está dedicado a él.

El debut literario de la autora de *Tan poca vida*. Una novela de escritura sólida, limpia, dura y brillante, con un narrador de voz consistente y perturbadora, y un universo de ficción en el que la naturaleza se mezcla con las emociones.



Todo comienza a mediados de los años cincuenta cuando Norton Perina, un joven médico, se une a una expedición a la Micronesia en busca de una tribu perdida, sin saber que la jungla atrapa y te cambia, porque ahí, donde nadie nos ve, podemos por fin mirarnos en nuestro peor espejo.

En 1995 ese mismo hombre ingresa en prisión después de haber sido acusado de abuso sexual por uno de sus cincuenta hijos adoptivos. Los lazos con su familia se rompen, sus amistades desaparecen y la comunidad científica le da la espalda. Desesperado, abandonado por la sociedad, Norton escribe sus memorias desde la soledad de su celda para probar su inocencia y tratar de recuperar aquella parte de sí mismo que se quedó prendida en la isla salvaje.

La gente en los árboles nos convierte en confidentes de una mente brillante y nos atrapa en un festín de palabras que pueden ser verdad o mentira, pero desde luego nos muestran el gran talento de Hanya Yanagihara.

«Consolidada como una de las grandes voces de la literatura actual, Hanya Yanagihara nos descubre un modo nuevo de mirar y sentir la vida.»

Todo Literatura

«Una novela absorbente, inteligente e inflexible que cautiva y perturba.»

The Independent

«Una escritora para maravillarse.»

The New York Times

Hanya Yanagihara se dio a conocer en 2013 con una primera novela, titulada *The people in the Trees*, pero el éxito internacional le ha llegado gracias a *Tan poca vida*, que ha sido galardonada con varios premios y ya es un best seller y ha recibido el aplauso de la crítica y el público. La autora vive en Nueva York.

Título original: *The People in the Trees*

Edición en formato digital: junio de 2018

© 2013, Hanya Yanagihara

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Regina López Muñoz, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Ruxandra Duru

Fotografía de portada: © Joelle Icard / Getty Images, WIN-Initiative / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0555-5

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] A Palo Alto, California, donde ocupó la cátedra John M. Torrance del Departamento de Inmunología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Stanford.

[2] A. Norton Perina al doctor Ronald Kubodera, 24 de abril de 1998.

[3] A. Norton Perina al doctor Ronald Kubodera, 3 de mayo de 1998.

[4] Al hablar aquí de U'ivu, me refiero al país en su conjunto, no a la isla en concreto; más adelante resultará evidente que la mayor parte del tiempo Norton estuvo en Ivu'ivu.

[5] El Owen al que Norton hace referencia es Owen C. Perina, hermano gemelo de Norton y una de las pocas personas con quienes se relacionó de manera significativa en su vida adulta. A diferencia de Norton, Owen siempre se interesó por la literatura, y en la actualidad es un reconocido poeta y ocupa la cátedra Field-Patey de poesía en el Bard College. Ha obtenido en dos ocasiones el National Book Award de poesía, por *La mano del insecto y otros poemas* (1984) y por *El libro de cabecera de Philip Perina* (1995), además de muchos otros galardones. La introversión de Owen es tan conocida como la volubilidad de Norton, y en cierta ocasión, hace unos años, presencié un diálogo de lo más divertido entre los hermanos durante una visita navideña. Por un lado, estaba Norton, con un puñado de avellanas en la mano, escupiendo, mascando, gesticulando, sin parar de perorar sobre temas que iban desde el agonizante arte de disecar mariposas hasta el curioso atractivo de cierto programa de entrevistas; frente a él, Owen, su torpe imagen reflejada, manifestaba de vez en cuando con gruñidos y murmullos su acuerdo o discrepancia.

Desgraciadamente, Norton y su hermano son ahora irreconciliables. Como revelarán estas páginas, su distanciamiento fue abrupto y devastador, consecuencia de una horrorosa traición de la que Norton jamás se recuperará.

[6] Owen Perina tiene un poema muy sentido sobre su madre y la muerte de esta; se trata de la composición que abre su tercer poemario, *Polilla y miel* (1986).

[7] Es imposible imaginar cómo habría sido la vida de Sybil Maria Perina (1893-1945) si hubiera nacido cincuenta años más tarde. El eminente catedrático de Medicina y anatomista E. Isaiah Witkinson, del que Sybil fue alumna en la Universidad del Noroeste, incluso la nombra en una carta a un colega en 1911:

Una estudiante con mucho talento, elegancia y habilidad. Es una auténtica lástima para la comunidad científica que no pueda desarrollar su carrera en el ámbito de la investigación médica. Yo incluso la animé a que se planteara irse al extranjero para trabajar con los misioneros cristianos, quienes, por desgracia, le proporcionarían más independencia y oportunidades de las que disfrutaría en ninguna universidad. Sin embargo, rehusó, aunque ignoro si lo hizo por un deseo impenitente de no alejarse de su familia (un defecto común a muchas alumnas) o por miedo a trabajar en circunstancias inciertas. Lo

que es seguro es que puede conseguir cuanto se propone, aunque creo que su natural conservadurismo doméstico la limitará a una inane consulta de provincias.

Se aburrirá; lo odiará (Francis Clapp, ed., *Vida de un médico. Las cartas de E. Isaiah Witkinson*, Nueva York, Columbia University Press, 1984).

Por desgracia, Sybil nunca llegó mucho más allá de los vaticinios pesimistas y sin embargo clarividentes de Witkinson. Su esquila en el *Rochester Picayune* es ofensivamente escueta y de una tristeza descorazonadora: «La doctora Perina ejerció la medicina en Rochester durante más de treinta años. [...] No se casó y no deja descendientes directos». Sin embargo, Sybil sí dejó un gran legado; como el propio Norton ha declarado más de una vez, su tía fue quien le descubrió las maravillas de los descubrimientos científicos y sus posibilidades. De manera que puede decirse que Sybil, sus sueños frustrados, sigue viva en una de las mentes más ilustres de la medicina: Norton ha conquistado con creces lo que ella no pudo conquistar.

[8] Lamento discrepar de Norton en este punto, aunque dejaré que el lector juzgue. El texto dice lo siguiente:

Abraham Norton Perina, n. 1924, Lindon, Indiana, EE. UU.

Lugar de residencia: Bethesda, Maryland, EE. UU.

Relevancia: 7. [En una escala de uno a diez. Sorprendentemente, Galileo tiene un 10, igual que Jonas Salk, mientras que Copérnico recibe un 8. (*N. del E.*)]

Estamos cansados de oír que nadie vive para siempre, pero ¿sabías que hay un grupo de personas que sí? ¡De verdad! El doctor Perina, que vive en Maryland con sus más de cincuenta hijos adoptivos [*sic*], descubrió a principios de los años cincuenta que había un pueblo que no envejecía, y todo gracias a una rara especie de tortuga que comía. La investigación del doctor Perina le valió el Premio Nobel de Medicina de 1974.

A continuación se ofrece una descripción errónea y simplista del síndrome de Selene.

[9] Philip Tallent Perina (llegado en 1969; *ca.* 1960-1975) fue una de las primeras adopciones de Norton y uno de sus hijos predilectos. Philip era flaco, aniñado y de piel muy oscura. No lo conocí, pero por varias fotos que conserva Norton lo imagino vivaracho, como un duendecillo; en las instantáneas siempre parece que intente zafarse de los brazos de Norton y salirse de la fotografía. Aunque era un niño muy alegre, Philip había sufrido daños cerebrales a muy corta edad, y su desarrollo físico también se retrasó, posiblemente a consecuencia de una malnutrición severa en sus primeros años de vida. Era huérfano, y algo así como la mascota del pueblo cuando Norton se lo trajo de U'ivu en 1969. (Su

nombre, hasta que Norton lo rescató, era el equivalente a «¡Oye, tú!».) Philip murió atropellado por un conductor borracho en 1975; se calcula que contaba quince años.

[10] Aunque nadie lo habría sospechado a tenor de su poco digno fallecimiento, el padre de Norton dejó una fortuna considerable. Nunca ha trascendido la cantidad exacta, pero los biógrafos del científico dan por hecho que permitió la desahogada compra de la casa de Bethesda y la manutención y educación de sus hijos. Norton y Owen fueron también los principales herederos de Sybil.

[11] Y a mí me sorprendió leer esta confesión. En gran medida, en realidad, por motivos que el lector comprenderá conforme avance la narración. Diré solo que uno de los mayores temores de Norton siempre ha sido el abandono, que sus seres queridos y las personas en quienes confiaba le dieran la espalda. (Por desgracia, resultó una preocupación profética.) Pero, como ya he señalado, no fue únicamente la deslealtad de sus hijos lo que a la larga lo llevó al atolladero en que se encuentra en la actualidad, sino también la de su hermano.

Curiosamente, no supe de la existencia de Owen hasta cuatro años después de iniciar mi relación con Norton. Cuando saqué este hecho a colación años más tarde, Norton se rio por lo bajo y me dijo que seguramente andaban reñidos por cualquier cosa. Los largos silencios y los roces insignificantes y frecuentes definían la relación de Norton con Owen, quien, como el científico mismo señala, era su igual en profundidad, amplitud de conocimientos y opiniones (aunque, naturalmente, distintos conocimientos y opiniones). Pero resultó ser un buen complemento para Norton, acaso la única persona a su altura en genialidad, excentricidades y pasiones. Hubo un tiempo en que me caía muy bien.

[12] Hamilton College, *summa cum laude*, 1946; Facultad de Medicina de Harvard, *cum laude*, 1950. Tanto Norton como Owen obtuvieron aplazamientos médicos por parte de las Fuerzas Armadas en 1944: Norton por tener los pies planos y padecer una ciática leve pero reiterada; Owen debido al asma y a un astigmatismo extremo.

[13] Un reputado profesor podía escoger a uno — dos, a lo sumo — de sus alumnos más prometedores, de Medicina o de otras disciplinas, para trabajar en su laboratorio entre uno y cuatro semestres. Por lo general, estos alumnos se elegían en función de su expediente, las notas de los exámenes, y su nivel de compromiso y diligencia.

[14] Es difícil exagerar la influencia e importancia que tuvo Gregory Smythe en la comunidad científica de las décadas de 1940 y 1950. Hasta la caída en desgracia de sus teorías, Smythe fue uno de los pocos científicos que se ganó el reconocimiento y la admiración de la opinión pública; la revista *Time* incluso publicó un retrato suyo en la portada del número del 18 de abril de 1949, acompañado del siguiente titular: «Gregory Smythe, de la Universidad de Harvard: “Podemos vislumbrar el fin del cáncer en nuestra generación”».

[15] Norton está siendo un tanto sarcástico. Sí que existen varios cánceres altamente asociados a infecciones víricas (los más conocidos, el virus del papiloma humano y las hepatitis B y C); de lo que se mofa aquí es de la insistencia de Smythe en que todos los cánceres pueden atribuirse a dichas infecciones.

[16] Cuando su trabajo fue desacreditado, Smythe cayó en desgracia, pero es difícil no atribuirle al menos parte de la responsabilidad en su propia humillación. Smythe tenía fama de arrogante y muchos enemigos dentro del mundo académico; cuando el viento empezó a soplar en su contra, contraatacó e insultó a quienes lo criticaban en lugar de hacer un mutis digno. Como Smythe era profesor titular, siguió en Harvard hasta su muerte, en 1979, causada por un irónico cáncer de hígado, si bien cada vez se dejaba ver menos y desde 1968 estaba prácticamente en suspensión académica.

Como Norton sospechaba, Smythe tenía familia: mujer y dos hijas. Curiosamente, son ellas y no él las que se han labrado fama hoy día en los círculos contraculturales, por liderar un pequeño pero influyente grupo feminista, a imagen del movimiento Weather Underground, fundado en 1967. Es muy posible que Norton cenara en casa de Smythe poco después de que su esposa, una poeta llamada Alice Reeve, los abandonara tanto a él como a sus hijas y se fugara a Canadá con su amante, una profesora de poesía de Radcliffe llamada Stella Janovic. Pero esa es otra historia.

[17] Adolphus Gustav Sereny (1896-1974) fue uno de los mejores cirujanos y biólogos de su tiempo y uno de los científicos más reputados de la plantilla de la Facultad de Medicina de Harvard cuando Perina estudiaba. Perina y él mantuvieron una relación muy fructífera, aunque controvertida al final, de la que se hablará más adelante.

[18] El contacto era en realidad de segunda mano: uno de los colegas de Tallent en Stanford, y no el propio Tallent, era amigo de Smythe.

[19] Actualmente, Kiribati.

[20] Este mito, tan extendido y aceptado, seguramente se derive de la combinación de dos hechos: en primer lugar, que a los chicos u'ivuanos les entregan una lanza el día de su decimocuarto cumpleaños; en segundo lugar, la leyenda de que el primer rey de las islas, Ulolo el Poderoso — que unificó a muchas de las tribus desperdigadas por el archipiélago en torno a 1645 d. C., una labor que culminó más de un siglo después el rey Vaka I — había matado a un jabalí con sus propias manos antes de cumplir los catorce. Desde entonces, el jabalí ha ocupado un lugar central en la vida de los u'ivuanos; a pesar de ser un compañero de caza muypreciado y un símbolo del carácter fiero de ese pueblo de cara al mundo exterior, matar o domesticar uno se considera también un logro significativo, además de una demostración de la fuerza y el valor del guerrero. El lugar fundamentalmente paradójico que ocupa el animal en la sociedad — es tanto amigo como

un desafío — encarna una contradicción que no parece haber perturbado jamás a los u'ivuanos.

[21] De todos los personajes que protagonizan el último medio siglo de antropología, Paul Joseph Tallent (1916-¿?) probablemente sea tanto el más fascinante como el más inescrutable. Se cree que su madre era de origen sioux, y se crió desde muy niño en el orfanato St. Joseph's para chicos del pueblo de Cloud Prairie, a las afueras de Pierre, en Dakota del Sur (el territorio de esa localidad, que aún conserva su nombre, en la actualidad es un suburbio de la capital). St. Joseph's era un hospicio católico con una cantidad desproporcionada de niños indios; era famoso por instruir a los expósitos en varios oficios, entre ellos la fontanería y la carpintería. Tallent, sin embargo, llamó la atención de uno de sus maestros, un tal hermano Peter (de nombre civil Michael Tallent, cuyo apellido tomó el antropólogo, dado que todos los niños de St. Joseph's recibían automáticamente el nombre de Joseph), que fue su mentor y le consiguió una beca en un internado católico para chicos de Pierre, el St. Francis. Tallent destacó allí y más tarde fue admitido primero en Dartmouth (donde se licenció en 1937) y luego en la Universidad de Chicago, donde se doctoró en 1941 (al igual que Norton, Tallent fue eximido del servicio militar, aunque no se sabe por qué). Como bien señala Norton, era un hombre muy apuesto, lo que alimentaba el aura de romanticismo heroico que más adelante lo rodeó.

Tallent fue considerado una especie de prodigio en su ámbito desde el principio, primero en Chicago, donde impartió clases durante tres años tras doctorarse, y luego en Stanford, que se convertiría en su alma máter permanente. Estando en Chicago encontró un mentor en el reputado antropólogo Leo DuPlessix, quien a la sazón estudiaba los rituales reproductivos de los hawawa, una pequeña tribu de las selvas de Papúa Nueva Guinea; no cabe duda de que fue el responsable de las inclinaciones intelectuales e inquietudes de Tallent. Se piensa que DuPlessix, fallecido en 1943, ejerció de ayudante de Tallent en su primer viaje a U'ivu, a finales de aquel año, pero este dato no está documentado en los papeles de DuPlessix, por lo que no puede afirmarse con seguridad.

Una de las principales frustraciones de los más recientes estudiosos y biógrafos de Tallent es la falta de diarios o artículos del sujeto de estudio. A la mayoría de los académicos les cuesta creer que Tallent, tan escrupuloso a la hora de documentar hasta los más mínimos detalles cuando trabajaba sobre el terreno, no dejara un diario personal, o al menos algo de correspondencia. Este vacío, junto con su trabajo y su aún enigmática desaparición (de la que Norton se ocupará más adelante), no ha hecho sino incrementar el misterio que rodea al antropólogo, y varios historiadores llevan años trabajando para tratar de compilar una biografía definitiva. (A Norton, que se cuenta entre las personas que trabajaron más estrechamente con él, y en el período más significativo de su trayectoria, lo

llaman de vez en cuando para pedirle entrevistas y declaraciones.) En mi opinión, sin embargo, se trata de una labor más apropiada para un novelista que para un historiador; entre las incógnitas de la vida de Tallent se hallan su orientación sexual, sus orígenes, los pormenores de su infancia, su vida amorosa (si es que la hubo) y, naturalmente, las causas de su muerte. Tallent se ha convertido en terreno abonado para teorías conspirativas de toda clase, e incluso se lo venera como una especie de místico entre ciertos miembros alternativos de la comunidad artística más liberal.

[22] Esto no es cierto. Aunque Duff, que a la sazón daba clases en el Departamento de Antropología de Stanford (su especialidad era la vida rural en Micronesia), había acompañado a Tallent en sus dos viajes anteriores a la isla, jamás se distinguió como lingüista entre sus colegas, y su comprensión de la lengua fue calificada posteriormente por académicos u'ivuanos de rudimentaria, en el mejor de los casos. Sin embargo, ella no se molestaba en corregir los posibles malentendidos con respecto a su dominio del idioma.

[23] Los tres guías eran cazadores de jabalíes en U'ivu, animales que suelen vivir en los bosques de la cordillera de Ta'imana; debían de ser expertos no solo en escalar pendientes muy empinadas, sino también en moverse por el territorio irregular de la selva.

[24] Más adelante, Norton especularía que Tallent quizá se refiriera a una serie de experimentos llevados a cabo en Saint Joseph's en torno a 1910 por un frenólogo llamado Murrow Upton, cuyas teorías sobre las dimensiones y proporciones del cráneo gozaron de gran predicamento a principios de siglo. Upton era muy dado a afirmar que los indios se hallaban biológicamente destinados a perder sus tierras en favor de los europeos, teoría que estaba convencido de poder demostrar a través de la medición de sus cráneos, que él aseguraba que eran más pequeños y livianos que los de las diversas etnias europeas.

[25] La opa'ivu'eke es la única tortuga de la que se tiene noticia que puede vivir tanto en agua dulce como en agua salada durante períodos de tiempo significativos.

[26] Literalmente, «Mi lanza, mi yo».

[27] El concepto *la* — que Norton traduce por «intrascendente», aunque otros lo han interpretado como algo más similar al concepto budista zen de *mu*, o «vacuidad» — probablemente sea el principio de gobierno más importante de la filosofía tradicional u'ivuana (que no hay que confundir con su mitología ni con su religión, en gran medida animista).

En *La tierra del la* (Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1987), el teólogo David Hohlt sostiene incluso que, si bien el budismo nunca llegó a las costas u'ivuanas, los valores centrales del sistema de creencias están «más cerca del budismo primitivo que las interpretaciones actuales de esa religión en toda Asia hoy en día». En realidad, escribe Hohlt, podemos considerar la filosofía u'ivuana como una suerte de protobudismo, un

argumento para la teoría de que el sistema de creencias — y, por extensión, el de otras religiones históricamente fundamentales — era inevitable, que sus dogmas son algo que el hombre estaba destinado a crear para sí mismo.

Yo mismo tengo una anécdota *la*, una que siempre recordaré de mi visita a U'ivu, en 1972. Hacía mucho calor, y estaba desorientado y grogui debido a la humedad, los bichos y los hedores. Mientras paseaba por la zona de chozas más pobres y quebradizas me crucé con tres niñas u'ivuanas, medio en cueros, que cogidas de la mano cantaban en corro. Tenían las típicas voces agudas y agradables propias de muchos críos — dulces pese a la falta de armonía —, y las observé dar vueltas y más vueltas, despacio, cantando su canción.

Más tarde, sin embargo, cuando le conté a Norton lo que había visto, él me dijo que sabía perfectamente lo que las niñas cantaban. Yo suponía que era una canción infantil, pero me equivocaba: eran los primeros versos que aprenden los niños u'ivuanos, un cántico que se entona con motivo de nacimientos y muertes:

¿Qué es la vida?	<i>La.</i>
¿Qué es la muerte?	<i>La.</i>
¿Qué son el sol, el agua, el cielo, el bosque?	<i>La.</i>
¿Qué son mi casa, mi cerdo, mis collares, mis amigos?	<i>La.</i>
Pero ¿qué es la vida sin mi lanza?	<i>O, la. La. La.</i>

[28] Entre los muchos rasgos únicos de los u'ivuanos se encontraba su manera de medir el tiempo. El *o'ana* u'ivvano, o año, se divide en cuatro períodos de cien días, respectivamente. Primero, la 'uaka, o estación húmeda, en la que llueve literalmente a diario, a veces varias horas seguidas. Luego viene la lili'uaka o estación de la «lluvia pequeña», en la que aún hay humedad en el ambiente pero las precipitaciones son cada vez menos frecuentes y suben las temperaturas. La estación siguiente, lili'aka o «sol pequeño», es la más agradable: llueve por las mañanas, pero poco, y el resto del día es soleado y más o menos seco, o tan seco como puede ser un clima tropical. Por último está la *u'aka*, la estación más calurosa, en la que solo llueve en forma de chaparrones inesperados y virulentos y hasta los árboles languidecen bajo el sol implacable. (Norton no especifica, pero sus viajes a Ivu'ivu seguramente empezaron a finales de la lili'uaka.)

Aparte de estas cuatro estaciones, los u'ivuanos tenían la particularidad de no medir ningún fragmento de tiempo pequeño: carecían de la noción de horas, minutos, semanas o meses; incluso su sistema numérico llegaba solo hasta el millar. El día empezaba cuando salía el sol (o, en el caso de la 'uaka, cuando se iluminaba el cielo) y acababa cuando se ponía (o caía la noche). Los cumpleaños se señalaban según el día de la estación en que

había tenido lugar el nacimiento; así, por ejemplo, una persona nacida el decimoséptimo día de la estación del sol pequeño diría que había cumplido un año el lili'uaka oholole, o «diecisiete del sol pequeño». Esto significa que, debido a sus años formados por cuatrocientos días, un u'iviano de sesenta años en realidad tendría 65,7 según el calendario occidental. Pero Norton ha empleado el calendario u'iviano en su narración para evitar confusiones, al igual que la mayoría de los académicos u'ivianos en sus estudios y escritos.

A lo largo de las últimas tres décadas se ha dado un deterioro de muchas de las tradiciones más interesantes y características de los u'ivianos, producto de un interés creciente por el país — del que Norton siempre se sintió responsable —, así como de la gran afluencia de misioneros cristianos y mormones, que gracias a su empeño en el siglo xx lograron conquistar un punto de apoyo que a sus predecesores decimonónicos se les resistió. En la actualidad, la mayor parte de los u'ivianos se rigen por el calendario occidental y están por completo familiarizados con el concepto de tiempo del mundo civilizado (si bien no siempre lo respetan; los u'ivianos son particularmente tardones).

[29] Naturalmente, estos datos se han quedado obsoletos. Al igual que el resto de la población mundial, los u'ivianos son ahora más altos, gordos y longevos, y partícipes también de la paradoja moderna según la cual estamos simultáneamente más y al mismo tiempo menos sanos. En la actualidad, el varón u'iviano medio llega a los sesenta y tres (las mujeres suelen vivir un año o dos más), y aunque la disentería ha sido más o menos erradicada con la introducción de la fontanería, la principal causa de muerte en ambos sexos son hoy día las dolencias cardíacas, algo casi inexistente en otros tiempos pero tristemente habitual ahora a raíz de la nueva y pesada dieta de alimentos preparados y la afición al alcohol.

[30] U'ivianos e ivu'ivianos hablan la misma lengua, si bien los lingüistas consideran que los ivu'ivianos hablan «u'iviano puro», la versión original de la lengua, inalterada y que no ha sufrido influencias occidentales. Un buen ejemplo de ello se encuentra en el término que designa a la choza: en Ivu'ivu se conoce como *male'e*, mientras que en U'ivu se ha convertido simplemente en *malé*, al parecer a consecuencia de un largo y muy organizado esfuerzo por parte de un misionero quisquilloso de finales del siglo xix llamado Daniel Makepeace, quien decidió que libraría a la lengua sus molestas pausas glotales y lo que él llamaba «sílabas superfluas». En el habla de los ivu'ivianos queda patente que su pueblo no solo se mantuvo al margen de intercambios con el resto del mundo, sino que también ignoraban por completo la tecnología, los oficios e incluso, en gran medida, el tiempo. No tenían palabra para nombrar a los médicos, por ejemplo (la comadrona y el curandero de la aldea se encargaban de las embarazadas y los enfermos), ni la luz

(eléctrica) ni otro país aparte del suyo. Por muy aislado que U'ivu se antojara a los visitantes, sus lugareños al menos tenían nociones de los pueblos, las innovaciones y las culturas que existían más allá de lo suyo, a pesar del poco interés que manifestaban en descubrirlas personalmente.

[31] El litopedion, o bebé de piedra, es una circunstancia médica en la que el feto muere en el útero y, por ser demasiado grande para que el cuerpo lo reabsorba (dado que la muerte se produce pasado el primer trimestre de gestación), se calcifica, evitando de ese modo una infección en la portadora. Una mujer puede llevar una vida perfectamente normal durante décadas, incluso toda su existencia, con un bebé de piedra dentro; incluso es capaz de gestar más fetos. Como señala Norton, se trata de un fenómeno sumamente raro, una curiosidad médica en especial macabra, y en la actualidad no se dan casos en el mundo civilizado.

[32] Las chicas solían casarse a los catorce, de modo que, de ser cierta la historia de Ivaiva y Va'ana, en 1950 debían de tener ciento treinta y tres años.

[33] Pariente cercano del coco, la no'aka es una fruta redonda, parecida a la calabaza, que crece en tallos rastreros (como las sandías) y tienen el tamaño aproximado de un melón cantalupo. En U'ivu son más conocidas como *uka moa*, o «comida para cerdos», por la semejanza del vello negro y tieso que la recubre con los pelos del cerdo.

[34] Los habitantes de la aldea estaban practicando la *lili'ika*, o «sueño pequeño», que tradicionalmente empieza nada más acaba la comida de mediodía y dura hasta bien entrada la tarde. La *lili'ika* surgió, con gran probabilidad, por una necesidad; durante los meses cálidos no se podía faenar bajo el sol vespertino. En segundo lugar, los ivu'ivuanos suelen acostarse muy tarde, pues de noche es cuando se da la mejor caza (muchas de las presas predilectas de los ivu'ivuanos son nocturnas).

Aunque, como ya ha señalado Norton, los misioneros no lograron demasiadas conversiones, lo que sí consiguieron, a través de sus enviados, fue convencer al rey de que la *lili'ika* suponía un retroceso que acabaría por desbaratar el auge del país; de ahí que el rey Tuimai'ele aboliera la *lili'ika* en 1930, marcando la que sería una de las improntas más significativas dejadas por los misioneros. Sin embargo, la tradición se mantuvo en Ivu'ivu porque, como bien indica Norton, sus habitantes no tenían conocimiento de la figura del rey y mucho menos de su dominio.

Norton no alude al rey Tuimai'ele de forma significativa en estas páginas, pero se trató, a todas luces, de una figura fascinante. Tuimai'ele tenía la edad del propio siglo xx (por lo que debía de contar cincuenta años cuando Norton llegó a la isla), y llevaba en el poder desde los doce. Su relación con el invasivo Occidente fue complicada. Por un lado, sin

duda había oído las historias sobre cómo su abuelo, el rey Maku, había proscrito la *ka'aka'a* por considerarla una práctica bárbara y retrógrada, seguramente bajo presión directa de los misioneros protestantes que aún ejercían un pequeño control sobre la zona norte de U'ivu.

Pero también habría oído los relatos de su propio padre, el rey Vake'ele, quien siendo aún un niño expulsó a los últimos misioneros en 1875, poco después del catastrófico tsunami que destruyó gran parte de la floreciente comunidad.

El reinado de Tuimai'ele estuvo marcado por una gran curiosidad por Occidente — para él era un lugar prohibido y, por tanto, estimulante —, solo igualada por grandes suspicacias. Se dice (aunque no ha quedado registro) que el motivo por el que Vake'ele cogió ojeriza a los misioneros fue que estos le dijeron que, para convertirse al cristianismo, tendría que renunciar a su lanza. Y con aquel mandato, los avances de muchas décadas de los colonos en U'ivu, fruto de tantos tira y afloja, se detuvieron en seco: Vake'ele los expulsó, y Tuimai'ele creció en un U'ivu en que la ausencia de hombres blancos era total.

Antes de desterrarlos, sin embargo, Vake'ele se había hecho amigo de varios misioneros, uno de los cuales — cuyo nombre se ha perdido con el tiempo — le regaló una colección de libros ilustrados que al parecer el monarca legó a su hijo. Aunque Tuimai'ele era analfabeto, aquellos libros encarnaron la prueba de un mundo más allá del suyo, y fue él quien más tarde trató de establecer sedes diplomáticas en varios países del sur del Pacífico.

Por desgracia, no pudo comprometerse del todo con este proyecto, y U'ivu permaneció en penumbra durante la primera mitad del siglo xx, sin llegar a despertar del todo la atención de Occidente, hasta que Tallent y Norton introdujeron el país en el imaginario colectivo.

[35] En relatos previos de esta historia, Norton daba a entender que podía tratarse de un ser humano. El reportero del *New York Times* Milo Smoak cita unas extensas declaraciones de Norton en su libro *Los niños perdidos* (Nueva York, HarperCollins, 1989), que rezan así: «Lo primero que vimos al llegar a la aldea [de los opa'ivu'eke] fue una hoguera que ardía día y noche. Sobre ella había una criatura cuya identidad no acerté a discernir; sin duda se trataba de un mamífero, pues aún se veían en la coronilla unos hilillos negros que chasqueaban con el calor igual que cristales. Pero la cabeza era demasiado grande para tratarse de un perro y las extremidades demasiado largas para tratarse de un cerdo. Sin dejar de mirarla, empecé a pensar que pudiera ser algún tipo de primate, aunque hasta la fecha no había visto ningún simio tan corpulento como aquella criatura, y me dio miedo llevar más lejos el razonamiento por temor a llegar a la conclusión inevitable» (página 298).

[36] Los habitantes de la tribu ponían mucho celo en sus provisiones; incluso más adelante, cuando el mundo exterior empezó a infiltrarse en su sociedad de forma más agresiva y contaban con menos tiempo y menos predisposición para la caza, se aseguraban de mantener siempre reservas alimenticias y provisiones para al menos una temporada entera. (No había una única persona responsable a este respecto, sino que a cada lugareño se le asignaba una choza de almacenaje y se le encargaba su mantenimiento; las tareas rotaban con cada cambio de *o'ana*.) Pero aunque la labor de reponer los suministros era constante y se practicaba todo el año, la mayoría de las faenas — cosechas, desplume, curación, clasificación, búsqueda de alimento, caza, etcétera — se llevaba a cabo durante la *lili'uaka* o estación de la «lluvia pequeña». Norton, por supuesto, llegó a finales de este período, y lo que vio eran existencias frescas, fruto de los tres meses de trabajo anteriores.

[37] En la cultura *ivu'ivuana* tradicional, los niños se criaban en común. Aunque todas las noches dormían con sus familias en la *male'e* correspondiente, la responsabilidad de su alimentación y disciplina se compartía entre los adultos del poblado. Por ello, gran parte de la primera generación de hijos de Norton procedía de *U'ivu*; allí, el antiguo modelo de crianza en común se había dejado de practicar en favor de un enfoque más tradicional y occidental (presumiblemente, herencia de los misioneros), lo que significaba que a los hijos de padres incompetentes o ausentes se los abandonaba a su suerte y los demás adultos de la sociedad no los adoptaban ni se preocupaban por ellos. Por tanto, en *U'ivu* nadie puso objeciones a que Norton reclamara como propios a los niños que nadie quería.

[38] Este riachuelo, que más tarde se descubriría que atravesaba *Ivu'ivu* de parte a parte, constituía el principal suministro de agua de la aldea y se usaba para beber, asearse y jugar, como Norton vio con sus propios ojos. Muchos años después se descubrió también que en la isla existía una red de ríos subterráneos, de la que los lugareños hacían uso en la choza de la carne.

[39] La mayor parte de la vida en la aldea se llevaba a cabo al aire libre. En *lili'uaka*, los lugareños utilizaban unos paraguas improvisados hechos con hojas de *lawa'a* clavadas a los afilados extremos de unas cáscaras de palma; cada persona tenía el suyo y lo llevaba a todas partes, protegiéndose con él de las lluvias. Solo en *'uaka*, la temporada de «lluvias grandes», se veían obligados a quedarse dentro de las chozas, cosa que odiaban; casi todo el tiempo lo pasaban sentados a la entrada de las *male'es*, con aire taciturno y hablándose a gritos para imponerse al bramido de los truenos. Norton me contó en cierta ocasión que no comprendía por qué no levantaban una carpa grande donde pudieran reunirse y dedicarse a sus quehaceres mientras durasen las lluvias.

[40] Asombrosamente, los *ivu'ivuanos* no solo no estaban familiarizados con el mar, sino que no tenían conocimiento alguno de su existencia. Tallent da testimonio de un lugareño

al que llevaron a ver el mar por primera vez y lo confundió con «un cielo sin nubes». El pobre hombre pensó que el mundo se había vuelto del revés y que estaba entrando en el reino de Pu'uaka, la diosa de las lluvias. Véase Paul Tallent, «La isla sin agua: mitología ivu'ivuana y aislacionismo», en *Revista de Etnología Micronesia* (verano de 1958, vol. 30, páginas 115-132).

[41] Los cuatro rituales que Norton nombra de pasada se detallan en el ya clásico libro de Tallent sobre Ivu'ivu, *La gente en los árboles: la tribu perdida de Ivu'ivu* (Nueva York, Simon and Schuster, 1959), uno de los títulos canónicos de la antropología moderna. La última ceremonia — en que ocho miembros de la aldea bailan alrededor del fuego con lagartos en la cabeza — se corresponde con un rito bastante misterioso llamado tua'ina, que Norton tuvo mucha suerte de presenciar, dado que solo se ejecuta con motivo de eclipses parciales. (Los ivu'ivuanos contaban con un sistema muy complejo para seguir las fases lunares, magníficamente detallado también en *Los habitantes*.) En la cultura u'ivuana, el lagarto — en este caso, un reptil muy poco común llamado e'olu'eke — está considerado un símbolo de la luna, y la luna a su vez cuenta con ocho fases. Durante un eclipse parcial, varios representantes de la aldea, cuidadosamente seleccionados, rinden homenaje a la luna instándola a que vuelva a su estado natural; los lagartos en la cabeza son un signo de respeto, y luego se sacrifican en el fuego para que el humo los eleve y su fragancia aplaque a los dioses del cielo.

[42] Esme Duff, *Vivir con inmortales. Un estudio sobre Ivu'ivu* (Nueva York, Harper & Row, 1977). Son unas memorias tirando a sentimentales de los viajes de Duff a la isla. Como ya ha señalado Norton, Duff era una excelente cronista de todos los detalles de la vida en la aldea — presenta, por ejemplo, una relación completísima, excesiva, del contenido de las distintas chozas para el almacenamiento —, pero su retrato de los individuos resulta en cierto modo empalagoso: describe a los niños como «querubines cebados», mientras que a las mujeres las distingue por sus «ojos amables». No alude a la ceremonia del *a'ina'ina*, como tampoco a las prácticas de apaleamiento de perezosos que Norton detalla. A Norton, cuya presencia en la expedición de 1950, la primera, indica brevemente, le dedica un único párrafo, largo, del que me he permitido extraer unas cuantas líneas:

Años después, Perina constituyó, casi sin ayuda de nadie, el origen de la pérdida de la isla. [...] Es dudoso que alguna vez le importara la cultura ivu'ivuana, mucho menos su gente, prueba de lo cual puede hallarse en su tozuda indiferencia hacia los tabúes más sagrados. [...] Aunque erróneamente se le atribuye el «descubrimiento» de la inmortalidad — como si algo así pudiera descubrirse —, en mi opinión siempre le

interesó más la inmortalidad personal, sin importarle el precio que tuviera que pagar la gente a la que explotó para lograrla.

Por desgracia, el libro de Duff fue descatalogado en 1980, apenas tres años después de su publicación.

[43] En una carta que escribí a Norton después de recibir este capítulo, le pregunté si alguna vez él había enviado a las publicaciones de antropología algún artículo que describiera el *a'ina'ina*. Su respuesta fue que, en efecto, lo había hecho varias veces, pero que la revelación del *a'ina'ina* parecía ir en contra de la idea de sociedad idílica y pacífica que propuso la generación de académicos u'ivuanos posterior a Tallent y que, por tanto, nunca aceptaron su propuesta. Cabe la esperanza de que esta segunda y nueva hornada de u'ivuistas estén preparados para adoptar una visión menos romántica y más lúcida de la isla, y revisen las muy consolidadas opiniones acerca de su cultura, sobre todo en lo tocante a los niños y la sexualidad.

[44] A diferencia de lo que ocurría en U'ivu, la figura de jefe de la tribu en Ivu'ivu no era hereditaria sino meritaria. Por lo general, se concedía al primer varón que matara a un jabalí antes de recibir la *ma'alamakina*. Tras hacerse merecedor de la distinción, el chico no asumía realmente sus responsabilidades hasta que el jefe del momento muriera o abdicara en su favor.

[45] Norton no lo dice de manera explícita, pero, además del tatuaje, otra señal de que un habitante de la aldea había pasado por la ceremonia del *vaka'ina* era el repentino uso de ornamentos. Quien cumpliera los sesenta *o'ana* lucía a partir de entonces algún tipo de adorno, ya fuera un collar, una capa, o un retal de algún tejido (naturalmente, a menudo se perdían o abandonaban, cuando las circunstancias cambiaban). No se cree que dicha incorporación a la indumentaria responda a un simbolismo o significado especial; más bien parecía una manera fácil de que la persona honrada le recordara su nuevo estatus y extraordinaria proeza al resto de la aldea.

[46] Norton me contaría más adelante que una de las cosas de las que más se arrepentía era de no haberse llevado también a Ivaiva y a Va'ana, y en efecto siempre me pregunté por qué no lo había hecho: eran gemelas, al fin y al cabo, y habrían dado para un estudio especialmente interesante. Pero Norton me contó que en aquel momento pensó que solo sería capaz de agrupar y controlar con éxito a cuatro sujetos, y que sería más valioso reflejar las diferencias entre dos parientes de distintas generaciones, lo cual implicaba por fuerza que las gemelas se quedaran fuera.

[47] El método de los ivu'ivuanos para dar sepultura y recordar a los muertos destaca principalmente por su enérgica eficacia, sobre todo dado el entusiasmo y el júbilo con que

conmemoran los hechos más prosaicos de la vida. El fallecido se exhibe por un día en el centro del pueblo, con los ojos tapados por hojas de lawa'a. Esa noche, cuando la cena ya se ha asado, lo colocan sobre el fuego y lo dejan arder hasta el día siguiente. (En su libro, Tallent, que fue testigo de una de esas cremaciones al aire libre, ofrece una narración extraordinariamente gráfica de las pequeñas explosiones audibles durante toda la noche al estallar entre las llamas diversas partes del cuerpo y su contenido.) A la mañana siguiente se apaga el fuego y se recogen los restos, que un pariente del fallecido recibe el encargo de enterrar bajo uno de los árboles de la linde del poblado (cada familia dispone de cierto número de árboles para tales ocasiones). Tallent señala que los días posteriores al deceso no están marcados por trágicos llantos sino por una «digna sensación, casi majestuosa, de quietud y contemplación».

La familia directa del fallecido reanuda sus quehaceres cotidianos, pero su silencio, la falta de conversación en el seno de una comunidad tan ocupada e íntima, es un ritual en sí mismo, y los vecinos les conceden paz hasta que los deudos señalan su intención de retomar la vida comunitaria. A veces el duelo silencioso dura apenas unos días; otras, se prolonga durante meses. Pero supone una extraordinaria manifestación de ausencia en un lugar tan intensamente presente, del gozo de la soledad en medio de mucha gente» (Tallent, *La gente en los árboles*, página 178).

[48] Como bien apunta Norton, el arreglo del que se benefició en Stanford fue sumamente inusual. Lo más raro de todo es que nunca ha llegado a identificarse bien la fuente de financiación, ni siquiera después de tantos años. Katharine Hetherington especula en su libro con dos posibles candidatos. El primero (y más pintoresco) es un hombre llamado Rufus Gripshaw, un ex alumno de Stanford muy acaudalado y excéntrico, obsesionado con alcanzar la inmortalidad, que amasó su fortuna tras inventar una máquina selladora al vacío que en la actualidad se emplea en numerosas plantas procesadoras de alimentos. Hetherington aventura que Tallent pudo hablar con el decano de la Facultad de Medicina en nombre de Norton a fin de pedirle que tanteara a Gripshaw como mecenas en la sombra para la investigación con los soñadores. Por muy atractiva que resulte la teoría — obviamente, Gripshaw mostró sumo interés por el proyecto de Norton —, esta da por hecho que Tallent estaba mucho más interesado en participar como ayudante en el trabajo de Norton de lo que el propio Norton parece señalar (o creer). Se trata, naturalmente, de otro caso en el que la falta de documentos archivados y diarios por parte de Tallent da al traste con el ejercicio de recrear la historia, por no decir sus motivaciones. En los años sucesivos, Norton nunca estuvo del todo seguro de lo que Tallent opinaba de él y su trabajo, y es fácil imaginar que el propio Tallent tuviera sentimientos encontrados sobre si

quería y de qué manera colaborar con Norton. (Por otra parte, básicamente alentó a Norton a emprender el plan de llevarse a los soñadores.)

Además de Gripshaw, Hetherington sugiere que el origen de la dotación económica de la que se benefició Norton se encuentra, como dice el propio doctor Perina, en un «misterioso fondo de reptiles» gestionado por un organismo gubernamental interesado en desarrollar medicamentos nuevos. Esta teoría es en realidad menos intrigante de lo que parece. Por supuesto, estamos hablando de 1950, apenas cinco años después del fin de la guerra, y a la sazón se invertía muchísimo dinero no solo en el relativamente incipiente campo de la virología, sino también en una versión muy precoz de la guerra bacteriológica. Es perfectamente plausible que Stanford fuese una de las universidades a las que se concedieron presupuestos para dichos estudios y experimentos, y que considerasen que Norton era un destinatario más que digno. (Véase Katharine Hetherington, *Una isla pequeña y buena* [Nueva York, Pantheon, 1992], páginas 205-218.)

[49] Entretanto, Norton trabajó en varios proyectos extracurriculares, el más importante de los cuales fue un artículo, publicado en abril de 1951 en *Anales de Herpetología*, en el que identificaba a la opa'ivu'eke como una tortuga de agua dulce y salada desconocida hasta entonces. El artículo, pese a su brevedad, es sorprendentemente interesante; con él, Norton revelaba que también había tomado numerosas notas en la isla, y lo cierto es que sus observaciones sobre las actividades y los comportamientos de la opa'ivu'eke (o *Chelonia perinia*, según su nombre científico) han sido citadas hasta la infinidad desde entonces. Aparte de la satisfacción que deparaba el descubrimiento y denominación de una nueva forma de vida, el artículo sentó las bases necesarias para otro artículo de Norton, la famosa «declaración de eternidad» que publicaría casi dos años después.

El artículo de *Anales de Herpetología* le granjeó muchísima atención en los círculos de la zoología, y por un tiempo incluso se planteó cambiar de especialidad; lo único que se lo impidió, según él mismo comprobó más tarde, fue una fundamental falta de pasión por los reptiles. Sin embargo, el texto de Norton no satisfizo a todo el mundo; en sus memorias, Duff asegura que Tallent y ella fueron los verdaderos descubridores de la opa'ivu'eke, y que el mérito es solo de ellos. No obstante, aun cuando hubiera podido demostrarse tal cosa, todos los científicos saben que — sea justo o no, aunque poco interviene la justicia a estos niveles — el mérito de los hallazgos se lo lleva la persona que difunde el descubrimiento en la prensa científica y no quien se limita a tomar notas en sus cuadernos o diarios.

Se desconoce la opinión de Tallent al respecto. Los pocos documentos suyos que se conservan no aluden en absoluto al artículo de Norton, y este nunca ha revelado si alguna vez lo hablaron entre ellos.

[50] Naturalmente, Tallent citaba en su artículo el estudio previo de Norton sobre la tortuga.

[51] Norton Perina, doctor en Medicina, «Observaciones sobre la prolongada longevidad humana entre los habitantes de Ivu'ivu», en *Anales de Epidemiología Nutricional* (diciembre de 1953), vol. 42, páginas 324-328.

[52] El revolucionario artículo de Norton (popularmente conocido como el artículo de la «declaración de eternidad») no fue el único guante lanzado al *establishment* médico y científico aquel año. En abril, James Watson y Francis Crick habían publicado su comunicación breve en *Nature*, «Estructura molecular de los ácidos nucleicos», el primero que describía la estructura en dos cadenas helicoidales del ADN. Este artículo, sumado al descubrimiento de Norton, ha llevado a numerosos científicos a identificar 1953 como «el año de los milagros», irónicamente, como es lógico, pues los milagros eran justo lo que estos tres científicos luchaban por refutar con sus investigaciones.

Aunque Norton quedó profundamente impresionado por el Watson científico, no ocurrió lo mismo con el Watson real, a quien encontró demasiado obsesionado por su caza de mujeres (una persecución detallada por el propio Watson en sus memorias, *Genes, Girls, and Gamow* [Nueva York, Knopf, 2002; hay trad. cast.: *Genes, chicas y laboratorios*, Barcelona, Tusquets, 2006] y su hambre de celebridad, que en la actualidad sigue vigente.

[53] El objetivo de los tres primeros experimentos de Norton era demostrar que los ratones alimentados una sola vez con opa'ivu'eke vivirían significativamente más de los dieciocho meses que eran su esperanza de vida media. En el grupo A (los veinticinco ratones de quince meses), el 81 por ciento de los animales aún vivía, siendo la media de edad de los supervivientes en septiembre de 1953, cuando Norton entregó el artículo para su publicación, de cuarenta y seis meses, es decir, que casi se había triplicado su esperanza de vida. Del grupo C, los cien ratones que también comieron opa'ivu'eke con quince meses de vida, el 79 por ciento aún vivía con cuarenta y un meses, o sea, que la esperanza de vida de este grupo había aumentado en un 150 por ciento. Los grupos de control de los experimentos A y C — esto es, los ratones que habían consumido la tortuga de tierra — presentaban una media de edad de 17,8 meses al fallecer, en suma, su esperanza de vida normal. En el primer artículo de Norton no figuran los sujetos del grupo B (los cincuenta ratones recién nacidos que comieron opa'ivu'eke siendo aún crías). Sorprendentemente, todos ellos estaban vivos cuando se escribió el artículo; tenían treinta y un meses. Pero, dado que todavía no se había demostrado que su esperanza de vida se hubiese multiplicado por comer tortuga, Norton decidió que habría sido prematuro publicar los resultados.

La relevancia científica del experimento de Norton es doble. En primer lugar,

demostraba que un elemento externo podía controlar o manipular la esperanza de vida de un organismo. En segundo lugar, establecía que esa esperanza de vida ampliada — lo que él definió como «inmortalidad imaginable» — podía obtenerse mediante la ingestión de dicho elemento. En un plazo de dos años había resuelto el misterio que ha preocupado a todas las culturas desde la noche de los tiempos. Por tanto, no es de extrañar que sus hallazgos fueran recibidos con tanta exaltación y tanta rabia, pues solo el miedo logra suscitar tales respuestas.

[54] En el primer y segundo experimento, Norton dio a los ratones la pata delantera izquierda de la opa'ivu'eke, mientras que para el tercero empleó la trasera derecha. En realidad, a Sereny le mandó las dos que quedaban — la delantera derecha y la trasera izquierda —, con el fin de que pudiera reproducir las variables con la mayor fidelidad posible. Al final, Sereny utilizó la pata trasera izquierda para su propio experimento.

[55] En realidad reproducía el tercero. El 14 de marzo de 1954, Sereny inició un experimento en el que dio de comer a cien ratones de quince meses de vida un pedacito de opa'ivu'eke. Los cien sujetos del grupo de control ingirieron la misma especie de tortuga de tierra que Norton había usado. Intercambiaron una correspondencia voluminosa y eminentemente técnica en la que se especificaban las cantidades de tortuga que debían consumir ambos grupos. Dicha correspondencia se halla íntegra en los papeles de Sereny, que son propiedad de la Facultad de Medicina de Harvard.

[56] Es muy probable que Norton se refiera a James Watson, que en 1955 solo contaba veintisiete años.

[57] Un porcentaje de supervivencia ligeramente mejor que el de los ratones de Norton, pero no necesariamente trascendente, por los motivos que se argumentan en la nota siguiente.

[58] Se desconoce por qué Sereny decidió presentar el artículo cuando los ratones tenían solo cuarenta meses en lugar de esperar a que alcanzaran los cuarenta y seis, que era la edad de los ratones de Norton cuando este entregó su estudio.

[59] Adolphus Sereny, «Sobre “Observaciones sobre la prolongada longevidad humana entre los habitantes de Ivu'ivu”, de Norton Perina: una respuesta», en *The Lancet*, 268, n° 6.940 (1 de septiembre de 1956), páginas 421-428. Curiosamente, fue Sereny quien acabó por llamar a los ivu'ivuanos «los opa'ivu'eke de Ivu'ivu». Los miembros de la tribu no tenían nombre propio — eran, simplemente *u'ivu'ivu* o «de Ivu'ivu» —, de modo que el gentilicio de Sereny terminó por imponerse. Fue también Sereny quien más adelante dio en llamar a la enfermedad «síndrome de Selene». (Sereny había estudiado cultura clásica en los primeros años de universidad y era famosa entre sus alumnos su debilidad por las alusiones y referencias mitológicas. Se decía que, para sacar buenas notas en la asignatura

de Sereny, era recomendable conocer la diferencia entre el nervio troclear y el trigémino, pero mucho mejor era distinguir entre Tirinto y el Tártaro.)

[60] Owen Perina, *El cielo nautilo. Poemas* (San Francisco, City Lights, 1956).

[61] En 1993, un libro muy polémico conjeturaba que no solo Tallent fue perfectamente consciente del robo de Norton, sino también de que la ingestión de la opa'ivu'eke implicaba una esperanza de vida tanto muy larga como muy comprometida. En *La nada es una isla. El hombre que fue Paul Tallent* (Nueva York, Faber and Faber), Henry Gombrecht, profesor de estudios estadounidenses en Williams, aseguraba que Tallent no reveló sus hallazgos por miedo a que la isla se infestara de cazafortunas y científicos. Sostiene asimismo que una vez que Tallent descubrió que Norton había llegado a la misma conclusión, Esme y él planearon matarlo o abandonarlo en Ivu'ivu, pero que a Tallent le faltó sangre fría poco antes de realizar el plan. Gombrecht asegura también que la desaparición de Tallent fue una suerte de penitencia autoinfligida por lo que consideraba su intervención en la destrucción de la isla, aunque, en un curioso ejercicio de prudencia académica, se abstiene de aventurar si el antropólogo se suicidó (como creen muchos) o simplemente desapareció en algún remoto lugar del mundo.

Por muy eficaz y a la vez espectacular que sea la teoría de Gombrecht, resulta muy difícil entender de dónde sacó las pruebas para formular tales afirmaciones, dado que jamás se han localizado los archivos personales de Tallent. No obstante, Gombrecht (que al menos dio muestra de tenacidad ante la controversia que estalló tras la publicación de su libro) asegura disponer de algunas páginas de los primeros diarios de Ivu'ivu de Tallent, proporcionadas por una fuente anónima. Sin embargo, teniendo en cuenta que: 1) se ha negado a permitir que se verifique la autenticidad de dichos papeles, e incluso a mostrarlos a sus colegas, y 2) las personas que habrían podido tener acceso directo a las páginas de aquel diario eran Esme Duff — que murió en 1982, cuando Gombrecht aún cursaba el posgrado y difícilmente podría haberla conocido — y el propio Norton, quien, de haber existido dichas páginas, sin duda las habría entregado a una fuente académica mucho más respetable y de confianza, es difícil respaldar — no hablemos ya de confirmar — la veracidad de sus afirmaciones.

[62] Este es uno más de los misterios sin resolver de la vida insólitamente misteriosa de Paul Tallent. Se han elaborado muchas teorías, pero las más extendidas (si no las más creíbles) son que le hizo favores sexuales al rey de los que luego se sirvió para convencerlo de que era un dios. La prueba de esta teoría es la siguiente: el rey era conocido por su bisexualidad — por explicarlo en términos actuales —; aunque tenía muchas esposas, también tenía varios amantes varones. Las mujeres se ajustaban estrictamente al ideal tradicional u'ivuano de belleza femenina: caderas bajas y rotundas, ojos redondeados y

algo saltones y pelo muy negro; pero se sabía que el rey era de gustos mucho más variados en lo tocante a hombres, y hasta llegó a buscar de manera activa varones de aspectos diversos (un objetivo muy exigente en un U'ivu monorracial). Un libro de 1986 de Harriet Maxwell, miembro de la segunda generación de antropólogos que estudió U'ivu, apunta a que durante el primer viaje a las islas, en 1947, Tallent fue por un período breve pero muy significativo el principal amante del rey, una suerte de rareza valiosa en la colección de Su Majestad (no se sabe si Tallent era de tendencias homosexuales en su vida diaria, si bien, aunque lo hubiera sido, la historia — de ser cierta — pone de relieve su ambición y determinación). Su relación sexual no duró mucho, como decíamos — aunque Maxwell plantea que a partir de entonces Tallent se vio obligado a satisfacer sexualmente al rey en cada uno de sus viajes —, pero al parecer se ganó el favor real, y por eso durante muchos años fue el único occidental con acceso ilimitado a Ivu'ivu.

Con el tiempo, sin embargo, el antropólogo perdió sus derechos exclusivos sobre la isla, en parte, asevera Maxwell, por el error de cálculo que cuenta Norton: al final resultó que sí podía tentarse al rey. No con dinero — Tallent tenía razón en eso —, sino con objetos: las farmacéuticas, los exploradores y los diversos parásitos que fueron surgiendo pudieron comprar su acceso a la isla a cambio de aviones, barcos, neveras y otros electrodomésticos (a pesar de que la electricidad no estuvo del todo disponible, y por supuesto no con regularidad, hasta 1972) y fruslerías mucho más baratas. El Museo Nacional de U'ivu, en Tavaka, está lleno de bochornosas reliquias conservadas en urnas de cristal: encendedores, tocadiscos, puros, maletas con ruedas, regalos todos de científicos y académicos que esperaban convencer al rey para que les abriera la puerta a las maravillas de Ivu'ivu. (El presente más inquietante y cínico de la colección real es un libro en cuya sobrecubierta aparece una imagen del rey con el título *Su Alteza Real Tui'mai'ele* [sic], *gran rey de U'ivu*. El libro es en realidad una biografía de Abraham Lincoln con una sobrecubierta creada *ex profeso*. Pero el rey no sabía leer en inglés, y es muy probable que se sintiera halagado y maravillado ante la difusión de su prestigio. El regalo se atribuye a «un científico estadounidense de Nueva York, EE. UU., 1964» fecha en que las empresas farmacéuticas ya acudían en masa a Ivu'ivu a la caza de la opa'ivu'eke.) (*La isla desaparecida. La misteriosa vida de Paul Tallent.*)

La segunda teoría, la de que Tallent convenció al rey de que era un dios, nos la proporciona otro académico u'iviano de segunda generación, Antony Flaglon. En un artículo de 1990 para los *Anales de Antropología*, Flaglon relata una historia que supuestamente le contó el hijo de uno de los consejeros del rey, quien aseguraba que su padre vio a Tallent «inclinándose sobre Su Majestad y “entonando un cántico grave y sonoro” mientras Su Majestad estaba recostado sobre sus cojines, boquiabierto,

hechizado». Aparte del uso del adjetivo «sonoro» (que no parece la clase de lenguaje que emplearía un u'ivvano analfabeto, por muy consejero del rey que fuese), hay razones para sospechar de esta versión. Para empezar — como señala Flaglon —, Tallent se crió en un orfanato católico y es muy probable que interpretara algún canto litúrgico para entretener al rey, sin propósito de embrujarlo. Por lo demás, los «embrujo» no existen, naturalmente. Y lo más importante: Flaglon no dio con ningún otro allegado del rey, entre ellos sus hijos y otros miembros de la corte, que respaldara la afirmación del hijo del consejero (*Anales de Antropología*, vol. 48, n.º 570, páginas 134-143). (Curiosamente, el artículo de Flaglon provocó una nueva oleada de defensores de la primera teoría, y otro integrante de la segunda generación de académicos — esta vez un profesor de McGill llamado Horace Grey Hosmer — conjeturó que lo que el consejero vio en realidad fue a Tallent seduciendo al rey antes de iniciar una especie de extática orgía sexual [«Memorias de U'ivu, nueva evaluación de una vida misteriosa», *New York Times*, 27 de marzo de 1991].)

[63] Fa'a fue el tercer vástago de un clan muy respetado de cazadores de jabalíes conocidos en toda Tavaka por su valentía y generosidad. Pero tan fuerte era la desconfianza que Ivu'ivu generaba en los u'ivvanos que su largo viaje — en compañía de tres ho'alas, para colmo — perjudicó muchísimo su reputación y la de su familia. Cuando se supo que había muerto en la isla, su familia (aunque, curiosamente, no su esposa) abominó de él y lo repudió. Norton me contó que oyó murmuraciones entre los tavakanos sobre la suerte que sospechaban que había corrido Fa'a: se lo habían comido los ivu'ivvanos (una fábula recurrente), o se había convertido en uno de ellos, o, la más grave de todas, se había convertido en aquello que había ido a buscar, aquel híbrido ni humano ni animal que vagaba por la isla: *mo'o kua'au*.

Es muy improbable que Fa'a les confiara a Uva y a Tu que había tocado una opa'ivu'eke, por muy accidental que hubiera sido el contacto; el tabú era demasiado poderoso. Pero sí es probable que inventasen una historia que los retratara como participantes reticentes en los planes de Fa'a y, por tanto, los librara de toda culpa. En cualquier caso, compartieron el hecho de excluir a la mujer y los hijos de Fa'a, aunque al parecer les regalaban comida y suministros de manera esporádica.

Se desconoce la suerte que corrieron la mujer y los hijos de Fa'a. Dado que todos los u'ivvanos comparten un único apellido — en este caso, el de los tres habría sido Utuimai'ele, o «de Tuimai'ele», porque los tres nacieron durante el reinado de ese rey —, a Norton le resultó imposible dar con ellos más adelante. Debido a su carácter esquivo, barruntó que tarde o temprano se habrían visto obligados a renegar de su marido y padre a fin de rehabilitarse en la sociedad, o bien que habrían decidido someterse a la conversión

católica a manos de los misioneros que llegarían a dominar la vida de la isla en la década siguiente.

[64] Norton compiló posteriormente muchas de las ilustraciones y descripciones en un libro titulado *El mar pintado. Guía naturalista de Ivu'ivu* (Nueva York, W. W. Norton, 1972). De hecho, se le atribuye el descubrimiento tanto de la orquídea (*Miltonia perinia*) como del insecto, un pariente del lucánido (*Draco perinia*). Pueden contemplarse excelentes ejemplares de este último en el Museo Americano de Historia Natural y en el Smithsonian, si bien los botánicos no han sido capaces de crear el entorno ideal para que la orquídea prospere más allá del norte de la región amazónica de Brasil y el valle de Wai'ale'ale en Kauai, Hawái.

[65] En realidad, Tallent había dibujado un mapa del camino hacia el lago de las tortugas en la primera excursión con Mua, pero Norton estaba demasiado amilanado para pedirlo prestado, aunque me contó que una noche mientras Tallent dormía registró su mochila, pero no lo encontró. Por desgracia para los investigadores, el mapa se ha perdido, junto con los demás papeles de Tallent.

[66] El centenar que había tenido en el laboratorio desde los quince meses.

[67] «Deterioro mental en los sujetos tras consumir la tortuga opa'ivu'eke de Ivu'ivu», en *Anales de Epidemiología Nutricional* (enero de 1958), vol. 47, páginas 259-272.

[68] Durante al menos una década, los soñadores siguieron manifestando (físicamente, al menos) los reflejos y la salud propios de un sexagenario. En años posteriores empeoraron de forma drástica los niveles de colesterol, la frecuencia cardíaca, la capacidad pulmonar y la densidad ósea, lo que Norton atribuyó a la dieta y a la falta de actividad física. Sin embargo, sin acceso a un grupo de control en Ivu'ivu, es imposible llegar a conclusiones definitivas. (Para más información, véase la nota 74.)

[69] El traslado al INS también marcó el fin de otro capítulo. Un mes antes de que Norton se marchara de Stanford, murieron los ratones supervivientes del primer grupo del experimento inicial, que contaban ciento veinte meses. El grupo C falleció poco después del traslado, así como los pequeñitos del grupo B, todos entre los ciento dieciocho y los ciento veintiún meses, esto es, multiplicada por seis su esperanza de vida natural.

[70] Este espécimen se conserva aún en el INS y puede verse previa solicitud especial.

[71] Uva rondaba los cincuenta y dos años por aquel entonces.

[72] Norton había demostrado de manera incontrovertible que con el consumo de la opa'ivu'eke la esperanza de vida del sujeto se ampliaba de manera casi imposible. Lo que no sabía — ni él, ni nadie — era de qué manera. Y no fue culpa de Norton; la dificultad estribaba en que la ciencia ni siquiera tenía un nombre para el problema, no hablemos ya de ofrecer una solución. No hay que olvidar que lo que ahora conocemos como estudios de

genética es un campo muy, muy incipiente; como señala Norton, en el momento en que la ciencia brindaba la posibilidad de teorizar sobre el hecho de que la *opa'ivu'eke* prolongaba la vida de un organismo mediante la desactivación de la telomerasa, ya era tarde. (En pocas palabras: la telomerasa es la enzima de origen natural que degrada los telómeros, limitando así el número de divisiones de cada célula; en ausencia de telomerasa, las células se vuelven «inmortales» y el sujeto deja de envejecer. La teoría que se baraja es que, aunque la *opa'ivu'eke* detenía la acción de la telomerasa en la mayor parte de las células corporales, por algún motivo no lograba interrumpir el proceso en ciertas zonas del cerebro. Por eso, aunque el cuerpo y algunas partes de la cabeza — sobre todo la zona que rige el oído y la mayor parte de las habilidades motoras — se mantenían extraordinariamente intactas, las áreas del cerebro que controlan las habilidades motoras más sutiles, la vista y la razón no se veían afectadas de la misma manera.)

Sin embargo, así es la ciencia. Un hombre descubre algo. No sabe qué es, ni para qué sirve, ni lo que resuelve, pero sí que ha desenterrado otra pieza de un puzzle cuya forma e imagen solo alcanza a imaginar. Dedicar lo que le resta de vida a intentar hallar la siguiente pieza, pero la tarea es muy complicada, pues ni siquiera sabe qué está buscando, y resulta poco probable que vaya a dar con la solución. Entonces llega otro hombre, de la siguiente generación. Ve la pieza del puzzle y encuentra la siguiente. Ya tenemos dos piezas. Y luego tres, y cuatro, y cinco. Pero en ningún momento, por muchas piezas que haya, ninguno de los dos son capaces de afirmar saber lo que revelará la forma definitiva del puzzle. Cuando creen que están trabajando sobre una imagen de un caballo, de pronto encuentran una aleta de pez y se dan cuenta de que han estado equivocados todo ese tiempo. A partir de ese momento creen que están intentando reconstruir la imagen de un pez, pero la siguiente pieza que encaja resulta ser el ala de un pájaro en vuelo. Ser científico es aprender a vivir toda la vida planteándose preguntas que jamás obtendrán respuesta, consciente de que has llegado demasiado pronto o demasiado tarde, con la angustia de no haber sabido dar con la solución que, una vez revelada, parece tan obvia que solo puedes maldecirte por no haberla visto, por no haber mirado en una dirección ligeramente distinta.

[73] Durante años, Norton solicitó noticias de los cuatro soñadores que había dejado en la isla — Ivaiva, Va'ana, Ukavi y Vi'iu — a las diversas empresas farmacéuticas que supuestamente habían importado *mo'o kua'au* a sus laboratorios. No es de extrañar, quizá, que quedara decepcionado una y otra vez, y en la actualidad sigue sin saberse si los soñadores que Norton se vio obligado a abandonar fueron capturados o si burlaron su suerte ya escondiéndose (lo que parece hartamente improbable), ya por haber fallecido (lo más deseable, por su bien).

[74] Norton alude a dos de los proyectos de investigación humana más tristemente

célebres y menos afortunados de la ciencia moderna. En la escuela estatal de Willowbrook, en Staten Island, vivían unos seis mil niños con retraso mental. Entre 1963 y 1966, inocularon a muchos de ellos con el virus de la hepatitis A a fin de que los investigadores pudieran estudiar las consecuencias de la enfermedad. Naturalmente, cuando el caso se hizo público suscitó un gran revuelo y el experimento fue abandonado. Tuskegee, más conocido, fue un ambicioso proyecto que comprendió cuatro décadas (entre 1932 y 1972) en que se estudió a varios aparceros negros pobres de Alabama aquejados de sífilis pero sin administrarles penicilina, incluso mucho después de que el antibiótico se implantara como el tratamiento estándar.

La legislación y protocolos actuales (por no hablar de la bioética como la conocemos) que rigen los experimentos con seres humanos son el resultado directo del escándalo de Tuskegee. Aunque el INS había fundado la Oficina para la Protección de Humanos en Investigación en 1966, hasta ocho años después no se creó y se dio poder real de supervisión a la comisión de investigación que menciona Norton.

En 1975, los inspectores visitaron el laboratorio de Norton para observar el tratamiento de los soñadores. Aún se desconoce por qué decidieron ocuparse de una población de sujetos tan reducida cuando se cometían abusos muchísimo peores contra seres humanos en otros laboratorios, pero cabe imaginar que detrás de aquella decisión estaba alguno de los numerosos enemigos de Norton. Aunque a menudo se ha tildado aquella visita de «redada», puedo afirmar con conocimiento de causa que nada más lejos de la realidad. Tras varias visitas, sin embargo, los inspectores decidieron que los soñadores vivirían más a gusto en un entorno más social, y en octubre de 1975 fueron trasladados a la comunidad de jubilados de Thornhedge, en Frederick, Maryland.

El traslado, como era de esperar, fue un fracaso. A pesar de que los soñadores no eran ya conscientes de su entorno, a veces se mostraban lo bastante sensibles para sentir miedo y azoramiento en el nuevo ambiente, y añoraban la compañía de los otros (dado que en el INS vivían todos juntos en una habitación grande). El cambio fue radical y cruel —el entorno, la dieta, los cuidadores— y, por tanto, la desorientación muy grande, y el deterioro se agravó. En febrero de 1976, Norton solicitó a la comisión que revocara su decisión alegando la clara y patente angustia y estrés mental de los soñadores.

En el ínterin, la noticia de la existencia de los soñadores —que hasta entonces se había mantenido en un relativo y sorprendente secreto— trascendió a la prensa. Tres meses más tarde, en junio de 1976, los soñadores fueron objeto de un intento de secuestro por parte de un grupo radical hawaiano en defensa de la soberanía de la isla que se hacía llamar HAWIKA (siglas en inglés de Hawaianos Vengadores del Imperialismo Blanco, Asesinos Encolerizados). El grupo, que prometía «luchar [nunca llegaron a especificar contra qué] en

nombre de todos los pueblos micro y melanesios», se las arregló para, según sus propias palabras, «liberar» tanto a Mua como a Ika'ana antes de que sus miembros fuesen apresados por los guardas de seguridad de la residencia en el momento en que trataban de meter la silla de ruedas de Vanu en la furgoneta. Más tarde se descubrió que uno de los integrantes de HAWIKA, un hombre llamado Paiea McNamee, se había infiltrado en Thornhedge como celador. McNamee y sus tres cómplices fueron sentenciados a prisión y los soñadores regresaron a sus habitaciones dentro de las instalaciones.

Al descubrir mi larga relación con Norton, tanto a nivel profesional como personal, la gente me formula, invariablemente, unas cuantas preguntas, versando una de las primeras sobre los soñadores: ¿siguen vivos?, ¿qué fue de ellos? La respuesta a la primera pregunta es sí: los cuatro viven todavía. Eve tiene 299 años (basándonos en la hipótesis de que no tenía menos de 250 cuando salió de la isla; sin duda es muy posible que tenga incluso más). Ika'ana, 225. Vanu, 180. Mua, 153. (Conviene recordar que las edades se calculan según el calendario *u'ivuano*. Según el occidental, todos ellos son aún más ancianos.)

Por desgracia, y como Norton señala en el relato que hace de los hechos, el deterioro físico fue muy rápido y severo. Todos ellos están sumamente debilitados desde un punto de vista físico y carecen de muchas habilidades motoras básicas. Pueden caminar, pero son reacios a ello. Ika'ana está casi ciego. Casi ni hablan ni contestan cuando se les habla. Los reflejos también han empeorado, y responden con lentitud a la mayor parte de los estímulos. Lo único que aún hacen con deleite es comer: tras ganar mucho peso con una dieta institucional, en 1985 empezaron un régimen nutricional nuevo, más parecido a su alimentación tradicional. Aunque no adelgazaron de manera significativa —no se esperaba, dada la vida sedentaria que ahora llevaban—, sí que parecían disfrutar del sabor de los mangos y lo que debían de percibir como hunonos (en realidad, lombrices de tierra suministradas por una empresa de alimentación para animales). La gran tragedia del estado de los soñadores, sin embargo, es que nunca sabremos a ciencia cierta en qué medida el deterioro físico se debió a su longevidad extrema y en qué medida al cambio de entorno. Debemos asumir, no obstante, que el factor ambiental es el más importante en este caso, pues todos ellos empezaron a mostrar mermas muy similares a la vez, a pesar de las marcadas diferencias de edad. (Debo añadir que, por desgracia, exceptúo a Eve de todos los disfrutes y las aptitudes mencionados, por muy limitados que fueran; hace dos años, los cuidadores observaron que el tamaño de sus pupilas no variaba siquiera como reflejo a las luces más intensas, y las pruebas posteriores han concluido que a efectos prácticos está clínicamente muerta. La función pulmonar, sin embargo, sigue siendo la de una mujer mucho más joven para su edad.)

Tras el incidente de HAWIKA, Norton luchó con denuedo para tener de nuevo a los

soñadores a su cargo. Pero, si bien la comisión rechazó su recurso, los soñadores fueron trasladados a unas instalaciones más seguras al año siguiente. El lugar, cuyo nombre no se me permite revelar por razones evidentes, es en realidad la unidad geriátrica de una conocida prisión federal de máxima seguridad, donde los soñadores vuelven a estar juntos en un área independiente solo para ellos. Se hallaban demasiado lejos de Bethesda para que Norton pudiera visitarlos con regularidad, pero cerca de un ilustre hospital de investigaciones médicas, y Norton tuvo oportunidad de asesorar a un grupo de geriatras y neurólogos que ven con frecuencia a los soñadores para estudiarlos y observarlos.

La segunda pregunta que siempre me formulan es si considero responsable a Norton de la suerte de los soñadores. Durante muchos años ha sido una cuestión muy problemática para mí. Cuando conocí a los soñadores, en 1972, ya se parecían mucho más a las criaturas que son hoy que a las que Norton conoció en 1950. Así pues, no puedo afirmar que lamente la pérdida de las personas que fueron. Por otra parte, las diferencias que observé en ellos entre 1975, fecha en que la comisión los trasladó, y 1977, cuando me permitieron visitarlos por fin, fueron espantosas. Cuando los conocí, aún encarnaban algo de vida, algo de energía: si le acariciaba la mano a Eve, ella respondía con un ronroneo, y podía suponer que se trataba de un sonido de satisfacción, y que los movimientos de la cabeza contra el cojín de la silla de ruedas eran un tenue reflejo de su gozo. En 1977 no reaccionaba. Tenía la cabeza hacia atrás, con la frente pegada a la almohada para que no se cayera hacia delante, y no emitía ni un sonido. Las manos estaban más frías que el cristal. Daba la sensación de estar tocando no a un ser humano, sino algo hecho de arcilla y pelo. La experiencia fue impactante y desagradable, pero no me imagino lo difícil, lo devastadora que debió de resultar para Norton, que los conoció siendo seres mucho más dinámicos, todavía capaces de hablar y de moverse e incluso dotados de sus propios dones sensoriales, por leves que fueran. Aun así —lo reconozco, no sin vergüenza—, en su momento me enfadé con él y le atribuí toda la responsabilidad. Durante años pensé (sin comentarlo con nadie) que Norton tendría que haberse ocupado mejor de ellos, e incluso que haber encontrado la manera de mandarlos de vuelta en Ivu'ivu. Pero las mías eran opiniones pueriles, desinformadas, y al final las desestimé.

Quedan los hechos: Norton hizo cuanto estuvo en su mano por los soñadores, y mientras estuvo en su mano. Hizo mucho más de lo que se le exigía legal y éticamente. Intentó proporcionarles comodidades y bienestar. Nunca sufrieron daño alguno bajo su supervisión, ni maltratos ni desnutrición. Norton fue, de hecho, un pionero en la experimentación con seres humanos, en unas circunstancias muy complicadas. Cualquiera que insinúe lo contrario no solo revela que ha malinterpretado por completo los esfuerzos de Norton, sino que además incurre en gravísimas injurias.

[75] Esme Duff se ensañó de modo implacable en sus ataques a Norton, a quien, por descabellado que parezca, responsabilizaba de la desaparición de Tallent. Cuando Tallent se esfumó, ella se quedó en Stanford dando clases, pero nunca llegó a ser profesora titular. Jamás se casó, y se suicidó en 1982, a los sesenta y dos años.

[76] Tan exhaustiva fue la eliminación de los *mo'o kua'au* supuestamente descubiertos en Ivu'ivu por parte de diversas farmacéuticas y universidades, que resulta muy improbable que ninguno de ellos fuese trasladado a U'ivu. Como es obvio, las susodichas tenían sus motivos para impedir que los soñadores emigraran a la isla, pero también es muy poco probable que los u'ivuanos — dada la mitología y el miedo que suscitaban los *mo'o kua'au* — los quisieran en su sociedad. (Más tarde, varias de las farmacéuticas aseguraron que se llevaron a los soñadores a Estados Unidos con el único fin de protegerlos, puesto que de haberlos desplazado a U'ivu se habrían visto sometidos a malos tratos y ostracismo.) En consecuencia, tanto los soñadores como la ceremonia del *vaka'ina* son tan exóticos e increíbles en U'ivu como en Estados Unidos; quizá incluso más: tanto unos como la otra conforman una historia de terror especialmente realista que nunca será del todo desmentida.

[77] Un joven de veintidós años que cursaba el posgrado en la Universidad de Siracusa.

[78] Naturalmente, en el laboratorio. En la plantilla de todo laboratorio que se precie nunca falta un goloso — o, siendo menos benévolos, un alcohólico en ciernes — que dedica parte de su tiempo libre a desarrollar varios alcoholes en los matraces y a servirlos en las improvisadas fiestas de trabajo. Algunos de ellos resultan bastante aceptables.

[79] Gran parte del trabajo de Norton durante la década de 1980 se centró en los karée, una pequeña tribu (cuya población total no pasaba de seiscientos individuos) del norte de Brasil que vive junto a un afluente del Amazonas especialmente estrecho y traicionero. Los karée fueron descubiertos en 1978 por un botánico de la Universidad de California, Santa Cruz, llamado Lucien Feeney, que se topó por casualidad con esa sociedad mientras buscaba un helecho muy raro (*Microsorium coccinella*) que, según sus especulaciones, estaba lejanamente emparentado con la palmera moderna y que había sido recolectado hasta su práctica extinción en el resto de la cuenca dos siglos antes. Cuando observó a la tribu, Feeney percibió algo extraño, pero no supo determinar qué era exactamente lo que los distinguía. Al volver a Santa Cruz, contactó con Norton a través de un conocido de Johns Hopkins, y poco después Norton hizo su primera visita a la tribu (yo lo acompañé tanto en aquel viaje como en los sucesivos). Varias pruebas y otros trabajos de campo revelaron que los karée experimentaban una adolescencia atípicamente tardía; ni los chicos ni las chicas presentaban signos de caracteres sexuales secundarios hasta los veinticinco años, de media. La pubertad posterior era un calvario intenso y brutal de dieciocho meses

que culminaba con el matrimonio. Luego, su vida transcurría con normalidad desde el punto de vista biológico, es decir, que las mujeres contaban con un período relativamente breve de fertilidad, un par de décadas, antes de la menopausia. En consecuencia, había una gran urgencia por engendrar la mayor cantidad posible de hijos, y muchas karée morían a consecuencia de un exceso de embarazos y experimentaban de manera colectiva una tasa extraordinariamente alta de complicaciones ginecológicas.

En la estela de los opa'ivu'eke, la causa de esta anomalía se atribuyó en un primer momento a un roedor endémico (*Hydrochoerus feenius*) que todos los karée ingerían durante la infancia (su carne dulzona y succulenta era muy apreciada). Naturalmente, la situación resultaba apasionante, sobre todo dado el trabajo revolucionario de Norton, pero estudios posteriores revelaron que el origen no se hallaba en un elemento externo, sino en uno específico de la biología de los karée. Sin embargo, Norton intentó llevar varios miembros de la tribu a su laboratorio para realizar estudios más exhaustivos, un plan que se vio truncado por la intervención de la Comisión Nacional para la Protección de Sujetos Humanos de Investigación Biomédica y del Comportamiento, que sometía a Norton a una vigilancia atípicamente estricta desde que solicitara el traslado de los soñadores en 1976. Varios enfrentamientos políticos obligaron a Norton a zanjar su trabajo con los karée en 1990, y hoy en día es la Universidad de Harvard la que mantiene un laboratorio satélite — y por, tanto, controla a qué científicos se les permite el acceso — en la tierra de la tribu. Norton, como es natural, sigue resentido por el curso de los acontecimientos, motivo por el que quizá no alude a su trabajo con los karée en esta narración. Los interesados encontrarán un relato imparcial de la situación en el fabuloso *De piedras, de sol y de todo lo demás* de Anna Kidd.

[80] Sonia Alice Perina, que llegó en 1970. Ahora se hace llamar SoAP y es una poeta y artista que hace performances de cierto renombre en Nueva York.

[81] No era la primera vez que Norton escogía el nombre de su hermano para sus hijos. Había un Owen Ambrose (que llegó ca. 1969), un Owen Edmund (que llegó ca. 1969) y un Richard Owen (que llegó ca. 1971). En torno a 1986, momento en que Norton estaba adoptando la que sería su última generación de hijos, Owen se había convertido en el segundo nombre de todos, independientemente de su sexo: recuerdo con claridad, además de a Victor, a Giselle Owen, a Percy Owen (hubo un Percival Owen en una generación anterior), a Drew Owen, a Jared Owen y a Grace Owen. Nunca ha quedado claro si fue producto de una distracción u olvido de Norton, o de una suerte de homenaje a su hermano.

[82] A continuación seguía un pasaje que, en calidad de editor, he decidido eliminar.

[83] Sé que lo más seguro es que el lector esté preguntándose cómo nos las hemos

arreglado para evitar que nos localicen. Lo único que puedo decir es que, si las circunstancias son propicias, puede uno apañárselas sin grandes quebraderos de cabeza.

Asimismo, deseo pedir disculpas de antemano por la lamentable cursilería del presente epílogo. Yo mismo lo aborrezco, pero estoy seguro de que el lector comprenderá que cualquier cosa más imparcial podría acarrear consecuencias desagradables.

[*] Espasa Calpe, 1997, traducción de Ángel-Luis Pujante. (*N. de la T.*)

Índice

La gente en los árboles

Prefacio del doctor Ronald Kubodera

Memorias de A. Norton Perina

PRIMERA PARTE. El arroyo

Capítulo 1

Capítulo 2

SEGUNDA PARTE. Ratones

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

TERCERA PARTE. Los soñadores

Capítulo 1

Capítulo 2

CUARTA PARTE. La novena choza

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

QUINTA PARTE. El primer hijo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

SEXTA PARTE. Víctor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

SÉPTIMA PARTE. Después

Epílogo del doctor Ronald Kubodera

Posdata

Apéndice

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Hanya Yanagihara

Créditos

Notas